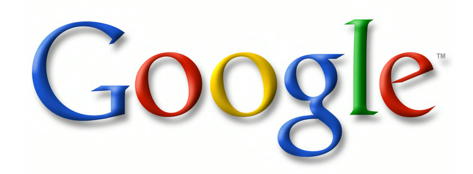
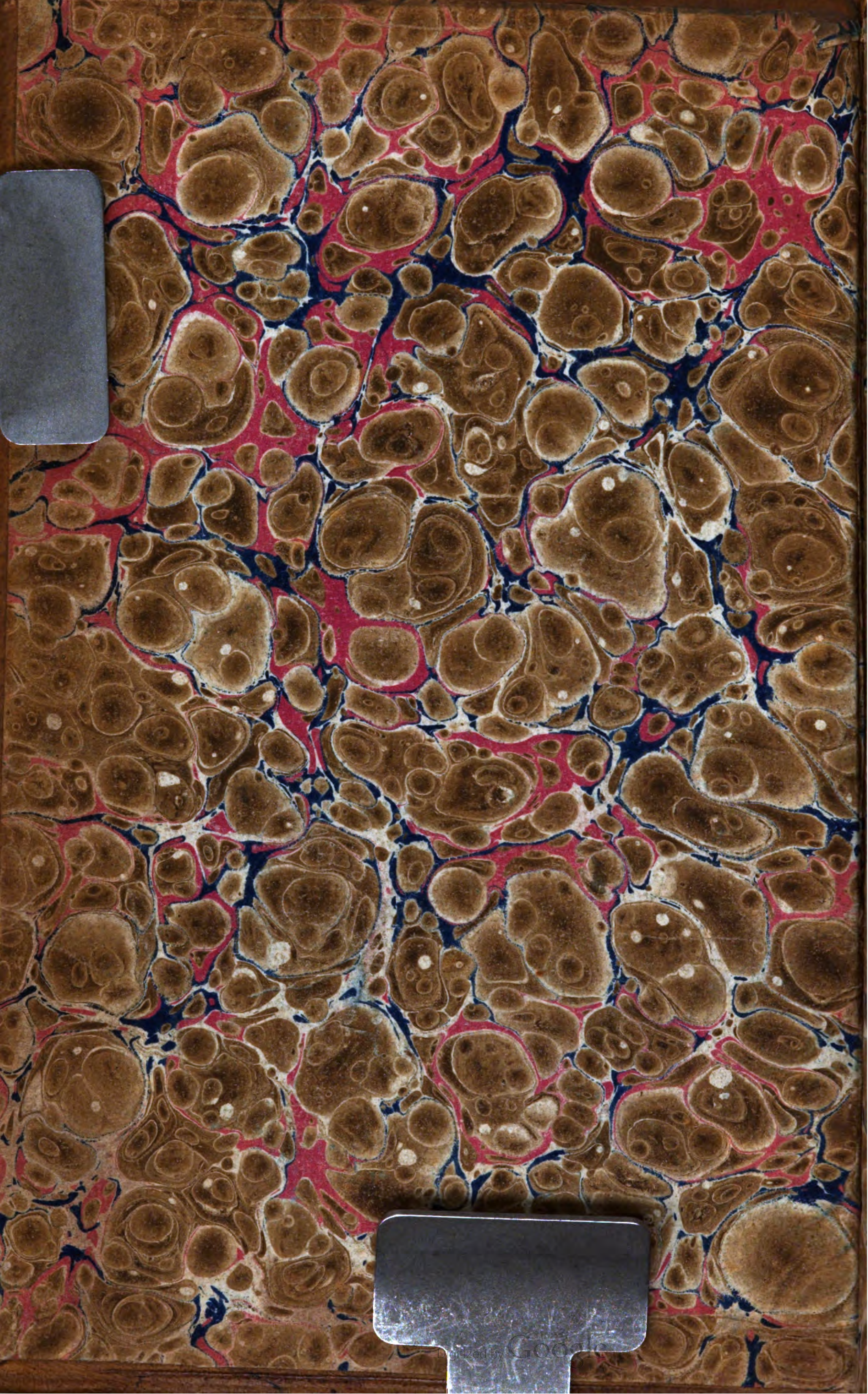
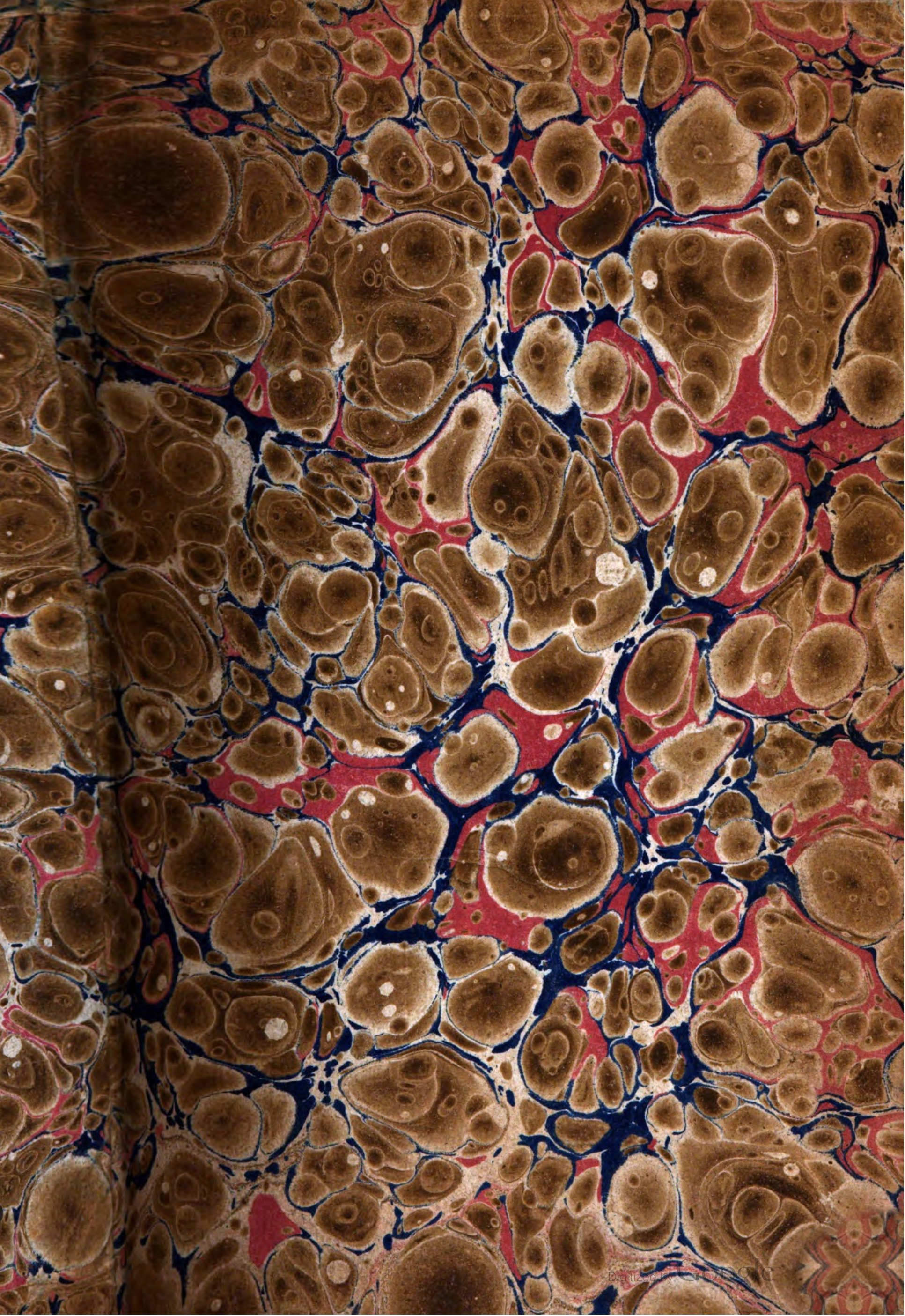








MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.

TOMO V.

Pauli Termes Ros, Pbri.
Barcinone, 8 iun. 1946.

Varios Prelados de España han concedido 2400 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la **Librería religiosa.**

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS,

MILAGRO DE SU OMNIPOTENCIA Y ABISMO DE LA GRACIA:

HISTORIA DIVINA

Y VIDA DE LA VÍRGEN MADRE DE DIOS,

REINA Y SEÑORA NUESTRA, MARÍA SANTÍSIMA, RESTAURADORA DE LA CULPA DE EVA, Y MEDIANERA DE LA GRACIA:

manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora á su esclava

SOR MARÍA DE JESÚS,

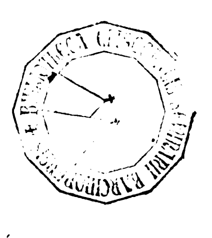
Abadesa del convento de la Inmaculada Concepcion de la villa de Ágreda, de la provincia de Búrgos, de la regular observancia de nuestro seráfico Padre san Francisco:

PARA NUEVA LUZ DEL MUNDO, ALEGRÍA DE LA IGLESIA CATÓLICA, Y CONFIANZA DE LOS MORTALES.

Nueva impresion añadida de dos tablas, la una de los lugares de Escritura, y la otra de las cosas mas notables de esta obra.

TOMO V.





Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,

CALLE DEN ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.

1860.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.

SEGUNDA PARTE

DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA DE LA REINA DEL CIELO, MARÍA SANTÍSIMA: CONTIENE LOS MISTERIOS DESDE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO EN SU VIRGINAL VIENTRE HASTA LA ASCENSION Á LOS CIELOS.

LIBRO QUINTO,

Y TERCERO DE LA SEGUNDA PARTE.

CONTIENE LA PERFECCION CON QUE MARÍA SANTÍSIMA COPIABA Y IMITABA LAS OPERACIONES DE LA ALMA DE SU HIJO SANTÍSIMO, COMO LA INFORMABA DE LA LEY DE GRACIA, ARTÍCULOS DE LA FE, SACRAMENTOS, DIEZ MANDAMIENTOS, LA PRONTITUD Y ALTEZA CON QUE LA OBSERVABA, LA MUERTE DE SAN JOSEF, LA PREDICACION DE SAN JUAN BAPTISTA, EL AYUNO Y BAUTISMO DE NUESTRO REDENTOR, LA VOCACION DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS, Y EL BAUTISMO DE LA VÍRGEN MARÍA SEÑORA NUESTRA.

CAPÍTULO XXI.

Habiendo recibido san Juan grandes favores de María santísima, tiene órden del Espíritu Santo para salir á predicar, y primero le envia á la divina Señora una cruz que tenia.

Vida de san Juan Baptista en el desierto despues que murió su madre.—Su conversacion era con Dios y con los Ángeles sin estar jamás ocioso.—Eminente ejercicio de virtudes.—Su olvido de lo terreno, y fija contemplacion de el objeto infinito.—Excelencia de los favores divinos que recibió, y mé-

ritos que tuvo.—Comida que le enviaba la Madre de Dios hasta los nueve años.—Por qué ceso entonces este favor.—No cesó el de enviarle á visitar María por sus Ángeles.—Necesidad que tuvo san Juan de este favor para tolerar tan larga ausencia de Cristo y de su Madre.—Afectos amorosos y reverentes con que correspondia á las visitas de María por sus Ángeles.—Edad de que comenzó su predicacion el Baptista.—En qué forma fue hecha la palabra de Dios sobre san Juan para que comenzase su predicacion.—Maravilloso éxtasis que tuvo, en que fue de nuevo preparado ó iluminado para ejercer el oficio de precursor.—Precepto divino de su ejercicio.—Forma exterior y interior en que salió el Baptista del desierto á ejercer el oficio de precursor de Cristo.—Tenia el Baptista en el desierto una cruz, en que hacia algunos ejercicios y oraba en postura de crucificado.—Envióla con los Ángeles á María cuando salió á predicar.—Motivos de haberla hecho.—Fabricáronsela los Ángeles.—Afectos ternísimos con que la recibió María.—Túvola en su oratorio toda la vida con otra en que oraba su Hijo.—Pregunta de la discípula sobre la veneracion de la cruz antes que Cristo muriera en ella.—La cruz era ignominiosa antes que Cristo la santificara con su pasion y muerte.—No podia adorarla quien ignorase los misterios y razones que conocieron María y Juan.—Razones porque entonces pudieron ellos darla reverencia.—En qué consideracion se la daban.—Pondérase el aprecio que deben ahora hacer los fieles de la santa cruz con este ejemplo.—Exhortacion á los ejercicios de la cruz.—Imitacion de el Baptista.—Como se han de imitar las virtudes de los Santos, y de ellas componer la propria vida.—Símil.

942. En esta segunda parte [1] comencé á decir algunos favores que hizo María santísima estando en Egipto, y despues á su prima santa Isabel y á san Juan, luego que trató Herodes de quitar la vida á los niños inocentes: y como el futuro Precursor de Cristo, muerta su madre, perseveró en la soledad del desierto sin salir dél, hasta el tiempo determinado por la divina Sabiduría, viviendo mas vida angélica que humana; mas de Serafin que de hombre terreno. Su conversacion fue con los Ángeles y con el Señor de todo lo criado; y siendo este solo su trato y ocupacion, jamás estuvo ocioso, continuando el amor y ejercicio de las virtudes heróicas, que comenzó en el vientre de su madre, sin que la gracia estuviese en él ociosa ni vacía un punto, ni sin el lleno de perfeccion que con todo su conato pudo comunicar á sus obras. Nunca le embarazaron los sentidos, retirados de los objetos terrenos, que suelen ser las ventanas por donde entra la muerte á la alma, disimulada en las imágenes de la hermosura mentirosa de las criaturas. Y como el felicísimo Santo fue tan dichoso, que en él se anticipó la divina luz á la de este sol material, con aquella puso en el olvido todo cuando esta le ofrecia, y

1 Supr. n. 676.

quedó su interior vista inmóvil y fijada en el objeto nobilísimo del ser de Dios y de sus infinitas perfecciones.

943. Á todo humano pensamiento exceden y se levantan los favores que recibió san Juan en su soledad y retiro de la divina diestra; y su santidad y excelentísimos merecimientos se conocerán en el premio que recibió, cuando lleguemos á la vista del Señor, y no antes. Y porque no pertenece á esta Historia divertirme á lo que de estos misterios he conocido, y los Doctores santos y otros autores han escrito de las grandes prerogativas del divino Precursor, solo diré aquí lo que es forzoso para mi intento, por lo que toca á la divina Señora, por cuya mano y su intercesion recibió grandiosos beneficios el solitario Juan. No fue el menor enviarle muchos dias la comida por mano de los santos Ángeles, como dije arriba [1], hasta que el niño Juan tuvo siete años; y desde esta edad hasta que tuvo nueve años le enviaba solo pan, y á los nueve años cumplidos cesó este beneficio de la Reina; porque conoció en el Señor que era su voluntad divina y deseos del mismo Santo, que en lo restante comiese raíces, miel silvestre y langostas [2], de que se sustentó hasta que salió á la predicacion; pero aunque le faltó el regalo de la comida por mano de la Reina, siempre continuó enviarle á visitar con sus Ángeles, para que le consolasen, y diesen noticia de sus ocupaciones, empleos y de los misterios que el Verbo humanado obraba; aunque estas visitas no fueron mas frecuentes que una vez cada ocho dias.

944. Este gran favor, entre otros fines, fue necesario para que san Juan tolerase la soledad: no porque el horror de ella y su penitencia le causase hastío, que para hacérsele deseable y muy dulce era suficiente su admirable santidad y gracia; pero fue conveniente para que el amor ardentísimo que tenia á Cristo nuestro Señor y á su Madre santísima no le hiciese tan molesta la ausencia y privacion de su conversacion y vista, que deseaba como santo y agradecido. Y no hay duda que le fuera de mayor mortificacion y dolor detenerse en este deseo, que sufrir las inclemencias, ayunos, penitencias y horror de las montañas, si no le recompensara la divina Señora y amantísima tia esta privacion con los continuos regalos de remitirle sus Ángeles, que le diesen nuevas de su Amado. Preguntábales el gran solitario por el Hijo y por la Madre con las ansias amorosas de la esposa [3]. Enviábales íntimos afectos y suspiros del corazon herido de su amor y de su ausencia; y á la divina Princesa la pedia por mano de sus embajadores, que en su nombre le supli-

[1] Supr. n. 676. — [2] Matth. III, 4. — [3] Cant. I, 6.

case le enviase su bendicion, y le adorase y diese humilde reverencia. En el ínterin le adoraba el mismo Juan en espíritu y en verdad desde la soledad en que vivia. Tambien pedia esto mismo á los santos Ángeles que le visitaban, y á los demás que le asistían. Con estas ordinarias ocupaciones llegó el gran Precursor á la edad perfecta de treinta años, preparándole el poder divino para el ministerio que le habia elegido.

945. Llegó el tiempo destinado y aceptable de la eterna Sabiduría, en que la voz del Verbo humanado, que era Juan, se oyese clamar en el desierto, como dice Isaías [1] y lo refieren los Evangelistas [2]. En el año 15 del imperio de Tiberio César, siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, fue hecha la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto [3]. Y salió á la ribera del Jordan, predicando bautismo de penitencia para alcanzar remision de los pecados, y disponer y preparar los corazones para que recibiesen al Mesías prometido y esperado tantos siglos, y le señalase con el dedo para que todos pudiesen conocerle. Esta palabra y mandato del Señor entendió y conoció san Juan en un éxtasis que tuvo, donde por especial virtud ó influjo del poder divino fue iluminadó y prevenido con plenitud de nuevos dones de luz, gracia y ciencia del Espíritu Santo. Conoció en este rapto con mas abundante sabiduría los misterios de la Redencion, y tuvo una vision de la Divinidad abstractiva, pero tan admirable, que le transformó y mudó en nuevo ser de santidad y gracia. En esta vision le mandó el Señor que saliese de la soledad á preparar los caminos de la predicacion del Verbo humanado con la suya; y que ejercitase el oficio de precursor y todo lo que á su cumplimiento le tocaba; porque de todo fue informado, y para todo se le dió gracia abundantísima.

946. Salió de la soledad el nuevo predicador Juan, vestido de unas pieles de camellos, ceñido con una cinta ó correa tambien de pieles; descalzo el pié por tierra, el rostro macilento y extenuado, el semblante gravísimo y admirable, y con incomparable modestia y humildad severa; el ánimo invencible y grande; el corazon inflamado en la caridad de Dios y de los hombres; sus palabras eran vivas, graves y abrasantes, como centellas de un rayo despedido del brazo poderoso de Dios y de su ser inmutable y divino; apacible para los mansos, amable para los humildes, terrible para los soberbios, admirable espectáculo para los Ángeles y hombres, formidable para los pecadores, horrible para los demonios; y tal predica-

[1] Isai. XL, 3. — [2] Matth. III, 3. — [3] Luc. III, à v. 1.

dor, como instrumento del Verbo humanado y como le habia menester aquel pueblo hebreo, duro, ingrato y pertinaz; con gobernadores idólatras, con sacerdotes avarientos y soberbios, sin luz, sin profetas, sin piedad, sin temor de Dios, despues de tantos castigos y calamidades á donde sus pecados le habian traido; y para que en tan miserable estado se le abriesen los ojos y el corazon para conocer y recibir á su Reparador y Maestro.

947. Habia hecho el santo anacoreta Juan muchos años antes una grande cruz que tenia en su cabecera; y en ella hacia algunos ejercicios penales, y puesto en ella oraba de ordinario en postura de crucificado. No quiso dejar este tesoro en aquel yermo, y antes de salir dél se la envió á la Reina del cielo y tierra con los mismos Ángeles, que en su nombre le visitaban, y la dijesen como aquella cruz habia sido la compañía mas amable y de mayor recreo que en su larga soledad habia tenido; y que se la enviaba como rica joya, por lo que en ella se habia de obrar, que el motivo de haberla hecho era este; y tambien que los mismos Ángeles le habian dicho que su Hijo santísimo y Salvador del mundo oraba muchas veces puesto en otra cruz, que tenia en su oratorio para este intento. Los artífices de esta cruz que tenia san Juan fueron los Ángeles, que á peticion suya la formaron de un árbol de aquel desierto; porque ni el Santo tenia fuerzas ni instrumentos, ni los Ángeles los habian menester, con el imperio que tienen sobre las cosas corporales. Con este presente y embajada volvieron los santos príncipes á su Reina y Señora, y ella lo recibió con dulcísimo dolor y amarga dulzura en lo íntimo de su castísimo corazon, confiriendo los misterios que muy en breve se obrarian en aquel durísimo madero: y hablando regaladamente con él, le puso en el oratorio, donde le guardó toda la vida con la otra cruz que tenia del Salvador. Despues la prudentísima Señora dejó estas prendas con otras á los Apóstoles por herencia inestimable, y ellos las llevaron por algunas provincias donde predicaron el Evangelio.

948. Sobre este suceso misterioso se me ofreció una duda que propuse á la Madre de sabiduría, y la dije: Reina del cielo y Señora mia, santísima entre los Santos y escogida entre todas las criaturas para Madre del mismo Dios; en esto que dejo escrito se me ofrece una dificultad como á mujer ignorante y tarda; y, si me dais licencia, deseo proponerla á Vos, Señora, que sois maestra de la sabiduría, y por vuestra dignacion habeis querido hacer conmigo este oficio y magisterio, ilustrando mis tinieblas y enseñándome doc-

trina de vida eterna y saludable. Mi duda es, por haber entendido que no solo san Juan, pero Vos misma, Reina mia, teníais en reverencia la cruz antes que vuestro Hijo santísimo muriese en ella; y siempre he creido que hasta aquella hora en que obró nuestra redencion en el sagrado madero, servia de patíbulo para castigar los delincuentes, y por esta causa era la cruz reputada por ignominiosa y contentible[1]; y la santa Iglesia nos enseña que todo su valor y dignidad le vino á la santa cruz del contacto que tuvo con ella nuestro Redentor, y del misterio de la reparacion humana que obró en ella.

Respuesta y doctrina de la reina del cielo María santísima.

949. Hija mia, con gusto satisfaré á tu deseo y responderé á tu duda. Verdad es lo que propones, que la cruz era ignominiosa[2] antes que mi Hijo y Señor la honrara y santificara con su pasion y muerte, y por esto se le debe ahora la adoracion y reverencia altísima que le da la santa Iglesia; y si alguno ignorante de los misterios y razones que tuve yo, y tambien san Juan, pretendiera dar culto y reverencia á la cruz antes de la redencion humana, cometiera idolatría y error; porque adoraba lo que no conocia por digno de adoracion verdadera. Pero en nosotros hubo diferentes razones: la una, que teníamos infalible certeza de lo que en la cruz habia de obrar nuestro Redentor; la otra, que antes de llegar á esta obra de la redencion habia comenzado á santificar aquella sagrada señal con su contacto, cuando se ponia y oraba en ella, ofreciéndose á la muerte de su voluntad; y el eterno Padre habia aceptado estas obras y muerte prevista de mi Hijo santísimo con inmutable decreto y aprobacion; y cualquiera obra y contacto que tuvo el Verbo humanado era de infinito valor, y con él santificó aquel sagrado madero y le hizo digno de reverencia: y cuando yo se la daba, y tambien san Juan, teníamos presente este misterio y verdad, y no adorábamos á la cruz por sí misma y por lo material del madero, que no se le debia adoracion latría (*) hasta que se ejecutase en ella la redencion; pero atendíamos y respetábamos la representacion formal de lo que en ella haria el Verbo encarnado, que era el término á donde miraba y pasaba la reverencia y adoracion que dábamos á la cruz; y tambien ahora sucede así en la que le da la santa Iglesia.

950. Conforme á esta verdad debes ahora ponderar tu obliga-

[1] In Offic. Sanct. Cruc. — [2] Deut. xxi, 23. — (*) Véase la nota XVI.

cion, y de todos los mortales, en la reverencia y aprecio de la santa cruz; porque si antes de morir en ella mi Hijo santísimo, yo le imité y tambien su Precursor, así en el amor y reverencia como en los ejercicios que hacíamos en aquella santa señal; ¿qué deben hacer los fieles hijos de la Iglesia, despues que á su Criador y Redentor le tienen crucificado á la vista de la fe, y su imágen á los ojos corporales? Quiero, pues, hija mia, que tú te abraces con la cruz con incomparable estimacion, te la apliques como joya preciosísima de tu Esposo, y te acostumbres á los ejercicios que en ella conoces y haces, sin que jamás por tu voluntad los dejes ni olvides, si la obediencia no te los impide. Cuando llegares á tan venerables obras, sea con profunda reverencia, y consideracion de la muerte y pasion de tu Señor y de tu Amado. Esta misma costumbre procura introducir entre tus religiosas, amonestándolas á ello; porque ninguna es mas legítima entre las esposas de Cristo, y esta le será de sumo agrado hecha con devocion y digna reverencia. Junto con esto, quiero de tí que á imitacion del Baptista prepares tu corazon para lo que el Espíritu Santo quisiere obrar en tí para gloria suya y beneficio de otros; y cuanto es en tu afecto, ama la soledad y retira tus potencias de la confusion de las criaturas; y en lo que te obligare el Señor á comunicar con ellas, procura siempre tu propio merecimiento y la edificacion de los prójimos, de manera que en tus conversaciones resplandezca el celo y el espíritu que vive en tu corazon. Las eminentísimas virtudes que has conocido, te sirvan de estímulo y ejemplo que imites, y de ellas, y de las demás que llegaren á tu noticia en otros Santos, procura como diligente abeja de las flores fabricar el panal dulcísimo de la santidad y pureza que en tí quiere mi Hijo santísimo. Diferénciate en los oficios de esta avecita y de la araña; que la una su alimento convierte en suavidad y utilidad para vivos y difuntos, y la otra en veneno dañoso. Coge de las flores y virtudes de los Santos en el jardin de la Iglesia santa cuanto con tus débiles fuerzas, ayudadas de la gracia, pudieres imitar, y oficiosa y argumentosa procura resulte en beneficio de los vivos y difuntos, y huye del veneno de la culpa dañosa para todos.

CAPÍTULO XXII.

Ofrece María santísima al eterno Padre á su Hijo unigénito para la redencion humana; concédele en retorno de este sacrificio una vision clara de la Divinidad; y despídese del mismo Hijo para ir su Majestad al desierto.

El amor que María tenia á su Hijo es la regla de sus operaciones y afectos.—La eminencia deste amor es inexplicable á las criaturas.—Motivos de este amor que concurrian en María.—Circunstancias que concurrian en la Madre de Dios para que este amor llegase á ser sin medida.—Estando en la eminencia de este amor oyó una voz de el eterno Padre que la mandaba le ofreciese en sacrificio á su Hijo.—Modo con que se le intimó este precepto.—Voz que salió del trono de la santísima Trinidad.—Inteligencia que tuvo en ella María del decreto de la pasion y muerte de su Hijo.—Efectos que en ella causó.—Ofrecimiento que hizo María al eterno Padre de su amantísimo Hijo para la redencion humana.—Eminencia del sacrificio que hizo la Madre de Dios en este ofrecimiento.—Pasó María en él del término que se pone á la caridad y amor con los hombres.—Solo el amor de Dios á los hombres es regla por donde se mide este de María.—Cuánto deben los hombres á la Madre de Dios en su rescate.—Favor que hizo Dios á María en remuneracion deste sacrificio.—Vió en esta ocasion clara y intuitivamente á Dios.—En esta vision volvió á ofrecer al Padre el sacrificio de su Hijo.—Confortóla el Señor para que asistiese á Cristo en las obras de la redencion, y fuese su coadjutora.—Palabras con que se despidió Cristo de su Madre para ir al desierto.—Cristo fue mas Hijo de María, que ninguno lo es ni lo será de su madre.—Prométela volverá por ella para que le asista á la redencion y sea su coadjutora.—Ternísima despedida de Jesús y María.—Palabras que le dijo la Madre al despedirse.—Ofrécesele en sacrificio para acompañarlo en sus trabajos y cruz.—Edad de Cristo cuando salió á ser bautizado.—Dolor de la Madre y compasion de el Hijo en esta despedida.—Digna admiracion de la caridad de Cristo en salir así á buscar los hombres y obrar su redencion.—Conoció María la estimacion que Dios hacia, no solo de la pasion de Cristo, sino de los que le habian de imitar en el camino de la cruz.—Pidió al Señor la hiciese partícipe de todos sus dolores, penas y pasion.—Pidió á su Hijo que le quitase los regalos interiores para seguir sus pasos en amargura.—Desde entonces los regalos interiores la cesaron, y su Hijo en lo exterior no la trató con tanta caricia.—Error de los mortales en aborrecer el camino de la cruz.—Cuán dañoso es este engaño.—Verdaderas utilidades de el padecer.—Peligro que hay en las consolaciones espirituales por ardid del demonio.—Á qué estado suele traer su mal uso.—Cuando se conoce el daño no se reconoce la culpa.—Pretexto con que el demonio colorea el engaño.—Ignorancia en esta materia de imperfectos.—Cómo se ha de usar del retiro y de las ocupaciones.—Medio para hallar á Dios en las ocupaciones.—Como se ha de ir imitando á Cristo en la variedad de sus obras.—El ejercicio mas alto de María fue imitar á Cristo en todas sus obras.—Disposicion para seguirla en este ejercicio.

951. El amor que nuestra gran Reina y Señora tenia á su Hijo santísimo era regla por donde se median otros afectos y operaciones de la divina Madre, y tambien en las pasiones y afectos de gozo y de dolor que segun diferentes causas y razones padecia. Para medir este ardiente amor no halla regla manifiesta nuestra capacidad, ni la pueden hallar los mismos Ángeles, fuera de la que conocen con la vista clara del ser divino; y todo lo demás que se puede decir por circunloquios, símiles y rodeos es lo menos que en sí comprehende este divino incendio; porque le amaba como á Hijo del eterno Padre, igual con él en el ser de Dios y en sus infinitas perfecciones y atributos. Amábale como á Hijo propio y natural, y solo Hijo suyo en el ser humano, formado de su misma carne y sangre. Amábale, porque en este ser humano era el Santo de los Santos [1], y causa meritoria de toda santidad. Era el especioso entre los hijos de los hombres [2]. Era el mas obediente [3] y mas Hijo de su Madre, el mas glorioso honrador y bienhechor para ella: pues la levantó, con ser su Hijo, á la suprema dignidad entre las criaturas, la mejoró entre todas y sobre todas con los tesoros de la Divinidad, con el señorío de todo lo criado, con los favores, beneficios y gracias que á ninguna otra se le pudieran dignamente conceder.

952. Estos motivos y estímulos del amor estaban depositados y como comprehendidos en la sabiduría de la divina Señora, con otros muchos que sola su altísima ciencia penetraba. No tenia su corazon impedimento, porque era cándido y purísimo; no era ingrata, porque era profundísima en humildad y fidelísima en corresponder; no era remisa, porque era vehemente en el obrar con la gracia toda su eficacia; no era tarda sino diligentísima; no descuidada, porque era estudiosísima y solícita; no olvidada, porque su memoria era constante y fija en guardar los beneficios, razones y leyes del amor. Estaba en la esfera del mismo fuego en presencia del divino objeto, y en la escuela del verdadero Dios de amor en compañía de su Hijo santísimo, á la vista de sus obras y operaciones, copiando aquella viva imágen; y nada le faltaba á esta finísima amante para que no llegase al modo del amor, que es amar sin modo y sin medida. Estando, pues, esta luna hermosísima en su lleno, mirando al Sol de justicia de hito en hito por espacio de cási treinta años; habiéndose levantado como divina aurora á lo supremo de la luz, á lo ardiente del amoroso incendio del dia clarísimo de la gracia, enajenada de todo lo visible, y transformada en su querido Hijo, y correspon-

[1] Dan. IX, 24. — [2] Psalm. XLIV, 3. — [3] Luc. II, 51.

dida de su recíproca dileccion, favores y regalos; en el punto mas subido, en la ocasion mas ardua sucedió que oyó una voz del Padre eterno que la llamaba, como en su figura habia llamado al patriarca Abrahan, para que le ofreciese en sacrificio al depósito de su amor y esperanza, su querido Isaac [1].

953. No ignoraba la prudentísima Madre que corria el tiempo; porque ya su dulcísimo Hijo habia entrado en los treinta años de edad, y que se acercaba el término y plazo de la paga en que habia de satisfacer por la deuda y los hombres; pero con la posesion del bien que la hacia tan bienaventurada, todavía miraba como de léjos la privacion aun no experimentada. Pero llegando ya la hora, y estando un dia en éxtasis altísimo, sintió que era llamada y puesta en presencia del trono real de la beatísima Trinidad, del cual salió una voz que con admirable fuerza la decia: *María, Hija y Esposa mia, ofréceme á tu Unigénito en sacrificio.* Con la fuerza de esta voz vino la luz y la inteligencia de la voluntad del Altísimo, y en ella conoció la beatísima Madre el decreto de la redencion humana por medio de la pasion y muerte de su Hijo santísimo, y todo lo que desde luego habia de comenzar á preceder á ella con la predicacion y magisterio del mismo Señor. Al renovarse este conocimiento en la amantísima Madre sintió diversos efectos en su ánimo, de rendimiento, humildad, caridad de Dios y de los hombres, compasion, ternura y natural dolor de lo que su Hijo santísimo habia de padecer.

954. Pero sin turbacion y con magnánimo corazon respondió al muy alto, y le dijo: *Rey eterno y Dios omnipotente de sabiduría y bondad infinita, todo lo que tiene ser, fuera de Vos, lo recibió y lo tiene de vuestra liberal misericordia y grandeza, y de todo sois Dueño y Señor independiente. Pues ¿cómo á mí, vil gusanillo de la tierra, mandais que sacrifique y entregue á vuestra disposicion divina el Hijo que con vuestra inefable dignacion he recibido? Vuestro es, eterno Dios y Padre, pues en vuestra eternidad antes del lucero fue engendrado [2], y siempre lo engendrais y engendraréis por infinitos siglos; y si yo le vestí la forma de siervo [3] en mis entrañas de mi propria sangre, si le alimenté á mis pechos, si le administré como Madre; tambien aquella humanidad santísima es toda vuestra, y yo lo soy, pues recibí de Vos todo lo que soy y pude darle. Pues ¿qué me resta que ofreceros, que no sea mas vuestro que mio? Confieso, Rey altísimo, que con tan liberal grandeza y benignidad enriqueceis á las criaturas con vuestros infinitos tesoros, que aun á vuestro mismo Unigénito, engendra-*

[1] Genes. XXII, 1. — [2] Psalm. CIX, 3; II, 7. — [3] Philip. II, 7.

do de vuestra sustancia y la misma lumbre de vuestra divinidad, le pedís por voluntaria ofrenda para obligaros de ella. Con él me vinieron todos los bienes juntos, y por su mano recibí inmensos dones y honestidad [1]. *Es virtud de mi virtud, sustancia de mi espíritu, vida de mi alma y alma de mi vida, con que me sustenta la alegría con que vivo; y fuera dulce ofrenda si le entregara solo á Vos que conoceis su estimacion; pero ¡entregarle á la disposicion de vuestra justicia y para que se ejecute por mano de sus crueles enemigos, á costa de su vida, mas estimable que todo lo criado fuera della! Grande es, Señor altísimo, para el amor de madre la ofrenda que me pedís; pero no se haga mi voluntad sino la vuestra. Consígase la libertad del linaje humano; quede satisfecha vuestra equidad y justicia; manifiéstese vuestro infinito amor; sea conocido vuestro nombre y magnificado de todas las criaturas. Yo entrego á mi querido Isaac para que con verdad sea sacrificado; ofrezco al Hijo de mis entrañas para que segun el inmutable decreto de vuestra voluntad pague la deuda contraida no por él, sino por los hijos de Adan, y para que se cumpla en él todo lo que vuestros Profetas por vuestra inspiracion tienen escrito y declarado.*

955. Este sacrificio de María santísima, con las condiciones que tuvo, fue el mayor y mas aceptable para el eterno Padre de cuantos se habian hecho desde el principio del mundo, ni se harán hasta el fin [2], fuera del que hizo su mismo Hijo nuestro Salvador, con el cual fue uno mismo el de la Madre en la forma posible. Y si lo supremo de la caridad se manifiesta en ofrecer la vida por lo que se ama, sin duda pasó María santísima esta línea y término del amor con los hombres, tanto mas, cuanto amaba la vida de su Hijo santísimo mas que la suya propia, que esto era sin medida; pues para conservar la vida del Hijo, si fueran suyas las de todos los hombres, muriera tantas veces, y luego infinitas mas. No hay otra regla en las criaturas por donde medir el amor de esta divina Señora con los hombres, mas de la del mismo Padre eterno; y como dijo Cristo Señor nuestro á Nicodemus [3], que de tal manera amó Dios al mundo, que dió á su Hijo unigénito para que no pereciesen todos los que creyesen en él; esto mismo parece que en su modo y respectivamente hizo nuestra Madre de misericordia, y la debemos proporcionadamente nuestro rescate; pues así nos amó, que dió á su Unigénito para nuestro remedio; y si no le diera cuando el eterno Padre en esta ocasion se le pidió, no se pudiera obrar la redencion humana con aquel decreto, cuya ejecucion habia de ser mediante

1 Sap. VII, 11. — 2 Joan. XV, 13. — 3 Ibid. III, 16.

el consentimiento de la Madre con la voluntad del Padre eterno. Tan obligados como esto nos tiene María santísima á los hijos de Adan.

956. Admitida la ofrenda de esta gran Señora por la beatísima Trinidad, fue conveniente que la remunerase y pagase de contado con algun favor tal, que la confortase en su pena, la corroborase para las que aguardaba, y conociese con mayor claridad la voluntad del Padre, y las razones de lo que le habia mandado. Estando la divina Señora en el mismo éxtasis, fue levantada á otro estado mas superior, donde prevenida y dispuesta con las iluminaciones y cualidades que en otras ocasiones he dicho [1], se le manifestó la Divinidad con vision intuitiva y clara, donde en el sereno y luz del mismo ser de Dios conoció de nuevo la inclinacion del sumo Bien á comunicar sus tesoros infinitos á las criaturas racionales por medio de la redencion que obraria el Verbo humanado, y la gloria que de esta maravilla resultaria entre las mismas criaturas para el nombre del Altísimo. Con esta nueva ciencia de los sacramentos ocultos que conoció la divina Madre, con nuevo júbilo ofreció otra vez al Padre el sacrificio de su Hijo unigénito; y el poder infinito del mismo Señor la confortó con aquel verdadero pan de vida y entendimiento, para que con invencible esfuerzo asistiese al Verbo humanado en las obras de la redencion, y fuese coadjutora y cooperadora en ella, en la forma que lo disponia la infinita Sabiduría, como lo hizo la gran Señora en todo lo que adelante diré [2].

957. Salió de este rapto y vision María santísima, y no me detengo en declarar mas las condiciones que tuvo; porque fueron semejantes á las que en otras visiones intuitivas he declarado tuvo: pero con la virtud y efectos divinos que en esta recibió, pudo estar prevenida para despedirse de su Hijo santísimo, que luego determinó salir al bautismo y ayuno del desierto. Llamóla su Majestad, y hablándola como hijo amantísimo y con demostraciones de dulcísima compasion, la dijo: *Madre mia, el ser que tengo de hombre verdadero recibí de sola vuestra substancia y sangre, de que tomé forma de siervo [3] en vuestro virginal vientre; y despues me habeis criado á vuestros pechos y alimentádome con vuestro sudor y trabajo; por estas razones me reconozco por mas Hijo y mas vuestro, que ninguno lo fue de su madre ni lo será. Dadme vuestra licencia y beneplácito para que yo vaya á cumplir la voluntad de mi eterno Padre. Ya es tiempo que me despida de vuestro regalo y dulce compañía, y dé principio á la obra de la redencion humana. Acábase el descanso, y llega ya la*

[1] Part. I, à n. 623. — [2] Infr. n. 990, 991, 1001, 1219, 1376. — [3] Philip. II, 7.

hora de comenzar á padecer por el rescate de mis hermanos los hijos de Adan. Pero esta obra de mi Padre quiero hacer con vuestra asistencia, y que en ella seais compañera y coadjutora mia, entrando á la parte de mi pasion y cruz; y aunque ahora es forzoso dejaros sola, mi bendicion quedará con Vos, y mi cuidadosa, amorosa y poderosa proteccion. Despues volveré á que me acompañeis y ayudeis en mis trabajos; pues los he de padecer en la forma de hombre que me dísteis.

958. Con estas razones echó el Señor los brazos en el cuello de la ternísima Madre, derramando entrambos muchas lágrimas con admirable majestad y severidad apacible, como maestros en la ciencia del padecer. Arrodillóse la divina Madre, y respondió á su Hijo santísimo, y con incomparable dolor y reverencia le dijo: *Señor mio y Dios eterno, verdadero Hijo mio sois, y en Vos está empleado todo el amor y fuerzas que de Vos he recibido, y lo íntimo de mi alma está patente á vuestra divina sabiduría: mi vida fuera poco para guardar la vuestra, si fuera conveniente que muchas veces yo muriera para esto; pero la voluntad del Padre y la vuestra se han de cumplir, y para esto ofrezco y sacrifico yo la mia; recibidla, Hijo mio y Dueño de todo mi ser, en aceptable ofrenda y sacrificio, y no me falte vuestra divina proteccion. Mayor tormento fuera para mí, que padeciérades sin acompañaros en los trabajos y en la cruz. Merezca yo, Hijo, este favor, que como verdadera madre os pido en retorno de la forma humana que os dí, en que vais á padecer.* Pidióle tambien la amantísima Madre llevase algun alimento de su casa, ó que se le enviaria adonde estuviese. Nada de esto admitió el Salvador por entonces, dando luz á la Madre de lo que convenia. Salieron juntos hasta la puerta de su pobre casa, donde segunda vez le pidió ella arrodillada la bendicion y le besó los piés, y el divino Maestro se la dió, y comenzó su jornada para el Jordan, saliendo como buen pastor á buscar la oveja perdida, y volverla sobre sus hombros [1] al camino de la vida eterna que habia perdido como engañada y errante [2].

959. En esta ocasion que salió nuestro Redentor á ser bautizado por san Juan, habia entrado ya en treinta años de su edad, aunque fue al principio de este año; porque se fué via recta á donde estaba bautizando el Precursor en la ribera del Jordan [3], y recibió dél el bautismo á los trece dias despues de cumplidos los veinte y nueve años, el mismo dia que lo celebra la Iglesia. No puedo yo dignamente ponderar el dolor de María santísima en esta despedida, ni tampoco la compasion del Salvador; porque todo encareci-

1 Luc. xv, 5. — 2 Psalm. cxviii, 176. — 3 Matth. iii, 13.

miento y razones son muy cortas y desiguales para manifestar lo que pasó por el corazon de Hijo y Madre. Como esto era una de las partes de sus penas y afliccion, no fue conveniente moderar los efectos del natural amor recíproco de los Señores del mundo. Dió lugar el Altísimo para que obrasen todo lo posible y compatible con la suma santidad de entrambos respectivamente. No se moderó este dolor con apresurar los pasos nuestro divino Maestro, llevado de la fuerza de su inmensa caridad á buscar nuestro remedio, ni el conocerlo así la amantísima Madre; porque todo esto aseguraba mas los tormentos que le esperaban y el dolor de su conocimiento. ¡Oh amor mio dulcísimo! ¿Cómo no sale al encuentro la ingratitud y dureza de nuestros corazones? ¿Cómo el ser los hombres inútiles para Vos (á mas de su grosera correspondencia) nos os embaraza? ¡Oh eterno Bien y vida mia! Sin nosotros seréis tan bienaventurado como con nosotros, tan infinito en perfecciones, santidad y gloria, y nada podemos añadir á la que teneis con solo Vos mismo, sin dependencia y necesidad de criaturas. Pues ¿por qué, amor mio, tan cuidadoso las buscais y solicitais? ¿Por qué tan á costa de dolores y de cruz procurais el bien ajeno? Sin duda que vuestro incomprehensible amor y bondad le reputa por propio, y solo nosotros le tratamos como ajeno para Vos y nosotros mismos.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

960. Hija mia, quiero que ponderes y penetres mas los misterios que has escrito, y los levantes de punto en tu estimacion para el bien de tu alma, y llegar en alguna parte á mi imitacion. Advierte, pues, que en la vision de la Divinidad, que yo tuve en esta ocasion que has dicho, conocí en el Señor la estimacion que su voluntad santísima hacia de los trabajos, pasion y muerte de mi Hijo, y de todos aquellos que le habian de imitar y seguir en el camino de la cruz. Con esta ciencia no solo le ofrecí de voluntad para entregarle á su pasion y muerte, sino que supliqué al muy alto me hiciera compañera y partícipe de todos sus dolores, penas y pasion, y me lo concedió el eterno Padre. Despues pedí á mi Hijo y Señor que desde luego careciese yo de sus regalos interiores, comenzando á seguir sus pasos de amargura; y esta peticion me inspiró el mismo Señor, porque así lo queria, y me obligó y enseñó el amor. Estas ansias de padecer y el que me tenia su Majestad como Hijo y como Dios, me encaminaban á desear los trabajos; y porque me amó

tiernamente me los concedió; que á los que ama, corrige y aflige [1]; y á mí como á Madre quiso no me faltase este beneficio y excelencia de ser en todo semejante á él, en lo que mas estimaba en la vida humana. Luego se cumplió en mí esta voluntad del Altísimo, y mi deseo y peticion, y carecí de los favores y regalos que solia recibir, y no me trató desde entonces con tanta caricia; y esta fue una de las razones por que no me llamó Madre, sino mujer, en las bodas de Caná y al pié de la cruz [2], y en otras ocasiones que me ejercitó con esta severidad, negándome las palabras de caricia; y estaba tan léjos de ser esto desamor, que antes era la mayor fineza de amor hacerme su semejante en las penas que elegia para sí, como herencia y tesoro estimable.

961. De aquí entenderás la comun ignorancia y error de los mortales, y cuán léjos van del camino y de la luz, cuando generalmente, cási todos, trabajan por no trabajar, padecen por no padecer, y aborrecen el camino real y seguro de la cruz y mortificacion. Con este peligroso engaño, no solo aborrecen la semejanza de Cristo su ejemplar y la mia, y se privan de ella, siendo el verdadero y sumo bien de la vida humana; pero junto con esto se imposibilitan para su remedio, pues todos están enfermos y dolientes con muchas culpas, y su medicina ha de ser la pena. El pecado se comete con torpe deleite, y se excluye con el dolor penal, y en la tribulacion los perdona el justo Juez. Con el padecer amarguras y aflicciones se enfrena el fómes de el pecado; se quebrantan los brios desordenados de las pasiones concupiscible y irascible; humíllase la soberbia y altivez; sujétase la carne; diviértese el gusto de lo malo, sensible y terreno; desengáñase el juicio; morigérase la voluntad; y todas las potencias de la criatura se reducen á razon, y se moderan en sus desigualdades y movimientos las pasiones; y sobre todo se obliga el amor divino á compasion del afligido que abraza los trabajos con paciencia, ó los busca con deseo de imitar á mi Hijo santísimo. En esta ciencia están recopiladas todas las buenas dichas de la criatura; y los que huyen de esta verdad son locos, los que ignoran esta ciencia son estultos.

962. Trabaja, pues, hija mia carísima, por adelantarte en ella, y desvélate para salir al encuentro á la cruz de los trabajos, despídete de admitir jamás consolacion humana. Y para que en las del espíritu no tropieces y caigas, te advierto que en ellas tambien esconde el demonio un lazo, que tú no puedes ignorar, contra los es-

[1] Prov. III, 12. — [2] Joan. II, 4; XIX, 26.

pirituales; porque como es tan dulce y apetecible el gusto de la contemplacion y vista del Señor, y sus caricias (mas ó menos), redunda tanto deleite y consuelo en las potencias del alma, y tal vez en la parte sensitiva suelen algunas almas acostumbrarse á él tanto, que se hacen como ineptas para otras ocupaciones necesarias á la vida humana, aunque sean de caridad y trato conveniente á las criaturas; y cuando hay obligacion de acudir á ellas, se afligen desordenadamente y se turban con impaciencia, pierden la paz y gobierno interior, quedan tristes, intratables y llenas de hastío con los demás prójimos, y sin verdadera humildad ni caridad. Y cuando llegan á sentir su proprio daño y inquietud, luego cargan la culpa á las ocupaciones exteriores, en que los puso el mismo Señor por la obediencia ó por la caridad, y no quieren confesar ni conocer que la culpa consiste en su poca mortificacion y rendimiento á lo que Dios ordena, y por estar asidas á su gusto. Todo este engaño les oculta el demonio con el color del buen deseo de su quietud y retiro, y de el trato de el Señor en la soledad; porque en esto les parece no hay que temer, que todo es bueno y santo, y que el daño les resulta de lo que se le impiden, como lo desean.

963. En esta culpa has incurrido tú algunas veces, y quiero que desde hoy quedes advertida en ella; pues para todo hay tiempo (como dice el Sábio [1]), para gozar de los abrazos y para abstenerse de ellos; y el determinar el trato íntimo de el Señor á tiempos señalados por gusto de la criatura, es ignorancia de imperfectos y principiantes en la virtud, y lo mismo el sentir mucho que le falten los regalos divino. No te digo por esto que de voluntad busques las distracciones y ocupaciones, ni en ellas tengas tu beneplácito, que esto es lo peligroso; sino que cuando los prelados te lo ordenaren, obedezcas con igualdad, y dejes al Señor en tu regalo, para hallarle en el trabajo útil y en el bien de tus prójimos; y esto debes anteponer á tu soledad y consolaciones ocultas que en ella recibes, y solo por estas no quiero que la ames tanto; porque en la solicitud conveniente de prelada sepas creer, esperar y amar con fineza. Por este medio hallarás al Señor en todo tiempo, lugar y ocupaciones, como lo has experimentado; y nunca quiero te dés por despedida de su vista y presencia dulcísima, y suavísima conversacion, ignorando párvulamente que fuera del retiro puedes hallar y gozar del Señor; porque todo está lleno de su gloria [2], sin haber espacio vacío, y en su Majestad vives, eres y te mueves [3]; y cuando

[1] Eccles. III, 5. — [2] Eccli. XLII, 16. — [3] Act. XVII, 28.

no te obligare él mismo á estas ocupaciones, gozarás de tu deseada soledad.

964. Todo lo conocerás mejor en la nobleza del amor que de ti quiero para la imitacion de mi Hijo santísimo y mia; pues con él unas veces te has de regalar en su niñez; otras acompañarle en procurar la salud eterna de los hombres; otras imitándole en el retiro de su soledad; otras transfigurándote con él en nueva criatura; otras abrazando las tribulaciones y la cruz, y siguiendo sus caminos y la doctrina que como divino Maestro enseñó en ella; y en una palabra, quiero que entiendas como en mí fue el ejercicio ó el intento mas alto imitarle siempre en todas sus obras: esta fue en mí la que mayor perfeccion y santidad comprehendió, y en esto quiero que me sigas segun tus flacas fuerzas alcanzaren ayudadas de la gracia. Para hacerlo has de morir primero á todos los afectos de hija de Adan, sin reservar en tí, quiero ó no quiero; admito ó repruebo por este ó por aquel título; porque tú ignoras lo que te conviene, y tu Señor y Esposo que lo sabe, y te ama mas que tú misma, quiere cuidar de ello, si te dejas toda á su voluntad: y solo para amarle y quererle imitar en padecer te doy licencia; pues en lo demás aventuras el apartarte de su gusto y del mio; y lo harás siguiendo tu voluntad, y las inclinaciones de tus deseos y apetitos. Degüéllalos y sacrifícalos todos, levántate á tí sobre tí, y ponte en la habitacion alta y encumbrada de tu Dueño y Señor; atiende á la luz de sus influencias y á la verdad de sus palabras de vida eterna [1]; y para que la consigas toma tu cruz [2], sigue sus pisadas, camina al olor de sus ungüentos [3], y sé oficiosa hasta alcanzarle; y en teniéndole no le dejes [4].

CAPÍTULO XXIII.

Las ocupaciones que la Madre Vírgen tenia en ausencia de su Hijo santísimo, y los coloquios con sus santos Ángeles.

Divina luz interior con que quedó el alma de María en la ausencia de su Hijo.—Dispuso sus ocupaciones de manera que sin comunicacion humana vacase toda á la contemplacion.—Derramaba lágrimas de sangre por los pecados de los hombres.—Genuflexiones y postraciones que hacia.—Como cooperaba con su Hijo ausente á las obras de nuestro reparo.—Como nos mereció la predicacion y doctrina de su Hijo.—Asistíanla los Ángeles en forma humana por mandado de su Hijo.—Dolor que padecia María por la ausencia de su Hijo cuando descendia de la eminencia de la contemplacion.

[1] Joan. VI, 69. — [2] Matth. XVI, 24. — [3] Cant. I, 3. — [4] Ibid. III, 4.

—Suspiros de la Madre de Dios con el dolor de la ausencia de su Hijo.— Pide á los Ángeles la dén cuenta de las ocupaciones de su Hijo.—Dábanla noticia los Ángeles de los lugares en que Cristo estaba, y las ocupaciones que tenia.—Como las iba imitando María.—Visitas que la Madre enviaba á su Hijo con los Ángeles.—Cuando el Salvador sudaba sangre, le enjugaban los Ángeles por mandado de su Madre.—Acompañaba María á su Hijo en las peticiones que hacia por los hombres.—En algunas ocasiones le enviaba algun alimento por mano de los Ángeles.—Ocupábase algunas veces en hacer cánticos de alabanza al Señor. —Otras acudia á las necesidades de los prójimos á imitacion de su Hijo.—Éxtasis que tuvo en esta soledad, y dones que en ellos recibió.—Todo lo aplicaba á la imitacion de su Hijo y á la cooperacion á las obras de nuestro reparo.—Los beneficios y júbilos interiores la dejaban padecer en la parte sensitiva, como lo habia pedido.— La sabiduría de la carne ha hecho á los hombres ignorantes y enemigos de Dios.—Los hijos del siglo no pueden llamarse hijos de Dios y hermanos de Cristo.—El conocimiento de las obras de la Madre de Dios se dió para que fuese memorial por donde se compusiese la vida.—Prevenciones de la divina Maestra á su discípula.—Avísala de la guerra que la disponia el demonio.—Estado de perfeccion en que la divina Maestra la queria poner.

965. Despedido el Redentor del mundo de la presencia corporal de su amantísima Madre, quedaron los sentidos de la purísima Señora como eclipsados y en obscura sombra, por habérseles traspuesto el claro Sol de justicia que los alumbraba y llenaba de alegría; pero la interior vista de su alma santísima no perdió ni un solo grado de la divina luz que la bañaba toda, y levantaba sobre el supremo amor de los mas encendidos Serafines. Y como todo el empleo principal de sus potencias, en ausencia de la humanidad santísima, habia de ser solo el objeto incomparable de la Divinidad, dispuso todas sus ocupaciones de manera, que retirada en su casa sin trato ni comercio de criaturas, pudiese vacar á la contemplacion y alabanzas del Señor, y entregarse toda á este ejercicio, oraciones y peticiones, para que la doctrina y semilla de la palabra, que el Maestro de la vida habia de sembrar en los corazones humanos, no se malograse por la dureza de su ingratitud, sino que diese copioso fruto de vida eterna y salud de sus almas. Y con la ciencia que tenia de los intentos que llevaba el Verbo humanado, se despidió la prudentísima Señora de hablar á criatura humana, para imitarle en el ayuno y soledad del desierto, como adelante diré [1]; porque en todo fue viva estampa de sus obras, ausente y presente.

966. En estos ejercicios se ocupó la divina Señora, sola en su casa, los dias que su Hijo santísimo estuvo fuera de ella. Eran sus

[1] Infr. n. 900.

peticiones tan fervorosas, que derramaba lágrimas de sangre, llorando los pecados de los hombres. Hacia genuflexiones y postraciones en tierra mas de doscientas veces cada dia; y este ejercicio amó y repitió grandemente toda su vida, como índice de su humildad, caridad, reverencia y culto incomparable; y de esto hablaré muchas veces en el discurso de esta Historia[1]. Con estas obras ayudaba y cooperaba con su Hijo santísimo y nuestro Reparador en la obra de la redencion, cuando estaba ausente; y fueron tan poderosas y eficaces con el eterno Padre, que por los méritos de esta piísima Madre y por estar ella en el mundo, olvidó el Señor (á nuestro modo de entender) los pecados de todos los mortales, que entonces desmerecian la predicacion y doctrina de su Hijo santísimo. Este óbice quitó María santísima con sus clamores y ferviente caridad. Ella fue la medianera que nos granjeó y mereció el ser enseñados de nuestro Salvador y Maestro, y que se nos diese y recibiésemos la ley de el Evangelio de la misma boca de el Redentor.

967. El tiempo que le quedaba á la gran Reina, despues que descendia de lo alto y eminente de la contemplacion y peticiones, gastaba en conferencias y coloquios con sus santos Ángeles, á quienes el mismo Salvador habia mandado de nuevo que le asistiesen en forma corporal todo el tiempo que estuviese ausente, y en aquella forma sirviesen á su tabernáculo y guardasen la ciudad santa de su habitacion. En todo obedecian los ministros diligentísimos del Señor, y servian á su Reina con admirable y digna reverencia. Pero como el amor es tan activo y poco paciente de la ausencia y privacion del objeto que tras de sí le lleva, no tiene mayor alivio que hablar de su dolor y repetir sus justas causas, renovando las memorias de lo amado, refiriendo sus condiciones y excelencias; y con estas conferencias entretiene sus penas, y engaña ó divierte su dolor, sustituyendo por su original las imágenes que dejó en la memoria el bien amado. Esto mismo le sucedia á la amantísima Madre del sumo y verdadero Bien, su Hijo santísimo; porque mientras estaban anegadas sus potencias en el inmenso piélago de la Divinidad, no sentia la falta de la presencia corporal de su Hijo y Señor; pero cuando volvia al uso de los sentidos acostumbrados á tan amable objeto, y que se hallaban sin él, sentia luego la fuerza impaciente del amor mas intenso, casto y verdadero que puede imaginar ninguna criatura; porque no fuera posible á la naturaleza padecer tanto dolor y quedar con vida, si no fuera divinamente confortada.

[1] Supr. n. 180; part. III, à n. 614.

968. Para dar algun ensanche al natural dolor del corazon se convertia á los santos Ángeles, y les decia: *Ministros diligentes del Altísimo, hechuras de las manos de mi Amado, amigos y compañeros mios, dadme noticia de mi Hijo querido y de mi Dueño; decidme dónde vive, y decidle tambien como yo muero por la ausencia de mi propia vida. ¡Oh dulce bien y amor de mi alma! ¿Dónde está vuestra forma especiosa sobre los hijos de los hombres* [1]*? ¿Dónde reclinaréis vuestra cabeza? ¿Dónde descansará de sus fatigas vuestra delicadísima y santísima humanidad? ¿Quién os servirá ahora, lumbre de mis ojos? Y ¿cómo cesarán las lágrimas de los mios sin el claro sol que los alumbraba? ¿Dónde, Hijo mio, tendréis algun reposo? Y ¿dónde le hallará esta sola y pobre avecilla? ¿Qué puerto tomará esta navecilla combatida en soledad de las olas del amor? ¿Dónde hallaré tranquilidad? ¡Oh Amado de mis deseos, olvidar vuestra presencia no es posible! Pues ¿cómo lo será el vivir con su memoria sin tener la posesion? ¿Qué haré? Ó ¿quién me consolará y hará compañía en mi amarga soledad? Pero ¿qué busco y qué hallaré entre las criaturas, si solo Vos me faltais, que sois el todo y solo á quien ama mi corazon? Espíritus soberanos, decidme qué hace mi Señor y mi querido. Contadme sus ocupaciones exteriores, y de las interiores no me oculteis nada de lo que os fuere manifiesto en el espejo de su ser divino y de su cara. Referidme todos sus pasos para que yo los siga y los imite.*

969. Obedecieron los santos Ángeles á su Reina y Señora, y la consolaron en el dolor de sus endechas amorosas, hablándola del muy alto, y repitiéndola grandiosas alabanzas de la humanidad santísima de su Hijo y sus perfecciones. Y luego la daban noticia de todas las ocupaciones, obras y lugares donde estaba; y esto hacian iluminando su entendimiento al mismo modo que un Ángel superior á otro inferior; porque este era el órden y forma espiritual con que conferia y trataba con los Ángeles interiormente, sin embarazo del cuerpo y sin uso de los sentidos. Y de esta manera la informaban los divinos espíritus, cuando el Verbo humanado oraba retirado, cuando enseñaba á los hombres, cuando visitaba á los pobres y hospitales, y otras acciones que la divina Señora ejecutaba á su imitacion en la forma que le era posible; y hacia magníficas y excelentes obras, como adelante diré [2], y con esto descansaba en parte su dolor y pena.

970. Enviaba tambien algunas veces á los mismos Ángeles para que en su nombre visitasen á su dulcísimo Hijo, y les decia pru-

[1] Psalm. XLIV, 3. — [2] Infr. n. 971.

dentísimas razones de gran peso y reverencial amor, y solia darles algun paño ó lienzo aliñado de sus manos, para que limpiasen el venerable rostro del Salvador, cuando en la oracion le veian fatigado y sudar sangre; porque conocia la divina Madre que tendria esta agonía y mas, cuanto se iba mas empleando en las obras de la redencion. Los santos Ángeles obedecian en esto á su Reina con increible reverencia y temor, porque conocian era voluntad del mismo Señor, por el deseo amoroso de su Madre santísima. Otras veces, por aviso de los mismos Ángeles ó por especial vision y revelacion del Señor, conocia que su Majestad oraba en los montes y hacia peticiones por los hombres, y en todo le acompañaba la misericordiosísima Señora desde su casa, y oraba en la misma postura y con las mismas razones. En algunas ocasiones tambien le enviaba por mano de los Ángeles algo de alimento que comiese, cuando sabia no habia quien se lo diese al Señor de todo lo criado, aunque esto fue pocas veces; porque su Majestad santísima, como dije en el capítulo pasado [1], no consintió que siempre lo hiciese su Madre santísima, como lo deseaba; y en los cuarenta dias del ayuno no lo hizo, porque así era voluntad de el mismo Señor.

971. Ocupábase otras veces la gran Señora en hacer cánticos de alabanza y loores al muy alto; y estos los hacia ó por sí sola en la oracion, ó en compañía de los santos Ángeles alternando con ellos. Todos estos cánticos eran altísimos en el estilo y profundísimos en el sentido. Acudia otras veces á las necesidades de los prójimos á imitacion de su Hijo. Visitaba los enfermos, consolaba á los tristes y afligidos, alumbraba á los ignorantes, y á todos los mejoraba y llenaba de gracia y de bienes divinos. Solo en el tiempo del ayuno del Señor estuvo cerrada y retirada sin comunicar á nadie, como diré adelante [2]. En esta soledad y retiro que estaba nuestra Reina y Maestra divina, sin compañía de humana criatura, fueron los éxtasis mas continuos y repetidos; y con ellos recibió incomparables dones y favores de la Divinidad; porque la mano del Señor escribia en ella y pintaba, como en un lienzo preparado y dispuesto, admirables formas y dibujos de sus infinitas perfecciones. Con todos estos dones y gracias trabajaba de nuevo por la salud de los mortales, y todo lo aplicaba y convertia á la imitacion mas llena de su Hijo santísimo, y ayudarle como coadjutora en las obras de la redencion. Y aunque estos beneficios y trato íntimo del Señor no podian estar sin grande y nuevo júbilo y gozo del Espíritu Santo, mas en la parte

[1] Supr. n. 958. — [2] Infr. n. 990.

sensitiva padecia juntamente por lo que habia deseado y pedido á imitacion de Cristo nuestro Señor, como arriba dije[1]. En este deseo de seguirle en el padecer era insaciable, y lo pedia al Padre eterno con incesante y ardentísimo amor, renovando el sacrificio tan aceptable de la vida de su Hijo y de la suya, que por la voluntad de el mismo Señor habia ofrecido; y en este acto de padecer por el Amado era incesante su deseo y ansias en que estaba enardecida, y padeciendo porque no padecia.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

972. Hija mia carísima, la sabiduría de la carne ha hecho á los hombres ignorantes, estultos y enemigos de Dios, porque es diabólica, fraudulenta, terrena, y no se sujeta á la divina ley[2]: cuanto mas estudian y trabajan los hijos de Adan por penetrar los malos fines de sus pasiones carnales y animales, y los medios para conseguirlos, tanto mas ignoran las cosas divinas del Señor, para llegar á su verdadero y último fin. Esta ignorancia y prudencia carnal en los hijos de la Iglesia es mas lamentable y mas odiosa en los ojos del Altísimo. ¿Por qué título quieren llamarse los hijos de este siglo, hijos de Dios, hermanos de Cristo y herederos de sus bienes? El hijo adoptivo ha de ser en todo lo posible semejante al natural. Un hermano no es de linaje ni calidades contrarias á otro. El heredero no se llama así por cualquier parte que le toque de los bienes de su padre, si no goza de los bienes y herencia principal. Pues ¿cómo serán herederos con Cristo los que solo aman, desean y buscan los bienes terrenos y se complacen en ellos? ¿Cómo serán sus hermanos los que degeneran tanto de sus condiciones, de su doctrina y de su ley santa? ¿Cómo serán semejantes y conformes á su imágen los que la borran tantas veces, y se dejan sellar muchas con la imágen de la infernal bestial[3]?

973. En la divina luz conoces, hija mia, estas verdades, y lo que yo trabajé por asimilarme á la imágen del Altísimo, que es mi Hijo y mi Señor. Y no pienses que de balde te he dado este conocimiento tan alto de mis obras; porque mi deseo es, que este memorial quede escrito en tu corazon, y esté pendiente siempre delante de tus ojos, y con él compongas tu vida y regules tus obras todo el tiempo que te restare de vivir, que no puede ser muy largo. En la comunicacion y trato de criaturas no te embaraces ni enredes

[1] Supr. n. 960. — [2] Rom. VIII, 7. — [3] Apoc. XVI, 2.

para retardarte en mi seguimiento; déjalas, desvíalas, desprécialas en cuanto pueden impedirte. Para adelantarte en mi escuela te quiero pobre, humilde, despreciada, abatida, y en todo con alegre rostro y corazon. No te pagues de los aplausos y afectos de alguno, ni admitas voluntad humana; que no te quiere el muy alto para atenciones tan inútiles, ni ocupaciones tan bajas y incompatibles con el estado á donde te llama. Considera con atencion humilde las demostraciones de amor que de su mano has recibido; y que para enriquecerte ha empleado grandes tesoros de sus dones. No lo ignoran esto Lucifer, sus ministros y secuaces, y están armados de indignacion y astucia contra tí, y no dejarán piedra que no muevan para destruirte; y la mayor guerra será contra tu interior, adonde asiesta la batería de su astucia y sagacidad. Vive prevenida y vigilante, y cierra las puertas de tus sentidos y reserva tu voluntad, sin darle salida á cosa humana, por buena y honesta que parezca: porque si en algo sisa tu amor de como Dios le quiere, ese poco que le amares menos, abrirá puerta á tus enemigos. Todo el reino de Dios está dentro de tí [1], allí lo tienes, y lo hallarás, y el bien que deseas. No olvides el de mi disciplina y enseñanza, escóndela en tu pecho, y advierte que es grande el peligro y daño de que deseo apartarte; y que participes de mi imitacion y imágen es el mayor bien que tú puedes desear; y yo estoy inclinada con entrañas de clemencia para concedértele, si te dispones con pensamientos altos, palabrás santas y obras perfectas que te lleven al estado en que el Todopoderoso y yo te queremos poner.

CAPÍTULO XXIV.

Llega el Salvador JESÚS *á la ribera del Jordan, donde le bautizó san Juan; y pidió tambien ser bautizado del mismo Señor.*

Ofrecimiento que hizo Cristo á su eterno Padre de todo lo que de nuevo comenzaba á obrar por los hombres.—Forma humilde en que el Señor salió á esta obra soberana.—Causa de no considerar los hombres la inmensidad destos beneficios de su Redentor.—Reprehéndese esta ingratitud y dureza de corazon.—Oracion de la venerable Madre en la consideracion de esta salida del Redentor á las obras de su reparo.—Iba el Señor al Jordan haciendo admirables beneficios, aunque con modo oculto.—Nueva luz y júbilo que envió al corazon de el Baptista antes de llegar á su presencia.—Efectos que hizo en el Baptista.—Vision en que de nuevo fue ilustrado en los misterios de Cristo.—En virtud de ella dió los testimonios que refiere el Evangelis-

[1] Luc. XVII, 21.

ta.—Conoció que venia el Salvador al Bautismo.—Conoció el Baptista á Cristo cuando pidió le bautizase.—Concordia de los Evangelistas sobre este conocimiento.—Descenso del Espíritu Santo en forma visible sobre Cristo, y testimonio de el Padre.—Por qué quiso ser el eterno Padre el primero que testificase la divinidad de Cristo.—Razones por que Cristo hizo este acto de bautizarse en forma de pecador.—Cuánto alcanzó para los hombres con él.—Razones de los testimonios que entonces vinieron del cielo.—Beneficios divinos que en esta ocasion consiguió el Baptista.—Fue bautizado por el Redentor.—Instituyó entonces Cristo su Bautismo aunque su promulgacion fue despues.—Fue san Juan Baptista el primogénito del Bautismo de Cristo.—Noticia que dieron los Ángeles á María de todo lo sucedido en el Jordan.—Gracias que dió la Madre de Dios por estos misterios.—Cómo imitó á su Hijo acompañándole en las operaciones.—Cuán agradable es al Señor el aprecio y agradecimiento de las obras que hizo por los hombres.—Cuántas gracias se le deben dar por la institucion de el Bautismo.—Débelo agradecer el alma como si ella sola fuera su deudora.—Cuánto se debe humillar el alma con el ejemplo de lo que se humilló Cristo en el Bautismo.

974. Dejando nuestro Redentor á su amantísima Madre en Nazareth y en su pobre morada, sin compañía de humana criatura, pero ocupada en los ejercicios de encendida caridad que he referido [1], prosiguió su Majestad las jornadas hácia el Jordan, donde su precursor Juan estaba predicando [2] y bautizando cerca de Betania, la que estaba de la otra parte del rio, y por otro nombre se llamaba Betabara; y á los primeros pasos que dió nuestro divino Redentor desde su casa, levantó los ojos al eterno Padre, y con su ardentísima caridad le ofreció todo lo que de nuevo comenzaba á obrar por los hombres; los trabajos, dolores, pasion y muerte de cruz que por ellos queria padecer, obedeciendo á la voluntad eterna del mismo Padre, y el natural dolor que sintió como Hijo verdadero y obediente á su Madre, en dejarla y privarse de su dulce compañía, que por veinte y nueve años habia tenido. Iba el Señor de las criaturas solo, sin aparato, sin ostentacion ni compañía; y el supremo Rey de los reyes y Señor de los señores [3], desconocido y no estimado de sus mismos vasallos, y tan suyos, que por sola su voluntad tenian el ser y conservacion [4]. Su real recámara era la extrema y suma pobreza y desabrigo.

975. Como los sagrados Evangelistas dejaron en silencio estas obras del Salvador y sus circunstancias tan dignas de atencion, no obstante que con efecto sucedieron, y nuestro grosero olvido está tan mal acostumbrado á no agradecer las que nos dejaron escritas; por esto no discurrimos ni consideramos la inmensidad de nuestros

[1] Supr. n. 971. — [2] Matth. III, à v. 1. — [3] Apoc. XIX, 16. — [4] Ibid. IV, 11.

beneficios y de aquel amor sin tasa ni medida que tan copiosamente nos enriqueció, y con tantos vínculos de oficiosa caridad nos quiso atraer á sí mismo [1]. ¡Oh amor eterno del Unigénito del Padre! ¡Oh bien mio y vida de mi alma! ¡qué mal conocida y peor agradecida es esta vuestra ardentísima caridad! ¿Por qué, Señor y dulce amor mio, tantas finezas, desvelos y penalidades por quien no solo no habeis menester, pero ni ha de corresponder ni atender á vuestros favores, mas que si fueran engaño y burla? ¡Oh corazon humano, mas rústico y feroz que de una fiera! ¿Quién te endurece tanto? ¿Quién te detiene? ¿Quién te oprime y te hace tan grave y pesado para no caminar al agradecimiento de tu Bienhechor? ¡Oh encanto y fascinacion lamentable de los entendimientos de los hombres! ¿Qué letargo tan mortal es este que padeceis? ¿Quién ha borrado de vuestra memoria verdades tan infalibles y beneficios tan memorables, y vuestra propia y verdadera felicidad? Si somos de carne, y tan sensible, ¿quién nos ha hecho mas insensibles y duros que los mismos riscos y peñascos inanimados? ¿Cómo no despertamos y recuperamos algun sentido con las voces que dan los beneficios de nuestra redencion? Á las palabras de un Profeta [2] revivieron los huesos secos y se movieron, y nosotros resistimos á las palabras y á las obras del que da vida y ser á todo. Tanto puede el amor terreno; tanto nuestro olvido.

976. Recibid, pues, ahora, ó Dueño mio y lumbre de mi alma, á este vil gusanillo que arrastrando por la tierra sale al encuentro de los hermosos pasos que dais por buscarle. Con ellos levantais en esperanza cierta de hallar en Vos verdad, camino, fineza y vida eterna. No tengo, amado mio, que ofreceros en retorno sino vuestra bondad y amor, y el ser que por él he recibido. Menos que Vos mismo, no puede ser paga de lo infinito que por mí habeis hecho. *Sedienta* de vuestra caridad salgo al camino; no querais, Señor y Dueño mio, divertir ni apartar la vista de vuestra real clemencia de la pobre á quien buscais con diligencias solícitas y ámorosas. Vida de mi alma y alma de mi vida, ya que no fuí tan dichosa que mereciese gozar de vuestra vista corporal en aquel siglo felicísimo, soy á lo menos hija de vuestra santa Iglesia, soy parte de este cuerpo místico y congregacion santa de fieles. En vida peligrosa, en carne frágil, en tiempos de calamidad y tribulaciones vivo, pero clamo del profundo, suspiro de lo íntimo del corazon por vuestros infinitos merecimientos; y para tener parte en ellos, la fe santa me los cer-

[1] Osee, XI, 4. — [2] Ezech. XXXVII, 10.

tifica, la esperanza me los asegura, y la caridad me da derecho á ellos. Mirad, pues, á esta humilde esclava para hacerme agradecida á tantos beneficios, blanda de corazon, constante en el amor, y toda á vuestro agrado y mayor beneplácito.

977. Prosiguió nuestro Salvador el camino para el Jordan, derramando en diversas partes sus antiguas misericordias, con admirables beneficios que hizo en cuerpos y almas de muchos necesitados, pero siempre con modo oculto; porque hasta el Bautismo no se dió testimonio público de su poder divino y grande excelencia. Antes de llegar á la presencia del Baptista, envió el Señor al corazon de el Santo nueva luz y júbilo que mudó y elevó su espíritu; y reconociendo san Juan estos nuevos efectos dentro de sí mismo, admirado dijo: *¿Qué misterio es este? ¿qué presagios de mi bien? Porque desde que conocí la presencia de mi Señor en el vientre de mi madre, no he sentido tales efectos como ahora. ¿Si viene por dicha, ó está cerca de mí el Salvador del mundo?* Á esta nueva ilustracion se siguió en el Baptista una vision intelectual, donde conoció con mayor claridad el misterio de la union hipostática en la persona del Verbo, y otros de la redencion humana. Y en virtud de esta nueva luz dió los testimonios que refiere el evangelista san Juan, mientras estaba Cristo nuestro Señor en el desierto, y despues que salió de él y volvió al Jordan; uno á la pregunta de los judíos, y otro cuando dijo: *Ecce Agnus Dei, etc.* [1], como adelante diré [2]. Aunque el Baptista habia conocido antes grandes sacramentos cuando le mandó el Señor salir á predicar y bautizar; pero en esta ocasion y vision se renovaron y manifestaron con mayor claridad y abundancia, y conoció que venia el Salvador del mundo al Bautismo.

978. Llegó, pues, su Majestad entre los demás, y pidió á san Juan le bautizase como á uno de los otros, y el Baptista le conoció, y postrado á sus piés deteniéndole le dijo: *Yo he de ser bautizado, ¿y Vos, Señor, venís á pedirme el Bautismo* [3]? como lo refiere el evangelista san Mateo. Respondió el Salvador: *Déjame ahora hacer lo que deseo, que así conviene cumplir toda justicia* [4]. En esta resistencia que intentó el Baptista de bautizar á Cristo nuestro Señor, y pedirle el Bautismo, dió á entender que le conoció por verdadero Mesías. Y no contradice á esto lo que del mismo Baptista refiere san Juan, que dijo á los judíos [5]: *Yo no le conocia; pero él, que me envió á bautizar en agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que viene*

[1] Joan. I, 36. — [2] Infr. n. 1010, 1017. — [3] Matth. III, 14.
[4] Ibid. 15. — [5] Joan. I, 33, 34.

el Espíritu Santo y está sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo ví, y dí testimonio de que este es el Hijo de Dios. La razon de no haber contradicion en estas palabras de san Juan con lo que dice san Mateo es (*), porque el testimonio del cielo, y la voz del Padre que vino en el Jordan sobre Cristo nuestro Señor, fue cuando san Juan Baptista tuvo la vision y conocimiento que queda dicho [1], y hasta entonces no habia visto á Cristo ocularmente; y así negó que hasta entonces no le habiá conocido como entonces le conoció; pero como no solo le vió corporalmente, sino con la luz de la revelacion al mismo tiempo, por eso se postró á sus piés pidiendo el Bautismo.

979. Acabando de bautizar san Juan á Cristo nuestro Señor, se abrió el cielo, y descendió el Espíritu Santo en forma visible de paloma sobre su cabeza, y se oyó la voz del Padre que dijo [2]: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo yo mi agrado y complacencia.* Esta voz del cielo oyeron muchos de los circunstantes, que no desmerecieron tan admirable favor, y vieron asimismo el Espíritu Santo en la forma que vino sobre el Salvador; y fue este testimonio el mayor que pudo darse de la divinidad de nuestro Redentor, así por parte del Padre, que le confesaba por Hijo, como por la de la misma testificacion; pues por todo se manifestaba que Cristo era Dios verdadero, igual á su eterno Padre en la sustancia y perfecciones infinitas. Y quiso el Padre ser el primero que desde el cielo testificase la divinidad de Cristo, para que en virtud de su testificacion quedasen autorizadas todas cuantas despues se habian de dar en el mundo. Tuvo tambien otro misterio esta voz del Padre, que fue como desempeño que hizo volviendo por el crédito de su Hijo, y recompensándole la obra de humillarse al Bautismo, que servia al remedio de los pecados, de que el Verbo humanado estaba libre, pues era impecable [3].

980. Este acto de humillarse Cristo nuestro Redentor á la forma de pecador, recibiendo el Bautismo con los que lo eran, ofreció al Padre con su obediencia, y por ella para reconocerse inferior en la naturaleza humana comun á los demás hijos de Adan, y para instituir con este modo el sacramento del Bautismo, que en virtud de sus merecimientos habia de lavar los pecados del mundo; y humillándose el mismo Señor el primero al Bautismo de las culpas, pidió y alcanzó del eterno Padre un general perdon para todos los que

(*) Véase la nota XVII. — [1] Supr. n. 977. — [2] Matth. III, 17.
[3] Hebr. VII, 26.

le recibiesen [1], y que saliesen de la jurisdicion de el demonio y del pecado, y fuesen reengendrados en el nuevo ser espiritual y sobrenatural de hijos adoptivos del Altísimo, y hermanos del mismo Reparador Cristo nuestro Señor. Y porque los pecados de los hombres, así los pretéritos como los presentes y futuros, que tenia presentes el eterno Padre en la presciencia de su sabiduría, impidieran este remedio tan suave y fácil, lo mereció Cristo nuestro Señor de justicia, para que la equidad del Padre le aceptase y aprobase dándose por satisfecho; aunque conocia cuántos de los mortales en el siglo presente y futuro habian de malograr el Bautismo, y otros innumerables que no le admitirian. Todos estos impedimentos y óbices removió Cristo nuestro Señor, y como satisfizo (por lo que habian de desmerecer) con sus méritos y humillándose á mostrar forma de pecador [2], siendo inocente y recibiendo el Bautismo. Todos estos misterios comprehendieron aquellas palabras que respondió al Baptista [3]: *Deja ahora, que así conviene cumplir toda justicia.* Para acreditar al Verbo humanado, y recompensar su humillacion, y aprobar el Bautismo y sus efectos que habia de tener, descendió la voz del Padre, y la persona del Espíritu Santo [4], y fue confesado y manifestado por Hijo de Dios verdadero, y conocieron á todas tres Personas, en cuya forma se habia de dar el Bautismo.

981. El gran Baptista Juan fue aquel á quien de estas maravillas y de sus efectos alcanzó entonces la mejor parte, que no solo bautizó á su Redentor y Maestro, y vió al Espíritu Santo y el globo de la luz celestial que descendió del cielo sobre el Señor con innumerable multitud de Ángeles que asistian al Bautismo, oyó y entendió la voz del Padre, y conoció otros misterios en la vision y revelacion que queda dicha; sino que sobre todo esto fue bautizado por el Redentor. Y aunque el Evangelio no dice mas de que lo pidió [5], pero tampoco lo niega; porque sin duda Cristo nuestro Señor, despues de haber sido bautizado, dió á su Precursor el Bautismo que le pidió, y el que su Majestad instituyó desde entonces; aunque su promulgacion general y el uso comun lo ordenó despues y mandó á los Apóstoles despues de resucitado [6]. Y como adelante diré [7], tambien bautizó el Señor á su Madre santísima antes de esta promulgacion en que declaró la forma del Bautismo que habia ordenado. Así lo he entendido, y que san Juan fue el primogénito del Bautismo de Cristo nuestro Señor y de la nueva Iglesia que funda-

[1] I Petr. III, 21. — [2] Rom. VIII, 3. — [3] Matth. III, 15. — [4] Ibid. 16, 17.
[5] Ibid. III, 14. — [6] Ibid. XXVIII, 19. — [7] Infr. à n. 1030.

ba debajo de este gran Sacramento, y por él recibió el Baptista el carácter de cristiano y gran plenitud de gracias, aunque no tenia pecado original que se le perdonase; porque ya le habia justificado el Redentor antes que naciera el Baptista, como en su lugar queda declarado [1]. Y aquellas palabras que respondió el Señor: *Deja ahora, que conviene cumplir toda justicia*, no fue negarle el Bautismo, sino dilatarle, hasta que su Majestad fuese bautizado primero y cumpliese con la justicia en la forma que se ha dicho; y luego le bautizó y dió su bendicion para irse la Majestad divina al desierto.

982. Volviendo ahora á mi intento y á las obras de nuestra gran Reina y Señora: luego que fue bautizado su Hijo santísimo, aunque tenia luz divina de las acciones de su Majestad, le dieron noticia de todo lo sucedido en el Jordan los santos Ángeles que asistian al mismo Señor; y fueron de aquellos que dije en la primera parte [2] llevaban las señales ó divisas de la pasion del Salvador. Por todos estos misterios del Bautismo que habia recibido y ordenado, y la testificacion de su divinidad, hizo la prudentísima Madre nuevos himnos y cánticos de alabanza del Altísimo y del Verbo humanado, y de incomparable agradecimiento; y por los actos de humildad y peticiones que hizo el divino Maestro, imitóle ella haciendo otros muchos, acompañándole y siguiéndole en todos. Pidió con fervorosísima caridad por los hombres, para que se aprovechasen del sacramento del Bautismo, y para su propagacion por todo el mundo. Sobre estas peticiones y cánticos, que por sí misma hizo, convidó luego á los cortesanos celestiales para que la ayudasen á engrandecer á su Hijo santísimo por haberse humillado á recibir el Bautismo.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

983. Hija mia, en las muchas y repetidas veces que te manifiesto las obras de mi Hijo santísimo que hizo por los hombres, lo que yo las agradecia y apreciaba, entenderás cuán agradable es al muy alto este fidelísimo cuidado y correspondencia de tu parte, y los ocultos y grandes bienes que en él se encierran. Pobre eres en la casa del Señor, pecadora, párvula y desvalida como el polvo; mas todo eso quiero de tí, que tomes por tu cuenta el dar incesantes gracias al Verbo humanado por el amor que tuvo á los hijos de Adan y por la ley santa y inmaculada, eficaz y perfecta que les dió

[1] Supr. n. 218. — [2] Part. I, n. 372.

para su remedio, y en especial por la institucion del santo Bautismo, con cuya eficacia quedan libres del demonio y reengendrados en hijos del mismo Señor [1], y con gracia que los hace justos y los ayuda para no pecar. Obligacion comun es esta de todos; pero cuando las criaturas cási la olvidan, te la intimo yo á tí para que á imitacion mia tú la procures agradecer por todos, ó como si fueras tú sola deudora; pues á lo menos en otras obras del mismo Señor lo eres, porque con ninguna otra nacion se ha mostrado mas liberal que lo es contigo; y en la fundacion de su ley evangélica y Sacramentos estuviste presente en su memoria, y en el amor con que te llamó y eligió para hija de su Iglesia y para alimentarte en ella con el fruto de su sangre.

984. Y si el autor de la gracia mi Hijo santísimo, para fundar como prudente y sábio artífice su Iglesia evangélica y asentar la primera basa de este edificio con el sacramento del Bautismo, se humilló, oró, pidió y cumplió toda justicia, reconociendo la inferioridad de su humanidad santísima; y siendo Dios por la divinidad no se dedignó de en cuanto hombre abatirse á la nada, de que fue criada su purísima alma y formado el ser humano; ¿cómo te debes humillar tú que has cometido culpas, y eres menos que el polvo y la ceniza despreciada? Confiesa que de justicia solo mereces el castigo y el enojo y ira de todas las criaturas; y que ninguno de los mortales que ofendieron á su Criador y Redentor puede con verdad decir que se le hace agravio ó injusticia, aunque le sucedan todas las tribulaciones y aflicciones del mundo desde su principio hasta el fin; y pues todos en Adan pecaron [2], ¿cuánto se deben humillar y sufrir cuando los toque la mano del Señor [3]? Y si tú padecieras todas las penas de los vivientes con humilde corazon, y sobre eso ejecutaras con plenitud todo lo que te amonesto, enseño y mando, siempre debes juzgarte por sierva inútil y sin provecho [4]. Pues ¿cuánto debes humillarte de todo corazon, cuando faltas en cumplir lo que debes, y quedas tan atrasada en dar este retorno? Y si yo quiero que le dés por tí y por los demás, considera bien tu obligacion, y prepara tu ánimo humillándote hasta el polvo, para no resistir ni darte por satisfecha hasta que el Altísimo te reciba por hija suya, y te declare por tal en su divina presencia y vista eterna en la celestial Jerusalen triunfante.

1 Joan. III, 5. — 2 I Cor. XV, 22. — 3 Job, XIX, 21.
4 Luc. XVII, 10.

CAPÍTULO XXV.

Camina nuestro Redentor del Bautismo al desierto, donde se ejercita en grandes vitorias de las virtudes contra nuestros vicios: tiene noticia su Madre santísima, y le imita en todo perfectamente.

Cuán acreditada quedó la persona y doctrina de Cristo con el testimonio del Jordan.—Por qué quiso el Señor triunfar de nuestros enemigos mundo, demonio y carne en el desierto, antes de comenzar su predicacion.—Venció, y nos enseñó á vencer al mundo con el retiro.—Venció y nos enseñó á vencer la carne con el ayuno.—Venció al demonio con la doctrina y verdad.—Peligro que corre el alma con las honras del mundo, si no está muerta á las pasiones y tiene vencidos los enemigos comunes.—Salió Cristo al desierto acompañado solamente de los Angeles.—Disposicion del sitio que eligió en él.—Oracion que hizo postrado luego que llegó á él.—Su mas repetida ocupacion era orar en forma de cruz por la salud de los hombres.—Venian las fieras del desierto á reconocerle por su Criador.—Las aves en gran multitud le venian á dar música.—Como ofreció Cristo al eterno Padre el ayuno que hizo aquellos cuarenta días sin comer cosa alguna.—Para entrar á ejercer el oficio de maestro y redentor, fué venciendo todos los vicios de los hombres y recompensando sus ofensas.—Como iba satisfaciendo las deudas de nuestros vicios con el ejercicio y ofrecimiento de las contrarias virtudes.—Cuánto mereció á los hombres con esta recompensacion.—Superabundancia de su amor para que no tuviese excusa nuestra ingratitud.—No solo por la continua luz interior, sino por las legacías de los Ángeles sabia María todo lo que su Hijo hacia.—Razon de estas legacías de los Ángeles.—Como se encerró María el tiempo que su Hijo estuvo en el desierto.—Estuvo los cuarenta dias en su oratorio sin salir de él ni comer cosa alguna.—Imitó y acompañó á su Hijo en las demás operaciones sin dejar alguna.—El beneficio de conocer sus operaciones le tuvo aun cuando estaba ausente.—Hacia Cristo en el desierto cada dia trescientas genuflexiones y postraciones, y otras tantas su Madre en el oratorio.—Alcanzó tambien María vitoria de los vicios, y los recompensó con virtudes á imitacion de su Hijo.—Obligacion que tienen los mortales á las obras penales del cuerpo.—Primer título desta obligacion, el pecado original.—Segundo, los pecados actuales.—Por qué nunca se ha de dejar este ejercicio.—Como es satisfacion y mérito.—Razon de añadir otras obras de supererogacion.—Tercer título, la imitacion y séquito de Cristo.—Urgente reconvencion de los inmortificados con el ejemplo de Cristo y de su Madre.—No hizo Cristo las obras penales, ni cooperó María para excusar á los hombres de la penitencia, sino para provocarlos á ella.—Hízolas tambien Cristo por dar valor á las obras y penitencias de los que que le siguiesen.—Cuántas menguas llevan de ordinario las obras de los mortales que parecen virtuosas.—Como el que no quiere obrar no se puede aplicar lo que obró su Redentor.—Execrable error de los que en las obras de penitencia han introducido la vanidad de el mundo.

985. Con el testimonio que la suma Verdad habia dado en el Jordan de la divinidad de Cristo nuestro Salvador y Maestro [1], quedó tan acreditada su persona y doctrina que habia de predicar, que luego pudo comenzar á enseñarla y darse á conocer con ella, y con los milagros, obras y vida que la habian de confirmar, para que todos le conocieran por Hijo natural del eterno Padre y por Mesías de Israel y Salvador del mundo. Con todo, no quiso el divino Maestro de la santidad comenzar la predicacion ni ser reconocido por nuestro Reparador, sin haber alcanzado primero el triunfo de nuestros enemigos, mundo, demonio y carne, para que despues triunfase de los engaños que siempre fraguan; y con las obras de sus heróicas virtudes nos diese las primeras lecciones de la vida cristiana y espiritual, y nos enseñase á pelear y vencer en sus vitorias, habiendo quebrantado primero con ellas las fuerzas de estos comunes enemigos, para que nuestra flaqueza los hallase mas debilitados, si no queríamos entregarnos á ellos y restituírselas con nuestra propia voluntad. Y no obstante que su Majestad en cuanto Dios era superior infinitamente al demonio, y en cuanto hombre tampoco tenia dolo ni pecado [2], sino suma santidad y señorío sobre todas las criaturas; quiso como hombre santo y justo vencer los vicios y á su autor, ofreciendo su humanidad santísima al conflicto de la tentacion, disimulando para esto la superioridad que tenia á los enemigos invisibles.

986. Con el retiro venció Cristo nuestro Señor, y nos enseñó á vencer al mundo; que si bien es verdad suele dejar á los que no ha menester para sus fines terrenos, y cuando no le buscan tampoco él se va tras ellos; con todo eso el que de veras le desprecia, lo ha de mostrar en alejarse con el afecto y con las obras lo que le fuere posible. Venció tambien su Majestad á la carne, y enseñónos á vencerla con la penitencia de tan prolijo ayuno con que afligió su cuerpo inocentísimo; aunque no tenia rebeldía para el bien, ni pasiones que le inclinasen al mal. Al demonio venció con la doctrina y verdad, como adelante diré [3]; porque todas las tentaciones deste padre de la mentira suelen venir disfrazadas y vestidas con doloso engaño. El salir á la predicacion y darse á conocer al mundo, no antes, sino despues destos triunfos que alcanzó nuestro Redentor, es otra enseñanza y desengaño del peligro que corre nuestra fragilidad en admitir las honras del mundo, aunque sean por favores recibidos del cielo, cuando no estamos muertos á las pasiones y tenemos vencidos

[1] Supr. n. 979. — [2] I Petr. II, 22. — [3] Infr. n. 997.

á nuestros comunes enemigos; porque si el aplauso de los hombres nos halla inmortificados, vivos, y con enemigos domésticos dentro de nosotros, poca seguridad tendrán los favores y beneficios del Señor, pues hasta los mas pesados montes suele trasegar este viento de la vanagloria del mundo. Lo que á todos nos toca es conocer que tenemos el tesoro en vasos frágiles [1], que cuando Dios quisiere engrandecer la virtud de su nombre en nuestra flaqueza, él sabe con qué medios la ha de asegurar y sacar á luz sus obras. Á nosotros solo el recato nos incumbe y pertenece.

987. Prosiguió Cristo nuestro Señor desde el Jordan su camino al desierto, sin detenerse en él, despues que se despidió del Baptista, y solos le asistieron y acompañaron los Ángeles, que como á su Rey y Señor le servian y veneraban con cánticos de loores divinos, por las obras que iba ejecutando en remedio de la humana naturaleza. Llegó al puesto que en su voluntad llevaba prevenido [2], que era un despoblado entre algunos riscos y peñas secas, y entre ellas estaba una caverna ó cueva muy oculta donde hizo alto, y la eligió por su posada para los dias de su santo ayuno. Postróse en tierra con profundísima humildad y pegóse con ella, que era siempre el proemio de que usaban su Majestad y la beatísima Madre para comenzar á orar. Confesó al eterno Padre, y le dió gracias por las obras de su divina diestra, y haberle dado por su beneplácito aquel puesto y soledad acomodado para su retiro; y al mismo desierto agradeció en su modo, con aceptarle, el haberle recibido para guardarle escondido del mundo el tiempo que convenia lo estuviese. Continuó su Majestad la oracion puesto en forma de cruz, y esta fue la mas repetida ocupacion que en el desierto tuvo, pidiendo al eterno Padre por la salud humana, y algunas veces en estas peticiones sudaba sangre, por la razon que diré cuando llegue á la oracion del huerto.

988. Muchos animales silvestres de aquel desierto vinieron á donde estaba su Criador, que algunas veces salia por aquellos campos, y allí con admirable instinto le reconocian, y como en testimonio de esto daban bramidos y hacian otros movimientos; pero muchas mas demostraciones hicieron las aves del cielo, que vino gran multitud de ellas á la presencia del Señor, y con diversos y dulces cánticos le manifestaban gozo, y le festejaban á su modo, y insinuaban agradecimiento de verse favorecidas con tenerle por vecino del yermo y que le dejase santificado con su presencia real y divina. Comenzó

1 II Cor. IV, 7. — 2 Matth. IV, 1.

su Majestad el ayuno, sin comer cosa alguna por los cuarenta dias que perseveró en él, y le ofreció al eterno Padre para recompensa de los desórdenes y vicios que los hombres habian de cometer con el de la gula, aunque tan vil y abatido; pero muy admitido y aun honrado en el mundo á cara descubierta, y al modo que Cristo nuestro Señor venció este vicio, venció todos los demás, y recompensó las injurias que con ellos recibia el supremo Legislador y Juez de los hombres. Segun la inteligencia que se me ha dado para entrar nuestro Salvador en el oficio de predicador y maestro, y para hacer el de medianero y redentor acerca del Padre, fué venciendo todos los vicios de los mortales, y recompensando sus ofensas con el ejercicio de las virtudes tan contrarias al mundo, que con el ayuno recompensó nuestra gula; y aunque esto hizo por toda su vida santísima con su ardentísima caridad, pero especialmente destinó sus obras de infinito valor para este fin mientras ayunó en el desierto.

989. Y como un amoroso padre de muchos hijos que han cometido todos grandes delitos, por los cuales merecian horrendos castigos, va ofreciendo su hacienda para satisfacer por todos y reservar á los hijos delincuentes de la pena que debian recibir; así nuestro amoroso Padre y Hermano Jesús pagaba nuestras deudas y satisfacia por ellas: singularmente en recompensa de nuestra soberbia, ofreció su profundísima humildad; por nuestra avaricia, la pobreza voluntaria y desnudez de todo lo que era proprio suyo; por las torpes delicias de los hombres ofreció su penitencia y aspereza; por la ira y venganza, su mansedumbre y caridad con los enemigos; por nuestra pereza y tardanza, su diligentísima solicitud; por las falsedades de los hombres y sus envidias ofreció en recompensa la candidísima y columbina sinceridad, verdad y dulzura de su amor y trato. Á este modo iba aplacando al justo Juez, y solicitando el perdon para los hijos bastardos inobedientes; y no solo les alcanzó el perdon, sino que les mereció nueva gracia, dones y auxilios, para que con ellos mereciésemos su eterna compañía, y la vista de su Padre y suya, en la participacion y herencia de su gloria por toda la eternidad. Y cuando todo esto lo pudo conseguir con la menor de sus obras, no hizo lo que nosotros hiciéramos; antes superabundó su amor en tantas demostraciones, para que no tuviera excusa nuestra ingratitud y dureza.

990. Para dar noticia de todo lo que hacia el Salvador á su beatísima Madre pudiera bastar la divina luz y continuas visiones y revelaciones que tenia; pero sobre ellas añadia su amorosa solicitud

las ordinarias legacías que con los santos Ángeles enviaba á su Hijo santísimo. Esto disponia el mismo Señor para que por medio de tan fieles embajadores oyesen recíprocamente los sentidos de los dos las mismas razones que formaban sus corazones, y así las referian los Ángeles; y con las mismas palabras que salian de la boca de Jesús para María, y de ella para Jesús, aunque por otro modo las tenia ya entendidas y sabidas el mismo Señor y tambien su santísima Madre. Luego que la gran Señora tuvo noticia de que estaba nuestro Salvador en el camino del desierto y de su intento, cerró las puertas de su casa, sin que nadie entendiera que estaba en ella; y fue tal su recato en este retiro, que los mismos vecinos pensaron se habia ausentado como su Hijo santísimo. Recogióse á su oratorio, y en él estuvo cuarenta dias y cuarenta noches sin salir de allí, y sin comer cosa alguna, como sabia lo hacia su Hijo santísimo, guardando entrambos la misma forma y rigor del ayuno. En las demás operaciones y oraciones, peticiones, postraciones y genuflexiones imitó y acompañó tambien al Señor sin dejar alguna; y lo que es mas, que las hacia todas al mismo tiempo, porque para esto se desocupó de todo: y fuera de los avisos que le daban los Ángeles, lo conocia con aquel beneficio que otras veces he referido[1], de conocer todas las operaciones de la alma de su Hijo santísimo (que este le tuvo cuando estaba presente y ausente); y las acciones corporales, que antes conocia por los sentidos, cuando estaban juntos, despues las conocia por vision intelectual estando ausente, ó se las manifestaban los Ángeles.

991. Mientras nuestro Salvador estuvo en el desierto hacia cada dia trescientas genuflexiones y postraciones, y otras tantas hacia la Reina Madre en su oratorio; y el tiempo que le restaba, le ocupaba de ordinario en hacer cánticos con los Ángeles, como dije en el *capítulo pasado*[2]. En esta imitacion de Cristo nuestro Señor cooperó la divina Reina á todas las oraciones y impetraciones que hizo el Salvador, y alcanzó las mismas vitorias de los vicios, y respectivamente los recompensó con sus heróicas virtudes y con los triunfos que ganó con ellas; de manera que si Cristo como Redentor nos mereció tantos bienes, y recompensó y pagó nuestras deudas condignísimamente, María santísima como su coadjutora y Madre nuestra interpuso su misericordiosa intercesion con él, y fue medianera cuanto era posible á pura criatura.

[1] Supr. n. 481, 534, et passim. — [2] Ibid. n. 982.

Doctrina que me dió la misma Reina y Señora nuestra.

992. Hija mia, las obras penales del cuerpo son tan propias y legítimas á la criatura mortal, que la ignorancia de esta verdad y deuda, y el olvido y desprecio de la obligacion de abrazar la cruz, tiene á muchas almas perdidas y á otras en el mismo peligro. El primer título por que los hombres deben afligir y mortificar su carne es, por haber sido concebidos en pecado [1], y por él quedó toda la naturaleza humana depravada, sus pasiones rebeldes á la razon, inclinadas al mal y repugnando al espíritu [2]; y dejándolas seguir su propension llevan á la alma, precipitándola de un vicio en otros muchos. Pero si esta fiera se refrena y sujeta con el freno de la mortificacion y penalidades, pierde sus brios, y tiene superioridad la razon y la luz de la verdad. El segundo título es, porque ninguno de los mortales ha dejado de pecar contra Dios eterno; y á la culpa indispensablemente ha de corresponder la pena y el castigo en esta vida ó en la otra; y pecando juntos alma y cuerpo, en toda rectitud de justicia han de ser castigados entrambos; y no basta el dolor interior, si por no padecer se excusa la carne de la pena que le corresponde; y como la deuda es tan grande, y la satisfacion del reo tan limitada y escasa, y no sabe cuándo tendrá satisfecho al Juez, aunque trabaje toda la vida, por eso no debe descansar hasta el fin de ella.

993. Y aunque sea tan liberal la divina clemencia con los hombres, que si quieren satisfacer por sus pecados con la penitencia en lo poco que pueden, no solo se da su Majestad por satisfecho de las ofensas recibidas, sino que sobre esto se quiso obligar con su palabra á darles nuevos dones y premios eternos; pero los siervos fieles y prudentes que de verdad aman á su Señor, han de procurar añadir otras obras voluntarias; porque el deudor que solo trata de pagar, y no hacer mas de lo que debe, si nada le sobra, aunque pague, queda pobre y sin caudal. Pues ¿qué deben hacer ó esperar los que ni pagan ni hacen obras para esto? El tercer título, y que mas debia obligar á las almas, es imitar y seguir á su divino Maestro y Señor; y aunque sin tener culpas ni pasiones mi Hijo santísimo y yo nos sacrificamos al trabajo, y fue toda nuestra vida una continua afliccion de la carne y mortificacion; y así convenia que el mismo Señor entrase en la gloria [3] de su cuerpo y de su nom-

[1] Psalm. L, 7. — [2] Rom. VII, 23. — [3] Luc. XXIV, 26.

bre, y que le siguiese en todo. Pues si esto hicimos nosotros, porque era razon, ¿cuál es la de los hombres en buscar otro camino de vida suave y blanda, deleitosa y gustosa, y dejar y aborrecer todas las penas, afrentas, ignominias, ayunos y mortificaciones? Y que sea solo para padecerlas Cristo mi Hijo y Señor, y para mí, y que los reos, deudores y merecedores de las penas, estén mano sobre mano entregados á las feas inclinaciones de la carne? Y que las potencias que recibieron para emplearlas en servicio de Cristo mi Señor, y su imitacion, las apliquen al obsequio de sus deleites y del demonio que los introdujo? Este absurdo tan general entre los hijos de Adan tiene muy irritada la indignacion del justo Juez.

994. Verdad es, hija mia, que con las penas y aflicciones de mi santísimo Hijo se recuperaron las menguas de los merecimientos humanos; y para que yo, que era pura criatura, cooperase con su Majestad (como haciendo las veces de todas las demás), ordenó que le imitase perfecta y ajustadamente en sus penas y ejercicios; pero esto no fue para excusar á los hombres de la penitencia, antes para provocarlos á ella: pues para solo satisfacer por ellos, no era necesario padecer tanto. Tambien quiso mi Hijo santísimo, como verdadero padre y hermano, dar valor á las obras y penitencias de los que le siguiesen; porque todas las operaciones de las criaturas son de poco aprecio en los ojos de Dios, si no le recibieran de las que hizo mi Hijo santísimo. Y si esto es verdad en las obras enteramente virtuosas y perfectas, ¿qué será de las que llevan consigo tantas faltas y menguas (y aunque sean materia de virtudes), como de ordinario las haceis los hijos de Adan, pues aun los mas espirituales y justos tienen mucho que suplir y enmendar en sus obras? Todos estos defectos llenaron las de Cristo mi Señor, para que el Padre las recibiese con las suyas; pero quien no trata de hacer algunas, sino que se está mano sobre mano ocioso, tampoco puede aplicarse las de su Redentor; pues con ellas no tiene que llenar y perficionar, sino muchas que condenar. Y no te digo ahora, hija mia, el execrable error de algunos fieles que en las obras de penitencia han introducido la sensualidad y vanidad del mundo, de manera que merecen mayor castigo por la penitencia que por otros pecados, pues juntan á las obras penales fines vanos y imperfectos, olvidando los sobrenaturales, que son los que dan mérito á la penitencia y vida de gracia á la alma. En otra ocasion, si fuere necesario, hablaré en esto: ahora queda advertida para llorar esta ceguera, y enseñada para trabajar; pues cuando fuera tanto como los

Apóstoles, Mártires y Confesores, todo lo debes; y siempre has de castigar tu cuerpo y extenderte á mas, y pensar que te falta mucho, y mas siendo la vida tan breve y tú tan débil para pagar.

CAPÍTULO XXVI.

Permite Cristo nuestro Salvador ser tentado de Lucifer despues del ayuno; véncele su Majestad, y tiene noticia de todo su Madre santísima.

Alborozóse el demonio de encontrar á Jesús sin su Madre, y por qué.—Temor y cobardía que sintieron los demonios llegando á reconocerle.—Motivo de este temor sin conocer que era Dios.—Desconfió Lucifer de la vitoria solo por ver en él el desprecio del mundo y sujecion de la carne.—Dejó Cristo á Lucifer en su engaño de que le tuviese por puro hombre, para que fuese mas gloriosa la vitoria.—Estrenaron los demonios todo su poder y malicia para dar esta batalla.—Oracion que hizo Cristo á su eterno Padre para entrar en ella, ordenándola al bien de las almas.—Como estaban los santos Ángeles presentes á la batalla y ocultos á los demonios.—Comenzó la tentacion el dia treinta y cinco del ayuno, y duró hasta que se cumplieron los cuarenta.—Forma en que Lucifer tentó á Cristo.—Primera tentacion.—Primera vitoria de Cristo.—Sentido de las palabras con que venció Cristo, que no alcanzó Lucifer.—Segunda tentacion y su modo.—Admiracion de los Ángeles de que permitiese Cristo ser llevado al pináculo por el demonio.—Segunda vitoria de Cristo.—Tercera tentacion y el modo della.—Tercera vitoria de Cristo.—Poderoso imperio con que arrojó á Lucifer y sus secuaces al infierno.—Estuvieron en lo mas profundo tres dias sin poder moverse.—De aquí comenzaron á sospechar si Jesús era Hijo de Dios.—Gracias que dió Cristo á su Padre por el triunfo.—Celebráronlo los Ángeles y le restituyeron al desierto.—Admiracion de que permitiese Cristo ser traido de una parte á otra por Lucifer.—Si es mayor el dejarse recibir sacramentado de quien está en pecado mortal.—Afectos de la alma en la consideracion destas maravillas del amor de Cristo.—Sirvieron los Ángeles á Cristo un manjar celestial para que comiese.—Concurrieron las aves de aquel desierto á recrearle con cánticos.—Tambien vinieron á venerarle las fieras.—Estuvo María en su oratorio mirando las batallas de su Hijo.—Como cooperó á todas las operaciones que su Hijo hizo.—Envióle á su Hijo con los Ángeles la enhorabuena de la vitoria, y su Hijo se la retornó de lo que habia hecho en su imitacion.—Envióla tambien su Hijo de la comida que le habian servido los Ángeles.—Fueron tambien á recrearla gran multitud de las aves del desierto que asistian á Cristo.—Como se confortó María de los efectos de su ayuno con el manjar que la envió su Hijo.—Materia de la pregunta, el manjar celestial que sirvieron los Ángeles á Cristo en el desierto.—Duda acerca de haberle llamado celestial.—Razones de la pregunta.—Como en los bienaventurados sentirá el gusto algun sabor.—Propriedad con que se llama celestial el manjar que sirvieron los Ángeles á Cristo y á su Madre.—Materia de que el Señor le formaba.—Admirable virtud y sabor que le daba.—Declárase con ejemplos.—Calidades de aquel

manjar y sus efectos.—Fue de la misma condicion el que recibieron Jesús, María y Josef en los desiertos de Egipto y en otras ocasiones.—Tres motivos que tuvo Cristo para entrar en batalla con Lucifer.—Primero, destruir el pecado y la semilla de los siete vicios capitales.—Tenia Lucifer destinado á cada vicio capital un demonio que fuese su príncipe.—Con todos estos príncipes de tinieblas entró Cristo en batalla, y de todos triunfó.—Cobardía que cobraron los demonios cuando supieron que era Cristo el que los venció.—Segundo motivo, la obediencia del Padre eterno.—Tercero, dejar á los hombres ejemplar y enseñanza de triunfar de sus enemigos.—Quebrantó Cristo las fuerzas del demonio para que los hombres le venciesen con mas facilidad.—Doctrina para vencer al demonio y sus iras.—Armas para vencerlo.—Razon por que no se ha de entrar en conferencias ó pláticas con él.

995. En el capítulo XX de este libro queda advertido [1] como Lucifer salió de las cavernas infernales á buscar á nuestro divino Maestro para tentarle; y que su Majestad se le ocultó hasta el desierto, donde despues de el ayuno de cási cuarenta dias dió permiso para que llegase el tentador, como dice el Evangelio [2]. Llegó al desierto, y viendo solo al que buscaba, se alborozó mucho; porque estaba sin su Madre santísima, á quien él y sus ministros de tinieblas llamaban su enemiga por las vitorias que contra ellos alcanzaba; y como no habian entrado en batalla con nuestro Salvador, presumia la soberbia del dragon que, ausente la Madre santísima, tenia el triunfo del Hijo seguro. Pero llegando á reconocer de cerca al combatiente, sintieron todos gran temor y cobardía; no porque le reconociesen por Dios verdadero, que de esto no tenian sospechas, viéndole tan despreciado; ni tampoco por haber probado con él sus fuerzas, que solo con la divina Señora las habian estrenado; pero el verle tan sosegado, con semblante tan lleno de majestad, y con obras tan cabales y heróicas, les puso gran temor y quebranto; porque no eran aquellas acciones y condiciones como las ordinarias de los demás hombres, á quienes tentaban y vencian fácilmente. Confiriendo este punto Lucifer con sus ministros, les dijo: ¿Qué hombre es este tan severo para los vicios de que nosotros nos valemos contra los demás? Si tiene tan olvidado el mundo, tan quebrantada y sujeta su carne, ¿por dónde entrarémos á tentarle? Ó ¿cómo esperarémos la vitoria, si nos ha quitado las armas con que hacemos la guerra á los hombres? Mucho desconfio de esta batalla. Tanto vale y tanto puede como esto el desprecio de lo terreno y el rendimiento de la carne, que da terror al demonio y á todo el infierno; y no

[1] Supr. n. 937.
[2] Matth. IV, 2.

se levantara tanto su soberbia, si no hallara á los hombres rendidos á estos infelices tiranos, antes que llegara á tentarlos.

996. Dejó Cristo nuestro Salvador á Lucifer en su engaño de que le juzgase por puro hombre, aunque muy justo y santo; para que con esto adelantase su esfuerzo y malicia para la batalla, como lo hace cuando reconoce estas ventajas en los que quiere tentar. Y esforzándose el dragon con su misma arrogancia, se comenzó el duelo en aquella campaña del desierto con la mayor valencia que antes ni despues se verá otro en el mundo entre hombres y demonios; porque Lucifer y sus aliados estrenaron todo su poder y malicia, provocándoles su misma ira y furor contra la virtud superior que reconocian en Cristo nuestro Señor; aunque su Majestad altísima atemperó sus acciones como suma sabiduría y bondad infinita, y con equidad y peso ocultó la causa original de su poder infinito, manifestando él que bastaba con la santidad de hombre para ganar las vitorias de sus enemigos. Para entrar como hombre en la batalla hizo oracion al Padre en lo superior del espíritu, á donde no llega la noticia del demonio, y dijo á su Majestad: *Padre mio y Dios eterno, con mi enemigo entro en la batalla para quebrantar sus fuerzas y soberbia contra Vos y contra mis queridas las almas; y por vuestra gloria y su bien quiero sujetarme á sufrir la osadía de Lucifer, y quebrantarle la cabeza de su arrogancia, para que la hallen vencida los mortales, cuando sean tentados de esta serpiente, si por su culpa no se entregaren á él. Suplícoos, Padre mio, os acordeis de mi pelea y vitoria, cuando los mortales sean afligidos del enemigo comun, y que alenteis su flaqueza, para que en virtud de este triunfo le consigan ellos, y con mi ejemplo se animen, y conozcan el modo de resistir y vencer á sus enemigos.*

997. Á la vista de esta batalla estaban los espíritus soberanos ocultos por la disposicion divina, para que no los viese Lucifer, y entendiese y rastrease entonces algo del poder divino de Cristo Señor nuestro, y todos daban gloria y alabanza al Padre y al Espíritu Santo, que en las admirables obras del Verbo humanado se complacian; y tambien de su oratorio lo miraba la beatísima María Señora nuestra, como diré luego [1]. Cuando comenzó la tentacion era el dia treinta y cinco (*) del ayuno y soledad de nuestro Salvador, y duró hasta que se cumplieron los cuarenta que dice el Evangelio. Manifestóse Lucifer, representándose en forma humana, como si antes no lé hubiera visto y conocido; y la forma que tomó para su

[1] Infr. n. 1001. — (*) Véase la nota XVIII.

intento fue transformándose en apariencia muy refulgente como ángel de luz; y reconociendo y pensando que el Señor con tan largo ayuno estaba hambriento, le dijo [1]: *Si eres Hijo de Dios, convierte estas piedras en pan con tu palabra.* Propúsole si era Hijo de Dios; porque esto era lo que mas cuidado le podia dar, y deseaba algun indicio para reconocerlo. Pero el Salvador del mundo le respondió solo á las palabras [2]: *No vive el hombre con solo pan, sino tambien con la palabra que procede de la boca de Dios.* Tomó el Salvador estas palabras del capítulo VIII del Deuteronomio [3]. Pero el demonio no penetró el sentido en que las dijo el Señor; porque las entendió Lucifer, que sin pan ni alimento corporal podia Dios sustentar la vida del hombre. Pero aunque esto era verdad y tambien lo significaban las palabras, el sentido del divino Maestro comprehendió mas; porque fue decirle: Este hombre con quien tú hablas, vive en la Palabra de Dios, que es Verbo divino, á quien hipostáticamente está unido; y aunque deseaba saber esto mismo el demonio, no mereció entenderlo, porque no quiso adorarle.

998. Hallóse atajado Lucifer con la fuerza de esta respuesta y con la virtud que llevaba oculta; pero no quiso mostrar flaqueza ni desistir de la pelea. Y el Señor con su permision dió lugar á que prosiguiese en ella y le llevase á Jerusalen, donde le puso sobre el pináculo del templo, y se descubria gran número de gente, sin ser visto el Señor de alguno. Propúsole á la imaginacion, que si le viesen caer de tan alto sin recibir lesion, le aclamaran por grande, milagroso y santo; y valiéndose tambien de la Escritura, le dijo [4]: *Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo, que está escrito [5]: Los Ángeles te llevarán en palmas, como se lo ha mandado Dios, y no recibirás daño alguno.* Acompañaban á su Rey los espíritus soberanos, admirados de la permision divina en dejarse llevar corporalmente por manos de Lucifer, solo por el beneficio que de ello habia de resultar á los hombres. Con el príncipe de las tinieblas fueron innumerables los demonios á aquel acto; porque este dia quedó el infierno cási despoblado de ellos, para acudir á esta empresa. Respondió el Autor de la sabiduría [6]: *Tambien está escrito: No tentarás á tu Dios y Señor* [7]. En estas respuestas estaba el Redentor del mundo con incomparable mansedumbre, profundísima humildad, y tan superior al demonio en la majestad y entereza, que con esta gran-

[1] Matth. IV, 3. — [2] Ibid. 4. — [3] Deut. VIII, 3.
[4] Matth. IV. 6. — [5] Psalm. XC, 11. — [6] Matth. IV, 7.
[7] Deut. VI, 16.

deza y no verle en nada turbado, se turbó mas aquella indoméstica soberbia de Lucifer, y le fue de nuevo tormento y opresion.

999. Intentó otro nuevo ingenio de acometer al Señor de el mundo por ambicion, ofreciéndole alguna parte de su dominio; y para esto le llevó á un alto monte, donde se descubrian muchas tierras, y alevosa y atrevidamente le dijo [1]: *Todas estas cosas que están á tu vista te daré, si postrado en tierra me adorares.* ¡Exorbitante arrogancia, y mas que insania, mentira y alevosía falsa! porque ofreció lo que no tenia, ni podia dar; pues la tierra, los orbes, los reinos, principados, tesoros y riquezas, todo es del Señor, y su Majestad lo da y lo quita á quién y cuándo es servido y conviene. Nunca pudo ofrecer Lucifer bien alguno que fuera suyo, aun de los bienes terrenos y temporales, y por esto son falaces todas sus promesas. Á esta que le hizo á nuestro Rey y Señor, respondió su Majestad con imperioso poder [2]: *Véte de aquí, Satanás, que escritó está: Á tu Dios y Señor adorarás, y á él solo servirás* [3]. En aquella palabra, *véte Satanás*, que dijo Cristo nuestro Redentor, quitó al demonio el permiso que le habia dado para tentarle, y con imperio poderoso dió con Lucifer y todas sus cuadrillas de maldad en lo mas profundo del infierno, y allí estuvieron pegados y amarrados en las mas hondas cavernas por espacio de tres dias sin moverse, porque no podian. Y despues que se les permitió levantarse, hallándose tan quebrantados y sin fuerzas, comenzaron á sospechar que quien los habia aterrado y vencido daba indicios de ser el Hijo de Dios humanado. En estos recelos perseveraron con variedad, sin atinar del todo con la verdad, hasta la muerte del Salvador. Pero despechábase Lucifer por lo mal que se habia entendido en esta demanda, y en su propio furor se deshacia.

1000. Nuestro divino vencedor Cristo confesó al eterno Padre, y le engrandeció con divinos cánticos, con loores y hacimiento de gracias por el triunfo que le habia dado de el enemigo comun del linaje humano; y con gran multitud de espíritus soberanos, que le cantaban dulces cánticos por esta vitoria, fue restituido al desierto. Entonces le llevaban en sus palmas, aunque no lo habia menester, usando de su propia virtud; pero le era debido aquel obsequio de los Ángeles, como en recompensa de la audacia de Lucifer en atreverse á llevar al pináculo del templo y al monte aquella humanidad santísima, donde estaba la divinidad sustancial y verdaderamente. No pudiera caer en humano pensamiento que Cristo

[1] Matth. IV, 9. — [2] Ibid. 10. — [3] Deut. VI, 13.

nuestro Señor hubiera dado tal permiso á Satanás, si no lo dijera el Evangelio. Pero no sé cuál sea causa de mayor admiracion para nosotros, que consintiese ser traido de una parte á otra por Lucifer que no le conocia; ó ser vendido por Judas, y dejarse recibir sacramentado de aquel mal discípulo y de tantos fieles pecadores, que conociéndole por su Dios y Señor, le reciben tan injuriosamente. Lo que de cierto debe admirarnos es, que lo uno y lo otro lo permitiese y lo permita ahora por nuestro bien, y por obligarnos y traernos á sí con la mansedumbre y paciencia de su amor. ¡Oh dulcísimo Dueño mio, y qué suave, benigno y misericordioso sois para las almas [1]! Con amor bajásteis del cielo á la tierra por ellas, padecísteis y dísteis la vida para su salud. Con misericordia las aguardais y tolerais, las llamais y buscais, y recibís, entrais en su pecho, sois todo para ellas, y las quereis para Vos. Lo que me traspasa y rompe el corazon es, que atrayéndonos vuestro verdadero afecto, huimos de Vos, y á tan grande fineza correspondemos con ingratitudes. ¡Oh amor inmenso de mi dulce Dueño tan mal pagado y agradecido! Dad, Señor, lágrimas á mis ojos para llorar causa tan digna de ser lamentada, y ayúdenme todos los justos de la tierra. Restituido su Majestad al desierto, dice el Evangelio [2] que los Ángeles le ministraban y servian; porque al fin de estas tentaciones y del ayuno le sirvieron con un manjar celestial, para que comiese, como lo hizo, y con este divino alimento recobró nuevas fuerzas naturales su sagrado cuerpo: y no solo le asistieron á esta comida los santos Ángeles y le dieron la enhorabuena; pero las aves de aquel desierto acudieron tambien á recrear los sentidos de su Criador humanado con cánticos y vuelos muy graciosos y concertados; y á su modo lo hicieron tambien las fieras de la montaña, desnudándose de su fiereza, y formando agradables meneos y bramidos en reconocimiento de su Señor.

1001. Volvamos á Nazareth, donde en su oratorio estaba la Princesa de los Ángeles atenta al espectáculo de las batallas de su Hijo santísimo, mirándolas con divina luz por el modo que he dicho [3], y recibiendo juntamente continuas embajadas con sus mismos Ángeles, que iban y venian con ellas al Salvador del mundo. Hizo la divina Señora las mismas oraciones que su Hijo santísimo, y al mismo tiempo, para entrar en el conflicto de la tentacion, y peleó juntamente con el dragon, aunque invisiblemente y en espíritu; y desde su retiro anatematizó á Lucifer y sus secuaces, y los que-

[1] Joel, II, 13. — [2] Matth. IV, 11. — [3] Supr. n. 982.

brantó, cooperando en todo con las acciones de Cristo nuestro Señor en favor nuestro. Cuando conoció que el demonio llevaba al Señor de una parte á otra, lloró amargamente, porque la malicia del pecado obligaba á tal permision y dignacion del Rey de los reyes y Señor de los señores; y en todas las vitorias que alcanzaba del demonio hizo nuevos cánticos y loores á la divinidad y humanidad santísima, y estos mismos le cantaron los Ángeles al Señor, y con ellos le envió la gran Reina la enhorabuena del vencimiento y beneficio que con él hacia á todo el linaje humano, y su Majestad por medio de los mismos embajadores la consoló y dió tambien la enhorabuena de lo que habia hecho y trabajado contra Lucifer, imitando y acompañando á su Majestad.

1002. Y porque habiendo sido compañera fiel y partícipe del trabajo y del ayuno, era justo que lo fuese tambien en el consuelo, así la envió el amantísimo Hijo de la comida que los Ángeles le habian servido, y les mandó la llevasen y administrasen á su Madre santísima: y fue cosa admirable que gran multitud de las mismas aves, que asistian á la vista del Señor, se fueron tras los Ángeles á Nazareth, aunque con mas tardo vuelo, pero muy ligero, y entraron en casa de la gran Reina y Señora del cielo y tierra; y cuando estaba comiendo el manjar que su Hijo santísimo la habia remitido con los Ángeles, se presentaron á ella con los mismos cánticos y gorjeos que habian hecho en presencia del Salvador. Comió la divina Señora de aquel manjar celestial, ya mejorado en todo, por venir de mano del mismo Cristo y bendito por ellas; y con este alimento quedó recreada y fortalecida en los efectos de tan largo y abstinente ayuno. Dió gracias al Todopoderoso, y humillóse hasta la tierra; y fueron tales y tantos los actos heróicos de virtudes en que se ejercitó esta gran Reina en el ayuno y en las tentaciones de Cristo, que no es posible reducir á palabras lo que vence á nuestro discurso y capacidad; verémoslo en el Señor cuando le gocemos, y entonces le darémos la gloria y alabanza por tan inefables beneficios que le debe todo el linaje humano.

Pregunta que hice á la reina del cielo María santísima.

1003. Reina de todos los cielos y Señora del universo, la dignacion de vuestra clemencia me da confianza para que como á mi Maestra y Madre de la sabiduría proponga una duda que se me ofrece, sobre lo que en este y otros capítulos [1] me ha manifestado

[1] Supr. n. 634, 706.

vuestra divina luz y enseñanza de este manjar celestial que los santos Ángeles administraron á nuestro Salvador en el desierto; que entiendo seria de la misma condicion de otros, de quien tengo entendido y escrito sirvieron á su Majestad y á Vos en algunas ocasiones, que por la disposicion de el mismo Señor os faltaba el alimento comun de la tierra. Y le he llamado manjar celestial, porque no he tenido otros términos para explicarme, y no sé si estos son á propósito; porque dudo de dónde venia esta comida y qué calidad tenia; y en el cielo no entiendo haya manjares para alimentar los cuerpos, pues allá no será necesario este modo de vida y alimento terreno. Y aunque los sentidos tengan en los bienaventurados algun objeto deleitable y sensible, y el gusto sienta algun sabor, como los demás, juzgo que no es esto por comida ni alimento, sino por otro modo de redundancia de la gloria del alma, que participará el cuerpo y sus sentidos, por admirable modo cada uno, segun su natural condicion sensitiva, sin la imperfeccion y grosería que tienen ahora en la vida mortal los sentidos, y las operaciones, y sus objetos. De todo esto deseo ser enseñada, como ignorante, de vuestra piadosa y maternal dignacion.

Respuesta y doctrina de la divina Señora.

1004. Hija mia, bien has dudado; porque es verdad que en el cielo no hay manjares ni alimento material, como lo has entendido y declarado; pero al manjar que los Ángeles administraron á mi Hijo santísimo y á mí en la ocasion que has escrito, con propriedad le llamas *celestial:* y este término te dí yo para que lo declarases; porque la virtud de aquel alimento se la dieron del cielo, y no de la tierra, donde todo es grosero, muy material y limitado. Y para que entiendas la condicion de aquel manjar y el modo con que le forma la divina Providencia, debes advertir que cuando su dignacion disponia alimentarnos y suplir la falta de otra comida con esta, que milagrosamente nos enviaba con los santos Ángeles por voluntad del mismo Señor, usaba de alguna cosa material, y la mas ordinaria era agua, por su claridad y simplicidad, y porque el Señor para estos milagros no quiere cosas muy compuestas. Otras veces era pan y algunas frutas; y á cualquiera de estas cosas daba el poder divino tal virtud y sabor; que excedia como el cielo de la tierra á todos los manjares, regalos y gustos de la tierra; y no hay en ella á qué lo comparar; porque todo es insípido y sin virtud en comparacion de este manjar de el cielo; y para que lo entiendas mejor te

servirán los ejemplos siguientes: El primero, del pan subcinericio [1] que dió á Elías, y era de tal virtud, que le confortó para caminar hasta el monte Oreb. El segundo, del maná, que se llama pan de Ángeles [2]; porque ellos le preparaban cuajando el vapor de la tierra [3], y así condensado y dividido en forma de granos le derramaban en ella, y tenia tanta variedad de sabores, como dicen las Escrituras, y su virtud era muy poderosa para alimentar el cuerpo. El tercer ejemplo es el milagro que hizo mi Hijo santísimo en las bodas de Caná, convirtiendo la agua en vino, y dando tan excelente sabor y virtud al vino, como parece de la admiracion que tuvieron los que le gustaron [4].

1005. Á este modo el poder divino daba virtud y gusto ó sabor sobrenatural á la agua, ó la convertia en otro licor suavísimo y delicado, y la misma virtud daba al pan ó fruta, dejándolo todo mas espiritualizado; y esta comida alimentaba el cuerpo y deleitaba el sentido, y reparaba las fuerzas con admirable modo, dejando á la flaqueza humana corroborada, ágil y pronta para las obras penales, y esto era sin hastío ni gravámen del cuerpo. De esta condicion fue la comida que sirvieron los Ángeles á mi Hijo santísimo despues del ayuno, y la que entonces y en otras ocasiones recibimos con mi esposo san Josef, que tambien la participaba; y con algunos amigos y siervos del Altísimo ha mostrado su Majestad esta liberalidad, regalándolos con semejantes manjares, aunque no tan frecuentemente ni con tantas circunstancias milagrosas como sucedió con nosotros. Con esto respondo á tu duda. Advierte ahora la doctrina perteneciente á este capítulo.

1006. Para que mejor se entienda lo que en él has escrito, quiero que adviertas tres motivos que tuvo mi Hijo santísimo, entre otros, para entrar en batalla con Lucifer y sus ministros infernales; porque esta inteligencia te dará mayor luz y esfuerzo contra ellos. El primero fue destruir el pecado y la semilla que por la caida de Adan sembró este enemigo en la naturaleza humana, con los siete vicios capitales, soberbia, avaricia, lujuria, y los demás que son las siete cabezas de este dragon. Y porque fue arbitrio de Lucifer que para cada uno de estos siete pecados estuviese destinado un demonio que fuese como presidente de los demás para hacer guerra á los hombres con estas armas, distribuyéndolas entre sí mismos, y destinándose estos enemigos á tentar con ellas y pelear con este ór-

[1] III Reg. XIX, 6. — [2] Psalm. LXXVII, 25. — [3] Exod. XVI, 14; Num. XI, 7; Sap. XVI, 20, 21. — [4] Joan. II, 10.

den confuso de que hablaste en la primera parte de esta divina Historia [1]; por esto mi Hijo santísimo entró en batalla con todos estos príncipes de tinieblas, y los venció, y quebrantó las fuerzas á todos con el poder de sus virtudes. Y aunque en el Evangelio solo de tres tentaciones se hace mencion, porque fueron mas visibles y manifiestas, á mas se extendió la batalla y el triunfo, porque á todos estos principales demonios y sus vicios venció Cristo mi Señor. La soberbia con su humildad; la ira con su mansedumbre; la avaricia con el desprecio de las riquezas; y á este modo los otros vicios y pecados capitales. El mayor quebranto y cobardía que cobraron estos enemigos la tuvieron despues que conocieron al pié de la cruz con certeza que era el Verbo humanado el que los habia vencido y oprimido. Con esto desconfiaron mucho (como dirás adelante [2]) de entrar en batalla con los hombres, si ellos se aprovecharan de la virtud y vitorias de mi Hijo santísimo.

1007. El segundo motivo de su pelea fue obedecer al eterno Padre, que no solo le mandó morir por los hombres y redimirlos con su pasion y muerte, sino tambien que entrase en este conflicto con los demonios, y los venciese con la fuerza espiritual de sus incomparables virtudes. El tercero, y consiguiente á estos, fue dejar á los hombres el ejemplar y enseñanza para vencer y triunfar de sus enemigos, y que ninguno de los mortales extrañase el ser tentado y perseguido de ellos; y todos tuviesen ese consuelo en sus tentaciones y peleas, que primero las padeció su Redentor y Maestro en sí mismo [3], aunque en algun modo fueron diferentes, pero en sustancia fueron las mismas, y con mayor fuerza y malicia de Satanás. Permitió Cristo mi Señor que Lucifer estrenase el furor de sus fuerzas con su Majestad, para que su potencia divina se las quebrantase, y quedasen mas débiles para las guerras que habian de hacer á los hombres, y ellos le venciesen con mas facilidad, si se aprovechaban del beneficio que en esto les hacia su Redentor.

1008. Todos los mortales necesitan de esta enseñanza, si han de vencer al demonio; pero tú, hija mia, mas que muchas generaciones, porque la indignacion de este dragon es grande contra tí, y tu naturaleza flaca para resistir, si no te vales de mi doctrina y de este ejemplar. En primer lugar has de tener vencidos al mundo y á la carne; á esta mortificándola con prudente rigor, y al mundo huyendo, y retirándote de criaturas al secreto de tu interior; y entrambos juntos estos dos enemigos los vencerás con no salir dél, ni

1 Part. I, n. 103. — 2 Infr. n. 1419, 1423. — 3 Hebr. IV, 15.



perder de vista el bien y luz que allí recibes, y no amar cosa alguna visible mas de lo que permite la caridad bien ordenada. En esto te renuevo la memoria y el precepto estrechísimo que muchas veces te he puesto [1]; porque te dió el Señor natural para no amar poco, y queremos que esta condicion se consagre toda por entero y con plenitud á nuestro amor; y á un solo movimiento de los apetitos no has de consentir con la voluntad, por mas leve que parezca, ni una accion de tus sentidos has de admitir, si no fuere para exaltacion del Altísimo, y para hacer ó padecer algo por su amor y bien de tus prójimos. Si en todo me obedeces, yo haré que seas guarnecida y fortalecida contra este cruel dragon, para que pelees las guerras del Señor [2], y penderán de tí mil escudos [3] con que puedas defenderte y ofenderle. Pero siempre estarás advertida de valerte contra él de las palabras sagradas y de la divina Escritura, no atravesando razones ni muchas palabras con tan astuto enemigo; porque las criaturas flacas no han de introducir conferencias ni palabras con su mortal enemigo, y maestro de mentiras, pues mi Hijo santísimo, que era poderoso y de infinita sabiduría, no lo hizo, para que con su ejemplo las almas aprendieran este recato y modo de proceder con el demonio. Ármate con fe viva, esperanza cierta y caridad fervorosa de profunda humildad, que son las virtudes que quebrantan y aniquilan á este dragon, y á ellas no les osa hacer cara; huye de ellas, porque son poderosas armas para su arrogancia y soberbia.

CAPÍTULO XXVII.

Sale Cristo nuestro Redentor del desierto; vuelve á donde estaba san Juan, y ocúpase en Judea en algunas obras hasta la vocacion de los primeros discípulos: todo lo conocia y imitaba María santísima.

Despedida que hizo Cristo del desierto.—Peticion que hizo para los que á imitacion suya se retirasen á la soledad.—Beneficios divinos que les consiguió.—Volvió Cristo del desierto al Jordan donde estába el Baptista.—Afectos de Juan por volver á ver á Cristo.—Testimonio que dió el Baptista de Cristo.—La embajada que los judíos enviaron al Baptista sucedió estando Cristo en el desierto.—Declárase el órden de los testimonios de el Baptista que los Evangelistas refieren.—Conoció María la fidelidad del Baptista en su confesion y los testimonios que dió de Cristo.—Premios que el Señor dió al Baptista á peticion de María.—Desvióse Cristo de la presencia del Baptista, dejándole informando á los oyentes de su divina persona.—Discursos

[1] Part. I, n. 641; supr. 230, 253, 303, 487, 680, et frequentissime.
[2] I Reg. xxv, 28. — [3] Cant. iv, 4.



de Cristo por los lugares pequeños, informando á los hombres de la venida del Mesías. — Despues del ayuno estuvo Cristo diez meses en Judea sin volver á Nazareth ni entrar en Galilea. — Ocupó estos diez meses en ilustrar muchas almas, disponiéndolas para su predicacion. — No habló en este tiempo con los fariseos y letrados, y por qué. — Evangelizaba á los pobres y humildes, haciéndoles grandes beneficios. — Efectos que hizo con esta enseñanza. — Salió María de su retiro al mismo tiempo que su Hijo del desierto. — Discurria por los lugares circunvecinos á Nazareth, haciendo muchos beneficios á las almas á imitacion de su Hijo. — Imitaba en todo las obras de su Hijo hasta en andar á pié. — Comió muy poco en estos diez meses por la confortacion que le dió el manjar que le envió su Hijo. — Tuvo noticia de lo que obraba el Baptista, y le envió á visitar por sus Ángeles. — Exhortacion al amor y guarda de la soledad. — Como se ha de llevar el retiro en el secreto del pecho cuando es preciso conversar con las criaturas. — Aprecio que se ha de hacer de el alma. — Exhortacion á repartir el pan de consejo y doctrina con los pobres.

1009. Habiendo conseguido Cristo Redentor nuestro gloriosamente los ocultos y altos fines de su ayuno y soledad en el desierto, con las vitorias que alcanzó del demonio, triunfando dél y de todos sus vicios; determinó su divina Majestad de salir del desierto á proseguir las obras de la redencion humana que su eterno Padre le habia encomendado. Y para despedirse de aquel yermo se postró en tierra, confesando y dando gracias á su eterno Padre por todo lo que allí habia obrado por la humanidad santísima en gloria de la Divinidad y en beneficio del linaje humano. Luego hizo una ferventísima oracion y peticion para todos aquellos que á imitacion suya se retirasen, ó para toda la vida, ó por algun tiempo, á las soledades para seguir sus pisadas y vacar á la contemplacion y ejercicios santos, retirándose del mundo y de sus embarazos. El altísimo Señor le prometió favorecerlos y hablarles al corazon [1] palabras de vida eterna, y prevenirlos con especiales auxilios y bendiciones de dulzura [2], si ellos de su parte se disponen para recibirlos y corresponder á ellos. Hecha esta oracion, pidió licencia al mismo Señor, como hombre verdadero, para salir de aquel desierto, y asistiéndole sus santos Ángeles salió dél.

1010. Encaminó sus hermosísimos pasos el divino Maestro hácia el Jordan, donde su gran precursor Juan continuaba su bautismo y predicacion, para que con su vista y presencia diese el Baptista nuevo testimonio de su divinidad y ministerio de Redentor. Tambien condescendió su Majestad con el afecto del mismo san Juan, que deseaba de nuevo verle y hablarle; porque con la primera vista

[1] Osee, II, 14. — [2] Psalm. XX, 4.

y presencia del Salvador, cuando le bautizó san Juan, quedó el corazon del santo Precursor inflamado y herido de aquella oculta y divina fuerza que atraia á sí á todas las cosas; y en los corazones mas dispuestos (como lo estaba el de san Juan) prendia este fuego con mayor fuerza y violencia del amor. Llegó el Salvador á la presencia de san Juan (y fue esta la segunda vez que se vieron), y antes de hablar otra palabra el Baptista, viendo que se llegaba el Señor, dijo aquellas que refiere el Evangelista [1]: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi:* Mirad al Cordero del Señor, mirad al que quita el pecado del mundo. Este testimonio dió el Baptista señalando á Cristo nuestro Señor, y hablando con la gente que asistia con el mismo san Juan para ser bautizada y á oir su predicacion; y añadió y dijo [2]: *Este es de quien he dicho, que tras de mí venia un varon que era mas que yo, porque era primero que yo fuese; y yo no le conocia, y vine á bautizar en agua para manifestarle.*

1011. Dijo el Baptista estas palabras, porque antes de llegar Cristo Señor nuestro al bautismo, no le habia visto, ni tampoco habia tenido la revelacion de su venida, que tuvo allí, como queda declarado en el capítulo XXIV de este libro [3]. Luego añadió el Baptista como habia visto al Espíritu Santo descender sobre Cristo en el bautismo [4], y que habia dado testimonio de la verdad, que Cristo era Hijo de Dios. Porque mientras su Majestad estuvo en el desierto, le enviaron los judíos de Jerusalen la embajada que refiere san Juan en el capítulo I, preguntándole quién era, y lo demás que el Evangelista dice. Entonces respondió el Baptista [5] que él bautizaba en agua, y que en medio de ellos habia estado el que no conocian, porque habia estado entre ellos en el Jordan; y que venia tras dél, y no era digno de desatar el lazo de su calzado. De manera, que cuando nuestro Salvador volvió del desierto á verse la segunda vez con el Baptista, entonces le llamó Cordero de Dios, y refirió el testimonio que poco antes habia dado á los fariseos, y añadió lo demás, de que habia visto al Espíritu Santo sobre su cabeza, como se lo habia revelado que lo veria; y san Mateo añade lo de la voz del Padre que vino juntamente del cielo [6], y tambien lo dijo san Lucas [7], aunque san Juan solo refiere lo del Espíritu Santo en forma de paloma; porque el Baptista no declaró á los judíos mas que esto.

1012. Esta fidelidad que tuvo el Precursor en confesar que no

[1] Joan. I, 29. — [2] Ibid. 30. — [3] Supr. n. 978. — [4] Joan. I, 32.
[5] Ibid. à v. 26. — [6] Matth. III, 17. — [7] Luc. III, 22.

era Cristo, y en dar los testimonios que se han dicho de su divinidad; conoció la Reina del cielo desde su retiro; y en retorno pidió al Señor los premiase y pagase á su fidelísimo siervo san Juan; y así lo hizo el Todopoderoso con liberal mano, porque en su divina aceptacion quedó el Baptista levantado sobre todos los nacidos de las mujeres; y porque no admitió la honra que le ofrecian de Mesías, determinó el Señor darle la que sin serlo era capaz de recibir entre los hombres. En esta misma ocasion, que se vieron Cristo Redentor nuestro y san Juan, fue el gran Precursor lleno de nuevos dones y gracias del Espíritu Santo. Y porque algunos de los circunstantes, cuando oyeron decir: *Ecce Agnus Dei*, advirtieron mucho en las razones del Baptista, y le preguntaron quién era aquel de quien así hablaba; dejándole el Salvador informando á los oyentes de la verdad con las razones arriba referidas, se desvió su Majestad y se fué de aquel lugar, encaminándose á Jerusalen, y habiendo estado muy poco tiempo en presencia de el Baptista. No fué via recta á la ciudad santa; antes anduvo muchos dias primero por otros lugares pequeños, enseñando disimuladamente á los hombres, y dándoles noticia de que el Mesías estaba en el mundo, y encaminándolos con su doctrina á la vida eterna, y á muchos al bautismo de san Juan, para que se preparasen con la penitencia para recibir la redencion.

1013. No dicen los Evangelistas dónde estuvo nuestro Salvador en este tiempo despues de el ayuno, ni qué obras hizo, ni el tiempo que se ocupó en ellas. Pero lo que se me ha declarado es, que estuvo su Majestad cási diez meses en Judea, sin volver á Nazareth á ver á su Madre santísima, ni entrar en Galilea, hasta que llegando en otra ocasion á verse con el Baptista, le dijo segunda vez [1]: *Ecce Agnus Dei*, y le siguieron san Andrés y los primeros discípulos que oyeron al Baptista estas palabras; y luego llamó á san Felipe, como lo refiere san Juan evangelista [2]. Estos diez meses gastó el Señor en ilustrar las almas y prevenirlas con auxilios, doctrina y admirables beneficios, para que despertasen de el olvido en que estaban: y despues cuando comenzase á predicar y hacer milagros, estuviesen mas prontos para recibir la fe del Redentor y le siguiesen; como sucedió á muchos de los que dejaba ilustrados y catequizados. Verdad es que en este tiempo no habló con los fariseos y letrados de la ley; porque estos no estaban tan dispuestos para dar crédito á la verdad de que el Mesías habia venido; pues aun despues no la admitieron, confirmada con la predicacion, milagros y

[1] Joan. I, 36. — [2] Ibid. 43.

testimonios tan manifiestos de Cristo nuestro Señor [1]. Mas á los humildes y pobres, que por esto merecieron ser primero evangelizados [2] y ilustrados, habló el Salvador en aquellos diez meses; y con ellos hizo liberales misericordias en el reino de Judea, no solo con particular enseñanza y ocultos favores, sino con algunos milagros disimulados, con que le admitian por gran profeta y varon santo. Con este reclamo despertó y movió los corazones de innumerables hombres para salir del pecado y buscar el reino de Dios, que ya se les acercaba con la predicacion y redencion que luego queria su Majestad obrar en el mundo.

1014. Nuestra gran Reina y Señora estaba siempre en Nazareth, donde conocia las ocupaciones de su Hijo santísimo y todas sus obras; así por la divina luz que ya he declarado, como por las noticias que le daban sus mil Ángeles; y siempre la asistian en forma visible (como queda dicho [3]) en la ausencia del Redentor. Para imitarle en todo con plenitud, salió de su retiro al mismo tiempo que Cristo nuestro Salvador del desierto; y como su Majestad, aunque no pudo crecer en el amor, le manifestó con mayor fervor despues de vencido el demonio con el ayuno y todas las virtudes; así la divina Madre, con nuevos aumentos que adquirió de gracia, salió mas ardiente y oficiosa para imitar las obras de su Hijo santísimo en beneficio de la salud humana y hacer de nuevo el oficio de precursora para manifestacion del Salvador. Salió la divina Maestra de su casa de Nazareth á los lugares circunvecinos, acompañada de sus Ángeles, y con la plenitud de su sabiduría, con la potestad de Reina y Señora de las criaturas, hizo grandes maravillas, aunque disimuladamente, al modo que obraba en Judea el Verbo humanado. Dió noticia de la venida del Mesías, sin manifestar quién era; enseñó á muchos el camino de la vida, sacábalos de pecado, arrojaba los demonios, y ilustraba las tinieblas de los engañados y ignorantes, preveníalos para que admitiesen la redencion, creyendo en su Autor. Entre estos benéficios espirituales hacia muchos corporales, sanando enfermos, consolando los afligidos, visitando á los pobres. Y aunque eran mas frecuentes estas obras con las mujeres, tambien hizo muchas con los varones, que si eran despreciados y pobres, no perdian estos socorros y felicidad de ser visitados de la Señora de los Ángeles y de todas las criaturas.

1015. En estas salidas ocupó la divina Reina el tiempo que su Hijo santísimo andaba en Judea, y siempre le imitó en todas sus

[1] Matth. xi, 5. — [2] Luc. iv, 18. — [3] Supr. n. 481, 967, 990.

obras, hasta en andar á pié como su divina Majestad; y aunque algunas veces volvia á Nazareth, luego continuaba sus peregrinaciones. Y en estos diez meses comió muy poco; porque de aquel manjar celestial que le envió su Hijo santísimo del desierto, como dije en el capítulo pasado [1], quedó tan alimentada y confortada, que no solo tuvo fuerzas para andar á pié por muchos lugares y caminos, sino tambien para no sentir tanto la necesidad de otro alimento. Tuvo asimismo la beatísima Señora noticia de lo que san Juan hacia predicando y bautizando en las riberas del Jordan, como se ha *dicho* [2]. Tambien le envió algunas veces muchos de sus Ángeles á que le consolasen y gratificasen la lealtad que mostraba á su Dios y Señor. Entre estas cosas padecia la amorosa Madre grandes deliquios de amor con el natural y santo afecto que apetecia la vista y presencia de su Hijo santísimo, cuyo corazon estaba herido de aquellos divinos y castísimos clamores. Antes de volver su Majestad á verla y consolarla, y dar principio á sus maravillas y predicacion en lo público, sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1016. Hija mia, en dos importantes documentos te doy la doctrina de este capítulo. El primero, que ames la soledad y la procures guardar con singular aprecio, para que te alcancen las bendiciones y promesas que mi santísimo Hijo mereció y prometió á los que en esto le imitaren. Procura siempre estar sola, cuando por virtud de la obediencia no te hallares obligada á conversar con las criaturas; y entonces, si sales de tu soledad y retiro, llévale contigo en el secreto de tu pecho, de manera que no le alejen dél los sentidos exteriores, ni el uso de ellos. En los negocios sensibles has de estar *de paso*, y en el retiro y desierto del interior muy de asiento; y para que allí tengas soledad, no dés lugar á que entren imágines ni especies de criaturas, que tal vez ocupan mas que ellas mismas, y siempre embarazan y quitan la libertad del corazon. Indigna cosa seria que tú le tuvieras en alguna, ni alguna estuviera en él; solo le quiere mi Hijo santísimo, y yo quiero lo mismo. El segundo documento es, que en primer lugar atiendas al aprecio de tu alma, para conservarla en toda pureza y candidez. Sobre esto, aunque es mi voluntad que trabajes por la justificacion de todos; pero en particular quiero que imites á mi Hijo santísimo y á mí en lo que

[1] Supr. n. 1002. — [2] Supr. n. 1010.

hicimos con los mas pobres y despreciados del mundo. Estos párvulos piden muchas veces el pan del consejo y doctrina [1], y no hallan quien se le comunique y reparta, como á los mas validos y ricos del mundo, que tienen muchos ministros que los aconsejen. De estos pobres y despreciados llegan muchos á tí; admítelos con la compasion que sientes; consuélalos y acarícialos, para que con su sincèridad admitan la luz y el consejo; que á los mas sagaces se ha de dar diferentemente. Procura granjear aquellas almas que entre las miserias temporales son preciosas en los ojos de Dios; y para que ellos y los demás no malogren el fruto de la Redencion, quiero que trabajes sin cesar, ni darte por satisfecha hasta morir, si fuere necesario, en esta demanda.

CAPÍTULO XXVIII.

Comienza Cristo Redentor nuestro á recibir y llamar sus discípulos en presencia del Baptista, y da principio á la predicacion. Manda el Altísimo á la divina Madre que le siga.

Determinó Cristo el manifestarse al mundo por el Mesías prometido.—Volvió á su Precursor para que de su testimonio se comenzase esta manifestacion.—Tuvo el Baptista revelacion de que era llegado el tiempo de que Cristo se manifestase.—Testimonio que dió de él delante de sus discípulos.—Siguieron á Cristo dos discípulos de el Baptista.—El discípulo del Baptista que siguió á Cristo con san Andrés, fue san Juan Evangelista.—Séquito de otros discípulos de Cristo hasta el número de cinco, conforme lo refiere el Evangelio.—Con estos cinco discípulos entró Cristo predicando públicamente por Galilea.—Cuanto le costó al Señor la vocacion y educacion de sus discípulos.—Altísima enseñanza que dejó en este ejercicio á los superiores.—Confianza que dió con él á los pecadores.—Operaciones de María con la ciencia que tuvo de esta vocacion de los primeros discípulos de Cristo.—Órden divino que tuvo María para que siguiese y acompañase á su Hijo en la obra de la redencion.—Ofrecimiento que hizo María de sí misma para el cumplimiento de la divina voluntad.—Pide María al eterno Padre le conceda, ó morir en lugar de su Hijo, ó morir con su Hijo.—Fervor ardentísimo con que deseó el efecto de esta peticion.—Alteza de el mérito de este acto.—Cuán grande dolor fue en María el no morir con su Hijo.—Colígese de este acto la semejanza de la gloria y santidad de María con la de su ejemplar Cristo.—Diferencia del amor divino con las criaturas al que ellas se tienen entre sí mismas.—El amor divino no busca la criatura suponiéndola digna, sino que la hace digna amándola.—No se ha de tomar de esta verdad confianza temeraria.—Cuánto se debe procurar responder á la primera gracia.—Como de la resistencia ó disenso á ella se va siguiendo la perdicion del alma.—Mayor obligacion de responder cuando es la luz ma-

[1] Thren. IV, 4.

yor.—Ejemplo en la prontitud con que respondieron á la primera vocacion los discípulos de Cristo.—Exhortacion á imitar los afectos de María de morir, etc.—Queja de María del olvido de los hombres de lo que obró por ellos su Hijo.

1017. Á los diez meses despues del ayuno que nuestro Salvador andaba en los pueblos de Judea, obrando como en secreto grandes maravillas, determinó manifestarse en el mundo, no porque antes hubiese hablado en oculto de la verdad que enseñaba, sino porque no se habia declarado por Mesías y Maestro de la vida, y llegaba ya el tiempo de hacerlo, como por la Sabiduría infinita estaba determinado. Para esto volvió su Majestad á la presencia de su precursor y baptista Juan; porque mediante su testimonio (que le tocaba de oficio darle al mundo) se comenzase á manifestar la luz en las tinieblas [1]. Tuvo inteligencia el Baptista por revelacion divina de la venida del Salvador, y que era tiempo de darse á conocer por Redentor del mundo y verdadero Hijo del eterno Padre; y estando prevenido san Juan con esta ilustracion, vió al Salvador que venia para él, y exclamando con admirable júbilo de su espíritu en presencia de sus discípulos, dijo [2]: *Ecce Agnus Dei:* Mirad al Cordero de Dios, este es. Correspondió este testimonio, y suponia no solo al otro que con las mismas palabras habia dado otras veces el mismo Precursor de Cristo; pero tambien á la doctrina que mas en particular habia enseñado á sus discípulos que asistian mas á la enseñanza del Baptista; y fue como decirles: Veis ahí al Cordero de Dios, de quien os he dado noticia, que ha venido á redimir el mundo y abrir el camino del cielo. Esta fue la última vez que vió el Baptista á nuestro Salvador por el órden natural, aunque por otro le vió en su muerte y tuvo su presencia, como despues diré en su lugar [3].

1018. Oyeron á san Juan dos de los primeros discípulos que con él estaban, y en virtud de su testimonio y de la luz y gracia que interiormente recibieron de Cristo nuestro Señor, le fueron siguiendo. Y convirtiéndose á ellos su Majestad amorosamente, les preguntó qué buscaban [4]. Y respondieron ellos, que saber dónde tenia su morada; y con esto los llevó consigo, y estuvieron con él aquel dia, como lo refiere el evangelista san Juan [5]. El uno de estos dos dice que era san Andrés, hermano de san Pedro, y no declara el nombre del otro. Pero, segun lo que he conocido, era el mismo san

[1] Joan. I, 5. — [2] Ibid. 29, 36. — [3] Infr. n. 1073.
[4] Joan. I, 38. — [5] Ibid. 39.

Juan Evangelista, aunque no quiso declarar su nombre por su gran modestia. Pero él y san Andrés fueron las primicias del apostolado en esta primera vocacion; porque fueron los que primero siguieron al Salvador, solo por testimonio exterior del Baptista, de quien eran discípulos, sin otra vocacion sensible del mismo Señor. Luego san Andrés buscó á su hermano Simon [1], y le dijo como habia topado al Mesías que se llamaba Cristo, y le llevó á él; y mirándole su Majestad, le dijo: Tú eres Simon, hijo de Joná, y te llamarás Cefas, que quiere decir Pedro. Sucedió todo esto en los confines de Judea, y determinó el Señor entrar el dia siguiente en Galilea, y halló á san Felipe y le llamó, diciéndole que le siguiese; y luego Felipe llamó á Nathanael y le dió cuenta de lo que le habia sucedido, y como habian hallado al Mesías que era JESÚS de Nazareth, y le llevó á su presencia. Habiendo pasado con Nathanael las pláticas que refiere san Juan en el fin del capítulo I de su Evangelio, entró en el discipulado de Cristo nuestro Señor en el quinto lugar.

1019. Con estos cinco discípulos, que fueron los primeros fundamentos para la fábrica de la nueva Iglesia, entró Cristo nuestro Salvador predicando y bautizando públicamente por la provincia de Galilea. Esta fue la primera vocacion de estos Apóstoles, en cuyos corazones, desde que llegaron á su verdadero Maestro, encendió nueva luz y fuego del divino amor, y los previno con bendiciones de dulzura [2]. No es posible encarecer dignamente lo mucho que le costó á nuestro divino Maestro la vocacion y educacion de estos y de los demás discípulos para fundar la Iglesia. Buscólos con solicitud y grandes diligencias; llamólos con poderosos, frecuentes y eficaces auxilios de su gracia; ilustrólos, y iluminó sus corazones con dones y favores incomparables; admitiólos con admirable clemencia; criólos con la dulcísima leche de su doctrina; sufriólos con invencible paciencia; acariciólos como amantísimo padre á hijos tiernos y pequeñuelos. Como la naturaleza es torpe y ruda para las materias altas, espirituales y delicadas del interior, en que no solo habian de ser perfectos discípulos, sino consumados maestros del mundo y de la Iglesia, venia á ser grande la obra para formarlos y pasarlos del estado terreno al celestial y divino, á donde los levantaba con su doctrina y ejemplo. Altísima enseñanza de paciencia, mansedumbre y caridad dejó su Majestad en esta obra para los prelados, príncipes y cabezas que gobiernan súbditos, de lo que deben hacer con ellos. No fue menor la confianza que nos dió á los pecadores de su pa-

[1] Joan. I, à v. 41. — [2] Psalm. XX, 4.

ternal clemencia; pues no se acabó en los Apóstoles y discípulos, sufriendo sus faltas y menguas, sus inclinaciones y pasiones naturales; antes bien se estrenó en ellos con tanta fuerza y admiracion, para que nosotros levantemos el corazon y no desmayemos entre las innumerables imperfecciones de nuestra condicion terrena y frágil.

1020. Todas las obras y maravillas que nuestro Salvador hacia en la vocacion de los Apóstoles y discípulos, y en la predicacion, conocia la Reina de el cielo por los medios que dejó repetidos[1]. Luego daba gracias al eterno Padre por los primeros discípulos, y en su espíritu los reconocia y admitia por hijos espirituales, como lo eran de Cristo nuestro Señor, y los ofrecia á su Majestad divina con nuevos cánticos de alabanza y júbilo de su espíritu. En esta ocasion de los primeros discípulos tuvo una vision particular, en que le manifestó el Altísimo de nuevo la determinacion de su voluntad santa y eterna sobre la disposicion de la redencion humana, y el modo como se habia de comenzar y ejecutar por la predicacion de su Hijo santísimo; y díjola el Señor: *Hija mia y paloma mia escogida entre millares, necesario es que acompañes y asistas á mi Unigénito, y tuyo, en los trabajos que ha de padecer en la obra de la redencion humana. Ya se llega el tiempo de su afliccion, y de abrir yo por este medio los archivos de mi sabiduría y bondad, para enriquecer á los hombres con mis tesoros. Por medio de su Reparador y Maestro quiero redimirlos de la servidumbre del pecado y del demonio, y derramar la abundancia de mi gracia y dones sobre todos los corazones de los mortales que se dispusieren para conocer á mi Hijo humanado, y seguirle como cabeza y guia de sus caminos para la eterna felicidad que les tengo prevenida. Quiero levantar del polvo y enriquecer á los pobres, derribar los soberbios, ensalzar á los humildes, alumbrar á los ciegos en las tinieblas de la muerte [2]. Quiero engrandecer á mis amigos y escogidos, y dar á conocer mi grande y santo nombre. En la ejecucion de esta mi santa voluntad eterna quiero que tú, electa y querida mia, cooperes con tu amado Hijo, y le acompañes, sigas y le imites, que yo seré contigo en todo lo que hicieres.*

1021. *Rey supremo de todo el universo* (respondió María santísima), *de cuya mano reciben todas las criaturas el ser y la conservacion; aunque este vil gusanillo sea polvo y ceniza, hablaré por vuestra dignacion divina en vuestra real presencia [3]. Recibid, pues, ó altísimo Señor y Dios eterno, el corazon de vuestra sierva, que aparejado ofrezco para el cumplimiento de vuestro beneplácito. Recibid el sacrificio y*

[1] Supr. n. 990. — [2] Isai. IX, 2. — [3] Genes. XVIII, 27.

holocausto, no solo de mis labios, sino de lo mas íntimo de mi alma, para obedecer al órden de vuestra eterna sabiduría que manifestais á vuestra esclava. Aquí estoy postrada ante vuestra presencia y majestad suprema; hágase en mí enteramente vuestra voluntad y gusto. Pero si fuera posible (ó poder infinito) que yo muriera y padeciera, ó para morir con vuestro Hijo y mio, ó para excusarle de la muerte; este fuera el cumplimiento de todos mis deseos y la plenitud de mi gozo, y que la espada de vuestra justicia hiciera en mí la herida, pues fuí mas inmediata á la culpa. Su Majestad es impecable por naturaleza y por los dones de su divinidad. Conozco, Rey justísimo, que siendo Vos el ofendido por la injuria de la culpa, pide vuestra equidad satisfacion de persona igual á vuestra Majestad. Todas las puras criaturas distan infinito desta dignidad; pero tambien es verdad que cualquiera de las obras de vuestro Unigénito humanado es sobreabundante para la redencion, y su Majestad ha obrado muchas por los hombres. Si con esto es posible que yo muera, porque su vida de inestimable precio no se pierda, preparada estoy para morir. Y si vuestro decreto es inmutable, concededme, Padre y Dios altísimo, si es posible, que yo emplee mi vida con la suya. En esto admitiré vuestra obediencia, como la admito en lo que me mandais que le acompañe y siga en sus trabajos. Asístame el poder de vuestra mano para que yo acierte á imitarle y cumplir vuestro beneplácito y mi deseo.

1022. No puedo con mis razones manifestar mas lo que se me ha dado á entender de los actos heróicos y admirables que hizo nuestra gran Reina y Señora en esta ocasion y mandato del Altísimo, y el fervor ardentísimo con que deseó morir y padecer, ó para excusar la pasion y muerte de su Hijo santísimo, ó para morir con él. Y si los actos fervorosos de el amor afectivo, aun en las cosas imposibles, obligaron tanto á Dios, que se da por servido y por pagado dellos cuando nacen de verdadero y recto corazon, y los acepta para premiarlos en alguna manera, como si fueran obras ejecutadas; ¿qué tanto seria lo que mereció la Madre de la gracia y del amor, con el que tuvo en este sacrificio de su vida? No alcanzan el pensamiento humano ni el angélico á comprehender tan alto sacramento de amor, pues le fuera dulce padecer y morir; y vino á ser en ella mucho mayor el dolor de no morir con su Hijo, que el quedar con vida, viéndole morir á él, y padecer, de que diré mas en su lugar[1]. De esta verdad se viene á entender la semejanza que tiene la gloria de María santísima con la de Cristo, y la que tuvo su gracia y santi-

[1] Infr. n. 1376.

dad de esta gran Señora con su ejemplar; porque todo correspondia á este amor, y él se extendió á lo sumo que en pura criatura es imaginable. Con esta disposicion salió nuestra Reina de la vision dicha, y el Altísimo mandó de nuevo á los Ángeles que le asistian la gobernasen y sirviesen en lo que habia de obrar; y ellos lo ejecutaron como fidelísimos ministros del Señor, y la asistian de ordinario en forma visible, acompañándola en todas partes y sirviéndola.

Doctrina que me dió la misma Reina y Señora.

1023. Hija mia, todas las obras de mi Hijo santísimo manifiestan el amor divino con las criaturas, y cuán diferente es del que ellas tienen entre sí mismas; porque como son tan escasas, coartadas, avarientas y sin eficacia, no se mueven de ordinario para amarse, si no las provoca algun bien que suponen en lo que aman; y así el amor de una criatura nace del bien que halla en el objeto. Mas el amor divino, como se origina de sí mismo, y es eficaz para hacer lo que quiere, no busca á la criatura suponiéndola digna; antes la ama, para hacerla con amarla. Por esta razon ninguna alma debe desconfiar de la bondad divina. Pero tampoco por esta verdad, y suponiéndola, ha de fiar vana y temerariamente, esperando que el amor divino obre en ella los efectos de gracia que desmerece; porque en este amor y dones guarda el Altísimo un órden de equidad ocultísima á las criaturas: y aunque á todas las ama, y quiere que sean salvas[1], mas en la distribucion de estos dones y efectos de su amor (que á nadie niega) hay cierta medida y peso del santuario con que se dispensan. Y como la criatura no puede investigar ni alcanzar este secreto, ha de procurar que no pierda ni deje vacía la primera gracia y vocacion; porque no sabe si por esta ingratitud desmerecerá la segunda, y solo puede saber que no se le negará, si no se hiciere indigna. Comienzan estos efectos del amor divino en el alma por la interior ilustracion, para que en presencia de la luz sean los hombres redargüidos y convencidos de sus pecados y mal estado, y del peligro de la eterna muerte. Mas la soberbia humana los hace tan estultos y graves de corazon[2], que son muchos los que resisten á la luz: y otros son tardos en moverse, y nunca acaban de responder; y por esto malogran la primera eficacia del amor de Dios, y se imposibilitan para otros efectos. Y como sin el socorro de la gracia no puede la criatura evitar el mal, ni hacer el bien, ni conocerle;

[1] I Tim. II, 4. — [2] Psalm. IV, 3.

de aquí nace el arrojarse de un abismo en otros muchos [1]; porque malogrando y echando de sí la gracia, y desmereciendo otros auxilios, viene á ser inexcusable la ruina en abominables pecados, despeñándose de unos en otros.

1024. Atiende, pues, carísima, á la luz que en tu alma ha obrado el amor del muy alto; pues por la que has recibido en la noticia de mi vida, cuando no tuvieras otra, quedabas tan obligada, que si no correspondes á ella serás en los ojos de Dios, y mios, y en presencia de los Ángeles y hombres, mas reprehensible que ninguno otro de los nacidos. Sírvate tambien de ejemplo lo que hicieron los primeros discípulos de mi Hijo santísimo, y la prontitud con que le siguieron y le imitaron. Y aunque el tolerarlos, sufrirlos y criarlos, como su Majestad lo hizo, fue especialísima gracia; ellos tambien correspondieron, y ejecutaron la doctrina de su Maestro. Y aunque eran frágiles en la naturaleza, no se imposibilitaban para recibir otros mayores beneficios de la divina diestra, y extendian sus deseos á mucho mas de lo que alcanzaban sus fuerzas. En obrar estos afectos de amor con verdad y fineza, quiero que me imites á mí en lo que para este fin te he declarado de mis obras, y los deseos que tuve de morir por mi Hijo santísimo y con él, si me fuera concedido. Prepara tu corazon para lo que te mostraré adelante de la muerte de su Majestad, y lo demás de mi vida, con que obrarás lo mas perfecto y santo. Adviértote, hija mia, que tengo una queja del linaje humano, y es muy general, que otras veces te la he insinuado [2], por el olvido y poca atencion de los mortales para entender y saber lo que mi Hijo y yo trabajamos por ellos. Consuélanse con creerlo por mayor; y como ingratos no pesan el beneficio que de cada hora reciben, ni el retorno que merece. No me dés tú este disgusto, pues te hago capaz y participante de tan venerables secretos y magníficos sacramentos, en los cuales hallarás luz, doctrina, enseñanza, y la práctica de la perfeccion mas alta y encumbrada. Levántate á tí sobre tí, obra diligente, para que se te dé gracia y mas gracia, y correspondiendo á ella congregues muchos merecimientos y premios eternos.

[1] Psalm. XLI, 8. — [2] Supr. n. 701, 930, 919, 939.

CAPÍTULO XXIX.

Vuelve Cristo nuestro Salvador con los primeros cinco discípulos á Nazareth; bautiza á su Madre santísima, y lo que en todo esto sucedió.

Comenzó Cristo á informar á sus primeros discípulos de los misterios de su divinidad y humanidad.—Declarólcs el modo de su encarnacion y como María era su Madre y Vírgen.—Alto concepto que hicieron entonces de la Madre de Dios, y reverencia y amor que se les infundió.—Señalóse mas san Juan en esto.—Caminó Cristo á Nazareth á peticion de sus discípulos para que viesen á su Madre.—Efectos de su predicacion en este camino.—Callaron estos discípulos el concepto que hicieron de la Madre de Dios, y por qué razon.—Como iba el Señor instruyendo á sus discípulos con doctrina y con ejemplo.—Previno María el recibimiento de su Hijo y hospicio de sus discípulos.—Adoracion con que recibió María á su Hijo en presencia de sus discípulos.—Razones por que le dió este culto delante de los discípulos.—Cuánto les enseñó María con esta accion.—Fue con él maestra de los discípulos de su Hijo en la religion con que le habian de tratar.—Como la veneraron y se le ofrecieron los discípulos, siendo en esto el primero san Juan.—Diferencia con que sirvió María á la mesa á su Hijo y los discípulos.—Acciones de suma humildad que hizo María con su Hijo retirados á su oratorio.—Pidió á su Hijo la diese el sacramento del Bautismo que ya habia instituido.—Coros angélicos que descendieron para su solemnidad.—Bautizó Cristo á su Madre.—Voces con que cada una de las divinas Personas calificó á María.—Efectos que causó este Sacramento en la Madre de Dios.—Mérito de recibirlo sin haber tenido culpa.—Tuvo la Madre de Dios especial amor á san Juan Evangelista.—Recibe con maternales entrañas á los que con devoto afecto quieren ser hijos suyos y siervos de su Hijo.—Condiciones que pide á su discípula para que sea hija y señalada devota suya en la Iglesia.

1025. El místico edificio de la Iglesia militante, que se levanta hasta lo mas alto y escondido de la misma Divinidad, todo se funda en la firmeza incontrastable de la santa fe católica que nuestro Redentor y Maestro, como prudente y sábio arquitecto, asentó en ella. Y para asegurar esta firmeza á las primeras piedras fundamentales, que fueron los primeros discípulos que llamó, como queda dicho [1], desde luego comenzó á informarlos de las verdades y misterios que tocaban á su divinidad y humanidad santísima. Y porque dándose á conocer por verdadero Mesías y Redentor del mundo, que por nuestra salud habia bajado del seno del Padre á tomar carne humana, era como necesario y consiguiente les declarase el modo de su encarnacion en el vientre virginal de su Madre santísima, y convenia que la

[1] Supr. n. 1018.

conociesen y venerasen por verdadera Madre y Vírgen, les dió noticia de este divino misterio entre los demás que tocaban á la union hipostática y redencion. Con este catecismo y doctrina celestial fueron alimentados estos nuevos hijos primogénitos de el Salvador. Y antes que llegasen á la presencia de la gran Reina y Señora, concibiéron de ella divinas excelencias, sabiendo que era vírgen antes del parto, en el parto, y despues del parto, y les infundió Cristo nuestro Señor una profundísima reverencia y amor, con que deseaban desde luego llegar á verla y conocer tan divina criatura. Esto hizo el Señor, como quien celaba tanto la honra de su Madre, y por lo que á los mismos discípulos les importaba tenerla en tan alto concepto y veneracion. Aunque todos en este favor quedaron divinamente ilustrados, quien mas se señaló en este amor fue san Juan; y desde que oyó á su divino Maestro hablar de la dignidad y excelencia de su Madre purísima, fué creciendo en el aprecio y estimacion de su santidad, como quien era señalado y prevenido para gozar de mayores privilegios en el servicio de su Reina, como adelante diré [1], y consta de su Evangelio.

1026. Pidieron estos cinco primeros discípulos al Señor que les diese aquel consuelo de ver á su Madre y reverenciarla; y concediéndoles esta peticion, caminó via recta á Nazareth, despues que entró en Galilea, aunque siempre fué predicando y enseñando en público, declarándose por Maestro de la verdad y vida eterna. Muchos comenzaron á oirle y acompañarle, llevados de la fuerza de su doctrina, de la luz y gracia que derramaba en los corazones que le admitian; aunque no llamó por entonces á su séquito mas de á los cinco discípulos que llevaba. Y es digno de advertencia, que con haber sido tan ardiente la devocion que estos concibieron con la divina Señora, y tan manifiesta para ellos la dignidad que tenia entre las criaturas, con todo eso todos callaron su concepto; y para no publicar lo que sentian y conocian, eran como mudos, y ignorantes de tantos misterios, disponiéndolo así la Sabiduría del cielo; porque entonces no convenia esta fe en el principio de la predicacion de Cristo, ni hacerla comun entre los hombres. Nacia entonces el Sol de justicia á las almas [2], y era necesario que su resplandor se extendiese por todas las naciones; y aunque la luna de su Madre santísima estaba en el lleno de toda santidad, era conveniente se reservase oculta para lucir en la noche que dejaria en la Iglesia la au-

[1] Infr. n. 1334, 1455; part. III, n. 5, 6, 7; ibid. à n. 10.
[2] Malach. IV, 2.

sencia de este Sol, subiendo al Padre. Todo sucedió así, que entonces resplandeció la gran Señora, como diré en la tercera parte [1]; solo se manifestó su santidad y excelencia á los Apóstoles, para que la conociesen y venerasen, y oyesen como á digna Madre del Redentor del mundo y Maestra de toda virtud y santidad.

1027. Prosiguió su camino nuestro Salvador á Nazareth, informando á sus nuevos hijos y discípulos, no solo en los misterios de la fe, sino en todas las virtudes, con doctrina y con ejemplo, como lo hizo en todo el tiempo de su predicacion evangélica. Para esto visitaba á los pobres y afligidos, consolaba á los tristes y enfermos, en los hospitales y en las cárceles, y con todos hacia obras admirables de misericordia en los cuerpos y en las almas; aunque no se declaró por autor de algun milagro hasta las bodas de Caná (como diré en el capítulo siguiente). Al mismo tiempo que hacia este viaje nuestro Salvador, estaba su Madre santísima previniéndose para recibirle con los discípulos que su Majestad llevaba; porque de todo tuvo noticia la gran Señora, y para todos hizo hospicio, aliñó su pobre morada, y previno solicitar la comida necesaria, porque en todo era prudentísima y advertida.

1028. Llegó á su casa el Salvador del mundo, y la beatísima Madre le aguardaba en la puerta, donde en entrando su Majestad á ella, se postró en tierra, y le adoró besándole el pié y despues la mano, pidiéndole la bendicion. Luego hizo una confesion á la santísima Trinidad altísima y admirable, y á la humanidad, y todo en presencia de los nuevos discípulos. No fue esto sin gran misterio y prudencia de la soberana Reina; porque á mas de dar á su Hijo santísimo el culto y adoracion que se le debia como á verdadero Dios y hombre, le dió tambien el retorno de la honra con que le habia engrandecido antes con los Apóstoles ó discípulos. Y así como el mismo Hijo estando ausente les habia enseñado la dignidad de su Madre y la veneracion con que debian tratarla y respetarla, así tambien la prudentísima y fidelísima Madre en presencia del mismo Hijo quiso enseñar á sus discípulos el modo y veneracion con que habian de tratar á su divino Maestro, como á su Dios y Redentor. Y así fue, que las acciones de tan profunda humildad y culto, con que la gran Señora trató y recibió á Cristo como Salvador, infundió en los discípulos nueva admiracion, devocion y reverencial temor con el divino Maestro; y para adelante les sirvió de ejemplar y dechado de Religion: con que vino á ser María santísima desde luego Maestra y Ma-

[1] Part. III, à n. 13, 28.

dre espiritual de los discípulos de Cristo, en la materia mas importante del trato familiar con su Dios y Redentor. Con este ejemplo los nuevos discípulos quedaron mas devotos de su Reina, y luego se pusieron de rodillas en su presencia, y la pidieron los recibiese por hijos y por esclavos suyos. El primero que hizo este ofrecimiento y reverencia fue san Juan, que desde entonces en la estimacion y veneracion de María santísima se aventajó á todos los Apóstoles, y la divina Señora le admitió con especial caridad; porque el Santo era apacible, manso y humilde, á mas del don de su virginidad.

1029. Hospedó la gran Señora á todos los discípulos, y sirvióles la comida, estando siempre advertida á todas las cosas con solicitud de Madre, y modestia y majestad de Reina, que su incomparable sabiduría lo juntaba todo con admiracion de los mismos Ángeles. Á su Hijo santísimo servia hincadas las rodillas en tierra con grandiosa reverencia; y á estas devotas acciones añadia algunas razones de gran peso, que decia á los Apóstoles, de la majestad de su Maestro y Redentor, para catequizarlos en la doctrina verdaderamente cristiana. Aquella noche, retirados los nuevos huéspedes á su recogimiento, el Salvador se fué al oratorio de su Madre purísima como solia, y la humildísima entre los humildes se postró á sus piés, como otras veces lo acostumbraba; y aunque no tenia culpas que confesarse, le pidió á su Majestad le perdonase lo poco que le servia y correspondia á sus inmensos beneficios; porque en la humildad de la gran Reina todo lo que hacia le parecia poco, y menos de lo que debia al amor infinito y á los dones que de él habia recibido; y así se confesaba por inútil como el polvo de la tierra. El Señor la levantó del suelo, y la habló palabras de vida y salud eterna, pero con majestad y serenidad; porque en este tiempo la trataba con mas severidad, para dar lugar al padecer, como advertí arriba [1] cuando se despidió para ir el Salvador al bautismo y al desierto.

1930. Pidióle tambien la beatísima Señora á su Hijo santísimo que la diese el sacramento del Bautismo que habia instituido, como ya se lo tenia prometido, y dije en su lugar [2]. Para celebrarle con la digna solemnidad del Hijo y de la Madre, por la divina disposicion y ordenacion descendieron del cielo innumerable multitud de los coros angélicos en forma visible. Y con su asistencia el mismo Cristo bautizó á su purísima Madre. Luego se oyó una voz del eterno Padre, que dijo: *Esta es mi Hija querida, en quien yo me recreo*. El Verbo humanado dijo: *Esta es mi Madre muy amada, á quien yo ele-*

[1] Supr. n. 960. — [2] Ibid. n. 831.

gí, y me asistirá en todas mis obras. Otra voz del Espíritu Santo dijo: *Esta es mi Esposa escogida entre millares.* Sintió y recibió la purísima Señora tantos y tan divinos efectos en su alma, que no caben en humano discurso; porque fue realzada en la gracia y retocada la hermosura de su alma purísima, y subió toda á nuevos grados y quilates. Recibió la iluminacion del carácter que causa este Sacramento, señalando á los hijos de Cristo en su Iglesia. Y á mas de los efectos que por sí comunica el Sacramento, fuera de la remision de el pecado, que no le tenia ni le tuvo, mereció altísimos grados de gracia por la humildad de recibir el Sacramento que se ordenó para la purificacion; y en la divina Señora sucedió al modo que arriba dije [1] de su Hijo santísimo en el mérito, aunque sola ella recibió aumento de gracia, porque Cristo no podia recibirle. Hizo luego la humilde Madre un cántico de alabanza con los santos Ángeles por el Bautismo que habia recibido, y postrada ante su Hijo santísimo le dió por él afectuosísimas gracias.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

1031. Hija mia, veo tu cuidado y emulacion santa de la gran dicha de los discípulos de mi Hijo santísimo, y mas de san Juan, mi siervo y favorecido. Cierto es que yo le amé especialmente; porque era purísimo y candidísimo como una sencilla paloma, y en los ojos de el Señor era muy agradable por esto y por el amor que me tenia. Este ejemplar quiero que te sirva de estímulo para lo que deseo que obres con el mismo Señor y conmigo. No ignoras, carísima, que yo soy Madre purísima, y que admito y recibo con maternales entrañas á todos los que con ferviente y devoto afecto quieren ser mis hijos y siervos de mi Señor; y con los impulsos de caridad que su Majestad me comunicó, y los brazos abiertos, los abrazaré, y seré su intercesora y abogada. Tú, por mas inútil, pobre y desvalida, serás mayor motivo para que se manifieste mas mi liberalísima piedad, y así te llamo y te convido para que seas mi hija carísima y señalada por mi devota en la Iglesia.

1032. Esta promesa se cumplirá con una condicion que quiero de tu parte; y esta es, que si tienes verdaderamente santa emulacion de lo que yo amé á mi hijo Juan, y del retorno que me dió su amor santo, le imites con toda perfeccion conforme á tus fuerzas; y así me lo has de prometer y cumplir, sin faltar á lo que te ordeno; antes quie-

[1] Supr. 980.

ro que trabajes hasta que en tí muera el amor propio, y todos efectos del primer pecado, y que se extingan las inclinaciones terrenas que siguen al *fómes;* y te restituyas al estado de sinceridad columbina y sencillez, que destruye toda malicia y duplicidad. En todas tus operaciones has de ser Ángel, pues la dignacion del Altísimo para contigo es tan liberal, que te ha dado luz y inteligencia de Ángel, mas que de criatura humana. Yo te solicito estos grandes beneficios, y es razon que corresponda el obrar con el entender; y conmigo has de tener un incesante afecto y amoroso cuidado de darme gusto y servirme, estando siempre atenta á mis consejos, y puestos los ojos en mis manos, para saber lo que te ordeno, y ejecutarlo al punto. Con esto serás mi hija verdadera, y yo tu Protectora y Madre amorosa.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO,

Y CUARTO DE LA SEGUNDA PARTE.

CONTIENE LAS BODAS DE CANÁ DE GALILEA; COMO ACOMPAÑÓ MARÍA SANTÍSIMA AL REDENTOR DEL MUNDO EN LA PREDICACION; LA HUMILDAD QUE MOSTRABA LA DIVINA REINA EN LOS MILAGROS QUE HACIA SU HIJO SANTÍSIMO; SU TRANSFIGURACION; LA ENTRADA DE SU MAJESTAD EN JERUSALEN; SU PASION Y MUERTE; EL TRIUNFO QUE ALCANZÓ EN LA CRUZ DE LUCIFER Y SUS SECUACES; LA SANTÍSIMA RESURRECCION DEL SALVADOR, Y SU ADMIRABLE ASCENSION Á LOS CIELOS.

CAPÍTULO I.

Comienza Cristo nuestro Salvador á manifestarse con el primer milagro que hizo en las bodas de Caná, á peticion de su Madre santísima.

Estaba María en Caná antes que su Hijo fuese llamado á las bodas.—Órden de los sucesos concordando con el Evangelio esta Historia.—Salió Cristo de Nazareth á predicar á unos lugares vecinos, y su Madre fue á Caná.—Razon de estar María en Caná y ser convidado á las bodas Cristo con sus discípulos.—El tercero dia en que segun el Evangelista se hicieron estas bodas fue el tercero de la semana.—No se puede entender ni del tercero de la vocacion de sus discípulos, ni del tercero de su entrada en Galilea.—Por qué no contó san Juan la venida de Cristo á Nazareth y el Bautismo de María.—Fines que tuvo el Salvador en asistir á estas bodas.—Por qué se llamó el milagro de las bodas principio de las señales que hizo Jesús.—Dia en que sucedió este milagro.—Salutacion de Cristo.—Exhortó Cristo al novio y María á la esposa á las obligaciones de su estado.—Incongruencia de la opinion que dice que era san Juan el novio de estas bodas.—Oracion que hizo Cristo por la bendicion del matrimonio en la ley de gracia.—Cooperó María á esta oracion, y dió el retorno de gracias por los mortales.—Prudencia y modestia con que la Madre de Dios asistió á estas bodas.—Deben tomar de ella ejemplar las mujeres de portarse en semejantes ocasiones.—Comieron Jesús y María de los regalos que se servian en las bodas.—Razon de esto siendo tan diferente su ordinaria comida.—Suceso de la falta del vino.—La respuesta de Cristo á su Madre no fue reprehension, sino misterio.—Díjola el Señor con serenidad apacible.—Por qué no la llamó Madre sino mujer.—Declárase el misterio de la respuesta.—Pidió María en tiempo oportuno y conveniente.—Nueva luz que infundió Cristo en sus discípulos en conformidad

de su respuesta.—Doctrina que dió María en las palabras : *Haced lo que mi Hijo ordenare.* — Milagro de la conversion del agua en vino. — Estaban Cristo con su Madre y discípulos en los lugares inferiores.—Publicacion del milagro. — Como creyeron en él sus discípulos. — Creyeron de nuevo otros muchos, y le siguieron hasta Cafarnau. —Como comenzó allí á predicar.— No niega san Juan que hubiese hecho Cristo antes otros milagros sino que supone que los hizo. — Ejercicios de María en estos principios de la manifestacion de su Hijo. — Es sin disculpa el descuido de los fieles en no procurar la dilatacion del nombre de Dios.—Medios que dejó Cristo en su Iglesia para la ejecucion de este fin. — Diversos modos con que cada uno de los fieles puede ayudar á la propagacion de la fe. — Cuán reprehensibles son los poderosos, prelados y ministros de la Iglesia en esta negligencia. — Carga de los que dejada esta obligacion gastan indignamente el patrimonio de Cristo. —Cargo de los príncipes cristianos. — Exhortacion á trabajar en lo posible porque Dios sea de todos glorificado y conocido.—Ejemplo de la Madre de Dios de este celo. — Del silencio y modestia de las esposas de Cristo.

1033. El evangelista san Juan, que al fin del capítulo I refiere la vocacion de Nathanael (que fue el quinto discípulo de Cristo), comienza el capítulo II de la Historia evangélica, diciendo [1]: *Y el dia tercero se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la Madre de Jesús. Y tambien fue llamado Jesús y sus discípulos á las bodas.* De donde parece que la divina Señora estaba en Caná antes que fuese llamado su Hijo santísimo á estas bodas. Y para concordar esto con lo que dije en el capítulo pasado, y entender qué dia fue este, hice algunas preguntas por órden de la obediencia. Á las cuales me fue respondido, que no obstante las opiniones diferentes de los expositores, la Historia de la Reina y de el Evangelio se conforman, y que el suceso fue en esta forma: Cristo nuestro Señor con sus cinco Apóstoles ó discípulos en entrando en Galilea fué derecho á Nazareth predicando y enseñando. En este viaje tardó algunos dias, aunque no muchos; pero fueron mas de tres. Llegando á Nazareth bautizó á su beatísima Madre, como queda dicho [2], y luego con sus discípulos salió á predicar á unos lugares vecinos. En el ínterin fué la divina Señora á Caná, convidada á las bodas que dice el Evangelista; porque eran de unos deudos suyos en cuarto grado por la línea de santa Ana. Y estando la gran Reina en Caná, tuvieron los novios noticia de la venida del Salvador del mundo, y que tenia ya discípulos: y por disposicion de su Madre santísima, y de el mismo Señor, que ocultamente lo disponia para sus altos fines, fue llamado y convidado á las bodas con sus discípulos.

1034. El dia tercero, que dice el Evangelista se hicieron estas

[1] Joan. II, 1. — [2] Supr. n. 1030.

bodas, fue el tercero de la semana de los hebreos, y aunque no lo dice expresamente, tampoco dice que fue el tercero despues de la vocacion de los discípulos ó entrada en Galilea; y si hablara de esto, lo dijera. Pero moralmente era imposible que estas bodas sucediesen el tercero dia despues de la vocacion de los discípulos, ni de la entrada de Galilea; porque Caná está en los confines del tribu de Zabulon hácia la parte de Tenicia, y setentrional, donde estaba el tribu de Aser, respecto de Judeá; y dista mucho desde todos los términos de Judea y Galilea, por donde entró el Salvador de el linaje humano; y si al dia tercero fueran las bodas, no quedaban mas de dos dias para llegar de Judea á Caná, que hay tres jornadas; y tambien estaria cerca de Caná, primero que le convidasen; y para esto era necesario mas tiempo. Á mas de todo esto para pasar de Judea á Caná de Galilea, estaba primero Nazareth; porque Caná está mas adelante hácia el mar Mediterráneo, y vecina del tribu de Aser, como he dicho; y el Salvador de el mundo primero fuera á visitar á su Madre santísima, que no ignorando su venida (como es cierto que la sabia) le aguardara sin salir de ella al tiempo que se acercaba. Si el Evangelista no dijo esta venida, ni el bautismo de la divina Señora, no fue porque no sucedió, sino porque solo dijo él y los demás lo que pertenecia á su intento. Y tambien confiesa el mismo san Juan que se dejaron de saber muchos milagros que hizo nuestro divino Maestro [1]; porque no fue necesario escribirlos todos. Con este órden queda entendido el Evangelio, y confirmada con él esa Historia en el lugar citado.

1035. Estando la Reina del mundo en Caná, fue convidado su Hijo santísimo con los discípulos que tenia á las bodas; y su dignacion, que lo ordenaba todo, aceptó el convite. Fué luego á él para santificar el matrimonio y acreditarle, y dar principio á la confirmacion de su doctrina con el milagro que sucedió, declarándose por autor dél; porque dándose ya por maestro en admitir discípulos, era necesario confirmarlos en su vocacion, y autorizar su doctrina, para que la creyesen y admitiesen. Por esta razon, aunque su divina Majestad habia hecho otras maravillas ocultamente; pero no se habia declarado ni señalado por autor de ellas en público, como hasta aquella ocasion; que por eso llamó el Evangelista á este milagro [2]: *Principio de las señales que hizo* JESÚS *en Caná de Galilea*. Y el mismo Señor dijo á su Madre santísima que hasta entonces no habia llegado su hora. Sucedió esta maravilla el mismo dia que se

[1] Joan. xx, 30. — [2] Ibid. ii, 11.

cumplió un año de el bautismo de Cristo nuestro Salvador, y correspondia á la adoracion de los Reyes, como lo tiene la santa Iglesia romana, que celebra en un dia estos tres misterios á seis de enero. La edad de Cristo nuestro Señor era cumplidos treinta años, y entrado en treinta y uno los trece dias que hay de su Natividad santísima á la Epifanía.

1036. Entró el Maestro de la vida en la casa de las bodas, y saludó á los moradores, diciendo: La paz del Señor y la luz sea con vosotros, como verdaderamente estaba asistiendo su Majestad con ellos. Hizo luego una exhortacion de vida eterna al novio, enseñándole las condiciones de su estado, para ser perfecto y santo en él. Lo mismo hizo la Reina de el cielo con la esposa, á quien con razones dulcísimas y eficaces la amonestó de sus obligaciones. Y entrambos cumplieron perfectamente con ellas en el estado que dichosamente recibieron con asistencia de los Reyes del cielo y tierra. Y no puedo detenerme á declarar que este novio no era san Juan Evangelista. Basta saber (cómo dije en el capítulo pasado [1])-que venia ya con el Salvador por discípulo. En esta ocasion no pretendió el Señor disolver el matrimonio, sino que vino á las bodas para autorizarlas, acreditarlas, y hacer santo y sacramento al Matrimonio; y no era consiguiente á este intento disolverle luego; ni el Evangelista tuvo jamás intento de ser casado. Antes bien, nuestro Salvador habiendo exhortado á los desposados, hizo luego una ferviente oracion y peticion al eterno Padre, suplicándole que en la nueva ley de gracia echase su bendicion sobre la propagacion humana, y desde entonces diese virtud al matrimonio para santificar á los que en la santa Iglesia lo recibiesen, y fuese uno de sus Sacramentos.

1037. La beatísima Vírgen conocia la voluntad y oracion que su Hijo santísimo hacia, y le acompañó en ella, cooperando á esta obra como á las demás que hacia en beneficio del linaje humano; y como tenia el retorno por su cuenta, que los hombres no daban por estos beneficios, hizo un cántico de alabanza y loores al Señor, convidando á los santos Ángeles la acompañasen en él, y así lo hicieron; aunque solo era manifiesto al mismo Señor y Salvador nuestro, que se recreaba en la sabiduría y obras de su purísima Madre, como ellas en las del mismo Hijo. En lo demás hablaban y conversaban con los que concurrian á las bodas; pero con la sabiduría y peso de razones dignas de tales personas, y ordenándolas á ilustrar los corazones de todos los circunstantes. La prudentísima

[1] Sup. n. 1018.

Señora hablaba muy pocas palabras, y solo cuando era preguntada ó muy forzoso; porque siempre oia y atendia á las de el Señor y á sus obras, para guardarlas y conferirlas en su castísimo corazon. Raro ejemplo de prudencia, de recato y modestia fueron las obras, palabras, y todo el proceder de esta gran Reina en el discurso de su vida; y en esta ocasion no solo para las religiosas, pero en especial á las mujeres de el siglo, si pudieran tenerle presente en tales actos como el de las bodas, para que en él aprendieran á callar, á moderarse, y componer el interior y medir las acciones exteriores sin liviandad y soltura: pues nunca es tan necesaria la templanza como cuando es mayor el peligro; y siempre en las mujeres es mayor gala, hermosura y bizarría el silencio, detenimiento y encogimiento, con que se cierra la entrada á muchos vicios, y se coronan las virtudes de la mujer casta y honesta.

1038. En la mesa comieron el Señor y su Madre santísima de algunos regalos de los que servian, pero con suma templanza y disimulacion de su abstinencia. Y aunque á solas no comian de estos manjares, como antes he dicho[1], pero los Maestros de la perfeccion, que no querian reprobar la vida comun de los hombres, sino perficionarla con sus obras, acomodábanse á todos sin extremos ni singularidad pública, en lo que por otra parte no era reprehensible y se podia hacer con perfeccion. Y como el Señor lo enseñó por ejemplo, lo dejó tambien por doctrina á sus Apóstoles y discípulos, ordenándoles que comiesen de lo que les fuese dado cuando iban á predicar[2], y no se hiciesen singulares, como imperfectos y poco sábios en el camino de la virtud; porque el verdadero pobre y humilde no ha de elegir manjares. Sucedió que faltó vino en la mesa, por dispensacion divina, para dar ocasion al milagro, y la piadosa Reina dijo al Salvador[3]: *Señor, el vino ha faltado en este convite.* Respondióle su Majestad: *Mujer, ¿qué me toca á mí y á tí? Aun no es llegada mi hora.* Esta respuesta de Cristo no fue de reprehension, sino de misterio; porque la prudentísima Reina y Madre no pidió el milagro casualmente; antes bien con luz divina conoció que era tiempo oportuno de manifestarse el poder divino de su Hijo santísimo, y no pudo tener ignorancia de esto la que estaba llena de sabiduría y ciencia de las obras de la redencion, y de el órden que en ellas habia de guardar nuestro Salvador, á qué tiempos y en qué ocasiones las habia de ejecutar. Es tambien de advertir que su divina Majestad no pronunció estas palabras con semblante de repre-

[1] Supr. n. 898. — [2] Luc. x, 8. — [3] Joan. II, 3, 4.

hender, sino con magnificencia y serenidad apacible. Y aunque no llamó á la Vírgen madre, sino mujer, era porque, como arriba dije [1], no la trataba entonces con tanta dulzura de palabras.

1039. El misterio de la respuesta de Cristo nuestro Señor fue confirmar á los discípulos en la fe de la Divinidad, y comenzar á manifestarla á todos, mostrándose Dios verdadero y independiente de su Madre en el ser divino y potestad de hacer milagros. Por esta causa tampoco la llamó madre, callando este nombre, y llamándola mujer, diciendo: ¿Qué te toca ó que tenemos que ver tú y yo en esto? Fue decir: la potestad de hacer milagros no la recibí yo de tí, aunque me diste la naturaleza humana en que los he de obrar; porque solo á mi divinidad toca hacerlos, y para ella no es llegada mi hora. En esta palabra dió á entender que la determinacion de las maravillas no era de su Madre santísima, sino de la voluntad de Dios; no obstante que la prudentísima Señora lo pedia en tiempo oportuno y conveniente: mas junto con esto quiso el Señor se entendiese que habia en él otra voluntad mas que la humana, y que aquella era divina y superior á la de su Madre, y que no estaba subordinada á ella; antes la de la Madre estaba sujeta á la que tenia como verdadero Dios. En consecuencia de esto, al mismo tiempo infundió su Majestad en el interior de los discípulos nueva luz con que conocieron la union hipostática de las dos naturalezas en la persona de Cristo; y que la humana la habia recibido de su Madre, y la divina por la generacion eterna de su Padre.

1040. Conoció la gran Señora todo este sacramento, y con severidad apacible dijo á los criados que servian á la mesa [2]: *Haced lo que mi Hijo ordenare*. En las cuales palabras (á mas de la sabiduría que suponen de la voluntad de Cristo, que conocia la prudentísima Madre) habló como maestra de todo el linaje humano, enseñando á los mortales, que para remediar todas nuestras necesidades y miserias es necesario y suficiente de nuestra parte hacer todo lo que manda el Señor y los que están en su lugar. Tal doctrina no pudo salir menos que de tal Madre y Abogada, que deseosa de nuestro bien, y como quien conocia la causa que suspende ó impide el poder divino, para que no haga muchas y muy grandes maravillas, quiso proponernos y enseñarnos el remedio de nuestras menguas y desdichas, encaminándonos á la ejecucion de la voluntad del Altísimo, en que consiste todo nuestro bien. Mandó el Redentor del mundo á los ministros de las mesas que llenasen de agua

[1] Supr. n. 960. — [2] Joan. II, 5.

sus hidrias [1] ó tinajillas, que segun las ceremonias de los hebreos tenian para estos ministerios. Y habiéndolas llenado todas, mandó el mismo Señor que sacasen de ellas el vino en que las convirtió, y lo llevasen al architriclino [2], que era el principal en la mesa y hacia cabecera en ella, y era uno de los sacerdotes de la ley. Y como gustase del milagroso vino, admirado llamó al novio, y le dijo [3]: Cualquier hombre cuerdo pone primero el mejor vino para los convidados, y cuando están ya satisfechos pone lo peor; pero tú lo has hecho al revés, que guardaste lo mas generoso para lo último de la comida.

1041. No sabia el architriclino entonces el milagro, cuando gustó el vino; porque estaba en la cabecera de la mesa, y Cristo nuestro Maestro con su Madre santísima y discípulos en los lugares inferiores y de abajo, enseñando con la obra lo que despues habia de enseñar con la doctrina [4]; que en los convites no echemos el ojo al mejor lugar, sino que por nuestra voluntad elijamos el ínfimo. Luego se publicó la maravilla de haber convertido nuestro Salvador la agua en vino, y se manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos, como dice el Evangelista [5]; porque de nuevo creyeron y se confirmaron mas en la fe. Y no solo creyeron ellos, sino otros muchos de los que estuvieron presentes creyeron que era el verdadero Mesías y le siguieron, acompañándole hasta la ciudad de Cafarnau [6], á donde con su Madre y discípulos dice el Evangelista que fué su Majestad desde Caná; y allí dice san Mateo que comenzó á predicar, declarándose ya por maestro de los hombres. Lo que dice san Juan, que con esta señal ó milagro manifestó el Señor su gloria, no es negar que hizo otros primero en oculto, sino suponerlo; y que en este milagro manifestó su gloria, que no habia manifestado antes en otros; porque no quiso ser conocido por autor de ellos; que no era tiempo oportuno, ni el determinado por la Sabiduría divina. Y es cierto que en Egipto hizo muchos y admirables; cual fue la ruina de los templos y sus ídolos, como dije en su lugar [7]. En todas estas maravillas hacia María santísima actos de insigne virtud en alabanza del Altísimo y hacimiento de gracias, de que su santo nombre se fuese manifestando. Acudia al consuelo de los nuevos creyentes y al servicio de su Hijo santísimo, y todo lo llenaba con su incomparable sabiduría y oficiosa caridad. Ejercitábala fervorosísima, clamando al eterno Padre, suplicándole dispu-

1 Joan. II, 7. — 2 Ibid. 8. — 3 Ibid. 10. — 4 Luc. XIV, 8, 10.
5 Joan. II, 11. — 6 Matth. IV, 13. — 7 Supr. n. 643, 646, 665.

siese los ánimos y corazones de los hombres para que las palabras y luz de el Verbo humanado los iluminase, y desterrase de ellos las tinieblas de su ignorancia.

Doctrina que me dió la gran Reina y Señora del cielo.

1042. Hija mia, olvido y descuido es sin disculpa el que tienen generalmente los hijos de la Iglesia en no procurar todos y cada uno de ellos que se dilate y manifieste la gloria de su Dios por todas las criaturas racionales, dando á conocer su nombre santo. Esta negligencia es mas culpable despues que el Verbo eterno encarnó en mis entrañas, enseñó al mundo y le remedió para este fin. Por eso fundó su Majestad la santa Iglesia, y la enriqueció de bienes y tesoros espirituales, de ministros y tambien de otros bienes temporales. Todo esto no solo ha de servir para conservar la misma Iglesia con los hijos que tiene, sino tambien para amplificarla y traer otros de nuevo á la regeneracion de la fe católica. Todos deben ayudar á esto, para que se logre mas el fruto de la muerte de su Reparador. Unos pueden hacerlo con oraciones, peticiones, con fervorosos deseos de la dilatacion de el santo nombre de Dios; otros con limosnas, y otros con diligencias y exhortaciones, y otros con su trabajo y solicitud. Pero si en esta remision y negligencia son menos culpados los ignorantes y pobres, que acaso no hay quien se lo ponga en la memoria; son muy reprehensibles los ricos y poderosos, y mucho mas los ministros de la Iglesia y sus prelados, á quien toca esta obligacion mas de lleno; y olvidados de tan terrible cargo como les espera, muchos convierten la verdadera gloria de Cristo en gloria suya propia y vana. Gastan el patrimonio de la sangre del Redentor en obras y fines que no son dignos de ser nombrados; y por cuenta suya perecen infinitas almas que con los medios oportunos pudieran venir á la santa Iglesia, ó á lo menos ellos tuvieran este merecimiento, y el Señor la gloria de tener tan fieles ministros en su Iglesia. El mismo cargo se les hará á los príncipes y señores poderosos del mundo, que recibieron de las manos de Dios honra, hacienda y otros bienes temporales para convertirlos en gloria de su Majestad, y ninguna cosa menos advierten que esta obligacion.

1043. De todos estos daños quiero que te duelas, y que trabajes, cuanto alcanzaren tus fuerzas, para que sea manifestada la gloria del Altísimo, y conocido de todas las naciones, y que de las piedras resuciten hijos de Abrahan [1], pues para todo es poderoso. Y

[1] Matth. III, 9.

para traerlas al suave yugo de el Evangelio [1], pídele que envie obreros [2] y ministros idóneos á su Iglesia, que es grande y mucha la miés, y pocos los fieles trabajadores y celosos de granjearla. Sea para tí ejemplar vivo lo que te he manifestado de mi solicitud y maternal amor, con que trabajaba con mi Hijo y Señor en granjearle las almas, y conservarlas en su doctrina y séquito. Nunca en el secreto de tu pecho se apague la llama de esta caridad y celo. Tambien quiero que mi silencio y modestia, que has conocido tuve en las bodas, sea arancel inviolable para tí y tus religiosas, con que medir siempre las acciones exteriores, el recato, moderacion y pocas palabras, en especial cuando estais en presencia de hombres; porque estas virtudes son las galas que componen y asean á la esposa de Cristo, para que halle gracia en sus divinos ojos.

CAPÍTULO II.

Acompaña María santísima á nuestro Salvador en la predicacion: trabaja mucho en esto, y cuida de las mujeres que le seguian, y en todo procede con suma perfeccion.

Cási en todos los milagros y obras de Cristo tuvo alguna parte María.—Razon de no intentar el escribirlos todos.—Superabundancia de lo que escribieron los Evangelistas para fundar y conservar la Iglesia.—Razon de lo que se ha de escribir y lo que se ha de dejar en esta Historia de las obras de Cristo.—Tiempo que estuvo Cristo en Cafarnau.—Como le acompañó desde entonces su Madre hasta la cruz.—Caminaba María á pié como su Hijo.—Como la aliviaba algunas veces su Hijo.—Admirable solicitud de María en oir la predicacion y doctrina de su Hijo.—Siempre le oia puesta de rodillas.—Oraba Cristo al Padre por el fruto de los oyentes al mismo tiempo que predicaba.—Cómo cooperaba la Madre á esta oracion.—Conocia los interiores y estado de conciencia de todos los oyentes de su Hijo.—Efectos que hacia en ella este conocimiento.—Caridad con que trataba la Madre de Dios á los discípulos de su Hijo.—Como cuidaba de sus necesidades temporales socorriéndolas algunas veces con milagros.—Cuánto trabajó para ayudarlos en la vida espiritual.—Recurrian á ella cuando se hallaban en alguna duda ó tentacion oculta.—Remedio que hallaban en la Madre de Dios.—Dispuso la sabiduría divina de Cristo que algunas mujeres le fuesen asistiendo, por la mayor decencia de su Madre.—Cómo cuidaba María del aprovechamiento de estas piadosas mujeres.—Admirable prudencia con que enseñaba á estas y otras mujeres.—Fueron innumerables las que trajo al conocimiento de Cristo.—Como las enseñaba tambien por ejemplo en el ejercicio de las obras de misericordia.—Milagros que hizo la Vírgen en el tiempo de la predicacion de su Hijo.—Por qué no los escribieron los Evangelistas.—Refiérense sumariamen-

[1] Matth. XI, 30. — [2] Luc. X, 2.

te.—Razones por que convino que la Madre de Dios los hiciese.—Disposicion de ocultarse sus milagros.—Sábia disimulacion con que los hacia, para que se le diese al Redentor toda la gloria.—Forma con que enseñaba.—Razones de lo grandioso del fruto de doctrina y enseñanza de la Madre de Dios.—Admirable mansedumbre con que se portaba con los nuevos fieles.—Cuánto deben los mortales al amor de la Vírgen en el cuidado de su eterna salud.—No le deben menos por lo que se alegraba del bien de cada uno.—Reverencia con que se ha de recibir la luz divina y interior voz de Cristo.—Reverencia con que se debe oir tambien la palabra de Dios, de sus predicadores y ministros.—Concepto con que se han de oir los predicadores.—Reprehéndese la vanidad de los mundanos en las censuras de los sermones.—Igualdad que se ha de tener con los pobres y ricos sin aceptacion de personas.—Defectos que no manchan la conciencia no es necesario ocularlos.

1044. No fuera léjos del intento de esta Historia, cuando en ella pretendiera escribir los milagros y heróicas obras de Cristo nuestro Redentor y Maestro, porque cási en todo concurrió y tuvo alguna parte su beatísima y santísima Madre. Mas no puedo intentar negocio tan arduo, y sobre las fuerzas y capacidad humana; pues el evangelista san Juan, despues de haber escrito tantas maravillas de su Maestro divino, dice en el fin de su Evangelio, que otras muchas hizo Jesús, las cuales, si se escribieran en singular, no podian caber los libros en todo el mundo [1]. Si le pareció tan imposible al Evangelista, ¿qué puede presumir una mujer ignorante y mas inútil que el polvo de la tierra? Lo que fue necesario y conveniente, lo superabundante y suficiente para fundar y conservar la Iglesia, lo escribieron todos cuatro Evangelistas; y no es necesario repetirlo en esta Historia. Aunque para tejerla y no dejar en silencio tantas obras de la gran Reina que ellos no escribieron, será forzoso tocar algunas particulares; que tenerlas escritas y en memoria juzgo será de consuelo y utilidad para mi aprovechamiento. Lo demás que no escribieron los Evangelistas en los Evangelios, ni yo tengo órden para escribirlo, se reserva para la vista beatífica, donde con especial gozo de los Santos les será manifiesto en el Señor, y allí le alabarán por tan magníficas obras eternamente.

1045. Desde Caná de Galilea tomó Cristo Redentor nuestro el camino para Cafarnau [2], ciudad grande y poblada cerca del mar de Tiberías, donde estuvo algunos dias, como dice el evangelista san Juan, aunque no muchos; porque llegándose el tiempo de la Pascua se fué acercando á Jerusalen, para celebrarla á los catorce de

[1] Joan. XXI, 25. — [2] Ibid. II, 12.

la luna de marzo. Acompañóle desde entonces su Madre santísima, despedida de su casa de Nazareth, para seguirle en su predicacion, como lo hizo siempre hasta la cruz: salvo en algunas ocasiones (que pocos dias se apartaban), como cuando el Señor se fué al Tabor [1], ó para acudir á otras conversiones particulares, como á la Samaritana, ó porque la divina Señora se quedaba con algunas personas acabando de informarlas y catequizarlas. Pero luego volvia á la compañía de su Hijo y Maestro, siguiendo al Sol de justicia hasta el ocaso de su muerte. En estas peregrinaciones caminaba á pié la Reina del cielo, como su Hijo santísimo. Y si el mismo Señor se fatigó en los caminos (como consta del Evangelista [2]), ¿qué trabajo seria el de la purísima Señora? ¿Qué fatigas padeceria en tantas jornadas y en todos tiempos sin diferencia? Con este rigor trató la Madre de misericordia su delicadísimo cuerpo. Fue tanto lo que en solo esto trabajó por nosotros, que jamás podrán satisfacer esta obligacion todos los mortales. Algunas veces llegó á sentir tantos dolores y quebrantos (disponiéndolo así el Señor), que era necesario aliviarla milagrosamente, como lo hacia su Majestad. Otras la mandaba descansar en algun lugar por algunos dias. Otras veces la aligeraba el cuerpo de manera, que pudiera moverse sin dificultad, tanto como si volara.

1046. Tenia la divina Maestra en su corazon escrita toda la doctrina y ley evangélica (como arriba está declarado [3]), y con ser esto así, era tan solícita y atenta en oir la predicacion y doctrina de su Hijo santísimo, como si fuera nueva discípula, y tenia ordenado á sus Ángeles santos que la ayudasen especialmente; y si fuese menester la avisasen, para que no faltase jamás de la predicacion de el divino Maestro, salvo cuando estaba ausente. Y siempre que predicaba ó enseñaba su Majestad, le oia la gran Señora puesta de rodillas, dándole sola ella la reverencia y culto que se debia á la persona y á la doctrina, segun sus fuerzas alcanzaban. Y porque siempre conocia (como he dicho en otros lugares [4]) las operaciones de la alma santísima de su Hijo, y que al mismo tiempo que predicaba, estaba orando al Padre interiormente, para que la semilla de su santa doctrina cayese en corazones buenos y diese fruto de vida eterna, hacia la piadosísima Madre esta misma oracion y peticiones por los oyentes de su divino Maestro, y les daba las mismas bendiciones con ardentísima caridad y lágrimas. Y con su profunda reverencia

[1] Matth. XVII, 1. — [2] Joan. IV, 6. — [3] Supr. n. 714, 765.
[4] Supr. n. 481, 990, 1014.

y atencion movia y enseñaba á todos el aprecio que debian hacer de la enseñanza y palabras del Salvador del mundo. Conoció asimismo á todos los interiores de los que asistian á la predicacion de su Hijo santísimo, y el estado de gracia ó pecado, de vicios ó virtudes que tenian. Y la variedad de estos objetos ocultos á la capacidad humana causaban en la divina Madre diferentes y admirables efectos, y todos de altísima caridad y otras virtudes; porque se inflamaba en el celo de la honra del Señor, y de que el fruto de su redencion y obras no se perdiese en las almas; y el peligroso daño de ellas mismas en el pecado la movia á pedir su remedio con incomparable fervor. Sentia íntimo y lastimoso dolor de que Dios no fuese conocido, adorado y servido de todas sus criaturas; y este dolor era igual al conocimiento de las razones que para esto habia y ella alcanzaba sobre todo entendimiento humano. De las almas que no admitian la gracia y virtud divina, se dolia con amargura inexplicable, porque solia llorar sangre en este sentimiento. Lo que padeció nuestra gran Reina en estas obras y cuidado excedió sin comparacion á las penas que padecieron todos los Mártires del mundo.

1047. Á todos los discípulos que seguian al Salvador, y su Majestad recibia para este ministerio, los trababa con incomparable sabiduría y prudencia, y á los que fueron señalados para apóstoles tenia en mayor veneracion y aprecio; pero de todo cuidaba como Madre y á todo acudia como poderosa Reina, procurándoles para la vida corporal la comida y otras cosas necesarias. Y algunas veces ordenaba á los Ángeles (cuando no habia otro modo de buscarla) que para ellos y algunas mujeres de que cuidaba, la trajesen de comer. Mas de estas maravillas no daba otra noticia mas de la que era necesaria para confirmarlos en la piedad y fe del Señor. Para ayudarles y adelantarlos en la vida espiritual, trabajó la gran Señora mas de lo que se puede comprehender; no solo con las oraciones continuas y peticiones fervorosas que siempre hacia por ellos; pero con el ejemplo, consejo y advertencias que les daba les alimentó y crió como prudentísima Madre y Maestra. Cuando se hallaban los Apóstoles y discípulos con alguna duda (que tuvieron muchas á los principios), ó sentian alguna oculta tentacion, luego acudian á la gran Señora para ser enseñados y aliviados de aquella incomparable luz y caridad que en ella resplandecia; y con la dulzura de sus palabras eran dignamente recreados y consolados. Con su sabiduría quedaban enseñados y doctos; con su humildad rendidos; con su modestia compuestos; y todos los bienes juntos hallaron en aquella

oficina del Espíritu Santo y sus dones. Por todos estos beneficios, por la vocacion de los discípulos, por la conversion de cualquiera alma, por la perseverancia de los justos, y por cualquiera obra de virtud y gracia daba el retorno, y era para la divina Señora dia festivo, y hacia nuevos cánticos por ello.

1048. Seguian tambien á Cristo nuestro Redentor en su predicacion algúnas mujeres desde Galilea, como lo dicen los Evangelistas. San Mateo, san Marcos y san Lucas dicen [1] que le acompañaban y servian algunas que habia curado de el demonio y de otras enfermedades; porque el Maestro de la vida á ningun sexo excluyó de su secuela, imitacion y doctrina; y así le fueron asistiendo y sirviendo algunas mujeres desde el principio de la predicacion. Dispenialo así su divina sabiduría, entre otros fines, para que su Madre santísima tuviese compañía con ellas con la mayor decencia. De estas mujeres santas y piadosas tenia cuidado especial nuestra Reina, y las congregaba, enseñaba y catequizaba, llevándolas á los sermones de su Hijo santísimo. Y aunque para enseñarlas el camino de la vida eterna estaba ella tan ilustrada de la sabiduría y doctrina del Evangelio; con todo eso, disimulando en parte su gran secreto, se valia siempre de lo que todos habian oido á su Hijo santísimo, y con esto daba principio á las exhortaciones y pláticas que hacia á estas mujeres y á otras muchas que en diferentes lugares iban á ella despues ó antes de oir al Salvador del mundo. Y aunque no todas le seguian, mas la divina Madre las dejaba capaces de la fe y misterios que era necesario informarlas. Fueron innumerables las mujeres que trajo al conocimiento de Cristo, y al camino de la salud eterna y perfeccion del Evangelio; aunque en ellos no se habla de esto mas, que suponiendo seguian algunas á Cristo nuestro Señor; porque no era necesario para el intento de los Evangelistas escribir estas particularidades. Hizo la poderosa Señora entre estas mujeres admirables obras, y no solo las informaba en la fe y virtudes por palabra, sino que con ejemplo las enseñaba á usar y ejercitar la piedad visitando enfermos, pobres, hospitales, encarcelados y afligidos; curando por sus manos proprias á los llagados, consolando los tristes, socorriendo á los necesitados. En las cuales obras (si todas se hubieran de referir) era necesario gastar mucha parte de esta Historia, ó añadirla.

1049. Tampoco están escritos en la historia del Evangelio, ni en otras eclesiásticas, los innumerables y grandiosos milagros que

[1] Matth. XXVII, 55; Marc. XV, 40; Luc. VIII, 2.

hizo la gran Reina en el tiempo de la predicacion de Cristo nuestro Señor; porque solo escribieron de los que hizo el mismo Señor, en cuanto convenia para la fe de la Iglesia, y era necesario que estuviese ya fundada y confirmada en ella, primero que se manifestasen las grandezas particulares de su Madre santísima. Segun lo que se me ha dado á entender, es cierto que no solo hizo muchas conversiones milagrosas, sino que resucitó muertos, curó ciegos y dió salud á muchos. Y esto fue conveniente por muchas razones: lo uno, porque fue como coadjutora de la mayor obra á que vino el Verbo del eterno Padre á tomar carne al mundo, que fue la predicacion y redencion; y por ella abrió los tesoros de su omnipotencia y bondad infinita, manifestándola por el Verbo humanado y por su digna Madre: lo otro, porque en estas maravillas fue gloria de entrambos que la misma Madre fuese semejante al Hijo, y llegase ella al colmo de todas las gracias y merecimientos correspondientes á su dignidad y premio; porque con este modo de obrar acreditase á su Hijo santísimo y su doctrina, y así le ayudase en su ministerio con mayor alteza, eficacia y excelencia. El estar ocultas estas maravillas de María santísima fue disposicion del mismo Señor y peticion de la prudentísima Madre; y así las hacia con tanta disimulacion y sabiduría, que de todo se le diese la gloria al Redentor, en cuyo nombre y virtud eran hechas. Este modo guardaba tambien en enseñar á las almas; porque no predicaba en público, ni en los puestos y lugares determinados para los que lo hacian por oficio, como maestros y ministros de la palabra divina; porque este oficio no ignoraba la gran Señora que no era para las mujeres [1]; mas en pláticas y conversaciones privadas hacia estas obras con celestial sabiduría, eficacia y prudencia. Por este modo y sus oraciones hizo mayores conversiones que todos los predicadores del mundo han hecho.

1050. Esto se entenderá mejor sabiendo que á mas de la virtud divina que tenian sus palabras, sabia y conocia los naturales, las condiciones, inclinaciones, costumbres de todos, el tiempo, disposicion y ocasion mas oportuna para reducirlos al camino de la luz, y á esto se juntaban sus oraciones, peticiones y la dulzura de sus prudentísimas razones. Gobernados todos estos dones por aquella caridad ardentísima con que deseaba reducir á todas las almas al camino de la salud y llevarlas al Señor, era consiguiente que la obra de tales instrumentos fuese grandiosa, y rescatase infinitas al-

[1] I Cor. XIV, 34.

mas, las ilustrase y moviese; porque nada pedia al Señor que se le negase, y ninguna obra hacia vacía y sin el lleno de santidad que pedia; y siendo esta de la redencion la principal, sin duda cooperó á ella mas de lo que en la vida mortal podemos conocer. En todas estas obras procedia la divina Señora con rara mansedumbre, como una paloma sencillísima, y con extremada paciencia y sufrimiento, sobrellevando las imperfecciones y rudeza de los nuevos fieles; alumbrando sus ignorancias, porque era multitud grande los que acudian á ella en determinándose á la fe del Redentor. Siempre guardaba la serenidad de su magnificencia de gran Reina; pero junto con ella era tan suave y humilde, que sola su alteza pudo juntar estas perfecciones en sumo grado, á imitacion del mismo Señor. Entre ambos trataban á todos con tanta humanidad y llaneza de perfectísima caridad, que á nadie se le pudo admitir excusa de no ser enseñado de tales maestros. Hablaban, conversaban y comian con los discípulos y mujeres que les seguian [1], con la medida y peso que convenia, para que nadie se extrañase, ni pensase que el Salvador no era hombre verdadero, hijo natural de María santísima; y por esto admitia el Señor otros convites con tanta afabilidad, como consta de los Evangelios santos.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

1051. Hija mia, verdad es que yo trabajé mas de lo que piensan y conocen los mortales en acompañar y seguir á mi Hijo santísimo hasta la cruz; y no fueron menores mis cuidados, como entenderás, para escribir la tercera parte de mi vida. Entre las molestias de mis trabajos era incomparable gozo para mi espíritu ver que el Verbo humanado iba obrando la salud de los hombres, y abriendo el libro [2] cerrado con siete sellos de los misterios ocultos de su divinidad y humanidad santísima; y no me debe menos el linaje humano por lo que me alegraba de el bien de cada uno, que por el cuidado con que se le procuraba, porque todo nacia de un mismo amor. En este quiero que me imites, como frecuentemente te amonesto. Y aunque no oyes con el cuerpo la doctrina de mi Hijo santísimo, ni su voz y predicacion; tambien puedes imitarme en la reverencia con que yo la oia; pues él mismo es el que te habla al corazon, una misma es la verdad y enseñanza; y así te ordeno que

[1] Matth. IX, 10; Joan. XII, 2; Luc. V, 29; VII, 36.
[2] Apoc. V, 8.

cuando reconoces esta luz y voz de tu Esposo y Pastor, te arrodilles con reverencia para atender á ella, y con hacimiento de gracias le adora, y escribe sus palabras en tu pecho. Si estuvieres en lugar público, donde no puedas hacer esta humillacion exterior, harásla con el afecto, y en todo le obedece como si te hallaras presente á su predicacion; pues así como el oirla entonces con el cuerpo sin obrarla no te hiciera dichosa, ahora lo serás, si obras lo que oyes en el espíritu, aunque no sea con los oidos exteriores. Grande es tu obligacion, porque es grande contigo la liberalísima piedad y misericordia del Altísimo y la mia. No seas tarda de corazon, ni te halles pobre entre tantas riquezas de la divina luz.

1052. No solo á la voz interior del Señor has de oir con reverencia, sino tambien á sus ministros, sacerdotes y predicadores, cuyas voces son los ecos de la del altísimo Dios y los arcaduces por donde se encamina la doctrina sana de vida, derivada de la fuente perenne de la verdad divina. En ellos habla Dios y resuena la voz de su divina ley; óyelos con tanta reverencia, que jamás halles defecto en ellos ni le juzgues. Para tí todos han de ser sábios y elocuentes, y en cada uno has de oir á Cristo mi Hijo y mi Señor. Y con esto estarás advertida para no caer en la osadía loca de los mundanos, que con vanidad y soberbia muy reprehensible y odiosa en los ojos de Dios desprecian á sus ministros y predicadores, porque no les hablan á satisfacion de su depravado gusto. Como no van á oir la verdad divina, solo juzgan de los términos y del estilo, como si la palabra de Dios no fuera sencilla y eficaz [1], sin tanto adorno y compostura de razones, ajustadas al oido enfermo de los que asisten á ella. No tengas en poco este aviso, y atiende á todos cuantos te diere en esta Historia, que como Maestra quiero informarte en lo poco y en lo mucho, en lo grande y en lo pequeño; porque el obrar en todo con perfeccion siempre es cosa grande. Asimismo te advierto, que para los pobres y ricos que te hablaren seas igual, sin diferencia ni aceptacion de personas, que esta es otra falta comun entre los hijos de Adan; y mi Hijo santísimo y yo la condenamos y reprobamos, mostrándonos á todos igualmente afables, y mas con los mas despreciados, afligidos y necesitados [2]. La humana sabiduría atiende á las personas, no al ser de las almas ni á sus virtudes, sino á la ostentacion mundana; pero la prudencia de el cielo mira á la imágen de Dios en todos. Tampoco debes extrañar de que tus hermanos y prójimos entiendan de tí que padeces los defectos de la

[1] Hebr. IV, 12. — [2] Jacob. II, 2.

naturaleza, que son pena del primer pecado, como las enfermedades, cansancio, hambre y otras pensiones. Tal vez el ocultar estos defectos es hipocresía ó poca humildad; y los amigos de Dios solo han de temer el pecado y desear morir por no cometerlo; todos los otros defectos no manchan la conciencia, ni es necesario ocultarlos.

CAPÍTULO III.

La humildad de María santísima en los milagros que obraba Cristo nuestro Salvador; y la que enseñó á los Apóstoles, para los que ellos habian de obrar en la virtud divina, y otras advertencias.

Razon de tratarse tan repetidas veces en esta Historia de la humildad de la Madre de Dios. — No hizo María obra de virtud en que no entrase su rara humildad. — Victorias de la humildad de la Madre de Dios. — Singularidad de la humildad de María. — Motivos que tienen para humillarse los hombres. — Aun con ellos no dejan la locura de su vanidad. — Por solo el ser de criatura se humilló María mas que todos los hijos de Adan por sus defectos y culpas. — Los demás entraron por la humillacion en la humildad; María fue generosamente humilde sin ser humillada. — Razones por qué la humildad de María excedió á la de los Ángeles. — Singular excelencia de la humildad de María conociendo su dignidad, gracias y dones. — Pondérase con razon. — Cuán poco segura suele ser la humildad de los mortales. — Fue admiracion de los Ángeles la humildad que María tenia en los milagros de su Hijo. — Declárase el modo de actos de humildad que en ellos hacia. — Gloria que resultaba en María de los milagros y obras de Cristo. — Virtudes que ejercia con su noticia. — Prevenia á su Hijo interiormente, para que divirtiese la gloria que sus oyentes la daban. — Á su peticion la divirtió en lo público, cuando la beatificó la mujer de la turba. — Dióscla mayor en modo oculto con su respuesta. — La respuesta de Cristo de quiénes son su Madre y hermanos, fue tambien á peticion de María. — Como con ella sin faltar á la honra de su Madre cumplió su deseo humilde. — Estas dos respuestas fueron en lugares y ocasiones distintas. — Motivo de juzgar algunos expositores lo contrario. — Declárase por el texto de san Lucas que fueron dos sucesos distintos. — Concordia de los Evangelistas. — Por dos fines iba María de ordinario á donde predicaba su Hijo. — Razon de que sucediese muchas veces avisar á Cristo que su Madre y hermanos le buscaban. — Declárase como en dos ocasiones dió la misma respuesta. — Como fue María maestra de los Apóstoles y discípulos de Cristo en la virtud de la humildad. — Como los enseñó y alcanzó esta virtud, cuando el Señor les dió potestad de hacer milagros. — Cuán delicada es la humildad aun en los que tratan de seguir á Cristo. — Cuán importante fue á los Apóstoles la ciencia desta virtud, que les enseñaron Cristo y su Madre para fundar despues la Iglesia. — Tres veces subió Cristo á Jerusalen en el tiempo de su predicacion á celebrar la Pascua. — Siempre le acompañó María. — Declárase como cooperaba á las obras de su Hijo. — Astucia de el demonio en borrar del corazon humano la humildad, y sembrar la soberbia. — Medio de restituirse el alma á

la humildad.—Cuán pocos son los perfectamente humildes.—Cuánto se refunde en las obras humanas el contagio de la soberbia.—Beneficios que hace Dios á los verdaderos humildes.—Exhortacion al ejercicio de la virtud de la humildad.—Razon que tienen los hombres de humillarse por sus pecados.—La profunda humildad se extiende á desear mayor humillacion, que la que le corresponde de justicia al humilde.—La soberbia de los hombres pecadores tiene calidad de mayor desatino que la de Lucifer.—Es burla de los demonios.—Como se ha de llevar la humillacion que Dios envia al alma por sí ó por sus criaturas.— Aflige Dios con castigos para reducir los hombres á la humillacion.

1053. El principal argumento de toda la Historia de María santísima (si con atencion se considera) es una demostracion clarísima de la humildad de esta gran Reina y Señora de los humildes; virtud tan inefable en ella, que ni puede ser dignamente alabada, ni con proporcion encarecida; porque ni de los hombres ni de los Ángeles fue suficientemente comprehendida en su impenetrable profundidad. Pero así como en todas las confecciones y medicinas saludables éntra la suavidad y dulzura del azúcar, y á todas les da su punto, acomodándose á ellas, aunque sean mas diferentes; así en todas las virtudes de María santísima y en sus obras entra la humildad, levantándolas de punto y acomodándolas al gusto de el altísimo Señor y de los hombres; de suerte que por la humildad la miró su Majestad y la eligió; y por ella misma todas las naciones la llaman bienaventurada [1]. No perdió la prudentísima Señora un punto, ocasion, tiempo ni lugar en toda su vida, que dejase perder, sin obrar las virtudes que podia; pero mayor maravilla fue que no hiciese obra de virtud sin que entrase en ella su rara humildad. Esta virtud la levantó sobre todo lo que no fue el mismo Dios; y así como en humildad venció María santísima á todas las criaturas, tambien por ella venció (en su modo) al mismo Dios, para hallar tanta gracia en sus ojos, que ninguna gracia la negó el Señor, para sí ni para otros, si ella la pidiese. Venció la humildísima Señora á todas las criaturas en humildad; porque en su casa (como queda dicho en la primera parte [2]) venció á su madre santa Ana y sus domésticos para que la dejasen ser humilde; en el templo, á todas las doncellas y compañeras; en el matrimonio, á san Josef; en los ministerios humildes, á los Ángeles; en las alabanzas, á los Apóstoles y Evangelistas para que las ocultasen; al Padre y al Espíritu Santo los venció con la humildad para que le ordenasen, y á su

[1] Luc. I, 48.
[2] Part. I, n. 399, 471; supr. n. 419, 900; part. III, á n. 560.

Hijo santísimo, para que la tratase de suerte que no diese motivo á ser alabada de los hombres con sus milagros y doctrina.

1054. Este linaje de humildad tan generosa (de que ahora trato) fue sola para la humildísima entre los humildes; porque ni los demás hijos de Adan, ni los mismos Ángeles pueden llegar á ella por la circunstancia de las personas, cuando por otras causas no desfalleciéramos tanto en esta virtud. Entenderémos esta verdad, advirtiendo que en los demás mortales con la mordedura de la antigua serpiente quedó tan entrañado el veneno de la soberbia, que para echarle fuera ordenó la divina Sabiduría sirviese de medicina el efecto del mismo pecado, para que el conocimiento de los propios defectos, y tan propios de cada uno, nos dieran á conocer nuestra bajeza, que no conocimos en el ser que tuvimos. Claro está que aunque tenemos alma espiritual, pero en este órden tiene el inferior grado, como Dios tiene el supremo, y la naturaleza angélica el medio; y por la parte del cuerpo no solo somos del ínfimo elemento, que es tierra; pero de lo inmundo de ella, que es el barro [1]. Todo esto no fue ocioso en la sabiduría y poder divino, sino con acuerdo grande, para que el barro tomase su lugar y siempre se reputase para el ínfimo asiento, y estuviese en él, aunque se viese mas aliñado y adornado de gracias; porque estaban en vaso frágil de barro y polvo [2]. Todos perdimos el juicio y desatinamos en esta verdad y humildad tan legítima del ser del hombre; y para restituirnos á otra es necesario que experimentemos en el *fómes* y sus pasiones, y en nuestras desconcertadas acciones, que somos viles y contentibles. Y aun no basta experimentarlo cada dia, para que nos vuelva el seso, y confesemos que es inícua perversidad apetecer honra y excelencia humana, quien por naturaleza es polvo y barro, y por sus obras indigno aun de tan bajo y terreno ser.

1055. Sola María santísima, sin haberla tocado la culpa de Adan, ni sus efectos peligrosos y feos, conoció el arte de la mayor humildad, y la llevó á su punto; y solo porque conoció el ser de la criatura, se humilló mas que todos los hijos de Adan, conociendo ellos sobre el ser terreno sus pecados propios. Los demás, si fueron humildes, fueron primero humillados, y por la humillacion entraron como compelidos en la humildad, y han de confesar con David [3]: *Antes que me humillara delinquí.* Y en otro verso: *Bueno fue, Señor, para mí que me humillaste para venir á conocer tus justificaciones*; pero la Madre de la humildad no entró en ella por la humillacion,

[1] Genes. II, 7. — [2] II Cor. IV, 7. — [3] Psalm. CXVIII, 67, 71.

y antes fue humilde que humillada; y nunca humillada con culpas ni pasiones, sino siempre generosamente humilde. Si los Ángeles no entran en cuenta con los hombres, porque son de superior jerarquía y naturaleza, sin pasiones ni culpas; con todo eso no pudieron estos soberanos espíritus alcanzar la humildad de María santísima, aunque tambien se humillaron ante su Criador por ser hechuras suyas. Pero lo que tuvo María santísima de ser terreno y humano, eso le fue motivo para aventajarse á los Ángeles por esa parte, que no les pudo mover tanto á ellos su propio ser espiritual para abatirse tanto como esta divina Señora. Sobre esto se añade la dignidad de ser Madre de Dios y Señora de todas las criaturas y de los mismos Ángeles, que ninguno de ellos pudo reconocer en sí dignidad ni excelencia que levantase tanto de punto la virtud de la humildad, como se hallaba en nuestra divina Maestra.

1056. En esta excelencia fue singular y única; pues siendo Madre del mismo Dios y Reina de todo lo criado, no ignorando esta verdad, ni los dones de gracia que para ser digna Madre habia recibido, ni las maravillas que por ellos obraba, y que todos los tesoros del cielo depositaba el Señor en sus manos y á su disposicion; con todo eso, ni por madre, ni por inocente, ni por poderosa y favorecida, ni por sus obras milagrosas, ni por las de su Hijo santísimo, se levantó jamás su corazon del lugar mas ínfimo entre todas las criaturas. ¡Oh rara humildad! ¡Oh fidelidad nunca vista entre los mortales! ¡Oh sabiduría que ni los Ángeles pudieron alcanzar entre sí mismos! ¿Quién hay que siendo conocido de todos por el mayor, se desconozca él solo y repute por el mas pequeño? ¿Quién supo esconder de sí mismo lo que todos publican de él? ¿Quién para sí fue contentible, siendo para todos admirable? ¿Quién entre la suma excelencia y alteza no perdió de vista la bajeza, y convidado con el lugar supremo eligió el ínfimo [1], y esto no por necesidad ni tristeza, ni con impaciencia forzada, sino con todo corazon, verdad y fidelidad? ¡Oh hijos de Adan, qué tardos y qué torpes somos en esta ciencia divina! ¡Cómo es necesario que nos oculte muchas veces el Señor nuestros bienes propios, ó que con ellos nos cargue algun lastre ó contrapeso, para que no demos al través con todos sus beneficios, y no meditemos ocultamente alguna rapiña de la gloria que se le debe como autor de todo! Entendamos, pues, cuán bastarda es nuestra humildad y cuán peligrosa, aunque alguna vez la tengamos; pues el Señor (digámoslo así á nuestro modo) ha me-

[1] Luc. XIV, 8.

nester tanto tiento y cuidado en fiarnos algun beneficio ó virtud, por la delicadeza de nuestra humildad; y pocas veces nos fia sus dones sin que en ellos eche alguna sisa nuestra ignorancia, á lo menos de complacencia y liviana alegría.

1057. Admiracion fue para los Ángeles de María santísima, en los milagros de Cristo nuestro Señor, ver el proceder y humildad que en ellos tenia la gran Señora; porque no estaban acostumbrados á ver en los hijos de Adan, ni aun entre sí mismos, aquel modo de abatimiento entre tanta excelencia y obras tan gloriosas; ni se admiraban tanto los divinos espíritus de las maravillas del Salvador; porque ya habian conocido y experimentado en ellas su omnipotencia, como de la fidelidad incomparable con que la beatísima Señora reducia todas aquellas obras en gloria del mismo Dios, reputándose á sí misma por tan indigna como si fuera beneficio suyo no dejarlas de hacer su Hijo santísimo por estar ella en el mundo. Este género de humildad caia sobre ser ella el instrumento que cási en todas las obras milagrosas movia con sus peticiones al Salvador actualmente para que las hiciese; á mas de que (como en otras partes he dicho [1]) si María santísima no interviniera entre los hombres y Cristo, no llegara el mundo á tener la doctrina del Evangelio, ni mereciera recibirla.

1058. Eran los milagros y obras de Cristo nuestro Señor tan nuevas en el mundo, que no podia dejar de resultar para su Madre santísima grande gloria y estimacion; porque no solo era conocida de los discípulos y Apóstoles, sino que los nuevos fieles acudian cási todos á ella, confesándola por Madre del verdadero Mesías, y dábanle muchos parabienes de las maravillas que hacia su Hijo santísimo. Todos estos sucesos eran un nuevo crisol de su humildad; porque se pegaba con el polvo, y se deshacia en su estimacion sobre todo pensamiento criado. Y no se quedaba en este abatimiento tarda y desagradecida; porque junto con humillarse por todas las obras admirables de Cristo daba dignas gracias al eterno Padre por cada una de ellas, y llenaba el vacío de la ingratitud humana. Y con la oculta correspondencia que su alma purísima tenia con la de el mismo Salvador, le prevenia para que divirtiese la gloria que los oyentes de su divina palabra la daban á ella, como sucedió en algunas ocasiones que cuentan los Evangelistas. La una, cuando dió salud al endemoniado mudo; y porque los judíos lo atribuyeron al mismo demonio, despertó el Señor aquella mujer fiel que á voces

[1] Supr. n. 788.

dijo [1]: *Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que te dieron leche*. Oyendo estas razones la humilde y advertida Madre, pidió en su interior á Cristo nuestro Señor que divirtiese de ella aquella alabanza, y condescendió su Majestad con ella de tal manera, que la alabó mas por otro modo entonces oculto. Porque dijo el Señor [2]: *Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan*. Con estas palabras deshizo la honra que á María purísima la daban por Madre, y se la dió por santa; enseñando á los oyentes de camino lo esencial de la virtud comun á todos, en que su Madre era singular y admirable, aunque por entonces no lo entendieron.

1059. El otro suceso fue, cuando refiere san Lucas, que estando predicando nuestro Salvador, le dijeron que venian á él su Madre y hermanos, y no podian llegar á donde estaba por la multitud de la gente; y la prudentísima Vírgen, previniendo algun aplauso de los que la conocian por Madre del Salvador, pidió á su Majestad lo divirtiese, como lo hizo respondiendo [3]: *Mi Madre y mis hermanos y hermanas son los que hacen la voluntad de mi Padre, oyen su palabra y la cumplen*. En estas razones tampoco excluyó el Señor á su Madre de la honra que merecia por su santidad; antes bien la comprehendió mas que á todos. Pero diósela de suerte que no fuese celebrada entre los circunstantes, y ella consiguiese su deseo de que solo el Señor fuese conocido y alabado por sus obras. En estos sucesos advierto que los digo como diferentes, porque así lo he entendido, y que fueron en diferentes lugares y ocasiones, como lo refiere san Lucas en el capítulo VIII y XI. Y porque san Mateo [4] en el capítulo XII refiere el mismo milagro de la cura de el endemoniado mudo, y luego dice que avisaron al Salvador que su Madre estaba fuera con sus hermanos y le querian hablar, y lo demás que acabo de referir: por esto algunos expositores sagrados han juzgado que todo lo dicho en estos dos sucesos fue junto y sola una vez. Pero habiéndolo yo preguntado de nuevo por órden de la obediencia, me fue respondido que fueron casos diferentes los que cuenta san Lucas en diversas ocasiones, como se puede colegir de lo demás que contienen los dos capítulos del Evangelista antes de las palabras referidas; porque despues del milagro del endemoniado refiere san Lucas el suceso de la mujer que dijo: *Beatus venter, etc.* El otro suceso refiere en el capítulo VIII, despues que predicó el Se-

[1] Luc. XI, 27. — [2] Ibid. 28. — [3] Ibid. VIII, 21.
[4] Matth. XII, 45, 46.

ñor la parábola de la semilla; y el uno y otro suceso fue inmediato á lo que acababa de referir.

1060. Para que mejor se entienda que no discordan los Evangelistas, y la razon por qué fue la Reina santísima á buscar á su Hijo en las ocasiones que dicen, advierto que para dos fines iba de ordinario la divina Madre á donde predicaba Cristo nuestro Salvador y Maestro. El uno por oirle, como arriba dije [1]; el otro, porque era necesario pedirle algun beneficio para las almas, por la conversion de algunas y salud de los enfermos y necesitados; porque estas causas y el remedio de ellas las tomaba por su cuenta la piadosísima Señora, como sucedió en las bodas de Caná. Para estos y otros fines bien ordenados iba á buscarle, ó avisada de los santos Ángeles, ó movida por la luz interior; y esta fue la razon de ir á donde estaba su Majestad en las ocasiones que refieren los Evangelistas. Y como no sucedia esto sola una vez sino muchas, y el concurso de la gente que seguia la predicacion del Salvador era tan grande; por esto sucedió que las dos veces que refieren los Evangelistas, y otras que no dicen fuese avisado de que su Madre y hermanos le buscaban, y en estas dos ocasiones respondió las palabras que dicen san Mateo y san Lucas. Y no es maravilla que en diferentes partes y lugares repitiese las mismas, como lo hizo de aquella sentencia [2]: *Todo aquel que se ensalzare será humillado; y el que se humillare será ensalzado;* que la dijo el Señor una vez en la parábola de el publicano y fariseo, y otra en la de los convidados á las bodas, como lo refiere san Lucas en los capítulos XIV y XVIII, y aun san Mateo [3] lo cuenta en otra ocasion.

1061. No solo fue humilde para sí María santísima, sino que fue gran maestra de los Apóstoles y discípulos en esta virtud; porque era necesario que se fundasen y arraigasen en ella para los dones que habian de recibir y las maravillas que con ellos habian de obrar, no solo adelante en la fundacion de la Iglesia, sino tambien desde luego en su predicacion [4]. Los sagrados Evangelistas dicen que nuestro celestial Maestro envió delante de sí primero á los Apóstoles [5], y despues á los setenta y dos discípulos, y les dió potestad de hacer milagros expeliendo demonios y curando enfermos. La gran Maestra de los humildes les advirtió y exhortó con ejemplo y palabras de vida cómo se habian de gobernar en obrar estas maravillas. Y con su enseñanza y peticiones se les infundió á los Após-

[1] Supr. n. 1046. — [2] Luc. XIV, 11; XVIII, 14. — [3] Matth. XXIII, 12.
[4] Marc. III, 14. — [5] Luc. IX, 2; X, à v. 2.

toles nuevo espíritu de profunda humildad y sabiduría para conocer con mas claridad como aquellos milagros los hacian en virtud del Señor, y que á su poder y bondad sola se le debia toda la gloria de aquellas obras; porque ellos eran unos puros instrumentos: y como al pincel no se le debe la gloria de la pintura, ni á la espada de la vitoria, y todo se le atribuye al pintor y al capitan ó soldado que lo mueve ó gobierna; así la honra y alabanza de las maravillas que harian, toda la habian de remitir á su Señor y Maestro, de quien todo bien se deriva. Es de advertir que nada de esta doctrina se halla en los Evangelios que les dijese el Señor á los Apóstoles, antes que fuesen á la predicacion; porque esto lo hizo la divina Maestra. Y con todo eso cuando volvieron los discípulos á la presencia de Cristo nuestro Señor, y muy alegres le dijeron que en su nombre se les habian sujetado los demonios [1]; entonces el Señor les advirtió que les habia dado aquella potestad; pero que no se holgasen por aquellas obras, sino porque sus nombres estaban escritos en el cielo [2]. Tan delicada como esto es nuestra humildad, que aun en los mismos discípulos del Señor tuvo necesidad de tantos magisterios y preservativos.

1062. Para fundar despues la santa Iglesia, fue mas importante esta ciencia de la humildad que Cristo nuestro Maestro y su Madre santísima enseñaron á los Apóstoles, por las maravillas que obraron en virtud del mismo Señor, en confirmacion de la fe y predicacion del Evangelio; porque los gentiles, acostumbrados á dar ciegamente divinidad á cualquiera cosa grande y nueva, viendo los milagros que los Apóstoles hacian, los quisieron adorar por dioses, como sucedió á san Pablo y san Bernabé en Licaonia, por haber curado un tullido desde su nacimiento [3]; y á san Pablo le llamaban Mercurio, y á san Bernabé Júpiter. Y despues en la isla de Malta, porque san Pablo no murió de la picadura de una víbora (como sucedia á todos los que estas serpientes mordian), le llamaron Dios [4]. Todos estos misterios y razones prevenia María santísima con la plenitud de su ciencia; y como coadjutora de su Hijo santísimo concurria en la obra de su Majestad y de la fundacion de la ley de gracia. En el tiempo de la predicacion, que fue tres años, subió Cristo nuestro Señor á celebrar la Pascua á Jerusalen tres veces, y siempre le acompañó su beatísima Madre, y se halló presente cuando á la primera ocasion sacó del templo con el azote á los que vendian

[1] Luc. x, 17. — [2] Ibid. 20. — [3] Act. xiv, 9.
[4] Ibid. xxviii, 6.

ovejas, palomas y bueyes en aquella casa de Dios [1]. En estas obras y en las demás que hizo el Salvador ofreciéndose al Padre en aquella ciudad y lugares donde habia de padecer, en todas le siguió y acompañó la gran Señora, con admirables afectos de encumbrado amor y acciones de virtudes heróicas, segun y como le tocaba, sin perder alguna; y dando á todas la plenitud de perfeccion que cada una pedia en su órden, y ejercitando principalmente la caridad ardentísima que tenia derivada del ser de Dios [2]; que como estaba en su Majestad, y Dios en ella, era caridad del mismo Señor la que ardia en su pecho, y la encaminaba á solicitar el bien de los prójimos con todas sus fuerzas y conato.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

1063. Hija mia, toda su maldad y astucia estrenó la antigua serpiente en borrar del corazon humano la ciencia de la humildad, que como semilla santa sembró en él la clemencia de su Hacedor; y en su lugar derramó este enemigo la impía zizaña de la soberbia [3]. Para arrancar esta, y restituirse el alma al bien perdido de la humildad, es necesario que consienta y quiera ser humillada de otras criaturas, y que pida al Señor con incesantes deseos y verdadero corazon esta virtud y los medios para conseguirla. Muy contadas son las almas que se aplican á esta sabiduría, y alcanzan la humildad con perfeccion; porque requiere un vencimiento lleno y total de toda la criatura, á que llegan muy pocos, aun de los que profesan la virtud; porque este contagio ha penetrado tanto las potencias humanas, que cási en todas las obras se refunde; y apenas hay alguna en los hombres que no salga con algun sabor de soberbia, como la rosa con espinas y el grano con la arista. Por esta razon hace el Altísimo tanto aprecio de los verdaderos humildes; y aquellos que alcanzan por entero el triunfo de la soberbia, los levanta y coloca con los príncipes de su pueblo [4], y los tiene por hijos regalados, y los exime en cierto modo de la jurisdicion del demonio, ni él se les atreve tanto, porque teme á los humildes, y sus vitorias le atormentan mas que las llamas del fuego que padecen.

1064. El tesoro inestimable de esta virtud deseo yo, carísima, que llegues á poseer con plenitud, y que entregues al muy alto todo tu corazon dócil y blando, para que como cera fácil imprima sin re-

[1] Joan. I, 15. — [2] I Joan. IV, 16. — [3] Matth. XIII, 25.
[4] Psalm. CXII, 8.

sistencia en él la imágen de mis operaciones humildes. Habiéndote manifestado tan ocultos secretos de este sacramento, es grande la deuda que tienes de corresponder á mi voluntad, y no perder punto ni ocasion en que te puedas humillar y adelantar en esta virtud, sin que dejes de hacerlo, como conoces que yo lo hice, siendo Madre del mismo Dios, y en todo llena de pureza y gracia; y con mayores dones me humillé mas, porque en mi estimacion excedian mas á mis merecimientos y crecian mis obligaciones. Todos los demás hijos de Adan sois concebidos en pecado [1], y ninguno hay que por sí mismo no peque. Si nadie puede negar esta verdad de su naturaleza infecta, ¿qué razon hay para que no se humille á Dios y á los hombres? El abatirse hasta la tierra y ponerse en el último lugar despues del polvo, no es grande humildad para quien ha pecado, porque siempre tiene mas honra de la que merece. Y el humilde verdadero ha de bajar á menos lugar del que le toca. Si todas las criaturas le desprecian y aborrecen, ó le ofenden; si se reputa por digno del infierno, todo esto será justicia, mas que humildad, porque todo es darle su merecido. Pero la profunda humildad extiéndese á desear mayor humillacion de la que le corresponde de justicia al humilde. Y por esto es verdad que ninguno de los mortales puede llegar al género de humildad que yo tuve, como lo has entendido y escrito; pero el Altísimo se da por servido y obligado de que se humillen en lo que pueden y deben de justicia.

1065. Vean ahora los pecadores soberbios su fealdad, y entiendan son mónstruos de el infierno en imitar á Lucifer en la soberbia. Porque este vicio le halló hermoso con grandes dones de gracia y naturaleza; y aunque se desvaneció de los bienes recibidos, en efecto los poseia y tenia como por suyos; mas el hombre, que es barro, y sobre eso ha pecado y está lleno de fealdad y abominaciones, mónstruo es, si se quiere engreir y desvanecer; y por este desatino excede al mismo demonio; porque ni tiene la naturaleza tan noble, ni la gracia y hermosura que tenia Lucifer. Este enemigo y sus secuaces desprecian y hacen burla de los hombres que con tan bajas condiciones se ensoberbecen, porque conocen su locura y delirio contentible y vano. Atiende, pues, hija, á este desengaño, y humíllate mas que la tierra, sin mostrar mas sentimiento que ella, cuando el Señor por sí ó por las criaturas te humilla. De ninguna te juzgues agraviada ni te dés por ofendida; y si aborreces la ficcion y mentira, advierte que la mayor es apetecer honra y lugar alto. No

[1] Psalm. L, 7.

atribuyas á las criaturas lo que Dios hace para humillarte á tí y á ellas con aflicciones y tribulaciones; porque esto es quejarse de los instrumentos, y es órden de la divina misericordia afligir con castigos, para reducir á los hombres á su humillacion. Así lo hace hoy su Majestad con los trabajos que padecen estos reinos, si acabasen de conocerlo. Humíllate en la divina presencia por tí y por todos tus hermanos para aplacar su enojo, como si tú sola fueras culpada, y como si no hubieras satisfecho; pues en la vida nadie puede saber si lo ha hecho. Procura aplacarle, como si tú sola le hubieras ofendido; y en los dones y favores que has recibido y recibieres muéstrate agradecida, como quien menos merece y tanto debe. Con este estímulo humíllate mas que todos, y trabaja sin cesar para que en parte satisfagas á la divina piedad, que tan liberal se ha mostrado contigo.

CAPÍTULO IV.

Con los milagros y obras de Cristo, y con las de san Juan Baptista, se turba y equivoca el demonio: Herodes prende y degüella á san Juan; y lo que sucedió en su muerte.

Bautizaba Cristo al mismo tiempo que Juan.—Diferencia de el bautismo de Cristo al de su Precursor.—Razon por qué concurrian á Cristo mas discípulos que al Baptista.—Lo que obraba María á vista del Bautismo que daba su Hijo.—Qué conoció en este tiempo el demonio de Cristo, ocultándosele el principal misterio.—Qué conoció del Baptista.—Turbacion que le causó lo que en uno y otro conocia.—Proposicion que hizo Lucifer á los demonios sobre lo que conocia de Jesús y Juan.—Dudaba si alguno de los dos era el Mesías.—Determinó investigarlo y acabar con ellos.—Como se alucinaban los demonios con las maravillas que experimentaban, y la humildad y pobreza que veian.—Medios que ponia Lucifer para alcanzar lo que ignoraba.—Razon de quedar dudoso sobre á cuál de los dos atribuiria el ser el Mesías.—Como conferia las obras de Juan con las que alcanzaba á conocer de Jesús.—La embajada de los judíos de Jerusalen á Juan fue por instigacion de el demonio.—Malicia de Lucifer en la pregunta de la embajada.—Como el Baptista confesando la verdad dejó al demonio vencido y mas confuso.—Alucinacion del demonio oyendo responder á Juan que era voz.—Guerra que el demonio determinó hacer al Baptista por medio de Herodes y Herodías.—Prision de el Baptista á instancia de Herodías á instigacion del demonio.—Medio del decreto de su muerte.—Reprehension de la vil mengua de los hombres que se dejan mandar de las mujeres deshonestas.—Mujer sin honestidad cuán despreciable es.—Fue el Baptista en la cárcel muy favorecido de Cristo y su Madre por medio de los Ángeles.—La promesa y juramento de Herodes fue por sugestion del demonio que trazaba la muerte de Juan.—Pidió María á su Hijo que asistiesen al Baptista en su muerte.—Fueron Cristo y su Madre por virtud di-

vina llevados á la cárcel donde estaba Juan.—Tres veces fue azotado el Baptista en la cárcel por órden de Herodías.—Cuánto padeció en estas ocasiones.—Resplandor y asistencia de Ángeles con que Cristo y su Madre entraron á visitar á Juan.—Luego que los vió el Baptista se le soltaron las cadenas, y sanaron las llagas de los azotes.—Palabras que dijo Cristo al Baptista en esta ocasion.—Efectos que hicieron en el corazon de Juan.—Respuesta del Baptista agradeciendo este beneficio, y ofreciendo su vida.—Encomiéndase á la Madre de Dios.—Degollacion del Baptista en presencia de Cristo y su Madre.—Recibió Cristo en sus brazos el cuerpo del Baptista, y María en sus manos la cabeza.—Estaban invisibles á los circunstantes.—Tomó un ministro la cabeza de Juan de las manos de la Vírgen.—Como fue llevada por los santos Ángeles su alma al limbo.—Razon de no escribirse en esta Obra mas de las excelencias del Baptista.—Diferencia entre el Baptista pobre y Herodes rico.—Diversísima muerte á que llevó á Juan la pobreza y humildad, y á Herodes el fausto y soberbia.—Esto mismo sucede ahora en el mundo.—Miserable esclavitud en que ponen los vicios á los hombres aun en esta vida.—Caminos por donde el demonio lleva los hombres á esta miseria.—Camino que enseñó Cristo para la vida.—Los seguidores del mundo se privan de los favores que hacen Cristo y María á los suyos.

1066. Prosiguiendo el Redentor del mundo en su predicacion y maravillas, salió de Jerusalen por la tierra de Judea, donde se detuvo algun tiempo, bautizando (como dice el evangelista san Juan [1] en el capítulo III, y en el IV declara bautizaba por mano de sus discípulos), y al mismo tiempo estaba su precursor Juan bautizando tambien en Enon, ribera del Jordan cerca de la ciudad de Salin. Y no era uno mismo el bautismo; porque el Precursor bautizaba en sola agua y con el bautismo de penitencia, mas nuestro Salvador daba su Bautismo propio, que era la justificacion y eficaz perdon de los pecados, como ahora lo hace el mismo Bautismo, infundiendo la gracia con las virtudes. Á mas de esta oculta eficacia y efectos del Bautismo de Cristo, se juntaba la eficacia de sus palabras y predicacion, y la grandeza de los milagros con que todo lo confirmaba. Por esto concurrieron á su Majestad mas discípulos y seguidores que al Baptista, cumpliéndose lo que el mismo Santo dijo, que convenia creciese Cristo, y que él fuese menguando [2]. Al Bautismo de Cristo nuestro Señor asistia de ordinario su Madre santísima, conociendo los efectos divinos que causa en las almas aquella nueva regeneracion; y como si ella los recibiera por medio del Sacramento, los agradecia, y daba el retorno á su Autor con cánticos de alabanza y grandes actos de las virtudes; con que en todas estas maravillas granjeaba incomparables y nuevos merecimientos.

[1] Joan. III, 22; IV, 2. — [2] Ibid. III, 30.

1067. Cuando la disposicion divina dió lugar á que se levantasen Lucifer y sus ministros de la ruina que padecian con el triunfo de Cristo nuestro Redentor en el desierto, volvió este dragon á reconocer las obras de la humanidad santísima; y dió lugar su Providencia divina, para que quedando siempre oculto á este enemigo el principal misterio, conociese algo de lo que convenia para ser del todo vencido en su misma malicia. Conoció el grande fruto de la predicacion, milagros, bautismo de Cristo Señor nuestro, y que por este medio innumerables almas se apartarian de su jurisdicion, saliendo de pecado, y reformando sus vidas. Tambien conoció, en su modo, lo mismo en la predicacion de san Juan, y de su bautismo; aunque siempre ignoraba la oculta diferencia de los maestros y sus bautismos; pero de el suceso conjeturó la perdicion de su imperio, si pasaban adelante las obras de los nuevos predicadores Cristo nuestro bien y san Juan. Con esta novedad se halló turbado y confuso Lucifer; porque se reconocia con flacas fuerzas para resistir al poder de el cielo, que sentia contra sí por medio de aquellos nuevos hombres y doctrina. Turbado, pues, en su misma soberbia con estos recelos, juntó de nuevo otro conciliábulo con los demás príncipes de sus tinieblas, y les dijo: Grandes novedades son estas que hallamos en el mundo estos años; y cada dia van creciendo, y con ellas tambien mis recelos de que ya ha venido á él el Verbo divino, como lo tiene prometido; y aunque he rodeado todo el orbe, no acabo de conocerlo. Mas estos dos hombres nuevos, que predican y me quitan cada dia tantas almas, me ponen en sospechoso cuidado; y al uno nunca le he podido vencer en el desierto, y el otro nos venció y oprimió á todos cuando estuvo en él; y nos ha dejado cobardes y quebrantados: y si pasan adelante con lo que han comenzado, todos nuestros triunfos se volverán en confusion. No pueden ser los dos Mesías, ni tampoco entiendo si lo es alguno dellos; pero el sacar tantas almas de pecado es negocio tan arduo, que ninguno lo ha hecho como ellos hasta ahora, y supone nueva virtud, que nos importa investigar, y saber de dónde nace, y que acabemos con estos dos hombres. Para todo me seguid, y ayudadme con vuestras fuerzas, poder, astucia y sagacidad; porque sin esto se vendrán á postrar nuestros intentos.

1068. Con este razonamiento determinaron aquellos ministros de maldad perseguir de nuevo á Cristo Salvador nuestro y á su gran precursor Juan; pero como no alcanzaban los misterios escondidos en la Sabiduría increada, aunque daban muchos arbitrios, y toda-

ban grandes consecuencias, todas eran disparatadas y sin firmeza; porque estaban alucinados y confusos de ver por una parte tantas maravillas, y por otra tan desiguales señales de las que ellos habian concebido de la venida del Verbo humanado. Y para que se entendiese mas la malicia que él llevaba, y todos sus aliados se hiciesen capaces de los intentos de su príncipe Lucifer, que eran de inquirir y descubrir lo que ignoraba, sintiendo quebranto sin saber por dónde venia, hacia juntas de demonios, para que manifestasen lo que habian visto y entendido; y les ofrecia grandes premios de imperios en su república de maldad. Y para que se enredase mas la malicia de estos infernales ministros en su confusa indignacion, permitió el Maestro de la vida que tuviesen mayor noticia de la santidad de el Baptista. Y aunque no hacia los milagros que Cristo nuestro Redentor; pero las señales de su santidad eran grandiosas, y en las virtudes exteriores era muy admirable. Tambien le ocultó su Majestad algunas extraordinarias maravillas de las suyas al dragon, y en lo que él llegaba á conocer, hallaba gran similitud entre Cristo y Juan, con que se vino á equivocar, sin determinar sus sospechas, á quién de los dos daria el oficio y dignidad de Mesías. Entrambos (decia) son grandes santos y profetas: la vida de el uno es comun, pero extraordinaria y peregrina; el otro hace muchos milagros, la doctrina es cási una misma; entrambos no pueden ser Mesías: pero sean lo que fueren, yo los reconozco por grandes enemigos mios y santos, y los he de perseguir hasta acabar con ellos.

1069. Comenzaron estos recelos en el demonio desde que vió á san Juan en el desierto con tan prodigioso y nuevo órden de vida desde su niñez, y le pareció era aquella virtud mas que de puro hombre. Y por otra parte conoció tambien algunas obras y virtudes de la vida de Cristo nuestro Señor no menos admirables, y las conferia el dragon unas con otras. Pero como el Señor vivia con el modo mas ordinario entre los hombres, siempre Lucifer investigaba cuanto podia quién seria san Juan. Y con este deseo incitó á los judíos y fariseos de Jerusalen, para que enviasen por embajadores á los sacerdotes y levitas que preguntasen al Baptista quién era [1]; si era Cristo, como ellos pensaban con sugestion del enemigo. Y déjase entender fue muy vehemente, pues pudieron entender que el Baptista, siendo del tribu de Leví, notoriamente no podia ser Mesías; pues conforme á las Escrituras habia de ser del tribu de Judá [2], y ellos eran sábios en la ley, y no ignoraban estas verdades. Pero el demo-

[1] Joan. I, 19. — [2] Psalm. CXXXI, 11.

nio los turbó, y obligó á que hiciesen aquella pregunta con doblada malicia del mismo Lucifer; porque su intento era, respondiese si lo era; y si no lo era, se desvaneciese con la estimacion en que estaba acerca del pueblo que lo pensaba, y se complaciese vanamente en ella, ó usurpase en todo ó en parte la honra que le ofrecian. Con esta malicia estuvo Lucifer muy atento á la respuesta de san Juan.

1070. Pero el santo Precursor respondió con admirable sabiduría, confesando la verdad de tal manera, que con ella dejase vencido al enemigo, y mas confuso que antes. Respondió, *que no era Cristo*. Replicándole si era Elías; porque los judíos eran tan torpes, que no sabian discernir entre la primera y segunda venida del Mesías; y como de Elías estaba escrito habia de venir antes, por esto le preguntaron si era Elías; respondió [1], *que no era él, sino que era la voz que clamaba en el desierto, como lo dijo Isaías* [2], *para que enderezasen los caminos del Señor*. Todas las instancias que hicieron estos embajadores se las administró el enemigo; porque le parecia que si san Juan era justo, diria la verdad, y si no, descubriria claramente quién era. Pero cuando oyó que era voz, quedó turbado, ignorando y sospechando si queria decir que era Verbo eterno. Y crecióle la duda, advirtiendo en que san Juan no habia querido manifestar á los judíos con claridad quién era. Con esto engendró sospecha de que llamarse voz, habia sido disimulacion; porque si dijera que era palabra de Dios, manifestaba que era el Verbo, y por ocultarlo, no se habia llamado palabra, sino voz. Tan deslumbrado como esto andaba Lucifer en el misterio de la Encarnacion. Y cuando pensó que los judíos quedaban ilusos y engañados, lo quedó él mucho mas con toda su depravada teología.

1071. Con aquel engaño se enfureció mas contra el Baptista. Pero acordándose cuán mal habia salido de las batallas que con el Señor tuvo á solas, y que tampoco á san Juan habia derribado en culpa de alguna gravedad, determinó hacerle guerra por otro camino. Hallóle muy oportuno; porque el Baptista santo reprehendia á Herodes por el torpísimo adulterio que públicamente cometia con Herodías, mujer de Filipo, su mismo hermano, á quien se la habia quitado, como dicen los Evangelistas [3]. Conocia Herodes la santidad y razon de san Juan; y le tenia respeto y temor, y le oia de buena gana. Pero esto, que obraba en el mal Rey la fuerza de la razon y luz, pervertia la execrable y desmedida ira de aquella torpísima He-

[1] Joan. I, 20, 21. — [2] Isai. XL, 3.
[3] Matth. XIV, 3; Marc. VI, 17; Luc. III, 19.

rodías y su hija, parecida y semejante en costumbres á su madre. Estaba la adúltera arrebatada de su pasion y sensualidad, y con esto bien dispuesta para ser instrumento del demonio en cualquiera maldad. Incitó al Rey para que degollase al Baptista, instigándola primero á ella el mismo enemigo para que lo negociase por diferentes medios. Y habiendo echado preso [1] al que era voz del mismo Dios y el mayor entre los nacidos, llegó el dia que celebraba Herodes el cumplimiento de sus infelices años con un convite y sarao que hizo á los magistrados y caballeros de Galilea [2], donde era rey. Y como en la fiesta introdujese la deshonesta Herodías á su hija, para que bailase delante de los convidados, hízolo á satisfacion del ciego Rey y adúltero, con que se obligó, y le ofreció á la saltatriz que pidiese cuanto deseaba, que todo se lo daria, aunque pidiese la mitad de su reino. Ella, gobernada por su madre y entrambas por la astucia de la serpiente, pidió mas que el reino y que muchos reinos, que fue la cabeza del Baptista, y que luego se la diesen en un plato; y así lo mandó el Rey por habérselo jurado, y haberse sujetado á una deshonesta y vil mujer que le gobernase en sus acciones. Por ignominia afrentosa juzgan los hombres que les llamen mujer, porque les priva este nombre de la superioridad y nobleza que tiene el ser varones: pero mayor mengua es ser menos que mujeres, dejándose mandar y gobernar de sus antojos; porque menos es y mas inferior el que obedece, y mayor es quien le manda. Y con todo eso hay muchos que cometen esta vileza sin reputarla por mengua, siendo tanto mayor y mas indigna, cuanto es mas vil y execrable una mujer deshonesta; porque perdida esta virtud de la honestidad, nada le queda que no sea muy despreciable y aborrecible en los ojos de Dios y de los hombres.

1072. Estando preso el Baptista á instancia de Herodías, fue muy favorecido de nuestro Salvador y de su divina Madre por medio de los santos Ángeles, con quien la gran Señora le envió á visitar muchas veces, y algunas le envió de comer, mandándoles se lo preparasen y llevasen; y el Señor de la gracia le hizo grandes beneficios interiores. Pero el demonio, que queria acabar con san Juan, no dejaba sosegar el corazon de Herodías hasta verle muerto, y aprovechábase de la ocasion del sarao. Puso en el ánimo del rey Herodes aquella estulta promesa y juramento que hizo á la hija de Herodías; de modo que le cegó mas, para que impíamente juzgase por mengua y descrédito no cumplir el inícuo juramento con que habia con-

[1] Marc. VI, 17. — [2] Ibid. 21.

firmado la promesa; y así mandó quitar la cabeza al precursor san Juan [1], como consta del Evangelio. Al mismo tiempo la Princesa del mundo conoció en el interior de su Hijo santísimo (por el modo que solia) que se llegaba la hora de morir el Baptista por la verdad que habia predicado. Postróse la purísima Madre á los piés de Cristo nuestro Señor, y con lágrimas le pidió asistiese en aquella hora á su siervo y precursor Juan, y le amparase y consolase, para que fuese mas preciosa en sus ojos la muerte, que por su gloria y en defensa de la verdad habia de padecer.

1073. Respondióla el Salvador con agrado de su peticion, y dijo queria cumplirla con toda plenitud, y mandó á la beatísima Madre le siguiese. Y luego por la divina virtud Cristo nuestro Redentor y María santísima fueron movidos milagrosa y invisiblemente, y entraron en la cárcel, donde estaba el Baptista amarrado con cadenas, y maltratado con muchas llagas; porque la impiísima adúltera, deseando acabarle, habia mandado á unos criados (que fueron seis en tres ocasiones) le azotasen y maltratasen, como de hecho lo hicieron por complacer á su ama. Por este medio pretendió aquella tigre quitar la vida al Baptista antes que sucediera la fiesta y convite, donde lo mandó Herodes. Y el demonio incitó á los crueles ministros, para que con grande ira le maltratasen de obra y de palabra, con grandes contumelias y blasfemias contra su persona y doctrina que predicaba; porque eran hombres perversísimos, como criados y privados de tan infeliz mujer, adúltera y escandalosa. Con la presencia corporal de Cristo y de su Madre santísima se llenó de luz aquel lugar de la cárcel, donde estaba el Baptista, y todo quedó santificado, asistiendo con los Reyes del cielo gran multitud de Ángeles, cuando los palacios del adúltero Herodes eran habitacion de inmundos demonios, y mas culpados ministros que cuantos estaban encarcelados por la justicia.

1074. Vió el santo Precursor al Redentor del mundo y á su santísima Madre con gran refulgencia, y muchos coros de Ángeles que les acompañaban, y al punto se le soltaron las cadenas con que estaba preso, y sus llagas y heridas fueron sanas, y lleno de incomparable júbilo postróse en tierra con profunda humildad y admirable devocion. Pidió la bendicion al Verbo encarnado y á su Madre santísima; diéronsela, y estuvieron algun rato en divinos coloquios con su siervo y amigo, y no me detengo en referirlos: solo diré lo que movió mas mis tibios afectos. Dijo el Señor al Baptista con ami-

[1] Marc. VI, 27.

gable semblante y humanidad: *Juan, siervo mio, ¿cómo os adelantais á vuestro Maestro en ser primero azotado, preso, afligido, y en ofrecer la vida y padecer muerte por la gloria de mi Padre, antes que yo padezca? Mucho van caminando vuestros deseos, pues gozais tan presto el premio en padecer tribulaciones, y tales como yo las tengo prevenidas para mi humanidad; pero en esto remunera mi eterno Padre el celo con que habeis hecho el oficio de precursor mio. Cúmplanse vuestras ansias afectuosas, y entregad el cuello al cuchillo, que yo lo quiero así, y que lleveis mi bendicion y bienaventuranza de padecer y morir por mi nombre. Yo ofrezco vuestra muerte á mi Padre, con lo que se dilata la mia.*

1075. Con la virtud y suavidad de estas razones fue penetrado el corazon del Baptista, y prevenido de tanta dulzura del amor divino, que en algun espacio no pudo pronunciar palabra. Pero, confortándole la divina gracia, pudo con abundancia de lágrimas responder á su Señor y Maestro, agradeciéndole aquel inefable y incomparable beneficio entre los demás grandes que de su liberal mano tenia recibidos; y con suspiros de lo íntimo del alma dijo: *Eterno bien y Señor mio, no pude yo merecer penas y tribulaciones que fuesen dignas de tal favor y consuelo, como gozar de vuestra Real presencia y de vuestra digna Madre y mi Señora: indigno soy de este nuevo beneficio. Para que mas quede engrandecida vuestra misericordia sin medida, dadme, Señor, licencia para que muera antes que Vos, porque vuestro santo nombre sea mas conocido; y recibid el deseo de que fuera por él mas penosa y dilatada la muerte que he de padecer. Triunfen de mi vida Herodes, y los pecados, y el mismo infierno, que yo la entrego por Vos, amado mio, con alegría. Recibidla, Dios mio, en agradable sacrificio. Y Vos, Madre de mi Salvador y Señora mia, convertid á vuestro siervo los ojos clementísimos de vuestra dulcísima piedad, y tenedme siempre en vuestra gracia como Madre y causa de todo nuestro bien. Toda mi vida abracé el desprecio de la vanidad, amé la cruz que ha de santificar mi Redentor, y deseado sembrar con lágrimas* [1]; *pero nunca pude merecer esta alegría, que en mis tormentos ha hecho dulce el padecer, mis prisiones suaves, y la misma muerte apetecible y mas amable que la vida.*

1076. Entre estas y otras razones que dijo el Baptista, entraron en la cárcel tres criados de Herodes con un verdugo, que sin dilacion hizo prevenirlo todo la implacable ira de aquella tan cruel como adúltera mujer. Y ejecutando el impío mandato de Herodes, rin-

[1] Psalm. cxxv, 5.

dió su cuello el santísimo Precursor, y el verdugo le degolló, y cortó la cabeza. Al mismo tiempo que se iba á ejecutar el golpe, el sumo sacerdote Cristo, que asistia al sacrificio, recibió en sus brazos el cuerpo del mayor de los nacidos, y su Madre santísima recibió en sus manos la cabeza, ofreciendo entrambos al eterno Padre la nueva hostia en la sagrada ara de sus divinas manos. Dió lugar á todo esto, no solo el estar allí los sumos Reyes invisibles para los circunstantes, sino una pendencia que trabaron los criados de Herodes, sobre cuál de ellos habia de lisonjear á la infame saltatriz y á su impiísima madre, llevándoles la cabeza de san Juan. En esta competencia se embarazaron tanto, que sin atender de dónde, cogió uno la cabeza de manos de la Reina del cielo, y los demás le siguieron á entregarla en un plato á la hija de Herodías. Á la santísima alma de el Baptista envió Cristo nuestro Redentor al limbo con gran multitud de Ángeles que la llevaron, y con su llegada se renovó la alegría de los santos padres que allí estaban. Y los Reyes del cielo se volvieron al lugar donde estaban ántes que fueran á visitar á san Juan. De la santidad y excelencias de este gran Precursor está mucho escrito en la santa Iglesia; y aunque faltan otras cosas que decir, y yo he entendido algo, no puedo detenerme en escribirlo, por no divertirme de mi intento, ni alargar mas esta divina Historia. Solo digo que recibió el feliz y dichoso Precursor muy grandes favores de Cristo nuestro Señor y su santísima Madre, por todo el discurso de su vida, en su nacimiento dichoso, en el desierto, en la predicacion y santa muerte. Con ninguna nacion hizo la diestra divina tal.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

1077. Hija mia, mucho has ceñido los misterios de este capítulo, pero en ellos se encierra grande enseñanza para tí y para todos los hijos de la luz, como lo has entendido. Escríbela en tu corazon, y atiende mucho á la distancia que habia entre la santidad y pureza del Baptista, pobre, desnudo, afligido, perseguido y encarcelado; y la fealdad abominable de Herodes, rey poderoso, rico, regalado, servido, y entregado á delicias y torpezas. Todos eran de una misma naturaleza humana, pero diferentes en condiciones, por haber usado mal ó bien de su libertad, de la voluntad, y de las cosas visibles. Á Juan nuestro siervo llevaron la penitencia, pobreza, humildad, desprecio, tribulaciones y celo de la gloria de mi Hijo santísimo á morir en sus manos y en las mias, que fue un singular be-

neficio sobre todo humano encarecimiento. Á Herodes, por el contrario, el fausto, soberbia, vanidad, tiranías y torpezas le llevaron á morir infelizmente por medio de un ministro del Señor, para ser castigado con penas eternas. Esto mismo has de pensar que sucede ahora y siempre en el mundo; aunque los hombres ni lo advierten ni lo temen. Y así unos aman y otros temen la vanidad y potencia de la gloria de el mundo, y no consideran su fin, y que se devanece mas que la sombra, y es corruptible mas que el heno.

1078. Tampoco atienden los hombres al principal fin, y al profundo que los derriban los vicios, aun en la vida presente; pues aunque el demonio no les puede quitar la libertad, ni tiene jurisdicion inmediata contra la voluntad y sobre ella: mas entregándosela con tan repetidos y graves pecados, llega á cobrar sobre ella tanto dominio, que la hace como instrumento sujeto, para usar de él en cuantas maldades le propone. Y con tener tantos y tan lamentables ejemplos, no acaban los hombres de conocer este formidable peligro, y á donde pueden llegar por justos juicios del Señor, como llegó Herodes, mereciéndolo sus pecados; lo mismo sucedió á su adúltera. Para llevar las almas á este abismo de maldad, encamina Lucifer á los mortales por la vanidad, por la soberbia, por la gloria de el mundo y sus deleites torpes; y solo esto les propone y representa por grande y apetecible. Y los ignorantes hijos de perdicion sueltan las riendas de la razon para seguir sus inclinaciones y torpezas de la carne, y ser esclavos de su mortal enemigo. Hija mia, el camino de la humildad, y desprecio del abatimiento, y aflicciones es el que enseñó Cristo mi Hijo santísimo, y yo con él. Este es camino real de la vida, y el que anduvimos primero nosotros, y nos constituimos por especiales maestros y protectores de los afligidos y trabajados. Y cuando nos llaman en sus necesidades, les asistimos por un modo maravilloso y con especiales favores. De este amparo y beneficio se privan los seguidores del mundo, y de sus vanas delectaciones, que aborrecen el camino de la cruz. Para él fuiste llamada y convidada, y eres traida con la suavidad de mi amor y doctrina. Sígueme, y trabaja por imitarme, pues hallaste el tesoro escondido [1], y la margarita preciosa, por cuya posesion debes privarte de todo lo terreno y de tu misma voluntad, en cuanto fuere contraria á la del altísimo Señor mio.

[1] Matth. XII, 44.

CAPÍTULO V.

Los favores que recibieron los Apóstoles de Cristo nuestro Redentor por la devocion con su Madre santísima; y por no tenerla Judas caminó á su perdicion.

Cuán admirable era el proceder de María con los Apóstoles y discípulos de Cristo.—Devocion y reverencia á su Madre que infundia Cristo á los discípulos que recibia.—No era igual en todos.—Crecia con el trato de la Vírgen.—Concepto altísimo que formaban de María y sus virtudes.—El no poder manifestarlo, los hacia interiormente mas devotos suyos.—Procedia María en sus favores con ellos segun el conocimiento que tenia del interior de cada uno, y el ministerio á que estaba destinado.—Fueron señalados en estos favores san Pedro y san Juan, y por qué.—Señalóse san Juan en el obsequio de la Madre de Dios, y recibió en órden á él particulares favores.—Recibió por María la eminente luz que tuvo de la Divinidad.—Por el amor que tuvo á María, alcanzó la excelencia de llamarse el Amado de Jesús.—Virtudes que tenia san Juan, por donde mereció el especial agrado de la Vírgen.—Obsequios que desde la primera vocacion comenzó san Juan á hacer á la Madre de Dios.—Reverencia con que señaladamente la trataba de palabra.—Títulos gloriosos que la daba.—Ponian los demás discípulos á Juan por intercesor con María.—Especial amor que tuvo María á Santiago el Mayor y á san Andrés.—Afectos que tuvo á la penitente Magdalena, y favores que la hizo.—Dióla luz de altísimos misterios.—Instruyóla en la vida eremítica.—Visitóla en el desierto una vez por su persona, y muchas por los Ángeles.—Beneficios que hizo á los demás discípulos y mujeres que seguian á Cristo.—Razon de tratar aquí de el mal apóstol Judas.—Vino Judas al discipulado de Cristo traido del buen espíritu.—Con los favores divinos se adelantó en los principios á algunos condiscípulos.—Gracia con que le miraba María por entonces, aunque sabia la traicion que habia de cometer.—Especial cuidado que tenia dél, y la razon de tenerle.—Principio de la caida de Judas, pagarse de sí mismo, y tropezar en los defectos de sus hermanos.—Cómo fué creciendo este primer engaño.—Notó á san Juan de entremetido con Cristo y su Madre.—Grados por donde procedió á la caida por culpas veniales muy voluntarias.—Suavidad con que le amonestaba María, conociendo su desconcierto interior.—Cómo llegó á perder la reverencia interior á la Madre de Dios despreciando sus amonestaciones.—Caida de Judas.—De aborrecer á María pasó á aborrecer á Cristo.—En este estado no le faltaron los auxilios interiores, ni las exhortaciones de la Madre de Dios.—Partidos que le ofreció la Vírgen para que se redujese.—Principio de su pertinacia, temer la confusion exterior, y negar la culpa.—Admirable ejemplo de caridad y paciencia.—No mudaron Cristo y su Madre despues de la caida de Judas en lo exterior su trato agradable con él.—Causa de ocultarse á los Apóstoles tanto el mal intento del traidor.—Por qué le declaró á san Juan singularmente la traicion de Judas.—Argúyese nuestra falta de caridad y paciencia con este ejemplo.—Otra causa que tuvo la ruina de Judas.—Codició Judas el oficio de recibir

y distribuir las limosnas comunes que temieron todos.—Diligencia que hizo para conseguirlo.—Con la resistencia que halló se encendió mas en él la llama de la avaricia.—Arrojóse á pedir él mismo el oficio á la Madre de Dios. — Su peticion hipócrita.—Respuesta dulcísima con que corrigió María la pretension y mal intento de Judas.—Indignóse interiormente Judas. —Desvergonzóse á pedir el oficio á su Maestro.—Su peticion llena de maldad. —Cuántos y cuán enormes pecados cometió en ella.—Como perdió la fe infusa que tenia.—Males á que le trajo la codicia.—Cuán vil fue en él este vicio por los ejemplos contrarios que tenia.—Tormento que tenia en no conseguir tanto como codiciaba.—Indignábase con María porque daba tantas limosnas; con Cristo porque no recibia mas, y con los Apóstoles porque no pedian.—Providencia que usó Cristo cerca de la pretension de Judas.—Deseó desviarle de el peligro.—Palabras con que le desengañó.—Porfía de Judas en su maldad.—Con ella justificó Dios su causa.—Cuán temeroso es este ejemplo de la caida de Judas para todos los mortales.—Cuán importante medio para la salvacion es solicitar la intercesion de María, y temer los juicios de Dios.—Subió Juan á ser el amado de Cristo por el amor que tuvo á María, y cayó Judas por haber despreciado la piedad de esta Señora.—Secretos que reveló Cristo á Juan la noche de la cena.—Uno de los pecados mas feos es, que sean poco estimados los justos. —Despreciar los justos señal de reprobacion.—Peligro de el desear gobiernos y honras.—Suele el alma desear y pedir lo que ha de ser su perdicion; y alguna vez se lo concede el Señor por castigo.—Engaño de los mundanos en tenerse por dichosos cuando consiguen lo terreno que desean.

1079. Milagro de milagros de la Omnipotencia divina y maravilla de maravillas era el proceder de la prudentísima María Señora nuestra con el sagrado colegio de los sagrados Apóstoles y discípulos de Cristo nuestro Señor, y su Hijo santísimo. Y aunque esta rara sabiduría es indecible, pero si intentara manifestar todo lo que de ella se me ha dado á entender, fuera necesario escribir un gran volúmen de solo este argumento. Diré algo en este capítulo y en todo lo restante que falta, como se fuere ofreciendo, y todo será muy poco: de aquí se podrá colegir lo suficiente para nuestra enseñanza. Á todos los discípulos que recibia el Señor en su divina escuela, les infundia en el corazon especial devocion y reverencia con su Madre santísima, como convenia, habiéndola de ver y tratar tan familiarmente en su compañía. Mas aunque esta semilla santa de la divina luz era comun á todos, no era igual en cada uno con el otro; porque, segun la dispensacion del Señor y las condiciones de los sujetos, y los ministerios y oficios á que los destinaba, distribuia su Majestad estos dones. Y despues, con el trato y conversacion dulcísima y admirable de la gran Reina y Señora, fueron creciendo en su reverencial amor y veneracion; porque á todos los hablaba, amaba, con-

solaba, acudia, enseñaba, y remediaba en todas sus necesidades, sin que jamás de su presencia y pláticas saliesen sin plenitud de alegría interior; de gozo y consuelo mayor del que su mismo deseo le pedia. Pero el fruto bueno ó mejor de estos beneficios era conforme á la disposicion del corazon donde se recibia esta semilla del cielo.

1080. Salian todos llenos de admiracion, y formaban conceptos altísimos de esta gran Señora; de su prudencia, sabiduría, santidad, pureza y grandiosa majestad, junta con una suavidad tan apacible y humilde, que ninguno hallaba términos para explicarla. Y el Altísimo lo disponia tambien así; porque, como dije arriba, libro V, capítulo XXVIII, no era tiempo de que se manifestase al mundo esta arca mística del Nuevo Testamento. Y como el que mucho desea hablar y no puede manifestar su concepto, le reconcentra mas en su corazon; así los sagrados Apóstoles, violentados dulcemente de el silencio propio, reducian sus fervores en mayor amor de María santísima y en alabanza oculta de su Hacedor. Como la gran Señora en el depósito de su incomparable ciencia, conocia los naturales de cada uno, su gracia, su estado, y ministerio á que estaba diputado; en correspondencia de esta inteligencia procedia con ellos en sus peticiones al Señor, y en la enseñanza, palabras y en los favores que convenian á cada uno segun su vocacion. Este modo de proceder y obrar en pura criatura, tan medido al gusto del Señor, fue en los santos Ángeles de nueva y grande admiracion; y por la oculta providencia hacia el Todopoderoso, que los mismos Apóstoles correspondiesen tambien á los beneficios y favores que por su Madre recibian. Todo esto hacia una divina armonía oculta á los hombres, y solo á los celestiales espíritus patente.

1081. En estos favores y sacramentos fueron señalados san Pedro y san Juan: el primero, porque habia de ser vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia militante; y por esta excelencia prevenida del Señor amaba su Madre santísima á san Pedro y le reverenciaba con especial respeto; y al segundo, porque habia de quedar en lugar del mismo Señor por Hijo suyo, y para compañía y asistencia de la purísima Señora en la tierra. Estos dos Apóstoles, en cuyo gobierno y custodia se habia de repartir la Iglesia mística, María santísima, y la militante de los fieles, fueron singularmente favorecidos de esta gran Reina del mundo. Mas como san Juan era elegido para servirla y llegar á la dignidad de hijo suyo adoptivo y singular, recibió el Santo particulares dones en órden al obsequio de María santísima, y desde luego se señaló en él. Aunque todos los Apóstoles en esta devocion

excedieron á nuestra capacidad y concepto; el evangelista Juan alcanzó mas de los ocultos misterios de esta ciudad mística de el Señor, y recibió por ella tanta luz de la Divinidad, que excedió en esto á todos los Apóstoles, como lo testifica su Evangelio [1]; porque toda aquella sabiduría se le concedió por medio de lá Reina del cielo, y la excelencia que tuvo este Evangelista entre todos los Apóstoles de llamarse el *Amado de* Jesús, la alcanzó por el amor que él tuvo á su Madre santísima; y por la misma razon fue tambien correspondido de la divina Señora, que por excelencia fue el discípulo amado de Jesús y de María.

1082. Tenia el santo Evangelista algunas virtudes (á mas de la castidad y virginal pureza) que para la Reina de todas eran de mayor agrado, y entre ellas una sinceridad columbina (como de sus escritos se conoce) y una humildad y mansedumbre pacífica, que le hacia mas apacible y tratable; y á todos los pacíficos y humildes de corazon llamaba la divina Madre retratos de su Hijo santísimo. Por estas condiciones señaladas entre todos los Apóstoles se le inclinó mas la Reina, y él estuvo mas dispuesto para que se imprimiese en su corazon reverencial amor y afecto de servirla. Desde la primera vocacion, como arriba dije [2], comenzó san Juan á señalarse entre todos en la veneracion de María santísima, y á obedecerla con reverencia de humildísimo esclavo. Asistíala con mas continuacion que todos; y, cuanto era posible, procuraba estar en su presencia y aliviarla de algunos trabajos corporales que la Señora del mundo hacia por sus manos. Y alguna vez le sucedió al dichoso Apóstol ocuparse en estas obras humildes, compitiendo en ellas con porfía santa con los Ángeles de la misma Reina; y á los unos y otros los vencia ella, y las hacia por sí misma, que en esta virtud siempre triunfó de todos, sin que alguno la pudiese vencer ni igualar en el menor acto. Era tambien muy diligente el amado Discípulo en dar cuenta á la gran Señora de todas las obras y maravillas del Salvador, cuando ella no estaba presente, y de los nuevos discípulos y convertidos á su doctrina. Siempre estaba atento y estudioso para conocer en lo que mas la serviria y daria gusto, y como lo entendia, así lo ejecutaba todo.

1083. Señalóse tambien san Juan en la reverencia con que trataba de palabra á María santísima, porque en presencia siempre la llamaba Señora, ó mi Señora [3]; y en ausencia la nombraba Madre de nuestro Maestro Jesús. Y despues de la Ascension del mismo Se-

[1] Joan. xxi, 20. — [2] Supr. n. 1028. — [3] Part. III, n. 175.

ñor la llamó el primero Madre de Dios y de el Redentor del mundo; y en presencia, Madre y Señora. Dábale tambien otros títulos: Restauradora del pecado, Señora de las gentes. Y en particular fue san Juan el primero que la llamó María de Jesús, como se nombró muchas veces en la primitiva Iglesia; y le dió este nombre, porque conoció que en su alma santísima de nuestra gran Señora hacian dulcísima consonancia estas palabras, cuando las oia. En la mia deseo alabar con júbilo al Señor, porque, sin poderlo merecer, me llamó á la luz de la santa Iglesia y fe, y á la vocacion de la religion que profeso debajo de este mismo nombre. Conocian los demás Apóstoles y discípulos la gracia que san Juan tenia con María santísima, y muchas veces le pedian á él fuese intercesor con su Majestad en algunas cosas que le querian proponer ó pedir; y la suavidad de el santo Apóstol intervenia por sus ruegos como quien conocia tanto de la piedad amorosa de la dulcísima Madre. Otras cosas sobre este intento diré adelante, en especial en la tercera parte [1], y se pudiera hacer una larga historia solo de los favores y beneficios que san Juan Evangelista recibió de la Reina y Señora del mundo.

1084. Despues de los dos apóstoles san Pedro y san Juan, fue muy amado de la Madre santísima el apóstol Santiago, hermano del Evangelista, y recibió este Apóstol admirables favores de mano de la gran Señora, como de algunos verémos en la tercera parte [2]. Tambien san Andrés fue de los carísimos de la Reina; porque conocia que este gran Apóstol habia de ser especial devoto de la pasion y cruz de su Maestro, y habia de morir á imitacion suya en ella. Y aunque no me detengo en los demás Apóstoles, pero á unos por por unas virtudes, y á otros por otras, y á todos por su Hijo santísimo, los amaba y respetaba con rara prudencia, caridad y humildad. En este órden entraba tambien la Magdalena, á quien miró nuestra Reina con amoroso afecto, por el amor que tenia ella á su Hijo santísimo, y porque conoció que el corazon de esta eminente penitente era muy idóneo para que la diestra del Todopoderoso se magnificase en ella. Tratóla María santísima muy familiarmente entre las demás mujeres, y la dió luz de altísimos misterios, con que la enamoró mas de su Maestro y de la misma Señora. Consultó la Santa con nuestra Reina los deseos de retirarse á la soledad para vacar al Señor en continua penitencia y contemplacion; y la dulcísima Madre la dió una grandiosa instruccion de la vida que en el yermo guardó despues la Santa, y fué á él con su beneplácito y ben-

[1] Part. III, n. 590. — [2] Ibid. n. 325, 362, 384, 399.

dicion; y allí la visitó por su persona una vez, y muchas por medio de los Ángeles que la enviaba para animarla y consolarla en aquel horror de la soledad. Las otras mujeres que seguian al Maestro de la vida fueron tambien muy favorecidas de su Madre santísima; y á ellas y á todos los discípulos hizo incomparables beneficios, y todos fueron intensamente devotos y aficionados de esta gran Señora y Madre de la gracia; porque todos y todas la hallaron con abundancia en ella y por ella, como en su oficina y depósito, donde la tenia Dios para todo el linaje humano. No me alargo mas en esto; porque á mas de no ser necesario, por la noticia que hay en la santa Iglesia, era menester mucho tiempo para esta materia.

1085. Solo del mal apóstol Judas diré algo de lo que tengo luz; porque lo pide esta Historia, y de ella hay menor noticia, y será de alguna enseñanza para los pecadores, y de escarmiento para los obstinados, y aviso para los poco devotos de María santísima: si hay alguno que lo sea poco con una criatura tan amable, que el mismo Dios con amor infinito la amó sin tasa ni medida; los Ángeles con todas sus fuerzas espirituales; los Apóstoles y Santos con íntimo y cordial afecto; y todas las criaturas deben amarla con contenciosa porfía, y todo será menos de lo que debe ser amada. Este infeliz Apóstol comenzó á errar este camino real de llegar á el amor divino y á sus dones. Y la inteligencia que de ello se me ha dado para escribirlo con lo demás, es como se sigue:

1086. Vino Judas á la escuela de Cristo nuestro Maestro, movido de la fuerza de su doctrina en lo exterior, y en lo interior del buen espíritu que movia á otros. Y traido con estos auxilios, pidió al Salvador le admitiese entre sus discípulos, y el Señor le recibió con entrañas de amoroso padre, que á ninguno desechan si con verdad le buscan. Recibió Judas en los principios otros mayores favores de la divina diestra, con que se adelantó á algunos de los demás discípulos, y fue señalado por uno de los doce Apóstoles; porque el Señor le amaba según la presente justicia, conforme al estado de su alma y obras santas que hacia como los demás. La Madre de la gracia y de misericordia le miró tambien con ella por entonces; aunque desde luego conoció con su ciencia infusa la traicion que alevosamente habia de cometer en el fin de su apostolado. Mas no por esto le negó su intercesion y caridad maternal; antes con mayor cuido y atencion tomó la divina Señora por su cuenta justificar en cuanto le era posible la causa de su Hijo santísimo con este infeliz Apóstol, para que su maldad no tuviese achaque ni disculpa aparente ni

humana, cuando la intentase. Y conociendo que aquel natural no se venceria con rigor, antes llegaria mas presto á su obstinacion, cuidaba la prudentísima Señora que nada le faltase á Judas de lo necesario y conveniente, y con mayores demostraciones de caricia y suavidad le acudia, le hablaba y trataba entre todos. Y esto fue de manera, que llegando alguna vez los discípulos á tener entre sí sus emulaciones sobre quién habia de ser mas privado de la Reina purísima (como tambien con el Hijo lo dice el Evangelio [1]), nunca Judas pudo tener estos recelos ni achaques; porque siempre esta Señora le favoreció mucho en los principios, y él se mostró tal vez agradecido á estos beneficios.

1087. Pero como el natural le ayudaba poco á Judas, y entre los discípulos y Apóstoles habia algunas faltas de hombres no del todo confirmados en la perfeccion, ni por entonces en la gracia, comenzó el imprudente discípulo á pagarse de sí mismo mas de lo que debiera, y á tropezar en los defectos de sus hermanos, notándolos mas que á los propios [2]. Admitido este primer engaño sin reparo ni enmienda, fué creciendo tanto la viga en sus propios ojos, cuanto con mas indiscreta presuncion miraba las pajuelas en los ajenos, y murmuraba de ellas, pretendiendo enmendar en sus hermanos (con mas presuncion que celo) las faltas mas leves, cometiéndolas él mucho mayores. Entre los demás Apóstoles notó y juzgó á san Juan por entremetido con su Maestro y con su Madre santísima, aunque él era tan favorecido de entrambos. Con todo eso, hasta aquí no pasaban los desórdenes de Judas mas que á culpas veniales, sin haber perdido la gracia justificante. Pero estas eran de mala condicion y muy voluntarias; porque á la primera, que fue de alguna vana complacencia, le dió entrada muy libre; y esta llamó luego á la segunda de alguna envidia; y de aquí resultó la tercera, que fue calumniar en sí mismo, y juzgar con poca caridad las obras que sus hermanos hacian. Tras estas se abrió puerta para otras mayores; porque luego se le entibió el fervor de la devocion, se le resfrió la caridad con Dios y con los prójimos, y se le fué remitiendo y extinguiendo la luz del interior; y ya miraba á los Apóstoles y á la santísima Madre con algun hastío y poco gusto de su trato y obras santísimas.

1088. Todo este desconcierto de Judas iba conociendo la prudentísima Señora; y procurando su remedio, y curarle en salud, antes que se entregase á la muerte del pecado, le hablaba y amonestaba como á hijo carísimo, con extremada suavidad y fuerza de ra-

[1] Luc. XXII, 24. — [2] Ibid. VI, 41.

zones. Y aunque alguna vez sosegaba aquella tormenta que se comenzaba á levantar en el inquieto corazon de Judas; pero no perseveraba en su tranquilidad, y luego se desazonaba y turbaba de nuevo. Y dando mas entrada al demonio, llegó á enfurecerse contra la mansísima paloma; y con hipocresía afectada intentaba ocultar sus culpas ó negarlas, y darles otras salidas, como si pudiera engañar sus divinos Maestros, ó recelarles el secreto de su pecho. Perdió con esto la reverencia interior á la Madre de misericordia, despreciando sus amonestaciones, y dándole en rostro aquella dulzura de sus palabras y documentos. Con este ingrato atrevimiento perdió la gracia, y el Señor se indignó gravemente, y mereciéndolo sus desmesurados desacatos le dejó en manos de su consejo [1]; porque él mismo, desviándose de la gracia y intercesion de María santísima, cerró las puertas de la misericordia y de su remedio. De este aborrecimiento, que admitió con la dulcísima Madre, pasó luego á indignarse con su Maestro y aborrecerle, descontentándose de su doctrina, y juzgando por muy pesada la vida de los Apóstoles y su comunicacion.

1089. Con todo esto no le desamparó luego la divina Providencia, y siempre le enviaba auxilios interiores á su corazon, aunque estos eran mas comunes y ordinarios de los que antes recibia; pero suficientes si quisiera obrar con ellos. Y á mas de estos se juntaban las exhortaciones dulcísimas de la clementísima Señora, para que se redujese y humillase á pedir perdon á su divino Maestro y Dios verdadero: y le ofreció de parte de el mismo Señor la misericordia, y de la suya que le acompañaria y rogaria por él, y haria la misma Señora penitencia por sus pecados con obras penales; y solo queria dél que se doliese dellos y se enmendase. Á todos estos partidos se le ofreció la Madre de la gracia, para remediar en sus principios la caida de Judas, como quien conocia no era el mayor mal el caer, sino no levantarse y perseverar en el pecado. No podia negar el soberbio discípulo á su conciencia el testimonio que le daba de su mal estado; pero comenzando á endurecerse temió la confusion que le podia adquirir gloria, y cayó en la que le aumentó su pecado. Con esta soberbia no admitió los consejos saludables de la Madre de Cristo, antes negó su daño, protestando con palabras fingidas que amaba á su Maestro y á los demás, y que no tenia en esto de qué enmendarse.

1090. Admirable ejemplo de caridad y paciencia fue el que nos

[1] Eccli. xv, 14.

dejaron Cristo Salvador nuestro y su Madre santísima en el proceder que tuvieron con Judas despues de su caida en pecado; porque de tal manera lo toleraron en su compañía, que jamás le mostraron el semblante airado ni mudado, ni dejaron de tratarle con la misma suavidad y agrado que á los demás. Esta fue la causa de ocultársele tanto á los Apóstoles el mal interior de Judas; no obstante que su ordinaria conversacion y trato daba grandes indicios de su mala conciencia y espíritu; porque no es fácil (ni cási posible) violentar siempre las inclinaciones para ocultarlas y disimularlas; y en las cosas que no son muy deliberadas, siempre obramos conforme al natural y costumbres; y entonces por lo menos las damos á conocer á quien nos trata mucho. Esto mismo sucedia con Judas en el apostolado. Mas como todos conocian la afabilidad y amor con que le trataban Cristo nuestro Redentor y su Madre santísima, sin hacer mudanza en esto, desmentian sus sospechas y los malos indicios que él les daba de su caida. Por esta misma razon se hallaron todos ajados y dudosos cuando en la última cena legal les dijo el Señor que uno de ellos le habia de entregar [1]; y cada uno preguntaba de sí si era él mismo. Y porque san Juan con la mayor familiaridad llegó á tener alguna luz de las maldades de Judas, y vivia en esto con mas recelos, se lo declaró el mismo Señor, aunque con señas, como consta del Evangelio [2]. Pero hasta entonces nunca su Majestad dió indicio de lo que en Judas pasaba. En María santísima es mas admirable esta paciencia, por la parte de ser Madre y pura criatura, y que estaba mirando ya de cerca la traicion que aquel desleal discípulo habia de cometer contra su Hijo santísimo, á quien amaba como Madre, y no como sierva.

1091. ¡Oh ignorancia! ¡oh estulticia nuestra! ¡Qué diferentemente procedemos los hijos de los hombres, si alguna pequeña injuria recibimos mereciendo tantas! ¡Qué pesadamente sufrimos las flaquezas ajenas, queriendo que todos toleren las nuestras! ¡Qué dificultoso se nos hace el perdonar una ofensa, pidiendo cada dia y cada hora que nos perdone el Señor las nuestras [3]! ¡Qué prontos y qué crueles somos en publicar las culpas de nuestros hermanos, y qué resentidos y airados de que alguno hable de las nuestras! Á nadie medimos con la medida que queremos ser medidos, y no queremos ser juzgados con el juicio que hacemos de los otros [4]. Todo esto es perversidad y tinieblas, y aliento de la boca del dragon in-

[1] Matth. XXVI, 21; Marc. XIV, 18; Luc. XXII, 21; Joan. XIII, 18.
[2] Ibid. 26. — [3] Matth. VI, 12. — [4] Ibid. VII, 1, 2.

fernal, que quiere oponerse á la excelentísima virtud de la caridad y desconcertar el órden de la razon humana y divina; porque Dios es caridad [1], y el que la ejercita perfectamente está en Dios, y Dios en él. Lucifer es ira y venganza, y el que la ejecuta está en él, y él le gobierna en todos los vicios que se oponen al bien del prójimo. Confieso que la hermosura de la virtud de la caridad me ha llevado siempre todos mis deseos de tenerla por amiga; mas tambien veo en el claro espejo de estas maravillas de caridad con el ingratísimo Apóstol, que jamás he llegado al principio de esta nobilísima virtud.

1092. Porque no me reprehenda el Señor de haber callado, añadiré á lo dicho otra causa que tuvo Judas en su ruina. Desde que fué creciendo el número de los Apóstoles y discípulos, determinó luego su Majestad que alguno de ellos se encargase de recibir las limosnas, y dispensarlas como síndico ó mayordomo para las necesidades comunes, y pagar los tributos imperiales; y sin señalar Cristo nuestro Señor alguno, se lo propuso á todos. Al punto lo apeteció y codició Judas, temiéndole todos, y huyendo de este oficio en su interior. Y para alcanzarle el codicioso discípulo, se humilló á pedir á san Juan lo tratase con la Reina santísima, para que ella lo concertase con el mismo Señor. Pidiólo san Juan, como lo deseaba Judas; mas la prudentísima Madre, como conocia que la peticion no era justa ni conveniente, sino de ambicioso y codicioso afecto, no quiso proponerla al divino Maestro. Hizo la misma diligencia Judas por medio de san Pedro y otros Apóstoles para que lo dispusiesen, y tampoco se le lograba; porque la clemencia del Altísimo queria impedirlo, ó justificar su causa cuando lo permitiese. Con esta resistencia el corazon de Judas (poseido ya de la avaricia), en lugar de sosegarse y entibiarse en ella, se encendió mas en la llama que infelizmente le abrasaba; instigándole Satanás con pensamientos ambiciosos y feos, aun para cualquier persona de otro estado. Y si en los demás fueran indecentes, y culpable el admitirlos, mucho mas en Judas, que era discípulo en la escuela de mayor perfeccion, y á la vista del sol de justicia Cristo, y de la luna María. Ni en el dia de la abundancia y de la gracia pudo dejar de conocer el delito de admitir tales sugestiones, cuando el sol de su divino Maestro le iluminaba; ni en la noche de la tentacion, pues en ella la luna de María le influia lo que le convenia para librarse del veneno de la serpiente. Mas como huia de la luz y se entregaba á las tinieblas, corria tras el precipicio, y se arrojó á pedir él mismo á María san-

[1] I Joan. IV, 16.

tísima el ministerio que pretendia, perdiendo el miedo y disimulando su codicia con color de virtud. Llegóse á ella, y la dijo que la peticion de Pedro y Juan, sus hermanos, que en su nombre le habian propuesto, era con deseo de servirla á ella y á su Hijo con toda diligencia, porque no todos acudian á esto con el cuidado que era justo; que le suplicaba lo alcanzase de su Maestro.

1093. La gran Señora del mundo con gran mansedumbre le respondió: *Considera bien, carísimo, lo que pides, y examina si es recta la intencion con que lo deseas; y advierte si te conviene apetecer lo que todos tus hermanos los discípulos temen, y no lo admitirán, si no son compelidos de la obediencia de su Maestro y Señor. Él te ama mas que tú á tí mismo, y sabe sin engaño lo que te conviene; déjate á su santísima voluntad, y muda de intento, y procura atesorar la humildad y pobreza. Levántate de donde has caido, que yo te daré la mano, y mi Hijo usará contigo de su amorosa misericordia.* ¿Á quién no rindieran estas dulcísimas palabras y fuertes razones, oidas de tan divina y amable criatura como María santísima? Mas no se ablandó ni movió aquel corazon fiero y diamantino; antes se indignó interiormente, y se dió por ofendido de la divina Señora, que le ofrecia el remedio de su mortal dolencia; porque un ímpetu desenfrenado de ambicion y codicia en la concupiscible luego irrita á la irascible contra quien le impide, y los sanos consejos reputa por agravios. Pero la mansísima y amable paloma disimuló con Judas, no hablándole mas entonces, por su obstinacion.

1094. Despedido de María santísima, no sosegaba Judas en su avaricia; y desnudándose del pudor y vergüenza natural (y aun de la fe interior), se resolvió en acudir él mismo á Cristo su divino Maestro y Salvador. Y vestida su furia con piel de oveja, como fino pretendiente, llegó á su Majestad y le dijo: Maestro, yo deseo hacer vuestra voluntad, y serviros con ser dispensero y depositario de las limosnas que recibimos; y acudiré con ellas á los pobres, cumpliendo con vuestra doctrina de hacer con los prójimos lo mismo que con nosotros queremos se haga, y procuraré dispensar con órden, razon y á vuestra voluntad, mejor que hasta ahora se hacia. Estas y otras razones dijo el fingido hipócrita á su Dios y Maestro, cometiendo enormes pecados y muchos de una vez. En primer lugar, mentia, y tenia otra intencion segunda y oculta. Á mas de esto se fingia lo que no era, como ambicioso de la honra que no merecia, no queriendo parecer lo que era, ni ser lo que deseaba parecer. Murmuró tambien de sus hermaos, desacreditándolos y alabándose á sí mis-

mo; que todas son jornadas muy trilladas de los ambiciosos. Lo que mas es de ponderar, que perdió la fe infusa que tenia, pretendiendo engañar á Cristo su celestial Maestro con la fingida hipocresía que mostró en lo de afuera. Porque si creyera entonces con firmeza que Cristo era Dios verdaderamente como verdadero hombre, no pudiera hacer juicio de que le habia de engañar, pues como Dios conociera lo mas oculto de su corazon, que le era patente; y no solo como Dios, con su ciencia infinita, pero como hombre, con la ciencia infusa y beatífica, advirtiera y creyera lo podia conocer, como de hecho lo conocia, desistiera de su doloso intento. Todo esto descreyó Judas, y á los demás pecados añadió el de la herejía.

1095. Cumplióse en este desleal discípulo á la letra lo que dijo despues el Apóstol[1]: *Los que desean ser ricos vienen á caer en la tentacion, y se enredan en los lazos del demonio, y en deseos inútiles y vanos, que arrojan á los hombres á la perdicion y eterna muerte; porque la codicia es raíz de todos los males, y muchos por irse tras ella erraron en la fe y se introdujeron en muchos dolores.* Todo esto sucedió al avariento y pérfido Apóstol, cuya codicia fue tanto mas vil y reprehensible, cuanto era mas vivo y admirable el ejemplo de la alta pobreza que tenia presente en Cristo nuestro Señor y su Madre santísima, y todo el apostolado, donde solo habia algunas moderadas limosnas. Pero imaginó el mal discípulo que con los grandes milagros de su Maestro, y con los muchos que le seguian y se le allegaban, crecerian las limosnas y ofrendas, en que pudiese meter las manos. Como no lo conseguia conforme sus deseos, se atormentaba con ellos mismos, como lo manifestó en la ocasion que la Magdalena gastó los preciosos aromas para ungir al Salvador[2], donde la codicia de cogerlos le hizo tasador de su precio, y dijo que valian mas de trescientos reales, y que se les quitaban á los pobres, á quien se podian repartir. Esto decia, porque le dolia mucho no haberlos cogido para sí; que de los pobres no tenia cuidado. Antes se indignaba mucho con la Madre de misericordia, porque daba tantas limosnas, y con el mismo Señor, porque no admitía y recibia mas, para entregarse de ello, y con los Apóstoles y discípulos, porque no pedian; con todos estaba enfadado y se mostraba ofendido. Y algunos meses antes de la muerte de el Salvador se comenzó á desviar muchos ratos de los demás Apóstoles, alejándose de ellos y de el Señor; porque le atormentaba su compañía, y solo venia á coger las limosnas que podia. En estas salidas le puso el demonio en el corazon

[1] I Tim. vi, 9. — [2] Matth. xxvi, 6; Marc. xiv, 4; Joan. xii, 1.

que acabase del todo con su Maestro, y le entregase á los judíos, como sucedió.

1096. Pero volvamos á la respuesta que le dió el Maestro de la vida, cuando le pidió Judas el oficio de dispensero, para que en este suceso se manifieste cuán ocultos y formidables son los juicios del Altísimo. Deseaba el Salvador del mundo desviarle del peligro que conocia en su peticion, y que en ella buscaba este codicioso Apóstol su final perdicion. Y para que no se llamase á engaño, le respondió y dijo su Majestad: *¿Sabes, ó Judas, lo que deseas y pides? No seas tan cruel contra tí mismo, que tú busques y solicites el veneno y las armas con que te puedes causar la muerte.* Replicó Judas: Yo, Maestro, deseo serviros, empleando mis fuerzas en beneficio de vuestra congregacion, y por este camino lo haré mejor que por otro alguno, como lo ofrezco sin falta. Con esta porfía de Judas en buscar y amar el peligro, justificó Dios su causa para dejarle entrar y perecer en él. Porque resistió á la luz y se endureció contra ella; y mostrándole el agua y el fuego [1], la vida y la muerte, extendió la mano y eligió su perdicion, quedando justificada la justicia y engrandecida la misericordia del Altísimo, que tantas veces se le fué á convidar y entrar por las puertas de su corazon, de donde le arrojó, y admitió al demonio. Otras cosas diré mas adelante [2], de las infelices maldades de Judas, para escarmiento de los mortales, por no alargarme mas en este capítulo, y porque pertenecen á otro lugar de la Historia donde sucedieron. ¿Quién de los hombres sujetos á pecar no temerá con gran pavor, viendo otro de su misma naturaleza, que en la escuela de Cristo y de su santísima Madre, criado á los pechos de su doctrina y milagros, en tan breve tiempo pasase del estado de apóstol santo, y que hacia los mismos milagros y maravillas que los demás, á otro estado de demonio? Y que de sencilla oveja se convirtiese en lobo carnicero y sangriento? Por pecados veniales comenzó Judas, y dellos pasó á los gravísimos y mas horrendos. Entregóse al demonio, que ya tenia sospechas de que Cristo nuestro Señor era Dios, y la ira que tenia contra él descargó en este infeliz discípulo separado de la pequeña grey. Mas si ahora es el mismo y mayor el furor de Lucifer, despues que á su pesar conoció á Cristo por verdadero Dios y Redentor, ¿qué puede esperar la alma que se entrega á tan inhumano y cruel enemigo, tan ansioso y vehemente para nuestra condenacion eterna?

[1] Eccli. xv, 17. — [2] Infr. n. 1110, 1133, 1199, 1205, 1226.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1097. Hija mia, todo lo que has escrito en este capítulo es un aviso de los mas importantes para todos los que viven en carne mortal y con peligro de perder el bien eterno; porque en solicitar la intercesion de mis ruegos y clemencia, y en temer con discrecion los juicios del Altísimo [1], se reduce el eficaz medio de la salvacion y adelantarse en el premio. Quiero que de nuevo entiendas como entre los secretos divinos que mi Hijo santísimo reveló á su amado y mio Juan en la noche de la cena, fue uno de que este amor le habia adquirido por el que me tenia, y que Judas habia caido por haber despreciado la piedad que yo mostré con él. Y entonces entendió el Evangelista grandes sacramentos de los que la divina diestra me comunicó y obró conmigo; y en lo que me habia de ejercitar en la pasion, trabajar y padecer; y le mandó el Señor que tuviese especial cuidado de mí. Carísima, la pureza del alma que de tí quiero ha de ser mas que de Ángel; y si te dispones para alcanzarla, conseguirás tambien el ser mi hija carísima como Juan, y esposa muy amada y regalada de mi Hijo y Señor. Este ejemplo y la ruina de Judas te servirán siempre de estímulo y de escarmiento, para que solicites mi amor y agradezcas el que sin merecerlo te manifiesto.

1098. Quiero tambien que entiendas otro secreto ignorado del mundo, que uno de los pecados mas feos y aborrecidos del Señor es que sean poco estimados los justos y amigos de la Iglesia, y en especial yo que fuí escogida para Madre suya y remedio universal de todas. Y si el no amar á los enemigos y despreciarlos es tan odioso al Señor [2] y á los Santos del cielo, ¿cómo sufrirá que se haga esto con sus amigos carísimos, donde tiene puestos sus mismos ojos [3] y amor? Este consejo monta mucho mas de lo que puedes conocer en la vida mortal, y es una de las señales de reprobacion aborrecer á los justos. Guárdate de este peligro, y no juzgues á alguno [4]; y menos á los que te reprehenden y enseñan. No te dejes inclinar á cosa terrena, y menos á los oficios de gobierno, donde lo sensible y humano arrastra á los que solo atienden á ello, turba el juicio y oscurece la razon. Á nadie envidies la honra ni otras cosas aparentes, ni apetezcas ni pidas al Señor otra cosa mas de su amor y amistad santa; porque la criatura está llena de inclinaciones muy ciegas,

[1] Psalm. CXVIII, 120. — [2] Matth. XVIII, 35. — [3] Psalm. XXXIII, 16.
[4] Matth. VII, 1.

y si no las detiene, suele desear y pedir lo que ha de ser su perdicion. Y alguna vez se lo concede el Señor por castigo de aquellos y otros pecados, y por sus ocultos juicios, como sucedió á Judas. Y en estos bienes temporales que tanto codician reciben el premio de alguna buena obra si la hicieron. En esto entenderás, si consideras el engaño de muchos amadores del mundo, que se juzgan por dichosos y afortunados cuando todo lo que desean lo consiguen á satisfacion de sus terrenas inclinaciones. Esta es su mayor infelicidad; porque no les queda que recibir del premio eterno, como á los justos que despreciaron el mundo, y en él muchas veces les suceden adversidades, y el Señor tal vez les niega sus deseos en cosas temporales, para excusarlos y apartarlos del peligro. Porque no caigas tú en él, te amonesto y mando que jamás te inclines ni apetezcas cosa humana. Aparta tu voluntad de todo; consérvala libre y señora; líbrala del cautiverio y esclavitud que se le sigue á su peso y inclinacion; no quieras mas de lo que fuere voluntad del Altísimo, que su Majestad tiene cuidado de los que se dejan á su divina Providencia.

CAPÍTULO VI.

Transfigúrase Cristo nuestro Señor en el Tabor, en presencia de su Madre santísima; suben de Galilea á Jerusalen, para acercarse á la pasion; y lo que sucedió en Betania con la uncion de la Magdalena.

Fin que tuvo Cristo en transfigurarse delante de algunos de sus Apóstoles.—Transfiguracion del Señor.—Fue llevada María por manos de Ángeles al Tabor á ver transfigurado á su Hijo.—Razones por que convino que Cristo hiciese á su Madre este beneficio.—Vió intuitivamente la Divinidad el tiempo que duró la transfiguracion.—Diferencia entre la vision de la gloria de el cuerpo de Cristo que tuvo María, y la que tuvieron los Apóstoles.—Fue esta vision de Cristo transfigurado mas excelente en María que las con que le habia visto otras veces en cuerpo glorioso.—Efectos que hizo en María esta vision de todo Cristo glorioso.—Declárase el misterio de la Transfiguracion de Cristo.—Partida de Cristo desde Nazareth para padecer en Jerusalen.—Alegría, deseo y determinacion de padecer por el linaje humano con que partió.—Dió gracias al Padre por el ser humano que allí habia recibido para redimir al hombre.—Oracion de Cristo al Padre saliendo de Nazareth para la pasion.—Tiernos afectos del Redentor á padecer las penas que le aguardaban.—Cuánto acreditaron á las penas y cruz los afectos de amor con que las buscó Cristo.—Lamentable locura de los que arrebatados de lo deleitable y aborreciendo lo penoso, se arrojan á padecer

1 Matth. VI, 30.

eternamente.—Recompensó María las menguas de la estulticia de los hombres.—Oracion que hizo María al eterno Padre al salir de Nazareth á acompañar en la pasion á su Hijo.—Salió á acompañarle en la pasion en obediencia del Padre.—Altísimos afectos de María con el dolor de lo que habia de padecer su Hijo, y la conformidad con la voluntad divina.—Fueron mayores las maravillas de Cristo, segun se le acababa el tiempo de trabajar por los hombres.—Cuando era necesario apartarse María de su Hijo, la asistia san Juan.—Obras maravillosas que María hacia en este tiempo.—Cuánto sentia en él que se ausentase de su presencia Cristo.—No podia Cristo alejarse de su Madre si daba lugar á la fuerza de su afecto.—Resurreccion de Lázaro.—Concilio de Jerusalen.—Retiro de Cristo hasta la Pascua.—Noticia que dió de su pasion á los Apóstoles.—Cena de Betania.—Uncion de Cristo que hizo la Magdalena en Betania.—No fueron dos unciones ni de dos mujeres, sino una sola que hizo la Magdalena.—Murmuracion de Judas.—Defensa que hizo Cristo de la accion de la Magdalena.—Indignóse con ella Judas contra su Maestro.—Desde entonces propuso maquinarle la muerte.—Por qué medios lo hizo.—Cómo se portó el Señor con Judas conociendo su determinacion.—Exhortaciones y diligencias que hizo con el traidor María para detenerle.—Pertinacia con que el traidor frustró sus beneficios.—Exhortacion al camino de la cruz y amor de los trabajos.—No quiere Dios que padezca la criatura por afligirla, sino por hacerla capaz de sus beneficios.—Oracion que hizo Cristo en el Tabor.—Gloria de los cuerpos que alcanzó Cristo en el Tabor para los que por su amor los afligiesen.—Corona de los trabajos.—Es mayor la de perdonar las injurias.—Aguarda el Señor á los pecadores en esta vida, pero recompensará la tardanza de el castigo con la gravedad.—Cómo se ha de regular el sufrimiento.

1099. Corrian ya mas de dos años y medio de la predicacion y maravillas de nuestro Redentor y Maestro Jesús, y se iba acercando el tiempo destinado por la eterna sabiduría, para volverse al Padre por medio de su pasion y muerte; y con ella dejar satisfecha la divina justicia y redimido el linaje humano. Y porque todas sus obras eran ordenadas á nuestra salud y enseñanza, llenas de divina sabiduría, determinó su Majestad prevenir algunos de sus Apóstoles para el escándalo que con su muerte habian de padecer [1], y manifestárseles primero glorioso en el cuerpo pasible que habian de ver despues azotado y crucificado, para que primero le viesen transfigurado con la gloria, que desfigurado con las penas. Esta promesa habia hecho poco antes en presencia de todos, aunque no para todos sino para algunos, como lo refiere el evangelista san Mateo [2]. Para esto eligió un monte alto, que fue el Tabor, en medio de Galilea, y dos leguas de Nazareth hácia el Oriente; y subiendo á lo mas alto dél con los tres apóstoles Pedro, Jacobo, y Juan su hermano, se trans-

[1] Matth. xxvi, 31. — [2] Ibid. xvi, 28.

figuró en su presencia, como lo cuentan los tres evangelistas san Mateo [1], san Marcos [2] y san Lucas [3]. Los cuales dicen que á mas de los tres Apóstoles se hallaron tambien presentes los dos profetas Moisés y Elías, hablando con Jesús de su pasion. Estando transfigurado vino una voz del cielo en nombre del eterno Padre, que dijo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agrado; á él habeis de oir*.

1100. No dicen los Evangelistas que se hallase María santísima á la maravilla de la Transfiguracion, ni tampoco lo niegan; porque esto no pertenecia á su intento, ni convenia manifestar en los Evangelios el oculto milagro con que se hizo. La inteligencia que se me ha dado para escribir esta Historia es, que la divina Señora, al mismo tiempo que algunos Ángeles fueron á traer la alma de Moisés y á Elías de donde estaban, fue llevada por manos de sus santos Ángeles al monte Tabor, para que viese transfigurado á su Hijo santísimo, como sin duda le vió. Aunque no fue necesario confortar en la fe á la Madre santísima como á los Apóstoles, porque en ella estaba confirmada y invencible. Pero tuvo el Señor muchos fines en esta maravilla de la Transfiguracion; y en su Madre santísima habia otras razones particulares para no celebrar Cristo nuestro Redentor tan gran misterio sin su presencia. Y lo que en los Apóstoles era gracia, en la Reina y Madre era como debido, por compañera y coadjutora de las obras de la redencion, y lo habia de ser hasta la cruz; y convenia confortarla con este favor para los tormentos que sù alma santísima habia de padecer: y que habiendo de quedar por maestra de la Iglesia santa fuese testigo de este misterio, y no le ocultase su Hijo santísimo lo que tan fácilmente le podia manifestar; pues le hacia patentes todas las operaciones de su alma santísima. Ni era el amor del Hijo para la divina Madre de condicion que le negase este favor, cuando ninguno dejó de hacer con ella, de los que manifestaban amarla con ternísimo afecto; y para la gran Reina era excelencia y dignidad. Por estas razones, y otras muchas que no es necesario referir ahora, se me ha dado á entender que María santísima asistió á la Transfiguracion de su Hijo santísimo y Redentor nuestro.

1101. Y no solo vió transfigurada y gloriosa la humanidad de Cristo nuestro Señor, sino que el tiempo que duró este misterio vió María santísima la Divinidad intuitivamente y con claridad; porque el beneficio con ella no habia de ser como con los Apóstoles, sino

[1] Matth. XVII, 1. — [2] Marc. IX, 1. — [3] Luc. IX, 28.

con mayor abundancia y plenitud. Y en la misma vision de la gloria del cuerpo, que á todos fue manifiesta, hubo gran diferencia entre la divina Señora y los Apóstoles; no solo porque ellos al principio, cuando se retiró Cristo nuestro Señor á orar, estuvieron dormidos y somnolientos, como dice san Lucas [1], sino tambien porque con la voz del cielo fueron oprimidos de gran temor, y cayeron los Apóstoles sobre sus caras en tierra, hasta que el mismo Señor les habló y levantó, como lo cuenta san Mateo [2]; pero la divina Madre estuvo á todo inmóvil, porque á mas de estar acostumbrada á tantos y tan grandes beneficios, estaba entonces llena de nuevas cualidades, iluminacion y fortaleza para ver la Divinidad; y así pudo mirar de hito en hito la gloria del cuerpo transfigurado, sin padecer el temor y defecto que los Apóstoles en la parte sensitiva. Otras veces habia visto la beatísima Madre al cuerpo de su Hijo santísimo transfigurado, como arriba se ha dicho [3]; pero en esta ocasion con nuevas circunstancias y de mayor admiracion, con inteligencias y favores mas particulares; y así lo fueron tambien los efectos que causó en su alma purísima esta vision, de que salió toda renovada, inflamada y deificada. Y mientras vivió en carne mortal, nunca perdió las especies de esta vision, que tocaba á la humanidad gloriosa de Cristo nuestro Señor. Y aunque le sirvió de gran consuelo en la ausencia de su Hijo, mientras no se le renovó su imágen gloriosa con otros beneficios que en la tercera parte verémos; pero tambien fue causa de que sintiese mas las afrentas de su pasion, habiéndole visto Señor de la gloria, como se le representaba.

1102. Los efectos que causó en su alma santísima esta vision de todo Cristo glorioso no se pueden explicar con alguna ponderacion humana. Y no solo ver con tanta refulgencia aquella sustancia que habia tomado el Verbo de su misma sangre, y traido en su virginal vientre, y alimentado á sus pechos; pero el oir la voz del Padre que le reconocia por Hijo, al que tambien lo era suyo natural, y que le daba por Maestro á los hombres; todos estos misterios penetraba y ponderaba agradecida, y alababa dignamente al Todopoderoso. Hizo nuevos cánticos con sus Ángeles, celebrando aquel dia tan festivo para su alma y para la humanidad de su Hijo santísimo. No me detengo en declarar otras cosas de este misterio, y en que consistió la transfiguracion del cuerpo sagrado de Jesús. Basta saber que su cara resplandeció como el sol, y sus vestiduras estuvieron mas blancas que

[1] Luc. IX, 32. — [2] Matth. XVII, 6.
[3] Supr. n. 695, 851.

la nieve [1]; y que está gloria resultó en el cuerpo, de la que siempre tenia el Salvador en su alma divinizada y gloriosa. Porque el milagro que se hizo en la Encarnacion, suspendiendo los efectos gloriosos que de ella habian de resultar en el cuerpo permanentemente, cesó ahora de paso en la Transfiguracion; y participó el cuerpo purísimo de aquella gloria del alma. Este fue el resplandor y claridad que vieron los que asistian á ella. Y luego se volvió á continuar el mismo milagro, suponiéndose los efectos de alma gloriosa. Y como ella estaba siempre beatificada, fue tambien maravilla que el cuerpo recibiese de paso lo que por órden comun habia de ser perpétuo en él como en el alma.

1103. Celebrada la Transfiguracion, fue restituida la beatísima Madre á su casa en Nazareth; y su Hijo santísimo bajó del monte, y luego vino á donde ella estaba, para despedirse de su patria y tomar el camino para Jerusalen, donde habia de padecer en la primera Pascua, que seria para su Majestad la última. Pasados no muchos dias, salió de Nazareth acompañado de su Madre santísima, de los Apóstoles y discípulos que tenia, y otras santas mujeres, discurriendo y caminando por medio de Galilea y Samaria, hasta llegar á Judea y á Jerusalen. Escribe esta jornada el evangelista san Lucas, diciendo que el Señor afirmó su cara para ir á Jerusalen [2]; porque esta partida fue con alegre semblante y fervoroso deseo de llegar á padecer, y con voluntad propia y eficaz de ofrecerse por el linaje humano; porque él mismo lo queria; y así no habia de volver mas á Galilea, donde tantas maravillas habia obrado. Con esta determinacion al salir de Nazareth confesó al eterno Padre, y le dió gracias en cuanto hombre, porque en aquella casa y lugar habia recibido la forma y ser humano, que por el remedio de los hombres ofrecia á la pasion y muerte que iba á recibir. Entre otras razones que dijo Cristo Redentor nuestro en aquella oracion, que yo no puedo explicar con las mias, fueron estas:

1104. *Eterno Padre mio, por cumplir vuestra obediencia voy con alegría y buena voluntad á satisfacer vuestra justicia y padecer hasta morir, y reconciliar con Vos á todos los hijos de Adan* [3], *pagando la deuda de sus pecados, y abriéndoles las puertas del cielo que con ellos están cerradas. Voy á buscar los que se perdieron aborreciéndome* [4], *y se han de reparar con la fuerza de mi amor. Voy á buscar y congregar los derramados de la casa de Jacob* [5], *á levantar los caidos, en-*

1 Matth. XVII, 2. — 2 Luc. IX, 51. — 3 Rom. V, 10.
4 Luc. XIX, 10. — 5 Isai. LVI, 8.

riquecer á los pobres, refrigerar los sedientos, derribar los soberbios, y ensalzar á los humildes. Quiero vencer al infierno y engrandecer el triunfo de vuestra gloria contra Lucifer[1] *y los vicios que sembró en el mundo. Quiero enarbolar el estandarte de la cruz, debajo de la cual han de militar todas las virtudes y cuantos la siguieren*[2]. *Quiero saciar mi corazon sediento de los oprobrios*[3] *y afrentas que son en vuestros ojos tan estimables. Quiero humillarme hasta recibir la muerte por mano de mis enemigos, para que nuestros amigos y escogidos sean honrados y consolados en sus tribulaciones, y sean ensalzados con eminentes y copiosos premios, cuando á ejemplo mio se humillaren á padecerlas*[4]. *Ó cruz deseada, ¿cuándo me recibirás en tus brazos? Ó dulces oprobrios y afrentas dolorosas, ¿cuándo me llevaréis á la muerte para dejarla vencida en mi carne*[5], *que en todo fue inculpable? Dolores, afrentas, ignominias, azotes, espinas, pasion, muerte, venid, venid á mí que os busco; dejad hallaros luego de quien os ama y conoce vuestro valor. Si el mundo os aborrece, yo os codicio. Si él con ignorancia os desprecia, yo, que soy la verdad y sabiduría, os procuro porque os amo. Venid, pues, á mí, que si como hombre os recibiere, como Dios verdadero os daré la honra que os quitó el pecado y quien le hizo. Venid á mí, y no frustreis mis deseos, que si soy todopoderoso y por eso no llegais, licencia os doy para que en mi humanidad empleeis todas vuestras fuerzas. No seréis de mí arrojados ni aborrecidos, como lo sois de los mortales. Destiérrese ya el engaño y fascinacion mentirosa de los hijos de Adan, que sirven á la vanidad y mentira*[6], *juzgando por infelizes á los pobres afligidos y afrentados del mundo; que si vieren al que es su verdadero Dios, su Criador, Maestro y Padre, padecer oprobrios afrentosos, azotes, ignominias, tormentos y muerte de cruz y desnudez, ya cesará el error, y tendrán por honra seguir á su mismo Dios crucificado.*

1105. Estas son algunas razones de las que se me han dado inteligencia formaba en su corazon el Maestro de la vida nuestro Salvador. Y el efecto y obras manifestaron lo que no alcanzan mis palabras para acreditar los trabajos de la pasion, muerte y cruz, con los afectos de amor que las buscó y padeció. Pero todavía los hijos de la tierra somos de corazon pesado y no dejamos la vanidad[7]. Estando pendiente á nuestros ojos la misma vida y verdad, siempre nos arrastra la soberbia, nos ofende la humildad, arrebata lo deleitable, y juzgamos aborrecible lo penoso. ¡Oh error lamentable! ¡Trabajar

[1] I Joan. III, 8. — [2] Matth. XVI, 24. — [3] Thren. III, 30.
[4] Philip. III, 8. — [5] Hebr. II, 14. — [6] Psalm. IV, 3. — [7] Ibid.

mucho por no trabajar un poco, fatigarse demasiado por no admitir una pequeña molestia, resolverse estultamente á padecer ignominia y confusion eterna por no sufrir una muy leve, y aun por no carecer de una honra vana y aparente! ¿Quién dirá (si tiene sano juicio) que esto es amarse á sí mismo? Pues ¿no le puede ofender mas su mortal enemigo, con lo que le aborrece, que él con lo que obra en desagrado de Dios? Por enemigo tenemos al que nos lisonjea y regala, si debajo de esto nos arma la traicion; y loco seria el que sabiéndolo se entregase en ella por aquel breve regalo y deleite. Si esto es verdad, como lo es, ¿qué dirémos del juicio de los mortales seguidores del mundo? ¿Quién se les ha bebido? ¿quién les embaraza el uso de la razon? ¡Oh cuán grande es el número de los necios [1]!

1106. Sola María santísima, como imágen viva de su Unigénito entre los hijos de Adan, se ajustó con su voluntad y vida, sin disonar un ápice de todas sus obras y doctrina. Ella fue la prudentísima, la científica y llena de sabiduría, que pudo recompensar las menguas de nuestra ignorancia ó estulticia, y granjearnos la luz de la verdad en medio de nuestras pesadas tinieblas. Sucedió en la ocasion de que voy hablando, que la divina Señora en el espejo del alma santísima de su Hijo vió todos los actos y afectos interiores que obraba; y como aquel era el magisterio de sus acciones, conformándose con él hizo juntamente oracion al eterno Padre, y en su interior decia: *Dios altísimo y Padre de las misericordias, confieso tu ser infinito y inmutable; te alabo y glorifico eternamente, porque en este lugar, despues de haberme criado, tu dignacion engrandeció el poder de tu brazo, levantándome á ser Madre de tu Unigénito con la plenitud de tu espíritu y antiguas misericordias, que conmigo, tu humilde esclava, magnificaste; y porque despues, sin merecerlo yo, tu Unigénito, y mio en la humanidad que recibió de mi sustancia, se dignó de tenerme en su compañía tan deseable por treinta y tres años, que la he gozado con las influencias de su gracia y magisterio de su doctrina, que ha iluminado el corazon de tu sierva. Hoy, Señor y Padre eterno, desamparo mi patria, y acompaño á mi Hijo y mi Maestro por tu divino beneplácito, para asistirle al sacrificio que de su vida y ser humano se ha de ofrecer por el linaje humano. No hay dolor que se iguale á mi dolor [2], pues he de ver al Cordero [3] que quita los pecados del mundo entregado á los sangrientos lobos; al que es imágen viva y figura de tu*

[1] Eccles. I, 15. — [2] Thren. I, 12.
[3] Jerem. XI, 19.

sustancia [1]*; al que es engendrado* ab æterno *en igualdad con ella, y lo será por todas las eternidades; al que yo dí el ser humano en mis entrañas, entregado á los oprobrios y muerte de cruz, y borrada con la fealdad de los tormentos la hermosura de su rostro* [2]*, que es la lumbre de mis ojos y alegría de los Ángeles. ¡Oh si fuera posible que recibiera yo las penas y dolores que le esperan, y me entregara á la muerte para guardar su vida! Recibe, Padre altísimo, el sacrificio que con mi Amado te ofrece mi doloroso afecto, para que se haga tu santísima voluntad y beneplácito. ¡Oh qué apresurados corren los dias y las horas para que llegue la noche de mi dolor y amargura! Dia será dichoso para el linaje humano, pero noche de afliccion para mi corazon tan contristado con la ausencia del sol que le ilustraba. ¡Oh hijos de Adan, engañados y olvidados de vosotros mismos! Despertad ya de tan pesado sueño, y conoced el peso de vuestras culpas, en el efecto que hicieron en vuestro mismo Dios y Criador. Miradle en mi deliquio, dolor y amargura. Acabad ya de ponderar los daños de la culpa.*

1107. No puedo yo manifestar dignamente todas las obras y conceptos que la gran Señora del mundo hizo en esta despedida última de Nazareth, las peticiones y oraciones al eterno Padre, los coloquios dulcísimos y dolorosos que tuvo con su Hijo santísimo, la grandeza de su amargura, y los méritos incomparables que adquirió; porque entre el amor santo y natural de madre verdadera, con que deseaba la vida de Jesús y excusarle los tormentos que habia de padecer, en la conformidad que tenia con la voluntad suya y de el eterno Padre, era traspasado su corazon de dolor y del cuchillo penetrante que le profetizó Simeon [3]. Con esta afliccion decia á su Hijo razones prudentísimas y llenas de sabiduría, pero muy dulces y dolorosas; porque no le podia excusar de la pasion, ni morir en ella acompañándole. En estas penas excedió sin comparacion á todos los Mártires que han sido y serán hasta el fin del mundo. Con esta disposicion y afectos ocultos á los hombres prosiguieron los Reyes del cielo y tierra esta jornada desde Nazareth para Jerusalen por Galilea, á donde no volvió mas en su vida el Salvador del mundo. Y segun que se le acababa ya el tiempo de trabajar por la salud de los hombres, fueron mayores las maravillas que hizo en estos últimos meses antes de su pasion y muerte, como las cuentan los sagrados Evangelistas desde esta partida de Galilea hasta el dia que entró triunfando en Jerusalen, como adelante diré [4]. Y hasta entonces, despues

[1] Sap. VII, 26; Hebr. I, 3. — [2] Isai. LIII, 2. — [3] Luc. II, 35.
[4] Infr. n. 1121.

de celebrada la fiesta ó pascua de los Tabernáculos, discurrió el Salvador y se ocupó en Judea aguardando la hora y tiempo determinado, en que se habia de ofrecer al sacrificio, cuándo y cómo él mismo queria.

1108. Acompañóle en esta jornada continuamente su Madre santísima, salvo algunos ratos que se apartaron por acudir los dos á diferentes obras y beneficios de las almas; y en este ínterin quedaba san Juan asistiéndola y sirviéndola; y desde entonces observó el sagrado Evangelista grandes misterios y secretos de la purísima Vírgen y Madre, y fue ilustrado en altísima luz para entenderlos. Entre las maravillas que obraba la prudentísima y poderosa Reina, eran las mas señaladas, y con mayores realces de caridad, cuando encaminaba sus afectos y peticiones á la justificacion de las almas; porque tambien ella, como su Hijo santísimo, hizo mayores beneficios á los hombres, reduciendo muchos al camino de la vida, curando enfermos, visitando á los pobres y afligidos, á los necesitados y desvalidos; ayudándoles en la muerte, sirviéndoles por su misma persona, y mas á los mas desamparados, llagados y doloridos. De todo era testigo el amado Discípulo, que ya tenia por su cuenta el servirla. Mas como la fuerza del amor habia crecido tanto en María purísima con su Hijo y Dios eterno, y le miraba en la despedida de su presencia para volverse al Padre, padecia la beatísima Madre tan continuos vuelos del corazon y deseos de verle, que llegaba á sentir unos deliquios amorosos en ausentarse de su presencia, cuando se dilataba mucho rato de volver á ella. Y el Señor, que como Dios y Hijo miraba lo que sucedia en su amantísima Madre, se obligaba y la correspondia con recíproca fidelidad, respondiéndole en su secreto aquellas palabras que aquí se verificaron á la letra [1]: *Heriste mi corazon, hermana mia, herístele con uno de tus ojos*. Porque como herido y vencido de su amor le traia luego á su presencia. Y segun lo que en esto se me ha dado á entender, no podia Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, estar léjos de la presencia de su Madre, si daba lugar á la fuerza del afecto, que como á Madre, y que tanto le amaba, le tenia; y naturalmente le aliviaba y consolaba con su vista y presencia; y la hermosura de aquella alma purísima de su Madre le recreaba, y hacia suaves los trabajos y penalidades; porque la miraba como fruto suyo único, y singular de todos; y la dulcísima vista de su persona era de gran alivio para las penas sensibles de su Majestad.

[1] Cant. IV, 9.

1109. Continuaba nuestro Salvador sus maravillas en Judea, donde estos dias entre otras sucedió la resurreccion de Lázaro en Betania [1], á donde vino llamado de las dos hermanas Marta y María. Y porque estaba muy cerca de Jerusalen se divulgó luego en ella el milagro; y los pontífices y fariseos irritados con esta maravilla hicieron el concilio [2], donde decretaron la muerte del Salvador, y que si alguno tuviese noticia de él, le manifestase; porque despues de la resurreccion de Lázaro se retiró su divina Majestad á una ciudad de Efren [3], hasta que llegase la fiesta de la Pascua, que no estaba léjos. Cuando fue tiempo de volver á celebrarla con su muerte, se declaró mas con los doce discípulos, que eran los Apóstoles; y les dijo á ellos solos que advirtiesen subian á Jerusalen [4], donde el Hijo del Hombre, que era él, seria entregado á los príncipes de los fariseos, y seria prendido, azotado y afrentado hasta morir crucificado. En el ínterin los sacerdotes estaban cuidadosos espiándole si subia á celebrar la Pascua. Y seis dias antes llegó otra vez á Betania [5], donde habia resucitado á Lázaro, y donde fue hospedado de las dos hermanas, y le hicieron una cena muy abundante para su Majestad y María santísima su Madre, y todos los que los acompañaban para la festividad de la Pascua; y entre los que cenaron uno fue Lázaro, á quien pocos dias antes habia resucitado.

1110. Estando recostado el Salvador del mundo en este convite (conforme á la costumbre de los judíos), entró María Magdalena [6] llena de divina luz, y altos y nobilísimos pensamientos; y con ardentísimo amor, que á Cristo su divino Maestro tenia, le ungió los piés, y derramó sobre ellos y su cabeza un vaso ó pomo de alabastro lleno de licor fragrantísimo y precioso, de confeccion de nardos y otras cosas aromáticas; y limpió los piés con sus cabellos, al modo que otra vez lo habia hecho en casa del fariseo en su conversion, que cuenta san Lucas [7]. Y aunque esta segunda uncion de la Magdalena la cuentan los otros tres Evangelistas con alguna diferencia; pero no he entendido que fuesen dos unciones, ni dos mujeres, sino sola la Magdalena, movida del divino Espíritu y del encendido amor que tenia á Cristo nuestro Salvador. De la fragrancia de estos ungüentos se llenó toda la casa, porque fueron en cantidad y muy preciosos; y la liberal enamorada quebró el vaso para derramarlos sin escasez, y en obsequio de su Maestro. El avariento apóstol Judas, que deseaba se le hubiesen entregado para venderlos y coger el precio, comenzó á

[1] Joan. XI. 17. — [2] Ibid. 47. — [3] Ibid. 54. — [4] Matth. XX, 18.
[5] Joan. XII, 1. — [6] Ibid. 3. — [7] Luc. VII, 38.

murmurar de esta uncion misteriosa y á mover á algunos de los otros Apóstoles con pretexto de pobreza y caridad con los pobres [1], á quienes, decia, se les defraudaba la limosna, gastando sin provecho y con prodigalidad cosa de tanto valor, siendo así que todo esto era con disposicion divina, y él hipócrita, avariento y desmesurado.

1111. El Maestro de la verdad y vida disculpó á la Magdalena, á quien Judas reprehendia de pródiga y poco advertida. Y el Señor le dijo á él y á los demás que no la molestasen [2]; porque aquella accion no era ociosa y sin justa causa; y á los pobres no por esto se les perdia la limosna que quisiesen hacerles cada dia; y con su persona no siempre se podia hacer aquel obsequio, que era para su sepultura, la que prevenia aquella generosa enamorada con espíritu del cielo, testificando en la misteriosa uncion que ya el Señor iba á padecer por el linaje humano, y que su muerte y sepultura estaban muy vecinas. Pero nada de esto entendia el pérfido discípulo, antes se indignó furiosamente contra su Maestro, porque justificó la obra de la Magdalena. Viendo Lucifer la disposicion de aquel depravado corazon, le arrojó en él nuevas flechas de codicia, indignacion y mortal odio contra el Autor de la vida. Y desde entonces propuso de maquinarle la muerte, y en llegando á Jerusalen dar cuenta á los fariseos y desacreditarle con ellos con audacia como en efecto lo cumplió. Porque ocultamente se fué á ellos, y les dijo que su Maestro enseñaba nuevas leyes contrarias á la de Moisés y de los emperadores: que era amigo de convites, de gente perdida y profana; y á muchos de mala vida admitia, á hombres y mujeres, y los traia en su compañía, que tratasen de remediarlo, porque no les sucediese alguna ruina, que despues no pudiesen recuperar. Y como los fariseos estaban ya del mismo acuerdo, gobernándolos á ellos y á Judas el príncipe de las tinieblas, admitieron el aviso, y dél salió el concierto de la venta de Cristo nuestro Salvador.

1112. Todos los pensamientos de Judas eran patentes, no solo al divino Maestro, sino tambien á su Madre santísima. Y el Señor no habló palabra á Judas, ni cesó de hablarle como padre amoroso y enviarle inspiraciones santas á su obstinado corazon. Pero la Madre de clemencia añadió á ellas nuevas exhortaciones y diligencias para detener al precipitado discípulo; y aquella noche del convite (que fue sábado antes del domingo de Ramos) le llamó y habló á solas, y con dulcísimas y eficaces palabras, y copiosas lágrimas, le propuso su formidable peligro, y le pidió mudase de intento; y si

1 Joan. XII, 5. — 2 Matth. XXVI, 10.

tenia enojo con su Maestro, tomase contra ella la venganza, que seria menor mal; porque era pura criatura, y él su Maestro y verdadero Dios. Y para saciar la codicia de aquel avariento corazon le ofreció algunas cosas que para este intento la divina Madre habia recibido de mano de la Magdalena. Pero ninguna de estas diligencias fueron poderosas con el ánimo endurecido de Judas, ni tan vivas y dulces razones hicieron mella en su corazon mas duro que diamante. Antes por el contrario, como no hallaba qué responder, y le hacian fuerza las palabras de la prudentísima Reina, se enfureció mas, y calló, mostrándose ofendido. Pero no por eso tuvo vergüenza de tomar lo que le dió; porque era igualmente codicioso y pérfido. Con esto le dejó María santísima, y se fué á su Hijo y Maestro; y llena de amargura y de lágrimas se arrojó á sus piés, y le habló con razones prudentísimas, pero muy dolorosas, de compasion ó de algun sensible consuelo para su amado Hijo, que miraba en su humanidad santísima, que padecia algunas tristezas por las mismas razones que despues dijo á los discípulos que estaba triste su alma hasta la muerte [1]. Todas estas penas eran por los pecados de los hombres, que habian de malograr su pasion y muerte, como adelante diré [2].

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

1113. Hija mia, pues en el discurso de mi vida que escribes, cada dia vas entendiendo mas y declarando el amor ardentísimo con que mi Señor y tu Esposo, y yo con él, abrazamos el camino de la cruz y del padecer, y que solo este elegimos en la vida mortal; razon será que como recibes esta ciencia, y yo te repito su doctrina, camines tú en imitarla. Esta deuda crece en tí desde el dia que te eligió por esposa, y siempre va aumentándose, y no te puedes desempeñar si no abrazas los trabajos y los amas con tal afecto, que para tí sea la mayor pena el no padecerlos. Renueva cada dia este deseo en tu corazon, que te quiero muy sábia en esta ciencia que ignora y aborrece el mundo. Pero advierte asimismo que no quiere Dios afligir á la criatura solo por afligirla, sino por hacerla capaz y digna de los beneficios y tesoros que por este medio le tiene preparados sobre todo humano pensamiento [3]. Y en fe de esta verdad y como en prendas de esta promesa se quiso transfigurar en el Tabor en presencia mia y de algunos discípulos. Y en la oracion que allí hizo al Padre, que yo sola conocí y entendí, habiéndose humillado su

[1] Matth. XXVI, 38. — [2] Infr. n. 1210, 1215, 1395. — [3] I Cor. II, 9.

humanidad santísima, confesándole por verdadero Dios, infinito en perfecciones y atributos (como lo hacia siempre que queria hacer alguna peticion), le suplicó que todos los cuerpos mortales que por su amor se affigiesen y trabajasen en su imitacion en la nueva ley de gracia participasen despues de la gloria de su mismo cuerpo; y para gozar de ella en el grado que á cada uno le correspondiese, resucitasen en el mismo cuerpo el último dia del juicio final unidos á sus proprias almas. Y porque el eterno Padre concedió esta peticion, quiso que se confirmase como contrato entre Dios y los hombres, con la gloria que recibió el cuerpo de su Maestro y Salvador, dándole en rehenes la posesion de lo que pedia para todos sus seguidores. Tanto peso como este tiene el momentáneo trabajo [1] que toman los mortales en privarse de las viles delectaciones terrenas, y mortificar su carne y padecer por Cristo mi Hijo y Señor.

1114. Por los merecimientos infinitos que él interpuso en esta peticion, es corona de justicia para la criatura esta gloria que le toca, como miembro de la cabeza Cristo que se la mereció [2]. Pero esta union ha de ser por la gracia y imitacion en el padecer, á que corresponde el premio. Y si padecer cualquiera de los trabajos corporales tiene su corona, mucho mayor será padecer, sufrir y perdonar las injurias, y dar por ellas beneficios, como lo hicimos nosotros con Judas; pues no solo no lo despidió el Señor del apostolado, ni se mostró indignado con él, sino que le aguardó hasta el fin, que por su malicia se acabó de imposibilitar para el bien, con entregarse al demonio. En la vida mortal camina el Señor con pasos muy lentos á la venganza; pero despues recompensará la tardanza con la gravedad del castigo. Y si Dios sufre y espera tanto, ¿cuánto debe sufrir un vil gusano á otro que es de su misma naturaleza y condicion? Con esta verdad, y con el celo de la caridad de tu Señor y Esposo, has de regular tu paciencia, tu sufrimiento y el cuidado de la salvacion de las almas. No te digo en esto que has de sufrir lo que fuere contra la honra de Dios, que eso no fuera ser verdadera celadora de el bien de tus prójimos; pero que ames á la hechura del Señor, y aborrezcas el pecado; que sufras y disimules lo que á tí te toca; y trabajes porque todos se salven en cuanto fuere posible. No desconfies luego, cuando no veas el fruto, antes presentes al eterno Padre los méritos de mi Hijo santísimo, y mi intercesion, y la de los Ángeles y Santos, que como Dios es caridad y están en su Majestad los bienaventurados, la ejercitan con los viandantes [3].

[1] II Cor. IV, 17. — [2] II Tim. IV, 8. — [3] Joan. IV, 16.

CAPÍTULO VII.

El oculto sacramento que precedió al triunfo de Cristo en Jerusalen; y cómo entró en ella, y fue recibido de sus moradores.

En el sacramento de la redencion humana se encierran muchos misterios que no están explícitamente revelados. — Para manifestar algunos de ellos mandó el Señor escribir esta Historia. — No se les deben hacer difíciles á los católicos. — Misterios que sucedieron en Betania despues de la uncion de la Magdalena. — Nuevo ofrecimiento que hizo Cristo al Padre de sí mismo para la pasion. — Apareció el Padre eterno en forma humana visible con el Espíritu Santo. — Aceptó el Padre el sacrificio de su Unigénito. — Pidió á María se le entregase de nuevo. — Ofrecimiento que hizo entonces María de su Hijo. — Levantó el Padre á Cristo á su trono, y le puso á su diestra. — En esta vision comenzó María el salmo: *Dixit Dominus Domino meo.* — Prosiguió el Padre eterno el salmo, manifestando á María y á los Ángeles sus misterios. — Exaltacion de Cristo sobre todas las criaturas, y dominio sobre sus enemigos. — Triunfos del Redentor. — Virtud y poder con que consiguió los triunfos. — Uncion de Cristo en sumo Sacerdote. — Castigo de Dios á los que no reconocieron, adoraron y sirvieron á Cristo. — Juicio divino final de los redimidos hijos de Adan. — Exaltacion de Cristo al castigo de sus enemigos en el dia de la ira. — Dos puntos á que se reducen los misterios de este salmo. — En arras de esta exaltacion de Cristo ordenó su eterno Padre su entrada triunfante en Jerusalen. — Disposicion de este triunfo. — Sirvióse Cristo en él del jumentillo y jumenta. — Aclamacion del triunfo. — Todas las demostraciones y conmocion universal de los hombres en este triunfo manifestaban el poder de la Divinidad. — Extendióse la solemnidad de este triunfo á muchas mas criaturas, fuera de las que estaban en Jerusalen. — Celebráronlo los santos padres del limbo, y en qué forma. — Como se extendió á todos los que en el mundo tenian fe ó noticia de Cristo. — Ninguna persona murió aquel dia en todo el orbe. — Todos los demonios fueron sepultados en el infierno, sin quedar ninguno sobre la tierra mientras duró el triunfo. — En qué forma celebraron el triunfo los Ángeles. — Entrada de Cristo en el templo. — Acabado el triunfo suspendió el Señor el influjo con que movió para él los corazones. — Enseñó Cristo en el templo hasta la tarde. — Vió María desde Betania en vision particular todos los sucesos de el triunfo de su Hijo. — Voz del Padre que descendió del cielo, y su inteligencia. — Cuán diversos son los juicios de Dios, de los hombres, en la exaltacion de las criaturas. — La ignorancia hace que sola la honra de el mundo se busque. — Los fieles no practican en esto lo que confiesan. — El mundo de ordinario trueca en honras las suertes. — Como se ha de alejar el alma de la gloria mundana. — Fines por que Cristo admitió el aplauso visible de su triunfo. — No se han de admitir las honras visibles si no hay otro fin mas alto á que ordenarlas. — Cómo se portaba María cuando conocia que su Hijo queria hacer alguna ausencia. — Dejó Cristo en su mano el que le acompañase en el triunfo ó se quedase en Betania. — Razones por que María eligió el no hallarse en aquel triunfo. — Singular ejemplo de no admitir las honras humanas, cuando no se ordenan á mas alto fin.

1115. Entre las obras de Dios que se llaman *ad extra*, porque las hizo fuera de sí mismo, la mayor fue la de tomar carne humana, padecer y morir por el remedio de los hombres. Este sacramento no le pudo alcanzar la sabiduría humana [1], si el mismo Autor no le revelara por tantos argumentos y testimonios. Y con todo eso, á muchos sábios segun la carne se les hizo dificultoso de creer su propio beneficio y remedio. Otros, aunque le han creido, no con las condiciones y verdad que sucedió. Otros, que son los católicos, creen, confiesan y conocen este sacramento en el grado de luz que dél tiene la santa Iglesia. Y en esta fe explícita de los misterios revelados, confesamos implícitamente los que en sí encierran; y no ha sido necesario manifestarse al mundo, porque no son precisamente necesarios; y unos reserva Dios para el tiempo oportuno, otros para el último dia, cuando se revelarán todos los corazones en la presencia del justo Juez [2]. El intento del Señor en mandarme escribir esta Historia (como otras veces he dicho y muchas he entendido [3]), es manifestar algunos de estos ocultos sacramentos sin opiniones ni conjeturas humanas; y así dejo escritos muchos que se me han declarado, y conozco restan muchos de grande admiracion y veneracion. Para los cuales quiero prevenir la piedad y la fe católica de los fieles; pues á quien lo fuere no se le hará dificultoso lo accesorio, confesando con fe divina lo principal de las verdades católicas, sobre que se funda todo lo que dejo escrito y lo que escribiré en lo restante de este argumento, en especial de la pasion de nuestro Redentor.

1116. El sábado que sucedió la uncion de la Magdalena en Betania, acabada la cena, como en el capítulo pasado dije, se retiró nuestro divino Maestro á su recogimiento; y su Madre santísima, dejando á Judas en su obstinacion, se fué á la presencia de su Hijo amantísimo, acompañándole, como solia, en la oracion y ejercicios que hacia. Estaba ya su Majestad cerca de entrar en el mayor conflicto de su carrera, que (como dice David [4]) habia tomado desde lo supremo del cielo para volver á él, dejando vencido al demonio, al pecado y á la muerte. Y como el obedientísimo Hijo iba de voluntad á la pasion y cruz, estando ya tan cerca, se ofreció de nuevo al eterno Padre, y postrado en tierra sobre su rostro, le confesó y alabó, haciendo una profunda oracion y altísima resignacion, en que aceptaba las afrentas de su pasion, las penas, ignominias y la muerte de cruz por la gloria del mismo Señor y por el rescate de todo el

[1] Matth. x, 17. — [2] I Cor. iv, 5. — [3] Part. I, n. 10; supr. n. 678.
[4] Psalm. xviii, 7.

linaje humano. Estaba su beatísima Madre retirada un poco á un lado del dichoso oratorio, y acompañando á su querido Hijo y Señor en la oracion que hacian, y entrambos, Hijo y Madre, con lágrimas de lo íntimo de sus almas santísimas.

1117. En esta ocasion antes de la media noche apareció el eterno Padre en forma humana visible con el Espíritu Santo y multitud de Ángeles innumerables que asistian al espectáculo. Y el Padre aceptó el sacrificio de Cristo su santísimo Hijo, y que en él se ejecutase el rigor de su justicia para perdonar al mundo. Y luego, hablando el mismo Padre eterno con la beatísima Madre, la dijo: *María, Hija y Esposa nuestra, quiero que de nuevo entregues á tu Hijo para que sea sacrificado, pues yo le entrego por la redencion humana*. Respondió la humilde y cándida paloma: *Aquí está, Señor, el polvo y ceniza, indigna de que vuestro Unigénito y Redentor del mundo sea mio. Pero rendida á vuestra inefable dignacion, que le dió forma humana en mis entrañas, le ofrezco y me ofrezco yo con él á vuestro divino beneplácito. Yo os suplico, Señor y Padre eterno, me recibais para que yo padezca juntamente con vuestro Hijo y mio*. Admitió tambien el eterno Padre la oblacion de María santísima, y la aceptó por agradable sacrificio. Y levantando del suelo á Hijo y Madre, dijo: *Este es el fruto de la tierra bendito que desea mi voluntad*. Luego levantó al Verbo humanado al trono de su Majestad en que estaba, y le puso el eterno Padre á su diestra, con la misma autoridad y preeminencia que él tenia.

1118. Quedó María santísima en su lugar donde estaba, pero transformada y elevada toda en admirable júbilo y resplandor. Y viendo á su Unigénito sentado á la diestra de su eterno Padre, pronunció y dijo aquellas primeras palabras del salmo CIX, en que misteriosamente habia profetizado David este sacramento escondido [1]: *Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra*. Sobre estas palabras (como comentándolas) hizo la divina Reina un cántico misterioso en alabanza del eterno Padre y del Verbo humanado. Y en cesando ella de hablar, prosiguió el Padre todo lo restante del salmo, como quien ejecutaba y obraba con su inmutable decreto todo lo que contienen aquellas misteriosas y profundas palabras hasta el fin del salmo inclusive. Muy dificultoso es para mí reducir á mis cortos términos la inteligencia que tengo de tan alto misterio; pero diré algo, como el Señor me lo concediere, porque se entienda en parte tan oculto sacramento y maravilla del Todopoderoso, y lo que á

[1] Psalm. CIX, 1.

María santísima y á los espíritus soberanos que asistian les dió á entender el Padre eterno.

1119. Prosiguió y dijo [1]: *Hasta que ponga yo á tus enemigos por peaña de tus piés.* Porque habiéndote humillado tú por mi voluntad eterna [2], has merecido la exaltacion que te doy sobre todas las criaturas; y que en la naturaleza humana que recibiste reines á mi diestra por sempiterna duracion que no puede desfallecer; y que por toda ella ponga yo á tus enemigos debajo de tus piés y dominio, como de su Dios y Reparador de los hombres; para que los mismos que no te obedecian ni admitieron vean á tu humanidad, que son tus piés, levantada y engrandecida. Y mientras no lo ejecuto (porque llegue á su fin el decreto de la redencion humana) quiero que vean ahora mis cortesanos lo que despues conocerán los demonios y los hombres; que te doy la posesion de mi diestra, al mismo tiempo que tú te has humillado á la muerte ignominiosa de la cruz; y que si te entrego á ella y á la disposicion de su malicia, es por mi gloria y beneplácito, y para que despues llenos de confusion sean puestos debajo de tus piés.

[3] *Para esto enviará el Señor la vara de tu virtud desde Sion, que domine en medio de tus enemigos.* Porque yo, como Dios omnipotente, y que soy el que soy verdadera y realmente [4], enviaré y gobernaré la vara y cetro de virtud invencible; de manera que no solo despues que hayas triunfado de la muerte con la redencion humana consumada, te reconozcan por su Reparador, Guia, Cabeza y Señor de todo; pero desde luego quiero que hoy, antes de padecer la muerte, alcances admirablemente el triunfo, cuando los hombres tratan de tu ruina y te desprecian. Quiero que triunfes de su maldad y de la muerte; y que en la fuerza de tu virtud sean compelidos á honrarte libremente, y te confiesen y adoren, dándote culto y veneracion; y que los demonios sean vencidos y confundidos de la vara de tu virtud; y los Profetas y justos, que te esperan en el limbo, reconozcan con mis Ángeles esta maravillosa exaltacion que tienes merecida en mi aceptacion y beneplácito.

[5] *Contigo está el principio en el dia de tu virtud, en los resplandores de los Santos te engendré yo, antes del lucero de mi fecundidad.* En el dia de esta virtud y poder que tienes para triunfar de tus enemigos, estoy yo en tí y contigo, como principio de quien procedes por eterna generacion de mi fecundo entendimiento, antes que el lu-

[1] Psalm. CIX, 1. — [2] Philip. II, 8, 9. — [3] Psalm. CIX, 2.
[4] Exod. III, 14. — [5] Psalm. CIX, 3.

cero de la gracia, con que decretamos manifestarnos á las criaturas, fuese formado, y en los resplandores que gozarán los Santos, cuando fueren beatificados con nuestra gloria. Y tambien está contigo tu principio en cuanto hombre, y fuiste engendrado en el dia de tu virtud; porque desde el instante que recibiste el ser humano por la generacion temporal de tu Madre, tuviste las obras del mérito que ahora está contigo, y te hace digno de la gloria y honra que te han de coronar tu virtud en este dia y en el de mi eternidad.

[1] *Juró el Señor, y no le pesará: tú eres para siempre sacerdote segun el órden de Melquisedech.* Yo, que soy el Señor y Todopoderoso para cumplir lo que prometo, determiné con firmeza, como de inmutable juramento, que tú fueses el sumo sacerdote de la nueva Iglesia y ley del Evangelio, segun el antiguo órden del sacerdote Melquisedech; porque serás el verdadero sacerdote que ofrecerás el pan y vino que figuró la oblacion de Melquisech [2]. Y no me pesará de este decreto; porque esta oblacion será limpia y aceptable, y sacrificio de alabanza para mí.

[3] *El Señor á tu diestra quebrantará á los reyes en el dia de su ira.* Por las obras de tu humanidad, cuya diestra es la divinidad con ella unida, y en cuya virtud las has de obrar; y con el instrumento de tu humanidad quebrantaré yo que soy un Dios contigo [4] la tiranía y poder que han mostrado los rectores y príncipes de las tinieblas y del mundo, así ángeles apóstatas como hombres, en no adorarte, reconocerte y servirte como á su Dios, Superior y Cabeza. Este castigo ejecuté cuando no te reconoció Lucifer y sus secuaces, que fue para ellos el dia de mi ira; y despues llegará el de la que ejecutaré con los hombres que no te hubieren recibido, y seguido tu ley santa. Á todos los quebrantaré y humillaré con mi justa indignacion.

[5] *Juzgará en las naciones, llenará las ruinas; y en la tierra quebrantará las cabezas de muchos.* Justificada tu causa contra todos los nacidos hijos de Adan que no se aprovecharen de la misericordia que usas con ellos, redimiéndolos graciosamente del pecado y de la eterna muerte; el mismo Señor, que soy yo, juzgará en equidad y justicia á todas las naciones; y entresacando á los justos y escogidos de los pecadores y réprobos, llenará el vacío de las ruinas que dejaron los ángeles apóstatas que no conservaron su gracia y domicilio. Con esto quebrantará en la tierra la cabeza de los sober-

[1] Psalm. CIX, 4. — [2] Genes. XIV, 18. — [3] Psalm. CIX, 5.
[4] Joan. X, 30. — [5] Psalm. CIX, 6.

bios, que serán muchos, por su depravada y obstinada voluntad.

[1] *Del torrente beberá en el camino; por eso levantará la cabeza.* La engrandecerá el mismo Señor y Dios de las venganzas; y para juzgar la tierra y dar su retribucion á los soberbios, se levantará; y como si bebiera el torrente de su indignacion, embriagará sus flechas en la sangre de sus enemigos [2], y con la espada de su castigo los confundirá en el camino por donde habian de llegar y conseguir su felicidad. Así levantará tu cabeza y la ensalzará sobre tus enemigos inobedientes á tu ley, infieles á tu verdad y doctrina. Esto será justificado con haber tú bebido el torrente de los oprobrios y afrentas hasta la muerte de cruz, en el tiempo que obraste su redencion.

1120. Estas inteligencias y otras muchas altísimas y ocultas tuvo María santísima de las palabras misteriosas de este salmo que pronunció el eterno Padre. Aunque algunas hablan en tercera persona, pero decíalas de la suya y del Verbo humanado. Todos estos misterios se reducian principalmente á dos puntos: el uno, á las amenazas que contienen contra los pecadores, infieles y malos cristianos; porque ó no admiten al Redentor del mundo, ó no guardaron su divina ley: el otro comprehende las promesas que el eterno Padre hizo á su Hijo humanado, de glorificar su santo nombre contra y sobre sus enemigos. Y como en arras ó prendas y señal de esta exaltacion universal de Cristo despues de su Ascension, y mas en el juicio final, ordenó el Padre que recibiese en la entrada de Jerusalen aquel aplauso y gloria que le dieron sus moradores el dia siguiente que sucedió esta vision tan misteriosa; y acabada desapareció el Padre y Espíritu Santo, y los Ángeles que admirados asistieron á este oculto sacramento. Cristo Redentor nuestro y su beatísima Madre quedaron en divinos coloquiós todo lo restante de aquella felicísima noche.

1121. Llegado el dia, que fue el que corresponde al domingo de Ramos, salió su Majestad con sus discípulos para Jerusalen, asistiéndole muchos Ángeles que le alababan por verle tan enamorado de los hombres y solícito de su salud eterna. Y habiendo caminado dos leguas, poco mas ó menos, en llegando á Betfagé, envió dos discípulos á la casa de un hombre poderoso que estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos [3]; el uno, que nadie habia usado ni subido en él. Nuestró Salvador caminó para Jerusalen, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y

[1] Psalm. CIX, 7. — [2] Deut. XXXII, 42. — [3] Matth. XXI, 2.

tambien la jumentilla; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme á las profecías de Isaías [1] y Zacarías [2], que muchos siglos antes le dejaron escrito, para que no tuviesen ignorancia los sacerdotes y sábios de la ley. Todos los cuatro Evangelistas sagrados escribieron tambien este maravilloso triunfo de Cristo [3], y cuentan lo que fue visible y patente á los ojos de los circunstantes. Sucedió en el camino que los discípulos, y con ellos todo el pueblo, pequeños y grandes aclamaron al Redentor por verdadero Mesías, Hijo de David, Salvador del mundo y Rey verdadero. Unos decian: Paz sea en el cielo y gloria en las alturas, bendito sea el que viene como Rey en el nombre del Señor; otros decian: *Hosanna Filio David:* Sálvanos, Hijo de David, bendito sea el reino que ya ha venido de nuestro padre David. Unos y otros cortaban palmas y ramos de los árboles en señal de triunfo y alegría, y con las vestiduras los arrojaban por el camino donde pasaba el nuevo triunfador de las batallas, Cristo nuestro Señor.

1122. Todas estas obras y demostraciones de culto y admiracion, que daban los hombres al Verbo divino humanado, manifestaban el poder de su divinidad, y mas en la ocasion que sucedieron, cuando los sacerdotes y fariseos le aguardaban y buscaban para quitarle la vida en la misma ciudad. Porque si no fueran movidos interiormente con su virtud divina sobre los milagros que habia obrado, no fuera posible que tantos hombres juntos, muchos de ellos gentiles, y otros enemigos declarados, le aclamaran por verdadero Rey, Salvador y Mesías, y se rindieran á un hombre pobre, humilde y perseguido, y que no venia con aparato de armas ni potencia humana; no en carros triunfantes, no en caballos soberbios y lleno de riquezas. Á lo aparente todo le faltaba, y entraba en jumentillo humilde, y contentible para el fausto y vanidad humana, fuera de su semblante, porque este era grave, sereno y lleno de majestad, correspondiente á la dignidad oculta; pero todo lo demás era fuera y contra lo que el mundo aplaude y solemniza. Y así era manifiesta en los efectos la virtud divina que movia con su fuerza y voluntad los corazones humanos para que se rindiesen á su Criador y Reparador.

1123. Pero á mas de la conmocion universal que se conoció en Jerusalen con la divina luz que envió el Señor á los corazones de todos para que reconocieran á nuestro Salvador, se extendió este

[1] Isai. LXII, 11. — [2] Zach. IX, 9. — [3] Matth. XXI, 1; Marc. XI, 7; Luc. XIX, 35; Joan. XII, 13.

triunfo á todas las criaturas, ó á muchas mas capaces de razon; para que se cumpliese lo que el Padre eterno habia prometido á su Unigénito, como queda dicho [1]. Porque al entrar Cristo nuestro Salvador en Jerusalen, fue despachado el arcángel san Miguel á dar noticia de este misterio á los santos Padres y Profetas del limbo; y junto con esto tuvieron todos una vision particular de la entrada del Señor y de lo que en ella sucedia; y desde aquella caverna donde estaban reconocieron, confesaron y adoraron á Cristo nuestro Maestro y Señor por verdadero Dios y Redentor del mundo, y le hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza por el admirable triunfo que recibia de la muerte, del pecado y del infierno. Extendióse tambien el poder divino á mover los corazones de otros muchos vivientes en todo el mundo. Porque los que tenian fe ó noticia de Cristo Señor nuestro, no solo en Palestina y sus confines, sino en Egipto y otros reinos, fueron excitados y movidos para que en aquella hora adorasen en espíritu á su Redentor y nuestro; como lo hicieron con especial júbilo de sus corazones que les causó la visitacion y influencia de la divina luz que para esto recibieron, aunque no conocieron expresamente la causa ni el fin de aquel movimiento. Mas no fue en vano para sus almas; porque los efectos las adelantaron mucho en el creer y obrar el bien. Y para que el triunfo de la muerte que nuestro Salvador ganaba en este suceso fuese mas glorioso, ordenó el Altísimo que aquel dia no tuviese fuerzas contra la vida de alguno de los mortales, y así no murió alguno en el mundo aquel dia; aunque naturalmente murieran muchos, si no lo impidiera el poder divino, para que en todo fuese admirable el triunfo.

1124. Á esta vitoria de la muerte se siguió la del infierno, que fue mas gloriosa aunque mas oculta. Porque al punto que comenzaron los hombres á invocar y aclamar á Cristo nuestro Maestro por Salvador y Rey que venia en el nombre del Señor, sintieron los demonios contra sí el poder de su diestra, que los derribó á todos cuantos estaban en el mundo de sus lugares, y los arrojó á los profundos calabozos del infierno. Y por aquel breve tiempo que Cristo prosiguió esta jornada, ningun demonio quedó sobre la tierra, sino que todos cayeron al profundo con grande rabia y terror. Desde entonces sospecharon que el Mesías estaba ya en el mundo con mas certeza que hasta allí habian tenido, y luego confirieron entre sí este recelo, como diré en el capítulo siguiente. Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalen, y los santos Án-

[1] Supr. n. 1119.

geles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de loores y divinidad con admirable armonía. Entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo, y encaminó sus pasos hermosos y graves al templo, donde con admiracion de todos sucedió lo que refieren los Evangelistas de las maravillas que allí obró [1]. Derribó las mesas de los que vendian y compraban en el templo, celando la honra de la casa de su Padre; y echó fuera á los que la hacian casa de negociacion y cueva de ladrones. Pero al punto que cesó el triunfo, suspendió la diestra del Señor el influjo que daba á los corazones de aquellos moradores de Jerusalen. Aunque los justos quedaron mejorados, y muchos justificados; otros se volvieron al estado de sus vicios y malos hábitos y ejercicios imperfectos; porque no se aprovecharon de la luz ni de las inspiraciones que les envió la disposicion divina. Y aunque tantos habian aclamado y reconocido á Cristo nuestro Señor por Rey de Jerusalen, no hubo quien le hospedase ni recibiese en su casa [2].

1125. Estuvo su Majestad en el templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmacion de la veneracion y culto que se le habia de dar á aquel lugar santo y casa de oracion, no consintió que le trajesen un vaso de agua para beber; y sin recibir este ni otro refrigerio, volvió aquella tarde á Betania [3], de donde habia venido, y despues los dias siguientes hasta su pasion volvió á Jerusalen. La divina Madre y Señora María santísima estuvo aquel dia en Betania retirada á solas, para ver desde allí con una particular vision todo lo que sucedia en el admirable triunfo de su Hijo y Maestro. Vió lo que hacian los espíritus soberanos en el cielo, los hombres en la tierra, y lo que sucedió á los demonios en el infierno; y como el eterno Padre en todas estas maravillas ejecutaba y cumplia las promesas que antes habia hecho á su Unigénito humanado dándole la posesion del imperio y dominio de todos sus enemigos. Vió tambien cuanto hizo nuestro Salvador en esta ocasion y en el templo. Entendió aquella voz del Padre que descendió del cielo en presencia de los circunstantes; y respondiendo á Cristo nuestro Salvador le dijo [4]: *Yo te clarifiqué, y otra vez te clarificaré*. Donde dió á entender que á mas de la gloria y triunfo que el Padre habia dado al Verbo humanado aquel dia, y en los demás que se han referido, le clarificaria y ensalzaria en lo futuro despues de su muerte, porque todo lo comprehenden las palabras del eterno Padre; y así lo en-

[1] Matth. XXI, 12; Luc. XIX, 45. — [2] Marc. XI, 11.
[3] Matth. XXI, 17, 18. — [4] Joan. XII, 28.

tendió y penetró su beatísima Madre, con admirable júbilo de su espíritu purísimo.

Doctrina de la misma reina y señora María santísima.

1126. Hija mia, algo has escrito, y mas has conocido de los ocultos misterios del triunfo de mi Hijo santísimo el dia que entró en Jerusalen y lo que precedió á él; pero mucho mas es lo que conocerás en el mismo Señor, porque en la vida mortal no lo podeis penetrar los viadores. Con todo eso tienen bastante doctrina y desengaño en lo que se les ha manifestado para conocer cuán levantados son los juicios del Señor, y cuán diferentes de los pensamientos de los hombres [1]. El Altísimo mira al corazon de las criaturas [2] y al interior, donde está la hermosura de la hija del rey [3]; y los hombres á lo aparente y sensible. Por eso en los ojos de su sabiduría los justos y escogidos son estimados y levantados, cuando se abaten y humillan; y los soberbios son humillados y aborrecidos, cuando se levantan. Esta ciencia, hija mia, es de pocos entendida, y por eso los hijos de las tinieblas no saben apetecer ni buscar otra honra ni exaltacion mas de la que les da el mundo. Y aunque los hijos de la Iglesia santa confiesan y conocen que esta es vana y sin sustancia, y que no permanece mas que la flor y el heno; con todo eso no practican esta verdad. Y como no les da su conciencia el testimonio fiel de las virtudes y luz de la gracia, solicitan el crédito de los hombres, y el aplauso y gloria que les pueden dar, aunque todo es falso, engañoso y lleno de mentira; porque solo Dios es el que sin engaño honra y levanta al que lo merece. El mundo de ordinario trueca las suertes, y da sus honras á quien menos las merece, ó á quien mas ambicioso y sagaz las procura y solicita.

1127. Aléjate, hija mia, de este engaño, y no te aficiones al gusto de las alabanzas de los hombres, ni admitas sus lisonjas y agasajos. Da á cada cosa el nombre y la estimacion que merece; que en esto andan muy á ciegas los hijos de este siglo. Ninguno de los mortales pudo merecer la honra y aplauso de las criaturas como mi Hijo santísimo; y con todo eso, la que le dieron en la entrada de Jerusalen, la dejó y despreció; porque solo era para manifestar su poder divino, y para que despues fuese mas ignominiosa su pasion; y para enseñar en esto á los hombres que las honras visibles del mundo nadie las debe admitir por sí mismas, si no hay otro fin mas

[1] Isai. LV, 9. — [2] I Reg. XVI, 7. — [3] Psalm. XLIV, 14.

alto de la gloria y exaltacion del Altísimo á donde reducirlas; que sin esto son vanas y inútiles, sin fruto ni provecho; pues no está en ellas la felicidad verdadera de las criaturas capaces de la eterna. Y porque te veo deseosa de saber la razon por que yo no me hallé presente con mi Hijo santísimo en este triunfo, quiero responder á tu deseo, acordándote lo que muchas veces has escrito en esta Historia de la vision que yo tenia de las obras interiores de mi amado Hijo en el espejo purísimo de su interior. Con esta vision conocia en su voluntad cuándo y para qué se queria ausentar de mí. Luego puesta á sus piés le suplicaba me declarase su voluntad y gusto en lo que yo debia hacer: y su Majestad algunas veces me lo mandaba y declaraba determinadamente y con expreso órden; otras veces lo dejaba y remitia á mi eleccion, para que yo la hiciese con el uso de la divina luz y prudencia que me habia dado. Esto hizo en la ocasion que determinaba entrar en Jerusalen triunfando de sus enemigos, y dejó en mi mano el acompañarle ó quedarme en Betania: y yo le pedí licencia para no hallarme presente á esta misteriosa obra, y le supliqué me llevase despues consigo cuando volviese á padecer y morir; porque juzgué por mas acertado y agradable á sus ojos ofrecerme á padecer las ignominias y dolores de su pasion, que participar de la honra visible que le daban los hombres, de que á mí, como á su Madre, me tocaria algo, hallándome presente y conociéndome los que le bendecian y alababan; y porque este aplauso (á mas de que para mí no era apetecible) conocia le ordenaba el Señor para demostracion de su divinidad y poder infinito, en que yo no tenia parte; ni con la honra que á mí me dieran entonces aumentaba la que se le debia como á Salvador único del linaje humano. Y para gozar yo á solas de este misterio y glorificar al muy alto en sus maravillas, tuve en mi retiro la inteligencia y vision de todo lo que has escrito. Esto será para tí doctrina y enseñanza en mi imitacion; sigue mis pasos humildes, abstrae tu afecto de todo lo terreno, levántale á las alturas, con que huirás de las honras humanas, y las aborrecerás conociendo á la luz divina que son vanidad de vanidades y afliccion de espíritu [1].

[1] Eccles. I, 14.

CAPÍTULO VIII.

Júntanse los demonios en el infierno á conferir sobre el triunfo de Cristo Salvador nuestro en Jerusalen; y lo que resultó de esta junta, y otra que hicieron los pontífices y fariseos en Jerusalen.

Aterramiento de los demonios en el infierno arrojados á él en el triunfo de Cristo. — Convoca Lucifer conciliábulo de todos ellos. — Proposicion que les hizo declarándoles las sospechas que tenia de que Jesús era el Verbo humanado. — Motivos que tuvo de trazarle la muerte, sospechando que era el Mesías. — Declárales lo que tenia dispuesto con Judas y los fariseos para la ejecucion de su muerte. — Duda que tuvo de los daños que se podian seguir á su tirano imperio de la muerte de Cristo. — Cuánto peso tuvo este temor en los demonios para retratar lo hecho, y procurar estorbar la muerte de Cristo. — Resolvieron el procurar atajarla. — Diligencias que hicieron para estorbarla. — Las que hicieron con Judas para disuadirle de la venta. — Aparecióse le visible el demonio, persuadiéndole y ofreciéndole dineros porque no entregase á su Maestro. — Causa de no retratar Judas con las persuasiones del demonio la maldad que él mismo le habia inducido. — Raro ejemplo para escarmiento de los mortales. — Diligencias que hicieron los demonios en vano para reducir los fariseos. — Lo que obraron con Pilatos y su mujer. — Movieron á la crueldad de los tormentos y atropellamiento de la muerte, desconfiados de poderla atajar. — Nuevo concilio de los fariseos para maquinar la muerte de Cristo. — Remató Judas la venta de su Maestro en el concilio. — Preguntas que hacia Judas para disponer la entrega de su Maestro. — Supo María por medio de los Ángeles el contrato que Judas dejaba hecho. — Respuesta que dió al traidor. — Lágrimas de María por la traicion de Judas. — Razon de ocultársele al demonio tantas cosas acerca de los misterios de Cristo. — Sucede ahora con algunas almas ocultar Dios al demonio algunas obras que naturalmente podia conocer. — Fuera mas general este beneficio si las almas no le impidieran. — Cuán tiranamente se sirve el demonio de los que se le entregan por repetidos pecados. — Muéstrase cuán inexcusables son los que se le entregan. — Peligro de el estado de la culpa por la impotencia de la naturaleza para salir dél, y evitar caer en otras. — Vana confianza de los pecadores. — En vez de solicitar de Dios la gracia, le irritan. — Quieren que Dios esté aguardando con su gracia, para cuando ellos se cansen de pecar. — Cuánto se ha de temer el peligro de la caida. — Ejemplo poderoso de hacer bien á los enemigos, en lo que hizo la Madre de Dios con Judas. — Castigo especial de los pecados de odio del prójimo y venganza. — Premio de los que son suaves con los que los ofenden y olvidan los agravios.

1128. Todos los misterios que en sí contiene el triunfo de nuestro Salvador fueron grandes y agradables, como queda dicho; pero no es de menor admiracion en su género el oculto secreto de lo que sintió el infierno oprimido del poder divino, cuando los demo-



nios fueron arrojados á él, entrando su Majestad en Jerusalen. Estuvieron desde el domingo, que les sucedió esta ruina, hasta el martes, dos dias enteros en el aterramiento que les causó la diestra del Altísimo, llenos de penoso y confuso furor, y con aullidos horribles lo manifestaban á todos los condenados; y toda aquella turbulenta república recibió nuevo asombro y tormento sobre lo acostumbrado. El príncipe de aquellas tinieblas Lucifer, mas confuso que todos, congregó en su presencia á cuantos demonios estaban en el infierno, y tomando un lugar mas eminente como superior, les habló y dijo:

1129. No es posible que no sea mas que profeta este hombre que así nos persigue, y arruina nuestro poder y quebranta mis fuerzas. Porque Moisés, Elías y Eliseo y otros antiguos enemigos nuestros nunca nos vencieron con tanta violencia, aunque hacian otras maravillas, ni tampoco se me han ocultado tantas obras de los otros como de este; en particular de las de su interior, de que alcanzo á conocer muy poco. Y uno que solo es hombre, ¿cómo pudiera hacer esto y manifestar tan supremo poder sobre todas las cosas, como generalmente publican? Y sin inmutarse ni engreirse recibe las alabanzas y gloria que por ellas le dan los hombres. Y en este triunfo que ha tenido entrando en Jerusalen ha mostrado nuevo poder contra nosotros y el mundo; pues yo me hallo con inferiores fuerzas para lo que deseo, que es destruirle y borrar su nombre de la tierra de los vivientes [1]. En esta ocasion que tenemos presente, no solamente los suyos le han celebrado y aclamado por bienaventurado, pero muchos que yo tenia en mi dominio hicieron lo mismo, y aun le llamaron Mesías y el prometido en su ley; y á todos los rindió á su veneracion y adoracion. Mucho es esto para solo puro hombre; y si este no es mas, ninguno otro tuvo tan de su parte el poder de Dios, y con él nos hace y hará grandes daños; porque despues que fuimos arrojados del cielo, nunca tales ruinas hemos padecido, ni conocido tal virtud como despues que vino este hombre al mundo. Y si acaso es el Verbo humanado (como sospechamos), pide grande acuerdo este negocio; porque si consentimos que viva, con su ejemplo y doctrina se llevará tras de sí á todos los hombres. Por el odio que con él tengo, he procurado quitarle la vida algunas veces, y no lo he conseguido; porque en su patria, que procuré le despeñasen de un monte, él con su poder burló de los que iban á ejecutarlo [2]. Otra vez dispuse que le apedreasen en Jerusalen, y se les desapareció á los fariseos.

[1] Jerem. XI, 19. — [2] Luc. IV, 30; Joan. X, 39.

1130. Ahora tengo la materia mejor dispuesta con su discípulo y nuestro amigo Judas, porque le he arrojado al corazon una sugestion de que venda y entregue á su Maestro á los fariseos, á los cuales tengo tambien prevenidos con furiosa envidia, que sin duda le darán la muerte muy cruel, como lo desean. Y solo aguardan ocasion oportuna, y esta la voy disponiendo con toda mi diligencia y astucia; porque Judas y los escribas y pontífices harán todo cuanto yo les propusiere. Pero con todo eso hallo en esto un gran tope, que pide mucha atencion; porque si este hombre es el Mesías que esperan los de su pueblo, ofrecerá la muerte y sus trabajos por la redencion de los hombres, y satisfará y merecerá por todos y para todos infinitamente. Abrirá el cielo, y subirán los mortales á gozar los premios que Dios nos ha quitado á nosotros, y será este nuevo y duro tormento, si no lo prevenimos para impedirlo. Á mas de esto dejará este hombre en el mundo, padeciendo y mereciendo, nuevo ejemplo de paciencia para los demás; porque es mansísimo y humilde de corazon, y jamás le hemos visto impaciente ni turbado; y esto mismo enseñará á todos, que es lo mas aborrecible para mí, porque me ofenden grandemente estas virtudes, y á todos los que siguen mi dictámen y pensamientos. Por estas razones conviene para nuestros intentos conferir lo que debemos hacer en perseguir á este Cristo y nuevo hombre, y que todos me digais lo que entendeis en este negocio.

1131. Sobre esta propuesta de Lucifer tuvieron largas conferencias aquellos príncipes de las tinieblas, enfureciéndose con nuestro Salvador con increible saña, y lamentándose del engaño que ya juzgaban habian padecido en pretender su muerte con tanta astucia y malicia; y con ella misma reduplicada pretendieron desde entonces retratar lo hecho, y atajar que no muriese, porque ya estaban confirmados en la sospecha de que era el Mesías, aunque no acababan de conocerlo con firmeza. Este recelo fue para Lucifer de tanto escándalo y tormento, que aprobando el nuevo decreto de impedir la muerte del Salvador, concluyó el conciliábulo y dijo: Creedme, amigos, que si este hombre es tambien Dios verdadero, con su padecer y morir salvará á todos los hombres, y nuestro imperio quedará destruido, y los mortales serán levantados á nuevas dichas y potestad contra nosotros. Muy errados andamos en procurarle la muerte. Vamos luego á reparar nuestro proprio daño.

1132. Con este acuerdo salió Lucifer y todos sus ministros á la tierra y ciudad de Jerusalen, y de aquí resultaron algunas de las

diligencias que hicieron con Pilatos y su mujer, como consta de los Evangelistas [1], para excusar la muerte del Señor, y otras que no están en la historia del Evangelio, pero fueron ciertas. Porque ante todas cosas emprendieron á Judas, y con nuevas sugestiones procuraron disuadirle la venta que tenia concertada de su divino Maestro. Y como no se movió á revocar sus intentos y desistir dellos, se le apareció el demonio en forma corporal y visible, y le habló, procurando con razones inducirle á que no tratase de quitar la vida á Cristo por medio de los fariseos. Y conociendo el demonio la desmedida codicia de el avariento discípulo, le ofreció mucho dinero, porque no le entregase á sus enemigos. En todo esto puso Lucifer mas cuidado que antes habia puesto para inducirle al pecado de vender á su mansísimo y divino Maestro.

1133. Pero ¡ay dolor de la miseria humana, que habiéndose rendido Judas al demonio para obedecerle en la maldad, no pudo hacerlo para retratarla! Porque no estaba de parte del enemigo la fuerza de la divina gracia, y sin ella son vanas todas las persuasiones y diligencias extrañas para dejar el pecado y seguir el verdadero bien. No era imposible para Dios reducir á la virtud el corazon de aquel alevoso discípulo; pero no era medio conveniente para este fin la persuasion del demonio que le habia derribado de la gracia. Y para no darle el Señor otros auxilios, tenia justificada la causa de su equidad inefable, pues habia llegado Judas á tan dura obstinacion en medio de la escuela del divino Maestro, resistiendo tantas veces á su doctrina, inspiraciones y grandes beneficios; despreciando con formidable temeridad sus consejos, los de su santísima Madre y dulcísima Señora; el ejemplo vivo de sus vidas, conversacion, y de todos los demás Apóstoles. Contra todo esto habia forcejado el impío discípulo con pertinacia mas que de demonio y que de hombre libre para el bien; y habiendo corrido tan larga carrera en el mal, llegó á estado que el odio concebido contra su Salvador y contra la Madre de misericordia le hizo inepto para buscarla; indigno de la luz para conocerla, y como insensible para la misma razon y ley natural que le pudiera retardar en ofender al Inocente de cuyas manos habia recibido tan liberales beneficios. Raro ejemplo y escarmiento para la fragilidad y estulticia de los hombres, que con ella pueden en semejantes peligros caer y perecer, porque no los temen, y llegar á tan infeliz y lamentable ruina.

1134. Dejaron los demonios á Judas desconfiados de reducirle,

[1] Matth. XXVII, 19; Luc. XXIII, à v. 4; Joan. XVIII, 38.

y fuéronse á los fariseos, intentando la misma demanda por medio de muchas sugestiones y pensamientos que les arrojaron para que no persiguieran á Cristo nuestro Bien y Maestro. Pero sucedió lo mismo que con Judas, por las mismas razones; que no pudieron traerlos á que retrataran su intento y revocaran la maldad que tenian fraguada. Aunque por motivos humanos se movieron algunos de los escribas á reparar si les estaria bien lo que determinaban; mas como no eran asistidos de la gracia, luego los volvió á vencer el odio y envidia que contra el Señor habian concebido. De aquí resultaron las diligencias que hizo Lucifer con la mujer de Pilatos y con él mismo; porque á ella la incitaron (como consta del Evangelio) para que con piedad mujeril previniese á Pilatos no se metiese en condenar aquel hombre justo [1]. Con esta persuasion, y otras que representaron al mismo Pilatos, le obligaron los demonios á tantos reparos como hizo para excusar la sentencia de muerte contra el inocente Señor, de que adelante hablaré lo que fuere necesario [2]. Como ninguna de estas diligencias se le logró á Lucifer y á sus ministros, reconociéndose desconfiados, mudaron el medio, y se enfurecieron de nuevo contra el Salvador, y movieron á los fariseos, á los verdugos y ministros, para que no pudiendo impedir su muerte, se la diesen atropelladísima, y le atormentasen con la impía crueldad que lo hicieron, para irritar su invencible paciencia. Á esto dió lugar el mismo Señor para los altos fines de la redencion humana; aunque impidió no ejecutasen los sayones algunas atrocidades menos decentes, que los demonios les administraban contra la venerable persona y humanidad del Salvador, como diré adelante [3].

1135. El miércoles siguiente á la entrada de Jerusalen [4] (fue el dia que Cristo nuestro Señor se quedó en Betania sin volver al templo) se juntaron de nuevo en casa del pontífice Caifás los escribas y *fariseos* [5], para maquinar dolosamente la muerte del Redentor del mundo [6]; porque los habia irritado con mayor envidia el aplauso que en la entrada de Jerusalen habian hecho con su Majestad todos los moradores de la ciudad. Esto cayó sobre el milagro de resucitar á Lázaro, y las otras maravillas que aquellos dias habia obrado Cristo nuestro Señor en el templo; y habiendo resuelto convenia quitarle la vida, paliando esta impía crueldad con pretexto del bien público, como lo dijo Caifás [7], profetizando lo contrario de

1 Matth. XXVII, 19. — 2 Infr. n. 1308, 1322, 1346, 1349. — 3 Ibid. n. 1290.
4 Matth. XXVI, 17. — 5 Ibid. 3. — 6 Ibid. 4; Marc. XIV, 1.
7 Joan. XI, 49.

lo que pretendia. El demonio, que los vió resueltos, puso en la imaginacion de algunos no ejecutasen este acuerdo en la fiesta de la Pascua, porque no se alborotase el pueblo, que veneraba á Cristo nuestro Señor como Mesías ó gran profeta. Esto hizo Lucifer, para ver si con dilatar la muerte del Señor podria impedirla. Mas como Judas estaba ya entregado á su misma codicia y maldad, y destituido de la gracia que para revocarla era menester, acudió al concilio de los pontífices muy azorado y inquieto, y trató con ellos de la entrega de su Maestro, y se remató la venta con treinta dineros [1], contentándose con ellos por precio del que encierra en sí todos los tesoros del cielo y tierra; y por no perder los pontífices la ocasion, atropellaron con el inconveniente de ser Pascua. Así estaba dispuesto por la Sabiduría infinita, cuya providencia lo disponia.

1136. Al mismo tiempo sucedió lo que refiere san Mateo que dijo nuestro Redentor á sus discípulos [2]: *Sabed que despues de dos dias sucederá, que el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado*. No estaba Judas presente á estas palabras, y con el furor de la traicion volvió luego á los Apóstoles, y como pérfido y descreido andaba inquiriendo y preguntando á sus compañeros, y al mismo Señor y su beatísima Madre, á qué lugar habian de ir desde Betania, y qué determinaba su Maestro hacer aquellos dias. Todo esto preguntaba y inquiria dolosamente el pérfido discípulo, para disponer mejor la entrega de su Maestro, que dejaba contratada con los príncipes de los fariseos. Con estos fingimientos y disimulaciones pretendia Judas paliar su alevosía, como hipócrita. Mas no solo el Salvador, sino tambien la prudentísima Madre, conocia su redoble y depravada intencion; porque los santos Ángeles le dieron luego cuenta del contrato que dejaba hecho con los pontífices, para entregársele por treinta dineros. Y aquel dia se llegó el traidor á preguntar á la gran Señora á dónde determinaba ir su Hijo santísimo para la Pascua. Y ella con increible mansedumbre le respondió: *¿Quién podrá entender, ó Judas, los juicios y secretos del Altísimo?* Desde entonces le dejó de amonestar y exhortar para que se retratase de su pecado; aunque siempre el Señor y su Madre le sufrieron y toleraron, hasta que él mismo desesperó del remedio y salud eterna. Pero la mansísima paloma, conociendo la ruina irreparable de Judas, y que ya su Hijo santísimo seria luego entregado á sus enemigos, hizo tiernos llantos en compañía de los Ángeles, porque no podia con otra alguna criatura conferir su íntimo dolor; y

[1] Matth. xxvi, 15. — [2] Ibid. 2.

con estos espíritus celestiales soltaba el mar de su amargura, y decia palabras de gran peso, sabiduría y sentimiento, con admiracion de los mismos Ángeles, viendo en una humana criatura tan nuevo modo de obrar con perfeccion tan alta, en medio de aquella tribulacion y dolor tan amargo.

Doctrina de la Reina del cielo.

1137. Hija mia, todo lo que has entendido y escrito en este capítulo contiene grande enseñanza y misterios en beneficio de los mortales, si con atencion los consideran. Lo primero, debes ponderar con discrecion, que como mi Hijo santísimo vino á deshacer las obras del demonio [1] y vencerle, para que no tuviese tantas fuerzas contra los hombres, fue consiguiente para este intento, que dejándole en el ser de su naturaleza de ángel y en la ciencia habitual que le correspondia, con todo eso le ocultase muchas cosas (como en otras partes has escrito [2]), para que no llegando á conocerlas, se reprimiese la malicia de este dragon con el modo mas conveniente á la suave [3] y fuerte providencia del Altísimo. Por esto se le ocultó la union hipostática de las dos naturalezas divina y humana; y anduvo tan alucinado en este misterio, que se confundió, y anduvo variando en discursos y determinaciones fabulosas hasta que á su tiempo le hizo mi Hijo santísimo que lo conociese, y que su alma divinizada habia sido gloriosa desde el instante de su concepcion. Asimismo le ocultó algunos milagros de su vida santísima, y le dejaba conocer otros. Esto mismo sucede ahora con algunas almas, que no consiente mi Hijo santísimo conozca el enemigo todas sus obras, aunque naturalmente las pudiera conocer; porque se las esconde su Majestad, para conseguir sus altos fines en beneficio de las almas. Y despues suele dejarle que las conozca, para mayor confusion del mismo demonio; como sucedió en las obras de la redencion, cuando para su tormento y mayor opresion dió lugar el Señor á que las conociese. Por esta razon anda la serpiente y dragon infernal acechando á las almas para rastrear sus obras, no solo interiores, sino tambien las exteriores. Tanto es el amor que tiene mi Hijo santísimo á las almas, despues que nació y murió por ellas.

1138. Este beneficio fuera mas general y continuo con muchas, si ellas mismas no le impidieran desmereciéndole y entregándose á su enemigo, escuchando sus falsas sugestiones y consejos llenos de

[1] I Joan. III, 8. — [2] Supr. n. 501, 648, 937, 1067, 1124. — [3] Sap. VIII, 1.

malicia y engaño. Y como los justos y señalados en la santidad vienen á ser instrumentos en la mano del Señor, que los gobierna y rige él mismo, y no consiente que otro alguno los mueva, porque del todo se entregan á su divina disposicion; así por el contrario sucede á muchos réprobos y olvidados de su Criador y Reparador, que entregándose por medio de repetidos pecados en manos del demonío, los arrastra y mueve á toda maldad, y se sirve de ellos para todo lo que desea su depravada malicia, como sucedió al pérfido discípulo y á los fariseos homicidas de su mismo Redentor. Y ninguno de los mortales tiene disculpa en este daño; pues así como Judas y los pontífices no consintieron con su libre voluntad en el consejo del demonio, para dejar de perseguir á Cristo nuestro Señor; pudieran mucho mejor no consentir con él en la determinacion de perseguirle, que les persuadió el mismo demonio; pues para resistir esta tentacion les asistió el auxilio de la gracia, si quisieran cooperar con ella; y para no retroceder del pecado, solo se valieron de su libre albedrío y malos hábitos. Y si les faltó entonces la gracia (*) y mocion del Espíritu Santo, fue porque de justicia se les debia negar, por haberse rendido y sujetado ellos al demonio, para obedecerle en toda maldad y para dejarse gobernar de sola su perversa voluntad, sin respeto á la bondad y poder de su Criador.

1139. De aquí entenderás como esta serpiente infernal nada puede para mover al bien obrar, y mucho para inducir y llevar al pecado, si las almas no advierten y previenen su peligroso estado. Y de verdad te digo, hija mia, que si los mortales le conocieran con la ponderacion digna que pide, les causara grande asombro; porque entregada una alma al pecado, no hay potencia criada que la pueda revocar ni detener, para que no se despeñe de un abismo en otro; y el peso de la naturaleza humana, despues del pecado de Adan, inclina al mal como la piedra al centro, mediante las pasiones de la concupiscible y irascible; y juntando á esto las inclinaciones de los malos hábitos y costumbres, y el dominio y fuerza que cobra el demonio contra el que peca, y la tiranía con que lo ejecuta, ¿quién habrá tan enemigo de sí mismo que no tema este peligro? Solo el poder infinito le librará, y solo á su diestra está reservado el remedio. Y siendo esto así que no hay otro, con todo eso viven los mortales tan seguros y descuidados en su perdicion, como si estuviera en su mano revocarla y repararla cuando quisieren. Y aunque muchos confiesan y conocen la verdad de que no pueden le-

(*) Véase la nota XIX.

vantarse de su ruina sin el brazo del Señor; pero con este conocimiento habitual y remiso, en lugar de obligarle á que les dé la mano de su poder, le desobligan, irritan, y quieren que Dios les esté aguardando con su gracia, para cuando ellos se cansaren de pecar ó no pudieren extender mas su malicia y estulticia llena de ingratitud.

1140. Teme, carísima, este formidable peligro, y guárdate del primer pecado, que con él resistirás menos al segundo, y tu enemigo cobrará fuerzas contra tí. Advierte que tu tesoro es grande y el vaso frágil [1], y con un yerro puedes perderlo todo. La cautela y sagacidad de la serpiente contra tí es grande, y tú eres menos astuta. Por esto te conviene recoger tus sentidos y cerrarlos á todo lo visible; retirar tu corazon al castillo murado de la proteccion y refugio del Altísimo, de donde resistirás á la inhumana batería con que te procura perseguir. Y para que temas, como debes, baste contigo el castigo á donde llegó Judas, como lo has entendido. En lo demás que has advertido de mi imitacion, para perdonar á los que te persiguen y aborrecen, amarlos y tolerarlos con caridad y paciencia, y pedir por ellos al Señor con verdadero celo de su salvacion, como lo hice con el traidor Judas; ya estás advertida muchas veces, y en esta virtud quiero que seas extremada y señalada, y que la enseñes y platiques con tus religiosas y con todos los que tratares; porque á vista de la paciencia y mansedumbre de mi Hijo santísimo y mia, será de intolerable confusion para los malos y todos los mortales que no se hayan perdonado unos á otros con fraternal caridad. Y los pecados de odio y venganza serán castigados en el juicio con mayor indignacion; y en la vida presente son los que mas alejan de los hombres la misericordia infinita para su perdicion eterna, si no se enmiendan con dolor. Los que son blandos y suaves con los que los ofenden y persiguen, y olvidan los agravios, tienen una particular similitud respectivamente con el Verbo humanado, que siempre andaba buscando, perdonando y beneficiando á los pecadores. Imitándole en esta caridad y mansedumbre de cordero, se dispone el alma y tiene una como cualidad engendrada de la caridad y amor de Dios y del prójimo, que la hace materia dispuesta para recibir los influjos de la guerra y favores de la diestra divina.

[1] II Cor. IV, 7.

CAPÍTULO IX.

Despídese Cristo nuestro Salvador de su Madre santísima en Betania para ir á padecer el jueves de la cena; pídele la gran Señora la comunion para su tiempo, y síguele á Jerusalen con la Magdalena y otras santas mujeres.

En qué se ocupó Cristo los tres dias desde el domingo hasta el jueves de la cena.—Informó Cristo á sus discípulos con mas claridad de los misterios de su pasion.—Altos sacramentos que comunicó en estos dias con su Madre.—Ordenóla lo que habia de hacer en el discurso de su pasion y muerte. —Nueva majestad y severidad con que desde entonces la trató.—Llama Cristo á su Madre para despedirse de ella.—Pídele licencia para ir á padecer y morir por los hombres.—Ordénala coopere consigo en la obra de la redencion.—Pídela el *fiat* para su pasion, como para su encarnacion lo habia dado.—Efectos que hicieron en el corazon de María las palabras de su Hijo.—Consideraciones que aumentaron su pena.—Respuesta de la Madre de Dios resignándose en la divina voluntad.—Su sentimiento de no morir con su Hijo.—Su ofrecimiento á las penas.—Sus dolorosos afectos.—Pídele fortaleza para participar de su pasion y cruz.—Oracion que hizo María á su Hijo, pidiéndole la comunion de su sagrado cuerpo en el Sacramento que habia de instituir.—Concedióla Cristo su peticion para cuando instituyese el Sacramento.—Mandó Cristo á los Ángeles asistiesen desde entonces á su Madre en forma visible.—Ordenó á su Madre le siguiese con las santas mujeres y las fortaleciese.—Dióla su bendicion.—Dolor de Hijo y Madre en esta despedida.—Última jornada de Cristo á Jerusalen para morir.—Ofrecimiento que hizo Cristo al Padre al comenzar esta jornada. —Partida de la Madre de Dios con las piadosas mujeres en seguimiento de su Hijo.—Iba previniéndolas para que no se turbasen con la afrentosa muerte de cruz.—Fortaleza de la Magdalena en la pasion.—Tomó por su cuenta acompañar á la Vírgen en todo el tiempo de la pasion.—Imitó María á su Hijo en el ofrecimiento que hizo.—Conferencias que llevaba con los santos Ángeles sobre el sacramento de la pasion de su Hijo.—Admiracion de los Ángeles de ver el amor de Cristo y María en estos pasos, y la ingratitud de los hombres.—Digna reprehension de nuestra intolerable ingratitud á estos beneficios.—Preparacion para entregarse el alma á ponderar y sentir la pasion de Cristo y compasion de su Madre.—Hase de desnudar de afectos terrenos y de sí misma.—Hase de dar por obligada el alma de la redencion como si fuera beneficio para ella sola.—Ha de procurar recompensar el ingrato olvido que tienen los mortales de tan excesivo beneficio.—Hase de doler de la estulticia de los que lo frustran.—Á vista del dolor de la Madre de Dios, ningun trabajo se ha de tener por grande.—Reprehéndese el olvido en frecuentar la Comunion, y el no llegar á ella con fervor.—Ejemplo urgentísimo en la Madre de Dios para la disposicion.—Cargo de los que no frecuentan la sagrada Comunion.

1141. Para continuar el discurso de esta Historia dejamos en Betania al Salvador del mundo, despues que volvió del triunfo de

Jerusalen, acompañado de sus Apóstoles. En el capítulo precedente he dicho [1] anticipadamente lo que antes de la entrega de Cristo hicieron los demonios, y otras cosas que resultaron de su infernal arbitrio y de la traicion de Judas y concilio de los fariseos. Volvamos ahora á lo que sucedió en Betania, donde la gran Reina asistió y sirvió á su Hijo santísimo aquellos tres dias que pasaron desde el domingo de Ramos hasta el jueves. Todo este tiempo gastó el Autor de la vida con su divina Madre, salvo el que ocupó en volver á Jerusalen y enseñar en el templo los dos dias lunes y martes; porque el miércoles no subió á Jerusalen, como ya he dicho [2]. En estos últimos viajes informó á sus discípulos con mas abundancia y claridad de los misterios de su pasion y redencion humana. Pero con todo esto, aunque oian la doctrina y avisos de su Dios y Maestro, respondia cada uno segun la disposicion con que la oia y recibia, y segun los efectos que en ellos causaba y los afectos que movia; siempre estaban algo tardos, y como flacos no cumplieron en la pasion lo que antes ofrecieron, como el suceso lo manifestó y adelante verémos [3].

1142. Con la beatísima Madre comunicó y trató nuestro Salvador aquellos dias inmediatos á su pasion tan altos sacramentos y misterios de la redencion humana y de la nueva ley de gracia, que muchos de ellos estarán ocultos hasta la vista del Señor en la patria celestial. De los que yo he conocido puedo manifestar muy poco: mas en el prudentísimo pecho de nuestra gran Reina depositó su Hijo santísimo todo lo que llamó David incierto y oculto de su sabiduría [4]; que fue el mayor de los negocios que el mismo Dios tenia por su cuenta en las obras *ad extra*, cual fue nuestra reparacion, glorificacion de los predestinados, y en ella la exaltacion de su santo nombre. Ordenóla su Majestad todo lo que habia de hacer la prudentísima Madre en el discurso de la pasion y muerte que por nosotros iba á recibir, y la previno de nueva luz y enseñanza. Y en todas estas conferencias la habló el Hijo santísimo con nueva majestad y grandiosa severidad de Rey, conforme la importancia de lo que trataban; porque entonces de todo punto cesaron los regalos y las caricias del Hijo y Esposo. Mas como el amor natural de la dulcísima Madre y la caridad encendida de su alma purísima habian llegado á tan alto grado sobre toda ponderacion criada, y se acercaba el término de la conversacion y trato que habia tenido con el mismo Dios y Hijo suyo, no hay lengua que pueda manifestar los

1 Supr. à n. 1132. — 2 Ibid. n. 1135. — 3 Infr. n. 1240. — 4 Psalm. L, 8.

efectos tiernos y dolorosos de aquel candísimo corazon de la Madre, y los gemidos que de lo mas íntimo de él despedia, como tórtola misteriosa que ya comenzaba á sentir su soledad, que todo lo restante del cielo y tierra entre las criaturas no podian recompensar.

1143. Llegó el jueves, víspera de la pasion y muerte de el Salvador; y este dia antes de salir la luz llamó el Señor á su amantísima Madre, y ella respondió postrada á sus piés, como lo tenia de costumbre, y le dijo: *Hablad, Señor y Dueño mio, que vuestra sierva oye*. Levantóla su Hijo santísimo del suelo donde estaba postrada, y hablándola con grande amor y serenidad la dijo: *Madre mia, llegada es la hora determinada por la eterna sabiduría de mi Padre para obrar la salud y redencion humana, que me encomendó su voluntad santa y agradable: razon es que se ejecute el sacrificio de la nuestra, que tantas veces la habemos ofrecido. Dadme licencia para ir á padecer y morir por los hombres, y tened por bien, como verdadera madre, que me entregue á mis enemigos para cumplir con la obediencia de mi eterno Padre; y por ella misma cooperad conmigo en la obra de la salud eterna, pues recibí de vuestro virginal vientre la forma de hombre pasible y mortal, en que se ha de redimir el mundo y satisfacer á la divina justicia. Y como vuestra voluntad dió el* fiat [1] *para mi encarnacion, quiero que le deis ahora para mi pasion y muerte de cruz; y el sacrificarme de vuestra voluntad á mi eterno Padre será el retorno de haberos hecho Madre mia; pues él me envió para que por medio de la pasibilidad de mi carne recobrase las ovejas perdidas de su casa, que son los hijos de Adan* [2].

1144. Estas y otras razones que dijo nuestro Salvador traspasaron el amantísimo corazon de la Madre de la vida, y le pusieron de nuevo en la prensa mas ajustada de dolor que jamás hasta entonces habia padecido, porque llegaba ya aquella hora, y no hallaba apelacion su dolorosa pena, ni al tiempo, ni á otro superior tribunal, sobre el decreto eficaz de el eterno Padre, que determinaba aquel plazo para la muerte de su Hijo. Como la prudentísima Madre le miraba como á Dios infinito en atributos y perfecciones y como á verdadero hombre, unida su humanidad á la persona de el Verbo, y santificada con sus efectos y debajo de esta dignidad inefable, conferia la obediencia que le habia mostrado cuando su alteza le criaba como Madre, los favores que de su mano habia recibido en tan larga compañía; y que luego careceria de ellos y de la hermosura de su rostro, de la dulzura eficaz de sus palabras, y que no

[1] Luc. I, 38. — [2] Matth. XVIII, 11.

solo le faltaria junto todo esto en una hora, pero que le entregaba á los tormentos y ignominias de su pasion, y al cruento sacrificio de la muerte y de la cruz, y le daba en manos de tan impíos enemigos. Todas estas noticias y consideraciones, que entonces eran mas vivas en la prudentísima Madre, penetraron su amoroso y tierno corazon con dolor verdaderamente inexplicable. Mas con la grandeza de Reina, venciendo á su invencible pena, se volvió á postrar á los piés de su Hijo y Maestro divino, y besándolos con suma reverencia, le respondió y dijo:

1145. *Señor y Dios altísimo, autor de todo lo que tiene ser, esclava vuestra soy, aunque sois hijo de mis entrañas, porque vuestra dignacion de inefable amor me levantó del polvo á la dignidad de Madre vuestra; razon es que este vil gusanillo sea reconocido y agradecido á vuestra liberal clemencia, y obedezca á la voluntad del eterno Padre y vuestra. Yo me ofrezco y me resigno en su divino beneplácito, para que en mí, como en Vos, Hijo y Señor mio, se cumpla y ejecute su voluntad eterna y agradable. El mayor sacrificio que puedo yo ofrecer, será el no morir con Vos, y que no se truequen estas suertes; porque el padecer en vuestra imitacion y compañía será grande alivio de mis penas, y todas dulces á vista de las vuestras. Bastárame por dolor el no poderos olvidar en los tormentos que por la salud humana habeis de padecer. Recibid, ó bien mio, el sacrificio de mis deseos, que os vea yo morir quedando con la vida, siendo Vos cordero inocentísimo y figura de la sustancia de vuestro eterno Padre* [1]. *Recibid tambien el dolor de que yo vea la inhumana crueldad de la culpa del linaje humano ejecutada por mano de vuestros crueles enemigos en vuestra dignísima persona. ¡Oh cielos y elementos con todas las criaturas que estais en ellos, espíritus soberanos, santos Patriarcas y Profetas, ayudadme todos á llorar la muerte de mi Amado que os dió el ser, y llorad conmigo la infeliz miseria de los hombres, que serán la causa de esta muerte, y perderán despues la eterna vida, la cual les ha de merecer, y ellos no se aprovecharán de tan grande beneficio. ¡Oh infelices prescitos, y dichosos predestinados, que se lavaron vuestras estolas en la sangre del Cordero* [2]*! Vosotros, que supísteis aprovecharos de este beneficio, alabad al Todopoderoso. O Hijo mio y bien infinito de mi alma, dad fortaleza y virtud á vuestra afligida Madre, y admitidla por vuestra discípula y compañera, para que participe de vuestra pasion y cruz, y con vuestro sacrificio reciba el eterno Padre el mio como Madre vuestra.*

1146. Con estas y otras razones, que no puedo explicar con pa-

[1] Hebr. I, 3. — [2] Apoc. VII, 14.

labras, respondió la Reina del cielo á su Hijo santísimo, y se ofreció á la imitacion y participacion de su pasion, como cooperadora y coadjutora de nuestra redencion. Luego le pidió licencia para proponerle otro deseo y peticion, prevenida muy de léjos con la ciencia que tenia de todos los misterios que el Maestro de la vida habia de obrar en el fin della; y dándola licencia su Majestad, añadió la purísima Madre, y dijo: *Amado de mi alma y lumbre de mis ojos, no soy digna, Hijo mio, de lo que anhela mi corazon á pediros; pero Vos, Señor, sois aliento de mi esperanza, y en esta fe os suplico me hagais participante (si sois servido) del inefable Sacramento de vuestro sagrado cuerpo y sangre, como teneis determinado de instituirle por prenda de vuestra gloria, para que volviendo á recibiros en mi pecho, se me comuniquen los efectos de tan admirable y nuevo Sacramento. Bien conozco, Señor mio, que ninguna de las criaturas puede dignamente merecer tan excesivo beneficio, prevenido sobre vuestras obras por sola vuestra magnificencia; y para obligarla ahora, solo tengo que ofreceros á Vos mismo con vuestros merecimientos infinitos. Y si la humanidad santísima en que los vinculais por haberla recibido de mis entrañas induce algun derecho, este no será tanto en mí para que seais mio en este Sacramento, como para que yo sea vuestra con la nueva posesion de recibiros, en que puedo restituirme á vuestra dulce compañía. Mis obras y deseos dediqué á esta dignísima y divina Comunion desde la hora que vuestra dignacion me dió noticia de ella, y de la voluntad y decreto de quedaros en vuestra Iglesia santa en especies de pan y vino consagrados. Volved, pues, Señor y Bien mio, á la primera y antigua habitacion de vuestra Madre, de vuestra amiga y vuestra esclava, á quien para recibiros en su vientre hicisteis libre y exenta del comun contagio. En mi pecho recibiré ahora la humanidad que de mi sangre os comuniqué, y en él estarémos juntos con estrecho y nuevo abrazo que aliente mi corazon y encienda mis afectos, para no estar de Vos jamás ausente, que sois infinito bien y amor de mi alma.*

1147. Muchas palabras de incomparable amor y reverencia dijo la gran Reina y Señora en esta ocasion; porque habló con su Hijo santísimo con admirable afecto del corazon, para pedirle la participacion de su sagrado cuerpo y sangre. Su Majestad la respondió tambien con mas caricia; concediéndola su peticion, y la ofreció que la daria el favor y beneficio de la Comunion que le pedia, en llegando la hora de celebrar su institucion. Desde luego la purísima Madre con nuevo rendimiento hizo grandiosos actos de humildad, agradecimiento, reverencia y viva fe, para estar dispuesta y prepa-

rada para la deseada comunion de la Eucaristía; y sucedió lo que diré adelante [1].

1148. Mandó luego Cristo Salvador nuestro á los santos Ángeles de su Madre santísima, que la asistiesen desde entonces en forma visible para ella, y la sirviesen y consolasen en su dolor y soledad, como en efecto lo cumplieron. Ordenóla tambien á la gran Señora que, en partiendo su Majestad á Jerusalen con sus discípulos, ella le siguiese por algun breve espacio con las mujeres santas que venian acompañándolos desde Galilea, y que las informase y animase, para que no desfalleciesen con el escándalo que tendrian viéndole padecer y morir con tantas ignominias y muerte de cruz afrentosísima. Y dando fin á esta conferencia el Hijo del eterno Padre, dió su bendicion á su amantísima Madre, despidiéndose para la última jornada en que habia de padecer y morir. El dolor que en esta despedida penetró los corazones de Hijo y Madre excede á todo humano pensamiento; porque fue correspondiente al amor recíproco de entrambos, y este era proporcionado á la condicion y dignidad de las personas. Y aunque de ello podemos declarar tan poco, no por esto quedamos excusados de ponderarlo en nuestra consideracion, y acompañarlos con suma compasion, conforme á nuestras fuerzas y capacidad, para no ser reprehendidos como ingratos y de pesado corazon.

1149. Despedido nuestro Salvador de su amantísima Madre y dolorosa Esposa, salió de Betania para la última jornada á Jerusalen el jueves, que fue el dia de la cena, poco antes de mediodía, acompañado de los Apóstoles que consigo tenia. Á los primeros pasos que dió su Majestad en este viaje (que ya era el último de su peregrinacion) levantó los ojos al eterno Padre, y confesándole con alabanza y hacimiento de gracias, se ofreció de nuevo á sí mismo con lo ardentísimo de su amor y obediencia para morir y padecer por la redencion de todo el linaje humano. Esta oracion y ofrecimiento hizo nuestro Salvador y Maestro con tan inefable afecto y fuerza de su espíritu, que como este no se puede escribir, todo lo que dijere parece desdice de la verdad y de mi deseo. *Eterno Padre y Dios mio* (dijo Cristo nuestro Señor), *voy por vuestra voluntad y amor á padecer y morir por la libertad de los hombres mis hermanos, y hechura de vuestras manos. Voy á entregarme para su remedio, y á congregar en uno los que están derramados y divisos por la culpa de Adan* [2]. *Voy á disponer los tesoros con que las almas criadas á vuestra imágen y*

[1] Infr. n. 1197. — [2] Joan. XI, 52.

semejanza han de ser adornadas y enriquecidas, para que sean restituidas á la dignidad de vuestra amistad y felicidad eterna, y para que vuestro santo nombre sea conocido y engrandecido de todas las criaturas. Cuanto es de vuestra parte y de la mia, ninguna de las almas quedará sin remedio abundantísimo; y vuestra inviolable equidad quedará justificada en los que desprecian esta copiosa redencion.

1150. En seguimiento del Autor de la vida partió luego de Betania la beatísima Madre, acompañada de la Magdalena y de las otras mujeres santas que asistian y seguian á Cristo nuestro Señor desde Galilea. Y como el divino Maestro iba informando á sus Apóstoles y previniéndolos con la doctrina y fe de su pasion, para que no desfalleciesen en ella por las ignominias que le viesen padecer, ni por las tentaciones ocultas de Satanás; así tambien la Reina y Señora de las virtudes iba consolando y previniendo á su congregacion santa de discípulas, para que no se turbasen cuando viesen morir á su Maestro y ser azotado afrentosamente. Y aunque en la condicion femínea eran estas santas mujeres de naturaleza mas enferma y frágil que los Apóstoles; con todo eso fueron mas fuertes que algunos de ellos en conservar la doctrina y documentos de su gran Maestra y Señora. Quien mas se adelantó en todo fue santa María Magdalena, como los Evangelistas enseñan [1], porque la llama de su amor la llevaba toda enardecida; y por su misma condicion natural era magnánima, esforzada y varonil, de buena ley y respetos. Y entre todos los del apostolado tomó por su cuenta acompañar á la Madre de Jesús y asistirla, sin apartarse de ella todo el tiempo de la pasion, y así lo hizo como amante fidelísima.

1151. En la oracion y ofrecimiento que hizo nuestro Salvador en esta ocasion, le imitó y siguió tambien su Madre santísima; porque todas las obras de su Hijo santísimo iba mirando en el espejo claro de aquella luz divina con que las conocia, para imitarlas, como muchas veces queda dicho [2]. Á la gran Señora iban sirviendo y acompañando los Ángeles que la guardaban, manifestándosele en forma humana visible, como el mismo Señor se lo habia mandado. Con estos espíritus soberanos iba confiriendo el gran sacramento de su santísimo Hijo, que no podian percibir sus compañeras, ni todas las criaturas humanas. Ellos conocian y ponderaban dignamente el incendio de amor que sin modo ni medida ardia en el corazon purísimo y candidísimo de la Madre, y la fuerza con que la llevaban

[1] Matth. XXVII, 56; Marc. XV, 40; Luc. XXIV, 10; Joan. XIX, 25.
[2] Supr. n. 481, 990, et passim.

tras de sí los ungüentos olorosos [1] del amor recíproco de Cristo, su Hijo, Esposo y Redentor. Ellos presentaban al eterno Padre el sacrificio de alabanza y expiacion que le ofrecia su Hija única y primogénita entre las criaturas. Y porque todos los mortales ignoraban la grandeza de este beneficio y de la deuda en que los ponia el amor de Cristo nuestro Señor y de su Madre santísima, mandaba la Reina á los santos Ángeles que diesen gloria, bendicion y honra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y todo lo cumplian conforme á la voluntad de su gran Princesa y Señora.

1152. Fáltanme dignas palabras y digno sentimiento y dolor para decir lo que entendí en esta ocasion de la admiracion de los santos Ángeles, que de una parte miraban al Verbo humanado y á su Madre santísima encaminando sus pasos á la obra de la redencion humana con la fuerza del ardentísimo amor que á los hombres tenian y tienen; y por otra parte miraban la vileza, ingratitud, tardanza y dureza de los mismos hombres para conocer esta deuda y obligarse del beneficio que á los demonios obligaba, si fueran capaces de recibirle. Esta admiracion de los Ángeles no era con ignorancia, sino con reprehension de nuestra intolerable ingratitud. Mujer flaca soy y menos que un gusanillo de la tierra; pero en esta luz que se me ha dado, quisiera levantar la voz, que se oyera por todo el orbe, para despertar á los hijos de la vanidad y amadores de la mentira [2], y acordarles esta deuda á Cristo nuestro Señor y á su santísima Madre, y pedir á todos, postrada sobre mi rostro, que no seamos graves de corazon y tan crueles enemigos para nosotros mismos, y sacudamos este sueño tan olvidadizo, que nos sepulta en el peligro de la eterna muerte, y aparta de la vida celestial y bienaventurada que nos mereció Cristo nuestro Redentor y Señor con muerte tan amarga de cruz.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1153. Hija mia, de nuevo te llamo y convido, para que, ilustrada tu alma con especiales dones de la divina luz, entres en el profundo piélago de los misterios de la pasion y muerte de mi Hijo santísimo. Prepara tus potencias y estrena todas las fuerzas de tu corazon y alma, para que en alguna parte seas digna de conocer, ponderar y sentir las ignominias y dolores que el mismo Hijo de el eterno Padre se dignó de padecer, humillándose á morir en una

[1] Cant. I, 3. — [2] Psalm. IV, 3.

cruz para redimir á los hombres; y todo lo que yo hice y padecí, acompañándole en su acerbísima pasion. Esta ciencia tan olvidada de los mortales quiero que tú, hija mia, la estudies y aprendas para seguir á tu Esposo y para imitarme á mí, que soy tu Madre y Maestra. Escribiendo y sintiendo juntamente lo que yo te enseñaré de estos sacramentos, quiero que de todo punto te desnudes de todo humano y terreno afecto y de tí misma, para que alejada de lo visible sigas pobre y desvalida nuestras pisadas. Y porque ahora con especial gracia te llamo á tí á solas para el cumplimiento de la voluntad de mi Hijo santísimo y mia, y en tí queremos enseñar á otros; es necesario que de tal manera te dés por obligada de esta copiosa redencion, como si fuera beneficio para tí sola, y como si se hubiera de perder no aprovechándote tú sola. Tanto como esto lo debes apreciar; pues con el amor con que murió y padeció mi Hijo santísimo por tí [1], te miró con tanto afecto como si fueras tú sola la que necesitabas de su pasion y muerte para tu remedio.

1154. Con esta regla debes medir tu obligacion y tu agradecimiento. Y cuando conoces el pesado y peligroso olvido que hay en los hombres de tan excesivo beneficio, como haber muerto por ellos su mismo Dios y Criador hecho hombre, procura tú recompensarle esta injuria amándole por todos, como si el retorno de esta deuda estuviera remitido á solo tu agradecimiento y fidelidad. Duélete asimismo de la ciega estulticia de los hombres en despreciar su eterna felicidad y en atesorar la ira del Señor contra sí mismos, frustrándole los mayores afectos de su infinito amor para con el mundo. Para esto te doy á conocer tantos secretos y el dolor tan sin igual que yo padecí desde la hora que me despedí de mi Hijo santísimo para ir al sacrificio de su sagrada pasion y muerte. No hay términos con que significar la amargura de mi alma en aquella ocasion; pero á su vista ningun trabajo reputarás por grande, ni podrás apetecer descanso ni delectacion terrena, y solo codiciarás padecer y morir con Cristo. Compadécete conmigo, que es debida á lo que te favorezco esta fiel correspondencia.

1155. Quiero tambien que adviertas cuán aborrecible es en los ojos del Señor y en los mios, y de todos los bienaventurados, el desprecio y olvido de los hombres en frecuentar la Comunion sagrada, y el no llegar á ella con disposicion y fervor de devocion. Para que entiendas y escribas este aviso, te he manifestado lo que yo hice [2], disponiéndome tantos años para el dia que llegase á recibir á mi

[1] Galat. II, 20. — [2] Supr. n. 835.

santísimo Hijo sacramentado; y lo demás, que escribirás adelante [1], para enseñanza y confusion vuestra; porque si yo, que estaba inocente y sin alguna culpa que me impidiese, y con tanto lleno de todas las gracias, procuré añadir nueva disposicion de ferviente amor, humildad y agradecimiento; ¿qué debes hacer tú y los demás hijos de la Iglesia, que cada día y cada hora incurren en nuevas culpas y fealdades, para llegar á recibir la hermosura de la misma divinidad y humanidad de mi Hijo santísimo y mi Señor? ¿Qué descargo darán los hombres en el juicio, de haber tenido consigo al mismo Dios sacramentado en la iglesia, esperando que vayan á recibirle para llenarlos de la plenitud de sus dones, y han despreciado este inefable amor y beneficio por emplearse y divertirse en deleites mundanos y servir á la vanidad aparente y engañosa? Admírate (como lo hacen los Ángeles y Santos) de tal insania, y guárdate de incurrir en ella.

CAPÍTULO X.

Celebra Cristo nuestro Salvador la última cena legal con sus discípulos, y lávales los piés: tiene su Madre santísima inteligencia y noticia de todos estos misterios.

Especiales muestras de su encendido amor que daba Cristo á sus discípulos cercano á su pasion.—Como se manifestaba mas su amor con la ciencia de la cercanía de sus tormentos.—Envió á san Pedro y á san Juan á preparar la cena legal.—Calidades de el dueño del cenáculo que eligió el Señor para celebrar en él tantos misterios.—Fue ilustrado con especial gracia para ofrecer liberalmente su casa.—Ordenó Cristo á su Madre se retirase con las piadosas mujeres á un aposento de la casa.—Celebra Cristo la cena legal con los Apóstoles y otros discípulos.—Doctrina que dió Cristo á sus discípulos en ésta cena de la significacion de sus figuras y su verdad que en él se cumplia.—Inteligencia que tuvieron en esta doctrina los Apóstoles y discípulos.—No la tuvo Judas, y por qué.—Razon de no excluir Cristo á Judas de la cena, y otros misterios.—Ejemplo singular de cuánto se debe mirar por la honra de los ministros de la Iglesia.—Hizo Cristo á su Padre un misterioso cántico por haberse cumplido en sí las figuras de la antigua ley.—Oracion de Cristo al Padre por el fin de las figuras de la ley antigua y establecimiento de la ley de gracia.—Aceptó el Padre la oracion, y envió innumerables Ángeles á asistir á los misterios del cenáculo.—Miraba María desde su retiro todo lo que su Hijo obraba, con la misma claridad que si estuviera presente, y á todo cooperaba.—Admirable armonía de las obras de María en la contemplacion de estos misterios.—Como se gozaba en la inteligencia de la gloria de las obras y misterios que iba ejecutan-

[1] Infr. n. 1197; part. III, n. n. 109, 583.

do su Hijo.—Como juntamente se dolia en la ciencia de los medios de su pasion y muerte, y de la ingratitud de los hombres.—No se turbó ni faltó al consuelo y enseñanza de las mujeres santas.—Argúyese con este ejemplar nuestra impaciencia y turbacion en las penas.—Oracion que hizo Cristo interiormente al Padre para lavar los piés á sus discípulos.—Fin que tuvo Cristo en esta obra.—Es inexplicable el amor con que el Señor disponia y ejecutaba estas obras.—Pondérase su humildad en lavar los piés á Judas. —Disposicion en que se puso Cristo para lavar los piés á sus discípulos. —Lavatorio de san Pedro.—Declaracion de la primer respuesta de Cristo á la réplica de Pedro.—Sin obediencia no hay verdadera humildad.—Resistencia de san Pedro, y su causa.—Declárase la segunda respuesta y amenaza de Cristo.—Forma de obediencia.—Razon de la amenaza.—Exclusion con que le amenazó.—Rendimiento de san Pedro.—Pureza que se requiere para recibir á Dios sacramentado.—Lavatorio de Judas.—Singulares demostraciones de amor con que el Señor lavó al traidor los piés.—Fueron los auxilios que dió á Judas en el lavatorio mayores en sí que los que dió á los otros Apóstoles.—Causa de las resistencias de Judas.—Como convirtió la medicina en veneno.—Circunstancia de la malicia de Judas en no verse reducido con lo que obraba el contacto y presencia de Cristo.—Disposicion y hermosura corporal del Hijo de la Vírgen.—Efectos que causaba su presencia.—No quiso Judas mirar al rostro á Cristo ni atender á su persona.—Desde que perdió la fe nunca miró á Cristo ni á su Madre á la cara.—Quiso Lucifer, que estaba en el corazon de Judas, huir dél y del cenáculo, no pudiendo sufrir la humildad de Cristo.—Sermon de Cristo despues del lavatorio.—Efectos que hizo en los Apóstoles. —Cuándo hizo san Juan las preguntas sobre quién era el traidor.—Deseó san Pedro saberlo para vengarlo ó impedirlo.—No se lo declaró san Juan aunque lo conoció.—Favores que recibió san Juan reclinado en el pecho de Cristo.—Allí le encomendó á su Madre para que cuidase de ella.—Lo que iba obrando la Madre de Dios viendo desde su retiro todas estas obras de su Hijo.—La caridad de Cristo con los hombres obró con toda su eficacia en el fin de su vida.—Comó subió de punto con la contradicion.—La caridad con el prójimo entonces es sin sospecha cuando de parte dél no obligan beneficios ni lisonjas.—La caridad en lo espiritual siempre se ha de ejercer y dilatar.—Á nadie hizo Cristo beneficio temporal que dejase de hacérsele espiritual.—Cuán poderoso ejemplo de humillarse el hombre es haber lavado Cristo á Judas los piés.—Al paso que el alma se humilla, se proporciona para la alteza de el favor divino.—El ejercicio de la humildad se ha de regular por la obediencia.—Sin obediencia lo que parece humildad es en la verdad soberbia.—No ha de examinar el alma la seguridad de los favores divinos por el concepto de la indignidád propia, sino por el juicio de la obediencia.

1156. Proseguia su camino para Jerusalen nuestro Redentor (como queda dicho [1]) el jueves á la tarde, que precedió á su pasion y muerte; y en las conferencias que tenia con sus discípulos sobre los misterios de que los iba informando, le preguntaron algunas

[1] Supr. n. 1149.

dudas en lo que no entendian, y á todas respondió como Maestro de la sabiduría y Padre amoroso con palabras llenas de dulcísima luz que penetraba los corazones de los Apóstoles; porque habiéndolos amado siempre, ya en aquellas horas últimas de su vida, como cisne divino, manifestaba con mas fuerza la suavidad de su voz y la dulzura de su amor. No solo no le impedia para esto lo inmediato de su pasion y la ciencia prevista de tantos tormentos, sino que como el calor reconcentrado con la oposicion del frio vuelve á salir con toda su eficacia; de este modo el incendio del divino amor, que sin límite ardia en el corazon de nuestro amoroso Jesús, salia con mayores finezas y actividad á inflamar á los mismos que le querian extinguir, comenzando á herir á los mas cercanos con la eficacia de su incendio. Á los demás hijos de Adan (fuera de Cristo y su Madre santísimos) de ordinario sucede que la persecucion nos impacienta, las injurias nos iritan, las penas nos destemplan, y todo lo adverso nos conturba, desmaya y desazona con quien nos ofende, y tenemos por grande hazaña no tomar venganza de contado; pero el amor de nuestro divino Maestro no se estragó con las injurias que miraba en su pasion, no se cansó con las ignorancias de sus discípulos y con la deslealtad que luego habia de experimentar en ellos.

1157. Preguntáronle [1] dónde queria celebrar la Pascua del cordero (que aquella noche cenaban los judíos, como fiesta muy célebre y solemne en aquel pueblo, y era la figura mas expresa en su ley del mismo Señor, y de los misterios que él mismo y por él se habian de obrar; aunque entonces no estaban los Apóstoles harto capaces para conocerlos). Respondióles el divino Maestro enviando á san Pedro y á san Juan, que se adelantasen á Jerusalen, y preparasen la cena del cordero pascual en casa de un hombre donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniése aposento para cenar con sus discípulos. Era este vecino de Jerusalen hombre rico, principal, y devoto del Salvador, y de los que habian creido en su doctrina y milagros, y con su piadosa devocion mereció que el Autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los misterios que obró en ella, dejándola consagrada en templo santo para otros que despues sucedieron. Fueron luego los dos Apóstoles, y con las señas que llevaban pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la

[1] Matth. xxvi, 17; Marc. xiv, 12; Luc. xxii, 9.

vida y tuviese por su huésped, para celebrar la gran solemnidad de los Ázimos, que así se llamaba aquella Pascua.

1158. Fue ilustrado con especial gracia el corazon de aquel padre de familias, y liberalmente ofreció su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella una cuadra muy grande [1], colgada y adornada con mucha decencia, cual convenia (aunque él y los dos Apóstoles lo ignoraban) para los misterios tan venerables que en ella queria obrar nuestro Salvador. Prevenido todo esto, llegó su Majestad á la posada con los demás discípulos: y en breve espacio fué tambien su Madre santísima con su congregacion de las santas mujeres que le seguian; y luego la humildísima Reina postrada en tierra adoró á su Hijo santísimo, como acostumbraba, y le pidió la bendicion, y la mandase lo que debia hacer. Ordenóla su Majestad se retirase á un aposento de la casa (que para todo era capaz), y allí estuviese á la vista de lo que la divina Providencia habia determinado hacer en aquella noche, y que confortase y diese luz á las mujeres que la acompañaban, de lo que convenia advertirlas. Obedeció la gran Señora, y se retiró con su compañía. Ordenólas que todas perseverasen en fe y oracion; y continuando ella sus afectos fervorosos para esperar la Comunion, que sabia se acercaba la hora, y atendiendo siempre con la vista interior á todas las obras que su Hijo santísimo iba ejecutando.

1159. Nuestro Salvador y maestro Jesús, en retirándose su purísima Madre, entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce Apóstoles y otros discípulos, y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley [2], sin faltar á cosa alguna de los ritos que él mismo habia ordenado por medio de Moisés. En esta cena última dió inteligencia á los Apóstoles de todas las ceremonias de aquella ley figurativa, como se las habia dado á los antiguos Padres y Profetas, para significar la verdad de lo que el mismo Señor iba cumpliendo, y habia de obrar como Reparador del mundo; y que la ley antigua de Moisés y sus figuras quedarian evacuadas con la verdad figurada; y no podian durar mas las sombras, llegando en él la luz y principio de la nueva ley de gracia, en la cual solo quedarian permanentes los preceptos de la ley natural, que era perpétua; aunque estos quedarian mas realzados y perfeccionados con otros preceptos divinos y consejos que él mismo enseñaba: y con la eficacia que daria á los nuevos Sacramentos de su nueva ley, todos los antiguos cesarian, como ineficaces y solo fi-

[1] Luc. XXII, 12. — [2] Exod. XII, à v. 3.

gurativos, y que para todo esto celebraba con ellos aquella cena, con que daba fin y término á sus ritos y obligacion de la ley, pues toda se habia encaminado á prevenir y representar lo que su Majestad estaba obrando; y conseguido el fin, cesaba el uso de los medios.

1160. Con esta nueva doctrina entendieron los Apóstoles grandes secretos de los profundos misterios que su divino Maestro iba obrando; mas los discípulos que allí estaban no entendieron tantas cosas de las obras del Señor como los Apóstoles. Judas fue quien atendió y entendió menos, ó nada de ellas; porque estaba poseido de la avaricia, y solo atendia á la traicion alevosa que tenia fraguada, y le ocupaba el cuidado de ejecutarla con secreto. Guardábasele tambien el Señor, porque así convenia á su equidad y á la disposicion de sus juicios altísimos. Y no quiso excluirle de la cena ni de los otros misterios, hasta que él mismo se excluyó por su mala voluntad; pero el divino Maestro siempre le trató como á su discípulo, apóstol y ministro, y le guardó su honra. Enseñando con este ejemplo á los hijos de la Iglesia en cuánta veneracion han de tener á los ministros de ella y á los sacerdotes, cuánto han de celar su honra, sin publicar sus pecados y flaquezas que en ellos vieren, como en hombres de frágil naturaleza. Ninguno será peor que Judas; y así lo debemos entender. Ninguno tampoco será como Cristo nuestro Señor, ni tendrá tanta autoridad ni potestad: esto lo enseña la fe. Pues no será razon, que si todos los hombres son infinitamente menos que nuestro Salvador, hagan con sus ministros, mejores que Judas (aunque sean malos) lo que no hizo el mismo Señor con aquel pésimo discípulo y apóstol; y para esto no importa que sean prelados, que tambien lo era Cristo nuestro Señor, y sufrió á Judas, y le guardó su honra.

1161. Hizo nuestro Redentor en esta ocasion un misterioso cántico en alabanza del eterno Padre, por haberse cumplido en sí mismo las figuras de la antigua ley, y por la exaltacion de su nombre, que de ella redundaba; y postrado en tierra, humillándose segun su humanidad santísima, confesó, adoró, y alabó á la Divinidad como á superior infinitamente, y hablando con el eterno Padre, hizo interiormente una altísima oracion y fervorosísima exclamacion diciendo:

1162. *Eterno Padre mio y Dios inmenso, vuestra divina y eterna voluntad determinó criar mi humanidad verdadera, y que en ella fuese cabeza de todos los predestinados* [1] *para vuestra gloria y su felicidad*

[1] Rom. VIII, 29.

interminable, y que por medio de mis obras se dispusieran para conseguir su verdadera bienaventuranza. Para este fin, y redemir á los hijos de Adan de su caida, he vivido con ellos treinta y tres años. Ya, Señor y Padre mio, llegó la hora oportuna y aceptable de vuestra voluntad eterna, para que se manifieste á los hombres vuestro santo nombre, y sea de todas las naciones conocido y exaltado por la noticia de la santa fe que manifieste á todos vuestra divinidad incomprehensible. Tiempo es que se abra el libro[1] *cerrado con siete sellos, que vuestra sabiduría me entregó, y que se dé fin dichoso á las antiguas figuras*[2] *y sacrificios de animales que han significado el que yo de mí mismo voluntariamente quiero ya ofrecer por mis hermanos los hijos de Adan, miembros de este cuerpo, de quien soy cabeza, y ovejas de vuestra grey; por quien os suplico ahora los mireis con ojos de misericordia. Y si los antiguos sacrificios y figuras (que voy con la verdad ejecutando), por lo que significaban, aplacaban vuestro enojo; justo es, Padre mio, que tenga fin, pues yo me ofrezco en sacrificio con voluntad pronta para morir por los hombres en la cruz, y me sacrifico como holocausto en el fuego de mi proprio amor*[3]*. Ea, Señor, témplese ya el rigor de vuestra justicia, y mirad al linaje humano con los ojos de vuestra clemencia. Demos ley saludable á los mortales con que se abran las puertas del cielo cerradas hasta ahora por su inobediencia. Hallen ya camino cierto y puerta franca para entrar conmigo á la vista de vuestra divinidad, si ellos me quisieren imitar y seguir mi ley y pisadas.*

1163. Esta oracion de nuestro Salvador JESÚS aceptó el eterno Padre, y luego despachó de las alturas innumerables ejércitos angélicos sus cortesanos, para que en el cenáculo asistiesen á las obras maravillosas que el Verbo humanado habia de obrar en él. En el ínterin que sucedia todo esto en el cenáculo, estaba María santísima en su retiro levantada en altísima contemplacion, donde lo miraba todo con la misma distincion y clara vision que si estuviera presente, y á todas las obras de su Hijo nuestro Salvador cooperaba y correspondia en la forma que su admirable sabiduría la dictaba, como coadjutora de todas ellas. Hacia actos heróicos y divinos de todas las virtudes con que habia de corresponder á las de Cristo nuestro Señor; porque todas resonaban en el pecho castísimo de la Madre, donde con misterioso y divino eco se repetian, replicando la dulcísima Señora las mismas oraciones y peticiones en su modo. Y sobre todo esto hacia nuevos cánticos y admirables alabanzas por lo que la humanidad santísima en la persona del Verbo iba obrando en cumpli-

[1] Apoc. v, 7. — [2] Hebr. x, 1. — [3] Ephes. v, 2.

miento de la voluntad divina, y en correspondencia y lleno de las antiguas figuras de la ley escrita.

1164. Grande maravilla, y digna de toda admiracion, fuera para nosotros, como lo fue para los Ángeles y lo será á todos en el cielo, si conociéramos ahora aquella divina armonía de las virtudes y obras, que en el corazon de nuestra gran Reina, como en un coro, estaban ordenadas, sin confundirse ni impedirse unas á otras, cuando todas y cada una obraban en esta ocasion con mayor fuerza. Estaba llena de las inteligencias que he dicho, y á un mismo tiempo conocia como en su Hijo santísimo se iban cumpliendo y evacuando las ceremonias y figuras legales, sustituyendo la nueva ley y Sacramentos mas nobles y eficaces. Miraba el fruto tan abundante de la Redencion en los predestinados; la ruina de los réprobos; la exaltacion del nombre del mismo Dios, y de la santísima humanidad de su Hijo Jesús; la noticia y fe universal que se prevenia de la Divinidad para el mundo; que se abria el cielo cerrado por tantos siglos, para que desde luego entrasen en él los hijos de Adan por el estado y progreso de la nueva Iglesia evangélica y todos sus misterios; y que de todo esto era su Hijo santísimo admirable y prudentísimo artífice, con alabanza y admiracion de todos los cortesanos del cielo. Por estas magníficas obras, sin omitir un ápice, bendecia al eterno Padre y le daba gracias singularmente, y en todo se gozaba y consolaba la divina Señora con admirable júbilo.

1165. Pero junto con esto miraba que todas estas obras inefables habian de costarle á su mismo Hijo los dolores, ignominias, afrentas y tormentos de su pasion, y al fin muerte de cruz tan dura y amarga, y todo lo habia de padecer en la humanidad que de ella habia recibido; y que tanto número de los hijos de Adan, por quienes lo padecia, le serian ingratos, y perderian el copioso fruto de su Redencion. Esta ciencia llenaba de amargura dolorosa el candidísimo corazon de la piadosa Madre. Pero como era estampa viva y proporcionada á su Hijo santísimo, todos estos movimientos y operaciones cabian á un tiempo en su magnánimo y dilatado pecho. Y no por esto se turbó ni alteró, ni faltó al consuelo y enseñanza de las mujeres santas que la asistian; sino que sin perder la alteza de las inteligencias que recibia, descendia en lo interior á instruirlas y confortarlas con saludables consejos y palabras de vida eterna. ¡Oh admirable Maestra y ejemplar mas que humano á quien imitemos! Verdad es que nuestro caudal, en comparacion de aquel piélago de gracia y luz, es imperceptible. Pero tambien es verdad que nuestras pe-

nalidades y dolores en comparacion de aquellos son cási aparentes y nada, pues ella padeció sola mas que todos juntos los hijos de Adan. Y con todo eso, ni por su imitacion y amor, ni por nuestro bien eterno, sabemos padecer con paciencia la menor adversidad que nos sucede. Todas nos conturban, alteran, y les ponemos mala cara; soltamos las pasiones, resistimos con ira, y nos impacientamos con tristeza; desamparamos la razon como indóciles, y todos los movimientos malos se desconciertan, y están prontos para el precipicio. Tambien lo próspero nos deleita y destruye; nada se puede fiar de nuestra naturaleza infecta y manchada. Acordémonos de nuestra divina Maestra en estas ocasiones, para componer nuestros desórdenes.

1166. Acabada la cena legal y bien informados los Apóstoles, se levantó Cristo nuestro Señor, como dice san Juan [1], para lavarles los piés. Y primero hizo otra oracion al Padre postrándose en su presencia, al modo que la habia hecho en la cena, como queda dicho arriba [2]. No fue vocal esta oracion, sino mentalmente habló, y dijo: *Eterno Padre mio, Criador de todo el universo, imágen vuestra soy, engendrado por vuestro entendimiento y figura de vuestra substancia* [3]; *y habiéndome ofrecido por la disposicion de vuestra santa voluntad á redemir al mundo con mi pasion y muerte, quiero, Señor, por vuestro bepepláciito, entrar en estos sacramentos y misterios por medio de mi humillacion hasta el polvo, para que la soberbia altiva de Lucifer sea confundida con mi humildad, que soy vuestro Unigénito. Para dejar ejemplo de esta virtud á mis Apóstoles y á mi Iglesia, que se ha de fundar en este seguro fundamento de la humildad, quiero, Padre mio, lavar los piés de mis discípulos, hasta los del menor de todos, Judas, por su maldad que tiene fabricada; y postrándome ante él con humildad profunda y verdadera, le ofreceré mi amistad y su remedio. Siendo el mayor enemigo que tengo entre los mortales, no le negaré mi piedad ni el perdon de su traicion, para que, si no le admite, conozca el cielo y la tierra que yo le abrí los brazos de mi clemencia, y él la despreció con obstinada voluntad.*

1167. Esta oracion hizo nuestro Salvador para lavar los piés de los discípulos. Y para declarar algo de el ímpetu con que su divino amor disponia y ejecutaba estas obras, no hay términos, ni símiles adecuados en todas las criaturas; porque es tarda la actividad del fuego, y pesado el corriente del mar, el movimiento de la piedra para su centro, y todos cuantos quisiéremos imaginar que tienen los ele-

[1] Joan. XIII, 4. — [2] Supr. n. 1162. — [3] Hebr. I, 3.

mentos dentro y fuera de su esfera. Pero no podemos ignorar que solo su amor y sabiduría pudieron inventar tal linaje de humildad, que lo supremo de la divinidad y humanidad se humillasen hasta lo mas ínfimo del hombre, que son los piés, y estos del peor de los nacidos, que fue Judas, y allí pusiera su boca en lo mas inmundo y contentible, el que era la palabra del eterno Padre, y el Santo de los Santos, y por esencia la misma bondad, Señor de los señores, y Rey de los reyes, se postrase ante el pésimo de los hombres para justificarle, si él entendiera y admitiera este beneficio, nunca harto ponderado ni encarecido.

1168. Levantóse nuestro divino Maestro de la oracion que hizo, y con semblante hermosísimo, sereno y apacible, puesto en pié, mandó su Majestad sentar con órden á sus discípulos, como haciéndoles á ellos grandes, y ser su alteza ministro suyo. Luego se quitó un manto que traia sobre la túnica inconsútil, y esta le llegaba á los piés, aunque no los cubria. Y en esta ocasion tenia sandalias, que algunas veces las dejaba para andar descalzo en la predicacion, y otras las usaba, desde que su Madre santísima se las calzó en Egipto, y fueron creciendo en hermosos pasos con la edad, como crecian los piés, y queda dicho en su lugar [1]. Despojado del manto, que son las vestiduras que dice el Evangelista [2], recibió una toalla ó mantel largo, y con la una parte se ciñó el cuerpo, dejando pendiente el otro extremo. Luego echó agua en una vacía [3] para lavar los piés de los Apóstoles, que con admiracion estaban atentos á todo lo que su divino Maestro iba ejecutando.

1169. Llegó á la cabeza de los Apóstoles, san Pedro, para lavarle; y cuando el fervoroso Apóstol vió postrado á sus piés al mismo Señor que habia conocido y confesado por Hijo de Dios vivo, renovando en su interior esta fe con la nueva luz que le ilustraba, y conociendo con humildad profunda su propia bajeza, turbado y admirado dijo [4]: *¿Tú, Señor, me lavas á mí los piés?* Respondió Cristo nuestro bien, con incomparable mansedumbre [5]: *Tú ignoras ahora lo que yo hago, pero despues lo entenderás.* Que fue decirle: obedece ahora primero á mi dictámen y voluntad, y no antepongas el tuyo propio, con que perviertes el órden de las virtudes y las divides. Primero has de cautivar tu entendimiento, y creer que conviene lo que yo hago, y despues de haber creido y obedecido, entenderás los misterios ocultos de mis obras, á cuya inteligencia has de entrar

[1] Supr. n. 691. — [2] Joan. XIII, 4. — [3] Ibid. 5.
[4] Ibid. 6. — [5] Ibid. 7.

por la puerta de la obediencia; y sin esta, no puede ser verdaderamente humilde sino presuntuosa. Tampoco tu humildad se puede anteponer á la mia; yo me humillé hasta la muerte [1], y para humillarme tanto obedecí; y tú, que eres mi discípulo, no sigues mi doctrina; y con color de humillarte eres inobediente, y pervirtiendo el órden te privas de la humildad y de la obediencia, siguiendo la presuncion de tu propio juicio.

1170. No entendió san Pedro esta doctrina, encerrada en la primera respuesta de su Señor y Maestro; porque aunque estaba en su escuela, no habia llegado á experimentar los divinos efectos de su lavatorio y contacto; y embarazado con el indiscreto afecto de su humildad, replicó al Señor y le dijo [2]: *Jamás consentiré, Señor, que tú me laves los piés*. Respondióle con mas severidad el Autor de la vida: *Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo*. Con esta respuesta y amenaza dejó el Señor canonizada la seguridad de la obediencia; porque, al juicio de los hombres, alguna disculpa parece que tenia san Pedro en resistir á una obra tan inaudita, y que la capacidad humana la tuviera por muy desigual, como consentir un hombre terreno y pecador que á sus piés estuviera postrado el mismo Dios, á quien estaba conociendo y adorando. Pero no se le admitió esta disculpa, porque su divino Maestro no podia errar en lo que hacia; y cuando no se conoce con evidencia este engaño en el que manda, ha de ser la obediencia ciega, y sin buscar otra razon para resistir á ella. En este misterio queria nuestro Salvador soldar la inobediencia [3] de nuestros primeros padres Adan y Eva, por donde habia entrado el pecado en el mundo; y por la semejanza y participacion que con ella tenia la inobediencia de san Pedro, le amenazó Cristo Señor nuestro con el amago de otro semejante castigo, diciendo que si no obedecia no tendria parte en él: que fue excluirle de sus merecimientos y fruto de la Redencion, por la cual somos capaces y dignos de su amistad y participacion de la gloria. Tambien le amenazó con negarle la participacion de su cuerpo y sangre, que luego habia de sacramentar en las especies de pan y vino; donde aunque se queria dar el Señor, no por partes, sino por entero, y deseaba ardentísimamente comunicarse por este misterioso modo; con todo eso la inobediencia pudiera privar al Apóstol de este amoroso beneficio, si en ella perseverase.

1171. Con la amenaza de Cristo nuestro bien quedó san Pedro tan castigado y enseñado, que con excelente rendimiento respondió

[1] Philip. II, 8. — [2] Joan. XIII, 8. — [3] Rom. V, 19.

luego [1]: *Señor, no solo doy los piés, sino las manos y la cabeza*, para que todo me laveis. Que fue decir: Ofrezco mis piés para correr á la obediencia, y mis manos para ejercitarla, y mi cabeza para no seguir mi propio juicio contra ella. Admitió el Señor este rendimiento de san Pedro, y le dijo [2]: *Vosotros estais limpios, aunque no todos* (porque estaba entre ellos el inmundísimo Judas), *y el que está limpio no tiene que lavarse mas de los piés*. Esto dijo Cristo Señor nuestro, porque los discípulos (fuera de Judas) estaban justificados y limpios de pecado con su doctrina; y solo necesitaban lavar las imperfecciones y culpas leves ó veniales, para llegar á la Comunion con mayor decencia y disposicion, como se requiere para recibir sus divinos efectos y conseguir mas abundante gracia, y con mayor plenitud y eficacia; que para esto impiden mucho los pecados veniales, y distracciones y tibieza en recibirla. Con esto se lavó san Pedro, y obedecieron los demás llenos de asombro y lágrimas; porque todos iban recibiendo con este lavatorio nueva luz y dones de la gracia.

1172. Pasó el divino Maestro á lavar á Judas, cuya traicion y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Cristo, para que dejase de hacer con él mayores demostraciones que con los otros Apóstoles. Y sin manifestarles su Majestad estas señales, se las declaró á Judas en dos cosas. La una, en el semblante agradable y caricia exterior con que se le puso á sus piés, y se los lavó, besó, y llegó al pecho. La otra, en las grandes inspiraciones con que tocó su interior, conforme á la dolencia y necesidad que tenia aquella depravada conciencia; porque estos auxilios fueron mayores en sí mismos con Judas que con otro de los Apóstoles. Pero como su disposicion era pésima, los hábitos viciosos intensísimos, su obstinacion endurecida con muchas determinaciones, el entendimiento y las potencias turbadas y debilitadas, y de todo punto se habia alejado de Dios, y entregado al demonio, y le tenia en su corazon como en trono y silla de su maldad; con esto resistió á todos los favores y inspiraciones que recibia en el lavatorio de los piés. Juntóse á esto el temor que tuvo á los escribas y fariseos de faltar á lo contratado con ellos. Y como á la presencia de Cristo exterior, y á la fuerza interior de los auxilios queria la luz del entendimiento moverle, levantóse en su tenebrosa conciencia una borrasca turbulenta que le llenó de confusion y amargura, y le encendió en ira, y le despechó y apartó de su mismo Maestro y Médico que le queria aplicar la medicina salu-

[1] Joan. XIII, 9. — [2] Ibid. 10.

dable, y toda la convirtió en veneno mortal y hiel amarguísima de maldad, que le tenia repleto y poseido.

1173. Resistió la maldad de Judas á la virtud y contacto de aquellas manos divinas, en que el eterno Padre habia depositado todos los tesoros [1] y virtud de hacer maravillas, y enriquecer á todas las criaturas. Y aunque no hubiera recibido otros auxilios la pertinacia de Judas, sino los ordinarios que obraba en las almas la presencia y vista del Autor de la vida, y los que naturalmente podia causar su santísima persona, fuera la malicia de este infeliz discípulo sobre toda ponderacion. Era la persona de Cristo nuestro bien en el cuerpo perfectísima y agraciada; el semblante grave y sereno, de una hermosura apacible y dulcísima; el cabello nazareno uniforme; el color entre dorado y castaño; los ojos rasgados, y de suma gracia y majestad; la boca, la nariz, y todas las partes del rostro proporcionadas en extremo, y en todo se mostraba tan agradable y amable, que á los que le miraban sin malicia de intencion, los atraia á su veneracion y amor. Sobre esto causaba con su vista gozo interior, con admirable ilustracion de las almas, engendrando en ellas divinos pensamientos y otros efectos. Esta persona de Cristo tan amable y venerable tuvo Judas á sus piés, y con nuevas demostraciones de agrado, y mayores impulsos que los ordinarios. Pero tal fue su perversidad, que nada le pudo inclinar ni ablandar su endurecido corazon; antes se irritó de la suavidad del Señor, y no le quiso mirar al rostro, ni atender á su persona; porque desde que perdió la fe y la gracia, tuvo este odio con su Majestad y con su Madre santísima, y nunca los miraba á la cara. Mayor fue en alguna manera el terror que tuvo Lucifer de la presencia de Cristo nuestro Salvador; porque, como he dicho [2], estaba este enemigo asentado en el corazon de Judas, y no pudiendo sufrir la humildad que ejercitaba con los Apóstoles el divino Maestro, pretendió Lucifer salirse de Judas y del cenáculo; pero su Majestad con la virtud de su brazo poderoso no consintió que se fuése, porque allí quedase entonces quebrantada su soberbia, aunque despues le arrojaron de allí (como diré adelante [3]) lleno de furor y sospechas de que Cristo era Dios verdadero.

1174. Dió fin nuestro Salvador al lavatorio de los piés, y volviendo á tomar su manto se asentó en medio de sus discípulos, y les hizo aquel gran sermon que refiere el evangelista san Juan, comenzando por aquellas palabras: *¿Sabeis lo que yo he hecho y obrado con vosotros? Llamaisme Maestro y Señor, y decis bien, porque lo*

[1] Joan. XIII, 3. — [2] Supr. n. 1172. — [3] Infr. 1189. —

soy [1]. *Pues si yo, que soy vuestro Señor y Maestro, he lavado vuestros piés, tambien debeis lavar los unos los de los otros. Porque yo os he dado este ejemplo, para que lo hagais como yo lo acabo de hacer. Pues no ha de ser el discípulo mas que el Maestro, ni el siervo mas que el Señor, ni el Apóstol ha de ser mayor que quien le envia.* Y prosiguió su Majestad enseñando, amonestando, y previniendo á los Apóstoles de grandes misterios y doctrina, que no me detengo á repetirla, remitiéndome á los Evangelistas. Este sermon ilustró de nuevo á los Apóstoles del misterio de la santísima Trinidad, Encarnacion, y los previno con nueva gracia para el de la Eucaristía, y los confirmó en la noticia que habian recibido de la alteza y profundidad de su predicacion y milagros. Entre todos fueron mas ilustrados san Pedro y Juan; porque cada uno recibió mayor ó menor ciencia, segun la disposicion y la voluntad divina. Lo que refiere san Juan de las preguntas que á instancia de san Pedro hizo á Cristo nuestro Señor sobre quién era el traidor que le habia de vender, segun lo dió á entender su Majestad mismo, sucedió en la cena, donde san Juan estuvo reclinado en el pecho de su divino Maestro [2]. Y san Pedro lo deseó saber, para vengarlo ó impedirlo con los fervores que ardian en su pecho, y solía manifestarse sobre todos en el amor de Cristo. Pero no se lo declaró san Juan, aunque él le conoció por las señas del bocado que dió su Majestad á Judas, en que dijo al Evangelista le conoceria [3]; y lo conoció para sí solo, y lo guardó en el secreto de su pecho, ejercitando la caridad que se le habia comunicado y enseñado en la escuela de su divino Maestro.

1175. En este favor y otros muchos fue privilegiado san Juan, cuando estuvo reclinado en el pecho de Jesús nuestro Salvador; porque allí conoció altísimos misterios de su divinidad y humanidad, y de la Reina del cielo su Madre santísima. En esta ocasion se la encomendó para que cuidase de ella; porque en la cruz no le dijo: Ella será tu Madre, ni él será tu Hijo; sino; veis ahí á tu Madre [4], porque no lo determinaba entonces, sino que fue como manifestar en público lo que antes le tenia encomendado y ordenado. De todos estos sacramentos que se obraban en el lavatorio de los piés, y de las palabras y sermon del divino Maestro, tenia su purísima Madre clara noticia y vision, como otras veces he dicho, y por todo hizo cánticos de loores y gloria al Altísimo. Y cuando se iban obrando despues las maravillas del Señor, las miraba, no como quien conocia de nuevo lo que ignoraba; sino como quien veia ejecutar y obrar

[1] Joan. XIII, á v. 13. — [2] Ibid. 23. — [3] Ibid. 26. — [4] Ibid. XIX, 27.

lo que antes sabia y tenia escrito en su corazon, como en las tablas de Moisés lo estaba la ley [1]. Y de todo lo que convenia informar á las santas discípulas que consigo tenia, les daba luz, y reservaba lo que ellas no eran capaces de entender.

Doctrina que me dió la gran señora del mundo María santísima.

1176. Hija mia, en tres virtudes principales de mi Hijo y Señor, de que has hablado en este capítulo, quiero que seas extremada, para imitarle en ellas como su esposa y mi discípula carísima. Son la caridad, la humildad y la obediencia, en que su Majestad se quiso señalar mas en lo último de su vida santísima. Cierto es que por toda ella manifestó el amor que tenia á los hombres, pues por ellos y para ellos hizo tantas y tan admirables obras, desde el instante que en mi vientre fue concebido por el Espíritu Santo. Pero en el fin de su vida, cuando dispuso la ley evangélica y Nuevo Testamento, salió con mas fuerza la llama de la encendida caridad y amoroso fuego que ardia en su pecho. En esta ocasion obró con toda su eficacia la caridad de Cristo nuestro Señor con los hijos de Adan, porque concurrieron de su parte los dolores de la muerte que le cercaban [2], y de parte de los hombres la adversidad al padecer y admitir el bien, la suma ingratitud y perversidad, tratando de quitar la honra y vida á quien les estaba dando la suya misma, y disponiéndoles la salud eterna. Con esta contradicion subió de punto el amor, que no se habia de extinguir [3]; y así fue mas ingenioso para conservarse en sus mismas obras, y dispuso como quedarse entre los hombres, habiéndose de alejar de ellos, y les enseñó con ejemplo, doctrina y obras los medios ciertos y eficaces por donde participasen de los efectos de su divino amor.

1177. En este arte de amar por Dios á tus prójimos quiero que seas muy sábia y industriosa. Y esto harás, si las mismas injurias y penalidades que te dieren, te despiertan la fuerza de la caridad; advirtiendo, que entonces es segura y sin sospecha, cuando de parte de la criatura no obligan ni los beneficios ni las lisonjas. Porque amar á quien te hace bien, aunque sea debido; pero no sabes (si no lo adviertes) si le amas por Dios, ó por el útil que recibes, que será amar al interés ó á tí misma mas que á tu prójimo por Dios: y quien ama por otros fines ó motivos de lisonja, este no conoce el amor de la caridad; porque está poseido del ciego amor propio de

[1] Deut. v, 22. — [2] Psalm. cxiv, 3. — [3] Cant. viii, 7.

su deleite. Pero si amas al que no te obliga por estos medios, tendrás entonces por motivo y principal objeto al mismo Señor, á quien amas en su criatura, sea ella la que fuere. Y porque tú puedes ejercitar la caridad corporal menos que la espiritual, aunque entrambas las debes abrazar conforme á tus fuerzas y las ocasiones que tuvieres; pero en la caridad y beneficios espirituales has de obrar siempre extendiéndote á grandes cosas, como el Señor lo quiere, con oraciones, peticiones, ejercicios, y tambien con exhortaciones prudentes y santas, procurando por estos medios la salud espiritual de las almas. Acuérdate que mi Hijo y Señor á ninguno hizo beneficio temporal, que dejase de hacérsele espiritual; y fuera menor perfeccion de sus divinas obras no hacerlas con esta plenitud. De esto entenderás cuánto se deben preferir los beneficios del alma á los del cuerpo; y estos has de pedir siempre con atencion y condicion de ponerlos en primer lugar, aunque los hombres terrenos de ordinario piden á ciegas los bienes temporales, olvidando los eternos y los que tocan á la verdadera amistad y gracia del Altísimo.

1178. Las virtudes de la humildad y obediencia quedaron engrandecidas en mi Hijo santísimo con lo que hizo y enseñó lavando los piés de sus discípulos. Y si con la luz interior que tienes de este raro ejemplo no te humillares mas que el polvo, muy duro será tu corazon, y muy indócil á la ciencia del Señor. Queda, pues, entendida desde ahora, que nunca digas ni imagines te has humillado dignamente, aunque seas despreciada y te halles á los piés de todas las criaturas, por pecadores que sean; pues ninguna será peor que Judas, ni tú puedes ser como tu Maestro y Señor. Con todo eso, si merecieres que te favorezca y honre con esta virtud de la humildad, será darte un género de perfeccion y proporcion con que seas digna del título de esposa suya, y participes alguna igualdad con él mismo. Sin esta humildad ninguna alma puede ser levantada á tal excelencia y participacion; porque lo alto antes se debe abatir, y lo humillado es lo que se puede y debe levantar [1], y siempre es levantada el alma en correspondencia de lo que se humilla y aniquila.

1179. Porque no pierdas esta joya de la humildad cuando piensas que la guardas, te advierto que su ejercicio ni se ha de anteponer á la obediencia, ni se ha de regular entonces por el propio dictámen, sino por el superior; porque si antepones tu propio juicio al de quien te gobierna, aunque lo hagas con color de humillarte,

[1] Matth. XXIII, 12.

vendrás á ser soberbia; pues no solo no te pones en el ínfimo lugar, sino que te levantás sobre el juicio de quien es tu superior. De aquí quedarás advertida del engaño que puedes padecer, encogiéndote, como san Pedro, para no admitir los favores y beneficios del Señor, con que te privas, no solo de los dones y tesoros que resistes, sino de la misma humildad, que es el mayor y que tú pretendes; y del agradecimiento que debes de los altos fines que el Señor tiene siempre en estas obras, y de la exaltacion de su nombre. No te toca á tí entrar á la parte de sus juicios ocultos y inescrutables, ni á corregirlos por tus razones y causas, por las que te juzgas indigna de recibir tales favores ó hacer tales obras. Todo esto es semilla de la soberbia de Lucifer, simulada con aparente humildad, con que pretende hacerte incapaz de la participacion del Señor, de sus dones y amistad, que tanto tú deseas. Sea, pues, ley inviolable, que en aprobándote tus confesores y prelados los beneficios y favores del Señor, los creas, admitas, estimes y agradezcas con digna reverencia, y no andes vacilando con nuevas dudas ni temores, sino obra con fervor, y serás humilde, obediente y mansa.

CAPÍTULO XI.

Celebra Cristo nuestro Salvador la cena sacramental, consagrando en la Eucaristía su sagrado y verdadero cuerpo y sangre: las oraciones y peticiones que hizo; comulgó á su Madre santísima, y otros misterios que sucedieron en esta ocasion.

Dificultad de tratar del misterio de la Eucaristía, y lo que sucedió en su institucion.—En qué forma celebró Cristo la cena legal recostado.—Instituyó la Eucaristía en mesa levantada.—Con cuánta decencia se preparó todo lo necesario para su institucion segun la voluntad de Cristo.—Plática que hizo Cristo á sus Apóstoles antes de la institucion de la Eucaristía, y luces interiores que les comunicó.—Miraba María desde su retiro todo lo que su Hijo iba obrando en el cenáculo.—Fueron traidos al cenáculo Enoc y Elías por los Ángeles.—Aparecimiento del Padre eterno y el Espíritu Santo en el cenáculo.—Advertencia para las oraciones y acciones de inferioridad al Padre que hacia Cristo.—Oracion de Cristo antes de la institucion de la Eucaristía.—Fines que tuvo en la institucion de este Sacramento.—Razon de la institucion de los Sacramentos de la ley de gracia.—Peticion de Cristo al Padre por el beneficio de su institucion para los hombres.—Precio de los Sacramentos.—Disposicion del sacramento del Bautismo con expresion de sus efectos.—Disposicion del sacramento de la Confirmacion.—Disposicion del sacramento de la Penitencia.—Disposi-

cion del santísimo sacramento de la Eucaristía.—Disposicion del sacramento de la Extremauncion.—Disposicion de el sacramento del Órden, y de la monarquía eclesiástica.—Disposicion de el sacramento del Matrimonio.—En qué forma cooperó María á esta oracion de su Hijo.—Asistia hasta entonces Lucifer en el cenáculo.—Arrojólos María á él y á sus cuadrillas en el infierno.—Estuvieron en el infierno hasta que se les dió permiso para salir porque se hallasen en la pasion.—No estuvieron en la institucion de la Eucaristía.—Institucion del santísimo sacramento de la Eucaristía.—Palabras con que confirmó el Padre este Sacramento luego que consagró Cristo.—Adoracion de Cristo sacramentado que se siguió luego.—Elevó Cristo en alto el Sacramento para que le adorasen todos.—Ilustracion especial que recibieron acerca de este Sacramento la Madre de Dios, Juan, Enoc y Elías.—Lo contenido en este Sacramento.—La eficacia de la consagracion.—Vision que tuvo María en que se declara el modo de existir el cuerpo de Cristo debajo de las especies consagradas.—Declárase el modo con que deja de estar en ellas cuando se corrompen.—Como se alimenta el cuerpo con las especies sacramentales.—Tomó María por su cuenta recompensar la ingratitud que conoció habian de tener los mortales al beneficio de este Sacramento.—Comulgóse Cristo á sí mismo el primero.—Reverencia con que recibió en cuanto hombre en este Sacramento su divinidad.—Efectos que hizo la Comunion en el cuerpo de Cristo.—Entregó Cristo á san Gabriel una partícula consagrada para que comulgase á su Madre.—Comunion de la Madre de Dios inmediata á la de su Hijo.—Duró el sacramento de la Eucaristía en el cuerpo de María hasta despues de la resurreccion.—Razon de esta maravilla.—Comunion de los Apóstoles, y la dignidad sacerdotal que recibieron.—Comulgó san Pedro por mandado de Cristo á Enoc y Elías.—Despues de la comunion fueron restituidos á su lugar.—Razon por que ordenó el Señor este beneficio de Enoc y Elías.—Intento depravado de Judas de reservar el Sacramento.—Celo de la Madre de Dios conociendo el execrable intento de Judas.—Mandó á los Ángeles le sacasen de la boca las especies sacramentales.—Modo con que ejecutaron los Ángeles el mandado de su Reina.—Cuánto llenaria el sacramento de la Eucaristía los deseos de los fieles si dignamente le estimasen.—Culpa es suya no remediar con él todas sus necesidades.—Temor que tienen los demonios de la presencia de Cristo sacramentado.—Sufren el tormento de entrar en las iglesias, á trueque de hacer que las almas pequen en presencia de este Sacramento.—Huyen de ordinario cuando es llevado en procesion.—Poder que tienen contra los demonios los que comulgan dignamente.—Medio por donde los demonios procuran enflaquecerle.—Cómo se ha de conservar para vencerlos con estas armas.—Seria remedio de los trabajos que padece la Iglesia el buen uso de este Sacramento.—En la irreverencia de este Sacramento son los mas reprehensibles los malos sacerdotes.—Premio espiritual que tendrán en cuerpo y alma en el cielo los que con digna devocion y pureza frecuentaren este Sacramento.—Estima que hizo María de recibir á Cristo sacramentado.—Méritos de María desde el instante de su concepcion.—Todos juzgó que se le habian parado con sola una comunion.—Declárase con este ejemplo la estima que deben hacer los fieles del inefable beneficio de este Sacramento.—Cómo se ha de agradecer.

1180. Cobarde llego á tratar de este misterio de misterios de la inefable Eucaristía, y lo que sucedió en su institucion; porque levantando los ojos del alma á recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantas maravillas y sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez, que en ella misma se manifiesta. Túrbanse mis potencias, y no hallo ni puedo formar razones adecuadas para explicar lo que veo y manifiesta mi concepto, aunque tan inferior al objeto del entendimiento. Pero hablaré como ignorante en los términos, y como inhábil en las potencias, por no faltar á la obediencia, y para tejer la Historia continuando lo que en estas maravillas obró la gran Señora del mundo María santísima. Si no hablare con la propiedad que pide la materia, discúlpeme mi condicion y admiracion; que no es fácil descender á las palabras exteriores y propias cuando solo con afectos desea la voluntad suplir el defecto de su entender y gozar á solas de lo que ni puede manifestar ni conviene.

1181. La cena legal celebró Cristo nuestro bien recostado en tierra con los Apóstoles, sobre una mesa ó tarima que se levantaba del suelo poco mas de seis ó siete dedos; porque esta era la costumbre de los judíos. Acabado el lavatorio, mandó su Majestad preparar otra mesa alta como ahora usamos para comer, dando fin con esta ceremonia á las cenas legales y cosas ínfimas y figurativas, y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia. Y de aquí comenzó el consagrar en mesa ó altar levantado que permanece en la Iglesia católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica, y sobre ella pusieron un plato ó salvilla, y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme á la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenia y disponia todo. El dueño de la casa le ofreció con superior mocion estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Despues usaron de ellos los sagrados Apóstoles para consagrar cuando pudieron, y fue tiempo oportuno y conveniente. Sentóse á la mesa Cristo nuestro bien con los doce Apóstoles y algunos otros discípulos, y pidió le trajesen pan cenceño sin levadura, y púsolo sobre el plato, y vino puro, de que preparó el cáliz con lo que era menester.

1182. Hizo luego el Maestro de la vida una plática regaladísima á sus Apóstoles; y sus palabras divinas, que siempre eran penetrantes hasta lo íntimo del corazon, en esta plática fueron como rayos encendidos del fuego de la caridad que los abrasaba en esta dulce llama.

Manifestóles de nuevo altísimos misterios de su divinidad, humanidad y obras de la redencion. Encomendóles la paz [1], y union de la caridad [2], y se la dejó vinculada en aquel sagrado misterio que disponia obrar. Ofrecióles, que amándose unos á otros, los amaria su eterno Padre como le amaba á él. Dióles inteligencia de esta promesa, y que los habia escogido para fundar la nueva Iglesia y ley de gracia. Renovóles la luz interior que tenian de la suprema dignidad, excelencia y prerogativas de su purísima Madre Vírgen. De todos estos misterios fue mas ilustrado san Juan, por el oficio á que estaba destinado. La gran Señora desde su retiro y divina contemplacion miraba todo lo que su Hijo santísimo iba obrando en el cenáculo; y con profunda inteligencia lo penetraba y entendia mas que todos los Apóstoles y los Ángeles juntos que asistian, como arriba queda dicho [3], en figura corporal, adorando á su verdadero Señor, Rey y Criador. Fueron traidos por los mismos Ángeles al cenáculo Enoc y Elías del lugar donde estaban, disponiendo el Señor que estos dos Padres de la ley natural y escrita se hallasen presentes á la nueva maravilla y fundacion de la ley evangélica, y participasen de sus misterios admirables.

1183. Estando juntos todos los que he dicho [4], esperando con admiracion lo que hacia el Autor de la vida, apareció en el cenáculo la persona del eterno Padre y la del Espíritu Santo, como en el Jordan y en el Tabor. De esta vision, aunque todos los Apóstoles y discípulos sintieron algun efecto, solo algunos la vieron; en especial el evangelista san Juan, que siempre tuvo vista de águila penetrante y privilegiada en los divinos misterios. Trasladóse todo el cielo al cenáculo de Jerusalen; que tan magnífica fue la obra con que se fundó la Iglesia del Nuevo Testamento, se estableció la ley de gracia, y se previno nuestra salud eterna. Para entender las acciones que hacia el Verbo humanado, advierto que como tenia dos naturalezas, la divina y la humana, entrambas en una persona, que era la del Verbo; por esto las acciones de entrambas naturalezas se atribuyen, se dicen, ó predican de una misma persona, como tambien la misma se llama Dios y hombre. Conforme á esto, cuando digo que hablaba y oraba el Verbo humanado á su eterno Padre, no se entiende que hablaba ni oraba con la naturaleza divina, en que era igual con el Padre [5], sino en la humana, en que era menor [6], y consta como nosotros de alma y cuerpo. En esta forma Cristo nuestro bien en el

[1] Joan. XIV, 27. — [2] Ibid. XVII, 26. — [3] Supr. 1163.
[4] Ibid. n. 979, 1099. — [5] Joan. X, 30. — [6] Ibid. XIV, 28.

cenáculo confesó con alabanza y magnificencia á su eterno Padre por su divinidad y ser infinito; y pidiendo luego por el linaje humano, oró, y dijo:

1184. *Padre mio y Dios eterno, yo te confieso, te alabo y magnifico en el ser infinito de tu divinidad incomprehensible, en la cual soy una misma cosa contigo*[1] *y con el Espíritu Santo, engendrado ab æterno por tu entendimiento*[2] *como figura de tu sustancia*[3] *y imágen de tu misma indivídua naturaleza. La obra de la redencion humana, que me encomendaste en la misma naturaleza que tomé en el vientre virginal de mi Madre, quiero consumar, y darle la suma perfeccion y plenitud de tu divino beneplácito, y pasar de este mundo á tu diestra, y llevar á tí á todos aquellos que me diste*[4], *sin que se pierda alguno en cuanto á nuestra voluntad y suficiencia de su remedio. Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*[5], *y en mi ausencia quedarán huérfanos y solos, si los dejo sin mi asistencia, no quedándome con ellos. Quiero, Padre mio, dejarles prendas ciertas y seguras de mi inextinguible amor y de los premios eternos que les tienes aparejados. Quiero dejarles memoria indefectible de lo que por ellos he obrado y padecido. Quiero que hallen en mis merecimientos remedio fácil y eficaz del pecado que participaron en la inobediencia del primer hombre, y restaurar copiosamente el derecho que perdieron á la felicidad eterna para que fueron criados.*

1185. *Y porque serán pocos los que se conservarán en esta justicia, es necesario les queden otros remedios con que la puedan restaurar y acrecentar, recibiendo de nuevo altísimos dones y favores de tu inefable clemencia, para justificarlos y santificarlos por diversos medios y caminos en el estado de su peligrosa peregrinacion. Nuestra voluntad eterna, con que determinamos su creacion de la nada para ser y tener existencia, fue para comunicarles nuestra divinidad, perfecciones y eterna felicidad; y tu amor, que fue el que á mí me obligó á nacer pasible, y humillarme por ellos hasta la muerte de cruz*[6], *no se contenta ni satisface, si no inventa nuevos modos de comunicarse á los hombres segun su capacidad, y nuestra sabiduría y poder. Esto ha de ser en señales visibles y sensibles, proporcionadas á la sensible condicion de los hombres, y que tengan efectos invisibles, que participe su espíritu invisible y inmaterial.*

1186. *Para estos altísimos fines de vuestra exaltacion y gloria pido, Señor y Padre mio, el fiat de vuestra voluntad eterna en mi nombre y*

[1] Joan. x, 30. — [2] Psalm. cix, 3. — [3] Hebr. i, 3. — [4] Joan. xvii, 12.
[5] Prov. viii, 31. — [6] Philip. ii, 8.

de todos los pobres y afligidos hijos de Adan. Y si provocan sus culpas á vuestra justicia; su miseria y necesidad llama á vuestra infinita misericordia. Y con ella interpongo yo todas mis obras de la humanidad unida con lazo indisoluble á mi divinidad; la obediencia con que acepté ser pasible hasta morir; la humildad con que me sujeté á los hombres y á sus depravados juicios; la pobreza y trabajos de mi vida, mis afrentas y pasion, la muerte y el amor con que todo lo he admitido por tu gloria, y porque seas conocido y adorado de todas las criaturas capaces de tu gracia y de tu gloria. Tú, Señor y Padre mio, me hiciste hermano de los hombres y su cabeza[1], *y de todos los electos que de nuestra divinidad han de gozar con nosotros para siempre; para que como hijos sean herederos conmigo de tus bienes eternos*[2], *y como miembros*[3] *participasen el influjo de la cabeza que les quiero comunicar, segun el amor que como á hermano les tengo; y quiero, cuanto es de mi parte, traerlos conmigo á tu amistad y participacion en que fueron formados en su cabeza natural el primer hombre.*

1187. *Con este inmenso amor dispongo, Señor y Padre mio, que todos los mortales desde ahora puedan ser reengrados con el sacramento del Bautismo en tu amistad y gracia con plenitud, y le puedan recibir luego que participen de la luz y sin propia voluntad, manifestándola por ellos otros para que renazcan en la de tu aceptacion. Sean desde luego herederos de tu gloria: queden señalados por hijos de mi Iglesia con interior señal que no la pierdan: queden limpios de la mácula del pecado original: reciban los dones de las virtudes fe, esperanza y caridad, con que puedan obrar como hijos, conociéndote, esperandoy amándote por tí misma. Reciban tambien las virtudes con que detengan y gobiernen las pasiones desordenadas por el pecado, y conozcan sin engaño el bien y el mal. Sea este Sacramento la puerta de mi Iglesia y el que los haga capaces para los demás Sacramentos, y para nuevos favores y beneficios de nuestra gracia. Dispongo tambien que tras este Sacramento reciban otro en que sean ratificados y confirmados en la fe santa que han profesado y han de profesar, y la puedan defender con fortaleza llegando al uso de la razon. Y porque la fragilidad humana desfallecerá fácilmente en la observancia de mi ley, y no sufre mi caridad dejarla sin remedio fácil y oportuno, quiero que sirva para esto el sacramento de la Penitencia; donde reconociendo sus culpas con dolor, y confesándolas, se restituyan al estado de la justicia, y continúen los merecimientos de la gloria que les tengo prometida, y no que-*

[1] Colos. I, 18. — [2] Rom. VIII, 17.
[3] I Cor. VI, 15.

den triunfando Lucifer y sus secuaces de haberlos apartado luego del estado y seguridad en que los puso el Bautismo.

1188. *Justificados los hombres por medio de estos Sacramentos, estarán capaces de la suma participacion y amor que conmigo pueden tener en el destierro de su vida mortal; y esta ha de ser recibiéndome sacramentado en su pecho por inefable modo en especies de pan y vino: en las del pan dejaré mi cuerpo, y en las del vino dejaré mi sangre. En cada uno estaré todo real y verdaderamente; aunque así dispongo este sacramento misterioso de la Eucaristía, porque me doy en forma de alimento proporcionado á la condicion humana y al estado de los viadores, por quien obro estas maravillas y con quienes estaré por este modo hasta el fin de los siglos venideros* [1]. *Y para que tengan otro Sacramento que los purifique y defienda cuando los mismos hombres lleguen al término de la vida, les ordeno el sacramento de la Uncion extrema, que tambien será alguna prenda de su resurreccion en los mismos cuerpos señalados con este Sacramento. Y porque todos se ordenan á santificar los miembros de el cuerpo místico de mi Iglesia, en la cual se ha de guardar sumo concierto y órden, dando á cada uno el grado conveniente á su ministerio; quiero que los ministros de estos Sacramentos tengan órden en otro que los ponga en el supremo grado de sacerdotes, respeto de todos los otros fieles, y que sirva para esto el sacramento del Órden, que los señale, distinga y santifique con particular excelencia. Y aunque todos la recibirán de mí, quiero que sea por medio de una cabeza que sea mi Vicario y represente mi Persona y sea el supremo Sacerdote, en cuya voluntad deposito las llaves del cielo, y todos le obedezcan en la tierra. Para mas perfeccion de mi Iglesia ordeno el último sacramento de Matrimonio, que santifique el vínculo natural que se ordena á la propagacion humana, y queden todos los grados de la Iglesia ricos y adornados de mis infinitos merecimientos. Esta es, eterno Padre, mi última voluntad, en que hago herederos á todos los mortales de mis merecimientos, vinculándolos en mi nueva Iglesia, donde los dejo depositados.*

1189. Esta oracion hizo Cristo nuestro Redentor en presencia de los Apóstoles, pero sin demostracion exterior. Pero la beatísima Madre, que desde su retiro le miraba y acompañaba en ella, se postró en tierra, y ofreció como Madre al eterno Padre las peticiones de su Hijo. Y aunque no podia añadir intensivamente cosa meritoria á las obras de su santísimo Hijo, con todo eso, como era su coadjutora, se extendió á ella esta peticion, como en otras ocasiones; fo-

1 Matth. XXVIII, 20.

mentando de su parte á la misericordia para que el eterno Padre no mirase á su Unigénito solo, sino siempre en compañía de su Madre. Y así los miró á entrambos, y aceptó las oraciones y peticiones (respetivamente) de Hijo y Madre por la salud de los hombres. Hizo otra cosa la Reina en esta ocasion, porque se la remitió á ella su Hijo santísimo. Y para entenderla, se advierta que Lucifer estuvo presente al lavatorio de los Apóstoles, como queda dicho en el capítulo pasado; y de lo que vió hacer á Cristo nuestro bien, y que no le permitió á él salir del cenáculo, colegia su astucia que disponia el Señor alguna obra grande en beneficio de los Apóstoles; y aunque se reconocia este dragon muy debilitado y sin fuerzas contra el mismo Redentor, con todo eso con implacable furor y soberbia quiso investigar aquellos misterios para intentar contra ellos alguna maldad. Vió la gran Señora este conato de Lucifer, y que le remitia su Hijo santísimo esta causa; y encendida con el celo y amor de la gloria del muy alto, y con potestad de Reina, mandó al dragon y á todas sus cuadrillas que al punto saliesen del cenáculo, y descendiesen al profundo del infierno.

1190. Dióla nueva virtud á María santísima para esta hazaña el brazo del Omnipotente, por la rebeldía de Lucifer, que ni él ni sus demonios pudieron resistir; y así fueron lanzados á las cavernas infernales (*), hasta que se les dió nuevo permiso para que saliesen, y se hallasen á la pasion y muerte de nuestro Redentor, donde con ella habian de quedar del todo vencidos y desengañados de que Cristo era el Mesías y Redentor del mundo, Dios y hombre verdadero. De aquí se entenderá como Lucifer y los demonios estuvieron presentes á la cena legal y lavatorio de los piés de los Apóstoles, y despues á toda la pasion; mas no estuvieron en la institucion de la sagrada Eucaristía, ni en la comunion que entonces hicieron, y dió Cristo nuestro Señor. Levantóse luego la gran Reina á mas alto ejercicio y contemplacion de los misterios que se prevenian; y los santos Ángeles, como á valerosa y nueva Judith, le cantaron la gloria de este gran triunfo contra el dragon infernal. Al mismo tiempo hizo Cristo nuestro bien otro cántico, confesando y dando gracias al eterno Padre por las peticiones que le habia concedido en beneficio de los hombres.

1191. Precediendo todo lo que he dicho, tomó en sus manos venerables Cristo bien nuestro el pan que estaba en el plato; y pidiendo interiormente licencia y dignacion para obligar al Altísimo á que

(*) Véase la nota XX.

entonces, y despues en la santa Iglesia, en virtud de las palabras que habia de pronunciar, se hiciese presente, real y verdaderamente en la hostia, como quien las obedecia, levantó los ojos al cielo con semblante de tanta majestad, que á los Apóstoles, á los Ángeles y á la misma Madre Vírgen les causó nuevo temor reverencial. Y luego pronunció las palabras de la consagracion sobre el pan, dejándole convertido transusiancialmente en su verdadero cuerpo; y la consagracion del vino pronunció sobre el cáliz, convirtiéndole en su verdadera sangre. Al mismo punto que acabó Cristo Señor nuestro de pronunciar las palabras, respondió el eterno Padre: *Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi agrado, y le tendré hasta el fin del mundo; y estará él con los hombres el tiempo que les durare su destierro*. Esto mismo confirmó tambien la persona del Espíritu Santo. Y la humanidad santísima de Cristo en la persona de el Verbo hizo profunda reverencia á la Divinidad en el Sacramento de su cuerpo y sangre. La Madre Vírgen desde su retiro se postró en tierra y adoró á su Hijo sacramentado con incomparable reverencia. Luego le adoraron los Ángeles de su custodia, y con ellos hicieron lo mismo todos los Ángeles del cielo, y tras los santos espíritus le adoraron Enoc y Elías en su nombre, y en el de los antiguos Patriarcas y Profetas de las leyes natural y escrita, cada uno respectivamente.

1192. Todos los Apóstoles y discípulos, porque tuvieron fe de este gran misterio (excepto el traídor Judas), le adoraron con ella con profunda humildad y veneracion, cada uno segun su disposicion. Luego nuestro gran sacerdote Cristo levantó en alto su mismo cuerpo y sangre consagrados, para que de nuevo le adorasen todos los que asistian á esta misa nueva, y así lo hicieron todos. En esta elevacion fue mas ilustrada su purísima Madre, san Juan, Enoc y Elías, para conocer por especial modo como en las especies del pan estaba el sagrado cuerpo, y en las del vino la sangre, y en entrambas todo Cristo vivo y verdadero, por la union inseparable de su alma santísima, y su cuerpo y sangre; y como estaba la Divinidad, y en la persona del Verbo la del Padre y del Espíritu Santo; y por estas uniones, existencias, y inseparables concomitancias, quedaban en la Eucaristía todas las tres Personas, con la perfecta humanidad de Cristo Señor nuestro. Esto conoció con mas alteza la divina Señora, y los demás en sus grados. Conocieron tambien la eficacia de las palabras de la consagracion, y como tenian ya virtud divina, para que pronunciadas con la intencion de Cristo por cualquiera de los sacerdotes presentes y futuros en la debida materia, convirtiesen la sustancia del

pan en su cuerpo, y la del vino en su sangre, dejando á los accidentes sin sujeto y con nuevo modo de subsistir sin perderse; y esto con tal certeza y tan infalible, que antes faltará el cielo y la tierra, que falte la eficacia de esta forma de consagrar, debidamente pronunciada por el ministro y sacerdote de Cristo.

1193. Conoció tambien por especial vision nuestra divina Reina como estaba el sagrado cuerpo de Cristo nuestro Señor escondido debajo de los accidentes del pan y vino, sin alterarlos, ni ellos á él; porque ni el cuerpo puede ser sujeto suyo, ni ellos pueden ser formas del cuerpo. Ellos están con la misma extension y calidades antes y despues, ocupando el mismo lugar, como se conoce en la hostia consagrada; y el cuerpo sagrado está con modo indivisible, aunque tiene toda su grandeza, sin confundirse una parte con otra; y está todo en toda la hostia, y todo en cualquiera parte, sin que la hostia le ensanche ni limite, ni el cuerpo á la hostia; porque ni la extension propia del cuerpo tiene respecto á la de las especies accidentales, ni la de las especies pende del cuerpo santísimo, y así tienen diferente modo de existencia, y el cuerpo se penetra con la cantidad de los accidentes sin que le impidan. Y aunque naturalmente con su extension pedia diferente lugar y espacio la cabeza de las manos, y estas del pecho, y así las demás; pero con el poder divino se pone el cuerpo consagrado con esta grandeza en un mismo lugar, porque entonces no tiene respecto al espacio extendido que naturalmente ocupa, y de todos estos respectos se absuelve, porque sin ellos puede ser cuerpo cuantitativo. Y tampoco está en un lugar solo ni en una hostia, sino en muchas juntamente, aunque sean sin número las hostias consagradas.

1194. Entendió asimismo que el sagrado cuerpo, aunque no tenia dependencia natural de los accidentes en el modo que he dicho, pero con todo eso no se conservaria en ellos sacramentado mas del tiempo que durasen sin corromperse los accidentes del pan y del vino; porque así lo ordenó la voluntad santísima de Cristo, autor de estas maravillas. Y esta fue como una dependencia voluntaria y moral de la existencia milagrosa de su cuerpo y sangre con la existencia incorrupta de los accidentes. Y cuando ellos se corrompen y destruyen por las causas naturales que pueden alterarlos, como sucede despues de recibido el Sacramento, que el calor del estómago los altera y corrompe, ó por otras causas que pueden hacer lo mismo; entonces cria Dios de nuevo otra sustancia en el último instante en que las especies están dispuestas para recibir la última transmutacion; y

con aquella nueva sustancia, faltando ya la existencia del cuerpo sagrado, se hace la nutricion del cuerpo que se alimenta, y se introduce la forma humana que es la alma. Esta maravilla de criar nueva sustancia que reciba los accidentes alterados y corruptos, es consiguiente á la determinacion de la voluntad divina de no permanecer el cuerpo con la corrupcion de los accidentes, y tambien al órden de la naturaleza; porque la sustancia del hombre que se alimenta, no puede acrecentarse sino con otra sustancia que se le añada de nuevo, y los accidentes no pueden continuarse en esta sustancia.

1195. Todos estos y otros milagros recopiló la diestra de el Omnipotente en este augustísimo sacramento de la Eucaristía; y todos los entendió la Señora del cielo y tierra, y los penetró profundamente; y en su modo san Juan y los Padres que allí estaban de la ley antigua, y los Apóstoles entendieron muchos de ellos. Conociendo este beneficio comun y tan grande la purísima Madre, conoció tambien la ingratitud que los mortales habian de tener de tan inefable misterio, fabricado para su remedio, y tomó por su cuenta desde entonces recompensar y suplir con todas sus fuerzas nuestra grosería y desagradecimiento, dando ella las gracias al eterno Padre y á su Hijo santísimo por tan rara maravilla y favor del linaje humano. Esta atencion le duró toda la vida, y muchas veces lo hacia derramando lágrimas de sangre de su ardentísimo corazon para satisfacer nuestro reprehensible y torpe olvido.

1196. Mayor admiracion me causa lo que sucedió al mismo Jesús nuestro bien, que habiendo levantado el santísimo Sacramento para que le adorasen los discípulos, como he dicho[1], le dividió con sus sagradas manos, y se comulgó á sí mismo el primero, como primero y sumo sacerdote. Y reconociéndose, en cuanto hombre, inferior á la Divinidad que recibia en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilló, encogió, y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debia recibir su sagrado cuerpo; la otra, el dolor que sentia de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarian á recibir y tratar este altísimo y eminente Sacramento. Los efectos que hizo la Comunion en el cuerpo de Cristo nuestro bien fueron divinos y admirables; porque por un breve espacio redundaron en él los dotes de gloria de su alma santísima como en el Tabor; mas esta maravilla solo fue manifiesta á su purísima Madre, y algo conocieron san Juan, Enoc y Elías. Con este favor se despidió la humanidad

[1] Supr. n. 1192.

santísima de recibir descanso y gozo hasta la muerte en la parte inferior. Tambien vió la Vírgen Madre con especial vision como se recibia Cristo su Hijo santísimo á sí mismo sacramentado y como estuvo en su divino pecho el mismo que se recibia. Todo esto hizo grandiosos efectos en nuestra Reina y Señora.

1197. Hizo Cristo nuestro bien en comulgándose un cántico de alabanza al eterno Padre, y se ofreció á sí mismo sacramentado por la salud humana, y luego partió otra partícula del pan consagrada, y la entregó al arcángel san Gabriel, para que la llevase y comulgase á María santísima. Quedaron los santos Ángeles con este favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad sacerdotal tan excelente les tocase á los hombres y no á ellos. Y solo el haber tenido en sus manos el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y nuevo gozo á todos. Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada Comunion, cuando llegó san Gabriel con otros innumerables Ángeles; y de la mano del santo príncipe la recibió la primera despues de su Hijo santísimo, imitándole en la humillacion, reverencia y temor santo. Quedó depositado el santísimo Sacramento en el pecho de María santísima y sobre el corazon, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta despues de la resurreccion, cuando consagró san Pedro, y dijo la primera misa, como diré adelante [1]. Ordenó el todopoderoso Señor esta maravilla así, para consuelo de la gran Reina y tambien para cumplir de antemano por este modo la promesa hecha despues á su Iglesia, que estaria con los hombres hasta el fin del siglo [2]; porque despues de su muerte (*) no podia estar su humanidad santísima en la Iglesia por otro modo, mientras no se consagraba su cuerpo y sangre. Y en María purísima estuvo depositado este maná verdadero como en arca viva, con toda la ley evangélica, como antes las figuras en la arca de Moisés [3]. Y todo el tiempo que pasó hasta la nueva consagracion no se consumieron ni alteraron las especies sacramentales en el pecho de esta Señora y Reina del cielo. Dió gracias al eterno Padre y á su Hijo santísimo con nuevos cánticos á imitacion de lo que el Verbo divino encarnado habia hecho.

1198. Despues de comulgada la divina Princesa, dió nuestro Salvador el pan sacramentado á los Apóstoles [4], y les mandó que en-

[1] Part. III, n. 112. — [2] Matth. XXVIII, 20. — (*) Véase la nota XXI.
[3] Hebr. IX, 4. — [4] Luc. XXII, 17.

tre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo recibieron; y les dió en estas palabras la dignidad sacerdotal, que comenzaron á ejercer comulgándose cada uno á sí mismo con suma reverencia, derramando copiosas lágrimas, y dando culto al cuerpo y sangre de nuestro Redentor que habian recibido. Quedaron con preeminencia de antigüedad en la potestad de sacerdotes, como fundadores que habian de ser de la Iglesia evangélica [1]. Luego san Pedro, por mandado de Cristo nuestro Señor, tomó otras partículas consagradas, y comulgó los dos padres antiguos Enoc y Elías. Y con el gozo y efectos de esta comunion quedaron éstos dos santos confortados de nuevo para esperar la vision beatífica, que tantos siglos se les dilata por la voluntad divina, y esperar hasta el fin del mundo. Dieron los dos Patriarcas fervientes alabanzas y humildes gracias al Todopoderoso por este beneficio, y fueron restituidos á su lugar por ministerio de los santos Ángeles. Esta maravilla ordenó el Señor, para dar prendas y participacion de su encarnacion, redencion y resurreccion general á las leyes antiguas, natural y escrita; porque todos estos misterios encierra en sí el sacramento de la Eucaristía: y dándoseles á los dos varones santos Enoc y Elías, que estaban vivos en carne mortal, se extendió esta participacion á los dos estados de la ley natural y escrita; porque los demás que le recibieron pertenecian á la nueva ley de gracia, cuyos padres eran los Apóstoles. Así lo conocieron los dos santos Enoc y Elías, y en nombre de los demás santos de sus leyes dieron gracias á su Redentor y maestro por este oculto beneficio.

1199. Otro milagro muy secreto sucedió en la comunion de los Apóstoles, y fue, que el pérfido y traidor Judas, viendo lo que su divino Maestro disponia mandándoles comulgar, determinó, como infiel, no hacerlo, sino reservar el sagrado cuerpo, si pudiera ocultamente, para llevarle á los pontífices y fariseos, y decirles quién era su Maestro, pues decia que aquel pan era su mismo cuerpo, y ellos lo acriminasen por gran delito; y si no pudiese conseguir esto, intentaba hacer alguno otro vituperio del divino Sacramento. La Señora y Reina del cielo, que por vision clarísima estaba mirando todo lo que pasaba y la disposicion con que interior y exteriormente recibian los Apóstoles la sagrada Comunion, y sus efectos y afectos, vió tambien los execrables intentos del obstinado Judas. Encendióse toda en el celo de la gloria de su Señor, como Madre, como Esposa y como Hija; y conociendo era voluntad suya que usase en

[1] Ephes. II, 20.

aquella ocasion de la potestad de Madre y Reina, mandó á sus Ángeles que sucesivamente sacasen á Judas de la boca el pan y vino consagrado, y lo restituyesen á donde estaba lo demás sacramentado, porque en aquella ocasion le tocaba defender la honra de su Hijo santísimo, para que Judas no le injuriase como intentaba con aquella nueva ignominia que maquinaba. Obedecieron los Ángeles, y cuando llegó á comulgar el pésimo de los vivientes Judas, le sacaron las especies sacramentales, una tras de otra, de la boca; y purificándolas de lo que habian recibido en aquel inmundísimo lugar, las redujeron á su primera disposicion, y las colocaron ocultamente entre las demás, celando siempre el Señor la honra de su enemigo y obstinado Apóstol. Despues recibieron estas especies los que fueron comulgando tras de Judas por sus antigüedades; porque ni él fue el primero ni el último que comulgó, y los Ángeles santos lo ejecutaron en brevísimo espacio. Hizo nuestro Salvador gracias al eterno Padre, y con esto dió fin á los misterios de la cena legal y sacramental, y principio á los de su pasion, que diré en los capítulos siguientes. La Reina de los cielos continuaba en la atencion, admiracion de todos, y en los cánticos de alabanza y magnificencia al altísimo Señor.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

1200. ¡Oh hija mia, si los profesores de la santa fe católica abriesen los corazones endurecidos y pesados, para recibir la verdadera inteligencia del sagrado misterio y beneficio de la Eucaristía! ¡Oh si desahogados y abstraidos de los afectos terrenos, y moderando sus pasiones, aplicasen la fe viva para entender en la divina luz su felicidad, en tener consigo á Dios eterno sacramentado y poderle recibir y frecuentar, participando los efectos de este divino maná del cielo; si dignamente conociesen esta gran dádiva; si estimasen este tesoro; si gustasen su dulzura; si participasen en ella la virtud oculta de su Dios omnipotente! Nada les quedaba que desear ni que temer en su destierro. No deben querellarse los mortales en el dichoso siglo de la ley de gracia, que les afligen su fragilidad y sus pasiones; pues en este pan del cielo tienen á la mano la salud y la fortaleza. No de que son tentados y perseguidos del demonio; pues con el buen uso de este Sacramento inefable le vencerán gloriosamente, si para esto dignamente le frecuentan. Culpa es de los fieles no atender á este misterio, y valerse de su virtud infinita para

todas sus necesidades y trabajos, que para su remedio le ordenó mi Hijo santísimo. De verdad te digo, carísima, que tienen Lucifer y sus demonios tal temor á la presencia de la Eucaristía, que el acercarse á ella les causa mayores tormentos que estar en el infierno. Y aunque entran en los templos para tentar á las almas, esto hacen como violentándose á padecer crueles penas, á trueque de derribar una alma y obligarla ó atraerla á que cometa un pecado; y mas en los lugares sagrados y presencia de la Eucaristía. Y por alcanzar este triunfo los compele su indignacion, que tienen contra Dios y contra las almas, para que se expongan á padecer aquel nuevo tormento de estar cerca de Cristo mi Hijo santísimo sacramentado.

1201. Cuando le llevan en procesion por las calles, de ordinario huyen y se alejan á toda priesa; y no se atrevieran á acercarse á los que le van acompañando, si no fuera por la confianza que tienen, con tan larga experiencia, de que vencerán á algunos, para que pierdan la reverencia al Señor. Por esto trabajan mucho en tentar en los templos; porque saben cuánta injuria se hace en esto al mismo Señor que está sacramentado por amor, aguardando á santificar los hombres, y á que le dén el retorno de su amor dulcísimo y demostrativo con tantas finezas. Por esto entenderás el poder que tiene quien dignamente recibe este pan sagrado de los Ángeles contra los demonios, y cómo temerian á los hombres si le frecuentasen con devocion y pureza, procurándose conservar en ella hasta otra comunion. Pero son muy pocos los que viven con este cuidado, y el enemigo está alerta acechando y procurando que luego se olviden, entibien y distrayan, para que no se valgan contra ellos de armas tan poderosas. Escribe esta doctrina en tu corazon; y porque, sin merecerlo tú, ha ordenado el Altísimo, por medio de la obediencia, que cada dia participes de este sagrado Sacramento, recibiéndole; trabaja por conservarte en el estado que te pones para una comunion hasta que hagas otra; porque la voluntad de mi Señor y la mia es, que con este cuchillo pelees las guerras del Altísimo en nombre de la santa Iglesia contra los enemigos invisibles, que hoy tienen afligida y triste á la señora de las gentes [1], sin haber quien la consuele ni dignamente lo considere. Llora por esta causa, y divídase tu corazon de dolor; pero estando el omnipotente y justo Juez tan indignado contra los católicos, por haber irritado su justicia con los pecados tan desmedidos y repetidos debajo de la santa fe que profesan, no hay quien considere, pese y tema tan

[1] Thren. I, 1.

grande daño, ni se disponga al remedio que pudieran solicitar con el buen uso de el divino sacramento de la Eucaristía, y llegando á él con corazones contritos y humillados, y con mi intercesion.

1202. En esta culpa, que en todos los hijos de la Iglesia es gravísima, son mas reprehensibles los indignos y malos sacerdotes; porque de la irreverencia con que ellos tratan al santísimo Sacramento del altar han tomado ocasion los demás católicos para despreciarle. Y si el pueblo viera que los sacerdotes se llegaban á los divinos misterios con temor y temblor reverencial, conocieran que con el mismo habian de tratar y recibir todos á su Dios sacramentado. Y los que así lo hacen, resplandecen en el cielo como el sol entre las estrellas; porque de la gloria de mi Hijo santísimo en su humanidad á los que le trataron y recibieron con toda reverencia, les redunda especial luz y resplandor de gloria, el cual no tienen los que no han frecuentado con devocion la sagrada Eucaristía. Á mas de esto tendrán despues sus cuerpos gloriosos unas señales ó divisas en el pecho, donde le recibieron, muy brillantes y hermosísimas, en testimonio de que fueron dignos tabernáculos del santísimo Sacramento, cuando le recibieron. Esto será de gran gozo accidental para ellos, y júbilo de alabanza para los Ángeles, y admiracion para todos. Recibirán tambien otro premio accidental; porque entenderán y verán con especial inteligencia el modo con que está mi Hijo santísimo en la Eucaristía y todos los milagros que en ella se encierran; y será tan grande el gozo, que solo él bastara para recrearlos eternamente, cuando no tuvieran otro en el cielo. Pero la gloria esencial de los que con digna devocion y pureza recibieron la Eucaristía igualará, y en muchos excederá á la que tienen algunos mártires que no la recibieron.

1203. Quiero tambien, hija mia, que de mi boca oigas lo que yo juzgaba de mí, cuando en la vida mortal habia de recibir á mi Hijo y Señor sacramentado. Para que mejor lo entiendas renueva en tu memoria todo lo que has entendido y conocido de mis dones, gracia, obras y merecimientos de mi vida, como te la he manifestado [1] para que lo escribas. Fuí preservada en mi concepcion de la culpa original, y en aquel instante tuve la noticia y vision de la Divinidad que muchas veces has repetido. Tuve mayor ciencia que todos los Santos; excedí en amor á los supremos Serafines; nunca cometí culpa actual; siempre ejercité todas las virtudes heróicamente, y la menor de ellas fue mas que lo supremo de los otros muy santos en

[1] Part. I, n. 228, 236, et supr. frequenter à n. 6.

lo último de su santidad; los fines de todas mis obras fueron altísimos; los hábitos y dones sin medida y tasa; imité á mi Hijo santísimo con suma perfeccion; trabajé fielmente; padecí animosa, y cooperé con todas las obras del Redentor en el grado que me tocaba; y jamás cesé de amarle y merecer aumentos de gracia y gloria en grado eminentísimo. Pues todos estos méritos juzgué se me habian pagado dignamente con sola una vez que recibí su sagrado cuerpo en la Eucaristía, y aun no me juzgaba digna de tan alto beneficio. Considera tú ahora, hija mia, lo que tú y los demás hijos de Adan debeis pensar llegando á recibir este admirable Sacramento. Y si para el mayor de los Santos fuera premio superabundante sola una comunion, ¿qué deben sentir y hacer los sacerdotes y los fieles que la frecuentan? Abre tú los ojos entre las densas tinieblas y ceguedad de los hombres, y levántalos á la divina luz, para conocer estos misterios. Juzga tus obras por desiguales y párvulas, tus méritos por muy limitados, tus trabajos por levísimos, y tu agradecimiento por muy inferior y corto para tan raro beneficio como tener la Iglesia santa á Cristo mi Hijo santísimo sacramentado, y deseoso de que todos le reciban para enriquecerlos. Y si no tienes digna retribucion que ofrecerle por este bien y los que recibes, por lo menos humíllate hasta el polvo; pégate con él, y confiésate indigna con toda la verdad del corazon. Magnifica al Altísimo, bendícele y alábale, estando siempre preparada para recibirle con fervientes afectos y padecer muchos martirios por alcanzar tan grande bien.

CAPÍTULO XII.

La oracion que hizo nuestro Salvador en el huerto, y sus misterios; y lo que de todos conoció su Madre santísima.

Despedida de Cristo y su Madre para salir el Señor al huerto á dar principio á su pasion.—Palabras que la dijo.—Concedióla el Señor que en su retiro viese cuanto su Hijo iba obrando.—El dueño de la casa se la ofreció á María para el tiempo que estuviese en Jerusalen.—Quedaron con María mil Ángeles.—Salida de Cristo al monte Olivete.—Seguíanle solos los doce Apóstoles.—Como se fue quedando Judas para ejecutar su traicion.—Medio por donde procuró Lucifer disuadirle de su intento para estorbar la redencion que temia.—Causas de la pertinacia de Judas en el intento de su traicion.—Ejecucion de la traicion de Judas.—Estaba Cristo tratando de la salud eterna de los hombres, mientras estos trazaban su muerte temporal.—Pondérase en este concurso la caridad divina y la malicia humana.—Atendió Cristo á la santidad de su Madre para vencer la malicia de los mortales que peleaba con su caridad.—Obras altísimas de la Madre de

Dios con la ciencia que tenia de lo que iban haciendo Judas y los fariseos. —Entrada de Cristo en el huerto.—Oracion interior que hizo Cristo dando licencia á la muerte y tormentos para que llegasen.—Ofrecióse de nuevo en satisfacion de la justicia divina.—Suspendió desde entonces todo el alivio que la parte impasible pudiera redundarle.—Con esta licencia comenzó el mar de su pasion y amargura.—Tristeza que padeció.—Llegó á lo sumo.—Motivos de la tristeza.—Prontitud de su voluntad para morir. —Correspondencia á los beneficios divinos que nos enseñó.—Como satisfizo esta tristeza á su caridad.—Ordenóla tambien á quitar á los tres Apóstoles la confusion que tenian de su propia cobardía.—Fue la misma tristeza medio para confirmar á los tres Apóstoles, y por ellos á su Iglesia en la fe de su verdadera humanidad.—Leccion que les dejó para apartarse de ellos.—Oracion de Cristo en el huerto.—Razones por que solo el temor natural de la muerte no pudo motivar la peticion de Cristo.—Trataba en esta ocasion Cristo con su Padre de la redencion humana, y fruto de su pasion y muerte.—Ofrecia su muerte y pasion por todos los hombres.—Morir por los predestinados le era apetecible; morir y padecer por los réprobos le era amargo.—La peticion de Cristo fue que pasase el cáliz de morir por los réprobos, sino que si era posible ninguno se perdiese.—Razon de la repeticion de esta peticion de Cristo, de su prolija oracion y agonía.—Sudor de sangre del Salvador.—Qué alcanzó Cristo á los hombres con esta peticion.—En qué forma aceptó la voluntad humana de Cristo la pasion por todos conformándose con la divina.—Confortacion que hizo el ángel san Miguel á Cristo.—En qué forma fue esta confortacion.—Razones con que confortó el Ángel á Cristo.—Razon de las visitas que hizo Cristo á sus Apóstoles en los intervalos de su oracion.—Salida de los demonios del infierno despues que fueron arrojados del cenáculo.—Furor con que embistieron contra los Apóstoles.—Vigilancia de Cristo sobre su grey.—Lloró Cristo sobre los tres Apóstoles encontrándolos dormidos.—Razon de reprehender singularmente á san Pedro.—Como se agrada el Señor de los buenos propósitos, aunque despues no tengan ejecucion.—Correspondencia de las acciones de María en el cenáculo con las de Cristo en el huerto. —Al tiempo que se retiró Cristo con los tres Apóstoles se retiró su Madre con las tres Marías.—Pidió al eterno Padre se suspendiese en ella todo alivio, y padeciese en el cuerpo sensiblemente los dolores de su Hijo.—Como se le concedió y ejecutó esta peticion.—Tristeza y congojas de María.—Como acompañó la oracion que su Hijo hacia en el huerto.—Sintió otra agonía.—Sudó sangre.—Confortóla san Gabriel.—Fue una la misma peticion de Hijo y Madre, y la causa de su dolor y tristeza.—Estaba María prevenida de algunos paños para lo que habia de suceder á su Hijo en la pasion.—Envió con uno los Ángeles para que le limpiasen el rostro del sudor.—Cuánto pesa el negocio de la predestinacion ó reprobacion eterna de las almas.—Justificacion de la causa de Cristo y su eterno Padre con los réprobos.—Son inexcusables los hombres en el olvido de su salvacion.—Sonlo mucho mas en el juicio los hijos de la Iglesia.—Exhortacion á la discípula de la correspondencia á sus especiales favores.

1204. Con las maravillas y misterios que nuestro Salvador Jesús obró en el cenáculo dejaba dispuesto y ordenado el reino que

el eterno Padre con su voluntad inmutable le habia dado; y entrada ya la noche que sucedió al jueves de la cena, determinó salir á la penosa batalla de su pasion y muerte, en que se habia de consumar la redencion humana. Salió su Majestad del aposento donde habia celebrado tantos misterios milagrosos, y al mismo tiempo salió tambien su Madre santísima de su retiro para encontrarse con él. Llegaron á carearse el Príncipe de las eternidades y la Reina, traspasando el corazon de entrambos la penetrante espada de dolor que á un tiempo les hirió penetrantemente sobre todo pensamiento humano y angélico. La dolorosa Madre se postró en tierra, adorándole como á su verdadero Dios y Redentor. Y mirándola su divina Majestad con semblante majestuoso y agradable de Hijo suyo, le habló, y le dijo solas estas palabras: *Madre mia, con Vos estaré en la tribulacion; hagamos la voluntad de mi eterno Padre y la salud de los hombres*. La gran Reina se ofreció con entero corazon al sacrificio, y pidió la bendicion. Y habiéndola recibido se volvió á su retiro, de donde le concedió el Señor que estuviese á la vista de todo lo que pasaba, y lo que su Hijo santísimo iba obrando, para acompañarle y cooperar en todo en la forma que á ella le tocaba. El dueño de la casa, que estaba presente á esta despedida, con impulso divino ofreció luego la misma casa que tenia y lo que en ella habia á la Señora del cielo, para que se sirviese de ello mientras estuviesen en Jerusalen, y la Reina admitió con humilde agradecimiento. Con su alteza quedaron los mil Ángeles de guarda, que la asistian siempre en forma visible para ella, y tambien la acompañaron algunas de las piadosas mujeres que consigo habia traido.

1205. Nuestro Redentor y Maestro salió de la casa del cenáculo en compañía de todos los hombres que le habian asistido en las cenas y celebracion de sus misterios; y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes calles, para acudir cada uno á sus ocupaciones. Su Majestad, siguiéndole solos los doce Apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olivete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalen á la parte oriental. Y como la alevosía de Judas le tenia tan atento y solícito de entregar al divino Maestro (*), imaginó que iba á trasnochar en la oracion, como lo tenia de costumbre. Pareciósele aquella ocasion muy oportuna para ponerle en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Con esta infeliz resolucion se fué deteniendo y dejando alargar el paso á su divino Maestro y á los demas Apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces; y al

(*) Véase la nota XXII.

punto que los perdió de vista partió á toda priesa á su precipicio y destruicion. Llevaba gran sobresalto, turbacion y zozobra, testigos de la maldad que iba á cometer; y con este inquieto orgullo (como mal seguro de conciencia) llegó corriendo y azorado á casa de los pontífices. Sucedió en el camino, que viendo Lucifer la priesa que se daba Judas en procurar la muerte de Cristo nuestro bien, y sospechando este dragon que era el verdadero Mesías, como queda dicho en el capítulo X, le salió al encuentro en figura de un hombre muy malo y amigo del mismo Judas, con quien él habia comunicado su traicion. En esta figura le habló Lucifer á Judas sin ser conocido por él, y le dijo que aquel intento de vender á su Maestro, aunque al principio le habia parecido bien por las maldades que de él le habia dicho; pero que pensando sobre ello habia tomado mejor acierto en su dictámen y acuerdo para él, y le parecia no le entregase á los pontífices y fariseos; porque no era tan malo como el mismo Judas pensaba, ni merecia la muerte, y que seria posible que hiciese algunos milagros con que se libraria, y despues le podria suceder á él gran trabajo.

1206. Este enredo hizo Lucifer, retratando con nuevo temor las sugestiones que primero habia enviado al corazon pérfido del traidor discípulo contra el Autor de la vida. Pero salióle en vano su nueva malicia; porque Judas, que habia perdido la fe voluntariamente y no tenia las violentas sospechas del demonio, quiso aventurar antes la muerte de su Maestro, que aguardar la indignacion de los fariseos, si le dejaba con vida. Con este miedo y su abominable codicia no hizo caso del consejo de Lucifer, aunque le juzgó por el hombre que representaba. Y como estaba desamparado de la gracia divina, ni quiso ni pudo persuadirse por la instancia del demonio para retroceder en su maldad. Y como el Autor de la vida estaba en Jerusalen, y tambien los pontífices consultaban, cuando llegó Judas, cómo les cumpliria lo prometido de entregársele en sus manos [1]; en esta ocasion entró el traidor, y les dió cuenta como dejaba á su Maestro con los demás discípulos en el monte Olivete; que le parecia la mejor ocasion para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos, para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabia. Alegráronse mucho los sacrílegos pontífices, y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del inocentísimo Cordero.

1207. Estaba en el ínterin su Majestad divina con los once Após-

[1] Marc. XIV, 44.

toles tratando de nuestra salud eterna, y de los mismos que le maquinaban la muerte. Inaudita y admirable porfía de la suma malicia humana, y de la inmensa bondad y caridad divina: que si desde el primer hombre se comenzó esta contienda del bien y del mal en el mundo; en la muerte de nuestro Reparador llegaron los dos extremos á lo sumo que pudieron subir; pues á un mismo tiempo obró cada uno á vista del otro lo mas que le fue posible: la malicia humana quitando la vida y honra á su mismo Hacedor y Reparador; y su Majestad dándola por ellos con inmensa caridad. Fue como necesario en esta ocasion (á nuestro modo de entender) que el alma santísima de Cristo nuestro bien atendiese á su Madre purísima, y lo mismo su divinidad, para que tuviese algun agrado entre las criaturas, en que descansase su amor y se detuviese la justicia. Porque en sola aquella pura criatura miraba lograda dignísimamente la pasion y muerte que se le prevenia por los hombres; y en aquella santidad sin medida hallaba la justicia divina alguna recompensa de la malicia humana; y en la humildad y caridad fidelísima de esta gran Señora quedaban depositados los tesoros de sus merecimientos, para que despues como de cenizas encendidas renaciese la Iglesia, como nueva fénix, en virtud de los mismos merecimientos de Cristo nuestro Señor y de su muerte. Este agrado que recibia la humanidad de nuestro Redentor con la vista de la santidad de su digna Madre, le daba esfuerzo y como aliento para vencer la malicia de los mortales; y reconocia por bien empleada su paciencia en sufrir tales penas, porque tenia entre los hombres á su amantísima Madre.

1208. Todo lo que iba sucediendo conocia la gran Señora desde su recogimiento; y vió los pensamientos del obstinado Judas, y el modo como se desvió del colegio apostólico, y como le habló Lucifer en forma de aquel hombre su conocido, y todo lo que pasó con él cuando llegó á los príncipes de los sacerdotes; y lo que trataban y prevenian para prender al Señor con tanta presteza. El dolor que con esta ciencia penetraba el castísimo corazon de la Madre vírgen, los actos de virtudes que ejercitaba á la vista de tales maldades, y cómo procedia en todos estos sucesos, no cabe en nuestra capacidad el explicarlo; basta decir que todo fue con plenitud de sabiduría, santidad y agrado de la beatísima Trinidad. Compadecióse de Judas, y lloró la pérdida de aquel perverso discípulo. Recompensó su maldad adorando, confesando, amando y alabando al mismo Señor que él vendia con tan injuriosa y desleal traicion.

Estaba preparada y dispuesta á morir por él, si fuera necesario. Pidió por los que estaban fraguando la prision y muerte de su divino Cordero, como prendas que se habian de comprar y estimar con el valor infinito de tan preciosa sangre y vida; que así los miraba, estimaba y valoreaba la prudentísima Señora.

1209. Prosiguió nuestro Salvador su camino, pasando el torrente Cedron [1] para el monte Olivete, y entró en el huerto de Getsemaní, y hablando con todos los Apóstoles que le seguian, les dijo: Esperadme, y asentaos aquí, mientras yo me alejo un poco á la oracion [2]; y orad tambien vosotros para que no entreis en tentacion [3]. Dióles este aviso el divino Maestro, para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones, que en la cena los habia prevenido que todos serian escandalizados aquella noche [4] por lo que le verian padecer; y que Satanás los embestiria para ventilarlos [5] y turbarlos con falsas sugestiones; porque el Pastor (como estaba profetizado [6]) habia de ser maltratado y herido, y las ovejas serian derramadas. Luego el Maestro de la vida, dejando á los ocho Apóstoles juntos, llamó á san Pedro, á san Juan y á Santiago [7], y con los tres se retiró de los demás á otro puesto donde no podia ser visto ni oido de ellos. Estando con los tres Apóstoles levantó los ojos al eterno Padre, y le confesó y alabó como acostumbraba; y en su interior hizo una oracion y peticion en cumplimiento de la profecía de Zacarías [8], dando licencia á la muerte para que llegase al inocentísimo y sin pecado, y mandando á la espada de la justicia divina que despertase sobre el Pastor y sobre el Varon que estaba unido con el mismo Dios, y ejecutase en él todo su rigor, y le hiriese hasta quitarle la vida. Para esto se ofreció Cristo nuestro bien de nuevo al Padre en satisfacion de su justicia por el rescate de todo el linaje humano; y dió consentimiento á los tormentos de la pasion y muerte, para que en él se ejecutase en la parte que su humanidad santísima era pasible; y suspendió y detuvo desde entonces el consuelo y alivio que de la parte impasible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus pasiones y dolores al sumo grado de padecer; y el eterno Padre lo concedió y aprobó, segun la voluntad de la humanidad santísima del Verbo.

1210. Esta oracion fue como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasion y amargura, para que con

[1] Joan. XVIII, 1. — [2] Matth. XXVI, 36. — [3] Luc. XXII, 40. — [4] Matth. XXVI, 31. — [5] Luc. XXII, 31. — [6] Zach. XIII, 7. — [7] Marc. XIV, 33. — [8] Zach. XIII, 7.

ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo, como lo habia dicho por David [1]. Y así comenzó luego á congojarse y sentir grandes angustias, y con ellas dijo á los tres Apóstoles [2]: *Triste está mi alma hasta la muerte*. Y porque estas palabras y tristeza de nuestro Salvador encierran tantos misterios para nuestra enseñanza, diré algo de lo que se me ha declarado, como yo lo entiendo. Dió lugar su Majestad para que esta tristeza llegase á lo sumo natural y milagrosamente, segun toda la condicion pasible de su humanidad santísima. Y no solo se entristeció por el natural apetito de la vida en la porcion inferior de ella, sino tambien segun la parte superior, con que miraba la reprobacion de tantos por quienes habia de morir, y la conocia en los juicios y decretos inescrutables de la divina justicia. Esta fue la causa de su mayor tristeza, como adelante verémos [3]. No dijo que estaba triste por la muerte, sino hasta la muerte; porque fue menor la tristeza del apetito natural de la vida, por la muerte que le amenazaba de cerca. Y á mas de la necesidad de ella para la redencion, estaba pronta su voluntad santísima para vencer este natural apetito para nuestra enseñanza, por haber gozado, por la parte que era viador, de la gloria del cuerpo en su Transfiguracion. Porque con este gozo se juzgaba como obligado á padecer, para dar el retorno de aquella gloria que recibió la parte de viador, para que hubiese correspondencia en el recibo y en la paga, y quedásemos enseñados de esta doctrina en los tres Apóstoles, que fueron testigos de aquella gloria y de esta tristeza y congojas; que por esto fueron escogidos para el uno y otro misterio: y así lo entendieron en esta ocasion con luz particular que para esto se les dió.

1211. Fue tambien como necesario, para satisfacer al inmenso amor con que nos amó nuestro Salvador Jesús, dar licencia á esta tristeza misteriosa, para que con tanta profundidad le anegase; porque si no padeciera en ella lo sumo á que pudo llegar, no quedara saciada su caridad, ni se conociera tan claramente que era inextinguible por las muchas aguas de tribulaciones [4]. Y en el mismo padecer la ejercitó esta caridad con los tres Apóstoles que estaban presentes, y turbados con saber que ya se llegaba la hora en que el divino Maestro habia de padecer y morir, como él mismo se lo habia declarado por muchos modos y prevenciones. Esta turbacion y cobardía que padecieron, los confundia y avergonzaba en sí mismos, sin atreverse á manifestarla; pero el amantísimo Señor los alentó manifestándoles su misma tristeza, que padeceria hasta la

[1] Psalm. LXVIII, 2. — [2] Marc. XIV, 34. — [3] Infr. n. 1395. — [4] Cant. VIII, 7.

muerte; para que viéndole á él afligido y congojado, no se confundiesen de sentir ellos sus penas y temores en que estaban. Tuvo juntamente otro misterio esta tristeza del Señor para los tres apóstoles, Pedro, Juan y Diego, porque entre todos los demás ellos tres habian hecho mas alto concepto de la divinidad y excelencia de su Maestro, así por la grandeza de su doctrina, santidad de sus obras y potencia en sus milagros; que en todo esto estaban mas admirados y mas atentos al dominio que tenia sobre las criaturas. Y para confirmarlos en la fe de que era hombre verdadero y pasible, fue conveniente que de su presencia conociesen y viesen estaba triste y afligido como hombre verdadero; y en el testimonio de estos tres Apóstoles, privilegiados con tales favores, quedase la Iglesia santa informada contra los errores que el demonio pretenderia sembrar en ella sobre la verdad de la humanidad de Cristo nuestro Salvador; y tambien los demás fieles tuviésemos este consuelo, cuando nos aflijan los trabajos y nos posea la tristeza.

1212. Ilustrados interiormente los tres Apóstoles con esta doctrina, añadió el Autor de la vida y les dijo [1]: *Esperadme aquí, velad y orad conmigo*. Que fue enseñarles la práctica de todo lo que les habia prevenido y advertido, y que estuviesen con él constantes en su doctrina y fe, y no se desviasen á la parte del enemigo: y para conocerle y resistirle, estuviesen atentos y vigilantes, esperando que despues de las ignominias de la pasion verian la exaltacion de su nombre. Con esto se apartó el Señor de los tres Apóstoles algun espacio del lugar de donde los dejó. Y postrado en tierra sobre su divino rostro oró al Padre eterno, y le dijo [2]: *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz*. Esta oracion hizo Cristo nuestro bien despues que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres; despues que despreciando la confusion de su pasion [3], la abrazó de voluntad, y no admitió el gozo de su humanidad; despues que con ardentísimo amor corrió á la muerte, á las afrentas, dolores y aflicciones; despues que hizo tanto aprecio de los hombres, que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su divina y humana sabiduría, y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que solo él pudo dar motivo á esta peticion. Así lo he conocido en la luz que se me hado de los ocultos misterios que tuvo esta oracion de nuestro Salvador.

1213. Y para manifestar lo que yo entiendo, advierto que en

[1] Matth. XXVI, 38. — [2] Ibid. 39. — [3] Hebr. XII, 2.

esta ocasion entre nuestro Redentor Jesús y el eterno Padre se trataba del negocio mas arduo que tenia por su cuenta, que era la redencion humana y el fruto de su pasion y muerte de cruz, para la oculta predestinacion de los santos. Y en esta oracion propuso Cristo nuestro bien sus tormentos, su sangre preciosísima y su muerte al eterno Padre, ofreciéndola de su parte por todos los mortales, como precio superabundantísimo para todos y para cada uno de los nacidos, y de los que despues habian de nacer hasta el fin del mundo: y de parte del linaje humano presentó todos los pecados, infidelidades, ingratitudes y desprecios que los malos habian de hacer para malograr su afrentosa muerte y pasion, por ellos admitida y padecida; y los que con efecto se habian de condenar á pena eterna, por no haberse aprovechado de su clemencia. Y aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador; pero morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso; porque de parte de ellos no habia razon final para sufrir el Señor la muerte. Á este dolor llamó su Majestad cáliz, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y de grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos del Zebedeo, cuando les dijo: Si podrian beber el cáliz como su Majestad le habia de beber [1]. Este cáliz fue tanto mas amargo para Cristo nuestro bien, cuanto conoció que su pasion y muerte para los réprobos no solo seria sin fruto, sino que seria ocasion de escándalo [2], y redundaria en mayor pena y castigo para ellos, por haberla despreciado y malogrado.

1214. Entendí, pues, que la oracion de Cristo nuestro Señor fue pedir al Padre pasase de él aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos. Y que siendo ya inexcusable la muerte, ninguno, si era posible, se perdiese; pues la redencion que ofrecia era superabundante para todos, y cuanto era de su voluntad á todos la aplicaba, para que á todos aprovechase, si era posible, eficazmente; y si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su eterno Padre. Esta oracion repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos [3], orando prolijamente con agonía, como dice san Lucas [4], segun lo pedia la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y á nuestro modo de entender, en ella intervino una como altercacion y contienda entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad.

[1] Matth. xx, 22. — [2] I Cor. i, 23. — [3] Matth. xxvi, 44.
[4] Luc. xxii, 43.

Porque la humanidad, con íntimo amor que tenia á los hombres de su misma naturaleza, deseaba que todos por la pasion consiguieran la salud eterna. Y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijo el número de los predestinados; y conforme á la equidad de su justicia, no se debia conceder el beneficio á quien tanto le despreciaba, y de su voluntad libre se hacian indignos de la vida de las almas, resistiendo á quien se la procuraba y ofrecia. De este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oracion que hizo, alegando el poder de su eterno Padre [1], y que todas las cosas le eran posibles á su infinita majestad y grandeza.

1215. Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad, y con la resistencia que conocia de parte de los hombres, para lograr en todos su pasion y muerte: y entonces llegó á sudar sangre con tanta abundancia de gotas muy gruesas, que corria hasta llegar al suelo [2]. Y aunque su oracion y peticion fue condicionada, y no se le concedió lo que debajo de condicion pedia, porque faltó por los réprobos; mas alcanzó en ella que los auxilios fuesen grandes y frecuentes para todos los mortales, y que se fuesen multiplicando en aquellos que los admitiesen y no pusiesen óbice, y que los justos y santos participasen el fruto de la redencion con grande abundancia, y les aplicasen muchos dones y gracias de que los réprobos se harian indignos. Y conformándose la voluntad humana de Cristo con la divina aceptó la pasion por todos respectivamente: para los réprobos como suficiente, y para que se les diesen auxilios suficientes, si ellos querian aprovecharlos; y para los predestinados como eficaz, porque ellos cooperarian á la gracia. Así quedó dispuesta y como efectuada la salud del cuerpo místico de la santa Iglesia, debajo de su cabeza [3] y de su artífice Cristo nuestro bien.

1216. Y para el lleno de este divino decreto, estando su Majestad en la agonía de su oracion, tercera vez envió el eterno Padre al santo arcángel Miguel [4], que le respondiese y confortase por medio de los sentidos corporales, declarándole en ellos lo que el mismo Señor sabia por la ciencia de su santísima alma; porque nada le pudo decir el Ángel que el Señor no supiera, ni tampoco podia obrar en su interior otro efecto para este intento. Pero, como arriba se ha dicho [5], tenia Cristo nuestro bien suspendido el alivio que de su ciencia y amor podia redundar en su humanidad santísima, dejándola, en cuanto pasible, á todo padecer en sumo grado, como

[1] Marc. XIV, 36. — [2] Luc. XXII, 44. — [3] Colos. I, 18.
[4] Luc. XXII, 43. — [5] Supr. n. 1209.

despues lo dijo en la cruz [1]; y en lugar de este alivio y confortacion recibió alguna con la embajada del santo Arcángel por parte de los sentidos, al modo que obra la ciencia ó noticia experimental de lo que antes se sabia por otra ciencia; porque la experiencia es nueva, y mueve los sentidos y potencias naturales. Lo que le dijo san Miguel de parte del Padre eterno fue representarle y intimarle en el sentido, que no era posible (como su Majestad sabia) salvarse los que no querian ser salvos; pero que en la aceptacion divina valia mucho el número de los predestinados, aunque fuese menor que el de los réprobos; y que entre aquellos estaba su Madre santísima, que era digno fruto de su redencion; y que se lograria en los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Vírgines y Confesores, que serian muy señalados en su amor, y obrarian cosas admirables para ensalzar el santo nombre del Altísimo; y entre ellos le nombró el Ángel algunos, despues de los Apóstoles, como fueron los Patriarcas fundadores de las religiones, con las condiciones de cada uno. Otros grandes y ocultos sacramentos manifestó ó refirió el Ángel, que ni es necesario declararlos, ni tengo órden para hacerlo, porque basta lo dicho para seguir el discurso de esta Historia.

1217. En los intervalos de esta oracion que hizo nuestro Salvador, dicen los Evangelistas [2] que volvió á visitar á los Apóstoles y á exhortarlos que velasen, orasen, y no entrasen en tentacion. Esto hizo el vigilantísimo pastor, para dar forma á los prelados de su Iglesia del cuidado y gobierno que han de tener de sus ovejas; porque si para cuidar dellas dejó Cristo Señor nuestro la oracion, que tanto importaba, dicho está lo que deben hacer los prelados, posponiendo otros negocios y intereses á la salud de sus súbditos. Y para entender la necesidad que tenian los Apóstoles advierto, que el dragon infernal, despues que arrojado del cenáculo, como se dijo arriba [3], estuvo algun tiempo oprimido en las cavernas del profundo, dió el Señor permiso para que saliese, por lo que habia de servir su malicia á la ejecucion de los decretos del Señor. Y de golpe fueron muchos á embestir á Judas para impedir la venta, en la forma que se ha declarado [4]. Y como no le pudieron disuadir, se convirtieron contra los demás Apóstoles, sospechando que en el cenáculo habian recibido algun favor grande de su Maestro; y lo deseaba rastrear Lucífer, para conocerlo y destruirlo si pudiera. Esta crueldad y furor del príncipe de las tinieblas y de sus ministros vió

[1] Infr. n. 1395. — [2] Matth. XXVI, 41; Marc. XIV, 38; Luc. XXII, 42.
[3] Supr. n. 1189. — [4] Ibid. n. 1205.

nuestro Salvador; y como Padre amantísimo y Prelado vigilante, acudió á prevenir los hijos pequeñuelos y súbditos principiantes, que eran sus Apóstoles, y los despertó, y mandó que orasen y velasen contra sus enemigos, para que no entrasen en la tentacion que ocultamente los amenazaba, y ellos no prevenian ni advertian.

1218. Volvió, pues, á donde estaban los tres Apóstoles, que por mas favorecidos tenian mas razones que los obligasen á estar en vela y á imitar á su divino Maestro. Pero hallólos durmiendo, porque se dejaron vencer del tédio y tristeza que padecian, y con ella vinieron á caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Antes de hablarles ni despertarlos estuvo su Majestad mirándolos, y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos de aquella sombra de la muerte, en ocasion que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro, y le dijo [1]: *Simon, ¿así duermes, y no pudiste velar una hora conmigo?* Luego replicó á él y á los demás, y les dijo: *Velad y orad, para que no entreis en tentacion; que mis enemigos y los vuestros no se duermen como vosotros.* La razon por que reprehendió á san Pedro fue, no solo porque él era cabeza y elegido para prelado de todos, y porque entre ellos se habia señalado en las protestas y esfuerzos de que moriria por el Señor, y no le negaria, cuando todos los demás escandalizados le dejasen y negasen; sino que tambien le reprehendió, porque con aquellos propósitos y ofrecimientos, que entonces hizo de corazon, mereció ser reprehendido y advertido entre todos; porque sin duda el Señor á los que ama corrige, y los buenos propósitos siempre le agradan, aunque despues en la ejecucion desfallezcamos, como le sucedió al mas fervoroso de los Apóstoles, san Pedro. La tercera vez que volvió Cristo nuestro Redentor á despertar á todos los Apóstoles, era cuando ya Judas venia cerca á entregarle á sus enemigos, como diré en el capítulo siguiente.

1219. Volvamos al cenáculo, donde estaba la Señora de los cielos retirada con las mujeres santas que la acompañaban, y mirando con suma claridad en la divina luz todas las obras y misterios de su Hijo santísimo en el huerto, sin ocultársele cosa alguna. Al mismo tiempo que se retiró el Señor con los tres apóstoles, Pedro, Juan y Diego, se retiró la divina Reina de la compañía de las mujeres á otro aposento; y dejando á las demás, y exhortándolas á que orasen y velasen para no caer en tentacion, llevó consigo á las tres

[1] Marc. XIV, 37, 38.



Marías, señalando á María Magdalena como por superiora de las otras. Estando con las tres, como mas familiares suyas, suplicó al eterno Padre que se suspendiese en ella todo el alivio y consuelo que podia impedir, en la parte sensitiva y en la alma, el sumo padecer con su Hijo santísimo, y á su imitacion; y que en su virginal cuerpo participase y sintiese los dolores de las llagas y tormentos que el mismo Jesús habia de padecer. Esta peticion aprobó la beatísima Trinidad, y sintió la Madre los dolores de su Hijo santísimo respectivamente, como adelante diré [1]. Y aunque fueron tales, que con ellos pudiera morir muchas veces, si la diestra del Altísimo con milagro no la preservara; pero por otra parte estos dolores dados por la mano del Señor fueron como fiadores y alivio de su vida; porque en su ardiente amor tan sin medida fuera mas violenta la pena de ver padecer y morir á su Hijo benditísimo, y no padecer con él las mismas penas respectivamente.

1220. Á las tres Marías señaló la Reina, para que en la pasion la acompañasen y asistiesen, y para esto fueron ilustradas con mayor gracia y luz de los misterios de Cristo que las otras mujeres. En retirándose con las tres comenzó la purísima Madre á sentir nueva tristeza y congojas, y hablando con ellas las dijo: *Mi alma está triste, porque ha de padecer y morir mi amado Hijo y Señor, y no he de morir yo con él y sus tormentos. Orad, amigas mias, para que no os comprehenda la tentacion.* Dichas estas razones, se alejó de ellas un poco, y acompañando la oracion que hacia nuestro Salvador en el huerto, hizo la misma súplica, como á ella le tocaba, y conforme á lo que conocia de la voluntad humana de su Hijo santísimo, y volviendo por los mismos intervalos á exhortar á las tres mujeres (que tambien conoció la indignacion de el dragon contra ellas), continuó la oracion y peticion, y sintió otra agonía como la del Salvador. Lloró la reprobacion de los prescitos; porque se le manifestaron grandes sacramentos de la eterna predestinacion y reprobacion. Y para imitar en todo al Redentor del mundo y cooperar con él, tuvo la gran Señora otro sudor de sangre semejante al de Cristo nuestro Señor, y por disposicion de la beatísima Trinidad le fue enviado el arcángel san Gabriel que la confortase, como san Miguel á nuestro Salvador Jesús. Y el santo príncipe la propuso y declaró la voluntad del Altísimo, con las mismas razones que san Miguel habló á su Hijo santísimo; porque en entrambos era una misma la peticion y la causa del dolor y tristeza que padecieron; y así fueron seme-

[1] Infr. n. 1236.

jantes en el obrar y conocer, con la proporcion que convenia. Entendí en esta ocasion, que la prudentísima Señora estaba prevenida de algunos paños para lo que en la pasion de su amantísimo Hijo le habia de suceder; y entonces envió algunos de sus Ángeles con una toalla al huerto, donde el Señor estaba sudando sangre, para que le enjugasen y limpiasen su venerable rostro; y así lo hicieron los ministros del Altísimo, que por el amor de madre y por su mayor merecimiento condescendió su Majestad á este piadoso y tierno afecto. Cuando llegó la hora de prender á nuestro Salvador, se lo declaró la dolorosa Madre á las tres Marías: y todas se lamentaban con amarguísimo llanto, señalándose la Magdalena como mas inflamada en el amor y piedad fervorosa.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1221. Hija mia, todo lo que en este capítulo has entendido y escrito es un despertador y aviso para tí, y para todos los mortales de suma importancia, si en él cargas la consideracion. Atiende, pues, y confiere en tus pensamientos, cuánto pesa el negocio de la predestinacion ó reprobacion eterna de las almas, pues le trató mi Hijo santísimo con tanta ponderacion; y la dificultad ó imposibilidad de que todos los hombres fuesen salvos y bienaventurados le hizo tan amarga la pasion y muerte que para remedio de todos admitia y padecia. En este conflicto manifestó la importancia y gravedad de esta empresa; y por esto multiplicó las peticiones y oraciones á su eterno Padre, obligándole el amor de los hombres á sudar copiosamente su sangre de inestimable precio, porque no se podia lograr en todos su muerte, supuesta la malicia con que los réprobos se hacen indignos de su participacion. Justificada tiene su causa mi Hijo y mi Señor, con haber procurado la salvacion de todos, sin tasa ni medida de su amor y merecimientos; y justificada la tiene el eterno Padre con haber dado al mundo este remedio, y haberle puesto en manos de cada uno, para que la extienda á la muerte ó á la vida, á la agua ó al fuego [1], conociendo la distancia que hay de lo uno y de lo otro.

1222. Pero ¿qué descargo ó qué disculpa pretenderán los hombres, de haber olvidado su propia y eterna salvacion, cuando mi Hijo y yo con su majestad se la deseamos, y procuramos con tanto desvelo y afecto de que la admitiesen? Y si ninguno de los mortales

[1] Eccli. xv, 17, 18.

tiene excusa de su tardanza y estulticia, mucho menos la tendrán en el juicio los hijos de la santa Iglesia, que han recibido la fe de estos admirables sacramentos, y se diferencian poco en la vida de los infieles y paganos. No entiendas, hija mia, que está escrito en vano: Muchos son los llamados, y pocos son los escogidos [1]. Teme esta sentencia, y renueva en tu corazon el cuidado y celo de tu salvacion, conforme á la obligacion que en tí ha crecido con la ciencia de tan altos misterios. Y cuando no interesaras en esto la vida eterna y tu felicidad, debias corresponder á la caricia con que yo te manifiesto tantos y divinos secretos; y dándote el nombre de hija mia y esposa de mi Señor, debes entender que tu oficio ha de ser amar y padecer, sin otra atencion á cosa alguna visible: pues yo te llamo para mi imitacion, que siempre ocupé mis potencias en estas dos cosas con suma perfeccion; y para que tú la alcances, quiero que tu oracion sea continua sin intermision, y que veles una hora conmigo, que es todo el tiempo de la vida mortal; porque comparada con la eternidad, menos es que una hora y un punto. Con esta disposicion quiero que prosigas los misterios de la pasion, que los escribas, sientas, y imprimas en tu corazon.

CAPÍTULO XIII.

La entrega y prendimiento de nuestro Salvador por la traicion de Judas; y lo que en esta ocasion hizo María santísima, y algunos misterios de este paso.

Instigó Lucifer á los judíos para que con mayor crueldad y injurias atormentasen á Cristo. — Quiso investigar por este medio si Jesús era Dios. — Astucia diabólica. — Disposicion de la prision de Cristo. — Pérfida prevencion de Judas. — Despierta Cristo á sus Apóstoles, y júntalos para ocurrir á los que venian á prenderle. — Enseñó con esta junta la virtud de una comunidad perfecta para vencer al demonio. — Palabras de inmensa caridad que dijo Cristo en su interior, saliendo á recibir á los que le venian á prender. — Causa de los cuidados de Judas para que se ejecutase la prision de Cristo. — Beso traidor de Judas. — Declárase la inmensa maldad de esta accion alevosa. — Luz que envió Cristo al corazon de Judas, para que se convirtiese en las palabras : *Amigo, ¿á qué veniste?* — Razones que con ellas puso en su corazon. — Dureza de el corazon del traidor. — Ocurso de Cristo con sus Apóstoles al escuadron que venia á prenderle. — Venia con el escuadron Lucifer y gran número de demonios. — Misterio de la respuesta de Cristo : *Yo soy.* — Declárase su sentido. — Virtud de esa palabra. — Cayeron á su fuerza no solo el escuadron de hombres, sino los brutos que traian, y

[1] Matth. xx, 16.

los demonios que los acompañaban.—Estuvieron sin movimiento cási medio cuarto de hora.—Celébrase el triunfo de la palabra divina.—Cómo se alcanzan las vitorias de Cristo.—Significacion de la caida de estos ministros de maldad.—Oracion de Cristo ofreciéndose voluntariamente.—Dió con ella permiso para que se levantasen.—Palabras con que les dió permiso para que le prendiesen.—El primero que se adelantó á echar mano á Cristo fue Malco.—Celo con que san Pedro cortó la oreja á Malco.—Fue providencia de Cristo que el golpe no fuese mortal, y por qué.—Fin del milagro de la restitucion de la oreja de Malco.—Correccion de Cristo á san Pedro.—Doctrina que con ella recibió san Pedro del modo de defender la Iglesia y vencer sus enemigos.—Reprehension de Cristo á los ministros de su prision.—Razon de reprehenderlos Cristo sabiendo no les habia de aprovechar.—Declárase el sentido de las palabras de su reprehension.—Prision de Cristo.—Obras de la Madre de Dios en correspondencia á los sucesos que miraba de la prision de su Hijo.—Como procuró con los Ángeles y pias mujeres recompensar en actos de religion las injurias y irreverencias que á su Hijo le hacian.—Aplacaba la divina justicia para que no destruyese los perseguidores de su Hijo.—Alcanzábales beneficios.—Su misericordia de María con Judas.—Pidió al Señor le diese nuevos auxilios para que no se perdiese quien habia besado el rostro de su Hijo.—Fueron efectos de esta peticion los que recibió entonces el traidor.—Cómo celebró María la vitoria de la palabra de su Hijo, con que derribó sus enemigos.—Pidió al Señor los dejase levantar.—Motivos de esta peticion.—Al punto que ataron á Cristo sintió María en sus manos los dolores como si realmente fuera atada, y lo mismo fue de los demás tormentos.—Obligacion que tiene el alma de meditar de dia y noche la pasion de Cristo con las luces de esta doctrina.—Bienes que trae esta meditacion.—Hízose Cristo camino y vida de los hombres por su pasion y muerte.—Ignorancia de los mortales en querer reinar con Cristo sin haber padecido ni compadecídose con Cristo.—Improporcion del gozar sin haber padecido quien debia haberlo hecho.—Envia Dios trabajos á los hombres para que entren en el camino de su salvacion padeciéndolos.—Como malogran muchos este beneficio.—Ignorancia de los que piden grandes beneficios, y no en nombre de Cristo padeciendo con él.—Frutos de la pasion sentida y meditada.—Estima que hizo Cristo de el padecer por los hombres.—Lástima de que tenga Judas mas seguidores que Cristo.

1223. Al mismo tiempo que nuestro Salvador Jesús estaba en el monte Olivete orando á su eterno Padre, y solicitando la salud espiritual de todo el linaje humano, el pérfido discípulo Judas apresuraba su prision y entrega á los pontífices y fariseos. Y cómo Lucifer y sus demonios no pudieron disuadir aquellas perversas voluntades de Judas y los demás del intento de quitar la vida á su Hacedor y Maestro, mudó el ingenio su antigua soberbia, añadiendo nueva malicia, y administró impías sugestiones á los judíos, para que con mayor crueldad y torpísimas injurias atormentasen á Cristo. Estaba ya el dragon infernal muy lleno de sospechas (como hasta ahora he di-

cho [1]) que aquel hombre tan nuevo era el Mesías y Dios verdadero; y queria hacer nuevas pruebas y experiencias de esta sospecha por medio de las atrocísimas injurias que puso en la imaginacion de los judíos y sus ministros contra el Señor, comunicándoles tambien su formidable envidia y soberbia, como lo dejó escrito Salomon en la Sabiduría [2], y se cumplió á la letra en esta ocasion. Porque le pareció al demonio que si Cristo no era Dios, sino puro hombre, desfalleceria en la persecucion y tormentos, y así le venceria; y si lo era, lo manifestaria librándose de ellos, y obrando nuevas maravillas.

1224. Con esta impía temeridad se movió tambien la envidia de los pontífices y escribas, y con la instancia de Judas juntaron con presteza mucha gente, para que llevándole por caudillo, él y los soldados gentiles, un tribuno, y otros muchos judíos fuesen á prender al inocentísimo Cordero que estaba esperando el suceso, y mirando los pensamientos y estudio de los sacrílegos pontífices, como lo habia profetizado Jeremías [3] expresamente. Salieron todos estos ministros de maldad de la ciudad hácia el monte Olivete, armados y prevenidos de sogas y de cadenas, con hachas encendidas y linternas [4], como el autor de la traicion lo habia prevenido, temiendo, como alevoso y pérfido, que su mansísimo Maestro, á quien juzgaba por hechicero y mago, no hiciese algun milagro con que escapársele. Como si contra su divina potencia valieran las armas y prevenciones de los hombres, si quisiera usar de ella, como pudiera y como lo habia hecho en otras ocasiones, antes que llegara aquella hora determinada para entregarse de su voluntad á la pasion, afrentas y muerte de cruz.

1225. En el ínterin que llegaban, volvió su Majestad tercera vez á sus discípulos, y hallándolos dormidos les dijo [5]: *Bien podeis dormir y descansar, que ya llegó la hora en que veréis al Hijo del Hombre entregado en manos de los pecadores. Pero basta; levantaos, y vamos, que ya está cerca el que me ha de entregar, porque me tiene ya vendido.* Estas razones dijo el Maestro de la santidad á los tres Apóstoles mas privilegiados, sin reprehenderlos con mas rigor, sino con suma paciencia, mansedumbre y suavidad. Y hallándose confusos, dice el texto que no sabian qué responder al Señor [6]. Levantáronse luego, y volvió con los tres á juntarse con los otros ocho, donde los habia dejado, y tambien los halló durmiendo, vencidos y oprimidos del sueño por la gran tristeza que padecian. Ordenó el divino Maes-

[1] Supr. n. 999, 1129. — [2] Sap. II, 17. — [3] Jerem. XI, 19.
[4] Joan. XVIII, 3. — [5] Marc. XIV, 41. — [6] Ibid. 40.

tro que todos juntos debajo de su Cabeza, en forma de congregacion y de un cuerpo místico, saliesen al encuentro de los enemigos; enseñándoles en esto la virtud de una comunidad perfecta para vencer al demonio y sus secuaces, y no ser vencida dél; porque el cordel tresdoblado, como dice el Eclesiastés [1], difícil es de romper, y á él que contra uno es poderoso, dos le podrán resistir, que esto es emolumento de vivir en compañía de otros [2]. Amonestó de nuevo el Señor á todos los Apóstoles juntos, y previnolos para el suceso. Y luego se descubrió el estrépito de los soldados y ministros que venian á prenderle. Su Majestad adelantó el paso para salirles al encuentro, y en su interior, con incomparable afecto, valor majestuoso y piedad suprema, habló y dijo: *Pasion deseada de mi alma, dolores, llagas, afrentas, penalidades, aflicciones y muerte ignominiosa, llegad, llegad, llegad presto, que el incendio del amor que tengo á la salud de los mortales os aguarda: llegad al inocente entre las criaturas, que conoce vuestro valor, y os ha buscado, deseado, solicitado y os recibe de su propia voluntad con alegría; os he comprado con mis ansias de poseeros, y os aprecio por lo que mereceis. Quiero remediar y acreditar vuestro desprecio, levantándoos al lugar y dignidad muy eminente. Venga la muerte, para que admitiéndola sin merecerla, alcance de ella el triunfo* [3], *y merezca la vida de los que la recibieron por castigo del pecado. Permito que me desamparen mis amigos; porque yo sólo quiero y puedo entrar en la batalla* [4], *para ganarles á todos el triunfo y la vitoria.*

1226. Entre estas y otras razones que decia el Autor de la vida, se adelantó Judas para dar á sus ministros la seña con que los dejaba prevenidos [5]; que su Maestro era aquel á quien él se llegase á saludarle, dándole el ósculo fingido de paz que acostumbraba; que le prendiesen luego, y no á otro por yerro. Hizo todas estas prevenciones el infeliz discípulo, no solo por la avaricia del dinero, y por el odio que contra su divino Maestro habia concebido, sino tambien por el temor que tuvo. Porque le pareció al desdichado, que si Cristo nuestro bien no muriera en aquella ocasion, era inexcusable volver á su presencia y ponerse en ella; y temiendo esta confusion mas que la muerte del alma, y que la de su divino Maestro, deseaba, para no verse en aquella vergüenza, apresurar el fin de su traicion, y que el Autor de la vida muriese á manos de sus enemigos. Llegó, pues, el traidor al mansísimo Señor, y como insigne artífice de la

[1] Eccles. IV, 12. — [2] Ibid. 9. — [3] Osee, XIII, 14. — [4] Isai. LXIII, 3.
[5] Matth. XXVI, 48.

hipocresía, disimulándose enemigo, le dió paz en el rostro y le dijo [1]: *Dios te salve, Maestro;* y en esta accion tan alevosa se acabó de sustanciar el proceso de la perdicion de Judas (*) y se justificó últimamente la causa de parte de Dios, para que desde entonces le desamparase mas la gracia y sus auxilios. De parte del pérfido discípulo llegó la desmesura y temeridad contra Dios á lo sumo de la malicia, porque negando interiormente ó descreyendo la sabiduría increada y creada que Cristo nuestro Señor tenia para conocer su traicion, y el poder para aniquilarle, pretendió ocultar su maldad con fingida amistad de discípulo verdadero; y esto para entregar á tan afrentosa muerte y crueldades á su Criador y Maestro, de quien se hallaba tan obligado y beneficiado. En una traicion encerró tantos pecados y tan formidables, que no hay ponderacion igual á su malicia; porque fue infiel, homicida, sacrílego, ingrato, inhumano, inobediente, falso, mentiroso, codicioso, impío, y maestro de todos los hipócritas; y todo lo ejecutó con la persona del mismo Dios humanado.

1227. De parte del Señor se justificó tambien su inefable misericordia y equidad de su justicia, con que cumplió con eminencia aquellas palabras de David [2]: *Con los que aborrecieron la paz, era yo pacífico: y cuando les hablaba, me impugnaban de balde, y sin causa.* Esto lo cumplió su Majestad tan altamente, que al contacto de Judas, y con aquella dulcísima respuesta que le dió [3]: *Amigo, ¿á qué veniste?* por intercesion de su Madre santísima envió al corazon del traidor discípulo nueva y clarísima luz, con que conoció la maldad atrocísima de su traicion, las penas que por ella le esperaban, si no se retrataba con verdadera penitencia; y que si la queria hacer, hallaria misericordia y perdon en la divina clemencia. Lo que en estas palabras de Cristo nuestro bien entendió Judas fue, como si le pusiera estas en el corazon: *Amigo, advierte que te pierdes, y malogras mi liberal mansedumbre con esta traicion. Si quieres mi amistad, no te la negaré por esto, como te duelas de tu pecado. Pondera tu temeridad, entregándome con fingida paz y ósculo de reverencia y amistad. Acuérdate de los beneficios que de mi amor has recibido, y que soy Hijo de la Vírgen, de quien tambien has sido muy regalado y favorecido en mi apostolado con amonestaciones y consejos de amorosa madre. Por ella sola debias no cometer tal traicion como venderle y entregar á su Hijo; pues nunca te desobligó, ni lo merece su dulcísima caridad y*

[1] Marc. XIV, 45. — (*) Véase la nota XIX. — [2] Psalm. CXIX, 7.
[3] Matth. XXVI, 50.

mansedumbre, ni que le hagas tan desmedida ofensa. Pero aunque la has cometido no desprecies su intercesion, que sola ella será poderosa conmigo, y por ella te ofrezco el perdon y la vida, que para tí muchas veces me ha pedido. Asegúrate que te amamos; porque estás aun en lugar de esperanza, y no te negarémos nuestra amistad si tú la quieres. Y sino merecerás nuestro aborrecimiente y tu eterna pena y castigo. No prendió esta semilla tan divina en el corazon del desdichado y infeliz discípulo, mas duro que un diamante y mas inhumano que de fiera, pues resistiendo á la divina clemencia llegó á la desesperacion que diré en el capítulo siguiente.

1228. Dada la seña del ósculo por Judas, llegaron á carearse el Autor de la vida y sus discípulos con la tropa de los soldados que venian á prenderle; y se presentaron cara á cara, como dos escuadrones los mas opuestos y encontrados que jamás hubo en el mundo. Porque de la una parte estaba Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, como capitan y cabeza de todos los justos, acompañado de los once Apóstoles, que eran y habian de ser los mejores hombres y mas esforzados de su Iglesia, y con ellos le asistian innumerables ejércitos de espíritus angélicos, que admirados del espectáculo le bendecian y adoraban. De la otra parte venia Judas como autor de la traicion, armado de la hipocresía y de toda maldad, con muchos ministros judíos y gentiles, para ejecutarla con mucha crueldad. Entre este escuadron venia Lucifer con gran número de demonios, incitando y adestrando á Judas y á sus aliados, para que intrépidos echasen sus manos sacrílegas en su Criador. Habló con los soldados su Majestad, y con increible afecto al padecer y grande esfuerzo y autoridad, les dijo [1]: *¿A quién buscais?* Respondieron ellos: *A Jesús Nazareno*. Replicó el Señor, y dijo: *Yo soy*. En esta palabra de incomparable precio y felicidad para el linaje humano se declaró Cristo por nuestro Salvador y Reparador, dándonos prendas ciertas de nuestro remedio, y esperanzas de salud eterna, que solo estaba librada en que fuese su Majestad quien se ofrecia de voluntad á redemirnos con su pasion y muerte.

1229. No pudieron entender este misterio los enemigos, ni percibir el sentido legítimo de aquella palabra: *Yo soy*. Pero entendióle su beatísima Madre, los Ángeles, y tambien entendieron mucho los Apóstoles. Y fue como decir: *Yo soy el que soy* [2]; y lo dije á mi profeta Moisés; porque soy por mí mismo, y todas las criaturas tienen por mí su ser y existencia: soy eterno, inmenso, infinito, una sus-

[1] Joan. XVIII, 4, 5. — [2] Exod. III, 14.

tancia y atributos; y me hice hombre ocultando mi gloria, para que, por medio de la pasion y muerte que me quereis dar, redimiese al mundo. Como el Señor dijo aquella palabra en virtud de su divinidad, no la pudieron resistir los enemigos, y al entrar en sus oidos cayeron todos en tierra [1] de cerebro y hácia atrás. Y no solo fueron derribados los soldados, pero los perros que llevaban y algunos caballos en que iban, todos cayeron en tierra, quedando inmóviles como piedras. Y Lucifer con sus demonios tambien fueron derribados y aterrados entre los demás, padeciendo nueva confusion y tormento. De esta manera estuvieron cási medio cuarto de hora, sin movimiento de vida, mas que si fueran muertos. ¡Oh palabra misteriosa en la doctrina, y mas que invencible en el poder! No se glorie en tu presencia el sábio en su sabiduría y astucia; no el poderoso en su valencia [2]: humíllese la vanidad y arrogancia de los hijos de Babilonia; pues una sola palabra de la boca del Señor, dicha con tanta mansedumbre y humildad, confunde, aniquila y destruye todo el poder y arrogancia de los hombres y del infierno. Entendamos tambien los hijos de la Iglesia que las vitorias de Cristo se alcanzan confesando la verdad, dando lugar á la ira [3], profesando su mansedumbre y humildad de corazon [4], venciendo, y siendo vencidos, con sinceridad de palomas, con pacificacion y rendimiento de ovejas, sin resistencia de lobos iracundos y carniceros.

1230. Estuvo nuestro Salvador con los once Apóstoles mirando el efecto de su divina palabra en la ruina de aquellos ministros de maldad. Y su Majestad divina, con semblante doloroso contempló en ellos el retrato del castigo de los réprobos, y oyó la intercesion de su Madre santísima para dejarlos levantar, que por este medio lo tenia ordenado su divina voluntad. Y cuando fue tiempo de que volviesen en sí, oró al eterno Padre, y dijo: *Padre mio y Dios eterno, en mis manos pusiste todas las cosas* [5], *y en mi voluntad la redencion humana que tu justicia pide. Yo quiero con plenitud de toda mi voluntad satisfacerla y entregarme á la muerte, para merecerles á mis hermanos la participacion de tus tesoros y eterna felicidad que les tienes preparada.* Con esta voluntad eficaz dió permiso el muy alto para que toda aquella canalla de hombres, demonios, y los demás animales, se levantasen restituidos al primer estado que tenian antes que cayeran en tierra. Y nuestro Salvador les dijo segunda vez [6]: *¿Á quién buscais?* Respondieron ellos otra vez: *Á Jesús Nazareno.*

[1] Joan. XVIII, 6. — [2] Jerem. IX, 23. — [3] Rom. XII, 19. — [4] Matth. XI, v. 29. — [5] Joan. XIII, 3. — [6] Ibid. XVIII, 7.

Replicó su Majestad mansísimamente [1]: *Ya os he dicho que yo soy: y si me buscais á mí, dejad ir libres á estos que están conmigo*. Con estas palabras dió licencia á los ministros y soldados para que le prendiesen, y ejecutasen su determinacion; que sin entenderlo ellos era cargar en su persona divina todos nuestros dolores y enfermedades [2].

1231. El primero que se adelantó descomedidamente á echar mano del Autor de la vida para prenderle, fue un criado de los pontífices, llamado Malco. Y aunque todos los Apóstoles estaban turbados y afligidos del temor, con todo eso san Pedro se encendió mas que los otros en el celo de la honra y defensa de su divino Maestro. Y sacando un terciado que tenia le tiró un golpe á Malco, y le cercenó una oreja [3] derribándosela del todo. Y el golpe fue encaminado á mayor herida, si la providencia divina del Maestro de la paciencia y mansedumbre no le divirtiera. Pero no permitió su Majestad que en aquella ocasion interviniese muerte de otro alguno mas que la suya; sus llagas, sangre y dolores, cuando á todos (si la admitieran) venia á dar la vida eterna y rescatar el linaje humano. Ni tampoco era segun su voluntad y doctrina que su persona fuese defendida con armas ofensivas, ni quedase este ejemplar en su Iglesia, como de principal intento para defenderla. Y para confirmar esta doctrina, como la habia enseñado, tomó la oreja cortada, y se la restituyó al siervo Malco, dejándosela en su lugar con perfecta sanidad mejor que antes. Y primero se volvió á reprehender á san Pedro, y le dijo [4]: *Vuelve la espada á su lugar, porque todos los que la tomaren para matar con ella, perecerán. ¿No quieres que beba yo el cáliz que me dió mi Padre? ¿Piensas tú que no le puedo yo pedir muchas legiones de Ángeles en mi defensa, y me los daria luego* [5]*? Pero ¿cómo se cumplirán las Escrituras y profecías?*

1232. Con esta amorosa correccion quedó advertido y ilustrado san Pedro, como cabeza de la Iglesia, que sus armas para establecerla y defenderla habian de ser de potestad espiritual, y que la ley del Evangelio no enseñaba á pelear ni vencer con espadas materiales, sino con la humildad, paciencia, mansedumbre y caridad perfecta, venciendo al demonio, al mundo y á la carne; que mediante estas vitorias triunfa la virtud divina de sus enemigos, y de la potencia y astucia de este mundo; y que el ofender y defenderse con armas no es para los seguidores de Cristo nuestro Señor, sino para los príncipes de la tierra, por las posesiones terrenas; y el cuchillo de

[1] Joan. XVIII, 8. — [2] Isai. LIII, 4. — [3] Joan. XVIII, 10.
[4] Ibid. 11. — [5] Matth. XXVI, 53.

la santa Iglesia ha de ser espiritual, que toque á las almas antes que á los cuerpos. Luego se volvió Cristo nuestro Señor á sus enemigos y ministros de los judíos, y les habló con grandeza de majestad, y les dijo [1]: *Como si fuera ladron venís con armas y con lanzas á prenderme, y nunca lo habeis hecho cuando estaba cada dia con vosotros, enseñando y predicando en el templo; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.* Todas las palabras de nuestro Salvador eran profundísimas en los misterios que encerraban, y no es posible comprehenderlos todos ni declararlos, en especial las que habló en la ocasion de su pasion y muerte.

1233. Bien pudieran aquellos ministros del pecado ablandarse y confundirse con esta reprehension del divino Maestro; pero no lo hicieron, porque eran tierra maldita y estéril, desamparada del rocío de las virtudes y piedad verdadera. Con todo eso, quiso el Autor de la vida reprehenderles y enseñarles la verdad hasta aquel punto, para que su maldad fuese menos excusable, y porque en la presencia de la suma santidad y justicia no quedasen sin reprehension y doctrina aquel pecado, y pecados que cometian, y que no volviesen sin medicina para ellos, si la querian admitir; y para que junto con esto se conociera que él sabia todo lo que habia de suceder, y que se entregaba de su voluntad á la muerte, y en manos de los que se la procuraban. Para todo esto y otros fines altísimos dijo su Majestad aquellas palabras, hablándoles al corazon, como quien le penetraba y conocia su malicia, y el odio que contra él habian concebido, y la causa de su envidia, que era haberles reprehendido los vicios á los sacerdotes y fariseos, y haber enseñado al pueblo la verdad y el camino de la vida eterna; y porque con su doctrina, ejemplo y milagros se llevaba la voluntad de todos los humildes y piadosos, y reducia á muchos pecadores á su amistad y gracia; y quien tenia potencia para obrar estas cosas en lo público, claro estaba la tuviera para que sin su voluntad no le pudieran prender en el campo, pues no le habian preso en el templo ni en la ciudad donde predicaba; porque él mismo no queria ser preso entonces, hasta que llegase la hora determinada por su voluntad para dar este permiso á los hombres y á los demonios. Y porque entonces se le habia dado para ser abatido, afligido, maltratado y preso, por eso les dijo: *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.* Como si les dijera: Hasta ahora ha sido necesario que estuviera con vosotros como maestro para vuestra enseñanza, y por esto no he

[1] Matth. XXVI, 55; Marc. XIV, 48; Luc. XXII, 53.

consentido que me quiteis la vida. Pero ya quiero consumar con mi muerte la obra de la redencion humana que me ha encomendado mi Padre eterno; y así os permito que me lleveis preso y ejecuteis en mí vuestra voluntad. Con esto le prendieron, embistiendo como tigres inhumanos al mansísimo Cordero, y le ataron y aprisionaron con sogas y cadenas; y así le llevaron á casa del pontífice, como adelante diré [1].

1234. Á todo lo que sucedia en la prision de Cristo nuestro bien estaba atentísima su purísima Madre con la vision clara que se le manifestaba, mas que si estuviera presente con el cuerpo; que con la inteligencia penetraba todos los sacramentos que encerraban las palabras y obras que su Hijo santísimo ejecutaba. Cuando vió que partia de casa del pontífice aquel escuadron de soldados y ministros, previno la prudentísima Señora las irreverencias y desacatos con que tratarian á su Criador y Redentor; y para recompensarlas en la forma que su piedad alcanzó, convidó á sus santos Ángeles y á otros muchos para que todos juntos con ella diesen culto de adoracion y alabanza al Señor de las criaturas, en vez de las injurias y denuestos con que habia de ser tratado de aquellos malos ministros de tinieblas. El mismo aviso dió á las mujeres santas que con ella estaban orando; y las manifestó como en aquella hora su Hijo santísimo habia dado permiso á sus enemigos para que le prendiesen y maltratasen, y que se iba ejecutando con lamentable impiedad y crueldad de los pecadores. Y con la asistencia de los santos Ángeles y mujeres piadosas hizo la religiosa Reina admirables actos de fe, amor y religion interior y exteriormente, confesando, adorando, alabando y magnificando la divinidad infinita y la humanidad santísima de su Hijo y su Criador. Las mujeres santas la imitaban en las genuflexiones y postraciones que hacia, y los príncipes la respondian á los cánticos con que magnificaba y confesaba el ser divino y humano de su amantísimo Hijo. Y al paso que los hijos de la maldad le iban ofendiendo con injurias y irreverencias, lo iba ella recompensando con loores y veneracion. Y de camino aplacaba á la divina justicia para que no se indignase contra los perseguidores de Cristo, y los destruyese; porque solo María santísima pudo detener el castigo de aquellas ofensas.

1235. No solo pudo aplacar la gran Señora el enojo del justo Juez, pero pudo alcanzar favores y beneficios para los mismos que le irritaban, y que la divina clemencia les diese bien por mal, cuan-

[1] Infr. n. 1257.

do ellos daban á Cristo nuestro Señor mal por bien en retribucion de su doctrina y beneficios. Esta misericordia llegó á lo sumo en el desleal y obstinado Judas; porque viendo la piadosa Madre que le entregaba con el ósculo de fingida amistad, y que en aquella inmundísima boca habia estado poco antes el mismo Señor sacramentado, y entonces se le daba consentimiento para que con ella llegáse á tocar inmediatamente el venerable rostro de su Hijo santísimo, traspasada de dolor, y vencida de la caridad, le pidió al mismo Señor diese nuevos auxilios á Judas, para que, si él los admitiese, no se perdiese quien habia llegado á tal felicidad como tocar en aquel modo la cara en que desean mirarse los mismos Ángeles. Por esta peticion de María santísima envió su Hijo y Señor aquellos grandes auxilios que recibió el traidor Judas (como queda dicho [1]) en lo último de su traicion y entrega. Y si el desdichado los admitiera y comenzara á responder á ellos, esta Madre de misericordia muchos mas le alcanzara, y finalmente el perdon de su maldad, como lo hace con otros grandes pecadores que á ella le quieren dar esta gloria, y para sí granjean la eterna. Pero Judas no alcanzó esta ciencia, y lo perdió todo, como diré en el capítulo siguiente.

1236. Cuando vió tambien la gran Señora que en virtud de la divina palabra cayeron en tierra todos los ministros y soldados que le venian á prender, hizo con los Ángeles otro cántico misterioso, engrandeciendo el poder infinito y la virtud de la humanidad santísima; y renovando en él la vitoria que tuvo el nombre del Altísimo, anegando en el mar Rubro á Faraon y sus tropas [2], y alabando á su Hijo y Dios verdadero; porque siendo Señor de los ejércitos y vitorias, se queria entregar á la pasion y muerte, para rescatar por mas admirable modo al linaje humano de la captividad de Lucifer. Luego pidió al Señor que dejase levantar y volver en sí mismos á todos aquellos que estaban derribados y aterrados. Y se movió á esta peticion, por su liberalísima piedad y fervorosa compasion que tuvo de aquellos hombres criados por la mano del Señor á imágen y semejanza suya: lo otro, por cumplir con eminencia la ley de la caridad en perdonar á los enemigos y hacer bien á los que nos persiguen [3], que era la doctrina enseñada y practicada por su mismo Hijo y Maestro; y finalmente, porque sabia se habian de cumplir lás profecías y Escrituras en el misterio de la redencion humana. Y aunque todo esto era infalible, no por eso implica lo pidiese María santísima, y que por sus ruegos se moviese el Altísimo

[1] Supr. n. 1227. — [2] Exod. xv, 4. — [3] Matth. v, 44.

para estos beneficios; porque en la sabiduría infinita y decretos de su voluntad eterna todo estaba previsto y ordenado por estos medios ó peticiones, y este modo era el mas conveniente á la razon y providencia del Señor, en cuya declaracion no es necesario detenerme ahora. Al punto que prendieron y ataron á nuestro Salvador, sintió la purísima Madre en sus manos los dolores de las sogas y cadenas, como si con ellas fuera atada y constriñida; y lo mismo sucedió de los golpes y tormentos que iba recibiendo el Señor, porque se le concedió á su Madre este favor, como arriba queda dicho [1], y verémos en el discurso de la pasion [2]. Esta pena en lo sensitivo fue algun alivio en la del alma que le diera el amor, si no padeciera con su Hijo santísimo por aquel modo.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1237. Hija mia, en todo lo que vas escribiendo y entendiendo por mi doctrina, vas fulminando el proceso contra tí y todos los mortales, si tú no salieres de su parvulez, y vencieres su ingratitud y grosería, meditando de dia y de noche en la pasion, dolores y muerte de Jesús crucificado. Esta es la ciencia de los Santos [3] que ignoran los mundanos: es el pan de vida y entendimiento que sacia á los pequeños, y les da sabiduría, dejando vacíos y hambrientos á los soberbios amadores del siglo. En esta ciencia te quiero estudiosa y sábia, que con ella te vendrán todos los bienes [4]. Mi Hijo y mi Señor enseñó el órden de esta sabiduría oculta, cuando dijo [5]: *Yo soy camino, verdad y vida: ninguno viene á mi Padre, si no es por mí.* Pues, díme, carísima, si mi Señor y Maestro se hizo camino y vida de los hombres por medio de la pasion y muerte que padeció por ellos, ¿no es forzoso que para andar este camino y profesar esta verdad han de pasar por Cristo crucificado, afligido, azotado y afrentado? Atiènde, pues, ahora la ignorancia de los mortales que quieren llegar al Padre sin pasar por Cristo; porque sin haber padecido ni haberse compadecido con él, quieren reinar con su Majestad, sin haberse acordado de su pasion y muerte, ni para gustarla en algo, ni agradecerla de veras; quieren que les valga para que en la vida presente y en la eterna gocen ellos de deleites y de gloria, habiendo padecido su Criador acerbísimos dolores y pasion para entrar en ella [6], y dejarles este ejemplo y abrirles el camino de la luz.

[1] Supr. n. 1219. — [2] Infr. n. 1264, 1274, 1287, 1341.
[3] Sap. xv, 3. — [4] Ibid. vii, 11. — [5] Joan. xiv, 6. — [6] Luc. xxiv, 26.

1238. No es compatible el descanso con la confusion de no haber trabajado quien le debia adquirir por este camino. No es verdadero hijo el que no imita á su padre, ni fiel siervo el que no acompaña á su señor, ni discípulo el que no sigue á su maestro ; ni yo reputo por mi devoto al que no se compadece con mi Hijo y conmigo de lo que padecimos. Mas el amor con que procuramos la salud eterna de los hombres nos obliga, viéndolos tan olvidados de esta verdad, y tan adversos á padecer, á enviarles trabajos y penalidades, para que si no los aman de voluntad, á lo menos los admitan y sufran forzosamente, y por este modo entren en el camino cierto del descanso eterno que desean. Y con todo esto no basta; porque la inclinacion y amor ciego á las cosas visibles y terrenas los detiene y embaraza, y los hace tardos y pesados de corazon; les roba toda la memoria, atencion y afectos para no levantarse sobre sí mismos y sobre lo transitorio. De aquí nace que en las tribulaciones no hallan alegría, ni en los trabajos alivio, ni en las penas consuelo, ni en las adversidades gozo ni quietud alguna; porque todo esto aborrecen, y nada desean que sea penoso para ellos, como lo deseaban los Santos, y por eso se gloriaban en las tribulaciones [1], como quien llegaba á la posesion de sus deseos. En muchos fieles pasa esta ignorancia mas adelante ; porque algunos piden ser abrasados en amor de Dios, otros que se les perdonen muchas culpas, otros que se les concedan grandes beneficios, y nada se les puede dar, porque no lo piden en nombre de Cristo mi Señor, imitándole y acompañándole en su pasion.

1239. Abraza, pues, hija mia, la cruz, y sin ella no admitas consolacion alguna en tu vida mortal. Por la pasion sentida y meditada subirás á lo alto de la perfeccion y granjearás el amor de esposa. Imítame en esto segun tienes la luz y la obligacion en que te pongo. Bendice y magnifica á mi Hijo santísimo por el amor con que se entregó á la pasion por la salud humana. Poco reparan los mortales en este misterio ; mas yo como testigo de vista te advierto que en la estimacion de mi Hijo santísimo, despues de subir á la diestra del eterno Padre, ninguna cosa fue mas estimable ni deseada de todo su corazon, que ofrecerse á padecer y morir, y entregarse para esto á sus enemigos. Tambien quiero que te lamentes con íntimo dolor de que Judas tenga en sus maldades y alevosías mas seguidores que Cristo. Muchos son los infieles, muchos los malos católicos, muchos los hipócritas que con nombre de cristianos le

1 Rom. v, 3.

venden y entregan, y de nuevo le quieren crucificar. Llora por todos estos males que entiendes y conoces, para que tambien en esto me imites y sigas.

CAPÍTULO XIV.

La fuga y division de los Apóstoles con la prision de su Maestro; la noticia que tuvo su Madre santísima, y lo que hizo en esta ocasion; la condenacion de Judas, y turbacion de los demonios con lo que iban conociendo.

Turbacion de los Apóstoles viendo la prision de su Maestro.—Acobardáronse y comenzaron á vacilar en la fe.—Su huida.—El no prenderlos fue disposicion divina de su Maestro.—Perplejidad de Lucifer acerca de la fuga ó prision de los Apóstoles.—Resolvió el instigarles á que huyesen.—Motivo con que se alucinó.—Sugestiones con que les acometió.—En qué forma desfallecieron en la fe.—Contienda y lucha interior que pasaba en cada uno de los once Apóstoles despues de su fuga.—Lo que se les proponia por parte de la verdad.—Lo que les oponia de parte de su cobardía y temor.—Terribles sugestiones que la arrojaba el demonio.—Pretension de el demonio con los Apóstoles.—Estado de tristeza y cobardía á que se redujeron.—Determinacion de san Pedro y san Juan de seguir á lo léjos á su Maestro.—En qué se fundaba el conocimiento de san Juan con el pontífice Anás.—Veia María todo lo que pasaba exterior y interiormente á los Apóstoles.—Caridad benigna con que los miró en la caida.—Afectos interiores con que los llamaba.—Oracion que hizo á su Hijo por ellos.—Cuánto padecia María en esta ocasion sensible y espiritualmente.—Dolor que tuvo de la caida de los Apóstoles, y como la ponderaba.—Su pena por el peligro en que los tenia el demonio.—Multiplicó sus oraciones hasta merecerles el remedio.—En este ínterin récopiló María en sí toda la fe, la santidad, el culto y veneracion de toda la Iglesia.—Como fue María entonces toda la Iglesia.—Actos heróicos con que recompensaba las menguas y falta de fe de los demás.—Sucesos del término infelicísimo de Judas.—Á vista de la admirable paciencia con que padecia Cristo, comenzó á discurrir sobre su propia alevosía.—Como le ocurrieron todos los beneficios que habia recibido, y los pecados que habia hecho.—Estaba desamparado de la gracia.—Arrojábale Lucifer entre el juicio verdadero de sus culpas sugestiones falsas de la imposibilidad de su remedio.—Motivos del dolor que tuvo de sus pecados.—Despechos rabiosos que tuvo consigo mismo maltratándose de obra y palabra.—Volver el dinero á los sacerdotes confesando su pecado, fue á persuasion de Lucifer.—Quiso Lucifer por este camino impedir la muerte de Cristo.—Persuadió á Judas se quitase la vida.—Desesperacion de Judas.—Sucedió viernes á las doce, y por qué.—Perseveró el cuerpo del traidor ahorcado reventadas las entrañas tres dias.—No lo pudieron quitar los judíos; procuraron por ocultar este testimonio de su maldad.—Quitáronlo los demonios para sepultarlo en el infierno.—Lugar de Judas en el infierno, en que hasta entonces ninguna alma habia entrado.—Fue destinado aquel lugar de mayores tormentos para los cristianos

que se condenasen.—Por qué fue Judas el primero que entró en él.—De cuánto escarmiento debe ser esta noticia para los cristianos, especialmente para los que por estado son mas familiares de Cristo.—Tormentos infernales de Judas y los malos cristianos que le siguen.—Desvelos de Lucifer para acabarse de asegurar si Jesús era el Mesías.—Plática que hizo á los demonios habiendo experimentado la virtud de su palabra en el huerto.—Determina irritar á los ministros de su pasion para todo género de injurias y tormentos.—Fin de esta determinacion.—No permitió Cristo algunos tormentos que persuadió el demonio, y por qué.—Medios por donde intervino María en impedir los intentos mas indecentes de la malicia de Lucifer.—Conocimiento que tuvo María de los sucesos de Judas, y sus tormentos en el infierno.—Lo que obró en la Madre de misericordia.—De cuánto escarmiento y aviso debe servir á los fieles la perdicion de Judas y caida de los Apóstoles.—No solo los tormentos de Judas, sino los de muchos cristianos, exceden á los de muchos demonios.—Indignacion especial que tienen los demonios contra los cristianos.—Peligros de la fragilidad humana aun en los mismos beneficios divinos.—De dónde se origina y cómo procede á la caida.—Causa de la caida de los Apóstoles entre tantos favores del Señor.—No se ha de acostumbrar el alma á lo sensible, aun en los favores divinos.

1240. Ejecutada la prision de nuestro Salvador Jesús como queda dicho, se cumplió el aviso que á los Apóstoles habia dado en la cena, que aquella noche padecerian todos grande escándalo sobre su persona [1], y que Satanás los acometeria para zarandarlos como á el trigo [2]. Porque cuando vieron prender y atar á su divino Maestro, y que ni su mansedumbre y palabras tan dulces y poderosas, ni sus milagros y doctrina sobre tan inculpable conversacion de vida no habian podido aplacar la ira de los ministros, ni templar la envidia de los pontífices y fariseos, quedaron muy turbados los afligidos Apóstoles. Y con el natural temor se acobardaron, perdiendo el ánimo y el consejo de su Maestro, y comenzando á vacilar en la fe, cada uno de ellos imaginaba cómo se pondria en salvo del peligro que los amenazaba, viendo lo que con su Maestro y Capitan iba sucediendo. Y como todo aquel escuadron de soldados y ministros acometió á prender y encadenar al mansísimo cordero Jesús, con quien todos estaban irritados y ocupados; entonces los Apóstoles, aprovechando la ocasion, huyeron [3] sin ser vistos ni atendidos de los judíos; que cuanto era de su parte (si lo permitiera el Autor de la vida) sin duda prendieran á todo el apostolado, y mas viéndolos huir como cobardes ó reos. Pero no convenia que entonces fueran presos y padecieran. Esta voluntad manifestó nuestro Salvador cuando dijo, que si buscaban á su Majestad, dejasen ir libres á los

[1] Matth. XXVI, 31. — [2] Luc. XXII, 31. — [3] Matth. XXVI, 56.

que le acompañaban [1]; y así lo dispuso con la fuerza de su divina providencia. Pero el odio de los pontífices y fariseos tambien se extendia contra los Apóstoles, para acabar con todos ellos si pudieran; y por eso le preguntó el pontífice Anás al divino Maestro por sus discípulos y doctrina [2].

1241. Anduvo tambien Lucifer en esta fuga de los Apóstoles, ya alucinado y perplejo, ya redoblando la malicia con varios fines. Por una parte deseaba extinguir la doctrina del Salvador del mundo y á todos sus discípulos, para que no quedara memoria de ellos; y para esto era conforme á su deseo que fuesen presos y muertos por los judíos. Este acuerdo no le pareció fácil de conseguir al demonio; y reconociendo la dificultad, procuró incitar á los Apóstoles y turbarlos con sugestiones, para que huyesen y no viesen la paciencia de su Maestro en la pasion, ni fuesen testigos de lo que en ella sucediese. Temió el astuto dragon que con la nueva doctrina y ejemplo quedarian los Apóstoles mas confirmados y constantes en la fe, y resistirian á las tentaciones que contra ella les arrojaba; y le pareció que si entonces comenzasen á titubear, los derribaria despues con nuevas persecuciones que les levantaria por medio de los judíos, que siempre estarian prontos para ofenderles por la enemistad de su Maestro. Con este mal consejo se engañó á sí mismo el demonio. Y cuando conoció que los Apóstoles estaban tímidos, cobardes y muy caidos de corazon con la tristeza, juzgó este enemigo que aquella era la peor disposicion de la criatura, y para sí la mejor ocasion de tentarlos; y les acometió con rabioso furor, proponiéndoles grandes dudas y recelos contra el Maestro de la vida, y que le desamparasen y huyesen. Y en cuanto á la fuga no resistieron, como en muchas de las sugestiones falsas contra la fe; aunque tambien desfallecieron en ella unos mas, y otros menos, porque en esto no fueron todos igualmente turbados ni escandalizados.

1242. Dividiéronse unos de otros huyendo á diferentes partes; porque todos juntos era dificultoso ocultarse, que era lo que entonces pretendian. Solos Pedro y Juan se juntaron para seguir de léjos á su Dios y Maestro hasta ver el fin de su pasion [3]. Pero en el interior de cada uno de los once Apóstoles pasaba una contienda de sumo dolor y tribulacion, que les prensaba el corazon sin dejarles consuelo ni descanso alguno. Peleaban de una parte la razon, la gracia, la fe, el amor y la verdad; de otra las tentaciones, sospe-

[1] Joan. XVIII, 8. — [2] Ibid. 19. — [3] Ibid. 15; Matth. XXVI, 58.

chas, temor, natural cobardía y tristeza. La razon y la luz de la verdad les reprehendian su inconstancia y deslealtad en haber desamparado á su Maestro, huyendo como cobardes del peligro, despues de estar avisados y haberse ofrecido ellos tan poco antes á morir con él, si fuera necesario. Acordábanse de su negligente inobediencia y descuido en orar, y prevenirse contra las tentaciones, como su mansísimo Maestro se lo habia mandado. El amor que le tenian por su amable conversacion y dulce trato, por su doctrina y maravillas, y el acordarse que era Dios verdadero, les animaba y movia para que volviesen á buscarle, y se ofreciesen al peligro y á la muerte como fieles siervos y discípulos. Á esto se juntaba acordarse de su Madre santísima, y considerar su dolor incomparable y la necesidad que tendria de consuelo, y deseaban ir á buscarla y asistirla en su trabajo. Por otra parte pugnaban en ellos la cobardía y el temor para entregarse á la crueldad de los judíos, á la muerte, á la confusion y persecucion. Para ponerse en presencia de la dolorosa Madre, les afligia y turbaba que los obligaria á volver donde estaba su Maestro, y si con ella estarian menos seguros, porque los podian buscar en su casa. Sobre todo esto eran las sugestiones de los demonios impías y terribles. Porque les arrojaba el dragon en el pensamiento terribles imaginaciones de que no fuesen homicidas de sí mismos entregándose á la muerte; y que su Maestro no se podia librar á sí, y menos podria sacarlos á ellos de las manos de los pontífices; y que en aquella ocasion le quitarian la vida, y con eso se acabaria toda la dependencia que dél tenian, pues no le verian mas; y que no obstante que su vida parecia inculpable, con todo eso enseñaba algunas doctrinas muy duras y algo ásperas, hasta entonces nunca vistas, y que por ellas le aborrecian los sábios de la ley, y los pontífices, y todo el pueblo estaba indignado contra él; y que era fuerte cosa seguir á un hombre que habia de ser condenado á muerte infame y afrentosa.

1243. Esta contienda y lucha interior pasaba en el corazon de los fugitivos Apóstoles; y entre unas y otras razones pretendia Satanás que dudasen de la doctrina de Cristo y de las profecías que hablaban de sus misterios y pasion. Y como en el dolor de este conflicto no hallaban esperanza de que su Maestro saliese con vida del poder de los pontífices, llegó el temor á pasar en una tristeza y melancolía profunda, con que eligieron el huir del peligro y salvar sus vidas. Y esto era con tal pusilanimidad y cobardía, que en ningun lugar se juzgaban aquella noche por seguros, y cualquiera sombra

ó ruido los sobresaltaba. Añadióles mayor temor la deslealtad de Judas; porque temian irritaria tambien contra ellos la ira de los pontífices, por no volver á verse con alguno de los once, despues de ejecutada su alevosía y traicion. San Pedro y san Juan, como mas fervientes en el amor de Cristo, resistieron al temor y al demonio, mas que los otros; y quedándose los dos juntos determinaron seguir á su Maestro con algun retiro. Para tomar esta resolucion les ayudó mucho el conocimiento que tenia san Juan con el pontífice Anás [1], entre el cual y Caifás andaba el pontificado, alternando los dos: y aquel año lo era Caifás, que habia dado el consejo profético en el concilio, de que importaba muriese un hombre, para que todo el mundo no pereciese [2]. Este conocimiento de san Juan se fundaba en que el Apóstol era tenido por hombre principal, y en su linaje noble, en su persona afable y cortés, y de condiciones muy amables. Con esta confianza fueron los dos Apóstoles siguiendo á Cristo nuestro Señor con menos temor. Á la gran Reina del cielo tenian en su corazon los dos Apóstoles, lastimados de su amargura, y deseosos de su presencia para aliviarla y consolarla cuanto fuera posible; y particularmente se señaló en este afecto devoto el evangelista san Juan.

1244. La divina Princesa desde el cenáculo en esta ocasion estaba mirando por inteligencia clarísima, no solo á su Hijo santísimo en su prision y tormentos, sino junto con esto conocia y sabia todo cuanto pasaba por los Apóstoles interior y exteriormente. Porque miraba su tribulacion y tentaciones, sus pensamientos y determinaciones, y dónde estaba cada uno de ellos y lo que hacia. Pero aunque todo le fue patente á la candidísima paloma, no solo no se indignó con los Apóstoles, ni jamás les dió en rostro con la deslealtad que habian cometido; antes bien ella fue el principio y el instrumento de su remedio, como adelante diré [3]. Y desde entonces comenzó á pedir por ellos, y con dulcísima caridad y compasion de madre dijo en su interior: *Ovejas sencillas y escogidas, ¿por qué dejais á vuestro amantísimo Pastor que cuidaba de vosotras, y os daba pasto y alimento de vida eterna? ¿Por qué, siendo discípulos de tan verdadera doctrina, desamparais á vuestro Bienhechor y Maestro? ¿Cómo olvidais aquel trato tan dulce y amoroso que atraia á sí vuestros corazones? ¿Por qué escuchais al maestro de la mentira, al lobo carnicero que pretende vuestra ruina? ¡Oh amor mio dulcísimo y pacientísimo, qué manso, qué benigno y misericordioso os hace el amor de*

1 Joan. XVIII, 15. — 2 Ibid. XI, 49. — 3 Infr. n. 1457, 1458.

los hombres! Alargad vuestra piedad á esta pequeña grey, á quien el furor de la serpiente ha turbado y derramado. No entregueis á las bestias las almas que os han confesado [1]. *Grande espera teneis con los que elegís para vuestros siervos, y grandes obras habeis hecho con vuestros discípulos. No se malogre tanta gracia, ni reprobeis á los que escogió vuestra voluntad para fundamentos de vuestra Iglesia. No se glorie Lucifer de que triunfó á vuestra vista de lo mejor de vuestra casa y familia. Hijo y Señor mio, mirad á vuestro amado discípulo Juan, á Pedro y Jacob favorecidos de vuestro singular amor y voluntad. Volved tambien los ojos de vuestra clemencia á todos los demás, y quebrantad la soberbia del dragon, que con implacable crueldad los ha turbado.*

1245. Á toda capacidad humana y angélica excede la grandeza de María santísima en esta ocasion, y las obras que hizo, y plenitud de santidad que manifestó en los ojos y beneplácito del Altísimo. Porque sobre los dolores sensibles y espirituales que padeció de los tormentos de su Hijo santísimo, y de las injurias afrentosas que padeció su divina persona (cuya veneracion y ponderacion estaba en lo sumo en su prudentísima Madre), sobre todo esto se le juntó el dolor de la caida de los Apóstoles, que sola su Majestad sabia ponderarla. Miraba su fragilidad y el olvido que habian mostrado de los favores, doctrina, avisos y amonestaciones de su Maestro, y esto en tan breve tiempo, despues de la cena, del sermon que en ella hizo, y de la comunion que les habia dado, con la dignidad de sacerdotes, en que los dejaba tan levantados y obligados. Conocia tambien su peligro de caer en mayores pecados, por la sagacidad con que Lucifer y sus ministros de tinieblas trabajaban por derribarlos, y la inadvertencia con que el temor tenia poseidos los corazones de todos los Apóstoles mas ó menos. Y por todo esto multiplicó y acrecentó las peticiones hasta merecerles el remedio, y que su Hijo santísimo los perdonase y acelerase sus auxilios, para que luego volviesen á la fe y amistad de su gracia, que de todo esto fue María el instrumento eficaz y poderoso. En el ínterin recopiló esta gran Señora en su pecho toda la fe, la santidad, el culto y veneracion de toda la Iglesia, que estuvo toda en ella como en arca incorruptible, conservando y encerrando la ley evangélica, el sacrificio, el templo y el santuario. Sola (*) María santísima era entonces toda la Iglesia; y sola ella creia, amaba, esperaba, veneraba y adoraba al objeto de la fe por sí, por los Apóstoles y por todo el linaje humano.

[1] Psalm. LXXIII, 19. — (*) Véase la nota XXIII.

Y esto de manera que recompensaba, cuanto era posible á una pura criatura, las menguas y falta de fe de todo lo restante de los miembros místicos de la Iglesia. Hacia heróicos actos de fe, esperanza, amor, veneracion y culto de la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero, y con genuflexiones y postraciones le adoraba, y con admirables cánticos le bendecia, sin que el dolor íntimo y amargura de su alma destemplasen el instrumento de sus potencias, concertado y templado con la mano poderosa del Altísimo. No se entendia de esta gran Señora lo que dijo el Eclesiástico [1]: Que la música en el dolor es importuna; porque sola María santísima pudo y supo en medio de sus penas aumentar la dulce consonancia de las virtudes.

1246. Dejando á los once Apóstoles en el estado que se ha dicho, vuelvo á contar el infelicísimo término del traidor Judas, anticipando algo este suceso, para dejarle en su lamentable y desdichada suerte, y volver al discurso de la pasion. Llegó, pues, el sacrílego discípulo, con el escuadron que llevaba preso á nuestro Salvador Jesús, á casa de los pontífices, Anás primero, y despues Caifás, donde le esperaban con los escribas y fariseos. Y como el divino Maestro á vista de su pérfido discípulo era tan maltratado y atormentado con blasfemias y con heridas, y todo lo sufria con silencio, mansedumbre y paciencia tan admirable; comenzó Judas á discurrir sobre su propia alevosía, conociendo que sola ella era causa de que un hombre tan inculpable, y bienhechor suyo, fuese tratado con tan injusta crueldad sin merecerlo. Acordóse de los milagros que habia visto, de la doctrina que le oyó, de los beneficios que le hizo, y tambien se le representó la piedad y mansedumbre de María santísima, y la caridad con que habia solicitado su remedio, y la maldad obstinada con que ofendió á Hijo y Madre por un vilísimo interés; y todos los pecados juntos que habia cometido se le pusieron delante como un cáos impenetrable y un monte inhabitable y grave.

1247. Estaba Judas (como arriba se dijo [2]) desamparado de la divina gracia [3] despues de la entrega que hizo con el ósculo y contacto de Cristo nuestro Salvador. Y por ocultos juicios del Altísimo, aunque estaba entregado en manos de su consejo, hizo aquellos discursos, permitiéndolo la justicia y equidad divina en la razon natural, y con muchas sugestiones de Lucifer que le asistia. Aunque discurria Judas, y hacia juicio verdadero en lo que se ha dicho;

[1] Eccli. XXII, 6. — [2] Supr. n. 1226. — [3] Eccli. XV, 14.

pero como estas verdades eran administradas por el padre de la mentira, juntaba á ellas otras proposiciones falsas y mentirosas, para que viniese á inferir, no su remedio y confianza de conseguirle, sino que aprehendiese la imposibilidad, y desesperase dél, como sucedió. Despertóle Lucifer íntimo dolor de sus pecados; mas no por buen fin, ni motivos de haber ofendido á la Verdad divina, sino por la deshonra que padeceria con los hombres, y por el daño que su Maestro, como poderoso en milagros, le podia hacer, y que no era posible escaparse dél en todo el mundo, donde la sangre del Justo clamaria contra él. Con estos y otros pensamientos que le arrojó el demonio, quedó lleno de confusion, tinieblas y despechos muy rabiosos contra sí mismo. Y retirándose de todos, estuvo para arrojarse de muy alto en casa de los pontífices, y no lo pudo hacer. Salióse fuera, y como una fiera, indignado contra sí mismo, se mordia de los brazos y manos, y se daba desatinados golpes en la cabeza, tirándose del pelo, y hablando desatinadamente se echaba muchas maldiciones y execraciones, como infelicísimo y desdichado entre los hombres.

1248. Viéndole tan rendido Lucifer, le propuso que fuése á los sacerdotes, y confesando su pecado les volviese su dinero. Hízolo Judas con presteza, y á voces les dijo aquellas palabras [1]: *Pequé entregando la sangre del Justo*. Pero ellos no menos endurecidos le respondieron que lo hubiera mirado primero. El intento del demonio era, si pudiera impedir la muerte de Cristo nuestro Señor, por las razones que dejo dichas [2] y diré mas adelante. Con esta repulsa que le dieron los príncipes de los sacerdotes, tan llena de impiísima crueldad, acabó Judas de desconfiar, persuadiéndose no seria posible excusar la muerte de su Maestro. Lo mismo juzgó el demonio, aunque hizo mas diligencia por medio de Pilatos. Pero como Judas no le podia servir ya para su intento, le aumentó la tristeza y despechos, y le persuadió que para no esperar mas duras penas se quitase la vida. Admitió Judas este formidable engaño, y saliéndose de la ciudad se colgó [3] de un árbol seco, haciéndose homicida de sí mismo el que se habia hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte de Judas el mismo dia del viernes á las doce, que es al mediodía antes que muriera nuestro Salvador; porque no convino que su muerte y nuestra consumada redencion cayese luego sobre la execrable muerte del traidor discípulo que con suma malicia le habia despreciado.

[1] Matth. XXVII, 4. — [2] Supr. à n. 1130. — [3] Matth. XXVII, 5.

1249. Recibieron luego los demonios la alma de Judas, y la llevaron al infierno; pero su cuerpo quedó colgado y reventadas sus entrañas[1] con admiracion y asombro de todos, viendo el castigo tan estupendo de la traicion de aquel pésimo y pérfido discípulo. Perseveró el cuerpo ahorcado tres dias en lo público. Y en este tiempo intentaron los judíos quitarle del árbol y ocultamente enterrarle, porque de aquel espectáculo redundaba grande confusion contra los sacerdotes y fariseos que no podian contradecir aquel testimonio de su maldad. Mas no pudieron con industria alguna derribar ni quitar el cuerpo de Judas de donde se habia colgado, hasta que pasados tres dias, por dispensacion de la justicia divina, los mismos demonios le quitaron de la horca, y le llevaron con su alma, para que en lo profundo del infierno pagase en cuerpo y alma eternamente su pecado. Y porque es digno de admiracion temerosa lo que he conocido del castigo y penas que se le dieron á Judas, lo diré como se me ha mostrado y mandado. Entre las obscuras cavernas de los calabozos infernales estaba desocupada una muy grande de mayores tormentos que las otras; porque los demonios no habian podido arrojar en aquel lago alguna alma, aunque la crueldad de estos enemigos lo habia procurado desde Cain hasta aquel dia. Esta imposibilidad admiraba al infierno ignorante del secreto, hasta que llegó la alma de Judas, á quien fácilmente arrojaron y sumergieron en aquel calabozo nunca antes ocupado de otro alguno de los condenados. Y la razon era, porque desde la creacion del mundo quedó señalada aquella caverna de mayores tormentos y fuego que lo restante del infierno (*) para los cristianos que recibidó el Bautismo se condenasen por no haberse aprovechado de los Sacramentos, doctrina, pasion y muerte del Redentor, y de la intercesion de su Madre santísima. Y como Judas fue el primero que habia participado estos beneficios con tanta abundancia para su remedio, y formidablemente los despreció, por esto fue tambien el que primero estrenó aquel lugar y tormentos aparejados para él y los que le imitaren y siguieren.

1250. Este misterio se me ha mandado escribir con particularidad para aviso y escarmiento de todos los cristianos, y en especial de los sacerdotes, prelados y religiosos, que tratan con mas frecuencia el sagrado cuerpo y sangre de Cristo Señor nuestro, y por oficio y estado son mas familiares suyos, que por no ser reprehendida quisiera hallar términos y razones con que darle la ponderacion y sen-

[1] Act. I, 18. — (*) Véase la nota XXIV.

tido que pide nuestra insensible dureza, para que en este ejemplo todos tomáramos escarmiento, y temiéramos el castigo que nos aguarda á los malos cristianos segun el estado de cada uno. Los demonios atormentaron á Judas con inexplicable crueldad, porque no habia desistido de vender á su Maestro, con cuya pasion y muerte ellos quedarian vencidos y desposeidos del mundo. La indignacion que por esto cobraron de nuevo contra nuestro Salvador y contra su Madre santísima, la ejecutan en el modo que se les permite contra todos los que imitan al traidor discípulo, y cooperan con él en despreciar la doctrina evangélica, los Sacramentos de la ley de gracia y fruto de la redencion. Y es justa razon que estos malignos espíritus tomen venganza en los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, porque no se unieron con su cabeza Cristo, y porque voluntariamente se apartaron de ella y se entregaron á ellos, que con implacable soberbia la aborrecen y maldicen, y como instrumentos de la justicia divina castigan las ingratitudes que tienen los redimidos contra su Redentor. Consideren los hijos de la santa Iglesia esta verdad atentamente, que si la tuvieran presente no es posible dejase de moverles el corazon, y les diese juicio para desviarse de tan lamentable peligro.

1251. Entre los sucesos de todo el discurso de la pasion andaba Lucifer con sus ministros de maldad muy desvelado y atento para acabarse de asegurar si Cristo nuestro Señor era el Mesías y Redentor del mundo. Porque unas veces le persuadian los milagros, y otras le disuadian las acciones, y padecer de la flaqueza humana que tomó por nosotros nuestro Salvador; pero donde mas crecieron las sospechas del dragon fue en el huerto, donde sintió la fuerza de aquella palabra que dijo el Señor [1]: *Yo soy;* y fue arruinado el mismo demonio, cayendo con todos en la presencia de Cristo nuestro Señor. Habia poco rato que salió del infierno acompañado de sus legiones, despues que habian sido arrojados desde el cenáculo á lo profundo. Y aunque fue María santísima la que de allí los derribó (como arriba se dijo [2]), con todo eso confirió Lucifer consigo y con sus ministros que aquella virtud y fuerza de Hijo y Madre eran nuevas y nunca vistas contra ellos. Y en dándole permiso que se levantase en el huerto, habló con los demás, y les dijo: No es posible que sea este poder de hombre solo; sin duda este es Dios juntamente con ser hombre. Y si muere, como lo disponemos, por este camino hará la redencion y satisfará á Dios, y queda perdido nuestro imperio, y frus-

[1] Joan. XVIII, 5. — [2] Supr. n. 1198.

trado nuestro deseo. Mal hemos procedido procurándole la muerte. Y si no podemos impedir que muera, probemos hasta dónde llega su paciencia, y procuremos con sus mortales enemigos que le atormenten con crueldad impía. Irritémosles contra él; arrojémosles sugestiones de desprecios, afrentas, ignominias y tormentos que ejecuten en su persona; compelámoslos á que empleen su ira en irritarle, y atendamos á los efectos que hacen todas estas cosas en él. Todo lo intentaron los demonios como lo propusieron; aunque no todo lo consiguieron, como en el discurso de la pasion se manifiesta, por los ocultos misterios que diré [1] y he referido arriba. Provocaron á los sayones para que intentasen atormentar á Cristo nuestro bien con algunos tormentos menos decentes á su Real y divina persona, de los que le dieron; porque no consintió su Majestad otros mas de los que quiso y convino padecer, dejándoles ejecutar en estos toda su inhumana sevicia y furor.

1252. Intervino tambien en impedir la malicia insolente de Lucifer la gran Señora del cielo María santísima; porque le fueron patentes todos los conatos de este infernal dragon. Unas veces con imperio de Reina le impedia muchos intentos, para que no se los propusiese á los ministros de la pasion. Otras veces en los que les proponia pedia la divina Princesa á Dios no se los dejase ejecutar, y por medio de sus santos Ángeles concurria á desvanecerlos y estorbarlos. Y en los que su gran sabiduría conocia era voluntad de su Hijo santísimo padecerlos, cesaba en estas diligencias, y en todo se ejecutaba la permision de la divina voluntad. Conoció asimismo todo lo que sucedió en la infeliz muerte, tormentos de Judas y el lugar que le daban en el infierno: el asiento de fuego que habia de tener por toda la eternidad, como maestro de la hipocresía y precursor de todos los que habian de negar á Cristo nuestro Redentor con la mente y con las obras, desamparando (como dice Jeremías [2]) las venas de las aguas vivas, que son el mismo Señor, para ser escritos y sellados en la tierra, y alejados del cielo, donde están escritos los predestinados. Todo esto conoció la Madre de misericordia, y lloró sobre ello amargamente, y oró al Señor por la salud de los hombres, suplicándole los apartase de tan gran ceguera, precipicio y ruina; pero conformándose con los ocultos y justos juicios de su Providencia divina.

[1] Infr. n. 1290, 1338, 1342. — [2] Jerem. XVII, 13.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1253. Hija mia, admirada estás, y no sin causa, de lo que has entendido y escrito de la infeliz suerte de Judas y de la caida de los Apóstoles, estando todos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo, criados á los pechos de su doctrina, vida, ejemplo y milagros, y favorecidos de su dulcísima mansedumbre y trato, de mi intercesion y consejos, y otros beneficios que recibian por mi medio. Pero de verdad te digo, que si todos los hijos de la Iglesia tuvieran la atencion y admiracion que este raro ejemplo les puede causar, en él hallaran saludable aviso y escarmiento para temer el estado peligroso de la vida mortal, por mas favóres y beneficios que reciban las almas de la mano del Señor; pues todo parecerá menos que verle, oirle, tratarle y tenerle por dechado vivo de santidad. Lo mismo te digo de mí; pues á los Apóstoles dí amonestaciones, y fueron testigos de mi santa y inculpable conversacion; y de mi piedad recibieron grandes beneficios, les comuniqué la caridad que de estar en Dios se dimanaba de su Majestad á mí. Y si en la atencion, á vista de su mismo Señor y Maestro, olvidaron tantos favores y la obligacion de corresponder á ellos; ¿quién será tan presuntuoso en la vida mortal, que no tema el peligro de la ruina, por mas beneficios que haya recibido? Aquellos eran Apóstoles escogidos por su divino Maestro, que era Dios verdadero; y con todo eso el uno llegó á caer mas infelizmente que todos los hombres, y los otros á desfallecer en la fe, que es el fundamento de toda la virtud; y fue conforme á la justicia y juicios inescrutables del Altísimo. Pues ¿por qué no temerán los que ni son Apóstoles, ni han obrado tanto como ellos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo y su Maestro, y no merecen tanto mi intercesion?

1254. De la ruina y perdicion de Judas, y de su justísimo castigo, dejas escrito lo que basta para que se entienda á cuál estado pueden llegar, y llevar los vicios y la mala voluntad á un hombre que se entrega á ellos, y al demonio, y desprecia los llamamientos y auxilios de la gracia. Lo que te advierto sobre lo que has escrito es, que no solo los tormentos que padece el traidor discípulo Judas, sino tambien el de muchos cristianos que con él se condenan y bajan al mismo lugar de las penas, que para ellos fue señalado desde el principio del mundo, excede á los tormentos de muchos demonios. Porque mi Hijo santísimo no murió por los ángeles malos, sino por

los hombres; ni á los demonios les tocó el fruto y efectos de la Redencion, los cuales reciben los hijos de la Iglesia con efecto en los Sacramentos: y despreciar este incomparable beneficio no es culpa del demonio tanto como de los fieles, y así les corresponde nueva y diferente pena por este desprecio. Y el engaño que Lucifer y sus ministros padecieron, no conociendo á Cristo por verdadero Dios y Redentor hasta la muerte, siempre atormenta y penetra las potencias de aquellos malignos espíritus; y de este dolor les resulta nueva indignacion contra los redimidos, y mayor contra los cristianos, á quienes mas se les aplica la Redencion y sangre del Cordero. Por esto se desvelan tanto los demonios en hacer que los fieles olviden la obra de la Redencion y la malogren; y despues en el infierno se muestran mas airados y rabiosos contra los malos cristianos; y sin piedad alguna les darian mayores tormentos, si la justicia divina no dispusiese con equidad que las penas fuesen ajustadas á las culpas, no dejando esto á la voluntad de los demonios, sino tasándolo con su poder y sabiduría infinita, que aun hasta aquel lugar alcanza la bondad del Señor.

1255. En la caida de los demás Apóstoles quiero, carísima, que adviertas el peligro de la fragilidad humana, que aun en los mismos beneficios y favores que recibe del Señor fácilmente se acostumbra á ser grosera, tarda y desagradecida, como les sucedió á los once Apóstoles, cuando huyeron de su Maestro celestial y le dejaron con la incredulidad. Este peligro se origina en los hombres de ser tan sensibles y inclinados á todo lo sensitivo y terreno, y haber quedado estas inclinaciones depravadas por el pecado, y acostumbrarse á vivir y á obrar segun lo terreno, carnal y sensible, mas que segun el espíritu. De aquí nace que aun á los mismos beneficios y dones del Señor los tratan y aman sensiblemente. Y cuando les faltan por este modo, luego se divierten á otros objetos sensibles, se mueven por ellos, y pierden el tino de la vida espiritual; porque la trataban y recibian como sensible, con baja estimacion del espíritu. Por esta inadvertencia ó grosería cayeron los Apóstoles, aunque estaban tan favorecidos de mi Hijo santísimo y de mí; porque los milagros, la doctrina y ejemplos que tenian presentes eran sensibles, y como ellos, aunque perfectos ó justos, eran terrenos y aficionados á solo aquello sensitivo que recibian; en faltándoles esto se turbaron con la tentacion, y cayeron en ella, como quien habia penetrado poco los misterios y espíritu de lo que habian visto y oido en la escuela de su Maestro. Con este ejemplo y doctrina quedarás, hija mia, enseñada á ser

mi discípula espiritual, y no terrena, y no acostumbrarte á lo sensible, aunque sean los favores del Señor y mios. Y cuando los recibieres, no detenerte en lo material y sensible, sino levantar tu mente á lo alto y espiritual, que se percibe con la luz y ciencia interior, y con el sentido animal [1]. Y si lo sensible puede embarazar á la vida espiritual, ¿qué será lo que pertenece á la vida terrena, animal y carnal? Claro está que de tí quiero olvides y borres de tus potencias toda imágen y especies de criaturas, para que estés idónea y capaz de mi imitacion y doctrina saludable.

CAPÍTULO XV.

Llevan á nuestro Salvador Jesús *atado y preso á casa del pontífice Anás; lo que sucedió en este paso, y lo que padeció en él su beatísima Madre.*

Cuán vivas y eficaces debian ser las palabras con que se tratase de la pasion del Señor.—Sentimiento de la Escritora de que no correspondan las suyas á su deseo.—Como se ha de suplir el defecto de las palabras con los actos interiores.—Cuánto obraron para aprisionar con toda crueldad á Cristo las prevenciones de Judas y provocaciones de los demonios.—Modo cruel y nunca usado con que aprisionaron á Cristo con una cadena.—De dónde tomaron esta cadena, y como la acomodaron á su intento.—Forma en que le ataron con dos sogas largas.—Oprobrios que le dijeron en la prision.—Crueldades que ejecutaron los ministros de maldad con Jesús desde el huerto hasta casa de Anás.—Atencion de Lucifer á las acciones de Cristo para conocer si era puro hombre.—Furia en que se encendió viendo su incomparable paciencia.—Intentó tirar de las sogas con mayor violencia que hacian los sayones.—Mandóle la Vírgen no llegase á ofender á su Hijo, con que desfallecieron las fuerzas de el dragon.—Permiso que se le dió solo para provocar.—Persuasion de Lucifer á los demonios para que todos persiguiesen á Cristo por medio de sus enemigos.—Presentacion de Cristo en la casa de Anás.—Presentáronle atado como á juzgado ya por digno de muerte.—Púsose Lucifer al lado de Anás.—Palabras injuriosas con que presentaron á Cristo los ministros.—Admiracion de los Ángeles que asistian á Cristo de este espectáculo.—Pregunta que hizo Anás á Cristo, y su motivo.—Ofreció Cristo al Padre la humillacion de este paso.—Respuesta de Cristo.—Razon della.—Razon de no responder por sus discípulos.—Bofetada que dió á Cristo el ministro.—Rogó Cristo al Padre por él.—Mansedumbre con que le corrigió.—Admiracion de este paso por el poder y majestad de la persona ofendida.—Con la correccion de Cristo quedó el ministro confuso pero no enmendado.—Entrada de san Pedro y san Juan en casa de Anás.—Primera negacion de san Pedro.—Salióse luego de la casa de Anás.—Mayor dolor fue para Cristo la negacion de Pedro que la bofetada.—Oró luego por él á su Padre.—Correspondencia de las

[1] I Cor. II, 14.

operaciones de María á las de su Hijo en estos pasos. — Su llanto por la negacion de san Pedro. — Sus dolores sensibles en las mismas partes del cuerpo en que su Hijo era atormentado. — Saltóla la sangre por las uñas de las manos. — Lloró sangre viva de compasion de su Hijo. — Sintió en su rostro el golpe de la bofetada. — Recompensó con adoraciones los desacatos que hacian con su Hijo. — Cuán lamentable es el olvido y poca aplicacion que tienen los mortales á la pasion de su Redentor. — Como la intercesion de María detiene la justa indignacion de Dios por esta culpa. — Cuán grande cargo será para los malos cristianos el no haberse compadecido con Cristo y con su Madre. — Cuán lamentable es que pierdan las criaturas lo que tanto costó á su Criador y á su Madre. — Sucesores que tienen en la Iglesia los pontífices que con título fingido de piedad condenaron á Cristo. — Como se ha de imitar á María haciendo actos contrarios de virtudes por los vicios que hoy hay en el mundo. — Ejemplo de huir de las criaturas. — Recompénsanse las faltas ordinarias con la paciencia en las adversidades.

1256. Digna cosa fuera hablar de la pasion, afrentas y tormentos de nuestro Salvador Jesús con palabras tan vivas y eficaces, que pudieran penetrar mas que la espada de dos filos, hasta dividir con íntimo dolor lo mas oculto de nuestros corazones [1]. No fueron comunes las penas que padeció; no se hallará dolor semejante como su dolor [2]. No era su persona como las demás de los hijos de los hombres, no padeció su Majestad por sí mismo ni por sus culpas, sino por nosotros [3] y por las nuestras. Pues razon es que las palabras y términos con que tratamos de sus tormentos y dolores no sean comunes y ordinarios; sino con otros vivos y eficaces se la propongamos á nuestros sentidos. Mas ¡ ay de mí, que ni puedo dar fuerza á mis palabras, ni hallo las que mi alma desea para manifestar este secreto ! Diré lo que alcanzare, hablaré como pudiere y se me administrare, aunque la cortedad de mi talento coarte y limite la grandeza de la inteligencia, y los improporcionados términos no alcancen á declarar el concepto escondido del corazon. Supla el defecto de las razones la fuerza y viveza de la fe que profesamos los hijos de la Iglesia. Y si las palabras son comunes, sea extraordinario el dolor y el sentimiento, el dictámen altísimo, la comprehension vehemente, la ponderacion profunda, el agradecimiento cordial y el amor fervoroso; pues todo será menos que la verdad del objeto, y de lo que nosotros debemos corresponder como siervos, como amigos y como hijos adoptados por medio de su pasion y muerte santísima.

1257. Atado y preso el mansísimo cordero Jesús, fue llevado desde el huerto á casa de los pontífices, y primero á la de Anás [4]. Iba prevenido aquel turbulento escuadron de soldados y ministros

[1] Hebr. IV, 12. — [2] Thren. I, 12. — [3] I Petr. II, 21. — [4] Joan. XVIII, 13.

con las advertencias del traidor discípulo [1], que no se fiasen de su Maestro, si no le llevaban muy amarrado y atado; porque era hechicero, y se les podria salir de entre las manos. Lucifer y sus príncipes de tinieblas ocultamente los irritaban y provocaban, para que impía y sacrílegamente tratasen al Señor sin humanidad ni decoro. Y como todos eran instrumentos obedientes á la voluntad de Lucifer, nada que se les permitió dejaron de ejecutar contra la persona de su mismo Criador. Atáronle con una cadena de grandes eslabones de hierro con tal artificio, que rodeándosela á la cintura y al cuello sobraban los dos extremos, y en ellos habia unas argollas ó esposas con que encadenaron tambien las manos del Señor que fabricó los cielos [2], y los Ángeles, y todo el universo. Y así argolladas y presas se las pusieron, no al pecho, sino á las espaldas. Esta cadena llevaron de la casa de Anás el pontífice, donde servia de levantar la puerta de un calabozo que era levadiza; y para el intento de aprisionar á nuestro divino Maestro la quitaron, y la acomodaron con aquellas argollas y cerraduras, como candados, con llaves de golpe. Y con este modo de prision nunca oida no quedaron satisfechos ni seguros; porque luego sobre la pesada cadena le ataron dos sogas harto largas: la una echaron sobre la garganta de Cristo nuestro Señor, y cruzándola por el pecho le rodearon el cuerpo, atándole con fuertes nudos, y dejaron dos extremos largos de la soga para que dos de los ministros ó soldados fuesen tirando de ellos y arrastrando al Señor. La segunda soga sirvió para atarle los brazos, rodeándola tambien por la cintura, y dejaron pendientes otros dos cabos largos á las espaldas donde llevaba las manos, para que otros dos tirasen de ellos.

1258. Con esta forma de ataduras se dejó aprisionar y rendir el Omnipotente y Santo, como si fuera el mas facinoroso de los hombres y el mas flaco de los nacidos; porque habia puesto sobre sí las iniquidades de todos nosotros [3], y la flaqueza ó impotencia para el bien, en que por ellas incurrimos. Atáronle en el huerto, atormentándole no solo con las manos, con las sogas y cadenas, sino con las lenguas; porque como serpientes venenosas arrojaron la sacrílega ponzoña que tenian, con blasfemias, contumelias y nunca oidos oprobrios contra la persona que adoraban los Ángeles y los hombres, y le magnifican en el cielo y en la tierra. Partieron todos del monte Olivete con gran tumulto y vocería, llevando en medio al Salvador del mundo, tirando unos de las sogas de adelante, y otros de las que

[1] Marc. XIV, 44. — [2] Hebr. I, 10. — [3] Isai. LIII, 6.

llevaba á las espaldas asidas de las muñecas; y con esta violencia nunca imaginada, unas veces le hacian caminar apriesa atropellándole; otras le volvian atrás y le detenian; otras le arrastraban á un lado y á otro, á donde la fuerza diabólica los movia. Muchas veces le derribaban en tierra, y como llevaba las manos atadas, daba en ella con su venerable rostro, lastimándose, y recibiendo en él heridas y mucho polvo. En estas caidas arremetian á él, dándole de puntillazos y coces, atropellándole y pisándole, pasando sobre su Real persona, hollándole la cara y la cabeza: y celebrando estas injurias con algazara y mofa le hartaban de oprobrios, como lo lloró antes Jeremías [1].

1259. En medio del furor tan impío que Lucifer encendia en aquellos sus ministros, estaba muy atento á las obras y acciones de nuestro Salvador, cuya paciencia pretendia irritar, y conocer si era puro hombre; porque esta duda y perplejidad atormentaba su pésima soberbia sobre todas sus grandes penas. Y como reconoció la mansedumbre, tolerancia y suavidad que mostraba Cristo entre tantas injurias y tormentos, y que los recibia con semblante sereno y de majestad, sin turbacion ni mudanza alguna; con esto se enfureció mas el infernal dragon, y como si fuera un hombre furioso y desatinado, pretendió tomar una vez las sogas que llevaban los sayones, para tirar él y otros demonios con mayor violencia que lo hacian ellos, para provocar con mas crueldad la mansedumbre del Señor. Este intento impidió María santísima, que desde el lugar donde estaba retirada miraba por vision clara todo lo que se iba ejecutando con la persona de su Hijo santísimo: y cuando vió el atrevimiento de Lucifer, usando de la autoridad y poder de Reina, le mandó no llegase á ofender á Cristo nuestro Salvador, como intentaba. Y al punto desfallecieron las fuerzas de este enemigo, y no pudo ejecutar su deseo; porque no era conveniente que su maldad se interpusiese por aquel modo en la pasion y muerte del Redentor. Pero diósele permiso para que provocase á sus demonios contra el Señor, y todos ellos á los judíos fautores de la muerte del Salvador; porque tenian libre albedrío para consentir ó disentir en él. Así lo hizo Lucifer, que volviéndose á sus demonios, les dijo: ¿Qué hombre es este que ha nacido en el mundo, que con su paciencia y sus obras así nos atormenta y destruye? Ninguno hasta ahora tuvo tal igualdad y sufrimiento en los trabajos desde Adan acá. Nunca vimos entre los mortales semejante humildad y mansedumbre. ¿Cómo sosega-

1 Thren. III, 30.

mos viendo en el mundo un ejemplo tan raro y poderoso para llevarle tras sí? Si este es el Mesías, sin duda abrirá el cielo y cerrará el camino por donde llevamos á los hombres á nuestros eternos tormentos, y quedarémos vencidos, y frustrados nuestros intentos. Y cuando no sea mas que puro hombre, no puedo sufrir que deje á los demás tan fuerte ejemplo de paciencia. Venid, pues, ministros de mi altiva grandeza, y persigámoslo por medio de sus enemigos, que como obedientes á mi imperio han admitido contra él la furiosa envidia que les he comunicado.

1260. Á toda la desapiadada indignacion que Lucifer despertó y fomentó en aquel escuadron de los judíos se sujetó el Autor de nuestra salud, ocultando el poder con que los pudiera aniquilar ó reprimir, para que nuestra redencion fuese mas copiosa. Llevándolo atado y maltratado, llegaron á casa del pontífice Anás, ante quien le presentaron como malhechor y digno de muerte. Era costumbre de los judíos presentar así atados á los delincuentes que merecian castigo capital; y aquellas prisiones eran como testigos del delito que merecia la muerte: y así le llevaban como intimándole la sentencia, antes que se la diese el juez. Salió el sacrílego sacerdote Anás á una gran sala, donde se asentó en el estrado ó tribunal que tenia, muy lleno de soberbia y arrogancia. Luego se puso á su lado el príncipe de las tinieblas Lucifer, rodeándole gran multitud de demonios. Los ministros y soldados le presentaron á Jesús atado y preso, y le dijeron: Ya, señor, traemos aquí este mal hombre que con sus hechizos y maldades ha inquietado á toda Jerusalen y Judéa, y esta vez no le ha valido su arte mágica para escaparse de nuestras manos y poder.

1261. Estaba nuestro Salvador Jesús asistido de innumerables Ángeles que le adoraban y confesaban, admirados de los incomprehensibles juicios de su sabiduría [1]; porque su Majestad consentia ser presentado como reo y pecador; y el inícuo sacerdote se manifestaba como justo y celoso de la honra del Señor, á quien sacrílegamente pretendia quitarla con la vida; y callaba el amantísimo Cordero sin abrir su boca, como lo habia dicho Isaías [2]. El Pontífice con imperiosa autoridad le preguntó por sus discípulos [3], y qué doctrina era la que predicaba y enseñaba. Esta pregunta hizo para calumniar la respuesta, si decia alguna palabra que motivase acusarle. Pero el Maestro de la santidad, que encamina y enmienda á los mas sábios [4], ofreció al eterno Padre aquella humillacion de ser presen-

[1] Rom. XI, 33. — [2] Isai. LIII, 7. — [3] Joan. XVIII, 19. — [4] Sap. VII, 15.

tado como reo ante el pontífice, y preguntado por él como criminoso y autor de falsa doctrina. Respondió nuestro Redentor con humilde y alegre semblante á la pregunta de su doctrina [1]: *Yo siempre he hablado en público, enseñando y predicando en el templo y sinagoga, donde concurren los judíos; y nada he dicho en oculto. ¿Qué me preguntas á mí? Pues ellos te dirán, si les preguntas, lo que yo les he enseñado*. Porque la doctrina de Cristo nuestro Señor era de su eterno Padre, respondió por ella y por su crédito, remitiéndose á sus oyentes; así porque á su Majestad no le darian crédito, antes bien le calumniarian su testimonio, como tambien porque la verdad y la virtud ella misma se acredita y abona entre los mayores enemigos.

1262. No respondió por los Apóstoles; porque no era entonces necesario, ni ellos estaban en disposicion que podian ser alabados de su Maestro. Y con haber sido esta respuesta tan llena de sabiduría y tan conveniente á la pregunta; con todo eso uno de los ministros que asistian al Pontífice fué con formidable audacia, levantó la mano, y dió una bofetada en el sagrado y venerable rostro del Salvador, y junto con herirle le reprehendió, diciendo [2]: *¿Así respondes al pontífice?* Recibió el Señor esta desmedida injuria rogando al Padre por quien así le habia ofendido; y estando preparado, y con disposicion de volver y ofrecer la otra mejilla, si fuera necesario, para recibir otra bofetada, cumpliendo en todo esto con la doctrina que él mismo habia enseñado [3]. Y para que el necio y atrevido ministro no quedase ufano y sin confusion por tan inaudita maldad, le replicó el Señor con grande serenidad y mansedumbre [4]: *Si yo he hablado mal, da testimonio, y dí en qué está el mal que me atribuyes. Y si hablé como debia, ¿por qué me has herido?* ¡Oh espectáculo de nueva admiracion para los espíritus soberanos! ¡Cómo de solo oirte pueden y deben temblar las columnas del cielo y todo el firmamento estremecerse! Este Señor es aquel de quien dijo Job [5], que es sábio de corazon, y tan robusto y fuerte, que nadie le puede resistir, y con esto tendrá paz; quien trasiega los montes con su furor antes que puedan ellos entenderlo; el que mueve la tierra en su lugar, y sacude una con otra sus columnas; el que manda al sol que no nazca, y cubre las estrellas con signáculo; el que hace cosas grandes y incomprehensibles; el que á su ira nadie puede resistir, y ante quien doblan la rodilla los que sustentan todo el orbe; y este mismo es el

[1] Joan. XVIII, 20, 21. — [2] Ibid. 22. — [3] Matth. v, 39.
[4] Joan. XVIII, 23.
[5] Job, IX, à v. 4.

que por amor de los mismos hombres sufre de un impío ministro ser herido en el rostro de una bofetada.

1263. Con la respuesta humilde y eficaz que dió su Majestad al sacrílego siervo, quedó confuso en su maldad. Pero ni esta confusion, ni la que pudo recibir el Pontífice, de que en su presencia se cometiesen tal crímen y desacato, le movió á él ni á los judíos para reprimirse en algo contra el Autor de la vida. En el ínterin que se continuaban sus oprobrios, llegaron á casa de Anás san Pedro y el otro discípulo, que era san Juan. Y este como muy conocido en ella entró fácilmente, quedando fuera san Pedro, hasta que la portera, que era una criada del Pontífice, á peticion de san Juan le dejó entrar [1], para ver lo que sucedia con el Redentor. Entraron los dos Apóstoles en el zaguan de la casa antes de la sala del Pontífice, y san Pedro se llegó al fuego que allí tenian los soldados, porque hacia la noche fria. La portera miró, y reconoció á san Pedro con algun cuidado, como discípulo de Cristo, y llegándose á él, le dijo [2]: ¿Tú acaso no eres de los discípulos de este Hombre? Esta pregunta de la criada fue con algun desprecio y baldon, de que san Pedro se avergonzó con gran flaqueza y pusilanimidad. Y poseido del temor respondió, y dijo: Yo no soy discípulo suyo. Con esta respuesta se deslizó de la conversacion, y salió fuera de la casa de Anás; aunque luego siguiendo á su Maestro fué á la de Caifás, donde le negó otras dos veces, como adelante diré [3].

1264. Mayor fue para el divino Maestro el dolor de la negacion de Pedro que el de la bofetada; porque á su inmensa caridad la culpa era contraria y aborrecible, y las penas eran amables y dulces, por vencer con ellas nuestros pecados. Hecha la primera negacion, oró Cristo al eterno Padre por su Apóstol, y dispuso que por medio de la intercesion de María santísima se le previniese la gracia y el perdon para despues de las tres negaciones. Estaba la gran Señora á la vista desde su oratorio á todo lo que iba sucediendo, como queda dicho [4]. Y como en su pecho tenia el propiciatorio y el sacrificio á su mismo Hijo y Señor sacramentado, convertíase á él para sus peticiones y afectos amorosos, donde ejercitaba heróicos actos de compasion, agradecimiento, culto y adoracion. Cuando la piadosísima Reina conoció la negacion de san Pedro, lloró con amargura, y nunca cesó en este llanto hasta que entendió no le negaria el Altísimo sus auxilios, y que le levantaria de su caida. Sintió asimismo la purísima Madre todos los dolores de las heridas y tormentos de su

[1] Joan. XVIII, 16. — [2] Ibid. 17. — [3] Infr. n. 1278. — [4] Supr. 1204.

Hijo, y en las mismas partes de su virginal cuerpo, donde el Señor era lastimado. Y cuando su Majestad fue atado con las sogas y cadenas, sintió ella en las muñecas tantos dolores, que saltó la sangre por las uñas en sus virginales manos, como si fueran atadas y apretadas; y lo mismo sucedió en las demás heridas. Como á esta pena se juntaba la del corazon de ver padecer á Cristo nuestro Señor, vino la amantísima Madre á llorar sangre viva, siendo el brazo del Señor el artífice de esta maravilla. Sintió tambien el golpe de la bofetada de su Hijo santísimo, como si á un mismo tiempo aquella mano sacrílega hubiera herido á Hijo y á Madre juntos. En esta injuriosa contumelia, y en las blasfemias y desacatos llamó á los santos Ángeles para que con ella engrandecieran y adoraran á su Criador en recompensa de los oprobrios que recibia de los pecadores, y con prudentísimas razones (pero muy lamentables y dolorosas) conferia con los mismos Ángeles la causa de su amarga compasion y llanto.

Doctrina que me dió la gran Reina y Señora del cielo.

1265. Hija mia, á grandes cosas te llama y te convida la divina luz que recibes de los misterios de mi Hijo santísimo y mios, en lo que padecimos por el linaje humano, y en el mal retorno que nos da, desagradecido y ingrato á tantos beneficios. Tú vives en carne mortal, y sujeta á estas ignorancias y flaquezas; y con la fuerza de la verdad que entiendes, se engendran en tí y despiertan muchos movimientos de admiracion, de dolor, afliccion y compasion por el olvido, poca aplicacion y atencion de los mortales á tan grandes sacramentos, y por los bienes que pierden en su flojedad y tibieza. Pues ¿cuál será la ponderacion que de esto harán los Ángeles y Santos, y la que yo tendré á la vista del Señor, de ver al mundo, y el estado de los fieles en tan peligroso estado y formidable descuido, despues que mi Hijo santísimo murió y padeció, y despues que me tienen por Madre, por Intercesora, y su vida purísima, y mia por ejemplo? De verdad te digo, carísima, que sola mi intercesion y los méritos que represento al eterno Padre de su Hijo, y mio, pueden suspender el castigo y aplacar su justa indignacion, para que no destruya al mundo y azote rigurosamente á los hijos de la Iglesia que saben la voluntad del Señor y no la cumplen [1]. Pero yo estoy muy desobligada de hallar tan pocos que se contristen conmigo, y consuelen á mi Hijo en sus penas, como dijo David [2]. Esta dureza será

[1] Joan. XV, 15. — [2] Psalm. LXVIII, 21.

el cargo de mayor confusion contra los malos cristianos el dia del juicio; porque conocerán entonces con irreparable dolor que no solo fueron ingratos, sino inhumanos y crueles con mi Hijo santísimo, conmigo y consigo mismos.

1266. Considera, pues, carísima, tu obligacion, y levántate sobre todo lo terreno y sobre tí misma; porque yo te llamo y te elijo para que me imites y acompañes en lo que me dejan tan sola las criaturas, á quienes mi Hijo santísimo y yo tenemos tan beneficiadas y obligadas. Pondera con todas tus fuerzas lo mucho que costó á mi Señór el reconciliar con su Padre á los hombres [1] y merecerles su amistad. Llora y afligete de que tantos vivan en este olvido, y que tantos trabajen con todo su conato por destruir y perder lo que costó sangre y muerte del mismo Dios, y lo que yo desde mi concepcion les procuré y procuro solicitar y granjear para su remedio. Despierta en tu corazon lastimoso llanto de qué en la Iglesia santa tengan muchos sucesores los pontífices hipócritas y sacrílegos, que con título fingido de piedad condenaron á Cristo; estando la soberbia y fausto con otras graves culpas autorizada y entronizada, y la humildad, la verdad, la justicia y las virtudes tan oprimidas y abatidas, y solo prevalecen la codicia y la vanidad. La pobreza de Cristo pocos la conocen, y menos son los que la abrazan. La santa fe está impedida y no se dilata, por la desmedida ambicion de los poderosos del mundo, y en muchos católicos está muerta y ociosa; y todo lo que ha de tener vida está muerto, y se dispone para la perdicion. Los consejos del Evangelio están olvidados, los preceptos quebrantados, la caridad cási extinguida. Mi Hijo y Dios verdadero dió sus mejillas con paciencia y mansedumbre para ser herido [2]. ¿Quién perdona una injuria por imitarle? Al contrario ha hecho leyes el mundo, y no solo los infieles, sino los mismos hijos de la fe y de la luz.

1267. En la noticia de estos pecados, quiero que imites lo que hice en la pasion y toda mi vida, que por todos ejercitaba los actos de las virtudes contra los vicios. Por las blasfemias le bendecia, por los juramentos le alababa, por las infidelidades le creia, y lo mismo por todas las demás ofensas. Esto quiero que tú hagas en el mundo que vives y conoces. Huye tambien de los peligros de las criaturas con el ejemplo de Pedro, que no eres tú mas fuerte que el Apóstol y discípulo de Cristo, y si alguna vez cayeres como flaca, llora luego con él y busca mi intercesion. Recompensa tus faltas y culpas ordi-

[1] Colos. I, 22. — [2] Thren. III, 30.

narias con la paciencia en las adversidades; recíbelas con alegre semblante sin turbacion y sin diferencia, sean las que fueren, así de enfermedades como de molestias de criaturas, y tambien las que siente el espíritu por la contradicion de las pasiones [1] y por la lucha de los enemigos invisibles y espirituales. En todo esto puedes padecer, y lo debes tolerar con fe, esperanza, y magnanimidad de corazon y ánimo, y te advierto que no hay ejercicio mas provechoso y útil para el alma que el del padecer: porque da luz, desengaña, aparta el corazon humano de las cosas terrenas, y le lleva al Señor, y su Majestad le sale al encuentro, porque está con el atribulado, y le libra y ampara [2].

CAPÍTULO XVI.

Fue llevado Cristo nuestro Salvador á casa del pontífice Caifás, donde fue acusado y preguntado si era Hijo de Dios; y san Pedro le negó otras dos veces; lo que María santísima hizo en este paso, y otros misterios ocultos.

Remite Anás á Caifás á Cristo atado.—Admiracion y confusion de los demonios de ver la exterior paciencia y mansedumbre de Cristo.—Furor con que irritaban contra Cristo á sus enemigos.—Crueldad con que llevaron los ministros á Cristo de casa de Anás á la de Caifás.—Escarnio y mofa con que le recibieron el Pontífice y concilio.—Ponderacion de este paso.—Ofreció Cristo á su Padre este triunfo de su humildad, y rogóle por los que le perseguian.—Imitábale su Madre en todo lo que iba obrando.—Trono de Caifás asistido de Lucifer y los demonios.—Testigos falsos y sus testimonios contra Cristo.—Insuficiencia y falsedad de los testimonios.—Razon de no responder Cristo á las primeras preguntas de Caifás.—Furor de Caifás por el silencio de Cristo.—Inventaba Lucifer, ó irritar la paciencia de Jesús, ó conocer si era Dios.—El conjuro de Caifás fue por sugestion de Lucifer.—Temeridad y insipiencia de Caifás en hacerlo.—Respuesta de Cristo.—Arrojó esta respuesta á Lucifer y sus demonios al profundo.—Dudó despues Lucifer si habia dicho Jesús verdad en ella, y por eso se atrevió á salir otra vez á la batalla.—Arrojo atropellado de Caifás.—Pondérase su loca osadía.—Juicio del concilio de maldad.—Ímpetu diabólico con que acometieron á Jesús, tormentos que le dieron, y oprobrios que le hicieron.—Causa misteriosa porque le cubrieron el rostro para herirle.—Veia María todo lo que hacian con su Hijo, y sentia en sí respectivamente el dolor de los golpes y heridas que le daban.—Diferencia del dolor sensible de María al de su Hijo.—Operaciones interiores de Cristo en esta ocasion.—Renovó entonces Cristo las bienaventuranzas sobre sus escogidos que le habian de imitar.—Bendicion que dió á los pobres.—Á los mansos.—Á los que lloran.—Á los que tienen hambre y sed de la justicia.—Á los misericordiosos.

[1] Rom. VII, 23. — [2] Psalm. XC, 15.

—Á los limpios de corazon.—Á los pacíficos.—Á los que padecen perse- persecucion por la justicia.—Como acompañó María á su Hijo en estas operaciones.—Entrada de san Pedro en casa de Caifás.—Su segunda negacion.—Su tercera negacion, y segundo canto del gallo.—Lo que obró Lucifer para las negaciones de san Pedro.—Grados de las negaciones.—Medios de la reduccion de san Pedro.—Como intervino para que el Señor le mirase la intercesion de su Madre.—Reprehension interior que le envió Cristo.—Lágrimas de san Pedro.—Envióle María un Ángel que sin manifestársele, lo consolase y animase.—El sacramento de los oprobrios que padeció Cristo es libro cerrado en que se contiene la filosofía de la perfeccion cristiana.—En qué consiste esta filosofía.—Enseñóla Cristo en el sermon de las Bienaventuranzas, y la puso en práctica, y renovó en su pasion y oprobrios.—Cuán pocos son los católicos que entran en esta escuela. —Frecuencia de los vicios contrarios á esta doctrina de Cristo.—Cuán pocos hay á quienes alcancen las bendiciones de Cristo.—Los malos cristianos son los que en la verdad desprecian el fruto de la redencion.—Altísima consideracion con que María siempre inocentísima se humillaba, se mortificaba y lloraba por la culpa de Adan, y por las de todo el linaje humano. —Cuánto obliga este ejemplo á que trabajen los culpados.

1268. Luego que nuestro Salvador Jesús recibió en casa de Anás las contumelias y bofetada, le remitió este Pontífice, atado [1] y preso como estaba, al pontífice Caifás, que era su suegro, y aquel año hacia el oficio de príncipe y sumo sacerdote; y con él estaban congregados los escribas y señores del pueblo [2], para sustanciar la causa del inocentísimo Cordero. Con la invencible paciencia y mansedumbre que mostraba el Señor de las virtudes [3] en las injurias que recibia, estaban como atónitos los demonios, llenos de confusion y furor tan grande, que no se puede explicar con palabras; y como no penetraban las obras interiores de la santísima humanidad, y en las exteriores, por donde en los demás hombres rastrean el corazon, no hallaban movimiento alguno desigual, ni el mansísimo Señor se quejaba, ni suspiraba, ni daba este pequeño alivio á su humanidad; de toda esta grandeza de ánimo se admiraba y atormentaba el dragon, como de cosa nueva y nunca vista entre los hombres de condicion pasible y flaca. Con este furor irritaba el enemigo á todos los príncipes, escribas y ministros de los sacerdotes, para que ofendiesen y maltratasen al Señor con abominables oprobrios: y en todo lo que el demonio les administraba estaban prontos para ejecutarlo, si la divina voluntad lo permitia.

1269. Partió de casa de Anás toda aquella canalla de ministros infernales y de hombres inhumanos, y llevaron por las calles á nues-

[1] Joan. XVIII, 24. — [2] Matth. XXVI, 57. — [3] Psalm. XXIII, 10.

tro Salvador á casa de Caifás, tratándole con su implacable crueldad ignominiosamente. Y entrando con escandaloso tumulto en casa del Sumo Sacerdote, él y todo el concilio recibieron al Criador y Señor del universo con grande risa y mofa de verle sujeto y rendido á su poder y jurisdicion, de quien les parecia ya no se podria defender. ¡Oh secreto de la altísima sabiduría del cielo! ¡Oh estulticia de la ignorancia diabólica, y ceguísima torpeza de los mortales! ¡Qué distancia tan inmensa veo entre vosotros y las obras del Altísimo! Cuando el Rey de la gloria poderoso en las batallas [1] está venciendo á los vicios, á la muerte y al pecado con las virtudes de paciencia, humildad y caridad, como Señor de todas ellas, entonces piensa el mundo que le tiene vencido y sujeto con su arrogante soberbia y presuncion! ¡Qué distancia de pensamientos eran los que tenia Cristo nuestro Señor, de los que poseian aquellos ministros operarios de la maldad! Ofrecia el Autor de la vida á su eterno Padre aquel triunfo, que su mansedumbre y humildad ganaba del pecado: rogaba por los sacerdotes, escribas y ministros que le perseguian, presentando su misma paciencia y dolores, y la ignorancia de los ofensores. La misma peticion y oracion hizo en aquel mismo punto su beatísima Madre, rogando por sus enemigos, y de su Hijo santísimo, acompañándole y imitándole en todo lo que su Majestad iba obrando; porque le era patente, como muchas veces he repetido [2]. Entre Hijo y Madre habia una dulcísima y admirable consonancia, y correspondencia agradable á los ojos de el eterno Padre.

1270. El pontífice Caifás estaba en su cátedra ó silla sacerdotal encendido en mortal envidia y furor contra el Maestro de la vida. Asistíale Lucifer con todos los demonios que vinieron de casa de Anás. Y los escribas y fariseos estaban como sangrientos lobos con la presa del manso Corderillo; y todos juntos se alegraban, como lo hace el envidioso cuando ve deshecho y confundido á quien se le adelanta. Y de comun acuerdo buscaron testigos, que sobornados con dádivas y promesas dijesen algun falso testimonio contra Jesús nuestro Salvador [3]. Vinieron los que estaban prevenidos, y los testimonios, que dijeron, ni convenian entre sí mismos [4], ni menos podian ajustarse con el que por naturaleza era la misma inocencia y santidad [5]. Y para no hallarse confusos trajeron otros dos testigos falsos [6] que depusieron contra Jesús, testificando haberle oido decir que era poderoso para destruir aquel templo de Dios hecho por

[1] Psalm. XXIII, 8. — [2] Supr. n. 481, 990, et passim. — [3] Matth. XXVI, 59.
[4] Marc. XXIV, 56. — [5] Hebr. VII, 26. — [6] Matth. XXVI, 60.

manos de hombres, y edificar otro en tres dias [1]; que no fuese fabricado por ellas. Y tampoco pareció conveniente este falso testimonio; aunque por él pretendian hacer cargo á nuestro Salvador de que usurpaba el poder divino y se le apropiaba á sí mismo. Pero cuando esto fuera así, era verdad infalible, y nunca podia ser falso ni presuntuoso, pues su Majestad era Dios verdadero. Pero el testimonio era falso; porque no habia dicho el Señor las palabras como los testigos las referian, entendiéndolas del templo material de Dios. Lo que habia dicho en cierta ocasion que expelió del templo á los compradores y vendedores, preguntándole ellos en qué virtud lo hacia, respondió [2]: *Desatad este templo;* y fue decirles, que desatasen aquel templo (entendiendo el de su santísima humanidad), y que al tercero dia resucitaria, como lo hizo en testimonio de su poder divino.

1271. No respondió nuestro Salvador Jesús palabra alguna á todas las calumnias y falsedades que contra su inocencia testificaban. Viendo Caifás el silencio y paciencia del Señor, se levantó de la silla, y le dijo [3]: ¿Cómo no respondes á lo que tantos testifican contra tí? Tampoco á esta pregunta respondió su Majestad; porque Caifás y los demás, no solo estaban indispuestos para darle crédito, pero su duplicado intento era que respondiese el Señor alguna razon que le pudiesen calumniar, para satisfacer al pueblo en lo que intentaban contra su Majestad, y que no conociese le condenaban á muerte sin justa causa. Con este humilde silencio de Cristo nuestro Señor, que podia ablandar el corazon del mal sacerdote, se enfureció mucho mas, porque se le frustraba su malicia. Lucifer, que movia á Caifás y á todos los demás, estaba muy atento á todo lo que el Salvador del mundo obraba: aunque el intento de este dragon era diferente que el del Pontífice; y solo pretendia irritar la paciencia del Señor, ó que hablase alguna palabra por donde pudiera conocer si era Dios verdadero.

1272. Con este intento Lucifer movió la imaginacion de Caifás para que con grande saña y imperio hiciese á Cristo nuestro bien aquella nueva pregunta [4]: *Yo te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito.* Esta pregunta de parte del Pontífice fue arrojada llena de temeridad y insipiencia; porque en duda si Cristo era ó no era Dios verdadero, tenerle preso como reo en su presencia, era formidable crímen y temeridad; pues aquel

[1] Marc. XIV, 58. — [2] Joan. II, 19. — [3] Marc. XIV, 60, 61.
[4] Matth. XXVI, 63.

exámen se debiera hacer por otro modo, conforme á razon y justicia. Pero Cristo nuestro bien, oyéndose conjurar por Dios vivo, le adoró y reverenció, aunque pronunciado por tan sacrílega lengua. Y en virtud de esta reverencia respondió, y dijo [1]: *Tú lo dijiste, y yo lo soy. Pero yo os aseguro que desde ahora veréis al Hijo del Hombre, que soy yo, asentado á la diestra del mismo Dios, y que vendrá en las nubes del cielo.* Con esta divina respuesta se turbaron los demonios y los hombres con diversos accidentes. Porque Lucifer y sus ministros no la pudieron sufrir; antes bien sintieron una fuerza en ella que los arrojó hasta el profundo, sintiendo gravísimo tormento de aquella verdad que los oprimia. Y no se atrevieran á volver á la presencia de Cristo nuestro Salvador, si no dispusiera su altísima providencia que Lucifer volviera á dudar si aquel Hombre Cristo habia dicho verdad ó no la habia dicho, para librarse de los judíos. Con esta duda se esforzaron de nuevo, y salieron otra vez á la estacada; porque se reservaba para la cruz el último triunfo, que de ellos y de la muerte habia de ganar el Salvador, como adelante verémos [2], segun la profecía de Habacuc.

1273. Pero el pontífice Caifás, indignado con la respuesta del Señor, que debia ser su verdadero desengaño, se levantó otra vez, y rompiendo sus vestiduras en testimonio de que celaba la honra de Dios, dijo á voces [3]: *Blasfemado ha, ¿qué necesidad hay de mas testigos? ¿No habeis oido la blasfemia que ha dicho? ¿Qué os parece de esto?* Esta osadía loca y abominable de Caifás fue verdaderamente blasfemia; porque negó á Cristo el ser Hijo de Dios, que por naturaleza le convenia, y le atribuyó el pecado, que por naturaleza repugnaba á su divina persona. Tal fue la estulticia de aquel inícuo sacerdote, á quien por oficio tocaba conocer la verdad católica y enseñarla, que se hizo execrable blasfemo, cuando dijo que blasfemaba el que era la misma santidad. Y habiendo profetizado poco antes con instinto del Espíritu Santo, en virtud de su dignidad, que convenia muriese un hombre para que toda la gente no pereciese [4], no mereció por sus pecados entender la misma verdad que profetizaba. Pero como el ejemplo y juicio de los príncipes y prelados es tan poderoso para mover á los inferiores y al pueblo, inclinado á la lisonja y adulacion de los poderosos; todo aquel concilio de maldad se irritó contra el Salvador Jesús, y respondiendo á Caifás dijeron en altas voces [5]: *Digno es de muerte; muera, muera.* Y á un mismo

1 Matth. xxvi, 64. — 2 Infr. n. 1423. — 3 Matth. xxvi, 65.
4 Joan. xi, 50. — 5 Matth. xxvi, 66.

tiempo irritados del demonio arremetieron contra el mansísimo Maestro, y descargaron sobre él su furor diabólico; unos le dieron de bofetadas, otros le hirieron con puntillazos, otros le mesaron los cabellos, otros le escupieron en su venerable rostro, otros le daban golpes ó pescozones en el cuello, que era un linaje de afrenta vil con que los judíos trataban á los hombres que reputaban por muy viles.

1274. Jamás entre los hombres se intentaron ignominias tan afrentosas y desmedidas como las que en esta ocasion se hicieron contra el Redentor del mundo. Dicen san Lucas [1] y san Marcos que le cubrieron el rostro, y así cubierto le herian con bofetadas y pescozones, y le decian: Profetiza ahora, profetízanos, pues eres profeta, dí quién es el que te hirió. La causa de cubrirle el rostro fue misteriosa; porque del júbilo con que nuestro Salvador padecia aquellos oprobrios y blasfemias (como luego diré) le redundó en su venerable rostro una hermosura y resplandor extraordinario, que á todos aquellos operarios de maldad los llenó de admiracion y confusion muy penosa; y para disimularla, atribuyeron aquel resplandor á hechicería y arte mágica, y tomaron por arbitrio cubrir al Señor la cara con paño inmundo, como indignos de mirarla; y porque aquella luz divina los atormentaba y debilitaba las fuerzas de su diabólica indignacion. Todas estas afrentas, baldones y abominables oprobrios que padecia el Salvador, los miraba y sentia su santísima Madre con el dolor de los golpes y de las heridas en las mismas partes, y al mismo tiempo que nuestro Redentor las recibia. Solo habia diferencia, que en Cristo nuestro Señor los dolores eran causados de los golpes y tormentos que le daban los judíos, y en su Madre purísima los obraba la mano del Altísimo, por voluntad de la misma Señora. Y aunque naturalmente con la fuerza de los dolores y angustias interiores llegaba á querer desfallecer la vida; pero luego era confortada por la virtud divina, para continuar en el padecer con su amado Hijo y Señor.

1275. Las obras interiores que el Salvador hacia en esta ocasion de tan inhumanas y nuevas afrentas, no pueden caer debajo de razones ni capacidad humana. Solo María santísima las conoció con plenitud, para imitarlas con suma perfeccion. Pero como el divino Maestro en la escuela de la experiencia de sus dolores iba deprendiendo la compasion de los que habian de imitarle y seguir su doctrina, convirtióse mas á santificarlos y bendecirlos en la misma oca-

[1] Luc. XXII, 64; Marc. XIV, 65.

sion que con su ejemplo les enseñaba el camino estrecho de la perfeccion. Y en medio de aquellos oprobrios y tormentos, y en los que despues se siguieron, renovó su Majestad sobre sus escogidos y perfectos las bienaventuranzas que antes les habia ofrecido y prometido. Miró á los pobres de espíritu, que en esta virtud le habian de imitar, y dijo [1]: *Bienaventurados seréis en vuestra desnudez de las cosas terrenas; porque con mi pasion y muerte he de vincular el reino de los cielos como posesion segura y cierta de la pobreza voluntaria. Bienaventurados serán los que con mansedumbre sufrieren y llevaren las adversidades y tribulaciones; porque á mas del derecho que adquieren á mi gozo por haberme imitado, poseerán la tierra de las voluntades y corazones humanos, con la apacible conversacion y suavidad de la virtud. Bienaventurados los que sembrando con lágrimas lloraren* [2]*; porque en ellas recibirán el pan de entendimiento y vida, y cogerán despues el fruto de la alegría y gozo sempiterno.*

1276. *Benditos serán tambien los que tuvieren hambre y sed de la justicia y verdad; porque yo les merezco satisfacion y hartura que excederá á todos sus deseos, así en la gracia como en el premio de la gloria. Benditos serán los que se compadecieren con misericordia de aquellos que les ofenden y persiguen, como yo lo hago, perdonándolos y ofreciéndoles mi amistad y gracia, si la quieren admitir, que yo les prometo en nombre de mi Padre larga misericordia. Sean benditos los limpios de corazon, que me imitan y crucifican su carne para conservar la pureza del espíritu. Yo les prometo la vision de paz, y que lleguen á la de mi divinidad por mi semejanza y participacion. Benditos sean los pacíficos, que sin buscar su derecho no resisten á los males, y los reciben con corazon sencillo y quieto sin venganza; ellos serán llamados hijos mios, porque imitaron la condicion de su Padre celestial, y yo los concibo y escribo en mi memoria y en mi mente para adoptarlos por mios. Los que padecieren persecucion por la justicia, sean bienaventurados y herederos de mi reino celestial, porque padecieron conmigo; y donde yo estaré, quiero que estén eternamente conmigo* [3]. *Alegraos, pobres; recibid consolacion los que estais y estaréis tristes; celebrad vuestra dicha los pequeñuelos y despreciados del mundo; los que padeceis con humildad y sufrimiento, padeced con interior regocijo* [4]*; pues todos me seguís por las sendas de la verdad. Renunciad la vanidad, despreciad el fausto y arrogancia de la soberbia de Babilonia falsa y mentirosa; pasad por el fuego y las aguas de la tribulacion*

[1] Matth. v, à v. 3. — [2] Psalm. cxxv, 5. — [3] Joan. xii, 26.
[4] Psalm. lxv, 12.

hasta llegar á mí, que soy luz, verdad y vuestra guia para el eterno descanso y refrigerio.

1277. En estas obras tan divinas, y otras peticiones por los pecadores, estaba ocupado nuestro Salvador Jesús, mientras el concilio de los malignantes le rodeaba, y como rabiosos canes (segun dijo David [1]) le embestian y cargaban de afrentas, oprobrios, heridas y blasfemias. La Madre Vírgen, que á todo estaba atenta, le acompañaba en lo que hacia y padecia; porque en las peticiones hizo la misma oracion por los enemigos, y en las bendiciones que dió su Hijo santísimo á los justos y predestinados, se constituyó la divina Reina por su Madre, amparo y protectora, y en nombre de todos hizo cánticos de alabanza y agradecimiento; porque á los despreciados del mundo y pobres les dejaba el Señor tan alto lugar de su divina aceptacion y agrado. Por esta causa y las que conoció en estas obras interiores de Cristo nuestro Señor, hizo con incomparable fervor nueva eleccion de los trabajos y desprecios, tribulaciones y penas para lo restante de la pasion y de su vida santísima.

1278. Á nuestro Salvador Jesús habia seguido san Pedro desde la casa de Anás á la de Caifás, aunque algo de léjos, porque siempre le tenia acobardado el miedo de los judíos; mas vencíale en parte por el amor que á su Maestro tenia, y con el esfuerzo natural de su corazon. Y entre la multitud que entraba y salia en casa de Caifás, no fue dificultoso introducirse el Apóstol, abrigado tambien de la oscuridad de la noche. En las puertas del zaguan le miró otra criada, que era portera como la de la casa de Anás; y acercándose á los soldados que tambien allí estaban al fuego, les dijo [2]: *Este hombre es uno de los que acompañaban á* Jesús *Nazareno;* y uno de los circunstantes le dijo [3]: *Tú verdaderamente eres galileo, y uno de ellos.* Nególo san Pedro [4], afirmando con juramento que no era discípulo de Jesús; y con esto se desvió del fuego y conversacion. Pero aunque salió fuera del zaguan [5], no se fué, ni se pudo apartar hasta ver el fin del Salvador; porque le detenia el amor y compasion natural de los trabajos en que le dejaba. Andando el Apóstol rodeando y acechando por espacio ó tiempo de una hora en la misma casa de Caifás, le conoció un pariente de Malco, á quien él habia cortado la oreja, y le dijo [6]: *Tú eres galileo y discípulo de* Jesús, *y yo te ví con él en el huerto.* Entonces san Pedro cobró mayor miedo viéndose conocido, y comenzó á negar y maldecirse de que no co-

[1] Psalm. xxi, 17. — [2] Marc. xiv, 67, 71. — [3] Luc. xxii, 58. — [4] Matth. xxvi, 72. — [5] Marc. xiv, 68. — [6] Luc. xxii, 59; Joan. xviii, 26.

nocia aquel Hombre[1]. Luego cantó el gallo segunda vez, y se cumplió puntualmente la sentencia y prevencion que su divino Maestro habia hecho, de que le negaria aquella noche tres veces[2], antes que cantase el gallo dos.

1279. Anduvo el dragon infernal muy codicioso contra san Pedro para destruirle. Y el mismo Lucifer movió á las criadas de los pontífices primero, como mas livianas, y despues á los soldados, para que unos y otros afligiesen al Apóstol con su atencion y preguntas, y á él le turbó con grandes imaginaciones y crueldades, despues que le vió en el peligro, y mas cuando comenzaba á blandear. Con esta vehemente tentacion, la primera negacion fue simple, la segunda con juramento, y á la tercera añadió anatemas y execraciones contra sí mismo. Por este modo, de un pecado menor se viene á otro mayor, oyendo á la crueldad de nuestros enemigos. Pero san Pedro oyendo el canto del gallo se acordó del aviso de su divino Maestro[3]; porque su Majestad le miró con su liberal misericordia. Y para que le mirase intervino la piedad de la gran Reina del mundo; porque en el cenáculo, donde estuvo, conoció las negaciones, y el modo y causas con que el Apóstol las habia hecho, afligido del temor natural, y mucho mas de la crueldad de Lucifer. Postróse luego en tierra la divina Señora, y con lágrimas pidió por san Pedro, representando su fragilidad con los méritos de su Hijo santísimo. El mismo Señor despertó el corazon de Pedro, y le reprehendió benignamente, mediante la luz que le envió, para que conociese su culpa y la llorase. Al punto se salió el Apóstol de casa del Pontífice, rompiendo su corazon con íntimo dolor y lágrimas por su caida. Para llorarla con amargura se fué á una cueva, que ahora llaman del Gallicanto, donde lloró con confusion y dolor vivo. Y dentro de tres horas volvió á la gracia, y alcanzó perdon de sus delitos; aunque los impulsos y santas inspiraciones se habian continuado siempre. La purísima Madre y Reina del cielo envió uno de sus Ángeles que ocultamente le consolase y moviese con esperanza del perdon, porque con el desmayo de esta virtud no se le retardase. Fué el santo Ángel con órden de que no se le manifestase, por haber tan poco que el Apóstol habia cometido su pecado. Todo lo ejecutó el Ángel sin que san Pedro le viese, y quedó el gran penitente confortado y consolado con las inspiraciones del Ángel, y perdonado por intercesion de María santísima.

[1] Matth. XXVI, 72. — [2] Ibid. 34. — [3] Luc. XXII, 61.

Doctrina que me dió la gran Reina y Señora.

1280. Hija mia, el sacramento misterioso de los oprobrios, afrentas y desprecios que padeció mi Hijo santísimo, es un libro cerrado que solo se puede abrir y entender con la divina luz, como tú lo has conocido, y en parte se te ha manifestado, aunque escribes mucho menos de lo que entiendes, porque no lo puedes declarar todo. Pero como se te despliega y hace patente en el secreto de tu corazon, quiero que quede en él escrito, y que en la noticia de este ejemplar vivo y verdadero estudies la divina ciencia, que la carne ni la sangre no te pueden enseñar; porque ni la conoce el mundo, ni merece conocerla. Esta filosofía divina consiste en aprender y amar la felicísima suerte de los pobres, de los humildes, de los afligidos, despreciados, y no conocidos entre los hijos de la vanidad. Esta escuela estableció mi Hijo santísimo y amantísimo en su Iglesia, cuando en el monte predicó [1] y propuso á todos las ocho Bienaventuranzas. Y despues, como catedrático que ejecuta la doctrina que enseña, la puso en práctica, cuando en la pasion y oprobrios renovó los capítulos de esta ciencia que en sí mismo ejecutaba, como lo has escrito [2]. Pero con todo eso, aunque la tienen presente los católicos, y está pendiente ante ellos este libro de la vida, son muy pocos y contados los que entran en esta escuela y estudian en este libro, y infinitos los estultos y necios que ignoran esta ciencia, porque no se disponen para ser enseñados en ella.

1281. Todos aborrecen la pobreza, y están sedientos de las riquezas, sin que les desengañe su falacia. Infinitos son los que siguen á la ira y la venganza, y desprecian la mansedumbre. Pocos lloran sus miserias verdaderas, y trabajan muchos por la consolacion terrena; apenas hay quien ame la justicia, y quien no sea injusto y desleal con sus prójimos. La misericordia está extinguida, la limpieza de los corazones violada y escurecida, la paz estragada: nadie perdona, ni quiere padecer, no solo por la justicia; pero mereciendo de justicia padecer muchas penas y tormentos, huyen todos injustamente dellos. Con esto, carísima, hay pocos bienaventurados á quien les alcancen las bendiciones de mi Hijo santísimo y las mias. Muchas veces se te ha manifestado el enojo y justa indignacion del Altísimo contra los profesores de la fe; porque á vista de su ejemplar y Maestro de la vida, viven cási como infieles, y muchos son mas

[1] Matth. v, à v. 2. — [2] Supr. n. 1275.

aborrecibles; porque ellos son los que de verdad desprecian el fruto de la Redencion, que confiesan y conocen; y en la tierra de los Santos obran la maldad con impiedad [1], y se hacen indignos del remedio que con mayor misericordia se les puso en las manos.

1282. De tí, hija mia, quiero trabajes por llegar á ser bienaventurada, siguiéndome por imitacion perfecta, segun las fuerzas de la gracia que recibes, para entender esta doctrina escondida de los prudentes y sábios del mundo [2]. Cada dia te manifiesto nuevos secretos de mi sabiduría, para que tu corazon se encienda, y te alientes extendiendo tus manos á cosas fuertes [3]. Y ahora te añado un ejercicio que yo hice, que en parte puedas imitarme. Ya sabes que desde el primer instante de mi concepcion fuí llena de gracia, sin la mácula del pecado original y sin participar sus efectos: y por este singular privilegio fuí desde entonces bienaventurada en las virtudes, sin sentir repugnancia ni contradicion que vencer, ni hallarme deudora de qué pagar ni satisfacer por culpas propias mias. Con todo esto, la divina ciencia me enseñó que por ser hija de Adan en la naturaleza que habia pecado, aunque no en la culpa cometida, debia humillarme mas que el polvo. Y porque yo tenia sentidos de la misma especie de aquellos con que se habia cometido la inobediencia y sus malos efectos, que entonces y despues se sienten en la condicion humana, debia yo por solo este parentesco mortificarlos, humillarlos, y privarlos de la inclinacion que en la misma naturaleza tenian. Y procedia como un hija fidelísima de familias, que la deuda de su padre y de sus hermanos, aunque á ella no la alcanza, la tiene por propia, y procura pagarla, y satisfacer por ella con tanta mas diligencia, cuanto ama á su padre y hermanos, y ellos menos pueden pagarla y desempeñarse, y nunca descansa hasta conseguirlo. Esto mismo hacia yo con todo el linaje humano, cuyas miserias y delitos lloraba; y porque era hija de Adan mortificaba en mí los sentidos y potencias con que él pecó; y me humillaba como corrida y rea de su pecado y inobediencia, aunque no me tocaba, y lo mismo hacia por los demás que en la naturaleza son mis hermanos. No puedes tú imitarme en las condiciones dichas, porque eres participante de la culpa. Pero eso mismo te obliga á que me imites en lo demás que yo obraba sin ella, pues el tenerla, y la obligacion de satisfacer á la divina Justicia, te ha de compeler á trabajar sin cesar por tí y los prójimos, y á humillarte hasta el

[1] Isai. xxvi, 10. — [2] Marc. xi, 25.
[3] Prov. xxxi, 19.

polvo; porque el corazon contrito y humillado inclina á la divina piedad para usar de misericordia [1].

CAPÍTULO XVII.

Lo que padeció nuestro Salvador Jesús *despues de la negacion de san Pedro, hasta la mañana; y el dolor grande de su Madre santísima.*

Misterios que pasaron desde la negacion de san Pedro hasta la mañana, no los cuentan los Evangelistas.—Muchos quedarán ocultos hasta el dia del juicio.—Cuánto se deben aborrecer las culpas con el conocimiento de lo que le costaron á Dios.—Calabozo horrible en que encerraron á Cristo atado como lo habian traido.—Crueldades que ejecutaron con el Señor encarcelándole en este calabozo.—Desapiadado modo con que le ataron en postura que padeciese sin alivio.—Persuadió Lucifer al ministro que tenia la llave del calabozo, á que bajase con otros soldados á burlarse de Cristo.—Adoracion que hicieron los Ángeles en el calabozo á Cristo.—Himnos que le cantaron.—Pidiéronle licencia para desatarle y defenderle de la cuadrilla de ministros que se prevenia.—Respuestas de Cristo en que les declaró las causas de no querer admitir este alivio.—Recaudo que envió con ellos á su Madre.—Como iba sintiendo en sí María los dolores de los tormentos que padecia su Hijo.—Llanto de María por lo que iban á hacer con su Hijo los ministros.—Prevencion de María para impedir las acciones mas indecentes que Lucifer intentaba se hiciesen con Cristo.—Eminencia de las obras de María en esta ocasion.—Entrada de los ministros en el calabozo y oprobrios que dijeron y hicieron á Cristo.—Silencio y serenidad de el Señor.—Irritáronse mas con él, y por qué.—Oprobrios que hicieron con Cristo vendándole los ojos.—Intentaron por sugestion de Lucifer desnudarle del todo, para ver si le podian impacientar con acciones mas indecentes.—Medios con que estorbó María este sacrilegio.—Milagros con que fueron impedidos los sayones de su ejecucion.—Mandó María á los demonios que no incitasen á los ministros á aquellas acciones indecentes.—Efectos deste imperio.—Atribuyeron los ministros los milagros que en sí habian sentido, á que Cristo era hechicero.—Otros oprobrios que le hicieron.—Cometió Dios á María la defensa de la decencia de la honestidad de su Hijo.—Adoráronle de nuevo los Ángeles admirados de los juicios divinos.—Oracion que hizo Cristo al Padre despues de estos oprobrios.—Acompañóle María con las mismas peticiones.—Afectos de la Madre de Dios en este paso expresados por sus palabras.—Declárase la incomparable paciencia de María en la pasion.—Dió el Padre á su Unigénito la potestad de juzgar, para que en el Juez vean los réprobos la forma en que fueron redimidos.—Haráles Cristo cargo de los tormentos que padeció por rescatarlos.—Será la confusion de no tener que responder principio de la pena eterna.—Penas de Cristo y su Madre, porque no habian de lograr to-

[1] Psalm. L, 19.

dos el fruto de la redencion.—Admiten Cristo y su Madre con especial agrado á los que se afligen por la perdicion de tantas almas redimidas.—Exhortacion á pedir al Señor ofreciéndole lo que padeció.—Cómo se ha de imitar en este paso.

1283. Este paso dejaron en silencio los sagrados Evangelistas, sin haber declarado dónde y qué padeció el Autor de la vida despues de la negacion de san Pedro, y oprobrios que su Majestad recibió en casa de Caifás y en su presencia, hasta la mañana, cuando todos refieren la nueva consulta que hicieron para presentarle á Pilatos, como se verá en el capítulo siguiente. Yo dudaba en proseguir este paso, y manifestar lo que dél se me ha dado á entender: porque juntamente se me ha mostrado que no todo se conocerá en esta vida, ni conviene se diga á todos; porque el dia del juicio se harán patentes á los hombres este y otros sacramentos de la vida y pasion de nuestro Redentor. Y para lo que yo puedo manifestar, no hallo razones adecuadas á mi concepto, y menos al objeto que concibo; porque todo es inefable y sobre mi capacidad. Mas obedeciendo diré lo que alcanzo, para no ser reprehendida porque callé la verdad, que tanto confunde y condena nuestra vanidad y olvido. Yo confieso en presencia del cielo mi dureza, pues no muero de confusion y dolor por haber cometido culpas que costaron tanto al mismo Dios que me dió el ser y la vida que tengo. No podemos ya ignorar la fealdad y peso del pecado, pues hizo tal estrago en el mismo Autor de la gracia y de la gloria. Yo seré la mas ingrata de todos los nacidos, si desde hoy no aborreciere la culpa mas que á la muerte, y como al mismo demonio; y esta deuda intimo y amonesto á todos los católicos hijos de la Iglesia santa.

1284. Con los oprobrios que recibió Cristo nuestro bien en presencia de Caifás quedó la envidia del ambicioso Pontífice, y la ira de sus coligados y ministros, muy cansada aunque no saciada. Pero como ya era pasada la media noche, determinaron los del concilio, que mientras dormian quedase nuestro Salvador á buen recaudo, y seguro de que no huyese, hasta la mañana. Para esto le mandaron encerrar atado como estaba en un sótano que servia de calabozo para los mayores ladrones y facinorosos de la república. Era esta cárcel tan obscura que cási no tenia luz, y tan inmunda y de mal olor, que pudiera infestar la casa, si no estuviera tan tapada y cubierta, porque habia muchos años que no la habian limpiado ni purificado, así por estar muy profunda, como porque las veces que servia para encerrar tan malos hombres, no reparaban en

meterlos en aquel horrible calabozo, como á gente indigna de toda piedad, y bestias indómitas y fieras.

1285. Ejecutóse lo que mandó el concilio de maldad; y los ministros llevaron y encarcelaron al Criador del cielo y de la tierra en aquel inmundo y profundo calabozo. Y como siempre estaba aprisionado en la forma que vino del huerto, pudieron estos obradores de la iniquidad continuar á su salvo la indignacion que siempre el príncipe de las tinieblas les administraba; porque llevaron á su Majestad tirándole de las sogas, y cási arrastrándole con inhumano furor, y cargándole de golpes y blasfemias execrables. En un ángulo de lo profundo de este sótano salia del suelo un escollo ó punta de un peñasco tan duro, que por eso no le habian podido romper. En esta peña, que era como un pedazo de columna, ataron y amarraron á Cristo nuestro bien con los extremos de las sogas, pero con un modo desapiadado; porque dejándole en pié, le pusieron de manera que estuviese amarrado y juntamente inclinado el cuerpo, sin que pudiera estar sentado, ni tampoco levantado derecho el cuerpo para aliviarse; de manera que la postura vino á ser nuevo tormento y en extremo penoso. Con esta forma de prision le dejaron, y le cerraron las puertas con llave, entregándola á uno de aquellos pésimos ministros que cuidase de ella.

1286. Pero el dragon infernal en su antigua soberbia no sosegaba, y siempre deseaba saber quién era Cristo; y irritando su inmutable paciencia inventó otra nueva maldad, revistiéndose en aquel depravado ministro y en otros. Puso en la imaginacion del que tenia la llave del divino Preso, y del mayor tesoro que posee el cielo y la tierra, que convidase á otros de sus amigos de semejantes costumbres que él, para que todos juntos bajasen al calabozo donde estaba el Maestro de la vida á tener con él un rato de entretenimiento, obligándole á que hablase y profetizase, ó hiciese alguna cosa inaudita; porque tenian á su Majestad por mágico y adivino. Con esta diabólica sugestion convidó á otros soldados y ministros, y determinaron ejecutarlo. Pero en el ínterin que se juntaron, sucedió que la multitud de Ángeles que asistian al Redentor en su pasion, luego que le vieron amarrado en aquella postura tan dolorosa y en lugar tan indigno y inmundo, se postraron ante su acatamiento, adorándole por su Dios y Señor verdadero, y dieron á su Majestad tanto mas profunda reverencia y culto, cuanto era mas admirable en dejarse tratar con tales oprobrios por el amor que tenia á los mismos hombres. Cantáronle algunos himnos y cánticos de los que su Ma-

dre purísima habia hecho en alabanza suya, como arriba dije [1]. Y todos los espíritus celestiales le pidieron en nombre de la misma Señora, que pues no queria mostrar el poder de su diestra en aliviar su humanidad santísima, les diese á ellos licencia para que le desatasen y aliviasen de aquel tormento, y le defendiesen de aquella cuadrilla de ministros, que instigados del demonio se prevenian para ofenderle de nuevo.

1287. No admitió su Majestad este obsequio de los Ángeles, y les respondió diciendo: *Espíritus y ministros de mi eterno Padre, no es mi voluntad recibir ahora alivio en mi pasion, y quiero padecer estos oprobrios y tormentos, para satisfacer á la caridad ardiente con que amo á los hombres, y dejar á mis escogidos y amigos este ejemplo, para que me imiten, y en la tribulacion no desfallezcan; y para que todos estimen los tesoros de la gracia, que les merecí con abundancia por medio destas penas. Y quiero asimismo justificar mi causa, para que el dia de mi indignacion sea patente á los réprobos la justicia con que son condenados por haber despreciado mi acerbísima pasion, que recibí para buscarles el remedio. Á mi Madre diréis que se consuele en esta tribulacion, mientras llega el dia de la alegría y descanso, que me acompañe ahora en el obrar y padecer por los hombres; que de su afecto compasivo y de todo lo que hace recibo agrado y complacencia.* Con esta respuesta fueron los santos Ángeles á su gran Reina y Señora, y con la embajada sensible la consolaron, aunque por otra noticia no ignoraba la voluntad de su Hijo santísimo, y todo lo que sucedió en casa del pontífice Caifás. Y cuando conoció la nueva crueldad con que dejaron amarrado al Cordero del Señor, y la postura de su cuerpo santísimo tan penosa y dura, sintió la purísima Madre el mismo dolòr en su purísima persona: como tambien sintió el de los golpes, bofetadas y oprobrios que hicieron contra el Autor de la vida; porque todo resonaba como un milagroso eco en el virginal cuerpo de la candidísima paloma, y un mismo dolor y pena heria al Hijo y á la Madre, y un cuchillo los traspasaba; diferenciándose en que padecia Cristo como Hombre-Dios y Redentor único de los hombres, y María santísima como pura criatura, y coadjutora de su Hijo santísimo.

1288. Cuando conoció que su Majestad daba permiso para que entrase en la cárcel aquella vilísima canalla de ministros, incitados por el demonio, hizo la amorosa Madre amargo llanto por lo que habia de suceder. Y previniendo los intentos sacrílegos de Lucifer,

[1] Supr. n. 1277.

estuvo muy atenta para usar de la potestad de Reina, y no consentir se ejecutase contra la persona de Cristo nuestro bien accion alguna indecente, como la intentaba el dragon por medio de la crueldad de aquellos infelices hombres. Porque si bien todas eran indignas, y de suma irreverencia para la persona divina de nuestro Salvador; mas en algunas podia haber menos decencia, y estas las procuraba introducir el enemigo para provocar la indignacion del Señor, cuando con las demás que habia intentado no podia irritar su mansedumbre. Fueron tan raras y admirables, heróicas y extraordinarias las obras que hizo la gran Señora en esta ocasion y en todo el discurso de la pasion, que ni se pueden dignamente referir ni alabar, aunque se escribieran muchos libros de solo este argumeto; y es fuerza remitirlo á la vision de la Divinidad, porque en esta vida es inefable para decirlo.

1289. Entraron, pues, en el calabozo aquellos ministros del pecado, solemnizando con blasfemia la fiesta que se prometian con las ilusiones y escarnios que determinaban ejecutar contra el Señor de las criaturas. Y llegándose á él comenzaron á escupirle asquerosamente y darle de bofetadas con increible mofa y desacato. No respondió su Majestad ni abrió su boca; no alzó sus soberanos ojos, guardando siempre humilde serenidad en su semblante. Deseaban aquellos ministros sacrílegos obligarle á que hablase ó hiciese alguna accion ridícula ó extraordinaria, para tener mas ocasion de celebrarle por hechicero y burlarse dél; y como vieron aquella mansedumbre inmutable, se dejaron irritar mas de los demonios que asistian con ellos. Desataron al divino Maestro de la peña donde estaba amarrado, y le pusieron en medio del calabozo, vendándole los sagrados ojos con un paño; y puesto en medio de todos le herian con puñadas, pescozones y bofetadas, uno á uno, cada cual á porfía, con mayor escarnio y blasfemia, mandándole que adivinase y dijese quién era el que le daba. Este linaje de blasfemias repitieron los ministros en esta ocasion, mas que en presencia de Anás, cuando refieren san Mateo [1], san Marcos [2] y san Lucas [3] este caso, comprehendiendo tácitamente lo que sucedió despues.

1290. Callaba el Cordero mansísimo á esta lluvia de oprobrios y blasfemias. Y Lucifer, que estaba sediento de que hiciese algun movimiento contra la paciencia, se atormentaba de verla tan inmutable en Cristo nuestro Señor; y con infernal consejo puso en la imaginacion de aquellos sus esclavos y amigos, que le desnudasen

[1] Matth. XXVI, 67. — [2] Marc. XIV, 65. — [3] Luc. XXII, 64.

de todas sus vestiduras, y le tratasen con palabras y acciones fraguadas en el pecho de tan execrable demonio. No resistieron los soldados á esta sugestion, y quisieron ejecutarla. Este abominable sacrilegio estorbó la prudentísima Señora con oraciones, lágrimas y suspiros, y usando del imperio de Reina; porque pedia al eterno Padre no concurriese con aquellas causas segundas para tales obras; y á las mismas potencias de los ministros mandó no usasen de la virtud natural que tenian para obrar. Con este imperio sucedió que nada pudieron ejecutar aquellos sayones de cuanto el demonio y su malicia en esto les administraban; porque muchas cosas se les olvidaban luego; otras que deseaban no tenian fuerzas para ejecutarlas, porque quedaban como helados y pasmados los brazos hasta que retrataban su inícua determinacion. Y en mudándola, volvian á su natural estado; porque aquel milagro no era entonces para castigarlos, sino para solo impedir las acciones mas indecentes, y consentir las que menos lo eran, ó las de otra especie de irreverencia que el Señor queria permitir.

1291. Mandó tambien la poderosa Reina á los demonios que enmudeciesen y no incitasen á los ministros en aquellas maldades indecentes que Lucifer intentaba y queria preseguir. Con este imperio quedó el dragon quebrantado en cuanto á lo que se extendia la voluntad de María santísima, y no pudo irritar mas la indignacion estulta de aquellos depravados hombres, ni ellos pudieron hablar ni hacer cosa indecente, mas de en la materia que se les permitió. Pero con experimentar en sí mismos aquellos efectos tan admirables como desacostumbrados, no merecieron desengañarse ni conocer el poder divino, aunque unas veces se sentian como baldados, y otras libres y sanos, y todo de improviso, y lo atribuian á que el Maestro de la verdad y vida era hechicero y mágico. Y con este error diabólico perseveraron en hacer otros géneros de burlas injuriosas y tormentos á la persona de Cristo, hasta que conocieron corria ya muy adelante la noche; y entonces volvieron á amarrarle de nuevo al peñasco, y dejándole atado se salieron ellos y los demonios. Fue órden de la divina Sabiduría cometer á la virtud de María santísima la defensa de la honestidad y decencia de su Hijo purísimo en aquellas cosas que no convenia ser ofendida del consejo de Lucifer y sus ministros.

1292. Quedó solo otra vez nuestro Salvador en aquel calabozo, asistido de los espíritus angélicos, llenos de admiracion de las obras y secretos juicios de su Majestad en lo que habia querido padecer;

y por todo le dieron profundísima adoracion, y le alabaron magnificando y exaltando su santo nombre. Y el Redentor del mundo hizo una larga oracion á su eterno Padre, pidiendo por los hijos futuros de su Iglesia evangélica y dilatacion de la fe, y por los Apóstoles, especialmente por san Pedro, que estaba llorando su pecado. Pidió tambien por los que le habian injuriado y escarnecido; y sobre todo convirtió su peticion para su Madre santísima, y por los que á su imitacion fuesen afligidos y despreciados del mundo, y por todos estos fines ofreció su pasion y muerte que esperaba. Al mismo tiempo le acompañó la dolorosa Madre con otra larga oracion, y con las mismas peticiones por los hijos de la Iglesia y por sus enemigos, y sin turbarse ni recibir indignacion ni aborrecimiento contra ellos. Solo contra el demonio le tuvo, como incapaz de la gracia por su irreparable obstinacion. Y con llanto doloroso habló con el Señor, y le dijo:

1293. *Amor y bien de mi alma, Hijo y Señor mio, digno sois de que todas las criaturas os reverencien, honren y alaben, que todo os lo deben, porque sois imágen del eterno Padre y figura de su sustancia* [1], *infinito en vuestro ser y perfecciones; sois principio y fin de toda santidad* [2]. *Si ellas sirven á vuestra voluntad con rendimiento, ¿cómo ahora, Señor y Bien eterno, desprecian, vituperan, afrentan y atormentan vuestra persona digna de supremo culto y adoracion? ¿Cómo se ha levantado tanto la malicia de los hombres? ¿cómo se ha desmandado la soberbia hasta poner su boca en el cielo? ¿cómo ha sido tan poderosa la envidia? Vos sois el único y claro Sol de justicia que alumbra y destierra las tinieblas del pecado* [3]. *Sois la fuente de la gracia, que á ninguno se niega si la quiere. Sois el que por liberal amor dais el ser y movimiento á los que le tienen en la vida* [4] *y conservacion á las criaturas, y todo pende y necesita de Vos, sin que nada hayais menester. Pues ¿qué han visto en vuestras obras? ¿Qué han hallado en vuestra persona, para que así la maltraten y vituperen? ¡Oh fealdad atrocísima del pecado, que así has podido desfigurar la hermosura del cielo y escurecer los claros soles de su venerable rostro! ¡Oh cruenta fiera que tan sin humanidad tratas al mismo Reparador de tus daños! Mas ya, Hijo y Dueño mio, conozco que sois Vos el Artífice del verdadero amor, el Autor de la salud humana, el Maestro y Señor de las virtudes* [5], *que en Vos mismo poneis en práctica la doctrina que enseñais á los humildes discípulos de vuestra escuela. Humillais la sober-*

1 Hebr. I, 3. — 2 Apoc. I, 8. — 3 Joan. I, 9. — 4 Act. XVII, 28.
5 Psalm. XXIII, 10.

bia, confundís la arrogancia, y para todos sois ejemplo de salud eterna. Y si quereis que todos imiten vuestra inefable caridad y paciencia, á mí me toca la primera, que administré la materia y os vestí de carne pasible en que sois herido, escupido y abofeteado. ¡Oh si yo sola padeciera tantas penas, y Vos, inocentísimo Hijo mio, estuviérais sin ellas! Y si esto no es posible, padezca yo con Vos hasta la muerte. Y vosotros, espíritus soberanos, que admirados de la paciencia de mi Amado conoceis su deidad incomutable, y la inocencia y dignidad de su verdadera humanidad, recompensad las injurias y blasfemias que recibe de los hombres. Dadle magnificencia y gloria, sabiduría, honor, virtud y fortaleza[1]*. Convidad á los cielos, planetas, estrellas y elementos para que todos le conozcan y confiesen; y ved si por ventura hay otro dolor que se iguale al mio*[2]. Estas razones tan dolorosas, y otras semejantes decia la purísima Señora, con que descansaba algun tanto en la amargura de su pena y dolor.

1294. Fue incomparable la paciencia de la divina Princesa en la muerte y pasion de su amantísimo Hijo y Señor; porque jamás le pareció mucho lo que padecia, ni la balanza de los trabajos igualaba á la de su afecto, que media con el amor y con la dignidad de su Hijo santísimo y sus tormentos: ni en todas las injurias y desacatos que se hacian contra el mismo Señor, se hizo parte para sentirlos por sí misma; ni los reputó por propios, aunque todos los conoció y lloró en cuanto eran contra la divina Persona y en daño de los agresores: y por todos oró y rogó, para que el muy alto los perdonase y apartase de pecado y de todo mal, y los ilustrase con su divina luz para conseguir el fruto de la redencion.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

1295. Hija mia, escrito está en el Evangelio[3], que el Padre eterno dió á su Unigénito y mio la potestad para juzgar y condenar á los réprobos el último dia del juicio universal. Y esto fue muy conveniente, no solo para que entonces vean todos los juzgados y reos al Juez supremo[4], que conforme á la voluntad y rectitud divina los condenará; sino tambien para que vean y conozcan aquella misma forma de su humanidad santísima en que fueron redimidos, y se les manifiesten en ella los tormentos y oprobrios que padeció para rescatarlos de la eterna condenacion; y el mismo Señor y Juez que los ha de juzgar les hará este cargo. Al cual así co-

1 Apoc. v, 12. — 2 Thren. I, 12. — 3 Joan. v, 27. — 4 Apoc. I, 7.

mo no podrán responder ni satisfacer, así será esta confusion el principio de la pena eterna que merecieron con su ingratitud obstinada; porque entonces se hará notoria y patente la grandeza de la misericordia piadosísima con que fueron redimidos y la razon de justicia con que son condenados. Grande fue el dolor, acerbísimas las penas y amarguras que padeció mi Hijo santísimo, porque no habian de lograr todos el fruto de la redencion; y esto traspasó mi corazon al tiempo que le atormentaban, y juntamente el verle escupido, abofeteado, blasfemado y afligido con tan impíos tormentos, que no se pueden conocer en la vida presente y mortal. Yo lo conocí digna y claramente, y á la medida de esta ciencia fue mi dolor, como lo era el amor y reverencia de la persona de Cristo, mi Señor y mi Hijo. Pero despues de estas penas fueron las mayores, por conocer que con haber padecido su Majestad tal muerte y pasion por los hombres, se habian de condenar tantos á vista de aquel infinito valor.

1296. En este dolor tambien quiero que me acompañes y me imites, y te lastimes de esta lamentable desdicha; que entre los mortales no hay otra digna de ser llorada con llanto lastimoso, ni dolor que se compare á este. Pocos hay en el mundo que adviertan en esta verdad con la ponderacion que se debe. Pero mi Hijo y yo admitimos con especial agrado á los que nos imitan en este dolor y se afligen por la perdicion de tantas almas. Procura tú, carísima, señalarte en este ejercicio y pide, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo. Mas has de saber sus promesas, que al que pidiere le darán [1], y á quien llamare le abrirán la puerta de sus tesoros infinitos. Y para que tengas que ofrecerle, escribe en tu memoria lo que padeció mi Hijo santísimo y tu Esposo por mano de aquellos ministros viles y depravados hombres, y la invencible paciencia, mansedumbre y silencio con que se sujetó á su inícua voluntad. Y con este dechado, desde hoy trabaja para que en tí no reine la irascible, ni otra pasion de hija de Adan, y se engendre en tu pecho un aborrecimiento eficaz del pecado de la soberbia, de despreciar y ofender al prójimo. Pide y solicita con el Señor la paciencia, mansedumbre, apacibilidad y amor á los trabajos y cruz del Señor. Abrázate con ella, tómala con piadoso afecto y sigue á Cristo tu esposo [2], para que le alcances.

[1] Luc. XI, 9. — [2] Matth. XVI, 14.

CAPÍTULO XVIII.

Júntase el concilio viernes por la mañana, para sustanciar la causa contra nuestro Salvador Jesús; *remítenle á Pilatos; y sale al encuentro María santísima con san Juan Evangelista y las tres Marías.*

Concilio de los judíos en casa de Caifás para condenar á Cristo.—Palabras de escarnio que dijeron los ministros á Cristo sacándole del calabozo.—Forma lastimosa en que le sacaron al concilio.—Pregunta que le hicieron de nuevo.—Admirable sabiduría con que el Señor templó la respuesta.—Juzgaron los del concilio la respuesta de Cristo por blasfemia digna de muerte.—Decretaron como á digno de muerte presentarlo á Pilatos.—Por qué no podian entonces los judíos condenar á muerte.—Holgáronse de que la muerte de Cristo fuese por sentencia de Pilatos, y por qué.—Llevan á Jesús de casa de Caifás á la de Pilatos atado con las prisiones que le pusieron en el huerto.—Concurso de gentes á verle llevar.—Diversas opiniones de el vulgo acerca de su persona.—Diversos juicios que hacia acerca de ella Lucifer por lo que en el Señor veia.—Determina María salir á acompañar á su Hijo hasta la cruz.—Llega san Juan á darla cuenta de lo que pasaba.—Confesóla por Madre de Dios, y la pidió perdon de su fuga.—Palabras que dijo san Juan á la Vírgen para prevenirla el dolor de la vista de su Hijo.—Dolor de las santas mujeres que salian en compañía de la Vírgen.—Palabras de aliento que la Madre de Dios las dijo.—Compañía con que salió por las calles de Jerusalen.—Diversos pareceres que oia por las calles la Madre de Dios acerca de su Hijo.—Admirable constancia y caridad con que obraba María en medio de tanta turbacion de los hombres.—Palabras, unas de compasion, otras de impiedad, que oia la Vírgen de sí.—Como ejercitó en unas y otras la caridad.—Encuentro de María á su Hijo.—Adoracion que le hizo postrada.—Ternura y dolor con que se miraron y hablaron interiormente Hijo y Madre.—Palabras que decia María en el interior á su Hijo.—Cuán fijamente quedó estampada en María la imágen de su Hijo en la forma que en esta ocasion le vió.—Presentacion que hicieron los judíos de Cristo á Poncio Pilatos.—Primer exámen que hizo Pilatos de la causa de Cristo.—Estaba María presente á este juicio.—Como era espejo de su Hijo en las operaciones del alma y dolores del cuerpo.—Pidió al Padre le concediese no perder á su Hijo de vista hasta la muerte.—Oracion que hizo porque Pilatos tuviese claro conocimiento de la inocencia de Cristo.—Instancias de los judíos á Pilatos para que condenase á muerte á Cristo.—Exámen que hizo Pilatos al Señor aparte acerca de su reino.—Declaracion que hizo Pilatos de la inocencia de Cristo.—Eleccion que hicieron los judíos de Barrabás.—Turbacion de Pilatos entre el temor de desgraciar la malicia y el remorso de condenar la inocencia.—Qué tal fue la luz con que conoció la inocencia de Cristo.—Declárase cuán mal juez fue.—Cuánto mayor fue el delito de los judíos que el de Pilatos.—Fin por que permitió el Señor que acusasen á Jesús de llamarse Cristo.—Significacion de la voz de Cristo de Jesús.—Ceguedad de los judíos acerca del reino de Cristo.—El

mar de tribulaciones y dolores, no solo no turbó á María, sino que fue fomento de su caridad. — Oracion de la discípula por la compasion y imitacion de Cristo y su Madre en la pasion.—Cómo se admira la ignorancia de que Cristo acusado como reo no demostrara su inocencia, y convenciera la malicia de los judíos.—Cómo se ha de regular esta admiracion.—Enseñanza que contienen estas obras de Cristo.—Cuánta necesidad tienen los hombres de ella por la soberbia y estimacion propia que tienen.—Como quebrantó y enseñó á vencer estos vicios Cristo con la paciencia y silencio que tuvo en su pasion.

1297. El viernes por la mañana en amaneciendo, dicen los Evangelistas [1], se juntaron los mas ancianos del gobierno con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que por la doctrina de la ley eran mas respetados del pueblo, para que de comun acuerdo se sustanciara la causa de Cristo, y fuera condenado á muerte como todos deseaban, dándole algun color de justicia para cumplir con el pueblo. Este concilio se hizo en casa del pontífice Caifás, donde su Majestad estaba preso. Y para examinarle de nuevo mandaron que le subiesen del calabozo á la sala del concilio. Bajaron luego á traerle atado y preso aquellos ministros de justicia, y llegando á soltarle de aquel peñasco que queda dicho [2], le dijeron con gran risa y escarnio: Ea, JESÚS Nazareno, y qué poco te han valido tus milagros para defenderte. No fueran buenas ahora para escaparte aquellas artes con que decias que en tres dias edificarias el templo. Mas aquí pagarás ahora tus vanidades, y se humillarán tus altos pensamientos. Ven, ven, que te aguardan los príncipes de los sacerdotes y escribas para dar fin á tus embustes y entregarte á Pilatos, que acabe de una vez contigo. Desataron al Señor, y subiéronle al concilio, sin que su Majestad desplegase su boca. Pero de los tormentos, bofetadas y salivas de que, como estaba atadas las manos, no se habia podido limpiar, estaba tan desfigurado y flaco, que causó espanto, pero no compasion, á los del concilio. Tal era la ira que contra el Señor habian contraido y concebido.

1298. Preguntáronle de nuevo que les dijese si él era Cristo [3], que quiere decir el ungido. Esta segunda pregunta fue con intencion maliciosa, como las demás, no para oir la verdad y admitirla, sino para calumniarla y ponérsela por acusacion. Pero el Señor, que así queria morir por la verdad, no quiso negarla, ni tampoco confesarla de manera, que la despreciasen, y tomase la calumnia algun color aparente; porque aun este no podia caber en su inocen-

[1] Matth. XXVII, 1; Marc. XV, 1; Luc. XXII, 66; Joan. XI, 47.
[2] Supr. n. 1285. — [3] Luc. XXII, 66.

cia y sabiduría. Y así templó la respuesta de tal suerte, que si tuvieran los fariseos alguna piedad, tuvieran tambien ocasion de inquirir con buen celo el sacramento escondido en sus razones; y si no la tenian, se entendiese que la culpa estaba en su mala intencion y no en la respuesta del Salvador. Respondióles, y dijo [1]: *Si yo afirmo que soy el que me preguntais, no daréis crédito á lo que dijere; y si os preguntare algo, tampoco me responderéis ni me soltaréis. Pero digo que el Hijo del Hombre, despues de esto, se asentará á la diestra de la virtud de Dios*. Replicaron los pontífices: *¿Luego tú eres Hijo de Dios?* Respondió el Señor: *Vosotros decís que yo soy*. Y fue lo mismo que decirles: Muy legítima es la consecuencia que habeis hecho, que yo soy Hijo de Dios; porque mis obras y doctrina, y vuestras Escrituras, y todo lo que ahora haceis conmigo, testifican que yo soy Cristo, el prometido en la ley.

1299. Pero como aquel concilio de malignantes no estaba dispuesto para dar asiento á la verdad divina, aunque ellos mismos la colegian por buenas consecuencias y la podian creer, ni la entendieron ni le dieron crédito, antes la juzgaron por blasfemia digna de muerte. Y viendo que se ratificaba el Señor en lo que antes habia confesado, respondieron todos [2]: *¿Qué necesidad tenemos de mas testigos, pues él mismo nos lo confiesa por su boca?* Y luego de comun acuerdo decretaron, que como digno de muerte fuese llevado y presentado á Poncio Pilatos, que gobernaba la provincia de Judea en nombre del Emperador romano, como señor de Palestina en lo temporal. Y segun las leyes del imperio romano, las causas de sangre ó de muerte estaban reservadas al Senado ó Emperador, ó á sus ministros que gobernaban las provincias remotas: y no se las dejaban á los mismos naturales; porque negocios tan graves, como quitar la vida, querian que se mirase con mayor atencion, y que ningun reo fuese condenado sin ser oido, y darle tiempo y lugar para su defensa y descargo; porque en este órden de justicia se ajustaban los romanos mas que otras naciones á la ley natural de la razon. Y en la causa de Cristo nuestro bien se holgaron los pontífices y escribas de que la muerte que deseaban darle fuese por sentencia de Pilatos, que era gentil, para cumplir con el pueblo con decir que el Gobernador romano le habia condenado, y que no lo hiciera, si no fuera digno de muerte. Tanto como esto les escurecia el pecado y la hipocresía, como si ellos no fueran los autores de toda la maldad, y mas sacrílegos que el juez de los gentiles: y así or-

[1] Luc. XXII, 67, 68, 69, 70. — [2] Ibid. 71.

denó el Señor que se manifestase á todos con lo mismo que hicieron con Pilatos, como luego verémos.

1300. Llevaron los ministros á nuestro Salvador JESÚS de casa de Caifás á la de Pilatos, para presentársele atado, como digno de muerte, con las cadenas y sogas que le prendieron. Estaba la ciudad de Jerusalen llena de gente de toda Palestina, que habia concurrido á celebrar la gran Pascua del cordero y de los Ázimos; y con el rumor que ya corria en el pueblo, y la noticia que todos tenian del Maestro de la vida, concurrió innumerable multitud á verle llevar preso por las calles, dividiéndose todo el vulgo en varias opiniones. Unos á grandes voces decian: Muera, muera este mal hombre y embustero que tiene engañado al mundo. Otros respondian, no parecian sus doctrinas tan malas ni sus obras, porque hacia muchas buenas á todos. Otros, de los que habian creido, se afligian y lloraban; y toda la ciudad estaba confusa y alterada. Estaba Lucifer muy atento y sus demonios tambien á cuanto pasaba; y con insaciable furor, viéndose ocultamente vencido y atormentado de la invencible paciencia y mansedumbre de Cristo nuestro Señor, desatinábale su misma soberbia y indignacion, sospechando que aquellas virtudes que tanto le atormentaban no podian ser de puro hombre. Por otra parte, presumia que dejarse maltratar y despreciar con tanto extremo, y padecer tanta flaqueza y como desmayo en el cuerpo, no podia ajustarse con Dios verdadero; porque si lo fuera (decia el dragon), la virtud divina y su naturaleza comunicada á la humana le influyera grandes efectos para que no desfalleciera, ni consintiera lo que en ella se hace. Esto decia Lucifer, como quien ignoraba el divino secreto de haber suspendido Cristo nuestro Señor los efectos que pudieran redundar de la divinidad en la naturaleza humana, para que el padecer fuese en sumo grado, como queda dicho arriba [1]. Con estos recelos se enfurecia mas el soberbio dragon en perseguir al Señor, para probar quién era el que así sufria los tormentos.

1301. Era ya salido el sol cuando esto sucedia; y la dolorosa Madre, que todo lo miraba, determinó salir de su retiro para seguir á su Hijo santísimo á casa de Pilatos y acompañarle hasta la cruz. Y cuando la gran Reina y Señora salia del cenáculo, llegó san Juan á darla cuenta de todo lo que pasaba; porque ignoraba entonces el amado discípulo la ciencia y vision que María santísima tenia de todas las obras y sucesos de su amantísimo Hijo. Y des-

[1] Supr. n. 1209.

pues de la negacion de san Pedro, se habia retirado san Juan, atalayando mas de léjos lo que pasaba. Reconociendo tambien la culpa de haber huido en el huerto, y llegando á la presencia de la Reina, la confesó por Madre de Dios con lágrimas, y la pidió perdon; y luego la dió cuenta de todo lo que pasaba en su corazon, habia hecho y visto siguiendo á su divino Maestro. Parecióle á san Juan era bien prevenir á la afligida Madre, para que llegando á la vista de su Hijo santísimo no se hallase tan lastimada con el nuevo espectáculo. Y para representársele desde luego, la dijo estas palabras: *¡Oh Señora mia, qué afligido queda nuestro divino Maestro! No es posible mirarle sin romper el corazon de quien le viere; porque de las bofetadas, golpes y salivas está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado, que apenas le conoceréis por la vista.* Oyó la prudentísima Madre esta relacion con tanta espera, como si estuviera ignorante del suceso; pero estaba toda convertida en llanto y transformada en amargura y dolor. Oyéronlo tambien las mujeres santas que salian en compañía de la gran Señora, y todas quedaron traspasados los corazones del mismo dolor y asombro que recibieron. Mandó la Reina del cielo á el apóstol Juan que fuese acompañándola con las devotas mujeres, y hablando con todas las dijo: *Apresuremos el paso, para que vean mis ojos al Hijo del eterno Padre, que tomó la forma de hombre en mis entrañas; y veréis, carísimas, lo que con mi Señor y Dios pudo el amor que tiene á los hombres, lo que le cuesta redimirlos del pecado y de la muerte, y abrirles las puertas del cielo.*

1302. Salió la Reina del cielo por las calles de Jerusalen acompañada de san Juan y otras mujeres santas, aunque no todas le asistieron siempre, fuera de las tres Marías y algunas otras muy piadosas, y los Ángeles de su guarda, á los cuales pidió que obrasen de manera, que el tropel de la gente no la impidiese para llegar donde estaba su Hijo santísimo. Obedeciéronla los santos Ángeles, y la fueron guardando. Por las calles donde pasaba oia varias razones y sentires de tan lastimoso caso, que unos á otros se decian, contando la novedad que habia sucedido á Jesús Nazareno. Los mas piadosos se lamentaban, y estos eran los menos: otros decian como le querian crucificar: otros contaban dónde iba, y que le llevaban preso como á hombre facinoroso: otros que iba maltratado: otros preguntaban ¿qué maldades habia cometido, que tan cruel castigo le daban? Y finalmente muchos con admiracion ó con poca fe decian: ¿En esto han venido á parar sus milagros? Sin duda que todos eran embustes, pues no se ha sabido defender ni librar. Y todas las

calles y plazas estaban llenas de corrillos y murmuraciones. Pero en medio de tanta turbacion de los hombres estaba la invencible Reina (aunque llena de incomparable amargura) constante y sin turbarse, pidiendo por los incrédulos y malhechores, como si no tuviera otro cuidado mas de solicitarles la gracia y el perdon de sus pecados; y los amaba con tan íntima caridad, como si recibiera de ellos grandes favores y beneficios. No se indignó ni airó contra aquellos sacrílegos ministros de la pasion y muerte de su amantísimo Hijo, ni tuvo señal de enojo. Á todos miraba con caridad y les hacia bien.

1303. Algunos de los que la encontraban por las calles la conocian por Madre de Jesús Nazareno, y movidos de natural compasion la decian: ¡Oh triste Madre! ¿Qué desdicha te ha sucedido? ¡Qué lastimado y herido de dolor estará tu corazon! Otros con impiedad la decian: ¿Por qué le consentias que intentase tantas novedades en el pueblo? Mejor fuera haberle recogido y detenido; pero será escarmiento para otras madres, que aprendan en tu desdicha cómo han de enseñar á sus hijos. Estas razones y otras mas terribles oia la candidísima paloma, y á todas daba en su ardiente caridad el lugar que convenia, admitiendo la compasion de los piadosos, y sufriendo la impiedad de los incrédulos, no maravillándose de los ingratos y ignorantes, y rogando respectivamente al muy alto por los unos y los otros.

1304. Entre esta variedad y confusion de gentes encaminaron los santos Ángeles á la Emperatriz del cielo á la vuelta de una calle, donde encontró á su Hijo santísimo, y con profunda reverencia se postró ante su Real persona, y le adoró con la mas alta y fervorosa veneracion que jamás le dieron ni le darán todas las criaturas. Levantóse luego, y con incomparable ternura se miraron Hijo y Madre: habláronse con los interiores traspasados de inefable dolor. Retiróse luego un poco atrás la prudentísima Señora, y fué siguiendo á Cristo nuestro Señor, hablando con su Majestad en su secreto y tambien con el eterno Padre tales razones, que no caben en lengua mortal y corruptible. Decia la afligida Madre: *Dios altísimo, hijo mio, conozco el amoroso fuego de vuestra caridad con los hombres, que os obliga á ocultar el infinito poder de vuestra divinidad en la carne y forma pasible* [1] *que de mis entrañas habeis recibido. Confieso vuestra sabiduría incomprehensible en admitir tales afrentas y tormentos, y en entregaros á Vos mismo, que sois el Señor de todo lo*

[1] Philip. II, 7.

criado, para rescate del hombre, que es siervo, polvo y ceniza [1]. *Digno sois de que todas las criaturas os alaben, bendigan, confiesen y engrandezcan vuestra bondad inmensa; pero yo, que soy vuestra Madre, ¿cómo dejaré de querer que sola en mí se ejecutaran vuestros oprobrios, y no en vuestra divina persona, que sois hermosura de los Ángeles y resplandor de la gloria de vuestro Padre eterno? ¿Cómo no desearé vuestros alivios en tales penas? ¿Cómo sufrirá mi corazon veros tan afligido, y afeado vuestro hermosísimo rostro, y que solo con el Criador y Redentor falte la compasion y la piedad en tan amarga pasion? Pero si no es posible que yo os alivie como Madre, recibid mi dolor y sacrificio de no hacerlo, como Hijo y Dios santo y verdadero.*

1305. Quedó en el interior de nuestra Reina del cielo tan fija y estampada la imágen de su Hijo santísimo, así lastimado, afeado, encadenado y preso, que jamás en lo que vivió se le borraron de la imaginacion aquellas especies, mas que si las estuviera mirando. Llegó Cristo nuestro bien á la casa de Pilatos, siguiéndole muchos del concilio de los judíos, y gente innumerable de todo el pueblo. Y presentándole al juez, se quedaron los judíos fuera del pretorio [2] ó tribunal, fingiéndose muy religiosos, por no quedar irregulares y inmundos para celebrar la Pascua de los panes ceremoniales; para la cual habian de estar muy limpios de las inmundicias cometidas contra la ley. Y como hipócritas estultísimos no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas, homicidas del Inocente. Pilatos, aunque era gentil, condescendió con la ceremonia de los judíos; y viendo que reparaban en entrar en su pretorio, salió fuera. Y conforme al estilo de los romanos, les preguntó [3]: *¿Qué acusacion es la que teneis contra este hombre?* Respondieron los judíos: *Si no fuera malhechor, no te le trajéramos así atado y preso como te le entregamos*. Y fue decir: Nosotros tenemos averiguadas sus maldades, y somos tan atentos á la justicia y á nuestras obligaciones, que á menos de ser muy facinoroso, no procediéramos contra él. Con todo eso les replicó Pilatos: Pues ¿qué delitos son los que ha cometido? Está convencido, respondieron los judíos, que inquieta á la república, y se quiere hacer nuestro rey, y prohibe que se le paguen al César los tributos [4]: se hace Hijo de Dios, y ha predicado nueva doctrina, comenzando de Galilea y prosiguiendo por toda Judea hasta Jerusalen [5]. Pues tomadle allá vosotros, dijo Pilatos, y juzgadle conforme á vuestras leyes; que yo no hallo causa justa pa-

[1] Genes. III, 19. — [2] Joan. XVIII, 28. — [3] Ibid. 29, 30.
[4] Luc. XXIII, 2. — [5] Ibid. 5.

ra juzgarle. Replicaron los judíos: Á nosotros no se nos permite condenar á alguno con pena de muerte, ni tampoco dársela [1].

1306. Á todas estas y otras demandas y respuestas estaba presente María santísima con san Juan y las mujeres que la seguian; porque los santos Ángeles la acercaron á donde todo lo pudiese ver y oir. Y cubierta con su manto lloraba sangre en vez de lágrimas con la fuerza del dolor que dividia su virginal corazon. Y en los actos de las virtudes era un espejo clarísimo en que se retrataba la alma santísima de su Hijo, y los dolores y penas se retrataban en el sentimiento del cuerpo. Pidió al Padre eterno le concediese no perder á su Hijo de vista, cuanto fuese posible, por el órden comun, hasta la muerte; y así lo consiguió mientras el Señor no estuvo preso. Y considerando la prudentísima Señora que convenia se conociese la inocencia de nuestro Salvador Jesús entre las falsas acusaciones y calumnias de los judíos, y que le condenaban á muerte sin culpa, pidió con fervorosa oracion que no fuese engañado el juez, y que tuviese verdadera luz de que Cristo era entregado á él por envidia de los sacerdotes y escribas. En virtud de esta oracion de María santísima tuvo Pilatos claro conocimiento de la verdad, y alcanzó que Cristo era inculpable, y que le habian entregado por envidia, como dice san Mateo [2]: y por esta razon el mismo Señor se declaró mas con él, aunque no cooperó Pilatos á la verdad que conoció; y así no fue de provecho para él, sino para nosotros, y para convencer la perfidia de los pontífices y fariseos.

1307. Deseaba la indignacion de los judíos hallar á Pilatos muy propicio, para que luego pronunciara la sentencia de muerte contra el Salvador Jesús; y como reconocieron que reparaba tanto en ello, comenzaron á levantar las voces con ferocidad, acusándole y repitiendo que se queria alzar con el reino de Judea, y para esto engañaba y conmovia los pueblos [3], y se llamaba Cristo, que quiere decir ungido Rey. Esta maliciosa acusacion propusieron á Pilatos [4], porque se moviese mas con el celo del reino temporal, que debia conservar debajo del imperio romano. Y porque entre los judíos eran los reyes ungidos, por eso añadieron que Jesús se llamaba Cristo, que es ungido como rey; y porque Pilatos, como gentil, cuyos reyes no se ungian, entendiese que llamarse Cristo era lo mismo que llamarse rey ungido de los judíos. Preguntóle Pilatos al Señor [5]: ¿Qué respondes á estas acusaciones que te oponen? No

1 Joan. XVIII, 31. — 2 Matth. XXVII, 18. — 3 Luc. XXIII, 5.
4 Ibid. 2. — 5 Marc. XV, 4, 5.

respondió su Majestad palabra en presencia de los acusadores; y se admiró Pilatos de ver tal silencio y paciencia. Pero deseando examinar mas si era verdaderamente rey, se retiró el mismo juez con el Señor adentro del pretorio, desviándose de la vocería de los judíos. Y allí á solas le preguntó Pilatos [1]: Díme, ¿eres tú Rey de los judíos? No pudo pensar Pilatos que Cristo era rey de hecho; pues conocia que no reinaba, y así lo preguntaba para saber si era rey de derecho y si le tenia al reino. Respondióle nuestro Salvador [2]: *Esto que me preguntas ¿ha salido de tí mismo, ó te lo ha dicho alguno hablándote de mí?* Replicó Pilatos: ¿Yo acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te han entregado á mi tribunal: díme lo que has hecho y qué hay en esto. Entonces respondió el Señor: *Mi reino no es de este mundo; porque si lo fuera, cierto es que mis vasallos me defendieran, para que no fuera entregado á los judíos; mas ahora no tengo aquí mi reino.* Creyó el juez en parte esta respuesta del Señor, y así le replicó: ¿Luego tú rey eres, pues tienes reino? No lo negó Cristo, y añadió, diciendo [3]: *Tú dices que yo soy rey; y para dar testimonio de la verdad nací yo en el mundo; y todos los que son nacidos de la verdad oyen mis palabras.* Admiróse Pilatos de esta respuesta del Señor, y volvióle á preguntar [4]: ¿Qué cosa es la verdad? Y sin aguardar mas respuesta salió otra vez del pretorio, y dijo á los judíos: Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabeis que teneis costumbre de que por la fiesta de la Pascua dais libertad á un preso [5]; decidme, si gustais que sea Jesús, ó Barrabás; que era un ladron y homicida, que á la sazon tenian en la cárcel, por haber muerto á otro en una pendencia. Levantaron todos la voz, y dijeron: Á Barrabás pedimos que sueltes, y á Jesús que crucifiques [6]. En esta peticion se ratificaron, hasta que se ejecutó como lo pedian.

1308. Quedó Pilatos muy turbado con las respuestas de nuestro Salvador Jesús y obstinacion de los judíos; porque por una parte deseaba no desgraciarse con ellos, y esto era dificultoso, viéndolos tan embarazados en la muerte del Señor, si no consentia con ellos; por otra parte conocia claramente que le perseguian por envidia mortal que le tenian [7], y que las acusaciones de que turbaba al pueblo eran falsas y ridículas. Y en lo que le imputaban de que pretendia ser rey, habia quedado satisfecho con la respuesta del mismo Cristo, y verle tan pobre, tan humilde y sufrido á las calum-

[1] Joan. XVIII, 33. — [2] Ibid. 34, 35, 36. — [3] Ibid. 37. — [4] Ibid. 38.
[5] Ibid. 39. — [6] Ibid. 40. — [7] Matth. XVII, 18.

nias que le oponian. Y con la luz y auxilios que recibió, conoció la verdadera inocencia del Señor, aunque esto fue por mayor, ignorando siempre el misterio y la dignidad de la persona divina. Y aunque la fuerza de sus vivas palabras movió á Pilatos para hacer concepto grande de Cristo, y pensar que en él se encerraba algun particular secreto, y por esto deseaba soltarle, y le envió á Herodes, como diré en el capítulo siguiente; pero no llegaron á ser eficaces los auxilios, porque lo desmereció su pecado, y se convirtió á fines temporales, gobernándose por ellos y no por la justicia; mas por sugestion de Lucifer (como arriba dije [1]) que por la noticia de la verdad que conocia con claridad. Y habiéndola entendido, procedió como mal juez en consultar mas la causa del Inocente con los que eran enemigos suyos declarados y le acusaban falsamente. Y mayor delito fue obrar contra el dictámen de la conciencia, condenándole á muerte, y primero á que le azotasen tan inhumanamente, como verémos, sin otra causa mas de para contentar á los judíos.

1309. Pero aunque Pilatos por estas y otras razones fue iniquísimo y injusto juez condenando á Cristo, á quien tenia por puro hombre, aunque inocente y bueno; con todo eso fue menor su delito en comparacion de los sacerdotes y fariseos. Y esto no solo porque ellos obraban con envidia, crueldad y otros fines execrables, sino tambien porque fue gran culpa el no conocer á Cristo por verdadero Mesías y Redentor, Dios y hombre, prometido en la ley que los hebreos profesaban y creian. Y para su condenacion permitió el Señor, que cuando acusaban á nuestro Salvador, le llamasen Cristo y Rey ungido, confesando en las palabras la misma verdad que negaban y descreian. Pero debíanlas creer, para entender que Cristo nuestro Señor era verdaderamente ungido, no con la uncion figurativa de los reyes y sacerdotes antiguos, sino con la uncion que dijo David [2], diferente de todas las demás, como lo era la uncion de la divinidad unida á la humana naturaleza, que la levantó á ser Cristo Dios y hombre verdadero, y ungida su alma santísima con los dones de gracia y gloria correspondientes á la union hipostática. Toda esta verdad misteriosa significaba la acusacion de los judíos, aunque ellos por su perfidia no la creian, y con envidia la interpretaban falsamente, acumulándole al Señor, que se queria hacer rey, y no lo era: siendo verdad lo contrario, y no lo queria mostrar, ni usar de la potestad de rey temporal, aunque de todo era Señor; mas no habia venido al mundo á mandar á los hombres, sino á obe-

[1] Supr. n. 1134. — [2] Psalm. XLIV, 8.

decer [1]. Y era mayor la ceguedad judáica; porque esperaban al Mesías como á rey temporal, y con todo eso calumniaban á Cristo de lo que era, y parece que solo querián un Mesías tan poderoso rey, que no le pudiesen resistir; y aun entonces le recibieran por fuerza, y nó con la voluntad piadosa que pide el Señor.

1310. La grandeza de estos sacramentos ocultos entendia profundamente nuestra gran Reina y Señora, y los conferia en la sabiduría de su castísimo pechó, ejercitando heróicos actos de todas las virtudes. Y como los demás hijos de Adan, concebidos y manchados con pecados, cuanto mas crecen las tribulaciones y dolores, tanto mas suelen conturbarlos y oprimirlos, despertando la ira con otras desordenadas pasiones; al contrario sucedia en María santísima, donde no obraba el pecado, ni sus efectos, ni la naturaleza, tanto como la excelente gracia. Porque las grandes persecuciones y muchas aguas de los dolores y trabajos no extinguian el fuego de su inflamado corazon en el amor divino [2]; antes eran como fomentos que mas le alimentaban y encendian aquella divina alma, para pedir por los pecadores, cuando la necesidad era suma, por haber llegado á su punto la malicia de los hombres. ¡Oh Reina de las virtudes, Señora de las criaturas y dulcísima Madre de misericordia! ¡Qué dura soy de corazon, qué tarda y qué insensible, pues no le divide y le deshace el dolor de lo que conoce mi entendimiento de vuestras penas, y de vuestro único y amantísimo Hijo! Si en presencia de lo que conozcó tengo vida, razon será que me humille hasta la muerte. Delito es contra el amor y la piedad ver padecer tormentos al inocente, y pedirle mercedes sin entrar á la parte de sus penas. ¿Con qué cara ó con qué verdad dirémos las criaturas que tenemos amor de Dios, de nuestro Redentor, y á Vos, Reina mia, que sois su Madre, si cuando entre ambos bebeis el cáliz amarguísimo de tan acerbos dolores y pasion, nosotros nos recreamos con el cáliz de los deleites de Babilonia? ¡Oh si yo entendiese esta verdad! ¡Oh si la sintiese y penetrase; y ella penetrase tambien lo íntimo de mis entrañas á la vista de mi Señor y de su dolorosa Madre, padeciendo inhumanos tormentos! ¿Cómo pensaré yo que me hacen injusticia en perseguirme, que me agravian en despreciarme, que me ofenden en aborrecerme? ¿Cómo me querellaré de que padezco, aunque sea vituperada, despreciada y aborrecida del mundo? Ó gran Capitana de los Mártires, Reina de los esforzados, Maestra de los imitadores de vuestro Hijo, si soy vuestra hija y discípu-

[1] Matth. xx, 28. — [2] Cant. viii, 7.

la, como vuestra dignacion me lo asegura y mi Señor me lo quiso merecer, no negueis mis deseos de seguir vuestras pisadas en el camino de la cruz. Y si como flaca he desfallecido, alcanzadme Vos, Señora y Madre mia, la fortaleza y corazon contrito y humillado por las culpas de mi pesada ingratitud. Granjeadme y pedidme el amor á Dios eterno, que es don tan precioso, que sola vuestra poderosa intercesion le puede alcanzar, y mi Señor y Redentor merecérmele.

Doctrina que me dió la gran Reina del cielo.

1311. Hija mia, grande es el descuido y la inadvertencia de los mortales en ponderar las obras de mi Hijo santísimo y penetrar con humilde reverencia los misterios que encerró en ellas para el remedio y salud de todos. Por esto ignoran muchos, y se admiran otros, de que su Majestad consintiese ser traido como reo ante los inícuos jueces, y ser examinado por ellos como malhechor y criminoso; que le tratasen y reputasen por hombre estulto y ignorante; y que con su divina sabiduría no respondiera por su inocencia, y convenciera la malicia de los judíos, y todos sus adversarios, pues con tanta facilidad lo pudiera hacer. En esta admiracion lo primero se han de venerar los altísimos juicios del Señor, que así dispuso la redencion humana obrando con equidad, bondad, rectitud y como convenia á todos sus atributos, sin negar á cada uno de sus enemigos los auxilios suficientes para bien obrar, si quisieran cooperar con ellos, usando de los fueros de su libertad para el bien; porque todos quiso que fuesen salvos [1], si no quedaba por ellos, y ninguno tiene justicia para querellarse de la piedad divina, que fue superabundante.

1312. Pero á mas de esto quiero, carísima, que entiendas la enseñanza que contienen estas obras; porque ninguna hizo mi Hijo santísimo que no fuese como de Redentor y Maestro de los hombres. En el silencio y paciencia que guardó en su pasion, sufriendo ser reputado por inícuo y estulto, dejó á los hombres una doctrina tan importante, cuanto poco advertida y menos practicada de los hijos de Adan. Y porque no consideran el contagio que les comunicó Lucifer por el pecado, y que le continúa siempre en el mundo, por esto no buscan en el Médico la medicina de su dolencia; mas su Majestad por su inmensa caridad dejó el remedio en sus palabras y en

[1] I Tim. II, 4.

sus obras. Considérense, pues, los hombres concebidos en pecado [1], y vean cuán apoderada está hoy de sus corazones la semilla que sembró el dragon, de soberbia, de presuncion, vanidad, estimacion propia, de codicia, hipocresía y mentira, y así de los otros vicios. Todos comunmente quieren adelantarse en honra y vanagloria, quieren ser preferidos y estimados. Los doctos, y que se reputan por sábios, quieren ser aplaudidos y celebrados, y jactarse de la ciencia. Los indoctos quieren parecer sábios. Los ricos se glorian de las riquezas, y por ellas quieren ser venerados. Los pobres quieren ser ricos y parecerlo, y ganar su estimacion. Los poderosos quieren ser temidos, adorados y obedecidos. Todos se adelantan en este error, y procuran parecer lo que no son en la virtud, y no son lo que quieren parecer. Disculpan sus vicios, desean encarecer sus virtudes y calidades, atribúyense los bienes y beneficios, como si no los hubieran recibido; recíbenlos como si no fueran ajenos y se los dieran de gracia; en vez de agradecerlos, hacen de ellos armas contra Dios y contra sí mismos. Y generalmente todos están entumecidos con el mortal veneno de la antigua serpiente, y mas sedientos de beberle, cuanto mas heridos y dolientes de este lamentable achaque. El camino de la cruz, y la imitacion de Cristo por la humildad y sinceridad cristiana, está desierto, porque pocos son los que caminan por él.

1313. Para quebrantar esta cabeza de Lucifer, y vencer la soberbia de su arrogancia, fue la paciencia y silencio que tuvo mi Hijo en su pasion, consintiendo le tratasen como á hombre ignorante y estulto malhechor. Y como Maestro de esta filosofía y Médico que venia á curar la dolencia del pecado, no quiso disculparse ni defenderse, justificarse, ni desmentir á los que le acusaban, dejando á los hombres este vivo ejemplo de proceder y obrar contra el intento de la serpiente. Y en su Majestad se puso en práctica aquella doctrina del Sábio: Mas preciosa es á su tiempo la pequeña estulticia, que la sabiduría y gloria [2]; porque mejor le está á la fragilidad humana ser á tiempos reputado el hombre por ignorante y malo, que hacer ostentacion vana de la virtud y sabiduría. Infinitos son los que están comprehendidos en este peligroso error; y deseando parecer sábios, hablan mucho, y multiplican las palabras como estultos [3], y vienen á perder lo mismo que pretenden; porque son conocidos por ignorantes. Todos estos vicios nacen de la soberbia radicada en la naturaleza. Pero tú, hija, conserva en tu corazon la

[1] Psalm. L, 7. — [2] Eccles. X, 1. — [3] Ibid. 14.

doctrina de mi Hijo santísimo y mia, y aborrece la ostentacion humana, sufre, calla, y deja al mundo que te repute por ignorante; pues él no conoce en qué lugar vive la verdadera sabiduría [1].

CAPÍTULO XIX.

Remite Pilatos á Herodes la causa y persona de nuestro Salvador JESÚS; *acúsanle ante Herodes, y él le desprecia y envia á Pilatos: síguele María santísima, y lo que en este paso sucedió.*

Motivo de Pilatos en remitirle á Herodes la causa de Cristo. — Quién era este Herodes y sus calidades. — Enemistad de Pilatos con Herodes. — Oprobrios con que llevaron á Cristo de casa de Pilatos á la de Herodes. — Iba María cerca de su Hijo por disposicion de los Ángeles. — Como iba participando de sus oprobrios y tormentos. — Causa de alegrarse Herodes de que le remitiesen á Cristo. — Escarnio con que le recibió. — Razon de no responder Cristo palabra á las preguntas de Herodes. — Por qué no respondió el Señor á las acusaciones que le hicieron los judíos delante de Herodes. — Indignacion de Herodes por el silencio de Cristo. — Vestidura blanca que le pusieron por escarnio, y su significacion. — Respuesta de Herodes á Pilatos de la causa de Cristo. — Nuevas ignominias con que lo volvieron á casa de Pilatos. — Palabras profetizadas por David que iba el Señor diciendo en este camino. — Encuentra Cristo á su Madre al salir del tribunal de Herodes, y la compasion de entrambos. — Tormentos que dieron á Cristo los ministros volviéndolo á casa de Pilatos. — Pisábanle y le acoceaban cuando caia. — Mandó María á los Ángeles que recogiesen la sangre que ya derramaba su Hijo. — Peticion que hizo á su Hijo para que diese licencia á los Ángeles de que estorbasen que le pisaran los ministros. — Admitió Cristo la peticion de su Madre, y la ejecutaron en este punto los Ángeles dando permiso á las demás injurias. — Llanto con que san Juan y las Marías seguian á Cristo acompañando á su Madre. — Nuevas instancias de los judíos á Pilatos por la muerte de Cristo. — Medios por donde Pilatos procuró aplacarlos. — No fue sola una vez la que les propuso escogiesen entre Jesús y Barrabás. — Segunda eleccion que hicieron los judíos de Barrabás. — Razon de la costumbre de soltar un malhechor en la Pascua. — Recado de la mujer de Pilatos á su marido. — Fue mocion de Lucifer, y por qué fin. — Desesperó Lucifer de persuadir á los fariseos desistiesen de procurar la muerte de Cristo. — Motivos temporales con que persuadió á la mujer de Pilatos. — Qué obraron en Pilatos la advertencia de su mujer y otros temores que el demonio le puso. — Tercera instancia de Pilatos por librar á Cristo de la muerte. — Qué significó Pilatos con lavarse las manos. — Cargaron los judíos sobre sí y sus hijos el delito de la muerte de Cristo. — Invectiva contra la temeridad de echar sobre sí este cargo. — Lamento de que haya cristianos que con sus obras carguen sobre sí la sangre de Cristo. — Voces de los pecados de los cristianos contra la sangre y muerte de Cristo cargándola sobre sí mismos. — Reconocen sin remedio por propias estas voces los condenados. — Cuán pocos

[1] Baruch, III, 15.

imitadores tiene Cristo en la tolerancia de ser pospuesto á un facinoroso.—Son sin número los que obran muy al contrario á vista de este ejemplo.—Es mas lamentable este mal en los que por su profesion renunciaron el mundo.—Introducciones de algunos de ellos á las solicitudes y vanidad del mundo.—Á quién se deja el séquito de Cristo en su pasion.—Insipiencia de Pilatos en pensar que con lavar sus manos quedaba justificada su conciencia.—Pondérase la culpa de Pilatos.—Oyó María las altercaciones de Pilatos con los judíos.—Obras heróicas que ejercitó María en esta ocasion á imitacion de su Hijo.—Como Pilatos y Herodes seglares y gentiles no se mostraron tan crueles en la muerte de Cristo como los sacerdotes, pontífices y fariseos.—La caida de mas alto es en extremo peligrosa y de muy difícil remedio.—Causas deste daño de parte de la criatura.—1. El despecho y desconfianza.—2. Pecar con desprecio de las cosas divinas por su frecuencia.—Como se experimenta esta causa en los sacerdotes tibios, en los doctos y en los poderosos.—Otras razones deste daño que miran á Dios.—Circunstancias de los pecados de los que están en lugar mas alto con que desobligan mas á Dios.—Puede suceder que con menor número de pecados se cumpla en ellos el término para ser desamparados que en otros.—Ejemplo de esta doctrina en la caida de los judíos que procuraron la muerte de Cristo.—Temor santo con que han de vivir las almas favorecidas de Dios.

1314. Una de las acusaciones que los judíos y sus pontífices presentaron á Pilatos contra Jesús Salvador nuestro fue, que habia predicado, comenzando de la provincia de Galilea á conmover el pueblo [1]. De aquí tomó ocasion Pilatos para preguntar si Cristo nuestro Señor era galileo. Y como le informasen que era natural y criado en aquella provincia, parecióle tomar de aquí algun motivo para inhibirse en la causa de Cristo nuestro bien, á quien hallaba sin culpa, y exonerarse de la molestia de los judíos que tanto instaban le condenase á muerte. Hallábase en aquella ocasion Herodes en Jerusalen celebrando la Pascua de los judíos. Este era hijo de otro rey Herodes que antes habia degollado á los Inocentes [2], persiguiendo á Jesús recien nacido; y por haberse casado con una mujer judía, se pasó al judaismo haciéndose israelita prosélito. Por esta ocasion su hijo Herodes guardaba tambien la ley de Moisés, y habia venido á Jerusalen desde Galilea, donde era gobernador de aquella provincia. Pilatos estaba encontrado con Herodes, porque los dos gobernaban las dos principales provincias de Palestina, Judea y Galilea, y poco tiempo antes habia sucedido que Pilatos, celando el dominio del imperio romano, habia degollado á unos galileos cuando hacian ciertos sacrificios (como consta del capítulo XIII de san Lucas [3]) mezclando la sangre de los reos con la de los sacrificios. De esto se habia indignado Herodes; y para darle Pilatos

1 Luc. XXIII, 6. — 2 Matth. II, 16. — 3 Luc. XIII, 1.

de camino alguna satisfacion, determinó remitirle á Cristo nuestro Señor [1], como vasallo ó natural de Galilea, para que examinase su causa y la juzgase; aunque siempre esperaba Pilatos que Herodes le daria por libre como á inocente y acusado por maliciosa envidia de los pontífices y escribas.

1315. Salió Cristo nuestro bien de casa de Pilatos para la de Herodes, atado y preso como estaba, acompañado de los escribas y sacerdotes que iban para acusarle ante el nuevo juez, y gran número de soldados y ministros para llevarle tirando de las sogas y despejar las calles, que con el gran concurso y novedad estaban llenas de pueblo. Pero la milicia rompia por la multitud; y como los ministros y pontífices estaban tan sedientos de la sangre del Salvador para derramarla aquel dia, apresuraban el paso, y llevaban á su Majestad por las calles cási corriendo y con desordenado tumulto. Salió tambien María santísima con su compañía de casa de Pilatos para seguir á su dulcísimo Hijo Jesús, y acompañarle en los pasos que le restaban hasta la cruz. Y no fuera posible que la gran Señora siguiera este camino á vista de su Amado, si los santos Ángeles no lo dispusieran como su alteza queria, de manera que siempre fuese tan cerca de su Hijo, que pudiese gozar de su presencia, para con esto participar con mayor plenitud de sus tormentos y dolores. Todo lo consiguió con su ardentísimo amor; porque caminando por las calles á vista del Señor oia juntamente los oprobrios que los ministros le decian, los golpes que le daban, y las murmuraciones del pueblo, con los varios pareceres que cada cual tenia ó referia de otros.

1316. Cuando Herodes tuvo aviso que Pilatos le remitia á Jesús Nazareno, alegróse grandemente. Sabia era muy amigo de Juan, á quien él habia mandado degollar [2], y estaba informado de la predicacion que hacia; y con estulta y vana curiosidad deseaba que en su presencia obrase alguna cosa extraordinaria y nueva de que admirarse [3] y hablar con entretenimiento. Llegó, pues, el Autor de la vida á la presencia del homicida Herodes, contra quien estaba clamando ante el mismo Señor la sangre de san Juan Baptista, mas que la del justo Abel [4]. Pero el infeliz adúltero, como quien ignoraba los terribles juicios del Altísimo, le recibió con risa, juzgándole por encantador y mágico. Y con este formidable error le comenzó á examinar y hacerle diversas preguntas, pensando que

[1] Luc. XXIII, 7. — [2] Marc. VI, 27. — [3] Luc. XXIII, 8.
[4] Genes. IV, 10.

con ellas le provocaria para hacer alguna cosa maravillosa, como lo deseaba [1]. Pero el Maestro de la sabiduría y prudencia no le respondió palabra, estando siempre con severidad humilde en presencia del indignísimo juez, que tan merecido tenia por sus maldades el castigo de no oir las palabras de vida eterna que debieran salir de la boca de Cristo, si Herodes estuviera dispuesto para admitirlas con reverencia.

1317. Asistian allí los príncipes de los sacerdotes y escribas acusando á nuestro Salvador constantemente [2] con las mismas acusaciones y cargos que ante Pilatos le habian puesto. Pero tampoco respondió palabra á estas calumnias, como lo deseaba Herodes; en cuya presencia, ni para responder á las preguntas, ni para desvanecer las acusaciones, no despegó el Señor sus labios; porque Herodes de todas maneras desmerecia oir la verdad, que fue su justo castigo y el que mas deben temer los príncipes y poderosos del mundo. Indignóse Herodes con el silencio y mansedumbre de nuestro Salvador, que frustraban su vana curiosidad; y cási confuso el inícuo Juez, lo disimuló, burlándose del inocentísimo Maestro; y despreciándole con todo su ejército, le mandó remitir otra vez á Pilatos [3]. Y habiéndose reido con mucho escarnio de la modestia del Señor, todos los criados de Herodes, para tratarle como á loco y menguado de juicio, le vistieron una ropa blanca con que señalaban á los que perdian el seso, para que todos huyesen de ellos. Pero en nuestro Salvador esta vestidura fue símbolo y testimonio de su inocencia y pureza, ordenándolo la oculta providencia del Altísimo, para que estos ministros de maldad, con las obras que no conocian, testificasen la verdad que pretendian escurecer con otras maravillas, que de malicia ocultaban, que habia obrado el Salvador.

1318. Herodes se mostró agradecido con Pilatos por la cortesía con que le habia remitido la causa y persona de Jesús Nazareno. Y le volvió por respuesta, no hallaba en él causa alguna, antes le parecia hombre ignorante y de ninguna estimacion. Y desde aquel dia se reconciliaron Herodes y Pilatos, y quedaron amigos [4], disponiéndolo así los ocultos juicios de la divina Sabiduría. Volvió segunda vez nuestro Salvador de Herodes á Pilatos, llevándole muchos soldados de entrambos gobernadores con mayor tropel, gritería y alboroto de la gente popular. Porque los mismos que antes le habian aclamado y venerado por Salvador y Mesías bendito del Señor [5],

[1] Luc. XXIII, 9. — [2] Ibid. 10. — [3] Ibid. 11. — [4] Ibid. 12.
[5] Matth. XXI, 9.

entonces, pervertidos ya con el ejemplo de los sacerdotes y magistrados, estaban de otro parecer, y condenaban y despreciaban al mismo Señor á quien poco antes habian dado gloria y veneracion (que tan poderoso como esto es el error de las cabezas y su mal ejemplo para llevar al pueblo tras de sí). En medio de estas confusas ignominias iba nuestro Salvador repitiendo dentro de sí mismo con inefable amor, humildad y paciencia aquellas palabras que tenia dichas por la boca de David: *Yo soy gusano, y no soy hombre; soy el oprobrio de los hombres y el desprecio del pueblo. Todos los que me vieron, hicieron burla de mí; hablaron con los labios y movieron la cabeza*. Era su Majestad gusano y no hombre [1], no solo porque no fue engendrado como los demás hombres, ni era solo y puro hombre, sino Hombre y Dios verdadero; mas tambien porque no fue tratado como hombre, sino como gusano vil y despreciado. Y á todos los vituperios con que era hollado y abatido no hizo mas ruido ni resistencia que un humilde gusanillo á quien todos pisan y desprecian, y le reputan por oprobrio y vilísimo. Todos los que miraban á Cristo nuestro Redentor (que eran sin número) hablaban y movian la cabeza, como retratando el concepto y opinion en que le tenian.

1319. Á los oprobrios y acusaciones que hicieron los sacerdotes contra el Autor de la vida en presencia de Herodes, y á las preguntas que él mismo le propuso, no estuvo presente corporalmente su afligida Madre, aunque todas las vió por otro modo de vision interior; porque estaba fuera del tribunal donde entraron al Señor. Mas cuando salió fuera de la sala donde le habian tenido, topó con ella, y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasion, correspondiente al amor de tal Hijo y de tal Madre. Y fue nuevo instrumento para dividirle el corazon aquella vestidura blanca que le habian puesto, tratándole como á hombre insensato y sin juicio; aunque sola ella conocia entre todos los nacidos el misterio de la inocencia y pureza que aquel hábito significaba. Adoróle en él con altísima reverencia, y fuéle siguiendo por las calles á la casa de Pilatos, á donde otra vez le volvian; porque en ella se debia ejecutar la divina disposicion para nuestro remedio. En este camino de Herodes á Pilatos, sucedió que con la multitud del pueblo, y con la priesa que aquellos ministros impiísimos llevaban al Señor, atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo, y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron reventar la sangre de sus sa-

1. Psalm. XXI, 7.

gradas venas, y como no se podia fácilmente levantar por llevar atadas las manos, ni el tropel de la gente se podia ni queria detener, daban sobre su divina Majestad, y le hollaban y pisaban, y le herian con muchos golpes y puntillazos, caúsando gran risa á los soldados, en vez de la natural compasion de que por industria del demonio estaban totalmente desnudos como si no fueran hombres.

1320. Á la vista de tan desmedida crueldad creció la compasion y sentimiento de la dolorosa y amorosa Madre, y convirtiéndose á los santos Ángeles que la asistian, les mandó cogiesen la divina sangre que derramaba su Rey y Señor por las calles, para que no fuese de nuevo conculcada y hollada de los pecadores; así lo hicieron los ministros celestiales. Mandóles tambien la gran Señora que si otra vez sucediese caer en tierra su Hijo y Dios verdadero, le sirviesen, impidiendo á los obradores de la maldad para que no le hollasen ni pisasen su divina persona. Y porque en todo era prudentísima, no quiso que este obsequio ejecutasen los Ángeles sin voluntad del mismo Señor; y así les ordenó que de su parte se lo propusiesen y le pidiesen licencia, y le representasen las angustias que como Madre padecia, viéndole tratar con aquel linaje de irreverencia entre los piés inmundos de aquellos pecadores. Y para obligar mas á su Hijo santísimo, le pidió por medio de los mismos Ángeles que aquel acto de humillarse á ser pisado y conculcado de aquellos malos ministros lo conmutase su Majestad en el de obedecer ó rendirse á los ruegos de su afligida Madre, que tambien era su esclava y formada del polvo. Todas estas peticiones llevaron los santos Ángeles á Cristo nuestro bien en nombre de su santísima Madre, no porque su Majestad las ignorase (pues todo lo conocia y obraba él mismo con su divina gracia), sino porque estos modos de obrar quiere el Señor que en ellos se guarde el órden de la razon, que la gran Señora conocia entonces con altísima sabiduría, usando de las virtudes por diversos modos y operaciones, porque esto no se impide por la ciencia del Señor, que todo lo tiene previsto.

1321. Admitió nuestro Salvador Jesús los deseos y peticiones de su beatísima Madre, y dió licencia á sus Ángeles para que como ministros de su voluntad ejecutasen lo que ella deseaba. Y en lo restante hasta llegar á casa de Pilatos, no permitieron que su Majestad fuese derribado en tierra y atropellado ni pisado como antes habia sucedido; aunque en las demás injurias se dió permiso y consentimiento á los ministros de la justicia y á la ceguedad y malicia popular para que todos las ejecutasen con su loca indignacion. Todo

lo miraba y oia su Madre santísima con invicto pero lastimado corazon. Y lo mismo respectivamente vieron las Marías y san Juan, que con llanto irreparable seguian al Señor en compañía de su purísima Madre, y no me detengo en referir las lágrimas de estas santas mujeres y otras devotas que con ellas asistian á la Reina, porque seria necesario divertirme mucho. Y mas para decir lo que hizo la Magdalena, como mas ardiente y señalada en el amor y mas agradecida á Cristo nuestro Redentor, como el mismo Señor lo dijo cuando la justificó: que mas ama á quien mayores culpas se le perdonan [1].

1322. Llegó nuestro Salvador Jesús segunda vez á casa de Pilatos, y de nuevo le comenzaron á pedir los judíos que le condenase á muerte de cruz. Pilatos, que conocia la inocencia de Cristo y la mortal envidia de los judíos, sintió mucho que le restituyese Herodes la causa de que él deseaba eximirse. Y viéndose obligado como juez, procuró aplacar á los judíos por diversos caminos. Uno fue, hablar en secreto á algunos ministros y amigos de los pontífices y sacerdotes, para que pidiesen la libertad de nuestro Redentor, y le soltasen con alguna correccion que le daria, y no pidiesen mas al malhechor Barrabás. Esta diligencia habia hecho Pilatos cuando le volvieron á presentar otra vez á Cristo nuestro Señor para que le condenase. Y el proponerles que escogiesen á Jesús ó á Barrabás [2] no fue una sola vez, sino dos y tres: la una, antes de llevar al Señor á Herodes, y la otra despues; y esto lo refieren los Evangelistas con alguna diferencia, aunque sin contradecirse en la verdad. Habló Pilatos á los judíos, y les dijo [3]: Habeisme presentado á este hombre, acusándole que dogmatiza y pervierte el pueblo; y habiéndole examinado en vuestra presencia, no ha sido convencido de lo que le acusais. Ni tampoco Herodes, á quien le remití, le ha condenado á muerte, aunque ante él le habeis acusado. Bastará por ahora corregirle y castigarle para que adelante se enmiende. Y habiendo de soltar algun malhechor por la solemnidad de la Pascua, soltaré á Cristo, si le quereis dar libertad, y castigaré á Barrabás. Conociendo los judíos que Pilatos deseaba mucho soltar á Cristo nuestro Señor, respondieron todos los de la turba: Quita allá, deja á Cristo, y danos libre á Barrabás [4].

1323. La costumbre de dar libertad á un malhechor y preso en aquella gran solemnidad de la Pascua se introdujo entre los judíos

[1] Luc. VII, 43. — [2] Matth. XXVII, 17. — [3] Luc. XXIII, 14, 15.
[4] Ibid. 18.

como en memoria y agradecimiento de la libertad que tal dia como aquel habian alcanzado sus padres, rescatándolos el Señor del poder de Faraon, degollando los primogénitos de los gitanos aquella noche [1], y despues anegando á él y á sus ejércitos en el mar Rubro [2]. Por este memorable beneficio hacian otro los hebreos al mayor delincuente, perdonándole sus delitos; y castigaban otros que no eran tan malhechores. Y en los pactos, que tenian con los romanos, era condicion que se les guardase esta costumbre; y así lo cumplian los gobernadores. Aunque estos la pervirtieron en esta ocasion en cuanto á las circunstancias, segun el juicio que hacian de Cristo nuestro Señor; porque habiendo de soltar al mas criminoso, y confesando ellos que Jesús Nazareno lo era, con todo eso lo dejaron á él, y eligieron á Barrabás, á quien reputaban por menos malo. Tan ciegos y pervertidos los tenia la ira del demonio con su porfiada envidia, que en todo se deslumbraban aun contra sí mismos.

1324. Estando Pilatos en el pretorio con estas altercaciones de los judíos, sucedió, que sabiéndolo su mujer, que se llamaba Prócula, le envió un recado diciéndole: ¿Qué tienes tú que ver con ese hombre justo? Déjale; porque te hago saber que por su causa he tenido hoy algunas visiones [3]. El motivo de esta advertencia de Prócula fue, que Lucifer y sus demonios, viendo lo que se iba ejecutando en la persona de nuestro Salvador, y la inmutable mansedumbre con que llevaba tantos oprobrios, se hallaron mas deslumbrados y desatinados en su furor rabioso. Y aunque su altiva soberbia no acababa de ajustar cómo se compadecia haber divinidad y consentir tales y tantos oprobrios, y sentir en la carne sus efectos, y con esto no podia entender si era ó no era hombre y Dios; con todo eso juzgaba el dragon que allí habia algun misterio grande para los hombres, y que siempre seria para él y su maldad de mucho daño y estrago, si no atajaba el suceso de cosa tan nueva en el mundo. Con este acuerdo que tomó con sus demonios envió muchas sugestiones á los fariseos para que desistiesen de perseguir á Cristo. Estas ilusiones no aprovecharon, como introducidas por el mismo demonio y sin virtud divina en corazones obstinados y depravados. Y despedidos de reducirlos, se fueron á la mujer de Pilatos, y la hablaron en sueños, y la propusieron que aquel hombre era justo y sin culpa, y que si le condenaba su marido, seria privado de la dignidad que poseia, y á ella le sucederian grandes trabajos: que le aconsejase á Pilatos soltase á Jesús y castigase á Bar-

[1] Exod. XII, 29. — [2] Ibid. XIV, 28. — [3] Matth. XXVII, 19.

rabás, si no querian tener un mal suceso en su casa y en sus personas.

1325. Con esta vision recibió Prócula grande espanto y temor; y cuando entendió lo que pasaba entre los judíos y su marido Pilatos, le envió el recado que dice san Mateo, para que no se metiese en condenar á muerte al que miraba y tenia por justo. Púsole tambien el demonio otros temores semejantes en la imaginacion al mismo Pilatos, y con el aviso de su mujer fueron mayores; aunque como todos eran mundanos y políticos, y no habia cooperado á los auxilios verdaderos del Señor, no duró mas este medio de en cuanto no concibió otro que le movió mas, como se vió en el efecto. Pero entonces insistió tercera vez con los judíos (como dice san Lucas) defendiendo á Cristo nuestro Señor como inculpable, y testificando que no hallaba en él crímen alguno ni causa de muerte; que le castigaria y soltaria [1]. Y de hecho le castigó, para ver si con esto quedarian satisfechos, como diré en el capítulo siguiente. Pero los judíos, dando voces, respondieron que le crucificase [2]. Entonces Pilatos pidió que le trajesen agua, y mandó soltar á Barrabás como lo pedian. Lavóse las manos en presencia de todos, diciendo: Yo no tengo parte en la muerte de este hombre justo á que vosotros le condenais. Mirad lo que haceis, que en testimonio de esto lavo mis manos [3], para que se entienda no quedan manchadas con la sangre del Inocente. Parecióle á Pilatos que con aquella ceremonia se disculpaba con todos, y prohijaba la muerte de Cristo nuestro Señor á los príncipes de los judíos y á todo el pueblo que la pedia. Y fue tan loca y ciega la indignacion de los judíos, que á trueque de ver crucificado al Señor condescendieron con Pilatos, y cargaron sobre sí y sobre sus descendientes el delito; y pronunciando aquella formidable sentencia y execracion, dijeron: Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos [4].

1326. ¡Oh ceguedad estultísima y cruelísima! ¡Oh temeridad nunca imaginada! La injusta condenacion del Justo y la sangre del Inocente, á quien el mismo juez declara por inculpable, ¿quereis cargar sobre vosotros y sobre vuestros hijos, para que siempre y contra todos vosotros esté clamando hasta el fin del mundo? ¡Oh pérfidos y sacrílegos judíos, ¡tan poco pesa la sangre del Cordero que lava los pecados del mundo, y la vida de un hombre que juntamente es Dios verdadero! ¿Que es posible que así quereis cargarla sobre vosotros y sobre vuestros hijos? Cuando solo fuera vuestro

[1] Luc. XXIII, 22. — [2] Ibid. 23. — [3] Matth. XXVII, 24. — [4] Ibid. 25.

hermano, vuestro bienhechor y maestro, fuera vuestra audacia tremenda, y execrable vuestra maldad. Justo es por cierto el castigo que padeceis; y que el peso de la sangre de Cristo, que con vuestra voluntad cargásteis sobre vosotros y vuestros hijos, no os deje sosegar ni descansar en todo el mundo, y que os oprima y quebrante esta carga que pesa mas que los mismos cielos y la tierra. Mas ¡ay dolor! que habiendo de caer esta sangre deificada sobre todos los hijos de Adan para lavarlos y purificarlos á todos (que para esto se ha derramado sobre todos los hijos de la santa Iglesia), con todo eso hay muchos en ella que cargan sobre sí mismos con sus obras esta sangre, como los judíos la cargaron con obras y con palabras; ellos ignorando y no creyendo que era sangre de Cristo, y los católicos conociendo y confesando que lo es.

1327. Su lengua tienen los pecados de los cristianos y sus depravadas obras con que hablan contra la sangre y muerte de Cristo nuestro Señor, cargándola sobre sí mismos. Sea Cristo afrentado, escupido, abofeteado, escarpiado en una cruz, despreciado, muerto y pospuesto á Barrabás. Sea atormentado, azotado y coronado de espinas por nuestros pecados, que nosotros no queremos tener mas parte en esa sangre, que ser causa se derrame afrentosamente y que se nos impute eternamente. Padezca y muera el mismo Dios humanado; y nosotros gocemos de los bienes aparentes. Aprovechemos la ocasion, usemos de la criatura [1], coronémonos de rosas, vivamos con alegría, valgámonos del poder, nadie se nos adelante; despreciemos la humildad, aborrezcamos la pobreza, atesoremos riquezas, engañemos á todos, no perdonemos agravios, entreguémonos á el deleite de las delicias torpes, nada vean nuestros ojos que no codicien, y todo lo que alcancen nuestras fuerzas. Esta sea nuestra ley sin otro algun respeto. Y si con todo esto crucificamos á Cristo, venga sobre nosotros su sangre y sobre nuestros hijos.

1328. Preguntemos ahora á los réprobos que están en el infierno, si fueron estas las voces de sus obras que les atribuye Salomon en la Sabiduría; y si porque hablaron en su corazon consigo mismos tan estultamente, se llaman impíos y lo fueron. ¿Qué pueden esperar los que malogran la sangre de Cristo, y la cargan sobre sí mismos, no como quien la desea para su remedio, sino como quien la desprecia para su condenacion? ¿Quién se hallará entre los hijos de la Iglesia que sufra ser pospuesto á un ladron y facino-

[1] Sap. II, 6, 7, 8.

roso? Tan mal practicada anda esta doctrina, que ya se hace admirable el que consiente le preceda otro tan bueno y benemérito, ó mas que él; y ninguno se hallará tan bueno como Cristo ni tan malo como Barrabás. Pero son sin número los que á la vista de este ejemplo se dan por ofendidos, y se juzgan por desgraciados si no son preferidos y mejorados en la honra, en las riquezas, dignidades, y en todo lo que tiene ostentacion y aplauso del mundo. Esto se solicita, se litiga y se busca, y en esto se ocupan los cuidados de los hombres, todas sus fuerzas y potencias, desde que comienzan á usar de ellas hasta que las pierden. La mayor lástima y dolor es, que no se libran de este contagio los que por su profesion y estado renunciaron el mundo y le volvieron las espaldas: y mandándoles el Señor que olviden su pueblo, y la casa de su padre [1], se vuelven á ella con lo mejor de la criatura humana, que es la atencion y cuidado para gobernarlos, la voluntad y deseo para solicitarles cuanto posee el mundo, y les parece poco, y se introducen en la vanidad. Y en lugar de olvidar la casa de su padre, olvidan la de Dios en que viven, donde reciben los auxilios divinos para conseguir la salvacion, la honra y estimacion que jamás en el mundo alcanzaran, y el sustento sin afan ni cuidado. Á todos estos beneficios se hacen ingratos, dejando la humildad que por su estado deben profesar. La humildad de Cristo nuestro Salvador, su paciencia, sus afrentas, los oprobrios de la cruz, la imitacion de sus obras, la secuela de su doctrina; todo se remite á los pobres, á los solitarios, á los desvalidos del mundo y humildes; y los caminos de Sion están desiertos y llorando [2], porque hay tan pocos que vengan á la solemnidad de la imitacion de Cristo nuestro Señor.

1329. No fue menor la insipiencia de Pilatos en pensar que con lavar sus manos y haber imputado á los judíos la sangre de Cristo quedaba justificado en su conciencia, y con los hombres, á quienes pretendia satisfacer con aquella ceremonia llena de hipocresía y mentira. Verdad es que los judíos fueron los principales actores, y mas reos en condenar al Inocente, y se cargaron sobre sí mismos esta formidable culpa. Mas no por eso quedó Pilatos libre de ella; pues conociendo la inocencia de Cristo Señor nuestro, no debia posponerle á un ladron y homicida [3], castigarle, ni enmendar á quien nada tenia que corregir ni enmendar. Y mucho menos debiera condenarle y entregarle á la voluntad de sus mortales enemigos, cuya envidia y crueldad le era manifiesta. Pero no puede ser justo juez

[1] Psalm. XLIV, 11. — [2] Thren. I, 4. — [3] Luc. XXIII, 25.

el que conociendo la verdad y justicia la puso en una balanza con respetos y fines humanos de su propio interés; porque este peso arrastra la razon de los hombres que tienen corazon cobarde; y como no tienen caudal, ni el lleno de las virtudes que han menester los jueces, no pueden resistir á la codicia ni al temor mundano; y cegándolos la pasion desamparan la justicia para no aventurar sus comodidades temporales, como sucedió á Pilatos.

1330. En casa de Pilatos estuvo nuestra gran Reina y Señora de manera, que con el ministerio de sus santos Ángeles pudo oir las altercaciones que tenia el inícuo juez con los escribas y pontífices sobre la inocencia de Cristo nuestro bien, sobre posponerle á Barrabás. Y todos los clamores de aquellos inhumanos tigres los oyó con silencio y admirable mansedumbre, como estampa viva de su santísimo Hijo. Y aunque su honestísima modestia era inmutable, todas las voces de los judíos penetraban como cuchillos de dos filos su lastimado corazon. Mas los clamores de su doloroso silencio resonaban en el pecho del eterno Padre con mayor agrado y dulzura que los llantos de la hermosa Raquel, con que (segun dice Jeremías [1]) lloraba á sus hijos sin consuelo, porque no los pudo restaurar. Nuestra hermosísima Raquel María purísima no pedia venganza, sino perdon para los enemigos que le quitaban al Unigénito del Padre y suyo. Y en todos los actos que hacia la alma santísima de Cristo, le imitaba y acompañaba, obrando con tanta plenitud de santidad y perfeccion, que ni la pena suspendia sus potencias, ni el dolor impedia la caridad, ni la tristeza remitia su fervor, ni el bullicio distraía su atencion, ni las injurias y tumulto de la gente le eran embarazo para estar recogida dentro de sí misma; porque á todo daba el lleno de las virtudes en grado eminentísimo.

Doctrina que me dió la gran señora del cielo María santísima.

1331. Hija mia, de lo que has escrito y entendido te veo admirada, reparando en que Pilatos y Herodes no se mostraron tan inhumanos y crueles en la muerte de mi Hijo santísimo, como los sacerdotes, pontífices y fariseos; y ponderas mucho que aquellos eran jueces seglares y gentiles, y estos eran maestros de la ley, y sacerdotes del pueblo de Israel que profesaban la verdadera fe. A este pensamiento te quiero responder con una doctrina que no es nueva, y tú la has entendido otras veces; mas ahora quiero que la renueves,

1 Jerem. XXXI, 15.

y no la olvides por todo el discurso de tu vida. Advierte, pues, carísima, que la caida de mas alto lugar es en extremo peligrosa, y su daño, ó es irreparable, ó muy dificultoso el remedio. Eminente lugar en la naturaleza y en los dones de la luz y gracia tuvo Lucifer en el cielo; porque en su hermosura excedia á todas las criaturas, y por la caida de su pecado descendió á lo profundo de la fealdad y miseria, y á la mayor obstinacion de todos sus secuaces. Los primeros padres del linaje humano, Adan y Eva, fueron puestos en altísima dignidad y encumbrados beneficios, como salidos de la mano del Todopoderoso; su caida perdió á toda su posteridad con ellos mismos, y su remedio fue tan costoso como lo enseña la fe; y fue inmensa misericordia remediarlos á ellos y á sus descendientes.

1332. Otras muchas almas han subido á la cumbre de la perfeccion, y de allí han caido infelicísimamente, hallándose despues cási desconfiadas ó imposibilitadas para levantarse. Este daño por parte de la misma criatura nace de muchas causas. La primera es el despecho y confusion desmedida que siente el que ha caido de mayores virtudes; porque no solo perdió mayores bienes, mas tampoco fia de los beneficios futuros mas que de los pasados y perdidos; y no se promete mas firmeza de los que puede adquirir con nueva diligencia, que en los adquiridos y malogrados por su ingratitud. De esta peligrosa desconfianza se sigue el obrar con tibieza, sin fervor y sin diligencia, sin gusto y sin devocion; porque todo esto extingue la desconfianza, así como animada y alentada la esperanza vence muchas dificultades, corrobora y vivifica á la flaqueza de la criatura humana para emprender magníficas obras. Otra razon hay, y no menos formidable, y es, que las almas acostumbradas á los beneficios de Dios, ó por oficio como los sacerdotes y religiosos, ó por ejercicios de virtudes y favores como otras personas espirituales, de ordinario pecan con desprecio de los mismos beneficios, y mal uso de las cosas divinas; porque con la frecuencia dellas incurren en esta peligrosa grosería de estimar en poco los dones del Señor, y con esta irreverencia y poco aprecio impiden los efectos de la gracia para cooperar con ella, y pierden el temor santo, que despierta y estimula para el bien obrar, para obedecer á la divina voluntad y aprovecharse luego de los medios que ordenó Dios para salir del pecado y alcanzar su amistad y la vida eterna. Este peligro es manifiesto en los sacerdotes tibios, que sin temor y reverencia frecuentan la Eucaristía y otros Sacramentos; en los doctos y sábios, y en los poderosos del mundo, que con dificultad se corrigen y en-

miendan sus pecados; porque han perdido el aprecio y veneracion de los remedios de la Iglesia, que son los santos Sacramentos, la predicacion y doctrina. Y con estas medicinas, que son en otros pecadores saludables, y sanan los ignorantes, enferman ellos, que son los médicos de la salud espiritual.

1333. Otras razones hay de este daño que miran al mismo Señor. Porque los pecados de aquellas almas, que por estado ó virtud se hallan mas obligadas á Dios, se pesan en la balanza de su justicia muy diferentemente que los de otras almas menos beneficiadas de su misericordia. Y aunque los pecados de todos sean de una misma materia, por las circunstancias son muy diferentes. Porque los sacerdotes y maestros, los poderosos y prelados, y los que tienen lugar ó nombre de santidad, hacen gran daño con el escándalo de la caida y pecados que cometen. Es mayor su audacia y temeridad en atreverse contra Dios, á quien mas conocen y deben, ofendiéndole con mayor luz y ciencia, y por esto con mas osadía y desacato que los ignorantes; con que le desobligan tanto los pecados de los católicos, y entre ellos los de los mas sábios y ilustrados, como se conoce en todo el corriente de las Escrituras sagradas. Y como en el término de la vida humana, que está señalado á cada uno de los mortales para que en él merezca el premio eterno, tambien está determinado hasta qué número de pecados le ha de aguardar y sufrir la paciencia del Señor á cada uno; pero este número no se computa solo segun la cantidad y multitud, sino tambien segun la calidad y peso de los pecados en la divina justicia: así puede suceder que en las almas de mayor ciencia y beneficios del cielo, la calidad supla la multitud de los pecados, y con menos en número sean desamparados y castigados que otros pecadores con mas. Ni á todos puede suceder lo que á David [1] y á san Pedro [2]; porque no en todos habrán precedido tantas obras buenas antes de su caida, á que tenga atencion el Señor. Ni tampoco el privilegio de algunos es regla general para todos; porque no todos son elegidos para un ministerio, segun los juicios ocultos del Señor.

1334. Con esta doctrina quedará, hija mia, satisfecha tu duda, y entenderás cuán malo y lleno de amargura es ofender al Todopoderoso, cuando á muchas almas que redimió con su sangre las pone en el camino de la luz, y las lleva por él; y como de alto estado puede caer una persona á mas perversa obstinacion que otras inferiores. Esta verdad testifica el misterio de la muerte y pasion

[1] II Reg. XII, 13. — [2] Luc. XXII, 61.

de mi Hijo santísimo, en que los pontífices, sacerdotes, escribas, y todo aquel pueblo, en comparacion de los gentiles, estaba mas obligado á Dios, y sus pecados lo llevaron á la obstinacion, ceguedad, y crueldad mas abominable y precipitada, que á los mismos gentiles que ignoraban la verdadera religion. Quiero tambien que esta verdad y ejemplo te avisen de tan terrible peligro, para que prudente le temas, y con el temor santo juntes el humilde agradecimiento y alta estimacion de los bienes del Señor. En el tiempo de la abundancia no te olvides de la penuria [1]. Confiere lo uno y lo otro en tí misma, considerando que el tesoro le tienes en vaso quebradizo [2], y le puedes perder; y que el recibir tantos beneficios no es merecerlos, ni el poseerlos es derecho de justicia, sino gracia y liberalidad. El haberte hecho el Altísimo tan familiar suya no es asegurarte de que no puedes caer, ó que vivas descuidada, ó pierdas el temor y reverencia. Todo ha de caber en tí al paso y peso de los favores; porque tambien ha crecido la ira de la serpiente, y se desvela contra tí mas que contra otras almas; porque ha conocido que con muchas generaciones no ha mostrado el Altísimo su liberal amor tanto como lo hace contigo, y si cayese tu ingratitud sobre tantos beneficios y misericordias, serias infelicísima y digna de riguroso castigo, y tu culpa sin descargo.

CAPÍTULO XX.

Por mandato de Pilatos fue azotado nuestro Salvador JESÚS, *coronado de espinas y escarnecido; y lo que en este paso hizo María santísima.*

Motivo de Pilatos para mandar azotar á Cristo.—Errores de Pilatos en su motivo.—Furor inhumano de los judíos contra Cristo.—Como los irritaba Lucifer á la crueldad.—Calidades de seis sayones que señalaron para azotar á Cristo.—Lugar en que le azotaron.—Columna á que le ataron para azotarle.—Crueldad con que le quitaron las cadenas y sogas con que le aprisionaron en el huerto.—Mandáronle que él mismo se desnudase.—No tenia mas vestido que la túnica inconsútil.—Quedó Cristo totalmente desnudo salvo los paños de la honestidad.—Intentaron los verdugos quitarle los paños de la honestidad.—Milagros con que fueron impedidos deste desacato.—Solo permitió el Señor los levantasen algo para ser con mas crueldad azotado.—Azotáronle de dos en dos con crueldad inaudita.—Instrumentos y crueldad con que le azotaron los segundos, rompiendo las ronchas y abriendo las heridas.—Instrumentos y crueldad con que le azotaron los terceros hiriendo las llagas.—Era todo el cuerpo de Cristo una llaga.—Caian

[1] Eccli. XVIII, 25. — [2] II Cor. IV, 7.

el suelo pedazos de su carne descubriéndole los huesos.—Azotáronle tambien en el rostro, piés y manos.—Corria por el suelo la sangre haciéndose balsas de ella.—Las llagas, tumores y sangre de la cara le cegaban los ojos.—Llenáronle de salivas y oprobrios.—Número de los azotes, 5115.—Cómo quedó el varon de dolores.—Denuestos que padeció María entre la confusion del vulgo en los zaguanes en la casa de Pilatos.—Aunque no vió corporalmente los azotes de su Hijo los miró por vision clarísima.—Sintió los dolores sensibles de ellos en su cuerpo en todas las partes respectivamente en que se daban á su Hijo.—Dolor inexplicable que padeció en el alma.—Escondió un ministro incitado del demonio la túnica de Cristo para mayor irrision.—Por mandado de María fueron expelidos los demonios, y traida por los Ángeles la túnica.—Dolor de Cristo en la desnudez.—No hubo quien se compadeciera de su afliccion sino su Madre.—Prodigio de crueldad que la indignacion de los judíos no se aplacase viendo á Cristo tan lastimado.—Peticion que hicieron á Pilatos para escarnecerle con las insignias reales.—Desnúdanle su túnica y vístenle la púrpura irrisoria.—Corona de espinas que le pusieron.—Crueldad con que le penetraron la cabeza.—Caña contentible.—Capa morada que le pusieron.—Oprobrios y tormentos que padeció el Señor en este paso.—Afectos de el alma devota en este paso.—No despegó Cristo su boca en esta irrision.—Intento de Pilatos en sacar á Cristo en esta forma á vista del pueblo.—Paso del *Ecce Homo*.—Como condenaba Pilatos su injusticia con la declaracion que hacia de la inocencia de Cristo.—Cuánto deben temblar los jueces con este ejemplo.—Adoracion que hizo María á su Hijo cuando Pilatos dijo el *Ecce Homo*.—Acompañáronla en ella san Juan, las Marías y los Ángeles.—Operaciones de María en este paso.—Oró de nuevo por Pilatos, para que continuase en declarar la inocencia de Cristo.—Lo que obró en Pilatos la virtud de la oracion de María.—Exámen que quiso hacer Pilatos sobre si Jesús era Hijo de Dios.—La respuesta de Cristo mostró inexcusable á Pilatos.—Amenaza que hicieron los pontífices á Pilatos con la desgracia del César.—Ríndese Pilatos á pronunciar la sentencia de muerte contra Cristo.—Dolor de María en la sentencia de muerte contra su Hijo.—La muerte de Cristo, para redemir el mundo, fue determinacion divina que fuesen estos en número los que la ejecutaron.—Dependió de su malicia.—Culpas que les llevaron á tanta ruina.—Lo mismo sucede en las coronas de los predestinados que les labraran los réprobos.—Las suertes de ser el perseguido ó el perseguidor, se dividen por la malicia ó bondad de los hombres.—Exhortacion á elegir la suerte de ser el perseguido y no quien persigue.—Esta es la parte de los amigos de Dios que les enseñó Cristo.—Por qué el Señor no hace poderosos en lo temporal á todos sus escogidos.

1335. Conociendo Pilatos la porfiada indignacion de los judíos contra Jesús Nazareno, y deseando no condenarle á muerte, porque le conocia inocente, le pareció que mandándole azotar con rigor aplacaria el furor de aquel ingratísimo pueblo, y la envidia de los pontífices y escribas, para que dejasen de perseguirle y pedir su muerte; y si acaso en algo hubiese faltado Cristo á las ceremonias y ri-

tos judáicos, quedaria bastantemente castigado. Este juicio hizo Pilatos, porque en el discurso del proceso se informó y dijeron que le imputaban á Cristo que no guardaba el sábado ni otras ceremonias, de que vana y estultamente le calumniaban, como consta del discurso de su predicacion, que refieren los sagrados Evangelistas [1]. Pero siempre discurria en esto Pilatos como ignorante; pues ni en el Maestro de la santidad podia caber defecto alguno contra la ley que habia venido, no á quebrantarla, sino á cumplirla y llenarla toda [2]; ni tampoco, cuando fuera verdadera la calumnia, no le debia castigar por esto con pena tan desigual; pues tenian los mismos judíos en su ley otros medios con que se purificaban de las transgresiones, que cada paso cometian contra su ley, ni con tal impiedad y pena de azotes. Mayor engaño padeció este Juez pensando que los judíos tenian algun linaje de humanidad y compasion natural. Porque su indignacion y furor contra el mansísimo Maestro no era de hombres, que naturalmente suelen moverse y aplacarse cuando ven rendido y humillado al enemigo; porque tienen corazones de carne, y el amor de su semejante es natural y causa de alguna compasion; pero aquellos pérfidos judíos estaban revestidos y como transformados en demonios, que contra el mas rendido y afligido se enfurecen mas; y cuando le ven mas desvalido [3], entonces dicen: persigámosle ahora, que no tiene quien le defienda y libre de nosotros.

1336. Tal como esta era la implacable saña de los pontífices y fariseos, sus confederados, contra el Autor de la vida; porque Lucifer, desconfiado de impedirle la muerte que los mismos judíos pretendian, los irritaba con su espantosa malicia, para que se la diesen con desmedida crueldad. Pilatos estaba entre la luz de la verdad que conocia y entre los motivos humanos y terrenos que le gobernaban, y siguiendo el error que ellos administran á los que gobiernan, mandó azotar [4] con rigor al mismo que protestaba hallarle sin culpa. Para ejecutar este acto y persuasion del demonio y acto tan injusto, fueron señalados seis ministros de justicia ó sayones robustos y de mayores fuerzas, que como hombres viles, réprobos y sin piedad, admitieron muy gustosos el oficio de verdugos; porque el airado y envidioso siempre se deleita en ejecutar su furor, aunque sea con acciones inhonestas, crueles y feas. Luego estos ministros del demonio con otros muchos llevaron á nuestro Salvador JESÚS al lugar de aquel suplicio, que era un patio ó zaguan de la casa donde solian

[1] Joan. IX, 16. — [2] Matth. V, 17. — [3] Eccles. IV, 10. — [4] Joan. XIX, 1.

dar tormento á otros delincuentes para que confesaran sus delitos. Este patio era de un edificio no muy alto y rodeado de columnas, que unas estaban cubiertas con el edificio que sustentaban, y otras descubiertas y mas bajas. Á una columna de estas, que era de mármol, le ataron fuertemente; porque siempre le juzgaban por mágico, y temian no se les fuese de entre las manos.

1337. Desnudaron á Cristo nuestro Redentor primero la vestidura blanca, no con menor ignominia que en casa del adúltero homicida Herodes se la habian vestido. Y para desatarle las sogas y cadenas que debajo tenia desde la prision del huerto, le maltrataron impíamente, rompiéndole las llagas que las mismas prisiones por estar tan apretadas le habian abierto en los brazos y muñecas. Y dejándole sueltas las manos divinas, le mandaron con ignominioso imperio y blasfemia que el mismo Señor se despojase de la túnica inconsútil que iba vestido. Esta era la misma en número que su Madre santísima le habia vestido en Egipto, cuando al dulcísimo Jesús niño le puso en pié, como en su lugar queda advertido [1]. Sola esta túnica tenia entonces el Señor, porque en el huerto, cuando le prendieron, le quitaron un manto ó capa que solia traer sobre la túnica. Obedeció el Hijo del eterno Padre á los verdugos, y comenzó á desnudarse, para quedar en presencia de tanta gente con la afrenta de la desnudez de su sagrado y honestísimo cuerpo. Y los ministros de aquella crueldad, pareciéndoles que la modestia del Señor tardaba mucho á despojarse, le asieron de la túnica con violencia, para desnudarle muy apriesa, y como dicen á rodapelo. Quedó su Majestad totalmente desnudo, salvo unos paños de honestidad que traia debajo la túnica, que tambien eran los mismos que su Madre santísima le vistió en Egipto con la tunicela; porque todo habia crecido con el sagrado cuerpo, sin habérselos desnudado, ni esta ropa ni el calzado que la misma Señora le puso, salvo en la predicacion, como entonces dije [2], que muchas veces andaba el pié por tierra.

1338. Algunos Doctores entiendo que han dicho ó meditado que á nuestro Salvador Jesús en esta ocasion de los azotes, y para ser crucificado, le desnudaron del todo, permitiendo su Majestad aquella confusion para mayor tormento de su persona. Pero habiendo inquirido la verdad, con nuevo órden de la obediencia, se me ha declarado que la paciencia del divino Maestro estuvo aparejada para padecer todo lo que fuera decente y sin resistencia á ningun oprobrio. Y que los verdugos intentaron este agravio de la total desnu-

[1] Supr. n. 691. — [2] Ibid. n. 1168.

dez de su cuerpo santísimo, y llegaron á querer despojarle de aquellos paños de honestidad con que solo habia quedado. Pero no lo pudieron conseguir; porque en llegando á tocarlos, se les quedaban los brazos yertos y helados, como sucedió en casa de Caifás, cuando pretendieron desnudar al Señor del cielo, y queda dicho en el capítulo XVII [1]. Y aunque todos los seis verdugos llegaron á probar sus fuerzas en esta injuria, les sucedió lo mismo; no obstante que despues, para azotar al Señor con mas crueldad, estos ministros del pecado le levantaron algo los paños de la honestidad; y á esto dió lugar su Majestad, mas no á que le despojasen del todo y se los quitasen. Tampoco el milagro de verse impedidos y entorpecidos para aquel desacato movió ni ablandó los corazones de aquellas fieras humanas; pero con insania diabólica lo atribuyeron á la hechicería y arte mágica que imputaban á el Autor de la verdad y vida.

1339. En esta forma quedó su Majestad desnudo en presencia de mucha gente, y los seis verdugos le ataron cruelmente á una columna de aquel edificio para castigarle mas á su salvo. Luego por su órden de dos en dos le azotaron con crueldad tan inaudita, que no pudo caer en condicion humana, si el mismo Lucifer no se hubiera revestido en el impío corazon de aquellos sus ministros. Los dos primeros azotaron al inocentísimo Señor con unos ramales de cordeles muy retorcidos, endurecidos y gruesos, estrenando en este sacrilegio todo el furor de su indignacion, y las fuerzas de sus potencias corporales. Con estos primeros azotes levantaron en el cuerpo deificado de nuestro Salvador grandes cardenales y verdugos, de que le cuajaron todo, quedando entumecido y desfigurado, y por todas partes para reventar la preciosísima sangre por las heridas. Pero cansados estos sayones, entraron de nuevo y á porfía los otros dos segundos; y con los segundos ramales de correas como riendas durísimas le azotaron sobre las primeras heridas, rompiendo todas las ronchas y cardenales que los primeros habian hecho, y derramando la sangre divina, que no solo bañó todo el sagrado cuerpo de Jesús nuestro Salvador, sino que salpicó y cubrió las vestiduras de los ministros sacrílegos que le atormentaban, y corrió hasta la tierra. Con esto se retiraron los segundos verdugos, y comenzaron los terceros, sirviéndoles de nuevos instrumentos unos ramales de nervios de animales, cási duros como mimbres ya secas. Estos azotaron al Señor con mayor crueldad, no solo porque ya no herian á su virginal cuerpo, sino á las mismas heridas que los primeros habian dejado; y tambien

[1] Supr. n. 1290.

porque de nuevo fueron ocultamente irritados por los demonios, que de la paciencia de Cristo estaban mas enfurecidos.

1340. Y como en el sagrado cuerpo estaban ya rotas las venas, y todo él era una llaga continuada, no hallaron estos terceros verdugos parte sana en que abrirlas de nuevo. Y repitiendo los inhumanos golpes rompieron las inmaculadas y virgíneas carnes de Cristo nuestro Redentor, derribando al suelo muchos pedazos de ella, y descubriendo los huesos en muchas partes de las espaldas, donde se manifestaban patentes y rubricados con la sangre; y en algunas se descubrian en mas espacio del hueso que una palma de la mano. Y para borrar del todo aquella hermosura que excedia á todos los hijos de los hombres [1], le azotaron en su divino rostro, en los piés y en las manos, sin dejar lugar que no hiriesen, donde pudieron extender su furor y alcanzar la indignacion que contra el inocentísimo Cordero habian concebido. Corrió su divina sangre por el suelo, resbalándose en muchas partes con abundancia. Y estos golpes que le dieron en piés, manos y en el rostro fueron de incomparable dolor, por ser estas partes mas nerviosas, sensibles y delicadas. Quedó aquella venerable cara entumecida y llagada, hasta cegarle los ojos con la sangre y cardenales que en ella hicieron. Sobre todo esto le llenaron de salivas inmundísimas, que á un mismo tiempo le arrojaron, hartándole de oprobrios [2]. El número ajustado de los azotes que dieron al Salvador fue cinco mil ciento y quince, desde las plantas de los piés hasta la cabeza. Y el gran Señor y Autor de toda criatura, que por su naturaleza divina era impasible, quedó por nosotros, y en la condicion de nuestra carne, hecho varon de dolores (como lo habia profetizado Isaías), y muy sábio en la experiencia de nuestras enfermedades, el novísimo de los hombres [3], y reputado por el desprecio de todos.

1341. La multitud del pueblo que seguia á Jesús Nazareno nuestro Salvador, tenia ocupados los zaguanes de la casa de Pilatos hasta las calles; porque todos esperaban el fin de aquella novedad, discurriendo y hablando con un tumulto confusísimo, segun el juicio que cada uno concebia. Entre toda esta confusion la Madre Vírgen padeció incomparables denuestos y tribulaciones de los oprobrios y blasfemias que los judíos y otros gentiles decian contra su Hijo santísimo. Y cuando le llevaban al lugar de los azotes, se retiró la prudentísima Señora á un rincon del zaguan con las Marías y san Juan, que la asistian y acompañaban en su dolor. Retirada en aquel pues-

[1] Psalm. XLIV, 3. — [2] Thren. III, 30. — [3] Isai. LIII, 3.

to vió por vision clarísima todos los azotes y tormentos que padecia nuestro Salvador. Y aunque no los vió con los ojos del cuerpo, nada le fue oculto, mas que si estuviera mirándole muy de cerca. No puede caer en humano pensamiento cuáles y cuántos fueron los dolores y aflicciones que en esta ocasion padeció la gran Reina y Señora de los Ángeles, y se conocerán con otros misterios ocultos en la Divinidad, cuando allí se manifiesten á todos para gloria del Hijo y de la Madre. Ya he dicho en otros lugares de esta Historia, y mas en el discurso de la pasion del Señor [1], que sintió María santísima en su cuerpo todos los dolores que con las heridas sentia el Hijo. Y este dolor tuvo tambien en los azotes, sintiéndolos en todas las partes de su virginal cuerpo, donde se los daban á Cristo nuestro bien. Y aunque no derramó sangre mas de la que vertia con las lágrimas, ni se trasladaron las llagas á la candidísima paloma; pero el dolor la transformó y desfiguró de manera, que san Juan y las Marías la llegaron á desconocer por su semblante. Á mas de los dolores del cuerpo fueron inefables los que padeció en su purísima alma; porque allí fue donde añadiendo la ciencia se añadió el dolor [2]. Y sobre el amor natural de madre, y el de la suprema caridad de Cristo, ella sola supo y pudo ponderar sobre todas las criaturas la inocencia de Cristo, la dignidad de su divina persona, y el peso de las injurias que recibia de la perfidia judáica, y de los mismos hijos de Adan, á quienes redimia de la eterna muerte.

1342. Ejecutada la sentencia de los azotes, los mismos verdugos con imperioso desacato desataron á nuestro Salvador de la columna, y renovando las blasfemias le mandaron se vistiese luego su túnica que le habian quitado. Pero uno de aquellos ministros, incitado del demonio, mientras azotaban al mansísimo Maestro habia escondido sus vestiduras, para que no pareciesen, y perseverase desnudo para mayor irrision y afrenta de su divina persona. Este mal intento del demonio conoció la Madre del Señor, y usando de la potestad de Reina, mandó á Lucifer se desviase de aquel lugar con todos sus demonios, y luego se alejaron compelidos de la virtud y poder de la gran Señora. Y ella dió órden que por mano de los santos Ángeles fuese restituida la túnica de su Hijo santísimo á donde su Majestad pudiese tomarla, para vestir su sagrado y lastimado cuerpo. Todo se ejecutó al punto, aunque los sacrílegos ministros no entendieron este milagro, ni cómo se habia obrado; pero todo lo atribuian á hechicería y arte del demonio. Vistióse nuestro Salvador, ha-

[1] Supr. n. 1219, 1236, 1261. — [2] Eccles. I, 18.

biendo padecido sobre sus llagas el nuevo dolor que le causaba el frio, porque de los Evangelistas [1] consta que le hacia, y su Majestad habia estado desnudo grande rato; con que la sangre de las heridas se le habia helado, y comprimian las llagas, que estaban entumecidas y mas dolorosas; las fuerzas eran menos para tolerarle, porque el frio las debilitaba; aunque el incendio de su infinita caridad las esforzaba á padecer y desear mas y mas. Y con ser la compasion tan natural en las criaturas racionales, no hubo quien se compadeciese de su afliccion y necesidad, si no es la dolorosa Madre, que por todo el linaje humano lloraba, se lastimaba y compadecia.

1343. Entre los sacramentos del Señor, ocultos á la humana sabiduría, causa grande admiracion que la indignacion de los judíos, que eran hombres sensibles de carne y sangre como nosotros, no se aplacase viendo á Cristo nuestro bien tan lastimado y herido de cinco mil ciento y quince azotes; y que un objeto tan lastimoso no les moviese á compasion natural; antes bien le quedó á la envidia materia para arbitrar nuevos modos de injurias y de tormentos contra quien estaba tan lastimado. Pero tan implacable era su furor, que luego intentaron otro nuevo y inaudito género de tormento. Fueron á Pilatos, y en el pretorio en presencia de los de su consejo le dijeron: Este seductor y engañador del pueblo, Jesús Nazareno, ha querido con sus embustes y vanidad que le tuvieran todos por Rey de los judíos; y para que se humille su soberbia y se desvanezca mas su presuncion, queremos que permitas le pongamos las insignias reales que mereció su fantasía. Consintió Pilatos con la injusta demanda de los judíos, para que la ejecutasen como lo desearon.

1344. Llevaron luego á Jesús nuestro Salvador al pretorio, donde le desnudaron con la misma crueldad y desacato, y le vistieron una ropa de púrpura muy lacerada y manchada, como vestidura de rey fingido, para irrision de todos. Pusiéronle tambien en su sagrada cabeza un seto de espinas muy tejido, que le sirviese de corona [2]. Era este seto de juncos espinosos, con puntas muy aceradas y fuertes; y se le apretaban de manera, que muchas le penetraron hasta el casco; algunas hasta los oidos, y otras hasta los ojos. Y por esto fue uno de los mayores tormentos el que padeció su Majestad con la corona de espinas. En vez de cetro real le pusieron en la mano derecha una caña contentible. Y sobre todo esto le arrojaron sobre los hombros un manto de color morado, al modo de las

[1] Marc. XIV, 55; Luc. XXII, 55; Joan. XVIII, 18. — [2] Joan. XIX, 2.

capas que se usan en la Iglesia; porque tambien este vestido pertenecia al adorno de la dignidad y persona de los reyes. Con toda esta ignominia armaron rey de burlas los pérfidos judíos al que por naturaleza y por todos títulos era verdadero Rey de los reyes y Señores de los señores [1]. Juntáronse luego todos los de la milicia en presencia de los pontífices y fariseos, y cogiendo en medio á nuestro Salvador Jesús, con desmedida irrision y mofa le llenaron de blasfemia [2]; porque unos le hincaban las rodillas, y con burla le decian: Dios te salve, Rey de los judíos. Otros le daban de bofetadas: otros con la misma caña que tenia en sus manos herian su divina cabeza, dejándola lastimada: otros le arrojaban inmundísimas salivas; y todos le injuriaban y despreciaban con diferentes contumelias, administradas del demonio por medio de su furor diabólico.

1345. ¡Oh caridad incomprehensible y sin medida! ¡Oh paciencia nunca vista ni imaginada entre los hijos de Adan! ¿Quién, Señor y bien mio, pudo obligar á tu grandeza para que te humillaras, siendo verdadero y poderoso Dios en tu ser y en tus obras, á padecer tan inauditos tormentos, oprobrios y blasfemias? Pero ¿quién, ó Bien infinito, dejó de desobligarte entre todos los hombres, para que nada hicieras ni padecieras por ellos? ¿Quién tal pensara ni creyera, si no conociéramos tu bondad infinita? Mas, ya que la conocemos, y con la firmeza de la santa fe miramos tan admirables beneficios y maravillas de tu amor, ¿dónde está nuestro juicio? ¿Qué hace la luz de la verdad que confesamos? ¿Qué encanto es este que padecemos; pues á vista de tus dolores, azotes, espinas, oprobrios y contumelias, buscamos sin vergüenza ni temor los deleites, el regalo, el descanso, las mayorías y vanidades del mundo? Verdaderamente es grande el número de los necios [3], pues la mayor estulticia y fealdad es conocer la deuda y no pagarla; recibir el beneficio y nunca agradecerle; tener á los ojos el mayor bien y despreciarle; apartarle de nosotros y no lograrle; dejar la vida, huir de ella, y seguir la eterna muerte. No despegó su boca el inocentísimo cordero Jesús, entre tales y tantos oprobrios. Ni tampoco se aplacó la indignacion furiosa de los judíos, ni con la irrision y escarnios que hizo del divino Maestro, ni con los tormentos que añadió á los desprecios de su sobredignísima persona.

1346. Parecióle á Pilatos que un espectáculo tan lastimoso como

[1] Apoc. XIX, 16. — [2] Joan. XIX, 2, 3; Matth. XXVII, 29; Marc. XV, 19.
[3] Eccles. I, 15.

estaba Jesús Nazareno moveria y confundiria los corazones de aquel ingrato pueblo; y mandóle sacar del pretorío á una ventana donde todos le viesen así como estaba azotado, desfigurado y coronado de espinas con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y hablando el mismo Pilatos al pueblo, les dijo [1]: *Ecce Homo*. Veis aquí el hombre que teneis por vuestro enemigo. ¿Qué mas puedo hacer con él que haberle castigado con tanto rigor y severidad? No tendréis ya que temerle. Yo no hallo en él causa de muerte. Verdad cierta y segura era la que decia el juez; pero con ella misma condenaba su injustísima impiedad, pues á un hombre que conocia y confesaba por justo, y sabia que no era digno de muerte, le habia hecho atormentar, y consentídolo de manera, que le pudieran quitar los tormentos una y muchas vidas. ¡Oh ceguera del amor propio, y maldad de contemplar con los que dan ó quitan las dignidades! ¡Cómo escurecen la razon estos motivos, y tuercen el peso de la justicia, y la adulteraron en la verdad mayor, y en la condenacion del Justo de los justos! Temblad, jueces que juzgais la tierra [2], y mirad que los pesos de vuestros juicios y dictámenes no sean engañosos; porque los juzgados y condenados en una injusta sentencia, vosotros sois. Como los pontífices y fariseos deseaban quitar la vida á Cristo nuestro Salvador con efecto y ira insaciable, nada menos que la muerte de su Majestad les contentaba ni satisfacia; y así respondieron á Pilatos: Crucifícale, crucifícale [3].

1347. La bendita entre las mujeres María santísima vió á su benditísimo Hijo, cuando Pilatos le manifestó y dijo: *Ecce Homo;* y puesta de rodillas le adoró y confesó por verdadero Dios-Hombre. Lo mismo hicieron san Juan y las Marías, y todos los Ángeles que asistian á su gran Reina y Señora; porque ella, como Madre de nuestro Salvador, y como Reina de todos, les ordenó que lo hiciesen así; á mas de la voluntad que los santos Ángeles conocian en el mismo Dios. Habló la prudentísima Señora con el eterno Padre, con los santos Ángeles, y mucho mas con su amantísimo Hijo palabras llenas de gran peso, de dolor, compasion y profunda reverencia, que en su inflamado y castísimo pecho se pudieron concebir. Consideró tambien con su altísima sabiduría que en aquella ocasion en que su Hijo santísimo estaba tan afrentado, burlado, despreciado y escarnecido de los judíos, convenia en el modo mas oportuno conservar el crédito de su inocencia. Con este prudentísimo acuerdo renovó la divina Madre las peticiones que arriba dije [4] hizo por Pilatos, para

[1] Joan. xix, 5. — [2] Psalm. ii, à v. 10. — [3] Joan. xix, 6. — [4] Supr. n. 1300.

que continuase en declarar como juez que Jesús nuestro Redentor no era digno de muerte, ni malhechor, como los judíos pretendian, y que el mundo lo entendiese.

1348. En virtud de esta oracion de María santísima sintió Pilatos grande compasion de ver al Señor tan lastimado de los azotes y oprobrios, y le pesó que le hubiesen castigado con tanta impiedad. Y aunque á todos estos movimientos le ayudó algo el ser de condicion mas blanda y compasiva; pero lo mas obraba en él la luz que recibia por intercesion de la gran Reina y Madre de la gracia. Y de esta misma luz se movió el injusto juez, para tener tantas demandas y respuestas con los judíos sobre soltar á Jesús nuestro Salvador, como lo refiere el evangelista san Juan en el capítulo xix [1], despues de la coronacion de espinas. Y pidiéndole ellos que le crucificase, respondió Pilatos [2]: Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo causa justa para hacerlo. Replicaron los judíos: Conforme á nuestra ley es digno de muerte, porque se hace Hijo de Dios. Esta réplica puso mayor miedo á Pilatos; porque hizo concepto que podia ser verdad que Jesús era Hijo de Dios, en la forma que él sentia de la Divinidad. Por este miedo se retiró al pretorio, donde á solas habló con el Señor, y le preguntó de dónde era [3]. No respondió su Majestad á esta pregunta; porque no estaba Pilatos en estado de entender la respuesta, ni la merecia. Con todo eso volvió á instar, y dijo al Rey de el cielo [4]: Pues ¿á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, ó para darte por libre? Pretendió Pilatos obligar á Jesús con estas razones á que se disculpase y le respondiese algo de lo que deseaba saber. Parecióle que un hombre tan afligido y atormentado admitiria cualquiera honra y favor que le ofreciese el juez.

1349. Pero el Maestro de la verdad respondió á Pilatos sin excusarse, y con mayor alteza que él pedia, y así le dijo su Majestad [5]: *No tuvieras tú potestad alguna contra mí, si de lo alto no te fuera concedido; y por esto el que me entregó en tus manos cometió mayor pecado.* Con esta sola respuesta no pudiera este juez tener disculpa en condenar á Cristo; pues debia entender por ella, que sobre aquel Hombre Jesús no tenia él potestad, ni el César: que por órden mas alto era permitido que le entregasen á su jurisdicion contra razon y justicia; y que por esto Judas y los pontífices habian cometido mayor pecado que el mismo Pilatos en no soltarle; pero que tambien él era reo de la misma culpa, aunque no tanto como los otros.

[1] Joan. xix, 4. — [2] Ibid. 6, 7. — [3] Ibid. 9. — [4] Ibid. 10. — [5] Ibid. 11.

No llegó á conocer Pilatos esta misteriosa verdad; pero con todo eso se atemorizó mucho con las palabras de Cristo nuestro bien, y puso mayor esfuerzo en soltarlo. Los pontífices, que conocieron el intento de Pilatos, le amenazaron con la desgracia del Emperador, en que incurria; y caeria de ella, si le soltaba y no quitaba la vida á quien se levantaba por rey. Y le dijeron [1]: Si á este hombre dejas libre, no eres amigo del César: pues el que se hace rey contraviene á sus órdenes y mandatos. Dijeron esto, porque los emperadores romanos no consentian que sin su voluntad se atreviese nadie en todo el imperio á usurpar la vestidura ó título de rey; y si Pilatos lo consintiera, no guardara los decretos del César. Turbóse mucho con esta maliciosa amenaza y advertencia de los judíos, y sentándose en su tribunal [2] á la hora de sexta para sentenciar al Señor, volvió á instar otra vez, diciendo á los judíos [3]: Veis aquí á vuestro Rey. Respondieron todos: Quítale, quítale allá, crucifícale. Replicóles Pilatos: Pues ¿á vuestro Rey he de crucificar? Dijeron todos á voces: No tenemos otro rey fuera del César.

1350. Dejóse vencer Pilatos de la porfía y malicia de los judíos. Y estando en su tribunal (que en griego se llama Lithostrotos, y en hebreo Gabatha) dia de Parasceve, pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, como diré en el capítulo siguiente. Los judíos salieron de la sala con grande orgullo y alegría, publicando la sentencia del inocentísimo Cordero, en que ignorándolo ellos consistia nuestro remedio. Todo le fue notorio á la dolorosa Madre, que por vision expresa lo miraba desde fuera. Y cuando salieron los pontífices y fariseos publicando la condenacion de su Hijo santísimo á muerte de cruz, se renovó el dolor de aquel castísimo corazon, quedó dividido con el cuchillo de amargura que le penetró y traspasó sin piedad alguna. Y porque excede á todo humano pensamiento el dolor que aquí padeció María santísima, no puedo hablar en él, sino remitirlo á la piedad cristiana. Ni tampoco es posible referir los actos interiores que ejercitó de adoracion, culto, reverencia, amor, compasion, dolor y conformidad.

Doctrina que me dió la gran Señora y Reina del cielo.

1351. Hija mia, con admiracion discurres sobre la dureza y malicia de los judíos, y facilidad de Pilatos, que la conoció, y se dejó vencer de ella contra la inocencia de mi Hijo y mi Señor. De esta

[1] Joan. XIX, 12. — [2] Ibid. 13. — [3] Ibid. 14, 15.

admiracion quiero sacarte con la enseñanza y avisos que te convienen para ser cuidadosa en el camino de la vida. Ya sabes que las profecías antiguas de los misterios de la redencion y todas las Escrituras santas habian de ser infalibles; pues antes faltaria el cielo y tierra que se dejasen de cumplir [1], como en la mente divina estaban determinadas; y para ejecutarse la muerte torpísima que estaba profetizada darian á mi Señor [2], era necesario que hubiera hombres que le persiguiesen: pero que estos fuesen los judíos y sus pontífices, y el injusto juez Pilatos que le condenó, fue desdicha y suma infelicidad suya, y no eleccion del Altísimo, que á todos quisiera salvar [3]. Quien llevó á estos ministros á tanta ruina fueron sus propias culpas y suma malicia, con que resistieron á la gracia de los mayores beneficios de tener consigo á su Redentor y Maestro, tratarle, conocerle, oir su predicacion y doctrina, ver sus milagros y recibir tantos favores, que ninguno de los antiguos padres los alcanzaron, aunque lo desearon [4]. Con esto se justificó la causa del Señor, y se conoció que cultivó su viña por su mano, y la llenó de beneficios [5]; y ella le dió en retorno espinas y abrojos, y quitó la vida al Dueño que la plantó, y no quiso reconocerle, como debia y podia mas que los extraños.

1352. Esto que sucedió en la cabeza Cristo mi Señor y Hijo, ha de suceder hasta el fin del mundo en los miembros de este cuerpo místico, que son los justos y predestinados; porque fuera monstruosidad que los miembros no correspondieran con la Cabeza, los hijos al Padre, y los discípulos al Maestro. Y aunque siempre han de ser necesarios los escándalos [6], porque siempre han de estar juntos en el mundo los justos y pecadores, los predestinados y los réprobos; siempre quien persiga, y quien sea perseguido, quien dé la muerte, y quien la padezca, quien mortifique, y quien sea mortificado: pero estas suertes se dividen por la malicia ó bondad de los hombres; y será desdichado aquel que por su culpa y mala voluntad hace que venga el escándalo que ha de venir al mundo; y para esto se hace instrumento del demonio. Esta obra comenzaron en la nueva Iglesia los pontífices y fariseos, y Pilatos, que todos labraron la cabeza de este hermosísimo cuerpo místico, y en el discurso del mundo imitan y siguen á los judíos y al demonio los que labran los miembros, que son los Santos y predestinados.

1353. Advierte, pues, ahora, carísima, cuál de estas suertes

[1] Matth. XXIV, 35; Act. III, 18. — [2] Sap. II, 20; Jerem. XI, 19.
[3] I Tim. II, 4. — [4] Matth. XIII, 17. — [5] Ibid. XXI, 33. — [6] Ibid. XVIII, 7.

quieres elegir en presencia de mi Señor y mia. Y si cuando tu Redentor, tu Esposo y tu Cabeza fue atormentado, afligido, coronado de espinas y lleno de ignominias, quieres tú ser parte suya y miembro de este cuerpo místico, no es conveniente ni posible que vivas en regalo segun la carne. Tú has de ser la perseguida, y no perseguir; la oprimida, y no oprimir; la que lleves la cruz, y sufras el escándalo, y no le causes; tú la que padezcas, y no hagas padecer á ninguno de tus prójimos; antes bien debes procurarles su remedio y salvacion en cuanto á tí fuere posible, continuando la perfeccion de tu estado y vocacion. Esta es la parte de los amigos de Dios y la herencia de sus hijos en la vida mortal, y en ella se contiene la participacion de la gracia y de la gloria, que con los tormentos y oprobrios, y con la muerte de cruz les adquirió mi Hijo y mi Señor: y yo tambien cooperé en esta obra, costándome los dolores y aflicciones que tú has entendido, cuyas especies y memoria nunca quiero que de tu interior se borren. Poderoso era el Altísimo para hacer grandes en lo temporal á sus predestinados, para darles riquezas, regalos y excelencia entre todos, y hacerlos fuertes como leones, y que todo lo rindieran á su invencible poder. Pero no convenia llevarlos por este camino, porque los hombres no se engañasen, pensando que en la grandeza de lo visible y terreno consistia su felicidad; y desampararan las virtudes, escurecieran la gloria del Señor, y no conocieran la eficacia de la divina gracia, ni aspiraran á lo espiritual y eterno. En esta ciencia quiero que estudies continuamente y te aproveches cada dia, obrando y ejecutando todo lo que con ella entiendes y conoces.

CAPÍTULO XXI.

Pronuncia Pilatos la sentencia de muerte contra el Autor de la vida; lleva su Majestad la cruz á cuestas en que ha de morir; síguele su Madre santísima, y lo que hizo la gran Señora en este paso contra el demonio, y otros sucesos.

Motivo de los judíos en desnudar á Cristo de la púrpura irrisoria y vestirle sus propias vestiduras para llevarle á la cruz.—Concurso de gentes á ver sacar á Cristo á justiciar.—Aspecto lastimoso con que salió Cristo de casa de Pilatos para ser crucificado.—Gritería confusa del pueblo á la vista de tan doloroso espectáculo.—Diversos juicios del pueblo y naciones.—Solo san Juan de los Apóstoles se halló presente á este espectáculo.—Él y las tres Marías desfallecieron de dolor.—La Madre de Dios nunca desfalleció ni desmayó.—Admirable peso de sus acciones exteriores.—Pidió al Señor for-

taleciera á Juan y las Marías para que la acompañaran.—Operaciones de la Madre de Dios en este paso.—Publicacion de la sentencia de muerte que dió Pilatos contra Cristo.—Condenacion á muerte.—Declaracion del reo.—Forma de la muerte.—Motivos de la sentencia.—Circunstancias de afrenta.—Lugar del suplicio.—Título de la causa.—Mandato de no impedir su ejecucion.—Año de la muerte de Cristo.—Ajústase el cómputo de los años conforme al sentir de el Martirologio romano.—Cargaron en los hombros de Cristo la cruz.—Forma de que iba atado.—Cuantidad de la cruz.—Júbilo con que recibió Cristo en sus hombros la cruz.—Razones que la dijo en su interior al recibirla.—Ofrecimiento que hizo al Padre.—Ninguno de estos misterios le ocultaba á María.—Adoracion que hizo María con los Ángeles á la cruz luego que la recibió Cristo.—Acompañó á su Hijo en las caricias con que la recibió.—Cántico de alabanza del Redentor que compuso María en contraposicion de la sentencia.—Como ponderaba y penetraba María el sacramento de morir Dios por los hombres.—Fue María testigo de vista y de experiencia de lo que padeció su Hijo.—Cuando no tenia á la vista á su Hijo, sentia en su cuerpo y espíritu la correspondencia de los tormentos que le daban.—Jamás admitió alivio natural en la pasion, ni en el cuerpo ni en el espíritu.—Nuevo quebranto que sintieron los demonios al punto que recibió Cristo en sus hombros la cruz.—Concepto que hizo Lucifer de la novedad.—Determinó huir con los demonios al infierno.—Detúvolos María con su imperio mandándoles fuesen á la vista de la pasion al Calvario.—Fueron hasta el Calvario como atados acompañando á Cristo.—Tristeza y desaliento con que iban oprimidos.—Misterios de Cristo con la cruz en sus hombros.—Argúyese la mala correspondencia de los cristianos á los beneficios de la cruz.—Oracion del alma devota en este paso.—Apartábanse los judíos de la cruz como si fuese contagio.—Crueldades que hacian los ministros con Cristo llevando la cruz á cuestas.—Llagas que se le abrieron en las rodillas de las caidas con la cruz.—Llaga del hombro con su peso.—Tormento de la corona con los vaivenes de la cruz.—Otros oprobrios que iba padeciendo.—Pidió María al Padre le concediese estar al pié de la cruz en compañía de su Hijo.—Ordenó á los Ángeles lo dispusiesen.—Encuentro de María á su Hijo con la cruz en los hombros.—Pidióle dispusiese que le ayudase alguno á llevar la cruz.—Efecto de esta peticion.—Dolor de María en el camino del Calvario.—Razones que dijo María interiormente á su Hijo viendole llevar en sus hombros la cruz.—Llanto de las hijas de Jerusalen.—Acreditó Cristo las lágrimas derramadas por su pasion, y les dirigió el fin.—Declaracion de las palabras que les dijo Cristo.—Obligaron los judíos á Simon Cireneo á llevar la cruz.—Cautelas de los judíos para que todos se persuadiesen que Jesús era insigne malhechor.—Altísima conformidad de María con la voluntad del Padre en toda la pasion de su Hijo.—Formar á la alma verdadera discípula de Cristo es el fin de esta Historia.—La cruz es el único y verdadero camino de la vida.—Causa de ser tan pocos los que se disponen á seguirle.—Enemigos de la cruz quiénes son.—Engaño de los que piensan siguen á Cristo sin padecer, obrar ni trabajar.—Luz para salir de este engaño.—Séquito perfecto de Cristo y de su Madre en el camino de la cruz.

1354. Decretó Pilatos la sentencia de muerte de cruz contra la misma vida, Jesús nuestro Salvador, á satisfacion y gusto de los

pontífices y fariseos. Y habiéndola intimado y notificado al inocentísimo reo, retiraron á su Majestad á otro lugar en la casa del juez, donde le desnudaron la púrpura ignominiosa que le habian puesto como á rey de burlas y fingido. Todo fue con misterio de parte del Señor; aunque de parte de los judíos fue acuerdo de su malicia, para que fuese llevado al suplicio de la cruz con sus propias vestiduras, y por ellas le conociesen todos; porque de los azotes, salivas y corona estaba tan desfigurado su divino rostro, que solo por el vestido pudo ser conocido del pueblo. Vistiéronle la túnica inconsútil, que los Ángeles con órden de su Reina administraron, trayéndola ocultamente de un rincon, á donde los ministros la habian arrojado en otro aposento en que se la quitaron, cuando le pusieron la púrpura de irrision y escándalo. Pero nada de esto entendieron los judíos, ni tampoco atendieron á ello, por la solicitud que traian en acelerarle la muerte.

1355. Por esta diligencia de los judíos corrió luego por toda Jerusalen la voz de la sentencia de muerte que se habia pronunciado contra Jesús Nazareno, y de tropel concurrió todo el pueblo á la casa de Pilatos para verle sacar á justiciar. Estaba la ciudad llena de gente, porque á mas de sus innumerables moradores habian concurrido de todas partes otros muchos á celebrar la Pascua, y todos acudieron á la novedad, y llenaron las calles hasta el palacio de Pilatos. Era viernes, dia de Parasceve [1], que en griego significa lo mismo que preparacion ó disposicion; porque aquel dia se prevenian y disponian los hebreos para el siguiente del sábado, que era su gran solemnidad, y en ella no hacian obras serviles, ni para prevenir la comida, y todo se hacia el viernes. Á vista de todo este pueblo sacaron á nuestro Salvador con sus propias vestiduras, tan desfigurado y encubierto su divino rostro en las llagas, sangre y salivas, que nadie le reputara por el mismo que antes habia visto y conocido. Apareció, como dijo Isaías, como leproso y herido del Señor [2]; porque la sangre seca y los cardenales le habian transfigurado en una llaga. De las inmundas salivas le habian limpiado algunas veces los santos Ángeles, por mandárselo la afligida Madre; pero luego las volvian á repetir y renovar con tanto exceso, que en esta ocasion apareció todo cubierto de aquellas asquerosas inmundicias. Á la vista de tan doloroso espectáculo se levantó en el pueblo una tan confusa gritería y alboroto, que nada se entendia ni oia, mas del bullicio y eco de las voces. Mas entre todas resonaban las de los pontífices y fariseos,

[1] Joan. XIX, 14. — [2] Isai. LIII, 4.

que con descompuesta alegría y escarnio hablaban con la gente para que se quietasen, y despejásen la calle por donde habian de sacar al divino sentenciado, y para que oyeran su capital sentencia. Todo lo demás del pueblo estaba dividido en juicios y lleno de confusion, segun los dictámenes de cada uno. Y las naciones diferentes que á el espectáculo asistian, los que habian sido beneficiados y socorridos de la piedad y milagros del Salvador, y los que habian oido y recibido su doctrina, y eran sus aliados y conocidos; unos lloraban con lastimosa amargura, otros preguntaban qué delitos habia cometido aquel Hombre para tales castigos. Otros estaban turbados y enmudecidos, y todo era confusion y tumulto.

1356. De los once Apóstoles solo san Juan se halló presente, que con la dolorosa Madre y las Marías estaba á la vista, aunque algo retirados de la multitud. Y cuando el santo Apóstol vió á su divino Maestro (de quien consideraba era amado) que le sacaron en público, fue tan lastimada su alma de dolor, que llegó á desfallecer y perder los pulsos, quedando con un mortal semblante. Las tres Marías desfallecieron con un desmayo muy helado. Pero la Reina de las virtudes estuvo invicta, y su magnánimo corazon, con lo sumo del dolor, sobre todo humano discurso, nunca desfalleció ni desmayó; no padeció las imperfecciones de los desalientos y deliquios que los demás. En todo fue prudentísima, fuerte y admirable; y de las acciones exteriores dispuso con tanto peso, que sin sollozos ni voces confortó á las Marías y á san Juan; y pidió al Señor las fortaleciese y asistiese con su diestra, para que con él y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la pasion. En virtud de esta oracion fueron consolados y animados el Apóstol y las Marías para volver en sí y hablar á la gran Señora del cielo. Entre tanta confusion y amargura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas. Atendia á su Hijo y Dios verdadero; oraba al eterno Padre, presentábale los dolores y pasion, acompañando á las mismas obras con que nuestro Salvador lo hacia. Conocia la malicia del pecado, penetraba los misterios de la redencion humana, convidaba á los Ángeles, rogaba por los amigos y enemigos; y dando el punto al amor de Madre y al dolor que le correspondia, llenaba juntamente todo el coro de sus virtudes con admiracion de los cielos y sumo agrado de la Divinidad. Y porque no es posible reducir á mis términos las razones que formaba esta gran Madre de la sabiduría en su corazon, y tal vez en sus labios, lo remito á la piedad cristiana.

1357. Procuraban los pontífices y ministros de justicia sosegar al pueblo, y que tuviese silencio para oir la sentencia de Jesús Nazareno, que despues de habérsela notificado en su persona la querian leer en público y á su presencia. Quietándose la turba, estando su Majestad en pié como reo, comenzaron á leerla, y en alta voz, que todos la entendiesen; y despues la fueron repitiendo por las calles, y últimamente al pié de la cruz. La sentencia anda vulgar impresa, como yo la he visto; y segun la inteligencia que he tenido en sustancia, es verdadera, salvo algunas palabras que se le han añadido. Yo no las pondré aquí, porque á mí se me han dado las que sin añadir ni quitar escribo, y fue como se sigue:

TENOR DE LA SENTENCIA DE MUERTE QUE DIÓ PILATOS CONTRA JESÚS NAZARENO NUESTRO SALVADOR.

1358. *Yo Poncio Pilato, presidente en la inferior Galilea, aquí en Jerusalen regente por el imperio romano, dentro del palacio de archipresidencia, juzgo, sentencio y pronuncio que condeno á muerte á* Jesús, *llamado de la plebe Nazareno, y de patria galileo, hombre sedicioso, contrario de la ley y de nuestro Senado, y del grande emperador Tiberio César. Y por la dicha mi sentencia determino, que su muerte sea en cruz, fijado con clavos á usanza de reos; porque aquí, juntando y congregando cada dia muchos hombres pobres y ricos, no ha cesado de remover tumultos por toda Judea, haciéndose Hijo de Dios y Rey de Israel, con amenazarles la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalen y su templo, y del sacro Imperio, negando el tributo al César, y por haber tenido atrevimiento de entrar con ramos y triunfo con gran parte de la plebe dentro de la misma ciudad de Jerusalen y en el sacro templo de Salomon. Mando al primer centurion, llamado Quinto Cornelio, que le lleve por la dicha ciudad de Jerusalen á la vergüenza, ligado así como está, azotado por mi mandamiento. Y séanle puestas sus vestiduras para que sea conocido de todos, y la propia cruz en que ha de ser crucificado. Vaya en medio de los otros dos ladrones, por todas las calles públicas, que asimismo están condenados á muerte por hurtos y homicidios que han cometido, para que de esta manera sea ejemplo de todas las gentes y malhechores.*

Quiero asimismo y mando por esta mi sentencia, que despues de haber así traido por las calles públicas á este malhechor, le saquen de la ciudad por la puerta Pagora, la que ahora es llamada Antoniana, y con voz de pregonero que diga todas estas culpas en esta mi sentencia

expresadas, le lleven al monte que se dice Calvario, donde se acostumbra á ejecutar y hacer la justicia de los malhechores facinorosos, y allí fijado y crucificado en la misma cruz que llevare (como arriba se dijo), quede su cuerpo colgado entre los dichos dos ladrones. Y sobre la cruz, que es en lo mas alto de ella, le sea puesto el título de su nombre en las tres lenguas que ahora mas se usan; conviene á saber, hebrea, griega y latina, y que en todas ellas y cada una diga: ESTE ES JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS, *para que todos lo entiendan y sea conocido de todos.*

Asimismo mando, so pena de perdicion de bienes y de la vida y de rebelion al imperio romano, que ninguno, de cualquiera estado y condicion que sea, se atreva temerariamente á impedir la dicha justicia por mí mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo rigor, segun los decretos y leyes romanas y hebreas. Año de la creacion del mundo cinco mil doscientos treinta y tres, dia veinte y cinco de marzo. Pontius Pilatus Judex et Gubernator Galilææ inferioris pro Romano Imperio qui supra propria manu.

1359. Conforme á este cómputo, la creacion del mundo fue en marzo; y del dia que fue criado Adan hasta la encarnacion del Verbo, pasaron cinco mil ciento y noventa y nueve años; y añadiendo los nueve meses que estuvo en el virginal vientre de su Madre santísima, y treinta y tres años que vivió, hacen los cinco mil doscientos y treinta y tres, y los tres meses que conforme al cómputo romano de los años restan hasta veinte y cinco del mes de marzo; porque segun esta cuenta de la Iglesia romana, al primer año del mundo no le tocan mas de nueve meses y siete dias, para comenzar el segundo año del primero de enero. Entre las opiniones de los Doctores he entendido que la verdadera es la de la santa Iglesia en el Martirologio romano, como lo dije tambien en el capítulo de la Encarnacion de Cristo nuestro Señor, en el libro I de la segunda parte, capítulo XI.

1360. Leida la sentencia de Pilatos contra nuestro Salvador, que dejo referida, con alta voz en presencia de todo el pueblo, los ministros cargaron sobre los delicados y llagados hombros de JESÚS la pesada cruz en que habia de ser crucificado. Y para que la llevase le desataron las manos con que la tuviese, pero no el cuerpo, para que pudiesen ellos llevarle asido tirando de las sogas con que estaba ceñido; y para mayor crueldad le dieron con ellas á la garganta dos vueltas. Era la cruz de quince piés en largo, gruesa, y de madera muy pesada. Comenzó el pregon de la sentencia, y toda aquella mul-

titud confusa y turbulenta de pueblo, ministros y soldados, con gran estrépito y vocería se movió con una desconcertada procesion, para encaminarse por las calles de Jerusalen desde el palacio de Pilatos para el monte Calvario. El Maestro y Redentor del mundo Jesús, cuando llegó á recibir la cruz, mirándola con semblante lleno de júbilo y extremada alegría (cual suele mostrar el esposo con las ricas joyas de su esposa), habló con ella en su secreto, y la recibió con estas razones:

1361. *Ó cruz deseada de mi alma, prevenida y hallada de mis deseos, ven á mí, amada mia, para que me recibas en tus brazos, y en ellos como en altar sagrado reciba mi eterno Padre el sacrificio de la eterna reconciliacion con el linaje humano. Para morir en tí bajé del cielo en vida y carne mortal y pasible; porque tú has de ser el cetro con que triunfaré de todos mis enemigos, la llave con que abriré las puertas del paraíso á mis predestinados* [1], *el sagrado donde hallen misericordia los culpados hijos de Adan, y la oficina de los tesoros que pueden enriquecer su pobreza. En tí quiero acreditar las deshonras y oprobrios de los hombres, para que mis amigos los abracen con alegría y los soliciten con ansias amorosas, para seguirme por el camino que yo les abriré contigo. Padre mio y Dios eterno, yo te confieso Señor del cielo y tierra* [2], *y obedeciendo á tu poder y querer divino, cargo sobre mis hombros la leña del sacrificio de mi pasible humanidad inocentísima, y le admito de voluntad por la salud eterna de los hombres. Recibidle, Padre mio, como aceptable á vuestra justicia, para que de hoy mas no sean siervos sino hijos y herederos conmigo de vuestro reino* [3].

1362. Á la vista de tan sagrados misterios y sucesos, estaba la gran Señora del mundo María santísima sin que alguno se le ocultase; porque de todos tenia altísima noticia y comprehension sobre los mismos Ángeles; y los sucesos que no podia ver con los ojos corporales, los conocia con la inteligencia y ciencia de la revelacion, que se los manifestaba con las operaciones interiores de su Hijo santísimo. Con esta luz divina conoció el valor infinito que redundó en el madero santo de la cruz, al punto que recibió el contacto de la humanidad deificada de Jesús nuestro Redentor. Luego la prudentísima Madre la adoró y veneró con el debido culto. Y lo mismo hicieron todos los espíritus soberanos que asistian al mismo Señor y á la Reina. Acompañó tambien á su Hijo santísimo en las caricias con que recibió la cruz, y le habló con otras semejantes palabras y razones

[1] Isai. XXII, 22. — [2] Matth. XI, 25. — [3] Rom. VIII, 17.

que á ella tocaban como coadjutora del Redentor. Lo mismo hizo orando al eterno Padre, imitando en todo altísimamente como viva imágen á su original y ejemplar sin perder un punto. Cuando la voz del pregonero iba publicando y repitiendo la sentencia por las calles, oyéndola la divina Madre compuso un cántico de loores y alabanzas de la inocencia impecable de su Hijo y Dios santísimo, contraponiéndolos á los delitos que contenia la sentencia, y como quien glosaba las palabras en honra y gloria del mismo Señor. Á este cántico la ayudaron los santos Ángeles, con quienes lo iba ordenando y repitiendo, cuando los habitadores de Jerusalen iban blasfemando de su mismo Criador y Redentor.

1363. Y como toda la fe, la ciencia y el amor de las criaturas estaba resumido en esta ocasion de la pasion en el gran pecho de la Madre de la sabiduría, sola ella hacia el juicio rectísimo y el concepto digno de padecer y morir Dios por los hombres. Y sin perder la atencion á todo lo que exteriormente era necesario obrar, conferia y penetraba con su sabiduría todos los misterios de la redencion humana, y el modo como se iban ejecutando por medio de la ignorancia de los mismos hombres que eran redimidos. Penetraba con digna poderacion quién era el que padecia, lo que padecia, de quién y por quién lo padecia. De la dignidad de la persona de Cristo nuestro Redentor, que contenia las dos naturalezas, divina y humana, de sus perfecciones y atributos de entrambas, sola María santísima fue la que tuvo mas alta y penetrante ciencia, despues del mismo Señor. Por esta parte sola ella entre las puras criaturas llegó á darle la ponderacion debida á la pasion y muerte de su mismo Hijo y Dios verdadero. De lo que padeció no solo fue testigo de vista la cándida paloma, sino tambien lo fue de experiencia, en que ocasiona santa emulacion, no solo á los hombres, mas á los mismos Ángeles, que no alcanzaron esta gracia. Pero conocieron como la gran Reina y Señora sentia y padecia en el alma y cuerpo los mismos dolores y pasiones de su Hijo santísimo, y el agrado inexplicable que de ello recibia la beatísima Trinidad; y con esto recompensaron el dolor que no pudieron padecer en la gloria y alabanza que le dieron. Algunas veces que la dolorosa Madre no tenia á la vista á su Hijo santísimo, solia sentir en su virginal cuerpo y espíritu la correspondencia de los tormentos que daban al Señor, antes que por inteligencia se lo manifestase. Y como sobresaltada decia: ¡Ay de mí qué martirio le dan ahora á mi dulcísimo Dueño y mi Señor! Luego recibia la noticia clarísima de todo lo que con su Majestad se hacia. Pero fue tan ad-

mirable en la fidelidad de padecer, y en imitar á su dechado Cristo nuestro bien, que jamás la amantísima Madre admitió natural alivio en la pasion, no solo del cuerpo, porque ni descansó, ni comió, ni durmió; pero ni del espíritu, con alguna consideracion que la diese refrigerio, salvo cuando se le comunicaba el Altísimo con algun divino influjo: y entonces le admitia con humildad y agradecimiento, para recobrar nuevo esfuerzo con que atender mas ferviente al objeto doloroso y á la causa de sus tormentos. La misma ciencia y ponderacion hacia de la malicia de los judíos y ministros, y de la necesidad del linaje humano, y su ruina, y de la ingratísima condicion de los mortales, por quienes padecia su Hijo santísimo; y así lo conoció todo en grado eminente y perfectísimo, y lo sintió sobre todas las criaturas.

1364. Otro misterio oculto y admirable obró la diestra del Omnipotente en esta ocasion por mano de María santísima contra Lucifer y sus ministros infernales, y sucedió en esta forma: Como este dragon y los suyos asistian atentos á todo lo que iba sucediendo en la pasion del Señor, que ellos no acababan de conocer; al punto que su Majestad recibió la cruz sobre sus hombros, sintieron todos estos enemigos un nuevo quebranto y desfallecimiento, que con la ignorancia y novedad les causó grande admiracion, y una nueva tristeza llena de confusion y despecho. Con el sentimiento de estos nuevos y invencibles efectos se receló el príncipe de las tinieblas de que por aquella pasion y muerte de Cristo nuestro Señor le amenazaba alguna irreparable destruicion y ruina de su imperio. Y para no esperarle en presencia de Cristo nuestro bien, determinó el dragon hacer fuga y retirarse con todos sus secuaces á las cavernas del infierno. Cuando intentaba ejecutar este deseo se lo impidió nuestra gran Reina y Señora de todo lo criado; porque el Altísimo al mismo tiempo la ilustró y vistió de su poder, dándole conocimiento de lo que debia hacer. Y la divina Madre, convirtiéndose contra Lucifer y sus escuadrones, con imperio de Reina los detuvo para que no huyesen; y les mandó esperasen el fin de la pasion, y que fuesen á la vista de toda ella hasta el monte Calvario. Al imperio de la poderosa Reina no pudieron resistir los demonios; porque conocieron y sintieron la virtud divina que obraba en ella. Y rendidos á sus mandatos, fueron como atados y presos, acompañando á Cristo nuestro Señor hasta el Calvario, donde por la eterna Sabiduría estaba determinado que triunfase de ellos desde el trono de la cruz, como adelante lo verémos [1].

[1] Infr. n. 1412.

No hallo ejemplo con que manifestar la tristeza y desaliento con que desde este punto fueron oprimidos Lucifer y sus demonios. Pero, á nuestro modo de entender, iban al Calvario como los condenados que son llevados al suplicio, y el temor del castigo inevitable los desmaya, debilita y entristece. Y esta pena en el demonio fue conforme á su naturaleza y malicia, y correspondiente al daño que hizo en el mundo, introduciendo en él la muerte [1] y el pecado, por cuyo remedio iba á morir el mismo Dios.

1365. Prosiguió nuestro Salvador el camino del monte Calvario, llevando sobre sus hombros, como dijo Isaías [2], su mismo imperio y principado, que era la santa cruz, donde habia de reinar y sujetar al mundo, mereciendo la exaltacion de su nombre sobre todo nombre [3], y rescatando á todo el linaje humano de la potencia tiránica [4] que ganó el demonio sobre los hijos de Adan. Llamó el mismo Isaías yugo y cetro del cobrador [5] y ejecutor, que con imperio y exaccion cobraba el tributo de la primera culpa. Y para vencer este tirano, y destruir el cetro de su dominio y el yugo de nuestra servidumbre, puso Cristo nuestro Señor la cruz en el mismo lugar que se lleva el yugo de la servidumbre y el cetro de la potencia Real, como quien despojaba della al demonio y le trasladaba á sus hombros, para que los cautivos hijos de Adan, desde aquella hora que tomó su cruz, le reconociesen por su legítimo Señor y verdadero Rey, á quien sigan por el camino de la cruz [6], por la cual redujo á todos los mortales á su imperio [7], y los hizo vasallos y esclavos suyos comprados con el precio de su misma sangre y vida [8].

1366. Mas ¡ay dolor de nuestro ingratísimo olvido! Que los judíos y ministros de la pasion ignorasen este misterio escondido á los príncipes del mundo, y que no se atreviesen á tocar la cruz del Señor, porque la juzgaban por afrenta ignominiosa, culpa suya fue, y muy grande; pero no tanta como la nuestra, cuando ya está revelado este sacramento, y en fe de esta verdad condenamos la ceguera de los que persiguen á nuestro Bien y Señor. Pues si los culpamos porque ignoraron lo que debian conocer; ¿qué culpa será la nuestra, que conociendo y confesando á Cristo Redentor nuestro le perseguimos y crucificamos [9] como ellos ofendiéndole? ¡Oh dulcísimo amor mio Jesús, luz de mi entendimiento y gloria de mi alma! no fies, Señor mio, de mi tardanza y torpeza, el seguirte con mi

[1] Sap. II, 24. — [2] Isai. IX, 6. — [3] Philip. II, 9. — [4] Colos. II, 15.
[5] Isai. IX, 4. — [6] Matth. XVI, 24. — [7] Joan. XII, 32. — [8] I Cor. VI, 20.
[9] Hebr. VI, 6.

cruz por el camino de la tuya. Toma por tu cuenta hacerme este favor; llévame, Señor, tras de tí, y correré en la fragrancia de tu ardentísimo amor [1], de tu inefable paciencia, de tu eminentísima humildad, desprecio y angustias, y en la participacion de tus oprobrios, afrentas y dolores. Esta sea mi parte y mi herencia en esta mortal y pesada vida, esta mi gloria y descanso; y fuera de tu cruz y ignominias, no quiero vida ni consuelo, sosiego ni alegría. Como los judíos y todo aquel pueblo ciego se desviaban en las calles de Jerusalen de no tocar la cruz del inocentísimo reo; el mismo Señor hacia calle y despejaba el puesto donde iba su Majestad, como si fuera contagio su gloriosa deshonra, en que le imaginaba la perfidia de sus perseguidores, aunque todo lo demás del camino estaba lleno de pueblo, confusion, gritería y vocería; y entre ella iba resonando el pregon de la sentencia.

1367. Los ministros de la justicia, como desnudos de toda humana compasion y piedad, llevaban á nuestro Salvador Jesús con increible crueldad y desacato. Tiraban unos de las sogas adelante, para que apresurase el paso; otros para atormentarle tiraban atrás, para detenerle. Y con estas violencias y el grave peso de la cruz le obligaban y compelian á dar muchos vaivenes y caidas en el suelo. Y con los golpes que recibia de las piedras se le abrieron llagas, en particular dos en las rodillas, renovándosele todas las veces que repetia las caidas. Y el peso de la cruz le abrió de nuevo otra llaga en el hombro que se la cargaron. Y con los vaivenes, unas veces topaba la cruz contra la sagrada cabeza, y otras la cabeza contra la cruz, y siempre las espinas de la corona le penetraban de nuevo con el golpe que recibia, profundándose mas en lo que no estaba herido de la carne. Á estos dolores añadian aquellos instrumentos de maldad muchos oprobrios de palabras y contumelias execrables, de salivas inmundísimas y polvo que arrojaban en su divino rostro, con tanto exceso, que le cegaban los ojos que misericordiosamente los miraban, con que se condenaban por indignos de tan graciosa vista. Con la priesa que se daban, sedientos de conseguir su muerte, no dejaban al mansísimo Maestro que tomase aliento; antes como en tan pocas horas habia cargado tanta lluvia de tormentos sobre aquella humanidad inocentísima, estaba desfallecida y desfigurada, y al parecer de quien le miraba, queria ya rendir la vida á los dolores y tormentos.

1368. Entre la multitud de la gente partió la dolorosa y lasti-

[1] Cant. I, 3.

mada Madre de casa de Pilatos en seguimiento de su Hijo santísimo, acompañada de san Juan, de la Magdalena y las otras Marías. Y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse mas cerca de su Majestad, pidió la gran Reina al eterno Padre, le concediese estar al pié de la cruz en compañía de su Hijo y Señor, de manera que pudiese verle corporalmente; y con la voluntad del Altísimo ordenó tambien á los santos Ángeles que dispusiesen ellos como aquello se ejecutase. Obedeciéronla los Ángeles con grande reverencia; y con toda presteza encaminaron á su Reina y Señora por el atajo de una calle, por donde salieron al encuentro de su Hijo santísimo, y se vieron cara á cara Hijo y Madre, reconociéndose entrambos, y renovándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecia; pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros diera lugar para hacerlo. Mas la prudentísima Madre adoró á su Hijo santísimo y Dios verdadero, afligido con el peso de la cruz; y con la voz interior le pidió, que pues ella no podia descansarle de la carga de la cruz, ni tampoco permitia que los Ángeles lo hicieran, que era á lo que la compasion la inclinaba, se dignase su potencia de poner en el corazon de aquellos ministros le diesen alguno que le ayudase á llevarla. Esta peticion admitió Cristo nuestro bien; y della resultó el conducir á Simon Cireneo para que llevase la cruz con el Señor [1]. Porque los fariseos y ministros se movieron para esto, unos de alguna natural humanidad, otros de temor que no acabase Cristo nuestro Señor la vida antes de llegar á quitársela en la misma cruz, porque iba su Majestad muy desfallecido, como queda dicho.

1369. Á todo humano encarecimiento y discurso excede el dolor que la candidísima paloma y Madre Vírgen sintió en este viaje del monte Calvario, llevando á su vista el objeto de su mismo Hijo, que sola ella sabia dignamente conocer y amar. Y no fuera posible que no desfalleciera y muriera, si el poder divino no la confortara, conservándola la vida. Con este amarguísimo dolor habló al Señor, y le dijo en su interior: *Hijo mio y Dios eterno, lumbre de mis ojos y vida de mi alma, recibid, Señor, el sacrificio doloroso de que no puedo aliviaros del peso de la cruz y llevarla yo, que soy hija de Adan, para morir en ella por vuestro amor, como Vos quereis morir por la ardentísima caridad del linaje humano. ¡Oh amantísimo Medianero entre la culpa y la justicia! ¿Cómo fomentais la misericordia con tantas injurias y entre tantas ofensas? ¡Oh caridad sin término ni medida,*

[1] Matth. XXVII, 32.

que para mayor incendio y eficacia dais lugar á los tormentos y oprobrios! ¡Oh amor infinito y dulcísimo, si los corazones de los hombres y todas las voluntades estuvieran en la mia para que no dieran tan mala correspondencia á lo que por todos padeceis! ¡Oh quién hablara al corazon de los mortales, y les intimara lo que os deben, pues tan caro os ha costado el rescate de su cautiverio y el remedio de su ruina! Otras razones prudentísimas y altísimas decia con estas la gran Señora del mundo que no puedo yo reducir á las mias.

1370. Seguian asimismo al Señor (como dice el evangelista san Lucas) con la turba de la gente popular otras muchas mujeres que se lamentaban y lloraban amargamente [1]. Y convirtiéndose á ellas el dulcísimo Jesús, las habló y dijo [2]: *Hijas de Jerusalen, no querais llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque dias vendrán en que dirán: Bienaventuradas las estériles, que nunca tuvieron hijos, ni les dieron leche de sus pechos. Y entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados, enterradnos. Porque si estas cosas pasan en el madero verde, ¿qué será en el que está seco?* Con estas razones misteriosas acreditó el Señor las lágrimas derramadas por su pasion santísima, y en algun modo las aprobó, dándose por obligado de su compasion; para enseñarnos en aquellas mujeres el fin que deben tener nuestras lágrimas, para que vayan bien encaminadas. Esto ignoraban entonces aquellas compasivas discípulas de nuestro Maestro, que lloraban sus afrentas y dolores, y no la causa por que los padecia; de que merecieron ser enseñadas y advertidas. Fue como si les dijera el Señor: Llorad sobre vuestros pecados, y de vuestros hijos, lo que yo padezco, y no por los mios, que no los tengo, ni es posible. Y si el compadeceros de mí es bueno y justo, mas quiero que lloreis vuestras culpas que mis penas padecidas por ellas, y con este modo de llorar pasará sobre vosotras y sobre vuestros hijos el precio de mi sangre y redencion que este ciego pueblo ignora. Porque vendrán dias (que serán los del juicio universal y del castigo) en que se juzgarán por dichosas las que no hubieren tenido generacion de hijos; y los prescitos pedirán á los montes y los collados que los cubran, para no ver mi indignacion. Porque si en mí, que soy inocente, han hecho estos efectos sus culpas, de que yo me encargué, ¿que harán en ellos, que estarán tan secos, sin fruto de gracia ni merecimientos?

1371. Para entender esta doctrina fueron ilustradas aquellas dichosas mujeres en premio de sus lágrimas y compasion. Cumplién-

[1] Luc. XIII, 27. — [2] Ibid. 28, 29, 30, 31.

dose lo que María santísima habia pedido, determinaron los pontífices, fariseos y los ministros conducir algun hombre que ayudase á Jesús nuestro Redentor en el trabajo de llevar la cruz hasta el Calvario. Llegó en esta ocasion Simon Cireneo (llamado así, porque era natural de Cirene, ciudad de Libia y venia á Jerusalen), que era padre de dos discípulos del Señor, llamados Alejandro y Rufo [1]. Á este Simon obligaron los judíos á que llevase la cruz parte del camino, sin tocarla ellos; porque se afrentaban de llegar á ella, como instrumento del castigo de un hombre á quien justiciaban por malhechor insigne. Esto pretendian que todo el pueblo entendiese con aquellas ceremonias y cautelas. Tomó la cruz el Cireneo, y fué siguiendo á Jesús, que iba entre los dos ladrones, para que todos creyesen era malhechor y facinoroso como ellos. Iba la Madre de Jesús nuestro Salvador muy cerca de su Majestad, como lo habia deseado y pedido al eterno Padre; con cuya voluntad estuvo tan conforme en todos los trabajos y martirios de la pasion de su Hijo, que participando y comunicando sus tormentos tan de cerca por todos sus sentidos, jamás tuvo movimiento ni ademan en su interior, ni el exterior, con que se inclinase á retratar la voluntad de que su Hijo y Dios no padeciese. Tanta fue su caridad y amor con los hombres, y tanta la gracia y santidad de esta Reina en vencer la naturaleza.

Doctrina que me dió la gran Reina y Señora.

1372. Hija mia, el fruto de la obediencia, por quien escribes la Historia de mi vida, quiero que sea formar en tí una verdadera discípula de mi Hijo santísimo y mia. Á esto se ordena en primer lugar la divina luz que recibes de tan altos y venerables sacramentos, y los documentos que tantas veces te repito, de que te desvies, desnudes y alejes tu corazon de todo afecto de criaturas, ni para tenerle, ni para admitirle de alguna. Con este desvío vencerás los impedimentos del demonio en tu blando natural peligrosos. Y yo, que le conozco, te aviso y te encamino como Madre y Maestra que te corrige y enseña. Con la ciencia del Altísimo conoces los misterios de su pasion y muerte, y el único y verdadero camino de la vida, que es el de la cruz, y que no todos los llamados son escogidos para ella. Muchos son los que dicen desean seguir á Cristo, y muy pocos los que verdaderamente se disponen á imitarle; porque en

[1] Marc. xv, 21.

llegando á sentir la cruz del padecer, la arrojan de sí y retroceden. El dolor de los trabajos es muy sensible y violento para la naturaleza humana por parte de la carne; y el fruto del espíritu es mas oculto, y pocos se gobiernan por la luz. Por esto hay tantos entre los mortales, que olvidados de la verdad escuchan á su carne, y siempre la quieren muy regalada y consentida. Son ardientes amadores de la honra, y despreciadores de las afrentas; codiciosos de la riqueza, y execradores de la pobreza; sedientos del deleite, y tímidos de la mortificacion. Todos estos son enemigos de la Cruz de Cristo [1], y con formidable horror huyen de ella, juzgándola por ignominia, como los que le crucificaron.

1373. Otro engaño se introduce en el mundo; que muchos piensan siguen á Cristo su Maestro, sin padecer, sin obrar y sin trabajar; y se dan por contentos con no ser muy atrevidos en cometer pecados, y remiten toda la perfeccion á una prudencia ó amor tibio, con que nada se niegan á su voluntad, ni ejecutan las virtudes que son costosas á la carne. De este engaño saldrian, si advirtiesen que mi Hijo santísimo no solo fue Redentor, sino Maestro; y no solo dejó en el mundo el tesoro de sus merecimientos como remedio de su condenacion, sino la medicina necesaria para la dolencia de que enfermó la naturaleza por el pecado. Nadie mas sábio que mi Hijo y mi Señor; nadie pudo entender la condicion del amor como su Majestad, que fue la misma sabiduría y caridad [2], y lo es; y asimismo era poderoso para ejecutar toda su voluntad. Y con todo esto, aunque pudo lo que queria, no eligió vida blanda y suave para la carne, sino trabajosa y llena de dolores; porque no era bastante ó cumplido magisterio redimir á los hombres, si no les enseñara á vencer el demonio, á la carne y á sí mismos; y que esta magnífica vitoria se alcanza con la cruz, por los trabajos, penitencia, mortificacion y desprecios, que son el índice y testimonio del amor y la divisa de los predestinados.

1374. Tú, hija mia, pues conoces el valor de la santa cruz y la honra que por ella recibieron las ignominias y tribulaciones, abraza tu cruz y llévala con alegría en seguimiento de mi Hijo y tu Maestro [3]. Tu gloria en la vida mortal sean las persecuciones, desprecios, enfermedades, tribulaciones [4], pobreza, humillacion, y cuanto es penoso y adverso á la condicion de la carne mortal. Y para que en todos ejercicios me imites y me dés gusto, no quiero que busques ni admitas alivio ni descanso en cosa terrena. No has

[1] Philip. III, 18. — [2] I Joan. IV, 16. — [3] Matth. XVI, 24. — [4] Rom. V, 3.

de ponderar contigo misma lo que padeces, ni manifestarlo con cariño de aliviarte. Menos has de encarecer, ni agravar las persecuciones y molestias que te dieren las criaturas, ni en tu boca se ha de oir que es mucho lo que padeces, ni compararlo con otros que trabajan. Y no te digo será culpa recibir algun alivio honesto y moderado, y querellarte con sufrimiento. Pero en tí, carísima, este alivio será infidelidad contra tu Esposo y Señor: porque te ha obligado á tí sola mas que á muchas generaciones; y tu correspondencia en padecer y amar no admite defecto ni descargo, si no fuere con plenitud de toda fineza y lealtad. Tan ajustada te quiere consigo mismo este Señor, que ni un suspiro has de dar á tu naturaleza flaca, sin otro mas alto fin que solo descansar y tomar consuelo. Y si el amor te compeliere, entonces te dejarás llevar de su fuerza suave, para descansar amando; y luego el amor de la cruz despedirá este alivio, como conoces que yo lo hacia con humilde rendimiento. Sea en tí regla general, que toda consolacion humana es imperfeccion y peligro. Y solo debes admitir lo que te enviare el Altísimo por sí ó por sus santos Ángeles. Y de los regalos de su divina diestra has de tomar con advertencia lo que te fortalezca para mas padecer y abstraerte de lo gustoso, que puede pasar á lo sensitivo.

CAPÍTULO XXII.

Como nuestro Salvador Jesús *fue crucificado en el monte Calvario, y las siete palabras que habló en la cruz, y le asistió María santísima su madre con gran dolor.*

Monte Calvario en que fue crucificado Cristo.—Cuán fatigado llegó Cristo á él. —Como confortó la divinidad á la humanidad sin aliviar sus tormentos.—Lugar cerca de Cristo en que estuvo en el Calvario su Madre.—Oracion que hizo María al Padre en el Calvario ofreciéndole á su Hijo para la redencion del mundo, como cosa propia por el derecho de madre.—Pondérase la grandeza de María en este sacrificio.—Declárase la cruel malicia de los judíos en dar á Cristo la bebida de vino mirrado con hiel.—Á peticion de su Madre lo dejó de beber Cristo.—Crueldad con que quitaron á Cristo la túnica inconsútil arrancándole con ella la corona y renovándole las llagas.—Volviéronle á poner la corona, abriéndole nuevas llagas.—Cuatro veces le desnudaron en su pasion.—Dolor de Cristo de estar desnudo.—Solo reservó su poder los paños de la honestidad.—Fue á peticion de su Madre el reservarlos.—Oracion que hizo Cristo al Padre mientras disponian lo necesario para crucificarle.—Ofrecimiento de su Madre y de la Iglesia.—Voluntad de morir por todos y de que se salven todos.—Especial ofrecimiento de los pobres, despreciados y afligidos.—Peticiones por los pecadores.—Acompañó Ma-

ría esta oracion respectivamente.—Admirable imitacion de María á su Hijo en todas sus operaciones desde su nacimiento hasta su muerte.—Correspondencia de la Madre al Hijo en los dolores sensibles de todos los tormentos y penas de su pasion.—Como se satisfizo al amor de Cristo quedando en María copiada su pasion.—Tendióse Cristo en la cruz mandándolo los verdugos para señalar los barrenos de los clavos.—Señaláronlos mas largos por malicia.—Tuvo María á su Hijo de un brazo, le adoró y le besó la mano, mientras barrenaban la cruz.—Extendióse Cristo en la cruz para que le crucificasen, mandándoselo los verdugos.—Claváronle la primera mano.—Crueldad con que tiraron la otra para que llegase al barreno que de malicia habian alargado.—Claváronle entrambos piés uno sobre otro con un clavo algo mas fuerte.—Deslocacion de los huesos del sagrado cuerpo.—Dolor inexplicable que padeció Cristo en el tormento de su crucificacion.—Exhortacion á la meditacion de este paso.—Afectos de la alma devota en su meditacion.—Determinaron los verdugos, para remachar los clavos, volver la cruz cogiendo debajo á Cristo.—Como ocurrió María á esta crueldad.—Sustentaron los Ángeles la cruz cerca de el suelo, sin que tocase al rostro de Cristo.—Ocultóseles á los verdugos y judíos este milagro.—Nueva crueldad con que levantaron y fijaron la cruz con Cristo crucificado.—Hiciéronle debajo de los brazos profundas heridas con las lanzas con que ayudaron á levantarle.—Espectáculo de Cristo crucificado en el aire.—Fuentes de sangre que corrian del sagrado cuerpo.—Crucificacion de los ladrones.—Escarnios que hicieron los judíos á Cristo crucificado.—Entrambos ladrones escarnecieron á Cristo al principio.—Celo de la honra de Cristo en que se enardeció María viendo cuánto procuraban obscurecerla los judíos.—Pidió al eterno Padre volviese por ella con señales manifiestas.—Mandato de María á las criaturas insensibles para que manifestasen el sentimiento de la muerte de el Criador.—Efectos de esta oracion y imperio de María.—Corazones que movió Dios á glorificar el Crucificado.—Constancia de Pilatos en no mudar el título glorioso de la cruz.—Maravillosas señales de sentimiento de todas las criaturas insensibles.—Perfidia de los judíos á vista de tantas maravillas.—Division de las vestiduras de Cristo y suerte sobre su túnica.—Misterio de romper la capa exterior de Cristo y no su túnica inconsútil.—Cátedra de la cruz.—Primera palabra de Cristo en ella.—Declárase en ella la caridad de Cristo.—Conversion de Dimas uno de los ladrones.—Segunda palabra de Cristo en la cruz.—Pondérase la felicidad del buen ladron.—Cuán bien practicó Dimas la doctrina de Cristo.—Tercera palabra de Cristo en la cruz.—Por qué llamó á María mujer y no Madre.—Sentido de esta palabra.—Nueva ilustracion que recibió aquí san Juan para el aprecio de la Madre de Dios.—Desde entonces prometió María obediencia.—Cuarta palabra de Cristo en la cruz.—Declaracion del desamparo de Cristo en la cruz.—Á dónde miró su amorosa querella.—Quinta palabra de Cristo en la cruz. Declaracion de la sed que manifestó Cristo con ella.—Sola María la conoció entonces y solicitó se le mitigase en parte.—Esponja de hiel y vinagre, y su misterio.—Sexta palabra de Cristo en la cruz.—Misterios desta palabra y consumacion de la redencion.—Séptima y última palabra de Cristo en la cruz.—Díjola en voz alta y sonora.—En su último acento espiró.—Con ella fue arruinado Lucifer con todos sus demonios.—Padeció y sintió María los dolores y tormentos que tuvo su Hijo en la muerte.—Milagro de no

seguírsele á ellos la muerte.—Exceso de este último dolor.—Hizo Cristo en la cruz su testamento hablando con su eterno Padre antes de hablar las siete palabras.—Razones de hacer los hombres testamento para morir.—Bienes de que dispuso Cristo en aquella hora.—Herederos y desherederos.—Fue testamento cerrado, solo manifiesto á su Madre María, heredera universal.—Como fue testamentaria.—Confesion de alabanza y hacimiento de gracias de Cristo á su Padre por los beneficios hechos á su humanidad.—Última voluntad de Cristo de disponer de los tesoros de su vida y muerte, haciendo á la cruz tribunal de justicia y de misericordia.—Justificacion de su causa en lo que obró por la salud de todos desde el instante de la encarnacion sin excluir alguno.—Prevision de las obras de los hombres.—Distribucion del premio ó castigo conforme á ellas.—Voluntad última determinada de Cristo conforme á la divina y eterna.—Institucion de su Madre por única y universal heredera de todos sus bienes.—Hácela depositaria y dispensera de todos.—Declaracion de la herencia de los santos Ángeles.—Mandado de que sirviesen á su Madre.—Nueva condenacion y desheredamiento de los demonios.—Institucion de la herencia de los hombres predestinados, que por su gracia y cumplimiento de su ley han de ser salvos.—Bienes que les manda en esta vida para conseguir la eterna.—Señala esos bienes por prenda de su amistad.—Medios que les deja para aumentar su gracia y recuperarla, si la perdieren.—Hácelos superiores á las demás criaturas.—Manda que les hace para la sustentacion de la vida mortal.—Manda de sus especiales favores.—Parte que señala y permite á los réprobos en esta vida.—Justo juicio de la eleccion que ellos hicieron de su propria voluntad.—Desheredamiento con que por sus culpas los aparta de su amistad y gloria eterna.—Con los bienes temporales que eligieron los aparta de su herencia.—Condenacion de los réprobos á las penas eternas.—Conclusion del testamento.—Quedó este testamento sellado y guardado en el corazon de María, y para qué.—Exhortacion á la perpétua memoria de Cristo crucificado.—Como ha de componer el alma con este espejo su hermosura.—Como ha de ser el estado estrecha cruz, y no camino espacioso.—Engaño de los mundanos en procurar á sus obras ensanches de la ley de Dios.—Es mas peligroso en los eclesiásticos y religiosos, y por qué.—Como ensanchan la cruz de la Religion.—En qué forma se ha de ajustar el perfecto religioso á la cruz de su profesion, y crucificarse en ella.—Clavo de la mano derecha, la obediencia.—Clavo de la siniestra, la pobreza.—Clavos de los piés, la castidad.—Llaga del costado, encerramiento de la clausura.—Meditando en Cristo crucificado y en los dolores de su Madre no se hará esta cruz estrecha.

1375. Llegó nuestro Salvador, verdadero y nuevo Isaac, Hijo del eterno Padre, al monte del sacrificio, que es el mismo donde precedió el ensayo y la figura en el hijo del patriarca Abrahan [1], y donde se ejecutó en el inocentísimo Cordero el rigor que se suspendió en el antiguo Isaac que le figuraba. Era el monte Calvario lugar inmundo y despreciado, como destinado para el castigo de

[1] **Genes. XXII, 9.**

los facinorosos y condenados, de cuyos cuerpos recibia mal olor y mayor ignominia. Llegó tan fatigado nuestro amantísimo Jesús, que parecia todo transformado en llagas y dolores, cruentado, herido y desfigurado. La virtud de la Divinidad, que deificaba su santísima humanidad por la union hipostática, le asistió, no para aliviar sus tormentos, sino para confortarle en ellos, y quedarse su amor inmenso saciado en el modo conveniente, conservándole la vida, hasta que se le diese licencia á la muerte de quitársela en la cruz. Llegó tambien la dolorosa y afligida Madre llena de amargura á lo alto del Calvario muy cerca de su Hijo corporalmente; mas en el espíritu y dolores estaba como fuera de sí, porque se transformaba toda en su amado y en lo que padecia. Estaban con ella san Juan y las tres Marías; porque para esta sola y santa compañía habia pedido y alcanzado del Altísimo este gran favor de hallarse tan vecinos y presentes al Salvador y su cruz.

1376. Como la prudentísima Madre conocia que se iban ejecutando los misterios de la redencion humana, cuando vió que trataban los ministros de desnudar al Señor para crucificarle, convirtió su espíritu al eterno Padre, y oró de esta manera: *Señor mio y Dios eterno, Padre sois de vuestro unigénito Hijo, que por la eterna generacion Dios verdadero nació de Dios verdadero, que sois Vos, y por la humana generacion nació de mis entrañas, donde le dí la naturaleza de hombre en que padece. Con mis pechos le dí leche y sustenté; y como al mejor hijo, que jamás pudo nacer de otra criatura, le amo como Madre verdadera, y como Madre tengo derecho natural á su humanidad santísima en la persona que tiene, y nunca vuestra providencia se le niega á quien le tiene y pertenece. Ahora, pues, ofrezco este derecho de Madre, y le pongo en vuestras manos de nuevo, para que vuestro Hijo y mio sea sacrificado por la redencion del linaje humano. Recibid, Señor mio, mi aceptable ofrenda y sacrificio, pues no ofreciera tanto, si yo misma fuera sacrificada y padeciera; no solo porque mi Hijo es verdadero Dios y de vuestra sustancia misma, sino tambien de parte de mi dolor y pena. Porque si yo muriera y se trocaran las suertes, para que su vida santísima se conservara, fuera para mí de grande alivio y satisfacion de mis deseos.* Esta oracion de la gran Reina aceptó el eterno Padre con inefable agrado y complacencia. No se le consintió al patriarca Abrahan mas de la figura y ademan del sacrificio de su hijo [1], porque la ejecucion y verdad la reservaba el Padre eterno para su Unigénito. Ni tampoco á su ma-

[1] Genes. XXII, 12.

dre Sara se le dió cuenta de aquella mística ceremonia, no solo por la pronta obediencia de Abrahan, sino tambien porque aun esto solo no se fiaba del amor maternal de Sara, que acaso intentaria impedir el mandato del Señor, aunque era santa y justa. Pero no fue así con María santísima, que sin recelo le pudo fiar el eterno Padre su voluntad eterna, porque con proporcion cooperase en el sacrificio de el Unigénito con la misma voluntad del Padre.

1377. Acabó esta oracion la invictísima Madre, y conoció que los impíos ministros de la pasion intentaban dar al Señor la bebida del vino mirrado con hiel, que dicen san Mateo [1] y san Marcos [2]. Para añadir este nuevo tormento á nuestro Salvador, tomaron ocasion los judíos de la costumbre que tenian de dar á los condenados á muerte una bebida de vino fuerte y aromático, con que se confortasen los espíritus vitales, para tolerar con mas esfuerzo los tormentos del suplicio, derivando esta piedad de lo que Salomon dejó escrito en los Proverbios: Dales sidra á los que están tristes, y el vino á los que padecen amargura del corazon [3]. Esta bebida, que en los demás justiciados podia ser algun socorro y alivio, pretendió la pérfida crueldad de los impíos judíos conmutar en mayor pena con nuestro Salvador, dándosela amarguísima y mezclada con hiel, y que no tuviese en él otros efectos mas que el tormento de la amargura. Conoció la divina Madre esta inhumanidad, y con maternal compasion y lágrimas oró al Señor, pidiéndole no la bebiese. Y su Majestad, condescendiendo con la peticion de su Madre, de manera que sin negarse del todo á este nuevo dolor, gustó la pocion amarga y no la bebió [4].

1378. Era ya la hora de sexta, que corresponde á la de mediodía, y los ministros de justicia, para crucificar desnudo al Salvador, le despojaron de la túnica inconsútil y vestiduras. Y como la túnica era cerrada y larga, desnudáronsela, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas; y con la violencia que hicieron arrancaron la corona con la misma túnica con desmedida crueldad; porque le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza que los verdugos arrebataron la túnica, llevando tras de sí la corona: la cual volvieron á fijar en la cabeza con impiísima crueldad abriendo llagas sobre llagas. Renovaron junto con esto las de todo su cuerpo santísimo; por-

1 Matth. xxvii, 34. — 2 Marc. xv, 23. — 3 Prov. xxxi, 6.
4 Matth. xxvii, 34.

que en ellas estaba ya pegada la túnica, y el despegarla fue, como dice David, añadir de nuevo sobre el dolor de sus heridas [1]. Cuatro veces desnudaron y vistieron en su pasion á nuestro Bien y Señor. La primera, para azotarle en la columna; la segunda, para ponerle la púrpura afrentosa; la tercera, cuando se la quitaron y le volvieron á vestir de su túnica; la cuarta fue esta del Calvario, para no volverle á vestir: y en esta fue mas atormentado, porque las heridas fueron mas, y su humanidad santísima estaba debilitada, y en el monte Calvario mas desabrigado y ofendido de viento; que tambien tuvo licencia este elemento para afligirle en su muerte la destemplanza del frio.

1379. Á todas estas penas se añadia el dolor de estar desnudo en presencia de su Madre santísima y de las devotas mujeres que le acompañaban, y de la multitud de gente que allí estaba. Solo reservó su poder los paños interiores que su Madre santísima le habia puesto debajo la túnica en Egipto; porque ni cuando le azotaron se los pudieron quitar los verdugos, ni tampoco se los desnudaron para crucificarle, y así fué con ellos al sepulcro; y esto se me ha manifestado muchas veces [2]. No obstante que para morir Cristo nuestro bien en suma pobreza, y sin llevar ni tener consigo cosa alguna de cuantas era Criador y verdadero Señor, por su voluntad muriera totalmente desnudo y sin aquellos paños, si no interviniera la voluntad y peticion de su Madre santísima, que fue la que así lo pidió, y lo concedió Cristo nuestro Señor; porque satisfacia con este género de obediencia de hijo á la suma pobreza en que deseaba morir. Estaba la santa cruz tendida en tierra, y los verdugos prevenian lo demás necesario para crucificarle, como á los otros dos que juntamente habian de morir. Y en el ínterin que todo esto se disponia, nuestro Redentor y Maestro oró al Padre, y dijo:

1380. *Eterno Padre y Señor Dios mio, á tu majestad incomprehensible de infinita bondad y justicia ofrezco todo el ser humano y obras que en él por tu voluntad santísima he obrado, bajando de tu seno en esta carne pasible y mortal, para redemir en ella á mis hermanos los hombres. Ofrézcote, Señor, conmigo á mi amantísima Madre, su amor, sus obras perfectísimas, sus dolores, sus penas, sus cuidados y prudentísima solicitud en servirme, imitarme y acompañarme hasta la muerte. Ofrézcote la pequeña grey de mis Apóstoles, la santa Iglesia y congregacion de fieles, que ahora es y será hasta el fin del mundo, y con ella á todos los mortales hijos de Adan. Todo lo pongo en tus ma-*

[1] Psalm. LXVIII, 27. — [2] Supr. n. 1338.

nos, como de su verdadero Dios y Señor omnipotente; y cuanto es de mi parte por todos padezco y muero de voluntad, y con ella quiero que todos sean salvos, si todos me quisieren seguir y aprovecharse de mi redencion, para que de esclavos del demonio pasen á ser hijos tuyos, y mis hermanos y coherederos por la gracia que les dejo merecida. Especialmente, Señor mio, te ofrezco los pobres, despreciados y afligidos, que son mis amigos y me siguieron por el camino de la cruz. Y quiero que los justos y predestinados estén escritos en tu memoria eterna. Suplícote, Padre mio, que detengas el castigo y levantes el azote de justicia con los hombres, no sean castigados como lo merecen sus culpas; y desde esta hora seas su Padre como lo eres mio. Suplícote asimismo por los que con pio afecto asisten á mi muerte, para que sean ilustrados con tu divina luz; y por todos los que me persiguen, para que se conviertan á la verdad; y sobre todo te pido por la exaltacion de tu inefable y santísimo nombre.

1381. Esta oracion y peticiones de nuestro Salvador Jesús conoció su santísima Madre, y le imitó, y oró al Padre respectivamente como á ella le tocaba. Nunca olvidó ni omitió la prudentísima Vírgen el cumplimiento de aquella palabra primera que oyó de la boca de su Hijo y Maestro recien nacido: *Asimílate á mí, amiga mia*[1]. Y siempre se cumplió la promesa, que le hizo el mismo Señor, de que en retorno del nuevo ser humano que dió al Verbo eterno en su virginal vientre, le daria su omnipotencia otro nuevo ser de gracia divino y eminente sobre todas las criaturas. Y á este beneficio pertenecia la ciencia y luz altísima con que conocia la gran Señora todas las operaciones de la humanidad santísima de su Hijo, sin que alguna se le ocultase, ni la perdiese de vista. Y como las conoció, las imitó; de manera, que siempre fue cuidadosa en atenderlas, profunda en penetrarlas, pronta en la ejecucion, y fuerte y muy intensa en las operaciones. Y para esto ni la turbó el dolor, ni la impidió la congoja, ni la embarazó la persecucion, ni la entibió la amargura de la pasion. Y si bien fue admirable en la gran Reina esta constancia, pero fuéralo menos, si á la pasion y tormentos de su Hijo asistiera con los sentidos, al modo que los demás justos. Mas no sucedió así; porque fue única y singular en todo: que, como se ha dicho arriba[2], sintió en su virgíneo cuerpo los dolores que padecia Cristo nuestro bien en su persona interiores y exteriores. Y en cuanto á esta correspondencia, podemos decir que tambien la divina Madre fue azotada, coronada, escupida, abo-

[1] Supr. n. 480. — [2] Ibid. n. 1341.

feteada, llevó la cruz á cuestas y fue clavada en ella, porque sintió todos estos tormentos y los demás en su purísimo cuerpo, aunque por diferente modo; pero con suma similitud, para que en todo fuese la Madre retrato vivo de su Hijo. Á mas de la grandeza que debia corresponder en María santísima y su dignidad á la de Cristo, con toda la proporcion posible que tuvo, encerró esta maravilla otro misterio, que fue satisfacer en algun modo al amor de Cristo y á la excelencia de su pasion y beneplácito, quedando para todo esto copiada en alguna pura criatura, y ninguna tenia tanto derecho á este beneficio como su misma Madre.

1382. Para señalar los barrenos de los clavos en la cruz, mandaron los verdugos con imperiosa soberbia al Criador del universo (¡oh temeridad formidable!) que se tendiese en ella, y el Maestro de la humildad obedeció sin resistencia. Pero ellos con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros, no iguales al sagrado cuerpo, sino mas largos, para lo que despues hicieron. Esta nueva impiedad conoció la Madre de la luz, y fue una de las mayores aflicciones que padeció su corazon castísimo en toda la pasion; porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros del pecado, y previno el tormento que su Hijo santísimo habia de padecer para clavarle en la cruz. Pero no lo pudo remediar; porque el mismo Señor queria padecer tambien aquel trabajo por los hombres. Y cuando se levantó su Majestad para que barrenasen la cruz, acudió la gran Señora, y le tuvo de un brazo y le adoró, y besó la mano con suma reverencia. Dieron lugar á esto los verdugos, porque juzgaron que á la vista de su Madre se afligiria mas el Señor; y ningun dolor que le pudieran dar le perdonaron. Pero no entendieron el misterio; porque no tuvo su Majestad en su pasion otra causa de mayor consuelo y gozo interior como ver á su Madre santísima, y la hermosura de su alma, y en ella el retrato de sí mismo y el entero logro del fruto de su pasion y muerte; y este gozo en algun modo confortó á Cristo nuestro bien en aquella hora.

1383. Formados en la santa cruz los tres barrenos, mandaron los verdugos á Cristo Señor nuestro segunda vez que se tendiese sobre ella para clavarle. Y el supremo y poderoso Rey, como artífice de la paciencia, obedeció y se puso en la cruz, extendiendo los brazos sobre el feliz madero á la voluntad de los ministros de su muerte. Estaba su Majestad tan desfallecido, desfigurado y exangüe, que si en la impiedad ferocísima de aquellos hombres tuvieran algun lugar la natural razon y humanidad, no era posible que

la crueldad hallara objeto en que obrar entre la mansedumbre, humildad, llagas y dolores del inocente Cordero. Pero no fue así; porque ya los judíos y ministros (¡oh juicios terribles y ocultísimos del Señor!) estaban transformados en el odio mortal y mala voluntad de los demonios, y desnudos de los afectos de hombres sensibles y terrenos, y así obraban con indignacion y furor diabólico.

1384. Luego cogió la mano de Jesús nuestro Salvador uno de los verdugos, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando á martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Rompiéronse con él las venas y los nervios, y se desconcertaron los huesos de aquella mano sagrada que fabricó los cielos y cuanto tiene ser. Para clavarle la otra mano no alcanzaba el brazo al agujero; porque los nervios se le habian encogido, y de malicia le habian alargado el barreno, como arriba se dijo [1]; y para remediar esta falta tomaron la misma cadena con que el mansísimo Señor habia estado preso desde el huerto, y argollándole la muñeca con el un extremo donde tenia una argolla como esposas, tiraron con inaudita crueldad del otro extremo, y ajustaron la mano con el barreno, y la clavaron con otro clavo. Pasaron á los piés, y puesto el uno sobre el otro, amarrándolos con la misma cadena y tirando de ella con gran fuerza y crueldad, los clavaron juntos con el tercero clavo, algo mas fuerte que los otros. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la santa cruz, y aquella fábrica de sus miembros deificados, y formados por el Espíritu Santo, tan disuelta y desencuadernada, que se le pudieron contar los huesos [2], porque todos quedaron deslocados y señalados, fuera de su lugar natural. Desencajáronle los del pecho, de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo á la violenta crueldad de los verdugos.

1385. No cabe en lengua ni discurso nuestro la ponderacion de los dolores de nuestro Salvador Jesús en este tormento, y lo mucho que padeció. Solo el dia del juicio se conocerá mas, para justificar su causa contra los réprobos, y para que los santos le alaben y glorifiquen dignamente. Pero ahora que la fe de esta verdad nos da licencia, y nos obliga á extender el juicio (si es que le tenemos), pido, suplico y ruego á los hijos de la santa Iglesia consideremos á solas cada uno tan venerable misterio; ponderémosle y pesémosle con todas sus circunstancias, y hallarémos motivos eficaces

[1] Supr. n. 1382. — [2] Psalm. XXI, 18.

para aborrecer al pecado y no volverle á cometer, como causa de tanto padecer el Autor de la vida. Ponderemos y miremos tan oprimido el espíritu de su Madre Vírgen, y rodeado de dolores su purísimo cuerpo; que por esta puerta de la luz entrarémos á conocer el sol que nos alumbra el corazon. ¡Oh Reina y Señora de las virtudes! ¡Oh Madre verdadera del inmortal Rey de los siglos humanado! Verdad es, Señora mia, que la dureza de nuestros ingratos corazones nos hace ineptos y muy indignos de sentir vuestros dolores, y de vuestro Hijo santísimo nuestro Salvador; pero vénganos por vuestra clemencia este bien que desmerecemos. Purificad y apartad de nosotros tan pesada torpeza y grosería. Si nosotros somos la causa de tales penas, ¿qué razon hay y qué justicia es que se queden en Vos y en vuestro Amado? Pase el cáliz de los inocentes á que le beban los reos que le merecieron. Mas ¡ay de mí! ¿Dónde está el seso? ¿Dónde la sabiduría y la ciencia? ¿Dónde la lumbre de nuestros ojos? ¿Quién nos ha privado de los sentidos? ¿Quién nos ha robado el corazon sensible y humano? Cuando no hubiera recibido (Señor mio) el ser que tengo á vuestra imágen y semejanza [1]; cuando Vos no me diérais la vida y movimiento [2]; cuando todos los elementos y criaturas, formadas por vuestra mano para mi servicio [3], no me dieran noticia tan segura de vuestro amor inmenso; el infinito exceso de haberos clavado en la cruz, con tan inauditos dolores y tormentos me dejara satisfecha, y presa con cadenas de compasion y agradecimiento, de amor y de confianza en vuestra inefable clemencia. Pero si no me despiertan tantas voces, si vuestro amor no me enciende, si vuestra pasion y tormentos no me mueven, si tales beneficios no me obligan, ¿qué fin esperaré de mi estulticia?

1386. Fijado el Señor en la cruz, para que los clavos no soltasen al divino cuerpo, arbitraron los ministros de la justicia redoblarlos por la parte que traspasaban el sagrado madero; y para ejecutarlo comenzaron á levantar la cruz para volverla, cogiendo debajo contra la tierra al mismo Señor crucificado. Esta nueva crueldad alteró á todos los circunstantes, y se levantó grande gritería en aquella turba movida de compasion. Mas la dolorosa y compasiva Madre ocurrió á tan desmesurada impiedad, y pidió al eterno Padre no la permitiese, como los verdugos la intentaban. Y luego mandó á los santos Ángeles acudiesen y sirviesen á su Criador con aquel obsequio. Todo se ejecutó como la gran Reina lo ordenó; porque volviendo los verdugos la cruz, para que el cuerpo clavado

[1] Sap. II, 23. — [2] Act. XVII, 28. — [3] Eccli. 39, 30; Amos, IV, 13.

cayera el rostro contra la tierra, los Ángeles le sustentaron cerca del suelo, que estaba lleno de piedras y inmundicia, y con esto no tocó el Señor con su divino rostro en él ni en los guijarros. Los ministros redoblaron las puntas de los clavos, sin haber conocido el misterio y maravilla, porque se les ocultó, y el cuerpo estuvo tan cerca de la tierra, y la cruz tan fija sustentada de los Ángeles, que los malignos judíos creyeron estaba en el duro suelo.

1387. Luego arrimaron la cruz con el Crucificado divino al agujero donde se habia de enarbolar. Y llegándose unos con los hombros, y otros con alabardas y lanzas, levantaron al Señor en la cruz, fijándola en el hoyo que para esto habian abierto en el suelo. Quedó nuestra verdadera salud y vida en el aire pendiente del sagrado madero, á vista de innumerable pueblo de diversas gentes y naciones. No quiero omitir otra crueldad, que he conocido usaron con su Majestad cuando le levantaron, que con las lanzas y instrumentos de armas le hirieron, haciéndole debajo los brazos profundas heridas; porque le fijaron los hierros en la carne, para ayudar á levantarle en la cruz. Renovóse al espectáculo la vocería del pueblo con mayores gritos y confusion. Los judíos blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban: unos á otros se convidaban al espectáculo, otros no le podian mirar con el dolor; unos ponderaban el escarmiento en cabeza ajena, otros le llamaban justo; y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas para el corazon de la afligida Madre. El sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y golpe de la cruz se estremeció, y se rompieron de nuevo las llagas, quedando mas patentes las fuentes á que nos convidó por Isaías [1], para que fuésemos á coger de ellas con alegría las aguas con que apagar la sed y lavar las manchas de nuestras culpas. Nadie tiene excusa, si no se diere priesa llegando á beber en ellas; pues se venden sin conmutacion de plata ni oro [2], y se dan de balde solo por la voluntad de recibirlas.

1388. Crucificaron luego á los dos ladrones, y fijaron sus cruces, la una á la mano derecha y la otra á la siniestra de nuestro Redentor, dándole el lugar de medio, como á quien reputaban por principal malhechor. Y olvidándose los pontífices y fariseos de los dos facinorosos, convirtieron todo su furor contra el Impecable y Santo por naturaleza. Y moviendo las cabezas con escarnio y mofa [3], arrojaron piedras y polvo contra la cruz del Señor, y contra su real

[1] Isai. XII, 3. — [2] Ibid. LV, 1. — [3] Matth. XXVII, 39.

persona. Decian: Ah tú que destruyes el templo de Dios y en tres dias lo reedificas, sálvate ahora á tí mismo: á otros hizo salvos, y á sí mísmo no se puede salvar. Otros decian: Si este es Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz y le creerémos [1]. Los dos ladrones [2] tambien se burlaban de su Majestad al principio, y decian: Si eres Hijo de Dios, sálvate á tí mismo y á nosotros. Estas blasfemias de los ladrones fueron para el Señor de tanto mayor sentimiento, cuanto á ellos estaba mas próxima la muerte, y perdian aquellos dolores con que morian y podian satisfacer en parte por sus delitos castigados por la justicia; como luego lo hizo el uno de ellos, aprovechando la ocasion mas oportuna que tuvo pecador alguno del mundo.

1389. Cuando la gran reina de los Ángeles María santísima conoció que los judíos con su pérfida y obstinada envidia intentaban deshonrar mas á Cristo crucificado, y que todos le blasfemaban y juzgaban por el pésimo de los hombres, y deseaban se borrase y olvidase su nombre de la tierra de los vivientes (como Jeremías lo dejó profetizado [3]), fue de nuevo enardecido su corazon fidelísimo en el celo de la honra de su Hijo y Dios verdadero. Y postrada ante su real persona crucificada (donde le estaba adorando) pidió al eterno Padre volviese por la honra de su Unigénito con señales tan manifiestas, que la perfidia judáica quedase confusa, y frustrada su maliciosa intencion. Presentada esta peticion al Padre, con el mismo celo y potestad de Reina del universo se convirtió á todas las criaturas irracionales dél, y dijo: *Insensibles criaturas, criadas por la mano del Todopoderoso, manifestad vosotras el sentimiento que por su muerte le niegan estultamente los hombres capaces de razon. Cielos, sol, luna, estrellas y planetas, detened vuestro curso, suspended vuestras influencias con los mortales. Elementos, alterad vuestra condicion, y pierda la tierra su quietud, rómpanse las piedras y peñascos duros. Sepulcros y monumentos de los muertos, abrid vuestros ocultos senos para confusion de los vivos. Velo del templo místico y figurativo, divídete en dos partes, y con tu rompimiento intima su castigo á los incrédulos, y testifica la verdad, que ellos pretenden escurecer, de la gloria de su Criador y Redentor*.

1390. En virtud de esta oracion y imperio de María Madre de Jesús crucificado, tenia dispuesto la omnipotencia del Altísimo todo lo que sucedió en la muerte de su Unigénito. Ilustró su Majestad y movió los corazones de muchos circunstantes al tiempo de las señales de la tierra, y á otros antes, para que confesaran al cru-

[1] Matth. XXVII, 42. — [2] Ibid. 44. — [3] Jerem. XI, 19.

cificado Jesús por santo, justo y verdadero Hijo de Dios, como lo hizo el Centurion, y otros muchos que dicen los Evangelistas [1] se volvian del Calvario, hiriendo sus pechos de dolor. No solo le confesaron los que antes le habian oido y creido su doctrina; pero tambien otros muchos que ni le habian conocido, ni visto sus milagros. Por la misma oracion fue inspirado Pilatos para que no mudase el título de la cruz, que ya le habian puesto sobre la cabeza del Señor en las tres lenguas, hebrea, griega y latina. Y aunque los judíos reclamaron al juez [2], y le pidieron que no escribiese, *Jesús Nazareno Rey de los judíos;* sino que antes escribiese: Este dijo era Rey de los judíos, respondió Pilatos: Lo que está escrito será escrito, y no quiso mudarlo. Todas las otras criaturas insensibles por voluntad divina obedecieron al imperio de María santísima. Y de la hora de mediodía hasta las tres de la tarde, que era la de nona, cuando espiró el Salvador, hicieron el sentimiento y novedad que dicen los sagrados Evangelistas [3]. El sol escondió su luz, los planetas mudaron el influjo, los cielos y la luna sus movimientos, los elementos se turbaron, tembló la tierra, y muchos montes se rompieron; quebrantáronse las piedras unas con otras; abrieron sus senos los sepulcros, para que despues salieran de ellos algunos difuntos vivos. Y fue tan insólita y nueva la alteracion de todo lo visible y elementar, que se sintió en todo el orbe. Y los judíos, por toda Jerusalen, quedaron atónitos y asombrados; aunque su inaudita perfidia y malicia los impidió y desmereció que llegasen al conocimiento de la verdad que todas las criaturas insensibles les predicaban.

1391. Los soldados que crucificaron á Jesús nuestro Salvador, como ministros á quien tocaban los despojos del justiciado, trataron de dividir los vestidos del inocente Cordero. Y la capa ó manto superior, que por divina dispensacion la llevaron al Calvario (*), la hicieron partes (esta era la que se desnudó en la cena para lavar los piés á los Apóstoles), y la dividieron entre sí mismos [4], que eran cuatro. Pero la túnica inconsútil no quisieron dividirla, ordenándolo así la providencia del Señor con gran misterio, y echaron suertes sobre ella, y la llevó á quien le tocó, cumpliéndose á la letra la profecía de David en el salmo XXI [5]. Los misterios de no romper esta túnica declaran los Santos y Doctores; y uno de ellos fue

[1] Matth. XXVII, 54; Luc. XXIII, 48. — [2] Joan. XIX, 21, 22.
[3] Luc. XXIII, 45; Matth. XXVII, 51, 52. — (*) Véase la nota XXV.
[4] Joan. XIX, 23, 24. — [5] Psalm. XXI, 19.

significar como este hecho de los judíos, aunque rompieron con tormentos y heridas la humanidad santísima de Cristo nuestro bien, con que estaba cubierta la divinidad; pero á esta no pudieron ofenderla con la pasion, ni tocar en ella; y á quien tocare la suerte de justificarse por su participacion, este la poseerá y gozará por entero.

1392. Y como el madero de la santa cruz era el trono de la majestad real de Cristo y la cátedra de donde queria enseñar la ciencia de la vida, estando ya su Majestad levantado en ella, y confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo aquella palabra en que comprehendió la suma de la caridad y perfeccion [1]: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*. Este principio de la caridad y amor fraternal se vinculó el divino Maestro, llamándole suyo propio [2]. Y en prueba de esta verdad que nos habia enseñado [3], le practicó y ejecutó en la cruz, no solo amando y perdonando á sus enemigos; pero disculpándolos con su misma ignorancia, cuando su malicia habia llegado á lo supremo que pudo subir en los hombres, persiguiendo, crucificando y blasfemando de su mismo Dios y Redentor. Esto hizo la ingratitud humana despues de tanta luz, doctrina y beneficios; y esto hizo nuestro Salvador Jesús con su ardentísima caridad, en retorno de los tormentos, de las espinas, clavos, cruz y blasfemias. ¡Oh amor incomprehensible! ¡Oh suavidad inefable! ¡Oh paciencia nunca imaginada de los hombres, admirable á los Ángeles y temida de los demonios! Conoció algo de este sacramento el uno de los dos ladrones llamado Dimas; y obrando al mismo tiempo la intercesion y oracion de María santísima, fue ilustrado interiormente para conocer á su Reparador y Maestro en esta primera palabra que habló en la cruz. Y movido con verdadero dolor y contricion de sus culpas, se convirtió á su compañero, y le dijo [4]: *¿Ni tú tampoco temes á Dios, que con estos blasfemos perseveras en la misma condenacion? Nosotros pagamos nuestro merecido; pero este, que padece con nosotros, no ha cometido culpa alguna*. Y hablando luego á nuestro Salvador, le dijo [5]: *Señor, acuérdate de mí cuando llegares á tu reino*.

1393. En este felicísimo Ladron y en el Centurion, y en los demás que confesaron á Cristo en la cruz, se comenzaron á estrenar los efectos de la redencion. Pero el mejor afortunado fue Dimas, que mereció oir la segunda palabra que dijo el Señor [6]: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso*. ¡Oh bienaventurado ladron, que tú solo alcanzaste para tí tal palabra deseada de todos

1 Luc. XXIII, 34. — 2 Joan. XV, 12. — 3 Matth. XV, 44. — 4 Luc. XXIII, 40.
5 Ibid. 42. — 6 Ibid. 43.

los justos y santos de la tierra! No la pudieron oir los antiguos Patriarcas y Profetas, juzgándose por muy dichosos en bajar al limbo y esperar largos siglos el paraíso, que tú ganaste en un punto, en que mudaste felizmente el oficio. Acabas ahora de robar la hacienda ajena y terrena, y luego arrebatas el cielo de las manos de su dueño. Pero tú le robas de justicia, y él te le da de gracia, porque fuiste el último discípulo de su doctrina en su vida, y el primero en practicarla despues de haberla oido. Amaste y corregiste á tu hermano, confesaste á tu Criador, reprehendiste á los que le blasfemaban, imitástele en padecer con paciencia, rogástele con humildad como á Redentor, para que en lo futuro se acordase de tus miserias; y él como glorificador premió de contado tus deseos, sin dilatar el galardon que te mereció á tí y á todos los mortales.

1394. Justificado el buen Ladron volvió Jesús la amorosa vista á su afligida Madre, que con san Juan estaba al pié de la cruz; y hablando con entrambos, dijo primero á su Madre [1]: *Mujer, ves ahí á tu hijo;* y al Apóstol dijo tambien: *Ves ahí á tu madre*. Llamóla su Majestad mujer y no madre; porque este nombre era de regalo y dulzura, y que sensiblemente le podia recrear el pronunciarle, y en su pasion no quiso admitir esta consolacion exterior, conforme á lo que arriba se dijo [2], por haber renunciado en ella todo consuelo y alivio. Y en aquella palabra mujer, tácitamente y en su aceptacion dijo: Mujer bendita entre todas las mujeres [3], la mas prudente entre los hijos de Adan, mujer fuerte [4] y constante, nunca vencida de la culpa, fidelísima en amarme, indefectible en servirme, y á quien las muchas aguas de mi pasion no pudieron extinguir [5] ni contrastar. Yo me voy á mi Padre, y no puedo desde hoy acompañarte; mi discípulo amado te asistirá y servirá como á madre, y será tu hijo. Todo esto entendió la divina Reina. Y el santo Apóstol en aquella hora la recibió por suya, siendo de nuevo ilustrado su entendimiento para conocer y apreciar la prenda mayor que la Divinidad habia criado despues de la humanidad de Cristo nuestro Señor. Y con esta luz la veneró y sirvió en lo restante de la vida de nuestra gran Reina, como diré adelante [6]. Admitióle tambien su Majestad por Hijo con humilde rendimiento y obediencia. Y desde entonces se la prometió, sin que los inmensos dolores de la pasion embarazasen su magnánimo y prudentísimo corazon, que siempre

[1] Joan. XIX, 26, 27. — [2] Supr. n. 960. — [3] Luc. I, 42.
[4] Prov. XXXI, 10. — [5] Cant. VIII, 7.
[6] Infr. n. 1455; part. III, n. 175, 369, et frequenter.

obraba lo sumo de la perfeccion y santidad, sin omitir accion alguna.

1395. Llegábase ya la hora de nona del dia, aunque por la obscuridad y turbacion mas parecia confusa noche; y nuestro Salvador Jesús habló la cuarta palabra desde la cruz en voz grande y clamorosa, que los circunstantes pudieron oir, y dijo [1]: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* Estas palabras, aunque las dijo el Señor en su lengua hebrea, no todos las entendieron. Y porque la primera diccion dice: *Eli, Eli,* pensaron algunos que llamaba á Elías; y otros burlando de su clamor decian [2]: Veamos si vendrá Elías á librarlo ahora de nuestras manos. Pero el misterio de estas palabras de Cristo nuestro bien fue tan profundo, como escondido de los judíos y gentiles; y en ellas caben muchos sentidos que los Doctores sagrados les han dado. Lo que á mí se me ha manifestado es, que el desamparo de Cristo no fue que la divinidad se apartase de la humanidad santísima, disolviéndose la union sustancial hipostática, ni cesando la vision beatífica de su alma, que entrambas uniones tuvo la humanidad con la divinidad desde el instante que por obra del Espíritu Santo fue concebido en el tálamo virginal, y nunca dejó á lo que una vez se unió. Esta doctrina es la católica y verdadera. Tambien es cierto que la humanidad santísima fue desamparada de la divinidad en cuanto á no defenderla de la muerte y de los dolores de la pasion acerbísima. Pero no le desamparó del todo el Padre eterno, en cuanto á volver por su honra; pues la testificó con el movimiento de todas las criaturas, que mostraron sentimiento en su muerte. Otro desamparo manifestó Cristo Salvador nuestro con esta querella, originada de su inmensa caridad con los hombres; y este fue el de los réprobos y prescitos, y de estos se dolió en la última hora, como en la oracion del huerto, donde se entristeció su alma santísima hasta la muerte, como allí se dijo [3]; porque ofreciéndose por todo el linaje humano tan copiosa y superabundante redencion, no seria eficaz en los condenados, y se hallaria desamparado de ellos en la eterna felicidad para donde los crió y redimió: y como este era decreto de la voluntad eterna del Padre, amorosa y dolorosamente se querelló, y dijo: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparásteis?* Entendiendo de la compañía de los réprobos.

1396. En mayor testificacion de esto añadió luego el Señor la quinta palabra, y dijo [4]: *Sed tengo.* Los dolores de la pasion y con-

[1] Matth. XXVII, 46. — [2] Ibid. 49. — [3] Supr. n. 1210. — [4] Joan. XIX, 28.

gojas pudieron causar en Cristo nuestro bien natural sed. Pero no era tiempo entonces de manifestarla ni apagarla, ni su Majestad hablara para esto sin mas alto sacramento, sabiendo estaba tan inmediato á espirar. Sediento estaba de que los cautivos hijos de Adan no malograsen la libertad que les merecia y ofrecia. Sediento, ansioso y deseoso de que le correspondieran todos con la fe y con el amor que le debian, de que admitiesen sus méritos y dolores, su gracia y amistad, que por ellos podian adquirir, y que no perdiesen su eterna felicidad que les dejaba por herencia, si la quisieran admitir y merecer. Esta era la sed de nuestro Salvador y Maestro; y sola María santísima la conoció perfectamente entonces, y con íntimo afecto y caridad convidó y llamó en su interior á los pobres, á los afligidos, á los humildes, despreciados y abatidos, para que llegasen al Señor, y mitigasen aquella sed en parte, pues no era posible en todo. Pero los pérfidos judíos y verdugos, en testimonio de su infeliz dureza, ofrecieron al Señor con irrision una esponja de vinagre y hiel sobre una caña, y se la llegaron á la boca [1] para que bebiese, cumpliendo la profecía de David, que dijo [2]: *En mi sed me dieron á beber vinagre*. Gustólo nuestro pacientísimo Jesús, y tomó algun trago en misterio de lo que toleraba la condenacion de los réprobos. Pero á peticion de su Madre santísima lo rehusó luego y lo dejó; porque la Madre de la gracia habia de ser la puerta y medianera para los que se aprovechasen de la pasion y redencion humana.

1397. Luego con el mismo misterio pronunció el Salvador la sexta palabra [3]: *Consummatum est*. Ya está consumada esta obra de mi legacía del cielo y redencion de los hombres, y la obediencia con que me envió el eterno Padre á padecer y morir por la salud de los hombres. Ya están cumplidas las Escrituras, profecías y figuras del Viejo Testamento, y el curso de la vida pasible y mortal que admití en el vientre virginal de mi Madre. Ya queda en el mundo mi ejemplo, doctrina, Sacramentos y remedios para la dolencia del pecado. Ya queda satisfecha la justicia de mi eterno Padre para la deuda de la posteridad de Adan. Ya queda enriquecida mi Iglesia para el remedio de los pecados que los hombres cometieren; y toda la obra de mi venida al mundo queda en suma perfeccion, por la parte que me tocaba como su Reparador; y para la fábrica de la Iglesia triunfante queda puesto el seguro fundamento en la militante, sin que nadie le pueda alterar ni mudar. Todos estos misterios contienen aquellas palabras breves: *Consummatum est*.

[1] Joan. XIX, 29. — [2] Psalm. LXVIII, 22. — [3] Joan. XIX, 30.

1398. Acabada y puesta la obra de la redencion humana en su última perfeccion, era consiguiente, que como el Verbo humanado, por la vida mortal, salió del Padre y vino al mundo [1], por la muerte de esta vida volviese al Padre con la inmortalidad. Para esto dijo Cristo nuestro Salvador la última palabra [2]: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Exclamó y pronunció el Señor estas palabras en voz alta y sonora, que la oyeron los presentes; y para decirlas levantó los ojos al cielo, como quien hablaba con su eterno Padre, y en el último acento entregó su espíritu, volviendo á inclinar la cabeza. Con la virtud divina de estas últimas palabras fue arruinado y arrojado Lucifer con todos sus demonios en las profundas cavernas del infierno, donde quedaron todos apegados, como diré en el capítulo siguiente. La invencible Reina y Señora de las virtudes penetró altamente todos estos misterios sobre todas las criaturas, como Madre del Salvador y coadjutora de su pasion. Y para que en todo la participase, así como habia sentido los dolores correspondientes á los tormentos de su Hijo santísimo, padeció y sintió, quedando viva, los dolores y tormentos que tuvo el Señor en el instante de la muerte. Y aunque ella no murió con efecto, pero fue porque milagrosamente, cuando se habia de seguir la muerte, le conservó Dios la vida; siendo este milagro mayor que los demás con que fue confortada en todo el discurso de la pasion. Porque este último dolor fue mas intenso y vivo; y todos cuantos han padecido los Mártires y los hombres justiciados desde el principio del mundo, no llegan á los que María santísima padeció y sufrió en la pasion. Perseveró la gran Señora al pié de la cruz hasta la tarde, que fue enterrado el sagrado cuerpo (como adelante diré), y en retorno de este último dolor, en especial quedó la purísima Madre mas espiritualizada en lo poco que su virginal cuerpo sentia del ser terreno.

1399. Los sagrados Evangelistas no escribieron otros sacramentos y misterios ocultos que obró Cristo nuestro Salvador en la cruz, ni los católicos tenemos de ellos mas que las prudentes conjeturas que se deducen de la infalible certeza de la fe. Pero entre los que se me han manifestado en esta Historia y en este lugar de la pasion, es una oracion que hizo al eterno Padre antes de hablar las siete palabras referidas por los Evangelistas. Y llámola oracion, porque fue hablando con el eterno Padre, aunque es como última disposicion y testamento que hizo como verdadero y sapientísimo Padre de la familia que le entregó el suyo, que fue todo el linaje hu-

[1] Joan. XVI, 28. — [2] Luc. XXIII, 46.

mano. Y como la misma razon natural enseña que quien es cabeza de alguna familia y señor de muchos ó pocos bienes, no seria prudente dispensero, ni atento á su oficio ó dignidad, si no declarase á la hora de la muerte la voluntad con que dispone de sus bienes y familia, para que los herederos y sucesores conozcan lo que á cada uno le toca sin litigio, y despues lo adquiera de justicia en herencia y posesion pacífica; por esta razon y para morir desocupados de lo terreno hacen los hombres del siglo sus testamentos. Y hasta los religiosos se desapropian del uso que tienen de las cosas, porque en aquella hora pesa mucho lo terreno y sus cuidados, para que no se levante el espíritu á su Criador. Y aunque á nuestro Salvador no le pudieran embarazar estas, porque ni las tenia, ni cuando las tuviera estorbaran su poder infinito; mas convenia dispusiese en aquella hora de los tesoros espirituales y dones que habia merecido para los hombres en el discurso de su peregrinacion.

1400. De estos bienes eternos hizo el Señor en la cruz su testamento, determinando á quién tocaba, y quiénes habian de ser legítimos herederos, y cuáles desheredados, y las causas de lo uno y de lo otro. Y todo lo hizo confiriéndolo con su eterno Padre, como Señor supremo y justísimo Juez de todas las criaturas; porque en este testamento y disposicion estaban resumidos los secretos de la predestinacion de los santos y de la reprobacion de los prescitos. Fue testamento cerrado y oculto para los hombres; y sola María santísima lo entendió, porque á mas de serle patentes todas las operaciones del alma santísima de Cristo, era su universal heredera, constituida por Señora de todo lo criado. Y como coadjutora de la redencion, habia de ser tambien como testamentaria, por cuyas manos (en que su Hijo puso todas las cosas, como el Padre en las del Hijo [1]) se ejecutase su voluntad, y esta gran Señora distribuyese los tesoros adquiridos y debidos á su Hijo por ser quien es, y por sus infinitos merecimientos. Esta inteligencia se me ha dado como parte de esta Historia, para que se declare mas la dignidad de nuestra Reina, y acudan los pecadores á ella como á depositaria de las riquezas que su Hijo y nuestro Redentor se hace cargo con su eterno Padre; porque todos nuestros socorros se han de librar en María santísima, y ella los ha de distribuir por sus piadosas y liberales manos.

[1] Joan. XIII, 3.

Testamento que hizo Cristo nuestro Salvador, orando á su eterno Padre en la cruz.

1401. Enarbolado el madero de la cruz santa en el monte Calvario con el Verbo humanado que estaba crucificado en ella, antes de hablar alguna de las siete palabras, habló con su eterno Padre interiormente, y dijo: Padre mio y Dios eterno, yo te confieso y te engrandezco desde este árbol de mi cruz, y te alabo con el sacrificio de mis dolores, pasion y muerte; porque con la union hipostática de la naturaleza divina levantaste mi humanidad á la suprema dignidad de ser Cristo, Dios y hombre, ungido con tu misma divinidad. Confiésote por la plenitud de dones posibles de gracia y gloria que desde el instante de mi encarnacion comunicaste á mi humanidad, y porque para la eternidad desde aquel punto me diste el pleno dominio universal de todas las criaturas en el órden de gracia y de naturaleza, me hicíste Señor de los cielos y de los elementos [1], del sol, luna, estrellas; del fuego, del aire, de la tierra, de los mares y de todas las criaturas sensibles y insensibles que en ellos viven; de la disposicion de los tiempos, de los dias y las noches, dándome señorío y potestad sobre todo, á mi voluntad y disposicion, y porque me hiziste Cabeza, Rey y Señor de todos los Ángeles y de los hombres [2], para que los gobierne y mande, para que premie á los buenos y castigue á los malos [3]; y para todo me diste la potestad y llaves del abismo [4], desde el supremo cielo hasta el profundo de las cavernas infernales; y porque pusiste en mis manos la justificacion eterna de los hombres, sus imperios, reinos y principados; á los grandes y pequeños, á los pobres y á los ricos; y de todos los que son capaces de tu gracia y gloria me hiciste Justificador, Redentor y Glorificador universal de todo el linaje humano [5], Señor de la muerte y de la vida, de todos los nacidos, de la Iglesia santa y sus tesoros, de las Escrituras, misterios, Sacramentos, auxilios, leyes y dones de la gracia: todo lo pusiste, Padre mio, en mis manos [6], y lo subordinaste á mi voluntad y disposicion, y por esto te alabo, engrandezco, te confieso y magnifico.

1402. Ahora, Señor y Padre eterno, cuando vuelvo deste mundo á tu diestra por medio de mi muerte de cruz, y con ella y mi pasion dejo cumplida la redencion de los hombres que me enco-

[1] Matth. xxviii, 18. — [2] Ephes. i, 21. — [3] Joan. v, 22.
[4] Apoc. xx, 1. — [5] I Cor. i, 59. — [6] Joan. xiii, 3.

mendaste; quiero, Dios mio, que la misma cruz sea el tribunal de nuestra justicia y misericordia. Y estando clavado en ella, quiero juzgar á los mismos por quien doy la vida. Y justificando mi causa, quiero dispensar y disponer de los tesoros de mi venida al mundo y de mi pasion y muerte, para que desde ahora quede establecido el galardon que á cada uno de los justos ó réprobos le pertenece, conforme á sus obras, con que me hubieren amado ó aborrecido. Á todos los mortales he buscado y llamado á mi amistad y gracia; y desde el instante que tomé carne humana, sin cesar he trabajado por ellos: he padecido molestias, fatigas, afrentas, ignominias, oprobrios, azotes, corona de espinas, y padezco muerte acerbísima de cruz; he rogado por todos á tu inmensa piedad; he orado con vigilias, ayunado y peregrinado, enseñándoles el camino de la eterna vida; y cuanto es de mi parte y de mi voluntad, para todos la quiero, como para todos la he merecido, sin exceptuar ni excluir alguno; para todos he puesto y fabricado la ley de gracia, y siempre la Iglesia, donde fueren salvos, será estable y permanente.

1403. Pero con nuestra ciencia y prevision conocemos, Dios y Padre mio, que por la malicia y rebeldía de los hombres no todos quieren nuestra salud eterna, ni valerse de nuestra misericordia, y del camino que yo les he abierto con mi vida, obras y muerte; sino que quieren seguir sus pecados hasta la perdicion. Justo eres, Señor y Padre mio, rectísimos son tus juicios [1], y justo es que pues me hiciste juez de los vivos y muertos [2], entre los buenos y malos, dé á los justos el premio de haberme servido y seguido, y á los pecadores el castigo de su perversa obstinacion; y aquellos tengan parte conmigo de mis bienes, y estos otros sean privados de mi herencia, pues ellos no la quisieron admitir. Ahora pues, eterno Padre mio, en tu nombre y mio, engrandeciéndote dispongo por mi última voluntad humana, que es conforme á la tuya eterna y divina. Y quiero que en primer lugar sea nombrada mi purísima Madre, que me dió el ser humano; porque la constituyo por mi heredera única y universal de todos los bienes de naturaleza, gracia y gloria, que son mios, para que ella sea Señora con dominio pleno de todos; y los que ella en sí puede recibir de la gracia, siendo pura criatura, todos se los concedo con efecto, y los de gloria se los prometo para su tiempo. Y quiero que los Ángeles y los hombres sean suyos, y que en ellos tenga entero dominio y señorío, que todos la

[1] Psalm. CXVIII, 137. — [2] Act. X, 42.

obedezcan y sirvan; y los demonios la teman y le estén sujetos, y lo mismo hagan todas las criaturas irracionales, los cielos, astros, planetas, los elementos, y todos los vivientes, aves, peces y animales que en ellos se contienen; de todo la hago Señora, para que todos la santifiquen y glorifiquen conmigo. Quiero asimismo que ella sea depositaria y dispensadora de todos los bienes que se encierran en los cielos y en la tierra. Lo que ella ordenare y dispusiere en la Iglesia con mis hijos los hombres, será confirmado en el cielo por las tres divinas Personas; y todo lo que pidiere para los mortales ahora, despues y siempre, lo concederémos á su voluntad y disposicion.

1404. Á los Angeles que obedecieron tu voluntad santa y justa, declaro les pertenece el supremo cielo por habitacion propia y eterna, y en ella el gozo de la vision clara y fruicion de nuestra divinidad. Y quiero que la gocen en posesion interminable y en nuestra amistad y compañía. Y les mando reconozcan por su legítima Reina y Señora á mi Madre, y la sirvan, acompañen, asistan, la lleven en sus manos en todo lugar y tiempo, obedeciendo á su imperio y á todo lo que les quisiere mandar y ordenar. Á los demonios, como rebeldes á nuestra voluntad perfecta y santa, los arrojo y aparto de nuestra vista y compañía; de nuevo los condeno á nuestro aborrecimiento, y privacion eterna de nuestra amistad y gloria, y de la vista de mi Madre, de los Santos y justos mis amigos. Y les determino y señalo por habitacion sempiterna el lugar mas distante de nuestro real trono, que serán para ellos las cavernas infernales, el centro de la tierra, con privacion de luz, y horror de sensibles tinieblas [1]. Y declaro que esta es su parte y herencia elegida por su soberbia y obstinacion, con que se levantaron contra el Ser divino y sus órdenes; y en aquellos calabozos de obscuridad sean atormentados con eterno fuego inextinguible.

1405. De toda la humana naturaleza con la plenitud de toda mi voluntad llamo, elijo y entresaco á todos los justos y predestinados, que por mi gracia y imitacion han de ser salvos, cumpliendo mi voluntad y obedeciendo á mi santa ley. Á estos en primer lugar (despues de mi Madre purísima) los nombro por herederos de todas mis promesas, misterios, bendiciones, tesoros de mis Sacramentos, secretos de mis Escrituras, como en ellas están encerrados; de mi humildad, mansedumbre de corazon; de las virtudes, fe, esperanza y caridad; de la prudencia, justicia, fortaleza y tem-

[1] Judæ, 6.

planza; de mis divinos dones y favores; de mi cruz, trabajos, oprobrios, desprecios, pobreza y desnudez. Esta sea su parte y su herencia en la vida presente y mortal. Y porque ellos con el bien obrar la han de elegir, para que lo hagan con alegría, se la señalo por prenda de mi amistad, porque yo la elegí para mí mismo. Y les ofrezco mi proteccion y defensa, mis inspiraciones santas, mis favores y auxilios poderosos, mis dones y justificacion, segun su disposicion y amor; que para ellos seré padre, hermano y amigo, y ellos serán mis hijos [1], mis electos y carísimos; y como á tales hijos los nombro por herederos de todos mis merecimientos y tesoros, sin limitacion alguna de mi parte. Quiero que de mi santa Iglesia y Sacramentos participen y reciban cuanto de ellos se dispusieren á recibir, y que puedan recuperar la gracia y bienes, si la perdieren, y volver á mi amistad, renovados y lavados ámpliamente con mi sangre; y que para todo les valga la intercesion de mi Madre y de mis Santos, y que ella los reconozca por hijos, y los ampare y tenga por suyos; que mis Ángeles los defiendan, los guien, patrocinen y los traigan en las palmas para que no tropiecen [2]; y si cayeren les dén favor para levantarse.

1406. Quiero asimismo que estos mis justos y escogidos sean superiores en excelencia á los réprobos y á los demonios, y que los teman y se les sujeten mis enemigos; y que todas las criaturas racionales y irracionales los sirvan; que los cielos y planetas, los astros y sus influencias los conserven y dén vida con sus influjos; la tierra y elementos, y todos sus animales los sustenten; todas las criaturas, que son mias [3] y me sirven, sean suyas, y les sirvan como á mis hijos y amigos [4]; y sea su bendicion en el rocío del cielo y grosura de la tierra [5]. Quiero tambien tener con ellos mis delicias [6], comunicarles mis secretos, conversar íntimamente y vivir con ellos en la Iglesia militante debajo de las especies de pan y vino, en arras y prendas infalibles de la eterna felicidad y gloria que les prometo; y de ella les hago participantes y herederos, para que conmigo la gocen en el cielo en posesion perpétua y gozo inamisible.

1407. Á los prescitos y reprobados de nuestra voluntad (aunque fueron criados para otro mas alto fin) les señalo y permito que su parte y herencia en esta vida mortal sea la concupiscencia de la carne [7] y de los ojos, y la soberbia con todos sus efectos, y que co-

[1] II Cor. VI, 18. — [2] Psalm. XC, 11, 12. — [3] I Cor. III, 22. — [4] Sap. XVI, v. 24. — [5] Genes. XXVII, 28. — [6] Prov. VIII, 31. — [7] I Joan. II, 16.

man y sean saciados de la arena de la tierra, que son sus riquezas, y del humo y corrupcion de la carne y sus deleites, de la vanidad y presuncion mundana. Por adquirir esta posesion han trabajado, y en esta diligencia emplearon su voluntad y sus sentidos; á ella convirtieron sus potencias, y los dones y beneficios que les dimos, y ellos mismos han hecho voluntaria eleccion del engaño, aborreciendo la verdad que yo les enseñé en mi ley santa [1]. Renunciaron la que yo escribí en sus mismos corazones, y la que les inspiró mi gracia; despreciaron mi doctrina y beneficios, oyeron á mis enemigos, y suyos propios, admitieron sus engaños, amaron la vanidad [2], obraron las injusticias, siguieron la ambicion, deleitáronse en la venganza, persiguieron á los pobres, humillaron á los justos, baldonaron de los sencillos y inocentes, apetecieron su propia exaltacion, y desearon levantarse sobre los cedros del Líbano [3] en la ley de la injusticia que guardaron.

1408. Y porque todo esto lo hicieron contra la bondad de nuestra divinidad, y permanecieron obstinados en su malicia, renunciando el derecho de hijos que yo les he adquirido, los deshered de mi amistad y gloria. Y como Abrahan apartó de sí á los hijos de las esclavas con algunos dones, y reservó su principal hacienda para Isaac [4], el hijo de la libre Sara; así yo desvio á los prescitos de mi herencia con los bienes transitorios y terrenos que ellos mismos escogieron. Y apartándolos de nuestra compañía y de mi Madre, y la de los Ángeles y Santos, los condeno á las eternas cárceles y fuego del infierno en compañía de Lucifer y sus demonios, á quien de voluntad sirvieron, y los privo por nuestra eternidad de la esperanza del remedio. Esta es, Padre mio, la sentencia que pronuncio como juez y cabeza de los hombres [5] y los Ángeles, y el testamento que dispongo para mi muerte y efecto de la redencion humana, remunerando á cada uno lo que de justicia le pertenece, conforme á sus obras y al decreto de tu incomprehensible sabiduría, con la equidad de tu rectísima justicia [6]. Hasta aquí habló Cristo nuestro Salvador en la cruz con su eterno Padre; y quedó este misterio y sacramento sellado y guardado en el corazon de María santísima, como testamento oculto y cerrado, para que por su intercesion y disposicion, á su tiempo y desde luego se ejecutase en la Iglesia, como hasta entonces se habia comenzado á ejecutar por la ciencia y prevision divina, donde todo lo pasado y lo futuro está junto y presente.

[1] Rom. II, 8. — [2] Psalm. IV, 3. — [3] Psalm. XXXVI, 35.
[4] Genes. XXV, 5. — [5] Ephes. IV, 15; Colos. II, 10. — [6] II Tim. IV, 8.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1409. Hija mia, procura con todo tu afecto no olvidar en tu vida la noticia de los misterios que en este capítulo te he manifestado. Yo, como tu Madre y Maestra, pediré al Señor que con su virtud divina imprima en tu corazon las especies que te he dado, para que permanezcan fijas y presentes en él, mientras vivieres. Con este beneficio quiero que perpétuamente tengas en tu memoria á Cristo crucificado, mi Hijo santísimo y Esposo tuyo, y nunca olvides los dolores de la cruz y la doctrina que enseñó y practicó su Majestad en ella. En este espejo has de componer tu hermosura, y en ella tendrás tu gloria interior, como la hija del príncipe [1], para que atiendas, procedas y reines como esposa del supremo Rey. Y porque este honroso título te obliga á procurar con todo esfuerzo su imitacion y proporcion igual, en cuanto te es posible, con su gracia, y este ha de ser el fruto de mi doctrina; así quiero que desde hoy vivas crucificada con Cristo, y te asimiles á tu ejemplar y dechado, quedando muerta á la vida terrena [2]. Quiero que se consuman en tí los efectos de la primera culpa, y solo vivas á las operaciones y efectos de la virtud divina, y renuncies todo lo que tienes heredado como hija del primer Adan, para que en tí se logre la herencia del segundo, que es Cristo Jesús, tu Redentor y Maestro.

1410. Para tí ha de ser tu estado muy estrecha cruz donde estés clavada, y no ancha senda, con dispensaciones y explicaciones que la hagan espaciosa, dilatada y acomodada, y no segura ni perfecta. Este es el engaño de los hijos de Babilonia y de Adan, que procuran en sus obras buscar ensanches en la ley de Dios, cada uno en su estado, y recatean la salvacion de sus almas, para comprar el cielo muy barato, ó aventurarse á perderle, si les ha de costar el estrecharse y ajustarse al rigor de la divina ley y sus preceptos. De aquí nace el buscar doctrina y opiniones que dilaten las sendas y caminos de la vida eterna, sin advertir que su Hijo santísimo les enseñó que eran muy angostos [3], y que su Majestad fué por ellos, para que nadie imagine que puede ir por otros mas espaciosos á la carne y á las inclinaciones viciadas por el pecado. Este peligro es mayor en los eclesiásticos y religiosos, que por su estado deben seguir á su divino Maestro, y ajustarse á su vida y pobreza, y para esto eligieron el camino de la cruz; y quieren que la dignidad ó la

[1] Psalm. XLIV, 14. — [2] II Cor. V, 15. — [3] Matth. VII, 14.

religion sea para comodidad temporal y aumento de mayores honras de su estimacion y aplauso, que tuvieran en otro estado. Y para conseguirlo ensanchan la cruz que prometieron llevar, de manera que vivan en ella muy obligados y ajustados á la vida carnal, con opiniones y explicaciones engañosas. Y á su tiempo conocerán la verdad de aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice[1]: Á cada uno le parece seguro su camino; pero el Señor tiene en su mano el peso de los corazones humanos.

1411. Tan léjos te quiero, hija mia, de este engaño, que has de vivir ajustada al rigor de tu profesion en lo mas estrecho de ella, de manera que en esta cruz no te puedas extender, ni ensanchar á una ni otra parte, como quien está clavada en ella con Cristo; y por el menor punto de tu profesion y perfeccion has de posponer todo lo temporal de tu comodidad. La mano derecha has de tener clavada con la obediencia, sin reservar movimiento, ni obra, ni palabra, ni pensamiento que no se gobierne en tí con esta virtud. No has de tener ademan que sea obra de tu propia voluntad, sino de la ajena; ni has de ser sábia contigo misma en cosa alguna[2], sino ignorante y ciega, para que te guien los superiores. El que promete (dice el Sábio[3]) clavó su mano, y con sus palabras queda atado y preso. Tu mano clavaste con el voto de la obediencia, y con este acto quedaste sin libertad ni propiedad de querer ó no querer. La mano siniestra tendrás clavada con el voto de la pobreza, sin reservar inclinacion ni afecto á cosa alguna que suelen codiciar los ojos; porque en el uso y en el deseo has de seguir ajustadamente á Cristo pobre y desnudo en la cruz. Con el tercero voto de la castidad han de estar clavados tus piés, para que tus pasos y movimientos sean puros, castos y hermosos. Y para esto no has de consentir en tu presencia palabra que disuene de la pureza, ni admitir especie ni imágen en tus sentidos, mirar, ni tocar á criatura humana; tus ojos y todos tus sentidos han de estar consagrados á la castidad, sin dispensar de ellos mas de para ponerlos en JESÚS crucificado. El cuarto voto de la clausura guardarás segura en el costado y pecho de mi Hijo santísimo, donde yo te la señalo. Y para que esta doctrina te parezca suave, y este camino menos estrecho, atiende y considera en tu pecho la imágen que has conocido de mi Hijo y Señor lleno de llagas, tormentos, dolores, y al fin clavado en la cruz, sin dejar en su sagrado cuerpo alguna parte que no estuviese herida y atormentada. Su Majestad y yo éramos mas

[1] Prov. XXI, 2. — [2] Ibid. III, 7. — [3] Ibid. VI, 1.

delicados y sensibles que todos los hijos de los hombres, y por ellos padecimos y sufrimos tan acerbos dolores, para que ellos se animasen á no rehusar otros menores por su bien propio y eterno, y por el amor que tanto les obligó; á que debian los mortales ser agradecidos, entregándose al camino de las espinas y abrojos, y á llevar la cruz por imitar y seguir á Cristo [1], y alcanzar la eterna felicidad, pues es el camino derecho para ella.

[1] Matth. XVI, 24.

NOTAS

A ESTA SEGUNDA PARTE.

NOTA XVI.

TEXTO. *No adorábamos la cruz por sí misma y por lo material de el madero, que no se le debia adoracion de latría hasta que se ejecutase en ella la redencion.* (Núm. 949).

§ Único.

Suponiendo el contacto de Cristo con la cruz y María santísima, san Juan representaba lo que habia de padecer en ella el Redentor de el mundo: para los dos tenia la cruz desde entonces la dignidad que tiene ahora para ser adorada: *Ipsum nimirum pretiosum lignum, et perquam vere venerandum, in quo semetipsum in hostiam pro nobis Christus obtulit, ut sanctificatum tactu sancti corporis, et sanguinis, decenter adorandum*, dice san Damasceno, *lib.* 2 *de fide ortodoxa, cap.* 12, y añade: *Adoramus etiam figuram pretiosæ, et vivificæ Crucis, tametsi ex alia materia facta est: non materiam venerantes (absit enim) sed figuram, tanquam Christi signum.* Penetraban en la cruz lo que significaba, y dando culto á lo significado veneraban religiosamente el signo que excitaba tan sagradas memorias: *Qui veneratur utile signum divinitus institutum, cujus vim, significationemque intelligit, non hoc veneratur, quod videtur, et transit, sed illud potius quo talia cuncta referenda sunt,* decia san Agustin, *lib.* 3 *de doctrina Christiana, c.* 9.

Solo parece puede repararse en esta nota el afirmar que á la cruz, en cuanto imágen de Cristo, se le daba adoracion de latría: la cual aunque se deba al prototipo, no se debe empero á la imágen, segun el concil. VII gen., act. 7: *Quod scilicet, per imaginum pictarum inspectionem, omnes qui contemplantur, ad prototyporum memoriam, et recordationem veniant, illisque salutationem, et honorariam adorationem exhibeant, non secùndum fidem nostram veram Latriam, quæ soli naturæ divinæ competit: sed quemadmodum typo venerandæ et vivificantis Crucis, et sanctis Evangeliis, et Reliquiis sacris oblationes, sacrificium, et luminaria reverenter accendimus.* Y antes en la accion 6, que aunque los católicos: *Singulari quadam affectione in ipsa prototypa referantur, salutaverint, et honorifice adoraverint imagines, non tamen ob id Latriam exhibuerunt, aut divinam venerationem descripserunt; absit hæc calumnia.*

Pero á estos cánones se responde comunmente: que la cruz y las imágenes, ó se pueden adorar por la excelencia respectiva que tienen en cuanto imágen ó representacion de un original sagrado, de tal manera, que ellas sean el objeto inmediato propio y *quod,* como dicen los teólogos, de la adoracion,

y de esta suerte, no deben adorarse con adoracion de latría, aunque sean imágines de Cristo, sino con otra inferior adoracion, y en este sentido hablan los Concilios y Padres que niegan á las imágenes de Cristo y á la cruz adoracion de latría.

Pueden tambien adorarse junto con el prototipo, de modo que la adoracion se termine á entrambos, y de esta suerte la cruz es adorable con adoracion de latría. Así san Buenaventura, *in 3, dist.* 9, *art.* 1, *q.* 4: *Concedendum est ergo quod Christi crux est adoranda Latria.* Así santo Tomás en la 3 *p.*, en la *q.* 25, *art.* 4: *Si ergo loquamur ne ipsa cruce, in qua Christus crucifixus est, utroque modo est nobis veneranda: uno, scilicet modo, in quantum repræsentat nobis figuram Christi extensi in ea: alio modo, ex contactu ad membra Christi, et ex hoc, quod ejus sanguine est perfusa. Unde utroque modo adoratur eadem adoratione cum Christo, scilicet adoratione latriæ.* Y así comunmente los teólogos en el tratado *de adoratione*.

En este sentido dice nuestra Escritora, que al madero de la cruz se le debe adoracion de latría. Estas son sus palabras: *No adorábamos á la cruz por sí misma, y por lo material de el madero, que no se le debia adoracion de latría, hasta que se ejecutase en ella la redencion; pero atendíamos y respetábamos la representacion formal de lo que en ella haria el Verbo encarnado, que era el término á donde miraba y pasaba la reverencia y adoracion que dábamos á la cruz.* De cuyas palabras consta: que la adoracion no se termina precisamente á la cruz, sino á la cruz y á Cristo, que era el término que especificaba la reverencia que á la cruz daban María santísima y san Juan; y así aquella adoracion debia ser adoracion de latría, por pedirla la excelencia del motivo, objeto y término á quien se encaminaba. *Unde Beatus Pater Basilius judicavit non esse duas adorationes, sed unam ipsius Imaginis, et primi exemplaris*, que dijo Juan Presbítero, *in VII Synodo, act.* 4. Basta lo dicho en materia tan llana y tan comun.

NOTA XVII.

TEXTO. *La razon de no haber contradicion en estas palabras de san Juan con lo que dice san Mateo, etc.* (Núm. 978).

§ I.

Antes de entrar en los cargos, por quitar la equivocacion en que suelen tropezar algunos, siguiendo á Orígenes y Optato Milevitano, supongo que los testimonios de Cristo que dió el Baptista, así á los judíos, como al pueblo que concurria á bautizarse, como refiere san Juan, *c.* I, no fue al venir Cristo á bautizarse, sino algun tiempo despues. Es la razon clara: porque entonces ya el Baptista conocia á Cristo; pues al verle le señaló con el dedo, diciendo á voces: *Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccatum mundi;* y el Baptista no conoció á Cristo de este modo hasta que llegó á bautizarle: *Et ego nesciebam eum* (dice el Baptista), *sed qui misit me baptizare in aqua, ille mihi dixit: Super quem videris Spiritum Sanctum descendentem, et manentem super eum, hic est qui baptizat in Spiritu Sancto;* con que es preciso que los testimonios de el Baptista supusiesen el Bautismo de Cristo. Es comun de los expositores. Véase Cayetano, Jansenio y Maldonado.

De aquí se infiere vino Cristo dos veces en busca de el Baptista. Una cuan-

do se bautizó; otra cuando testificó el Baptista era el Mesías deseado. Vino esta segunda vez, dice san Crisóstomo, *hom.* 15 *in Joannem, ne quis suspicaretur, cum primum una cum cætera multitudine venisset, eadem qua alii causa venisse, ut scilicet peccata confiteretur, et in pœnitentiam ablueretur in flumine. Idcirco venit præbens Joanni occasionem, ut ejusmodi suspicionem tolleret, quam illud verbum: Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi, penitus tollit.* Y Jansenio: *Venit itaque Jesus ad Joannem ea de causa maxime, ut occasionem præberet clarius testificandi de se: et ne baptismum, quem olim susceperat, putaretur in ablutionem suorum peccatorum suscepisse.* Y la venerable Madre, número 1010: *Encaminó sus hermosísimos pasos el divino Maestro hácia el Jordan, donde su gran precursor Juan continuaba su bautismo y predicacion: para que con su vista y presencia diese el Bautista testimonio de su divinidad.*

Dice nuestra Escritora: que esta segunda venida fue inmediatamente acabados los cuarenta dias de ayuno de el desierto. Sintió lo mismo Cayetano: *Quanta subjuncta porrigat adventus iste Jesu ad Joannem, non fuit quando Jesus venit ad Joannem, ut baptizaretur ab eo; sed postquam Jesus jejunavit in deserto post baptismum.* Siguió Cayetano á san Crisóstomo, á Teofilato, y á Eutimio, que fueron de el mismo parecer. Extraño se apartase de esta sentencia el docto P. Maldonado llevado de este fundamento: *Neque Chrysostomi et Theophilati sententiam sequor* (dice), *qui ad hunc modum interpretantur, postridie hujus diei, quo Christus rediit à deserto. Nam præterquam quod, ut modo dicebamus, jam Discipulos habebat, quos diversis diebus collegisse constat, quomodo postridie ejus diei intelligi potest, de quo nulla mentio facta erat?* De suerte, que Maldonado se desvia de este comun sentir, por parecerle que antes de dar el Bautista aquel público testimonio: Este es el Cordero que quita las manchas, ya Cristo tenia discípulos. Leve fundamento, y á mi corto entender opuesto al texto; porque el primer discípulo que tuvo Cristo fue san Andrés: y cuando san Andrés dejando al Bautista siguió á Cristo, ya algun dia antes el Baptista habia dado el referido testimonio. Es la razon, porque san Andrés siguió á Cristo, motivado de oir en otra ocasion al Bautista repetir el testimonio dado antes. Consta del texto en el verso 29: *Altera die vidit Joannes Jesum venientem ad se, et ait: Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi.* En el verso 35: *Altera die* (despues de el referido) *iterum stabat Joannes, et ex Discipulis ejus duo* (que fue el uno san Andrés), *et respiciens Jesum ambulantem, dixit: Ecce Agnus Dei; et audierunt eum duo Discipuli loquentem, et secuti sunt Jesum.* Luego cuando el Bautista testificó la primera vez al pueblo que Cristo era el cordero de Dios que quitaba las manchas de el mundo, aun no tenia discípulos.

El segundo fundamento de Maldonado tampoco hace fuerza; consiste en que el texto refiere que cuando san Juan dijo: *Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi,* fue *altera die,* ó *postridie,* que hace relacion á otro dia mencionado antes: y de el ayuno de el desierto hasta entonces no se habia hecho mencion. Esto, como digo, no es eficaz, porque *altera die,* ó *postridie,* no hace relacion al dia en que vino Cristo á verse con el Baptista segunda vez, sino al dia que los judíos enviaron la embajada, preguntándole quién era. De modo que bautizando san Juan, un dia enviaron los judíos la embajada: *Tu quis es?* Y el Baptista testificó ser Cristo el Mesías, con aquellas palabras: *Ego baptizo in aqua, medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis. Ipse est qui post me venturus est, qui ante me factus est, etc.* Otro dia despues vió san Juan á Cris-

to, y dió el segundo testimonio : *Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi*. Y así el *altera die* no apela sobre otro dia que vino Cristo ; sino otro dia despues de la embajada que al Baptista hicieron los judíos. Lo primero sucedió estando Cristo en el desierto. Lo segundo viniendo Cristo de él.

§ II.

Supongo tambien, que cuando el Bautista rehusó el bautizar á Cristo : *Joannes autem prohibebat eum dicens : Ego debeo à te baptizari*, ya tenia conocimiento y revelacion de que era Cristo el Mesías : pues como dice san Crisóstomo en la homilía citada : *Si ante baptismum eum non cognovit, cur prohibebat eum dicens: Ego à te debeo baptizari? Hoc enim signum erat certissimæ cognitionis.*

Ni obsta la respuesta de el Abulense, *super Matth.* III, *q.* 76, que oponiéndose á nuestro Lyra, antagonista contra quien pelea, desviándose de la trillada sentencia de expositores y Padres, dice : No conoció el Baptista á Cristo hasta despues de haberle bautizado ; y que así el excusarse, no fue por reconocerle entonces Mesías y Redentor de el mundo, sino por tenerle por hombre justo y santo. Corta solucion, dice Jansenio, *c.* 14 *Concordiæ*. Pongo sus palabras : *Verum hæc solutio, non satis firma est. Nam quantumlibet pius homo visus esset Joanni, non potuisset tamen ei dixisse : Ego à te debeo baptizari, nisi sibi certo persuasisset ipsum esse Christum, cum sciret, neminem præter se, et Christum ad baptizandi ritum institutum esse.*

Y verdaderamente, que siendo la forma de el bautismo de san Juan una protestacion de el Mesías venturo, como el Abulense confiesa, *q.* 75, y consta de el XIX de los Actos apostólicos, bautizar á Cristo con aquella forma (que fuera preciso, á no conocerle antes de bautizarle) fuera en el Baptista harto error, y aun causa de tropiezo en los demás, pues decia : Yo te bautizo en el nombre de el Mesías venturo : dando con esto á entender que él no lo era, sino otro que se esperaba, pues le bautizaba en nombre de el que habia de venir. En fin, en aquella ocasion le conoció el Baptista. Esto es, aun antes de bautizarle, como la venerable Madre dice, es comun consentimiento de Padres y expositores. Así san Agustin, *tract.* 5 *in Joannem*, san Crisóstomo, *hom.* 16, Nicolao de Lyra, Jansenio, Cayetano, Cornelio y Maldonado.

Funda el Abulense la particularidad de su sentencia en el texto de san Juan, *cap.* I, que trae tambien nuestra Escritora : *Et ego nesciebam eum, sed qui misit me baptizare in aqua, ille mihi dixit : Super quem videris Spiritum Sanctum descendentem et manentem super eum, hic est qui baptizat in Spiritu Sancto.* Si ya el Baptista, dice el Abulense, conocia á Cristo, ¿para qué despues de bautizado vino el Espíritu Santo sobre él, señal que le dió Dios para que le conociese? Supérfluo, y frustráneo, pues aun antes de venir el Espíritu Santo ya conocia á Cristo san Juan. Comun objecion á que satisfacen san Agustin y san Crisóstomo, con todos los demás expositores.

No sé por qué al Abulense se le hace supérflua la venida de el Espíritu Santo sobre Cristo, aun despues de haberle conocido el Baptista por revelacion : como ni lo es, que revelada de Dios alguna cosa, y creida de aquel á quien se revela firmísimamente, vuelve de nuevo á revelarla al mismo que la ha creido, de lo cual en la Escritura hay innumerables ejemplos. Á Abrahan le reveló Dios le daria la tierra de promision : *Semini tuo dabo terram hanc, Genes.* XII, y esto mismo vuelve á revelarle al cap. XIII, despues que se apartó de

Lot su sobrino. Y al cap. XIV despues de la vitoria de Amalec y los otros tres reyes, vuelve á revelarle lo propio. Á Jacob le revela Dios: *Ero custos tuus quocumque perrexeris, et reducam te in terram hanc: nec dimittam, nisi complevero universa, quæ dixi. Genes.* XXVIII. Y esto mismo vuelve á revelarle, *Genes.* XXXI. Y despues de las revelaciones le da como por señal, pelear un Ángel con él y no vencerle, para confirmarle mas y asegurarle en el riesgo aprehendido de Esaú, que á la vista le aguardaba con cuatrocientos hombres: *Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines prævalebis? Genes.* XXXII.

Pregunto: ¿fueron frustráneas estas repetidas revelaciones de un mismo objeto? Pues por qué se le hace frustráneo al Abulense que la revelacion hecha primero al Baptista, antes de bautizar al Redentor, la volviese Dios á confirmar con la venida del Espíritu Santo en forma de paloma: que era como segunda revelacion con que confirmaba la ya hecha. Adviértelo bien Cornelio à Lapide, *Joan.* I: *Respondetur hoc signum dari Baptistæ, non ut primo Christum cognoscat, sed ut illo plenius se in hac cognitione, fideque confirmet.*

Demás, que la venida del Espíritu Santo y voz del Padre, no solo tuvo por fin confirmar al Baptista en la revelacion primera, sino hacerla creible á los demás, como dicen los mas expositores con Jansenio. Pongo sus palabras por ser tan del caso, *cap.* 14 *Concordiæ, vers.* 2 *Joan.*: *Utile fuit hoc de Christo signum, et promitti, et postea reddi, ut non tam ipsi, quam omnibus credentibus fides in Christum, et per illum confirmaretur, qua causa Joannes etiam illud signum prædicavit. Maluit enim eam Christi agnitionem populo testari, quam simul ex Dei indicatione, ex signi exhibitione tanquam pleniorem acceperat, quam eam, quæ sola illi revelatione interna contigerat, et quæ inefficax fuisset ad faciendam fidem.*

Consta, pues, de lo dicho, cuán conforme es á la mas comun exposicion de los Padres la doctrina de nuestra Historiadora, así en afirmar conoció el Baptista á Cristo antes que bajase el Espíritu Santo, como en que los testimonios que él dió fueron despues de acabado el ayuno de el desierto.

§ III.

Supuesto lo dicho, entremos al cargo que se puede hacer á la razon con que la venerable Madre concuerda á san Mateo y san Juan; dice: que no se opone el *ego à te debeo baptizari* de san Mateo, al llegarse á bautizar Cristo, con el *ego nesciebam eum* de san Juan; porque el testimonio de el cielo y la voz de el Padre, que vino en el Jordan sobre Cristo nuestro Señor, fue cuando san Juan Baptista tuvo la vision y conocimiento que queda dicho, y hasta entonces no habia visto á Cristo ocularmente: y así negó que hasta entonces no le habia conocido; pero como no solo le vió corporalmente, sino con la luz de la revelacion, por eso se postró á sus piés pidiendo el Bautismo.

Este modo de concordar los dos Evangelistas que trae la venerable Madre, parece dificultoso; porque cuando el Baptista conoció á Cristo con la luz y conocimiento que menciona la Madre, fue antes de bautizarle. Fue el motivo á la excusa de bautizarle, como la Madre dice y es comun de todos los expositores, como queda advertido; el testimonio de el cielo, y la voz de el Padre despues de haberse bautizado. Parece claro de san Mateo, III, 16: *Baptizatus autem Jesus confestim ascendit de aqua, et ecce aperti sunt cœli, et vidit Spiritum Dei descendentem sicut columba, et venientem super se: et ecce vox de cœlis*



dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui. Lo mismo san Marcos, XI, y san Lucas, III: *Et Jesu baptizato, et orante, apertum est cælum, etc.* Luego ni la voz de el Padre, ni el testimonio de el Espíritu Santo, fue antes de bautizarse Cristo sino despues de bautizado, *Et Jesu baptizato:* la luz y conocimiento de el Baptista fue antes de bautizarle: luego totalmente se opone al texto decir que la luz y conocimiento de el Baptista, por el cual se excusaba de bautizar á Cristo conociéndole Mesías y Redentor del mundo, fue cuando se oyó la voz de el Padre, y vino sobre él el Espíritu Santo.

Pudiéramos satisfacer á esta objecion siguiendo á Cayetano, *super Matth.*, *c.* III, donde afirma que el Espíritu Santo bajó en forma de paloma sobre la cabeza de Cristo, antes de bautizarse: con esto satisfecha queda la objecion: pues se fundaba precisamente en que el conocimiento de san Juan, dice la Madre, fue antes de bautizar á Cristo, y la venida de el Espíritu Santo despues. Pero abstraigo de esta doctrina de Cayetano, así porque muchos la juzgan menos conforme al texto, como porque no subsiste en la doctrina de nuestra Escritora, cuyas palabras darémos en el número último.

El caso es, que antes de llegar Cristo Señor nuestro al Bautismo, el Baptista ni le habia visto ocularmente, ni tampoco habia tenido la revelacion de su venida que tuvo allí; pero este conocimiento no fue un conocimiento momentáneo, ni al quitar: sino que duró y permaneció en el Baptista comprehendiendo el tiempo todo, desde que llegó Cristo á bautizarse, hasta que despues de bautizado se oyó la voz de el cielo, y bajó el Espíritu Santo. En la ocasion, pues, que tuvo esta revelacion, concurrieron estas cosas: venir Cristo á bautizarse, excusarse el Baptista, reconocer su potestad, altercar los dos, bautizarle despues, oirse la voz de el Padre y bajar el Espíritu Santo. De suerte, que con la luz de la revelacion que tuvo san Juan concurrieron todas las cosas dichas. Á la manera que interpretando el texto de el Éxodo, *c.* III: *Hoc habebis signum, quod miserim te, cum eduxeris populum meum de Ægypto, immolabis Deo super montem istum;* el Abulense, *q.* 7, lo entiende de signo prognóstico. Y haciéndose la réplica de que este sacrificio, fue despues de la salida de Egipto, responde: *Quod liberatio Israel de Ægypto non attenditur in solo exitu de Ægypto, vel transitu maris Rubri: sed ex fine omnium usque ad introductionem in terram, pro qua Deus eis juraverat.* De el mismo modo, cuando nuestra Escritora dice que el testimonio de el cielo y voz de el Padre fue cuando san Juan tuvo la vision, aquel *tuvo* no se ha de referir solo al principio, sino hasta el fin de cuantos sucesos y circunstancias hubo desde llegar Cristo á bautizarse, hasta despues de bautizado, y todas coexistieron con la luz y revelacion que dió Dios á san Juan para que conociese á Cristo.

Este conocimiento excluyó la ignorancia que el Baptista decia tener antes: *Et ego nesciebam eum.* Y la ignorancia no duró hasta el testimonio y voz de el Padre y venida de el Espíritu Santo, como decíamos en el párrafo antecedente, sino que cesó al ver á Cristo, y así desde entonces empezó el conocimiento. *Nesciebat igitur*, dice Crisóstomo (*homil.* 16 *in Joannem*), *antequam Christus veniret, sed cum baptizandus esset, tunc eum cognovit. Itaque cum inquit, nesciebam eum, superiora tempora respicit, non quæ circa baptisma fuerant.* El *nescire* duró hasta venir Cristo á bautizarse, desde entonces el conocer, juntándose el conocimiento que tuvo antes con la venida del Espíritu Santo, que fue despues. Concluyo con las palabras de Jansenio: *Nec obstat quod sig-*

num illi datum erat descendentis Spiritus, quod tunc nedum viderat. Hoc enim signum ei datum fuit, non quo primum Dominum cognosceret, sed quo confirmaretur de eo antea cognito per revelationem.

Que sea esta solucion segun la mente de nuestra Escritora es claro de lo que escribe en el número siguiente, donde especificando mas lo dicho en el antecedente número, escribe así: *Acabando de bautizar san Juan á Cristo nuestro Señor, se abrió el cielo, y descendiendo el Espíritu Santo en forma visible de paloma sobre su cabeza, se oyó la voz de el Padre que dijo: Este es mi Hijo amado en quien tengo yo mi agrado y complacencia.* Consta, pues, claro que segun su mente, cuando se oyó la voz de el cielo, y bajó el Espíritu Santo, no fue cuando al principio, viendo á Cristo corporalmente, conoció por revelacion su divinidad, sino que con aquella revelacion que tuvo al principio se juntó despues, así la venida de el Espíritu Santo, como la voz de el cielo.

NOTA XVIII.

TEXTO. *Cuando comenzó la tentacion era el dia treinta y cinco de el ayuno y soledad de nuestro Salvador, y duró hasta que se cumplieron los cuarenta que dice el Evangelio.* (Núm. 997).

§ I.

Esta nota tiene contra sí la oposicion de el texto, al cual parece contrariarse. Propongo en forma el cargo, para mayor claridad. Es de este modo: el demonio no llegó á tentar á Cristo hasta que tuvo hambre; no tuvo Cristo hambre hasta los cuarenta dias: luego no llegó á tentarle antes de ellos. Las premisas constan de el texto de san Mateo, cap. IV, que es el que entre los Evangelistas menciona el modo, órden y sucesion de las tentaciones: *Et cum jejunasset quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, postea esuriit: et accedens tentator.* Luego primero fue el ayuno de cuarenta dias: despues el tener hambre; al fin tentarle el demonio, vencerle Cristo, y servirle los Ángeles.

Confírmase, porque la exposicion de la Escritura, para no ser censurable, como temeraria, debe ir conforme á la comun inteligencia de los Padres, segun define el santo concilio de Trento, *sess.* 4. Y la comun sentencia de los Padres afirma que el demonio tomó ocasion de tentar á Cristo, porque le reconoció hambriento. Así san Jerónimo, *Matth.* IV: *Permittitur esurire corpus, ut diabolo tentandi tribuatur occasio.* San Crisóstomo, *homil.* 13 *super Matth.: Esuriit Christus, occasionem diabolo tentandi præbens.* Crisólogo, *serm.* 12: *Esuriit Christus, ut tentandi materiam diabolus inveniret. D. Basilius, homil.* 1 *de jejunio super Matth.: Carnem diabolus tentare ausus non fuisset, nisi in ea per esuritionis infirmitatem, quæ sunt hominis recognovisset.* Teodoreto, *serm.* 30 *de provident.: Adamum se videre putavit, ubi famis passiones cernit.* Luego poner el principio de las tentaciones antes de los cuarenta dias se opone al texto, pues hasta los cuarenta dias no tuvo Cristo hambre.

Ni se puede decir usó san Mateo de anticipacion, poniendo antes el hambre que las tentaciones, ó de recapitulacion, poniendo despues las tentaciones, siendo antes: figura que observa la sagrada Escritura muchas veces, como advierten todos los expositores con san Agustin, *lib.* 3 *quæstionum su-*

per Levit. c. XXIII. *Anticipatione subinde utitur Scriptura* (dice) *rem eo nomine vocans non quod jam est, sed quod futurum est. Sic filii Aaron ante sacerdotium vocantur sacerdotes : et filius Nave Jesus appellatus est, cum longe postea hoc nomen Scriptura narret ei impositum.* Y lib. 2 *quæst. Genes., quæst.* 87, explicando aquel texto de el *Genes.* XXIX : *Osculatus est Jacob Rachel, et elevata voce flevit, et indicavit ei quod frater esset patris sui, et filius Rebeccæ;* repara : *Quomodo ab incognito illa osculum accepit, si postea indicavit Jacob propinquitatem suam?* Y responde : *Ergo intelligendum est, aut illum, qui jam audierat quæ illa esset, fidenter in ejus osculum irruisse : aut postea Scripturam narrasse per recapitulationem, quod primo factum erat, id est, quod indicaverat Jacob, quis esset, vel cum ait, et indicavit, hoc est quoniam indicavit.*

Tampoco satisface : porque aunque es verdad sea figura repetida en la Escritura la anticipacion y recapitulacion, solo empero la usa en los nombres que suele darlos antes, aunque se impusiesen despues, como *Joan.* I : *Erat Andreas frater Simonis Petri,* y el nombre de Pedro se le puso Cristo á Simon Cefas muchos dias despues de haber recibido á san Andrés por discípulo suyo. Y como, Num. XXXIV, al dividir Dios los términos á la tierra de Canaan. los orientales (dice) serán *Villa Enan usque ad Sephana, et de Sephana descendent termini in Rebela contra fontem Daphnim.* Y la tal fuente se llamó fuente de Dafne muchos siglos despues por los gentiles. Ó cabe en los sucesos que suele referir antes lo que sucedió despues. Como Daniel, VII, cuenta la vision de los cuatro vientos que peleaban en el mar. Y el cap. VIII refiere otra de un carnero que estaba enfrente de una laguna. Y en el cap. V cuenta la de Baltasar. Y esta que menciona primero, fue despues de las dos : porque esta fue el año último del reino de Baltasar, y la primera, referida al cap. VII, fue el año primero; y la de el cap. VIII al año tercero; con que consta centó Daniel por recapitulacion las visiones referidas cap. VII y VIII, y por anticipacion la referida al cap. V.

Pero no cabe anticipacion ni recapitulacion, cuando la Escritura no solo refiere los sucesos, sino tambien el órden de ellos, diciendo esto fue antes y esto despues, como suponen todos y es evidente : que de otra suerte pudiéramos decir que la creacion de las plantas, flores y árboles fue el primer dia, y de la luz al tercero. Y san Mateo no solo refiere el ayuno, el hambre de Cristo, y tentaciones de el demonio, sino tambien el órden y sucesion que tuvieron : primero el ayuno, despues el hambre; despues llegar el demonio á tentarle con las tres tentaciones : *Cum jejunasset postea esuriit, et accedens tentator ;* luego no ha lugar la anticipacion.

Tanto, que porque Cayetano afirmó, *super Matth.* IV, que no solo tuvo Cristo hambre despues de los cuarenta dias, sino aun en todos ellos, el Padre Suarez, *tom.* 2 *in* 3, *p.* 2, *disp.* 29, *sect.* 2, dice : *Hæc sententia improbabilis, et temeraria, ut minimum mihi videtur.* ¿Qué dijera, si no solo el hambre, sino aun estas tres tentaciones visibles, se afirmara sucedieron antes de los cuarenta dias? En el hambre ha lugar que no solo fuese el último dia, sino en los antecedentes, hablando de hambre menos intensa, no tal cual la que tuvo Cristo despues de los cuarenta dias, como afirma Francisco Lucas, Cornelio à Lapide y Maldonado. Pero si las tentaciones empezaron al dia treinta y cinco, la primera no duró hasta los cuarenta dias ; pues los cinco dias que van de treinta y cinco á cuarenta, se reparten entre los tres : luego antes de los cuarenta dias fue tener Cristo hambre : luego el *postea esuriit,* despues de los cuarenta dias.

Tampoco se satisface con decir que muchas veces en la Escritura se estila el usar de adverbio *post*, aun antes de cumplirse el tiempo, como Lucæ, II: *Et postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer*, y esto no significa que Cristo se circuncidó al dia nono, cumplido el octavo; como ni cumplido el cuarenta, cuando fué María santísima al templo, aunque el texto dice, Lucæ, II: *Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ.* Como ni cumplidos los cincuenta cuando bajó el Espíritu Santo, aunque el texto dice, *Act.* II: *Cum complerentur dies Pentecostes;* porque aunque es esto así, como convencen los ejemplos; pero solo cabe cuando á lo menos ha empezado el dia último, que entonces se toma *inceptum pro completo:* no cuando aun no ha dado principio el dia último sobre el cual apela el *postquam.* Y la venerable Madre dice que las tentaciones empezaron á los treinta y cinco dias; con que habiendo dado principio el cuarenta, no se ajusta el *postea esuriit,* como no se ajustará el *postquam consummati sunt dies octo,* afirmando la circuncision al sexto ó séptimo dia del nacimiento.

§ II.

Este cargo al parecer dificultoso se resuelve fácilmente, observando con san Agustin, *lib.* 3 *super Exod., q.* 47, á quien siguen todos los expositores, que la Escritura computa los tiempos de calidad, que lo que sube ó baja poco del número perfecto y cabal, lo reduce y suma por el número perfecto. Como dice Dios á Abrahan, *Genes.* XV, que sus hijos y descendientes estarán cautivos cuatrocientos años: *Scito prænoscens, quod peregrinum futurum sit semen tuum in terra non sua: et subjicient eos servituti, et affligent quadringentis annis.* Empiézanse á contar estos cuatrocientos años, dice san Agustin, á quien siguen los demás, desde el dia en que prometió Dios á Abrahan le daria á Isaac, y es cierto que desde entonces, hasta la salida de Egipto, pasaron cuatrocientos y cinco años: no me detengo en los cómputos. Véase san Agustin en el lugar citado, el Abulense, *Exod.* XII, *q.* 54, Nicolao de Lyra, Oleastro y Cornelio à Lapide, *Exod.* XII. Pues siendo cuatrocientos y cinco años, como la Escritura solo pone cuatrocientos; responde san Agustin: *Non mirum est, si quadrigentos et quinque annos, summa solida quadrigentos voluit appellare Scriptura, quæ solet tempora ita nuncupare, ut quod de summa perfectionis paulum excrescit, aut infra est, non computetur.*

Advierte lo mismo san Epifanio, *lib.* 3 *contra hæreses. Ab Adam usque ad Noe* (dice) *præterierunt generationes decem, à Noe usque ad Abraham aliæ decem. Ab Abraham vero usque ad Davidem generationes quatuordecim, ut sint ab Adam usque ad Christum sexaginta duæ generationes. Quæ sane sexaginta per compendium numerata sunt. Nam cum in deserto septuaginta duæ stirpes palmarum essent, septuaginta nominantur: et septuaginta in montem vocatis reperiunt septuaginta duo* (Num. XXXIII), *cum Elad et Mad, et septuaginta duo fuerunt, qui interpretati sunt tempore Ptolomæi, verum compendii gratia solemus dicere interpretationem septuaginta.*

Observó este modo de computar el apóstol san Pablo, *ad Galat.* III, donde numerando los años que corrieron desde la primer promesa, que Dios hizo á Abrahan al salir de su patria, hasta que dió la ley al pueblo israelítico, dice: pasaron cuatrocientos y treinta años: *Post quadringentos, et triginta annos facta est lex.* Y no hay duda que á lo menos fueron cincuenta dias mas, pues el pueblo salió de Egipto despues de los cuatrocientos y treinta años cumpli-



dos, como consta de el Éxodo, XII. Y desde que salió, hasta que en el monte Sinai se le dió la ley, pasaron cincuenta dias cuando menos.

Y porque no se diga que estos ejemplos prueban de mas á menos, como reduciendo cuatrocientos y cinco, á cuatrocientos, setenta y dos á setenta; pero no reduciendo lo menos á lo mas, como sucede en nuestro caso, donde se alarga los treinta y cinco á cuarenta, aunque san Agustin del mismo modo discurre en el lugar citado de lo que sube que de lo que baja: *Ut quando de summa perfectionis numeri paululum excrescit, aut infra est, non computatur;* pongamos ejemplo en uno y otro, advertido tambien de el Santo. *Lib.* 7, *locutionum Judicum* 9, se refiere como Abimelech hijo de Gedeon, *intravit in domum patris sui, et interfecit fratres suos filios Hierobaal septuaginta viros super lapidem unum.* Dice el texto mató á setenta, y fueron no mas de sesenta y ocho; porque todos los hijos de Hieroboal fueron setenta, de estos se escapó el menor llamado Jonatás, ni tampoco murió Abimelech, que él era el fratricida, y así los muertos fueron sesenta y ocho; pero la Escritura, como repetidas veces hace, dice san Agustin: *Universum numerum posuit pro pene universo.*

De el mismo modo discurrimos en nuestro caso: llegó el demonio á tentar á Cristo á los treinta y cinco dias de su ayuno, duraron las tentaciones visibles hasta los cuarenta, y imitando los Evangelistas el estilo comun de la Escritura, redujeron los treinta y cinco á cuarenta, por ser número cabal, como dice san Agustin y consta de los ejemplos alegados. Desde treinta y cinco á cuarenta, son pocos los dias: *Et minutias istas numerorum solet præterire non modo sacra Scriptura, sed etiam externa et profana Historia,* dice Pereira, *in Exod.*, XII, *disp.* 19, *n.* 117. Como el Apóstol omitió cincuenta dias á los cuatrocientos y treinta años: *Quia in numero annorum quadringentorum nullam qualitatem notabilem faciunt quinquaginta dies,* dice el Abulense, *ubi supra,* como seis meses en cuarenta años que se omitieron al tiempo de el reino de David, *III Regum,* II. Contaron, pues, los Evangelistas cuarenta dias de ayuno: empezaron á los treinta y cinco las tentaciones; porque dentro de los cuarenta se perficionaron con la total vitoria de Cristo, reduciendo al número perfecto lo que empezó en el imperfecto. Y en fin, *Nihil ad rem dum omnia facta esse, manifestum fit,* dice san Agustin, *lib.* 2 *de consensu Evangelist.*, *c.* 16. Que ayunó Cristo cuarenta dias, que despues tuvo hambre, que el demonio le tentó tres veces, es cierto; pero no mas que probable cuándo empezaron estas ó aquellas tentaciones, como dice el Santo, ibid.

§ III.

Y verdaderamente que reducir á un dia las tentaciones es harto dificultoso, por dos razones: La una, porque si Cristo se fué desde el desierto al pináculo de el templo, y desde el pináculo de el templo al monte, sin que el demonio le llevase por el aire, como tiene por mas probable Maldonado, *super* IV *Matthæi,* siguiendo á Eutimio, *ad* IV *Lucæ*, sentencia que tambien siguió Orígenes, *homil.* 31 *in Lucam;* y santo Tomás, *Matth.* IV, donde dice: *Quæritur quomodo assumpsit Christum diabolus? Dicunt, quod portavit ipsum supra se. Alii, et melius, quod exhortando induxit, et Christus ex dispositione suæ sapientiæ ivit in Hierusalem.* Aun estas dos tentaciones es mucho se ajustasen en un dia, porque desde Cuarenta (así llaman el desierto en que Cristo ayunó) hasta Jerusalen hay diez y ocho millas, dice nuestro Francisco Cua-

resmio, testigo ocular, *in Elucidario Terræ Sanctæ, tom.* 2, *lib.* 6, *c.* 12, el monte desde donde el demonio mostró á Cristo los reinos de el mundo está en el mismo desierto de Cuarentana, y consiguientemente diez y ocho millas de Jerusalen; desde el desierto á la cumbre hay dos millas de subida asperísima y cási inaccesible, como dice Cuaresmio y el Padre Castillo en el Viaje de la Tierra Santa, *fol. mihi* 259. Desde la cumbre bajó Cristo las dos millas al lugar donde ayunó, que viene á estar siempre en medio de la montaña, y dista de la falda dos millas: y desde él á la cumbre otras dos; allí le sirvieron los Ángeles la comida, comun sentencia de los expositores, con que en ir desde el desierto á Jerusalen, venir desde Jerusalen á la cumbre de el monte, bajar desde la cumbre al desierto, hay cuarenta millas de camino. Pues ¿cómo pudo ajustarse en un dia naturalmente?

La otra, porque en caso que el demonio llevase á Cristo por el aire desde el desierto al pináculo de el templo, y desde el templo al monte, sentencia mas comun; lo es tambien, que desde el monte donde le dejó el demonio, se bajó Cristo al desierto, donde ayunó sin valerse de milagros, como afirma Barradas, *tom.* 2, *lib.* 2, *c.* 6, siguiendo á Dionisio Cartujano y á Titelman, y allí le sirvieron los Ángeles la comida; con que bajó dos millas de tierra de tan áspera bajada, que se gasta en ello muchas horas, dicen Cuaresmio y Castillo. Demás, que como advierte Cayetano, 3 *p.*, *q.* 41, *art.* 4: *Non videtur rationi consentaneum, ut tentationes istæ, quas visibiliter apparens dæmon excitavit, ut collocutiones manifestant, his solis verbis, quæ Matthæus evangelista narrat, fuerint contentæ: sed multæ fuissent suffultæ, ornatæque verbis omissis ab Evangelistis substantialia tantum narrantibus.* Con que aun en este modo de discurrir es dificultoso que en un dia se ajustase todo.

Empezando las tentaciones desde los treinta y cinco dias, y durando hasta los cuarenta (lo cual se compone sin violencia al texto, como convencen los ejemplares referidos de la Escritura), se ajusta mejor: dase tiempo á las tentaciones, á que el demonio mudase varios trajes, ya de ermitaño, ya de hombre poderoso, á que usase de retórica en la persuasion, y que bajase Cristo sin milagro desde la cumbre al desierto, á que comiese, sirviéndole los Ángeles: todo cabe bien en cinco dias, como dice la venerable Madre; no tanto si se reduce á uno solo.

Últimamente, si alguno quisiere estar tan literal al texto, que no admita la explicacion dicha, aunque la persuaden tantos ejemplares, queda respuesta con doctrina comunísima. Y es, que desde los treinta y cinco dias empezó el demonio con tentaciones invisibles á persuadirle comiese, sospechando que en tantos dias de ayuno estaria con hambre. Á los cuarenta tuvo Cristo hambre verdadera, y entonces llegó el demonio con forma visible: lo cual cabe así en la doctrina de esta Historia, como de la de muchos y graves Padres. En la de nuestra Historiadora, porque ella, aunque dice empezaron las tentaciones á los treinta y cinco dias, no especifica fueron desde entonces visibles.

En los Padres, porque es sentencia de Orígenes, *homil.* 24 *in Lucam*, de Beda, *Marc.* I, Eusebio, *lib.* 9 *demonstrationum Evangelicar.*, *c.* 7, de Eutimio, *Matth.* IV, de Arias Montano, *Lucæ*, IV, de san Agustin (ó de el autor cuyas son las cuestiones *in Novum Testamentum*, *part.* 2, *q.* 9, que están en el tomo 4 de las obras de el Santo) que el demonio tentó á Cristo, no solo con las tentaciones visibles que refieren los Evangelistas, sino con otras muchas invisibles que empezaron antes de los cuarenta dias. Á las réplicas que se pueden oponer á esto, queda cabal satisfacion en la nota IX, párrafo IV.



NOTA XIX.

TEXTO. *Y si les faltó entonces la gracia y mocion de el Espíritu Santo, fue porque de justicia se les debia negar, por haberse rendido y sujetado ellos al demonio.* (Núm. 1138).

§ I.

Habla la venerable Madre de la ocasion en que á Judas y á los fariseos persuadia el demonio con varias sugestiones desistiesen en el intento de quitar la vida á nuestro Redentor; y dice que entonces le faltó la gracia y mocion de el Espíritu Santo: con que parece afirma le faltó no solo la gracia eficaz, sino aun la suficiente en pena de sus pecados, que es la sentencia de Gregorio Ariminense, *in* 1, *dist.* 46, *q.* 1, y de el Abulense, *in Exod.* IX, *q.* 12, *et in Deut.* II, *q.* 10, y de otros pocos teólogos menos bien oida de los demás, tanto que el angélico Doctor, 3 *part.*, *q.* 86, *art.* 1, asienta que *Erroneum est dicere, quod aliquod peccatum sit in hac vita, de quo quis pœnitere non possit.* Lo cual necesariamente se siguiera, si llegara el hombre á estado que careciese de auxilios suficientes, pues sin ellos no hay potestad para arrepentirse con dolor saludable, que debe ser sobrenatural. Ni tampoco aun desde entonces pecara en no observar los preceptos sobrenaturales; pues sin auxilios suficientes no hay poder para cumplirlos; y sin poder cumplirlos, el no observarlos no puede ser culpable, como enseñan todos los teólogos con san Agustin, *lib.* 3 *de libero arbitrio, c.* 18 *et* 19, *et lib.* 22 *contra Faustum, c.* 78, *et lib.* 1 *de peccatorum meritis et remissione, c.* 95.

Y que la venerable Madre hable no solo de gracia eficaz, sino aun suficiente, parece claro. Es la razon, porque aquella gracia que negó Dios en la ocasion presente á Judas y á los fariseos, que les concedió antes, solo fue suficiente y no eficaz: luego la suficiente fue la que les negó en esta ocasion. La mayor consta de el texto. *Así como Judas y los pontífices* (dice) *no consintieron con su libre voluntad en el consejo de el demonio, para dejar de perseguir á Cristo nuestro Señor, pudieran mucho mejor no consentir con él en la determinacion de no perseguirle, que les persuadió el mismo demonio: pues para resistir esta tentacion les asistió el auxilio de la gracia, si quisieran cooperar con ella. Y si les faltó entonces, etc.* Luego la gracia que les faltó entonces fue la que tuvieron antes: la que tuvieron antes fue suficiente y no eficaz, pues no dejaron de perseguir á Cristo; y si fuera eficaz infaliblemente, no le persiguieran: luego la gracia que no tuvieron ahora fue la suficiente: lüego en aborrecer y perseguir á Cristo, á lo menos en esta ocasion, no pecaran, pues les faltaban auxilios suficientes para no aborrecerle y perseguirle.

Ejemplar de los obstinados es en las divinas Letras Faraon; y á Faraon no le faltó la gracia suficiente para convertirse, como enseña la mas recibida sentencia de los teólogos siguiendo á los Padres; á san Agustin, *de prædestinatione et gratia*, *c.* 14, á san Gregorio, *lib.* 31 *Moral.*, *c.* 11, á Orígenes, *lib.* 7 *ad Romanos*, IX. Suponiendo por certísimo: *Quod voluntas Dei nunquam in hac vita deficit justitiæ pietatique mortalium*, como dijo san Agustin, *epist.* 59, *q.* 2. Sin auxilios suficientes, como decíamos antes, no es imputable á culpa el no cumplir el precepto: *Et nullus Theologorum admittet Principes Sacerdotum, Seniores, Pharisæos et Scribas, fuisse omnino liberos ab inculpabilitate culpæ mortalis, eo ipso tempore, quando resistebant Christi Domini concionibus, mi-*

raculis, exemplis, et quando mortis reum pronuntiabant : licet tunc etiam obdurati fuerunt, et excæcati, como dice el Padre Ruiz, *de providentia, tract.* 2, *dist.* 12, *sect.* 8; luego afirmar á Judas y á los sacerdotes sin auxilios suficientes, es seguir un camino mal visto y aun censurado de los teólogos.

§ II.

Pudiéramos responder á estas objeciones y nimiedad de censuras en que suelen tropezar algunos teólogos, mas de lo que es justo con el Padre Suarez. *tom.* 4 *in* 3 *part., sect.* 2, *assertio* 2 : *Non est censura dignum qui dixerit, ita se gerere Deum cum aliquibus hominibus, ut non det illis actualem excitationem supernaturalem propter eorum peccata, vel in aliquo, vel in toto vitæ tempore.* Y en este sentido, no es la censura que da santo Tomás, sino en otro muy diferente, como es claro de la letra. Pero por ser esta sentencia, aunque no censurable, no la mas comun de los teólogos, no me valgo de ella. Sea la satisfacion con principios, no solo probables pero aun ciertos.

Para lo cual supongo que no siempre tiene el hombre auxilios suficientes actuales. Es la razon clara, porque auxilio suficiente no es mas que iluminacion y inspiracion con que Dios pulsa al alma para que obre, para que se convierta, para que observe los preceptos y ley de Dios ; y no siempre hay actualmente en el hombre esta inspiracion y iluminacion, que consiste en unos movimientos súbitos de el entendimiento y la voluntad que le inclinan á lo honesto. Y no siempre está pensando el hombre en lo bueno, ni inclinado á obrarlo, como manifiesta la experiencia en muchos, que se les pasan los años enteros sin pensar tal cosa.

Á tiempos oportunos da Dios estos auxilios, ó *proxime,* ó *remote.* Esto es, ó que inmediatamente mueven á tal obra, ó auxilios para hacer otra con que se dispone para tener auxilios con que hacer esta. Como : hállase uno gravemente tentado contra alguna virtud; dále Dios auxilios para que ore, pidiendo su gracia; mediante esta oracion se dispone á que Dios le dé auxilios, para no ser vencido aunque esté tentado. Que es lo que dijo san Agustin, *de gratia et libero arbitrio, c.* 16 : *Ideo quædam jubet, quæ non possumus, ut sciamus quid ab illo petere debeamus. Et lib. de natura et gratia, c.* 43 : *Deus impossibilia non jubet, sed jubendo admonet, et facere quod possis, et petere quod non possis,* cuyas palabras transcribe el concilio Tridentino, *sess.* 6, *cap.* 11.

De suerte, que la diferencia entre las dos opiniones : la una, que niega auxilios suficientes en algunos viadores, como en los obstinados; y la otra, que á á todos los concede : no está en que esta afirme ha de estar siempre el hombre con actual mocion de estos auxilios, sino que en la primera sentencia, ni los tiene *actu* ni en *potentia,* ni *proxime* ni *remote.* De lo cual se siguen dos cosas : la una, que el obstinado no solo carezca de auxilios, sino tambien de la potestad de tenerlos. La otra, que ni hay en Dios aun voluntad antecedente de dárselos, ni preparacion de su concurso en línea sobrenatural. En la segunda sentencia, aunque no tenga auxilios actualmente, le queda potestad moral para adquirirlos mediante otras obras sobrenaturales que entonces puede hacer : y en Dios hay voluntad antecedente, mediante la cual tiene preparado concurso sobrenatural *in actu primo.*

De aquí se infiere por qué peca el hombre, aunque carezca de auxilios suficientes actuales. Peca, porque aunque no los tenga *actu,* puede tenerlos. Peca, porque por él está el no tenerlos. Peca, porque aunque no los tenga

proxime, los tiene *remote*. Peca, como peca el que con ignorancia crasa quebranta el precepto: pues como este peca contra el precepto, porque aunque le falta la ciencia, le falta porque no quiere tenerla aplicando los medios que están en su potestad para adquirir; así esotro peca, porque aunque no tenga auxilio suficiente, luz y conocimiento sobrenatural, está por él el no tenerle, pues él se impide no poniendo aquella obra con que infaliblemente los tuviera.

De aquí queda clara la solucion á las objeciones hechas en esta nota en los principios de esta segunda sentencia, que es la mas comun. No tuvieron Judas ni los sacerdotes en esta ocasion auxilios *proxime, et in actu*, es verdad: no los tuvieron *remote, et in potentia:* es falso. Antes cuando el demonio les tentaba para que persiguiesen á Cristo, necesidad tuvieron de gracia suficiente para resistir á la tentacion, que era grave, y sin gracia no hay fuerzas en la naturaleza para resistirla; pero en esta ocasion, que no solo habia tentacion que les impidiese, sino que aun el demonio les retraia con repetidas sugestiones, no necesitaban de gracia sobrenatural para no continuar la persecucion, pues la naturaleza por sí sola, cuando no hay tentacion grave, basta á cumplir un precepto á que tan naturalmente se inclina, como es no aborrecer ni perseguir al bienhechor. Y bienhechor tal como Jesucristo, que sobre no merecerlos el odio, por ser tantas sus prendas naturales, les habia beneficiado con tan singulares favores. Pues ¿qué mucho que entonces no tuvieran aun gracia suficiente, pues ni la merecian, despreciando la que tuvieron antes; ni la necesitaban en esta ocasion para no continuar el odio? Pecaron, pues, antes; porque tuvieron gracia suficiente para vencer la tentacion. Pecaron ahora, aunque no tuvieron gracia, así porque podian tenerla, como porque aun en caso que no tuvieron potestad para tenerla, pudieran observar el precepto negativo de no aborrecer á un inocente, que era tan su bienhechor, especialmente no habiendo tentacion grave de lo contrario.

§ III.

Dice la venerable Madre, *que si entonces les faltó la gracia y mocion de el Espíritu Santo, fue porque de justicia se les debia negar*. Y con mucha razon: llamólos Dios antes repetidas veces dándoles auxilios y luz para que resistiesen al demonio cuando les tentaba, para que persiguiesen á su Redeptor; y áspides sordos endurecieron sus oidos. Desatentos á las voces de la gracia, y á las que daba Cristo con sus obras: *Non erant surdi, sed fecerunt se surdos,* dice san Agustin, salmo LVII. *Quia enim aures patentes in corde non habebant, violentia tamen verbi per aures carnis irruens, etiam ipsis auribus cordis vim faciebat: clauserunt et aures corporis.*

Á tanta obstinacion de justicia se le debió la pena de carecer de los auxilios actuales de la gracia, que despreciaron antes: *Illa est enim pœna peccati justissima, ut amittat unusquisque, quo bene uti noluit, cum sine ulla difficultate posset, si vellet,* dijo el mismo Santo, *lib.* 3 *de libero arbitrio, c.* 18. Y santo Tomás, *ad Romanos,* IX, *lect.* 4: *Usus malorum ad quem utitur eis Deus, est ira id est pœna, et ideo vocat eos vasa iræ, id est justitiæ instrumenta, quibus Deus utitur ad ostendendam iram, id est justitiam vindicativam.*

Es muy de notar la propiedad grande con que siempre habla la venerable Madre, en términos que el rigor escolástico no los puede idear mas propios. *Y si les faltó entonces* (dice) *la gracia,* no dice que le negó Dios la gracia, sino

que les faltó, que es distinto uno de otro en todo rigor escolástico. Advirtiólo bien el Padre Suarez, *de pœnitentia, disp.* 8, *sect.* 2, *n.* 15. *Prœterea observare oportet juxta usum rigorosum terminorum: aliud esse Deum ex se denegare alicui gratiam suam, aliud vero actu non dare: nam hoc secundum tantum significat, quod talis gratia actu, et re ipsa non ponitur in homine, hoc, vel illo tempore, quod sane propter occurrentia impedimenta frequentissime contingit in omni genere gratiœ. Denegare autem addit absolutum decretum divinœ voluntatis, quo statuit non dare amplius talem gratiam, quidquid bono operetur.*

Faltóles á los pontífices y á Judas la gracia aun suficiente, es verdad; pero no dice nuestra Escritora que Dios decretó no dársela mas: antes bien lo contrario, en el núm. 1172, hablando de la ocasion en que Cristo Señor nuestro lavó los piés á Judas (dice) como mostró el Señor á Judas su caridad, lo uno en la caricia y agrado de el semblante, lo otro en las grandes inspiraciones con que tocó su interior, conformes á la dolencia y necesidad que tenia aquella depravada conciencia. Consta, pues, que aunque en la ocasion que habla en esta nota no tuvo Judas auxilios actuales suficientes, los tuvo despues: y así el no tenerlos, no fue porque Dios decretase no dárselos mas, que es lo que los teólogos llaman no tener el viador auxilios suficientes. De el mismo modo se entiende lo que dice en el núm. 1126: *Que cuando Judas besó á Cristo, diciéndole: Dios te salve, Maestro; en esta accion tan alevosa se acabó de substanciar el proceso de la perdicion de Judas.* No porque desde entonces quedase Judas tan destituido de auxilios, que le faltasen los suficientes, *proxime, et remote,* sino que le faltaron los actuales en tanta abundancia y intension como tuvo antes, y dice la venerable Madre en el núm. 1172. Entre los auxilios suficientes, no hay duda hay unos mas intensos que otros, y mas vivaces en retraer de el mal. De donde nace que resisten unos mas, y otros menos á las tentaciones, aun dándolos iguales en los hábitos viciosos y malas costumbres. Y en un mismo hombre se experimenta que en algunas ocasiones con poca resistencia es vencido, y otras resiste mas, aunque quede vencido tambien, y consiguientemente carezca de gracia eficaz. Lo cual proviene de ser los auxilios suficientes, ó mas intensos, ó atemperados en una ocasion que en otra. Esta abundancia de auxilios suficientes fue la que faltó á Judas desde que entregó á su Maestro. Explicólo la Madre: *Y se justificó últimamente la causa de parte de Dios, para que desde entonces le desamparase mas la gracia y los auxilios.* No para que absolutamente le desamparase, sino para que no le asistiese tanto, ni con tanta abundancia.

NOTA XX.

TEXTO. *Lucifer y los demonios fueron lanzados á las cavernas infernales, hasta que se les dió permiso para que saliesen, y se hallasen á la pasion.* (Número 1190).

§ Único.

En la cena legal y en el lavatorio de los piés dice nuestra Historiadora asistió Lucifer, no permitiendo Cristo Señor nuestro saliese de el cenáculo; pero poco antes de instituir el sagrado y augusto sacramento de la Eucaristía, á la imperiosa voz de María Señora nuestra, fue lanzado en las cavernas infernales, hasta que con nuevo permiso salió hallándose presente á la pasion de Cristo.

Para sosegar algunas leves dudas conviene tomemos su solucion de la inteligencia de el texto de san Juan, XIII, 27: *Et post buccellam introivit in eum Satanas*, que es el que con alguna apariencia podia oponerse. Para lo cual supongo que entrar Satanás en Judas, no fue entrar en él como entra en los energúmenos, como lo notaron Barradas, *tom.* 4, *lib.* 1, *c.* 9, Tireo, *de locis infectis, part.* 1, *c.* 2, *n.* 32, y el cardenal Toledo, *in Joannem.* XIII. Entró en él, porque desde entonces se obstinó mas en los propósitos de vender á su Maestro, dice san Leon, *serm.* 7 *de passione,* san Jerónimo, *in epist. ad Ephesios, c.* IV, *ad illa verba Pauli : Notite locum dare diabolo,* y Dídimo, *lib.* 3 *de Spiritu Sancto.*

Ni el poscerle de nuevo fue porque le arrojase nuevas sugestiones, antes bien sospechando ya era el Mesías, quiso retraer á Judas de la venta, y embarazar la pasion de Cristo, como dice la venerable Madre : á la manera que quiso impedirla por medio de la mujer de Pilatos, en sentir de san Cipriano, *serm. de passione,* de san Bernardo, *serm.* 1 *Paschæ,* de Nicolao de Lyra, Dionisio Cartujano, Cayetano y otros. Matth. LXII, 19. *Post panem intravit in eum Satanas, non ad hoc ut alienum tentaret, sed ut proprium possideret,* dijo san Agustin, *tract.* 62 *in Joannem.* De suerte que entrar el demonio en Judas, fue tener nuevos derechos sobre él, fundados en la obstinacion con que resistió á tantos auxilios de la divina gracia que abundantísimamente le dió Cristo en aquella ocasion. Explicólo Toledo con interpretacion conforme de el todo á lo que decimos : *In Judam dæmon ingressus dicitur, non ut tanquam dæmoniacum, cum corporaliter agitaret, nec ut de novo malas, et nefandas contra Magistrum cogitationes persuaderet. Jam enim tentationibus hisce consenserat, sed commotus, et indignatus, quia se signari proditorem præsensit: intrat ergo Satanas in eum, velut quandam in eum stabilem possessionem accipiens : nam à Christo nunc se Judas discipulatui renuntians, separavit, ab eoque omnino recedere decrevit.*

Demás, que como dirémos en la nota XXII, este bocado le dió Cristo á Judas antes de la institucion de la Eucaristía. Y así aun en caso que entrar el demonio en él fuese tentarle con nuevas sugestiones, lo cual no podia hacer desde el infierno por la distraccion que hay de él á la tierra, como advierte bien Ubigueiro, *de voluntate angelica, c.* 3, § 2, *v.* 13, aun no quedaba objecion alguna : pues esto precedió á la institucion de la Eucaristía, que fue cuando María Señora nuestra arrojó á los demonios de el cenáculo, recluyéndolos en el infierno.

Solo parece puede objetarse que la venerable Madre dice en el núm. 1206 que saliendo Judas de el cenáculo, se le apareció Lucifer á persuadirle no fuese á avisar á los pontífices y fariseos prendiesen á Cristo : luego antes de la pasion ya habia salido el demonio de el infierno, que es expreso contra lo que deja dicho en esta nota. Pero á esto se responde fácilmente, advirtiendo desde qué tiempo cuenta la venerable Madre el principio de la pasion : tómale desde que salió Cristo de el cenáculo : y afirma, que el tiempo que estuvieron encerrados los demonios fue el tiempo de la institucion de la Eucaristía y comunion de los Apóstoles : concluido esto, se les dió permiso para que saliesen; porque desde entonces daba principio la pasion de Cristo, yendo desde el cenáculo á padecer. Y cuando el demonio se le apareció á Judas, fue despues de haber salido Cristo de el cenáculo; con que ya habia dado principio á su pasion. Véase la nota XXII.

NOTA XXI.

Texto. *No podia estar su humanidad santísima en la Iglesia por otro modo, mientras no se consagraba su cuerpo y sangre.* (Núm. 1197).

§ Único.

Afirma la venerable Madre subsistió la humanidad de Cristo nuestro Redentor en aquellos tres dias de su muerte, conservando María santísima las especies sacramentales dentro de su pecho como en preciosa custodía. Y aunque demos esta milagrosa conservacion, parece no subsiste la doctrina de esta nota. Es la razon; porque conservarse la humanidad de Cristo, es conservarse el alma unida al cuerpo: pues en faltando la union, como falta hombre, falta humanidad. En caso que se conservasen las especies sacramentales en el dicho, faltara la union de el alma al cuerpo : luego debajo de las especies sacramentales no hubiera humanidad. Pruébase la menor; porque muriendo Cristo en la cruz faltaba la union de el alma al cuerpo : luego siendo uno mismo el cuerpo que estaba en la cruz que el que estaba debajo de las especies sacramentales, tambien faltara la union al cuerpo aun en cuanto debajo de ellas. Argumento que tocó Escoto, *in 4, dist.* 11, *q.* 3, § *de secundo articulo*, y que le convenció á decir que en caso que se conservasen las especies sacramentales aquellos tres dias al espirar en la cruz Cristo, quedaria debajo de las especies sacramentales el cuerpo solo, que es el que se pone por fuerza de las palabras: luego aun conservadas las especies en el pecho de María santísima, no quedara la humanidad de Cristo, como ni la union de el alma al cuerpo.

Confieso ingénuamente es esta la sentencia de Escoto, pero no puedo negar es muy probable la sentencia de Alejandro de Ales, 4 *part. summæ, quæst.* 10, *membro* 2, *art.* 1, § 7, Mayor, *in 4, dist.* 10, *quæst.* 4, Okan, *ibid.*, Suarez, *tom.* 3 *in* 3 *part., disp,* 48, *sect.* 5, Aversa, *super libros Physic., q.* 27, *sect.* 7, Arriega, *ibid., disp.* 14, *sect.* 7, y otros muchos á los cuales cita y sigue nuestro Poncio, *lib.* 4 *Physic., disp.* 44, *q.* 6, que defiende puede el cuerpo en un lugar estar informado y unido al alma, y carecer de esa union en otro. Y así que conservadas las especies sacramentales en los tres dias de la muerte de Cristo Señor nuestro no implica estuviese su sagrado cuerpo separado del alma en la cruz y sepulcro, y unido á ella, en cuanto contenido debajo de las especies sacramentales.

Al argumento mas grave que suele oponerse á este sentir responde Alejandro de Ales, y con él los demás: *Ad hoc quod objicitur in contrarium : quia tunc contradictoriæ essent simul veræ, dicendum, quod hoc posito, non accedit contradictoria esse simul vera, quod sic patet. Secundum enim illam positionem demonstrata carne in pixide, hæc vera esset: hæc caro est viva : demonstrata in sepulchro, hæc esset vera : hæc caro est mortua, et per consequens non est viva. Nec sunt istæ contradictoriæ, hæc caro alicubi est viva ; alicubi non est viva, sed subcontrariæ : sed hæc esset ei contradictoria : hæc caro nusquam est viva, quod non concederetur, illa positione stante. Similiter nec hæc : hæc caro Christi non est viva demonstrata ea in sepulchro : est enim sensus : hæc caro nusquam est viva : confundit enim negatio, quod confundit confuse, et distributive. Neque sequitur alicubi non est viva : ergo non est viva : sicut non sequitur, aliquis*

homo non currit: ergo nullus homo currit. He trasladado todo el texto de Alejandro de Ales porque toca el punto individualmente, y satisface adecuadamente la potísima objecion. Las demás que suelen oponerse á este sentir se pueden ver en los autores citados; que no es razon detenernos en cuestiones filosóficas tan comunes, y que tantos las tratan y exagitan.

Ni esto debe llamarse nuevo milagro, sino continuacion de el primero. Á la manera, que todos los escotistas decimos con Escoto, *in 4, dist.* 10, *quæst.* 6, § *ad intellectas*, que entre las especies sacramentales y el cuerpo de Cristo no hay mas que union moral con que el que mueve las especies de una parte á otra, solo moralmente mueve el cuerpo de Cristo; pero quien le mueve físicamente es Dios. Y objetándose Escoto que esto fuera nuevo milagro, el cual se multiplicara tantas veces cuantas el sacerdote moviera la hostia, responde: *Quod hoc non est novum miraculum, sed antiqua determinatio voluntatis divinæ;* porque en la institucion de este Sacramento determinó Dios *facere corpus Christi semper præsens speciei post consecrationem.* De el mismo modo en esta sentencia determinó Dios que siempre que hubiese sacramento de Eucaristía, estuviese en él la humanidad de Cristo: *Ex vi verborum*, el cuerpo: *per concomitantiam*, el alma: con que supuesto el milagro de conservar las especies *in triduo suæ mortis*, no fue nuevo milagro conservar en ellas el alma unida al cuerpo, aunque estuviese separado en la cruz, sino continuar la primera voluntad que tuvo en la institucion de este Sacramento.

Y verdaderamente, que suponiendo la posibilidad de que el cuerpo de Cristo esté unido al alma en un lugar, y en otro no; y supuesta la conservacion milagrosa de las especies en aquellos tres dias, es muy conforme á la institucion de este Sacramento, que se conservase en ellos la humanidad de Cristo, y no solamente el cuerpo, porque la regla fija por donde discurrimos cuál fue la institucion de los Sacramentos es el hecho de Cristo, y Cristo dió en la primera institucion de la Eucaristía su cuerpo animado, vivo, unido al alma, aunque separado en la representacion. Debajo de las especies del pan está el cuerpo; *ex vi verborum per concomitantiam*, el alma. Y así, *totus et integer Christus sub panis specie, et sub quavis ipsius parte: totus item sub vini specie, et sub ejus partibus existit*, como difine el Tridentino, *sect.* 13, *c.* 2. Pues siendo posible que nunca haya sacramento de Eucaristía sin esta concomitancia, ¿qué fundamento eficaz habrá para negar fuese esta la institucion, pudiendo ser?

Pudo instituir nuestro Redentor este Sacramento dando su cuerpo de modo que se conservase conservadas las especies, aunque faltase la concomitancia de alma. Pudo instituirle de modo, que quisiese nunca estuviese el cuerpo debajo de las especies, sin que el alma estuviese, *per concomitantiam.* De que el alma se separase en la cruz, no se infiere se ha de separar en la Eucaristía, y como tantos y tan graves autores dicen. Que fuese así, es mas conforme al hecho de Cristo, á lo que dicen absolutamente los Concilios de este Sacramento. Pues ¿por qué no dirémos fuese así, y no del otro? Y modo consiguientemente que siempre en la Eucaristía esté la humanidad de Cristo, sin que haya caso dable en el cual subsista Sacramento, y que no esté Cristo debajo de cualquier especie.

Ni obsta decir que esta comitancia, si se funda en la union de el alma al cuerpo, y que faltando esta por morir Cristo, no quedara en la Eucaristía. No obsta: porque se responde fácilmente distinguiendo: se funda *in unione*

physica animæ et corporis, appellando super unionem, quam habuit, dum Christus instituit hoc Sacramentum, concedo : *appellando super unionem semper extituram, ut semper subsistere concomitantia*, nego. En la union que tuvo cuerpo y alma, cuando instituyó Cristo este Sacramento, no en mas. Por lo cual conservadas las especies sacramentales : *Integer Christus sub unaquaque specie esset*, segun lo del santo concilio de Trento. Siendo verdaderas en este caso estas dos proposiciones : *Demonstrata carne in pixide, hæc vera esset : hæc caro est viva : demonstrata in sepulchro, hæc esset vera : hæc est caro mortua*, como dijo Alejandro de Ales.

Esto fue darse Cristo debajo de las especies sacramentales *modo impassibili, et immortali*, como dijo Hugo de San Víctor, *part.* 8 *de Sacram., lib.* 2, *c.* 3, Inocencio III, *de Sacramento altaris, lib.* 4, *c.* 12, y de ahí se sigue, infiere Inocencio : *Quod ex hypothesi quod pars aliqua Sacramenti per triduum mortis Christi reservata fuisset, idem corpus simul, et jacebat mortuum in sepulchro, et manebat vivum in Sacramento.* Esto es lo que dice nuestra Historiadora : con lo cual queda claro cuán léjos está de censura su doctrina, y cuán conforme es á lo que enseñan tantos y tan graves doctores, de cuyos principios queda satisfecha la objecion propuesta en el cargo. Recórrase la solucion en nuestro Alense, doctor irrefragable.

NOTA XXII.

TEXTO. *Y como la alevosía de Judas le tenia tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba á trasnochar en la oracion, como lo tenia de costumbre.* (Núm. 1205).

§ I.

Supone nuestra Historiadora que Judas salió del cenáculo con Cristo, y consiguientemente que estuvo en él hasta que Cristo partió al huerto : y lo dicho parece tiene manifiesta oposicion al texto de san Juan, XIII, porque de él consta que Judas *post buccellam continuo exivit :* y habiéndose dado este bocado en la cena legal, como la venerable Madre dice en el núm. 1174, la cual cena precedió al lavatorio de los piés y á la institucion de la Eucaristía, no solo Judas asistió en el cenáculo todo el tiempo que estuvo Cristo, saliendo en compañía de los demás Apóstoles, pero segun esto, ni aun asistió al lavatorio, ni recibió en él el Sacramento. Por lo cual los expositores y Padres que defienden comulgó Judas, *ut habetur in extravagantibus, c. si sacerdos de officio judicis ordinarii*, y es la sentencia mas plausible y recibida, afirman que este bocado le dió Cristo á Judas despues de la comunion : los que defienden se dió antes (dicen) que Judas no comulgó : luego no solo no asistió hasta que se concluyeron todas las ceremonias de el cenáculo, pero ni aun puede componerse comulgase, si este bocado le dió Cristo en la cena legal; pues de otra suerte no se verificara, *et post buccellam continuo exivit*, que dice el texto.

Lo segundo : porque Cristo hizo aquel admirable y largo sermon que refiere san Juan desde el cap. XIII hasta el cap. XVIII, y este sermon le empezó Cristo despues de haber salido Judas : *Cum ergo exisset, dixit Jesus, nunc clarificatus est Filius hominis*, desde cuyas palabras fué continuando Cristo su sermon : luego Judas no estuvo en él : luego ni salió de el cenáculo con los

demás Apóstoles que salieron en compañía de Cristo concluido el sermon inmediatamente: *Hæc cum dixisset Jesus, egressus est cum discipulis trans torrentem Cedron.*

§ II.

Para satisfacer adecuadamente á estos cargos que parecen dificultosos, y dar mayor inteligencia á lo que la venerable Madre escribe concordando con los Evangelistas y Padres, supongo lo primero, que aquel pan mojado que dió Cristo á Judas no fue el sacramento de la Eucaristía. Son innumerables los Padres y expositores que convienen en esto. Véanse Barradas, *tom.* 4, *lib.* 1, *c.* 13, § *dubitatur etiam,* Salmeron, *tom.* 9, *tract.* 9, § *quod subdit panem intinctum dedisse Judæ,* y en el decreto, *c. Cum omne crimen de consecratione, dist.* 2, donde Julio I toca la razon de este supuesto eficazmente en la epístola que escribe á los Obispos de Egipto. En fin: *Non ut putant quidam negligenter legentes, tunc Judas Christi corpus accepit,* como dijo san Agustin, *tract.* 2 *in Joannem,* y Ruperto, *lib.* 7 *in Joannem,* VI, *quam utique buccellam, neque Evangelistarum, nec Doctorum quisquam consentit panem fuisse dominici corporis.*

Supongo lo segundo, con nuestra Escritora, que Judas recibió el sacramento de la Eucaristía con los demás Apóstoles. Es comun sentir de muchos Padres, á los cuales citan y siguen Cornelio à Lapide, *in Matth.* XXVI, 20, y Barradas, *ubi supra, c.* 3, *et habetur c. citato, si sacerdos de officio judicis,* y se colige eficazmente de san Lucas, XXII, donde despues de haber consagrado Cristo su cuerpo y sangre, dijo: *Verumtamen ecce manus tradentis me mecum est in mensa:* y así Judas estaba aun despues de la comunion.

Supongo lo tercero, con nuestra Escritora, núm. 1159, que en la cena del cordero guardó Cristo todas las ceremonias de la ley, sin faltar á cosa alguna de los ritos que él mismo habia ordenado por medio de Moisés. Es tambien comun. Así san Crisóstomo, *homil.* 82 *in Matth.,* san Epifanio, *hæresi* 51. Menos bien oida la opinion de Eutimio, *Matth.* XXVI, que favoreciendo á los griegos siente anticipó Cristo la Pascua un dia, celebrándola á trece de la luna de marzo, aunque segun la ley se habia de celebrar á catorce, como consta *Exod.* XII, *Levit.* XXIII, núm. 28; pero esto, como he dicho, es censurado de muchos: con razon, pues, sobre oponerse á la comun exposicion de los Padres, parece contrariarse claramente á lo que escriben los Evangelistas, los cuales dicen celebró Cristo la Pascua comiendo el cordero legal el primer dia de los siete en que empezaba la obligacion de los ázimos: *Prima die azymorum accesserunt discipuli,* Matthæi, XXVI. *Prima die azymorum quando Pascha immolabatur,* Marc., XIV. *Erat autem dies azymorum quando Pascha immolabant.* Los panes ázimos se empezaban á comer á catorce de el mes Nisan, ó marzo, cuando se comia el cordero. Consta *Exod.* XII: *Et edent carnes nocte illa assas igni, et azymos panes cum lactucis agrestibus.*

Ni obsta el texto de san Juan, XVIII, donde mencionando la cena dice: fue *ante diem festum Paschæ.* Potísimo fundamento de Eutimio y de los griegos, porque se equivocan claramente, no advirtiendo es distinta cosa empezar la obligacion y precepto de comer pan ázimo, de empezar el dia festivo de los ázimos. Porque el precepto negativo de no comer pan fermentado, ni de tenerle en su casa, empezaba desde la víspera de el dia festivo: en el cual no era lícito hacer obra servil alguna: á la manera que entre nosotros empieza la solemnidad eclesiástica de la Pascua desde las vísperas, pero el dia de fies-

ta no : la fiesta de los ázimos y dia feriado, ó como decimos de holgar de Pascua, en que no era lícito obra alguna servil, empezaba á quince de el mes de marzo, pero la obligacion de no comer pan fermentado empezaba desde su víspera.

Y así en el Éxodo, XII, mandaba Dios : *Primo mense quarta decima die mensis ad vesperam comedetis azyma usque ad diem vigesimam primam ejusdem mensis.* Desde catorce de marzo á la hora de víspera, que era al ponerse el sol, empezaba la obligacion de este precepto; pero la solemnidad de el dia, esto es, el dia que obligaba el precepto de abstenerse de obras serviles, á los quince, como consta del XXVIII de los Núm. : *Mense primo, quarta decima die mensis ad vesperam Phase Domini erit : et quinta die solemnitas : séptem diebus vescentur azymis. Quarum dies prima venerabilis, et sancta erit, omne opus servile non facietis in ea.* Los tres Evangelistas contaron el dia de los ázimos, desde que empezaba la obligacion de abstenerse de el pan fermentado, que era desde la víspera de el dia de fiesta de los ázimos, ó fase. Y así dijeron : *Prima die azymorum.* San Juan contó este suceso tomando la cuenta desde el dia de fiesta que traia aquella solemnidad, que era á quince, y así dijo : *Ante diem festum Paschæ,* con que queda clara la concordia de los Evangelistas.

Supongo lo cuarto y último, que en el cenáculo no solo cenó Cristo el cordero. No porque se entienda que la cena legal se adecuase de dos cenas por concurrir entonces dos solemnidades, la de el cordero y la de los ázimos, como dice Baronio, *anno Christi* 34, *n.* 28 de el ritual hebreo, y Josefo Scalígero, *lib.* 5 *de emendatione temporum.* En la primera dicen se comia el cordero, y en la segunda empezaba la ceremonia de los ázimos. No entiendo hubiese esa distincion de dos cenas legales; porque el cordero se debia comer con pan ázimo y lechugas agrestes, como consta de el XII de el Éxodo : *Et edunt carnes nocte illa assas igni, et azymos panes cum lactucis agrestibus,* con que la cena de el cordero y de los ázimos empezaban juntas, y no separada la una de la otra. Hubo mas cena que la de el cordero; porque concluida esta ceremonia, se servian á la mesa otros manjares. El cordero y ázimos comian en pié : en la segunda mesa ó cena comian echados en diferentes camas, que era estilo comun de los antiguos, como advierte Pedro Diácono en su opúsculo *de modo convivandi apud priscos Romanos.* Toda esta cena que precedió á la institucion de la Eucaristía, como dirémos en el párrafo siguiente, llama la venerable Madre cena legal.

§ III.

Supuesto lo dicho, afirma que Cristo dió á Judas aquel bocado que mencionan los Evangelistas en esta cena : y así antes de la institucion de la Eucaristía. Cuanto que el bocado se dió antes de la institucion de la Eucaristía, es sentir de san Hilario, *can.* 30 *in Matth.*, de Ruperto, *lib.* 7 *in Joannem, c.* VI, de Inocencio III, *lib.* 7 *de Mysteriis Missæ, c.* 13. Cuanto á que fuese el bocado antes, y que Judas asistiese despues á la institucion de la Eucaristía, lo defiende doctamente Baronio en el lugar citado. Véanse sus razones en él, que yo en confirmacion de este sentir, aunque parece particular, me fundo en otras razones que á mí me hacen evidencia.

Para mas concision y claridad, la reduzco á forma. Cristo bien nuestro dió á Judas aquel bocado mojado, durando la cena : que despues de ella ni quedó

en que mojarle, ni habia título por que se le diese, sin considerable nota de los circunstantes, y el catino, parópside ó plato grande en que le mojó, concluida la cena no era menester, ni era razon se guardase dentro de la misma pieza, sin necesidad alguna: luego Cristo dió este bocado antes de la institucion de la Eucaristía. Pruebo esta consecuencia: el lavatorio de los piés fue antes de la institucion de la Eucaristía, como suponen todos, así Padres, como expositores; el bocado dicho, le dió Cristo antes de el lavatorio; luego antes de la institucion de la Eucaristía. Pruébase la menor. Porque el bocado se dió mientras la cena: el lavatorio se hizo concluida la cena, como dice san Juan, *cœna facta;* luego Cristo dió el bocado á Judas antes de el lavatorio de los piés. Y que hubiese de ser el lavatorio concluida la cena legal, parece claro; porque el cordero legal debia comerse *cum festinatione*, como se mandaba en el Éxodo XII, y Cristo que, como dijimos, observó en la cena todos los ritos y ceremonias de la ley de Moisés, no habia de mediar la cena, que pedia de precepto hacerse de priesa, con pausa tan larga como la que precisa se gastase en lavar los piés á tantos.

Que fuese aun concluida la cena usual, se prueba; porque la cena que dice el Evangelista estaba concluida, es la misma que aquella de que se levantó para el lavatorio: *Surgit à cœna.* De suerte, que *facta cœna, surgit à cœna.* Luego estaba Cristo echado ó sentado. Es claro: pues á estar en pié, no subsistiera el que se levantó: luego concluida la cena en que estuvo echado, se levantó al lavatorio de los piés. En la cena legal, ó cena de el cordero, no estaba Cristo echado, sino en pié. Pruébase de el Éxodo, XII: *Sic autem comedetis illum: renes vestros accingetis, et calceamenta habebitis in pedibus, tenentes baculos in manibus, et comedetis festinanter.* Es conveniencia de todos los expositores, que se comia en pié como aquellos que estaban de camino, y camino á que instaba la priesa, *festinanter;* y así, ni aun habian de detenerse á hablar unos con otros, como se suele cuando se come. Véase Nicolao de Lyra, el Abulense, Éxodo, XII, y Menochio, *de Republ. Hebræor. lib.* 3, *c.* 3, *n.* 19. De donde infiere Menochio, que cuando los Evangelistas dicen estaba recostado Cristo en la cena: *Accubitus ille non ad agni paschalis esum, sed ad cœnam communem, quæ agni esum sequebatur, fuit adhibitus:* luego lavó los piés á sus discípulos concluido, no solo la cena legal, sino tambien la usual.

Dirá alguno con Jansenio, *c.* 131 *concordiæ*, que esta cena de que Cristo se levantó para lavar los piés á sus discípulos fue la cena legal y comun; pero no concluida, sino empezada, y así quedó lugar á que Cristo diese el bocado á Judas despues de el lavatorio. Esfuérzase esto con el mismo fundamento que hemos tomado en prueba de nuestro asunto; porque el lavatorio de los piés fue antes de la institucion de la Eucaristía, y la institucion de la Eucaristía se hizo aun durando la cena comun, segun lo de san Mateo, XXVI: *Cœnantibus autem eis accepit Jesus panem, etc.* Y san Marcos, XIV: *Et manducantibus illis, accepit Jesus panem, etc.* Luego el lavatorio tambien: luego el fundamento que tomamos para probar que aquel bocado le dió Cristo á Judas antes de la institucion de la Eucaristía, es de ningun momento, así porque aun despues de el lavatorio estaban los discípulos á la mesa, como porque aun instituido el Sacramento, duraba la cena: con que aun despues de comulgado Judas, cupo muy bien darle el bocado Cristo, y salir inmediatamente en recibiéndole, como parece escribe san Juan: *Et post buccellam continuo exivit.*

Pero esto no satisface, ni parece pudo ser esto así. Lo primero, porque san

Juan, la cena que supone concluida, *cœna facta*, es la cêna en la cual estaba recostado, *surgit à cœna*. Y la cena en que estuvo Cristo recostado, como dijimos, fue solo la usual: luego esta estaba concluida cuando se levantó. Y así, concluidas entrambas cenas fue el lavatorio y institucion de la Eucaristía, y se dió sacramentado, como dicen san Lucas, *c.* XXII, y san Pablo I *Cor.* II: *Similiter et Calicem postquam cœnavit dicens.*

Lo segundo, porque racionalmente no caben tantas acciones como obró Cristo antes de la institucion de la Eucaristía, mientras duraba la cena. Suponen todos que antes de instituir Cristo el Sacramento, instituyó á sus discípulos, explicándoles que queria en testimonio de su amor darse sacramentado en comida y bebida, alimentando sustancialísimamente las almas de cuantos agregados al cuerpo de su Iglesia fuesen miembros suyos, si no se embarazasen por su mala disposicion. Explicóles tambien cuál era la virtud de aqual Sacramento, cuál su fin, cuál su materia, cuáles sus ministros, que á ellos, para serlo, los instituia sacerdotes: y que para que pudiesen ordenar á otros los constituia obispos; con que fue preciso les declarase qué era ser sacerdotes, qué ser obispos, cómo se habian de consagrar estos, cómo ordenar esotros: cuál era la materia y forma de cada órden, y todo lo demás que pertenecia á lo esencial de estos Sacramentos. Todo esto fue preciso precediese á la institucion de la Eucaristía; y todo debió de hacerlo Cristo en aquella primer plática que refiere san Juan, c. XIII, despues de el lavatorio de los piés.

Y gastando Cristo tanto tiempo en lavar los piés á sus discípulos, y en instruirlos en materias tan importantes empezada ó mediada la cena, como Jansenio quiere con otros expositores, aun no se habia concluido. Aun se estaban cenando, sin que la gravedad de obras tan raras y singulares les quitase el bocado de la boca, ó se le arrebatase la admiracion de lo que veian, tan superior á cuanto cabe en pensamiento humano. Tan tibia la devocion entre tantas centellas de caridad que arrojaba Cristo, que aun les quedó á los discípulos gana de cenar. Tan poca preparacion se hizo á la decencia de aquel augusto Sacramento en la primera ocasion que honró con su presencia al mundo, que no se le dispuso mas mesa que la que pedia una cena comun, manchada ya con lo comido antes; no parece creible. Sienta cada uno lo que quisiere, que á mí me parece mas conforme á la razon lo que dice la venerable Madre.

§ IV.

El *cœnantibus illis* de san Mateo y san Marcos interpreta bien Baronio, *anno Christi* 34, *n.* 48, *id est, recumbentibus illis ad cœnandum Cœnam Eucharisticam.* Y del mismo modo le deben interpretar cuantos dijeren con Cornelio à Lapide, *Joan.* XIII, *vers.* 2: *Quod peracta cœna agni legalis, item cœna communi ante cœnam Sacram, id est, ante institutionem Eucharistiæ, Christus lavit Discipulorum pedes:* pues se instituyó la Eucaristía despues de el lavatorio, y esta fue concluida entrambas cenas. Veo á este docto Padre menos consiguiente; porque si concluidas dos cenas, fue el lavatorio y institucion de el Sacramento (como dice), no se ajusta diese Cristo el bocado á Judas, despues de haber comulgado; pues concluidas las cenas, no habia título para que se guardase el catino ó plato grande de salsa en que Cristo mojase el bocado, como decíamos antes.

Al texto de san Juan: *Et post buccellam continuo exivit.* Aquiles único de el sentir contrario, responde con Baronio, *ubi supra*, *n.* 53: *Sed quod dicit, quod*

accepta buccella continuo exisse, id quidem non accipiendum putamus, ut tunc temporis statim, et nulla interposita mora abierit, sed quod furore quodam percitus non expectaverit prolixam illam mirificam post cœnam habitam à Domino orationem. De suerte, que el que saliese luego Judas, no se entiende que saliese con el bocado en la boca; sino que acabado lo preciso, y que sin gran nota de los circunstantes no pudo excusar (como fue el lavatorio de los piés, y institucion de la Eucaristía), se salió sin aguardar á mas, no quedándose al sermon que predicó Cristo despues. Pudo salirse de este sin nota, diciéndole Cristo hiciese presto lo que iba á hacer: *Quod facturus es fac citius,* que entendieron los discípulos de alguna prevencion para la solemnidad de la Pascua, como dispensero ó depositario del colegio apostólico, como advierte san Juan, c. XIII. Si se saliera antes de el lavatorio y de la comunion, no se pudiera disimular su salida, á que atendió con gran cuidado la caridad de Cristo, como ni se disimulara si la Pascua fuera dos dias despues, segun dijeron algunos, como arguyen Padres, expositores y escolásticos contra ellos. Véase Belarmino, *tom.* 2 *controvers.*, *l.* 4, *c.* 5.

Y si pregunta alguno por qué tan precipitadamente se salió Judas despues de haber comulgado, sin aguardar el sermon: dejando las respuestas morales, la literal es, por parecerle era ya pública su maldad, cómo dice san Cirilo, *lib.* 9, *c.* 16: *Quia Judas se jam manifestatum aliis arbitratus est.* Y á esto se persuadió principalmente despues de la comunion; porque, como dice san Agustin, *lib.* 3 *de consensu Evangelistarum, c.* 1, y Toledo, *in Joannem, c.* 15, *annotation.* 7, Cristo despues de comulgar, como refiere san Lucas, dijo aquellas palabras: *Ecce manus tradentis me, mecum est in mensa.* Y como antes habia precedido el decir Cristo: *Qui intingit mecum manum in paropside, hic me tradet,* como escriben san Marcos y san Mateo. Hablar san Pedro á san Juan, y últimamente, despues de comulgar, decir Cristo con palabras tan demostrativas: *Ecce manus tradentis me, mecum est in mensa.* Acusado de su conciencia juzgó estaba conocido de todos por traidor, y así sin aguardar á mas se salió precipitado con el nuevo odio que concebia contra su Maestro por haber hecho pública su traicion, como dice Ruperto, *ubi supra.*

Instará alguno que la solucion de Baronio no cabe en la doctrina de nuestra Historiadora, la cual en el núm. 182 supone estuvo Judas en el sermon que predicó Cristo, y así no ha lugar la explicacion de que *continuo exivit;* porque no asistió al sermon. Pero á esto se satisface fácilmente, advirtiendo hizo Cristo dos pláticas: una antes de la comunion, inmediatamente despues de el lavatorio; otra despues de haber comulgado. Á esta segunda no asistió Judas; porque, como dice san Juan, la empezó Cristo en saliéndose Judas: *Cum ergo exisset dixit Jesus.* Á la primera asistió, y esta es la de que habla la venerable Madre, como consta de sus palabras. Y aunque en la márgen está citado el capítulo XIV de san Juan, es yerro de imprenta, debiendo poner el XIII, donde se refiere la primera plática que hizo Cristo despues de el lavatorio, que aunque la trae tan concisa san Juan, sin duda fue mas dilatada.

§ V.

Resta satisfacer á la última objecion, á la cual respondo: que aunque es así no estuvo Judas en el sermon que predicó Cristo despues de la comunion, como hemos dicho, pero volvió al tiempo de salir Cristo al huerto; porque en el espacio que hubo desde que él salió, hasta que Cristo acabó de predicar;

desesperado y furioso se determinó de entregar á Cristo aquella noche, sin dilatarlo mas. Antes estaba obstinado en los propósitos de venderle, pero aun no determinado cuanto al dia. Viéndose á su juicio descubierto á todos con decir Cristo: *Ecce manus tradentis me, mecum est in mensa,* se salió, y discurriendo la materia con su rabia, se resolvió á ejecutar su traicion aquella noche, dando aviso á los pontífices: y para que las noticias fuesen mas seguras, resolvió volverse al cenáculo, para explorar ciertamente dónde se iba Cristo aquella noche; porque aunque Cristo frecuentaba el huerto, pero no todas las noches, que otras solia irse á Bethania, y á otros lugares, no queriendo exponer á contingencias la noticia que deseaba. Certificado, pues, de que iba Cristo al huerto aquella noche, volvió á dar cuenta á los sacerdotes, y entonces se le apareció Lucifer disuadiéndole la traicion, como la venerable Madre dice en el núm. 1205, con que subsiste que Judas no estuviese en el sermon segundo que predicó Cristo, y que concluido, se mezclase con los demás á la salida de el cenáculo.

Y ciñendo de lo dicho, la sucesion de estas cosas fueron de esta manera: Primero cenó Cristo con sus discípulos el cordero legal en pié con todas las demás ceremonias que en la ley se mandaban. Despues, recostados en diferentes camas, segun la costumbre de aquel tiempo, entró la cena comun. Entonces dijo que uno de los que cenaban con él le habia de entregar. Preguntaron los discípulos quién era, y respondió Cristo: *Qui intingit mecum manum in paropside:* era tambien estilo que los mas queridos del padre de familias ó cabeza de el convite estuviesen con él recostados en la misma cama; y siéndolo de Cristo mas que los otros san Juan y san Pedro, cenaron recostados en la misma cama en que Cristo estaba. De aquí nació, que al decir Cristo, uno de los que cenan conmigo me ha de entregar, pudo san Pedro decirle al oido á san Juan preguntase quién era: y pudo preguntarlo san Juan, responderle Cristo, sin que lo entendiesen los otros. *Al que diere un bocado mojado.* Dióselе á Judas, viendo los discípulos á san Juan y á san Pedro tan favorecidos; y que Cristo afirmaba estaba tan cercana su muerte, empezaron á altercar entre sí quién de ellos era el mayor; cuál mas á propósito, para sustituto de Cristo, y cabeza del colegio apostólico. Sosególes Cristo con las palabras que refiere san Lucas; y para mayor ejemplo de su doctrina levantándose de la cena les lavó los piés. Hízoles despues una plática, instituyó los sacerdotes y obispos: hecho esto consagró su cuerpo y sangre, comulgólos á todos. Recibió Judas la Eucaristía con el fin depravado que dice la venerable Madre, y dijeron otros citados de Teofilato, Matth. XXVI. Dijo despues Cristo: *Ecce manus tradentis me mecum est in mensa.* Dicho esto se salió Judas, persuadido era ya pública su intencion, y sucedió lo demás que queda dicho en el número antecedente. Satisfechas las objeciones opuestas á la nota, y clara la inteligencia de cuanto la venerable Madre escribe en este particular, muy conforme todo al texto de los Evangelistas.

NOTA XXIII.

TEXTO. *Sola María santísima era entonces toda la Iglesia.* (Num. 1245).

§ I.

Habla de la ocasion en que huyendo los Apóstoles desampararon á su Maestro cuando le prendieron los judíos: y dice que entonces era María santísima

toda la Iglesia; porque encerrando en sí sola la ley evangélica, suplia su fe la que faltaba en los demás.

Que María santísima fuese entonces toda la Iglesia cristiana, es sentencia de muchos teólogos, expositores y Padres. De los teólogos, Alejandro de Ales, 3 *p., q., ult., memb.* 2, san Buenaventura, *de meditationib. vita Christi*, c. 4, donde dice: *Domina stabat mente tranquilla et pacata, quia certissimam spem habebat de Resurrectione Filii sui, et in ea sola remansit fides in ipsa die Sabbati, et propterea dies Sabbati attribuitur ei.* Lo mismo santo Tomás, *opusc.* 4, *de decem præceptis, § de 3 præcepto, c.* 1, Turrecremata, *lib.* 1 *de Ecclesia, c.* 27, *et lib.* 3, *c.* 6, Panormitano, *c. significasti, de electione*, y Durando, *in rationali*. De los expositores Jansenio, *in concordia, c.* 133, *et c.* 145, Eutimio, Francisco Lucas, Sa, y otros, *ad illa verba Matth.* XXVI: *Omnes vos scandalum patiemini in me nocte ista.*

De los Padres, san Agustin, *tract.* 103 *in Joannem*, san Hilario, *in Matth., can.* 6, san Damasceno, *de dormitione Deiparæ*, san Cirilo, *homil.* 7 *contra Nestorium*, san Bernardo, *serm.* 7 *de Assumpt.*, con mas expresion *de lamentatione Virginis*, donde dice: *In ipsa enim sola in triduo illo fides Ecclesiæ stabat, et dum unusquisque hæsitabat, hæc, quæ fide concepit, fidem, quam à Deo semel suscepit, numquam perdidit, speque certissima Domini resurgentis gloriam expectavit.*

Esto se funda en razones excesivamente eficaces sobre las que apoyan el sentir contrario, abrazado sin demasiado exámen de algunos modernos. Porque conservarse la Iglesia cristiana solo en María santísima, es que en sola ella durase la fe de los misterios de Cristo, de su divinidad y resurreccion. Y que esto fuese así se prueba eficazmente de el texto de san Juan, c. XVI, donde diciendo á Cristo sus discípulos: *Nunc credimus, quia à Deo existi*; respondió Cristo: *Modo creditis? Ecce venit hora, et jam venit, ut dispergamini unusquisque in propria*, haciendo antítesis de la fe que protestaban ahora, con la que les faltaria despues, cuando huyendo le desamparasen, aun mas con la fe que con el cuerpo, como dijo san Agustin, *tract.* 103 *in Joan.*: *Non enim quando comprehensus est tantummodo carne sua ejus carnem, verum etiam mente reliquerunt fidem.* Y mas abajo: *Venerunt enim ad tantam desperationem, et suæ pristinæ fidei, ut ita dixerim, mortem.*

Ni puede reducirse, como quieren algunos modernos, la culpa de los Apóstoles á huir arrastrados de miedo, pero no por faltarles la fe: porque como notaron bien Francisco Lucas Brujiense, y Jansenio, esto no fuera culpable en los Apóstoles: *Nam si Jesu comprehenso, et abducto, subduxissent se persuasi quod Rex erat, quodque sæpius docti fuerant, eum propria sponte se in mortem tradere pro multorum salute, expectarentque Resurrectionem ejus in die tertia, quemadmodum fecisse ejus Matrem Virginem non dubium est, nullum credo, eorum peccatum fuisse, sed peccatum in eo fuit, quod videntes Jesum capi, teneri, ligari, abduci, nulloque adhibito miraculo à seipso defendi, arbitrati sunt violenter hæc pati.* Y concluye: *Fugerunt corpore, simulque animo Jesum deseruerunt.*

Tocó san Agustin la razon en el lugar citado; porque despues de la venida de el Espíritu Santo tambien huyeron los Apóstoles peregrinando de ciudad en ciudad, hasta descolgarse san Pablo en una espuerta por los muros de la ciudad de Damasco; y esta fuga no era culpable, por no estribar en falta de fe: *Ecce quomodo eum reliquerunt* (dice el Santo), *deserendo etiam ipsam fidem, qua*

in eum ante crediderant. In ea vero pressura, quam post ejus glorificationem accepto Spiritu Sancto pertulerunt, non eum reliquerunt. Et quamvis fugerunt de civitate in civitatem, ab eo non refugerunt. En la falta de fe estuvo su culpa; con que entonces en ellos no se conservaba la Iglesia.

Este fue su pecado, y son pocos los expositores que el texto de san Mateo, XXVI: *Omnes vos scandalum patiemini in me nocte ista*, no le expliquen dando en los Apóstoles alguna duda ó hesitacion acerca de los misterios de la fe, así de la divinidad de Cristo, como de la resurreccion. Y lo mas es, que aun los autores que defienden no faltó la fe en los Apóstoles, confiesan así, como si para perder el hábito de fe, que es el que les constituia miembros de la Iglesia, no fuese bastante la duda ó hesitacion voluntaria, opuesta de el todo á la certeza firme que pide el asenso de fe. Y la duda de los Apóstoles no pudo ser involuntaria y arrebatada, así porque duró mucho tiempo, como porque á serlo no fuera culpable, ni hubiera título para que Cristo les reprehendiese su incredulidad despues de su resurreccion, como hizo muchas veces: luego parece lo mas conforme al texto de los Evangelistas y á la exposicion de los Padres, en la ocasion que dice la venerable Madre, faltase la fe en todos, menos en María santísima, y consiguientemente ella fuese entonces toda la Iglesia cristiana.

§ II.

Dije que en María sola estaba toda la Iglesia cristiana. Esto es, toda la Iglesia en cuanto explica fe de los misterios de Cristo, que en cuanto explica solamente fe divina, si la habria en otros, los cuales aun no instruidos en los misterios de la ley de gracia, no promulgada entonces, creian con fe divina y sobrenatural, lo que enseñaba la ley escrita. Y así en este sentido, no estaba la Iglesia en María sola, como ni la fe divina y sobrenatural. No habla de la Iglesia en este sentido la venerable Madre; sino de la Iglesia evangélica: Iglesia en cuanto dice fe explícita de los misterios que Cristo Señor nuestro tenia propuestos á sus discípulos, como evidentemente creibles, con lo milagroso de sus obras. *En el interin*, dice, *recopiló esta gran Señora en su pecho toda la fe, la santidad, el culto y veneracion de toda la Iglesia, que estuvo toda en ella como en arca incorruptible, conservando y encerrando la ley evangélica.* La Iglesia en este sentido, en cuanto Iglesia evangélica, en cuanto Iglesia cristiana, en María sola estuvo por entonces.

Advertido esto se satisface fácilmente al argumento comun que se opone á este sentir, fundado en que la Iglesia ha de ser congregacion de muchos debajo de una fe: y así, que en uno solo no se salva la razon de Iglesia. Porque dado que para razon de Iglesia se requiera sean muchos los creyentes (lo cual niega Turrecremata, *ubi supra*, juzgando que para esto basta la fe de uno solo, en la cual se salva la razon de Iglesia, como en uno solo se salva todo el derecho de la comunidad), Iglesia y congregacion de muchos hubiera: pues eran muchos los que creian los artículos de la ley escrita, aunque no creian los misterios de la ley de gracia; porque entonces no tenian obligacion de creerlos, respecto de no estar propuestos á todos como evidentemente creibles. Ni la ley de gracia se promulgó hasta despues de la resurreccion de Cristo: pero la Iglesia evangélica y fe de los misterios de Cristo solo se hallaba en María santísima faltando en los demás; que la habian tenido antes, si no por disénso positivo, á lo menos por hesitacion ó duda gravemente culpable.

Ni obsta decir que san Pedro no perdió la fe, segun lo de san Lucas, XXII: *Ego pro te rogavi, Petre, ut non deficiat fides tua.* Fundamento que le hizo tanta fuerza á Bañez, que en la 2, 2, *q.* 1, *art.* 10, se resuelve á censurar lo contrario. Ásese nimiamente á su sentir este docto Padre; y casado con él, le pareció tan cierto, que aun no quiso fuese probable lo que con tanto fundamento dijo san Agustin, Jansenio y el Brujiense, con otros muchos. Notable descuido impropio de sus buenas letras, que el censurar demasiado solo se queda para quien sabe poco, cuya ignorancia, con la falta de noticias y extension, no corre los dilatados términos que tiene probabilidad.

Respóndese á la objecion, tomada del texto de san Lucas con Jansenio, c. 133: *Ut non deficiat fides tua, quia etsi ad tempus fidem perdidit, non tamen deficit, quia mox eam recepit.* Ó con nuestro docto y venerable Osuna, *in serm. D. Petri : Non dicit ut non deficiat fides tibi, sed fides tua, quæ permansit in B. Virgine;* con Cornelio: *Ut non deficiat fides tua, id est, fides in Ecclesia, cujus tu futurus es caput.* Y concluye: *Quare hæc Christi promissio facta Petro ejusque successoribus maxime expectata ad tempus, quo Petrus Christo superstes, cœpit esse caput Ecclesiæ, scilicet, illico post mortem Christi.*

Dije tambien con advertencia: *En la ocasion que dice* la venerable Madre; porque ella no afirma que en todos los tres dias de la muerte de Cristo estuvo la Iglesia en la fe sola de María santísima, sino aquella noche de su prision; antes bien dice: *Que María santísima acrecentó y multiplicó las peticiones hasta merecerles el remedio, y que su Hijo santísimo los perdonase, y acelerase sus auxilios, para que luego volviesen á la fe y amistad de su gracia.* En el n. 1279 escribe, como tres horas despues que san Pedro negó á Cristo, por la intercesion de María santísima volvió á la gracia, y alcanzó perdon de sus culpas; y no pudiera recobrarse á la justificacion, si no se recobrara á la fe. En el n. 1393 afirma como el buen ladron se justificó en la cruz confesando la divinidad de Cristo, último discípulo de su doctrina en vida, y primero en practicarla despues de haberla oido. En el núm. 1454, como por órden de María santísima san Juan fué á recoger los Apóstoles, y hallando algunos juntos, se fueron al cenáculo, donde esta divina Señora, tomando ocasion de lo que decian, les habló al corazon, y los confirmó en la fe de su Redentor y Maestro.

De lo cual últimamente se satisface á un argumento que vulgarmente se opone á esta conclusion, tomado de que en el buen ladron hubo fe, y consiguientemente que la Iglesia, en cuanto explica fe de Cristo, no se conservó en María sola los tres dias de la muerte de Cristo. Queda, pues, satisfecha esta objecion; porque, como está dicho, la conclusion no se extiende á todo el tiempo de la pasion y muerte, sino á la noche de la prision, en la cual huyendo los Apóstoles desampararon á Cristo; volviendo á restituirse algunos en la fe perdida, aun antes de la muerte de su Maestro, siendo así miembros de su Iglesia cristiana, que desde María santísima se dilató á los demás, uno de los cuales fue el buen ladron.

NOTA XXIV.

Texto. *Desde la creacion de el mundo quedó señalada aquella caverna de mayores tormentos y fuego que lo restante del infierno para los malos cristianos.* (Núm. 1249).

§ Único.

Que para los cristianos que se condenan haya en el infierno distinto lugar donde encarcelados paguen la especial ingratitud que sus pecados tienen, por haber despreciado el beneficio grande de la fe, luz de que carecieron los demás condenados, es muy conforme al texto de san Juan, *Apoc.* XVI, donde dice: *Et facta est Civitas magna in tres partes, et Civitates Gentium ceciderunt, et Babylon magna venit in memoriam ante Deum dare illi calicem vini indignationis iræ ejus.* Explicólo san Agustin, *serm. 4 adventus ad Judicium*, así: *Per hanc Civitatem debemus intelligere omnes homines, et mulieres, qui in die judicii erunt condemnati, et per tres partes Civitatis, debemus intelligere Paganos, postea Judæos, ultimo falsos christianos, qui amplius sunt cruciandi.* Y nuestro Alejandro de Ales, *Apoc.* XVI: *Et facta est in tres partes, quia divisa est pœna unicuique pro merito in tres partes, scilicet, Judæis, Gentibus, et falsis Christianis.: Tunc enim memorabitur Deus omnium, et sumet vindictam, quæ prius videbatur oblita: quia nondum erat pœna plene inflicta.*

Aun mas claro el angélico doctor santo Tomás *hic*, donde comentando este lugar dice: *Mali unum sunt per convenientiam in amore vanitatis, et in statu damnationis, et in elongatione à Deo, et sic est una earum Civitas; distincti autem secundum diversitatem affectuum, et diversitatem vitiorum, et secundum hoc diversæ sunt Civitates eorum, scilicet, quod quidam sunt sub uno genere vitiorum, alii sub alio: item etiam secundum diversitatem locorum.* Como se distinguen las culpas, se distinguen las penas; como se distinguen las penas, dentro de el infierno se distinguen los lugares. Esto es dividirse Babilonia, ciudad miserable que bebió el cáliz de la indignacion de Dios en tres partes: una, diputada al tormento de los gentiles; otra, al de los judíos; otra, y la mas dura, para los malos cristianos.

Y esto es lo que dijo Cristo, *Matth.* XIII: *Colligite primum zizania, et alligate ea in fasciculos ad comburendum*, que explicó Cristo despues de el dia de el juicio, y pena de el infierno: *Sic erit in consummatione sæculi.* Donde dice san Gregorio, 4 *Dial.*, *c.* 45: *Messores Angeli zizaniam ad comburendum in fasciculos ligant, cum pares paribus in tormentis sociant, ut superbi cum superbis, luxuriosi cum luxuriosis, avari cum avaris, fallaces cum fallacibus, invidi cum invidis, infideles cum infidelibus ardeant. Cum ergo similes in culpa ad tormenta similia ducuntur, quia eos in locis pœnalibus Angeli deputant, quasi zizanorum fasciculos ad comburendum ligant.*

Tocó la razon mi serafin doctor san Buenaventura, *in* 4, *dist.* 44, *part.* 2, *quæst.* 2, *art.* 1: *Peccatum autem trahi deorsum, non secundum ordinem naturæ, cum non habeat conformitatem ad illum, sed secundum ordinem justitiæ: quia peccatum, cum sit vilissimum, disponit hominem ad locum vilissimum, et infimum.* El pecado, dice el seráfico Doctor, deprime el hombre y le envilece, abatiéndole con su peso al centro mas infame: y como la gravedad de las culpas es desigual entre sí, lo es tambien el lugar á que arrastra el pecador, pidiendo la equidad de la divina justicia sean mas rigurosas las cár-

celes donde son mayores las penas, para que en todos subsista, que *juxta mensuram peccati sit, et plagarum modus. Deut.* XXV. Y que á cada uno se ha de medir como obrare: *Qua mensura mensi fueritis, eadem remetietur vobis. Matth.* VII. Y como explica el seráfico Doctor, *ibi, quæst.* 1: *Constat illud esse dictum, quantum ad peccati punitionem.*

Y en la *quæst.* 2, probando que al lugar corpóreo donde padecen los condenados, y que es el mas ínfimo de la tierra, lo prueba así: *Sicut enim status damnatorum perfecta distantia distat à statu beatorum, ita locus à loco. Et sicut statui beatitudinis debetur locus supremus, ita et statui miseriæ locus infimus, etiam secundum corpus.* Esto que corre comparando el condenado con el bienaventurado, corre haciendo la comparacion entre sí. Y como en el empíreo hay diferentes mansiones y tronos á la proporcion de los méritos, diferenciándose en la claridad como una estrella de otra; de el mismo modo en el infierno, que aunque cáos confuso, no tan sin órden, que no tenga distintos lugares, como calabozos, donde son atormentados los pecadores. Uno para los gentiles, que tuvieron menos luz, aunque la bastante para pecar; otro para los judíos, que la tuvieron mayor; otro para los cristianos, en quien derramó Dios màyores liberalidades y beneficios: *Et divisa est Civitas in tres partes.* Y como Judas fue el primer cristiano que se condenó, fue tambien el primero que estrenó miserablemente aquel lugar de horrores, y mayores penas, que desde el principio de el mundo se diputó cárcel para los malos cristianos.

NOTA XXV.

TEXTO. *Y la capa ó manto superior, que por divina dispensacion la llevaron al Calvario, la hicieron partes.* (Núm. 1391).

§ Único.

Cuántas fuesen las vestiduras de Cristo Señor nuestro, no consta de los Evangelistas; solo consta que una sortearon, que fue la inconsútil, y otra ó otras dividieron. Nuestra Historiadora dice así en este número, como en otras partes, especialmente en el n. 684, y en el n. 691, que las vestiduras que trajo Cristo fueron la túnica inconsútil, y un manto ó capa que llevaba sobre los hombros: este fue el que se quitó en el cenáculo para lavar los piés á los Apóstoles, y el que dividieron entre sí los soldados en el Calvario, haciendo cuatro partes.

Que Cristo nuestro Redentor no tuviese mas que las vestiduras dichas, tiene grave fundamento, tomado de la doctrina que enseñó Cristo á sus discípulos, *Matth.* X, donde les mandó no usar mas que de una túnica: *Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris, non peram in via, neque duas tunicas.* Y Cristo, maestro soberano que enseñó mas de obra que de palabra: *Jesus autem cœpit facere, et docere, Act.* I, no habia de hacer uno, y predicar otro, como lo hacian los fariseos, de quien dijo Cristo, *Matth.* XXIII: *Alligant enim onera gravia, et importabilia, et imponunt in humeros hominum: digito autem suo nolunt ea movere.* Véanse sobre este punto san Ignacio mártir, *epist.* 14, san Gregorio, *homil.* 14 *in Evangelia, et homil.* 17, san Leon, *sermon. de S. Laurent.* Especialmente cuando traen dos túnicas; no eran necesario en la tierra de Palestina, por ser tierra demasiadamente calurosa. *Neque duas tunicas,* dice Nicolao de Lyra, *id est vestes superfluas. Terra enim promissionis*

calida est multum, et de communi cursu sufficit unica tunica. Quien vino á ser ejemplar de la pobreza tanto, que dijo: *Vulpes foveas habent, et volucres cœli nidos, Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet. Matth.* VIII. No parece creible trajese una túnica de mas, cuando por serlo, mandaba á sus discípulos se contentasen con una sola.

Prueban los expositores que la túnica inconsútil no era preciosa, aunque con tanta codicia la sortearon los soldados; porque Cristo habia alabado las vestiduras pobres y ásperas. *Matth.* II. *Et non est verisimile, quod Christus usus fuerit pretiosis vestibus*, dicen los expositores con Nicolao de Lyra, *Joan.* XIX. Cristo mandó á sus discípulos no trajesen mas de una túnica: *et ideo non videtur dicendum, Christum plures tunicas habuisse.*

El vestido que dividieron los soldados le dividieron en cuatro partes. Y esto pudo hacerse sin rasgarla, siendo el manto el que dividieron; porque el manto de que usaban los judíos tenia cuatro costuras, de las cuales pendian cuatro cordones, como consta de el Deuter. c. XXII: *Funiculos in fimbriis facies per quatuor angulos pallii tui, quo operieris.* Por esto dividieron el manto: y la vestidura, que era inconsútil, y que no podia dividirse sin rasgarla, no. Y si fuera otra la vestidura que la de el manto, la sortearan tambien por no rasgarla. En el manto cabia division, sin que se rasgase, y así dividieron este, y sortearon la túnica.

Solo se ofrece, que no parece hay motivo para que llevase el manto al Calvario, siendo así que no salió Cristo con él de casa de Pilatos, ni con él llevó la cruz á cuestas. Á esta objecion parece dió respuesta la venerable Madre, diciendo le llevaron por disposicion de Dios, como lo fue sortear la vestidura inconsútil, y dividir la otra. Véase san Crisóstomo, *homil.* 84.

Demás, que como los vestidos del reo eran despojos de los verdugos, como advierte san Cirilo, *lib.* 12 *in Joan.*, c. 32, y la fimbria de el manto de Cristo era tan milagrosa, como se habia experimentado en la Hemorroisida, les pareció podrian vender á gran precio la parte que les tocase, como notó Paulo Burgense, y antes Procopio Gazeo, *c.* 28. *in Gen.*, donde dice: *Mulier illa, quæ attigerat fimbriam vestis Salvatoris, sanata est. Nimirum ob eandem causam inter se contendebant milites singuli, cupientes ea divisa habere partem, quasi utilis foret non ad induendum, sed quia vis quædam medicatrix in ipsa esset.*

De la túnica inconsútil hizo tanta estimacion Pilatos, que cuando le envió Vitelio, gobernador de Siria, á Roma para que satisfaciese á los cargos que le oponian los judíos, la llevó consigo, y temiendo los rigores del César se la puso, esperando por medio de esta vestidura sagrada salir libre de los cargos que le oponian, y así le sucedió dos veces, que entrando vestido de ella, causó tal miedo al Emperador, que le dejó ir libre; pero entrando la tercera vez sin ella, le sentenció y condenó en pena de sus delitos. Así lo refiere el Incógnito, *Psalm.* XXXVII, y Valle de Moura, *de incantat., sect.* 2, *c.* 9, *n.* 19.

Queda de lo dicho fundado el sentir de nuestra Historiadora, y concluidas las notas desta segunda parte, cuyos cargos satisfechos descubren bien la luz que la guiaba para que no tropezase, y devota de nuestra edad, fuese su pluma palma debajo de la cual se descubriesen tan escondidos misterios y sacramentos de el Altísimo: á él se dé eternas alabanzas, como autor de todo.

FIN DEL TOMO QUINTO.

ÍNDICE

DEL TOMO QUINTO.

SEGUNDA PARTE.

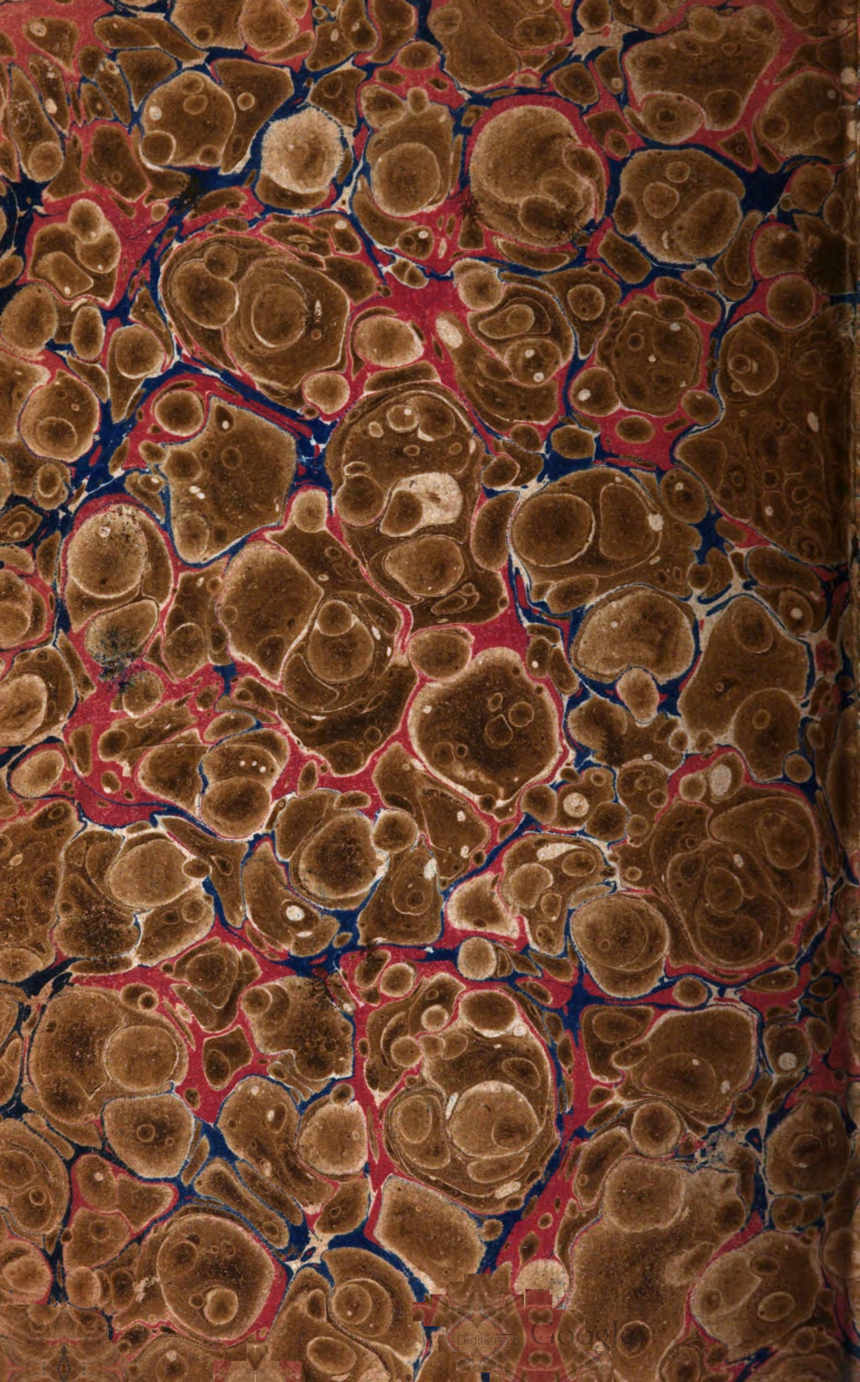
LIBRO QUINTO.

PÁG.

LIBRO SEXTO.

FIN DEL ÍNDICE.




Digitized by Google

